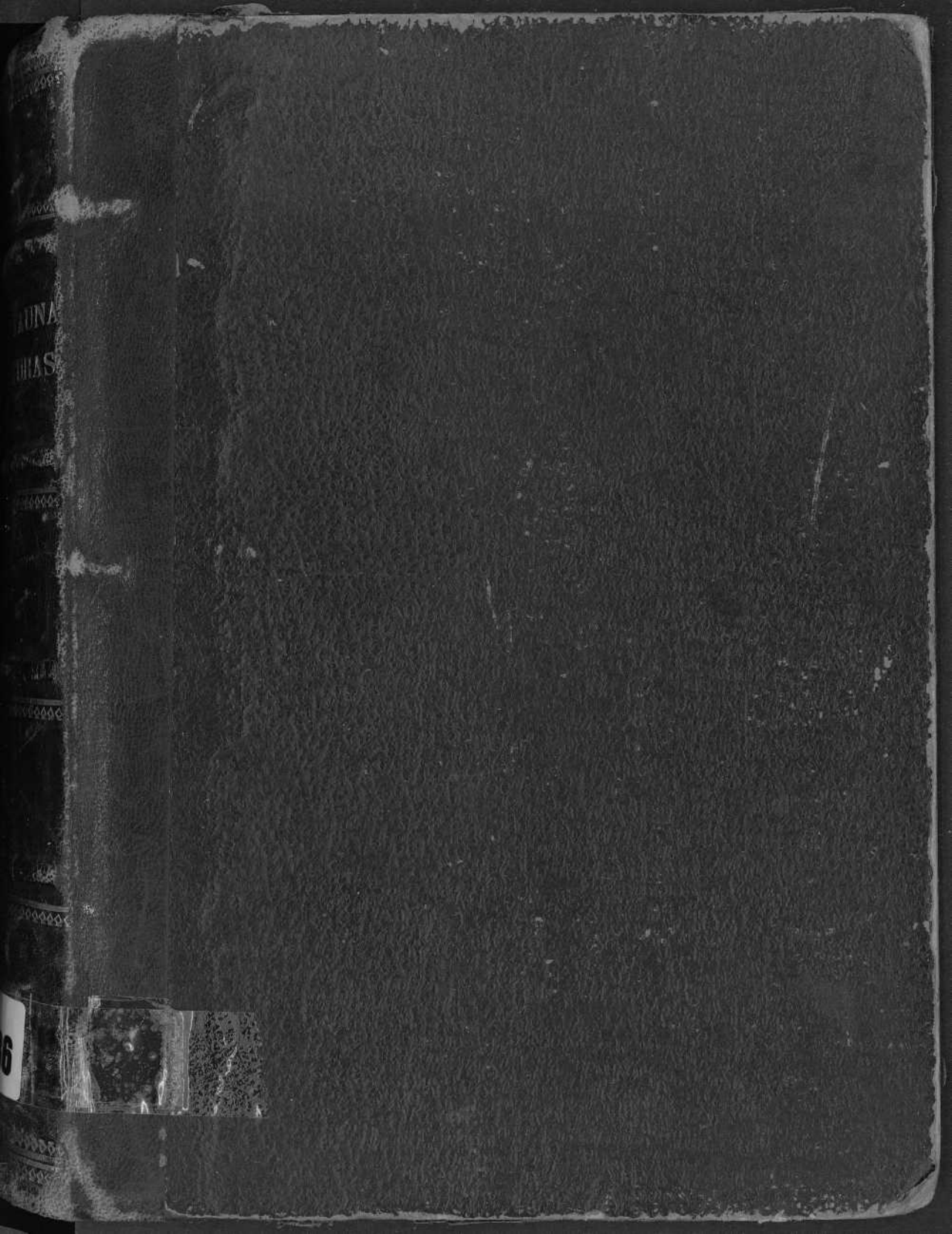


A mi querido compañero D.
Cancio E. Gutiérrez.

El traductor

№ 2886

2000

R-4086

FLORA, FAUNA Y AVENTURAS.

APUNTES DE UN VIAJE

POR LA INDIA Y POR LA CHINA.

TRADUCIDOS DEL ITALIANO,

POR

DON PEDRO CARRO RODRÍGUEZ,

LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS

Y CATEDRÁTICO DEL SEMINARIO DE ASTORGA.

BIBLIOTECA REGIONAL - DIPUTACIÓN - LEÓN

Gurrio Gutierrez

Nº M 4005

R. 1771 (BRMB)

ASTORGA LA BAÑEZA

IMP. DE LA VIUDA É HIJO DE LÓPEZ,

Rua antigua, 5 y 7.

1904

I

EL MAR DE LAS PERLAS

—Ves, Astolfo, aquella isla que allá se descubre en el horizonte entre Oriente y Mediodia? Es la hermosa Ceilán, la perla de Oriente, ó como la llaman los indios, el paraiso terrenal. Dentro de poco llegaremos á ella.

Así hablaba á bordo del Chine-mail un ex-capitan de marina á un jovencito que estaba sentado á su lado, mientras á todo andar dirigíase el buque hacia la Punta de Gales. Ya se divisaban á los rayos del sol naciente los montes de Ceilán á cada momento con más distinción, descollando entre ellos el Pico de Adán con sus faldas cubiertas de sutilísima gasa de niebla. El ex-capitán contemplaba á guisa de enamorado aquella afortunada isla, por él en otros tiempos recorrida de una extremidad á otra

—A mi me parece, prosiguió él, un bello ramo de flores, colocado por Flora á Neptuno en el pecho recibiendo, en cambio, todo un mar de perlas. No te parece ~~re~~ber recibir el aroma de aquel edén oriental?

Soplaba entonces un vientecito fresco que venía de la isla, trayendo sobre sus alas hacia nuestros viajeros la fragancia de los bosques de canela y otras plantas aromáticas, que embalsaman el aire de aquella deliciosa tierra.

—Mirad, capitán, mirad aquí, exclamó maravillà-

do el joven, que había descubierto una graciosa flotilla de testáceos que navegaban á vela muy cerca del vapor. No navegan éstos como los peces?

—No, respondió el viejo capitán; los peces navegan á remo, estos de muy diferente modo.

—Qué clase de testáceos son, y cómo navegan?

—Pertenecen al género del Argonauta, que llamaron Aristóteles y Plinio *Nautilus Pompilius*, mas ahora ha sido aplicado este nombre á significar otro género análogo, pero diferente del de los Argonautas. Entre otras diferencias distínguense los dos géneros, en que el Argonauta no está como el *Nautilus* unido á su concha por ligamentos musculares; sino que está dentro encogido como el indio en su piragua. Según los antiguos naturalistas navegaba á vela y á remos, desplegando al viento una membrana que se hincha con el más leve soplo del viento, remando con los brazos y sirviéndole el del medio de timòn para regir su barquichuelo. Cuando quiere sustraerse á la vista y á la persecución de sus enemigos, ó se le antoja dormir un poco, amaina la vela, deja entrar una gota de agua que sirva de lastre á su barquilla, y á favor de este peso desciende al fondo.

—Está bien; así explicaban los antiguos el navegar de estos animados barquichuelos; qué piensan los modernos naturalistas?

—En opinión de estos el Argonauta nada como otros muchos cefalópodos sin remos y sin vela; ni hace uso de los tentáculos sino para dar vuelta y detener su concha.

—Cómo surca, pues, el mar?

—Merced á un largo tubo con el que rechaza el agua de la cual absorbe el oxígeno necesario para la respiración, y así muévese en dirección contraria por

efecto del choque contra el líquido; por manera que su navegar se asemeja al de una nave que atrayendo por una bomba aspirante el agua, y arrojándola por la proa por medio de una impelente, se moviera andando siempre para atrás.

—Sería esto, dijo chanceándose Astolfo, un gran progreso en el arte de la navegación.

—Poco mas ó menos como es el del que hoy navega en el mar de la política. Pero volviendo á nuestro gentil Argonauta, no hay en el mundo piloto que le iguale: pues no solo posee á maravilla el arte de regir bien su navichuelo, sino que él mismo es el hábil ingeniero que lo construye en medio de las olas, como hacen todos los moluscos, constructores de sus conchas.

—Tendría mucho gusto en saber el arte que emplean en sus maravillosas construcciones.

—Es un secreto de la naturaleza que no nos es dado conocer. Cuanto sabemos acerca de este punto, redúcese á decir que segregan por los poros del cuerpo, y acaso tambien de los tentáculos, cierto humor capaz de formar un depósito calcáreo, el cual, endureciéndose al contacto del agua, como el cemento hidráulico, forma las sólidas capas de que está hecha su navecilla.

—Y fórmanse así, exclamó el jovencito, y crecen aquellas maravillas de formas y de colores como son las conchas?

—Dios, añadió el capitán, en nada se muestra tan grande, como en sus mas pequeñas criaturas. El que así filosofaba, era un veneciano, á quien llamaremos Zeno, hombre de edad y sólido juicio, que había sido capitán de marina y dado vuelta en rededor del mundo, reuniendo un tesoro de útiles conocimientos,

principalmente en materia de historia y ciencias naturales, que hacían todas sus delicias. Su compañero de viaje era un jovencito de unos 17 años de edad, de antigua y noble familia romana, de esbelto talle y gentil presencia con dos rosas en el rostro no ajadas por las pasiones, y dos ojuelos vivos y penetrantes que centellaban los primeros rayos de su despierto ingenio. Viajaba este joven en compañía de su madre, la señora Elisa, y de una hermanita suya, y dirigíase à la China, donde vivía hacía tiempo el marido de Elisa, por el cual creía él que era esperado con ansia paternal. Ganoso Astolfo de saber, no se apartaba del lado de Zeno importunándole á cada instante con sus preguntas sobre cuanto de nuevo á sus ojos se ofrecía.

—Ardo en deseos, dijo Astolfo, de poner el pié en la India, y ver la tan decantada Flora y Fauna tropical.

—Bien pronto verás satisfechos tus deseos: apenas desembarquemos, pasearemos por donde yo sé, y tu mamá y hermanita no podrán menos de experimentar vivísimo placer.

Al decir estas palabras, aparecía sobre el puente una dama de unos 35 años de edad, precedida de una niña alegre y vivaracha que semejaba al azogue.

—Hélas allí, gritó Astolfo, y corrió á su encuentro.

Era la dama el tipo acabado de la matrona romana, hermanándose en ella la gravedad y la afabilidad, la dignidad y la modestia. Vestía sin adornos estudiados, formando notable contraste con otras señoras que iban á bordo, todas ataviadas, cargadas todas de cintas, encajes, collares y brazaletes cuajados de perlas y diamantes.

La niña, cuyo nombre era Blanca, era por su mo-

destia digna hija de su madre, y parecía un angelito robado al paraiso. Elisa besó á Astolfo en la frente, y la hermanita se le lanzó al cuello, dándole un resonante beso que le fué devuelto con usura.

—¿No se rezan las oraciones de la mañana? preguntó la madre á Astolfo

—Ya las dije, mamá, respondió el jovencito.

Elisa le miró con maternal complacencia, y Astolfo preguntóle: ¿Cómo descansaste esta noche, mamá?

—Como se puede en el mar, y como Dios quiso. ¿Y tú, hijo mio?

—Oh! yo, arrullado por las olas del océano, duermo mejor en mar que en tierra. Pero apuesto ciento contra uno á que tú no cerraste los ojos. Parécesme tan afligida, mamá, de algun tiempo á esta parte!

—Qué dices hijo mio?.... Y simuló una sonrisa que ocultaba mal las angustias de su espíritu trabajado por penosos pensamientos.

Pero los hijos en su inocencia tienen ojos de Argos para leer cuanto pasa en el corazón de las madres. Astolfo al través de aquella forzada sonrisa vió un misterioso dolor, cuya causa no podía descubrir. Miró con ojos de piedad á su madre y se calló. El capitán Zeno entre tanto llegó junto á Elisa, y después de haberla cortesmente saludado, comenzó á hablar con ella de la feliz travesía y del próximo arribo al paraiso de Oriente.

— No podíamos, dijo, tener un viaje más feliz que éste: el cielo limpio como un cristal, el mar tranquilo como un lago, y viento que soplando por la popa, ayuda al vapor á llevarnos volando por la superficie de las aguas.

II

LAS PERLAS Y LAS CONCHAS

—Bendito sea Dios! dijo Elisa; que después de veinte dias de viaje hemos llegado al famoso mar de las perlas.

—En verdad, dijo Zeno, aquí navegamos sobre bosques de madréporas y corales... .

Vos que sois romana, deberíais tener en grande estima las perlas, que eran el más preciado ornamento de las antiguas patricias.

—Mis perlas son mis dos hijos; respondió Elisa con mas verdad que la madre de los Gracos.

—Y qué perlas! exclamó Zeno.—No prosiguió por temor de ofender la modestia de la madre y de los hijos.

—Has oido, Blanca, dijo Astolfo, que aquí el fondo del mar está todo lleno de perlas?

—De veras? dijo la niña, dilatándosele las pupilas, que brillaban sobre bello campo azul. Si yo pudiera cogerlas!

Riéronse Astolfo y Zeno de la sencillez de la niña, y la madre la dijo:—Tus perlas deben ser la obediencia y la modestia, que harán hermosa tu alma. Has entendido? Y así diciendo, le acarició la blonda caballera, que suelta ondeaba en torno de su cuello. Bajó los ojos la niña, avergonzada de su pueril vanidad, y ocultó la cabecita en el seno de su madre.

—Decidme, Zeno, preguntó Astolfo, es verdad que hay perlas de muchos colores?.

—Sin duda; las hay amarillas, algo verdes y hasta

negras, que, por escasear, son tenidas en grande aprecio.

—Debía de ser negra según eso, interrumpióle Astolfo chanceándose, la que la famosa Cleopatra engulló en honor de Marco Antonio.

—No te sabré decir de que color era; pero si es verdad lo que se cuenta, valía la friolera de 150,000 liras.

—Yo me hago pescador de perlas, añadió el jóven frotándose las manos, toda vez que no ha disminuido en el mundo la raza de las Cleopatras.

—Yo tengo el presentimiento, replicó Elisa, dando un suspiro, de que algún día te veré pescador de perlas infinitamente más preciosas.

No dijo más. Astolfo fijó los ojos en su madre, que le parecía en aquel momento inspirada, sonrióse dulcemente, y se calló.

De todo tomaba Elisa ocasión para infundir la piedad cristiana en el tierno, inocente corazón de sus hijos; y hacíalo con tal habilidad y gracia, que éstos, sin notarlo, la iban bebiendo á grandes sorbos.

Oyóse en esto gritar:—La pesca de las perlas! ¡la pesca de las perlas!—Era el aviso de un mozo que estaba de pié en la proa. Y todos interrumpiendo la conversación, corrieron á asomarse al antepecho del navió. Hallábase anclada una barca pescadora de los indigenas á la distancia de un tiro de fusil.—Pescadores en gran número bajaban al fondo del mar suspendidos de una cuerda y con una gruesa piedra atada al pié; cinco ó seis minutos después, hacían señal, mediante un tiron de la cuerda, y eran sacados y conducidos á bordo por sus compañeros, llevando cada uno en una redecilla, colgada del cuello, su presa de madreperlas.

—Pobrecitos! exclamó Blanca, al ver la anhelante respiración de algunos pescadores, y á otros arrojar bocanadas de agua.

—Lo peor es, dijo Zeno, que á menudo juntamente con el agua arrojan sangre.

Si así es, replicó la niña toda horrorizada, jamás yo me adornaré con perlas.

Al decir esto, óyose un agudo silbido; el vapor disminuye la velocidad de su marcha; entra en el puerto de Punta de Gales y arroja el ancla en medio de un enjambre de barquichuelos y canoas. Vióse al momento el Chinemail invadido por una turba de Cingaleses que lo tomaron como por asalto, voceando, gesticulando y ofreciendo á competencia á los pasajeros fruta, palos de canela, y, lo que valía mas, una bellísima multitud de conchas de formas graciosas y lindísimos colores, que era una delicia verlas. En derredor de ellas agrupáronse los pasajeros; Elisa levantó del suelo un flamante Nautillo; Astolfo eligió la famosa Arpa, una de las más bellas conchas de aquellos mares; Zeno, gran conocedor y apreciador de conchas, tuvo á gran ventura el adquirir ejemplares de algunas especies muy apreciadas por lo raras.

Entre tanto Blanca dirigía codiciosas miradas á otra pequeña colección artísticamente colocada en una elegante caja.

—Mamá, preguntó, por fin, cuestan mucho estas conchas?

—No, hija mía.

—Pues entonces.....

—Ya te entiendo. Las querías, no es verdad?

—Son tan bonitas!

Elisa dió cuatro chelines al cingalés que no había pedido mayor precio, y regaló la caja á la niña que

saltó de alegría y corrió á enseñarla á su hermano y á Zeno, que le dijo.—Has adquirido, mi querida Blanca, el más hermoso adorno que puede embellecer la mesa de una sala de recibimiento.

Quien ha visto un museo de historia natural, no puede olvidar la extrañeza y contento que experimentó al ver aquellas graciosas navecillas, aquellas casas portátiles que un pequeño molusco supo construir en medio de las olas. La abundancia de conchas que solo en un museo encuéntrase reunida, no era aquí una rareza encerrada entre cristales, sino una mercancía que se vendía barata.

Nuestros viajeros después de haber comprado lo mejor, bajaron á tierra, ganosos de recrearse por las floridas campiñas y frondosos bosques que sombrean las deliciosas pendientes de Punta Gales.

—Cuánto hubiera gozado la buena Elisa viendo gozar á sus hijos, á no haber estado preocupado su espíritu con tristísimos pensamientos!

III.

EL PARAISO DE ORIENTE

Es creencia común en la India que Ceilan la Trapobana de los antiguos, fué el paraiso terrenal. Si tú, amable, lector, lo dudas, como lo dudo yo, y el destino te lleva algún día á ese Edén primitivo, haz lo que yo no tuve tiempo ni voluntad de hacer: sube á la elevada peña que se llama el Pico de Adan; y allí en la cumbre hallarás grabada sobre la roca la prueba de esta afirmación en dos grandes huellas de pié humano, que aquellos isleños con la mejor buena fé del mundo aseguran haber sido impresas por nuestro primer padre. Si después de prueba tan evidente, capaz de convencer á un prehistórico de los que por acá se usan, te obstinaras en tu incredulidad, como yo en la mía, me lavo las manos. Pero volvamos á nuestro asunto.

Nace la isla del seno del mar, y va elevándose ora con suave, ora con áspera pendiente, formando risueñas colinas y montes cubiertos de plantas, las más siempre verdes y coronadas de flores ó frutos en tal abundancia, que la parte habitada de la isla semejaba un extenso pomar. Es el suelo tan feraz, que Ceilán provee de canela todos los mercados de Asia y Europa. Muchas plantas de la isla son al igual de la canela aromáticas y medicinales, verdeando las más en todas las estaciones, y no despojándose de las antiguas hojas hasta que asoman las nuevas. La agricul-

tura constituye la principal riqueza del pais; siendo las producciones más notables café, canela, clavo, pimienta y aceite de coco, artículos todos de extenso y lucrativo comercio.

Hay además animales de todas clases, domésticos y salvajes: elefantes, gacelas, gamos, búfalos, hienas, leopardos, tigres, osos, monos, cocodrilos, serpientes y aves de bellísimo plumaje. Y para que nada falte á esta fortunada isla, además de estar rodeada de un mar sembrado de perlas, guarda en su seno tesoros de piedras preciosas: cristal de roca, el mas bello cuarzo del mundo, topacios, jacintos, rubíes, zafiros, turmalinas y amatistas. Abundan también el hierro, plomo, estaño, manganesa y mercurio. El clima en la parte más cultivada de la isla es benignísimo; el aire puro y perfumado; los calores que son en la India intensísimos hállanse aquí moderados por refrigerantes brisas. Cuádrale por tanto el nombre que le dan los indigenas, de *tenasseri*, esto es, tierra de las delicias; por manera que si no fué el Edén del Génesis, es por lo menos el paraiso de Oriente.

Sin embargo de ser suelo tan fértil, y tan benigno su clima, está muy poco poblada, contando apenas dos millones y medio de habitantes en una extensión de 63,970 kilómetros cuadrados. Los Cingaleses, representantes de la población indigena, admiten al igual de los del Indostán la división en castas. Son de carácter dulce y asociable, apasiónanse fácilmente por la poesía y la música; cultivan las bellas artes, aunque principalmente las mecánicas, en algunas de las cuales sobresalen, como en la de trabajar el oro, la plata y el hierro. Hablan una lengua derivada del Sanskrito y escriben á la antigua con un punzón sobre hojas de *Talipot*. Sus pagodas son de dos

clases: llámanse unas *Wihare* y están dedicadas á Buda, cuyo culto es tan antiguo en Ceilán, que se considera esta isla como la cuna del budismo; las otras están consagradas á diversas divinidades tenidas como protectoras del pais, y llámanse *Devalés*. Unas parécense algo á las pagodas chinas, tienen las otras algo del estilo griego.

La historia de esta isla es ignorada. Sábese sin embargo, que desde el ano 543 antes de J. C., época en que fué ocupada por los del Indostán, hasta fines del pasado siglo fué gobernada por 179 reyes. Uno de estos, según refiere Plinio, envió al emperador Claudio Embajadores, los cuales, entre otras cosas le refirieron que su isla contenia 500 ciudades. Las ruinas de antiguos monumentos atestiguan su pasada prosperidad y su pristina grandeza.

Estas breves noticias respecto á Ceilan iba dando Zeno á su pequeña comitiva, mientras recorrían las principales calles de Punta de Gales, adornadas con doble hilera de frondosas plantas. Dirigiéronse después á una iglesia católica que se estaba construyendo y veíase blanquear desde el centro de un verde soto. El misionero que se hallaba al frente de la construcción, y era un religioso de la orden de San Benito, dispensó á nuestros viajeros el más alegre y afectuoso recibimiento. Llevólos á ver minuciosamente todo el edificio, y dióles cuenta de los progresos de la misión, cosa de que recibieron grandísimo placer, como quienes anteponían á todos los intereses humanos el incremento de la fé católica. Blanca entre tanto daba de codo á su madre y la decía á media voz:—Mamá, démonos prisa, que sólo disponemos de un día para ver á Ceilán.

El discreto misionero que advirtió la impaciencia

de la niña, cortó la conversación diciendo á Elisa:—Pero vos, señora, estais de paso; no quiero deteneros más.

Y ordenó á algunos cristianos cingaleses que allí estaban, que por caminos seguros condujesen á sus ilustres huéspedes á un bosque que poco distaba de allí. Vuelto después á nuestros viajeros, añadió:—Sin peligro y á placer podreis contemplar allí las riquezas de este feracísimo suelo. Una sola cosa os encargo, y es que no os desvieis del camino trillado.

—Por qué? apresuróse á preguntar Blanca.

—Porque hay serpientes venenosas, buena niña.

—Y hay fieras? preguntó Elisa.

—Si, mas no en los lugares habitados. Id, pués, sin temor. Que Dios os acompañe y proteja.

Dieron nuestros viajeros expresivas gracias al atento misionero, y después de haberse despedido, dirigieron sus pasos hácia el bosque.

IV.

EL NEPENTE DESTILATORIO.—EL ÁRBOL DE LA MANTECA. —LA PLANTA SERPENTICIDA.

La primera planta con que toparon nuestros viajeros, ostentaba hojas de hermosa y rara figura, colocadas á lo largo de un grueso tallo que se prolongaba mas allá de la extremidad de las mismas, y se terminaba en un vaso de forma cilíndrica, cubierto con una especie de válvula natural.

—Qué clase de planta es ésta preguntó Astolfo.

Zeno sonriendo, contestó:—Es un laboratorio de agua destilada. Ves aquellos vasos de tres á cuatro pulgadas de largo y una de ancho? Están llenos de límpida agua, no llovida del cielo, como creyeron algunos, sinó destilada por glándulas internas de que están llenos los vasos. Cuando el vaso está lleno, ábrese la válvula, y sale la mitad del líquido, lo cual sucede durante el día; á la tarde ciérrase la válvula, y el vaso vuélvese á llenar poco á poco, reparando así todas las noches las pérdidas sufridas durante el día.

—Maravillosa planta! exclamó Elisa: es una verdadera fuente de agua perenne. Qué bello es además ver aquellas hojas anchas y venosas y aquella elegante panoja de flores y frutos encarnados.

—Es, dijo Zeno, una de las maravillas de la India, y alardea de ser no sólo la admiración de los viajeros, pero también la medicina de los enfermos. Sus

raices hacen las veces del mejor astringente, y son refrigerantes sus hojas, de las cuales también se destila un licor que se da á beber en las altas fiebres y se aplica sobre la piel en las erisipelas, inflamaciones y otras enfermedades.

Cuéntase que el primero de los europeos en descubrirla fué un viajero que fatigado del largo camino y abrasado por la sed, sentóse á la sombra de esta planta, y levantando los ojos, al ver aqellos vasos dijo entre sí:—Cuántos vasos me presenta la naturaleza, como si se complaciera en avivar con eso mi sed.—Y así diciendo, arranca de la planta un vaso con despecho. Pero cuál no sería su admiración y su gozo, al encontrarlo lleno de un claro y fresco licor que á él, abrasado como estaba, parecióle ambrosía de los dioses de Homero?—Astolfo entre tanto había dibujado la planta. Vuelto después á Zeno, le preguntó:—Cuál es su nombre vulgar?

—Bandura.

Y el botánico?

—Nepente de Ceilán ó *Nepenthes distillatoria*.

Mientras Astolfo apunta en su cartera aquellos nombres, Blanca, deseosa, como son todos los niños, de alargar la mano á cuanto se presenta á sus ojos, corre á arrancar un hermoso vaso que á la sazón estaba abierto; derrama el líquido y salta de alegría viendo comprobada por la experiencia la verdad de cuanto acababa de oir.

—Estás ahora convencida? díjole sonriendo su madre. Blanca extendía segunda vez la mano para repetir el experimento; pero impidióselo su madre diciendo:—Niña, sobradas cosas te quedan que ver. Nuestras horas están contadas, y es necesario que nos demos prisa.

Quien quiera manteca vegetal, venga conmigo, dijo Zeno y corrió hacia un grupo de plantas de bellísimo aspecto, una de las cuales tenía robusto tronco y estaba coronada de flores amarillas. De este árbol, añadió dirigiéndose á su comitiva, nada se pierde. Flores y frutos son por igual un buen alimento: éstos cuando maduran, y aquellas cuando están marchitas. De la pulpa del fruto, antes de estar sazonado, hácese saludable gelatina. Del fruto ya maduro sácase aceite de arder y comer y de la semilla una substancia mantecosa, sólida y nutritiva.

—Admirable Providencia divina! exclamó Elisa. A cuantas necesidades provee una planta!

—Cuál es su nombre botánico? preguntó Astolfo.

Bassia bulyracea; y una sola planta produce unas 300 libras de flores y 60 de aceite, es decir, deja al propietario una utilidad de más de 100 liras italianas.

Viva la Basia! gritó Astolfo.

—Y viva la industria de quien de ella sabe sacar tanto provecho! añadió Elisa.

Zeno que iba delante, dirigiéndose á Elisa, la dijo:—Señora, es fuerza acelerar el paso; que el tiempo apremia.

Pero él fué el primero en detenerse delante de una maravillosa planta.—Hé aquí, dijo, la *Aristolquia serpenticida*, llamada así porque una ó dos gotas de zumo de su raíz mezcladas con la saliva, é inyectadas en la garganta de una serpiente de tamaño regular, la atolondran de manera que durante una hora se puede manejar sin peligro. Dicen los indios que humedeciendo con aquel zumo la mordedura de un reptil venenoso, ó bebiendo al momento el mordido algunas gotas, infaliblemente sana.

—Mamá, dijo Astolfo chanceándose, si continua-

mos á este paso, á nuestro regreso á Italia podremos abrir la farmacia número uno, y tú Astolfo serás el primer boticario de nuestra patria.

—Quiera Dios, añadió Elisa, sonriendo, hacer de tí un excelente médico..... yo me entiendo en mis oraciones.

Ya que eres aficionado al arte de Hipócrates, dijo Zeno á Astolfo, aquí tienes dos plantas cuyas hojas son también un escelente antídoto contra el veneno de las serpientes: la primera llámase Antidesma de Ceilán; la otra Antidesma alesiteria. Diéronle los botánicos este nombre formado de dos voces griegas, que significan contraveneno, por la cualidad antitóxica que posee. Aquí en Ceilan, como en otros paises de la India, hay una especie de serpientes venenosísimas que los portugueses llaman *Cobra capello;* pero la Providencia al lado del veneno hizo nacer el antidoto en las hojas de estas plantas.

Elisa y Astolfo cogieron algunas, y Blanca las guardó en su cestillo diciendo:—Ahora si que no temo yo la mordedura de las serpientes.

Parecía que la niña presagiaba el funesto suceso que ocurrió poco después y que había de causar gran susto á nuestros viajeros.

V.

EL ARBOL DE LA SANGRE Y LA SERPIENTE AL PIÉ DE LA PLANTA DEL PARAISO.

—Habéis oido hablar alguna vez de una planta que destila sangre?, dijo Zeno, sonriendo, á su comitiva.

—La fantasearon los poetas, respondió Astolfo; pero no sé que la hayan encontrado los botánicos.

—Pues en esto consuenan naturalistas y poetas. Y así diciendo, hizo sobre la corteza de una planta que allí florecía, una profunda incisión, de la cual comenzó á chorrear una resina que al momento se coaguló en gotas de subido bermellón. Esta es, dijo, la resina que en el comercio corre con el nombre de sangre de drago en gotas.

—Ah! exclamó Astolfo, es la planta del polidoro de Virgilio (1). Cómo se llama?

—*Pterocarpus draco*. Otra especie de este género crece en los montes de Ceilán, y es el *Pterocarpus santalinus*, cuya madera, puesta en infusión, tiñe al agua de un hermoso color rojo.

---

(1) Alude á los siguentes versos del canto tercero de la Enéida:

Nam quæ prima solo ruptis radicibus arbos
Velitur, huic atro liquuntur sangine guttæ.

. . . . . .

Alter et alterius sequitur de cortice sanguís.

Nota del traductor.

Blanca entre tanto iba comiendo una mantecada que sacó de su cestillo. Lo cual viendo los niños cingaleses que formaban como la retaguardia de la comitiva, aproximáronse á ella echándola unas miradas que parecían decir:—Acuérdate de tus hermanitos.—Blanca comprendió el mudo lenguaje de aquellas miradas, y repartió al instante su mantecada con el primer niño que se le puso delante. Metiendo después las manos en su cestillo, sacó todas sus provisiones, y las repartió entre los demas, que empezaron á saltar de contento en torno de ella, dándole las gracias con mil gestos y afectuosas palabras que Blanca no comprendió. Elisa contemplábala con santo placer, y dejábala obrar á fin de no amortiguar el celestial fuego de la caridad para con los pobrecitos.

Los niños viendo á su graciosa bienhechora recoger por aquí y por acullá flores caidas de las plantas, para darla gusto encaramáronse con la agilidad de monos á los árboles más gigantescos, llenando el seno de los más bellos ramos de flores que encontraron.

—Oh qué fragancia de paraiso! exclamó Astolfo, al sentir regalados sus sentidos con aquel nuevo y delicado perfume.

—Tambien yo, dijo Blanca aspirando aquel aire embalsamado, yo tambien siento un hálito del cielo. Y tú, mamá, no la sientes tambien?

—Si, hija mía, respondió sonriendo Elisa, pero de aquí al cielo hay una enorme distancia.

—De donde proceden preguntó á Zeno Astolfo, tan olorosos efluvios?

—Si no me engaño de la *champaca*, una de las plantas más aromáticas que se conocen. Y buscábala con sus miradas; más no la descubrió, pues halla-

base unos doscientos pasos más adentro en el bosque, cercada de otras frondosas plantas que la ocultaban á los ojos de nuestros viajeros.

En esto se oyó un grito agudo y desgarrador.....

Uno de los niños que seguían á la comitiva, habiéndose internado en el bosque para coger las aromáticas flores de la *champaca*, fué mordido en un pié por una serpiente,

Corrieron todos al lugar de donde habia partido el grito; y, visto lo que era, Zeno, sin pérdida de tiempo, cogió algunas hojas de la *antidesma* de Ceilán, que Blanca había guardado en su cestillo, pisólas y las aplicó á la herida, vendándola con un pañuelo que le dió la bondadosa Elisa. Estaba Elisa toda asustada; lloraba Blanca, y Astolfo acariciaba al niño, á quien no inquietaba mucho su desgracia. Entre tanto algunos de sus compañeros habían corrido á coger las hojas de la *aristolquia* serpenticida, cuya virtud conocían por el frecuente uso que de ella en tales casos se hace. Zeno machacólas sobre una piedra y luego exprimiólas y dió á beber al herido algunas gotas.

Confiándole despues al maternal cuidado de Elisa, se propuso hacer salir de la madriguera al venenoso reptil que tal desguisado había cometido. Empuñada su carabina, acércase á la *champaca* y vé al pié de un árbol, enroscado sobre sí mismo, un *Chinta-nagú*, llamado tambien *Cobra-capello* y serpiente de anteojos, tan elegante por sus formas como mortífera por sus picaduras. Media de largo un metro y ochenta centímetros, y treinta centímetros de grueso. Al ruido de los pasos, la serpiente, advirtiendo la presencia de su enemigo, yergue la cabeza, hincha su cuello, vibra su lengua, lanza dardos de fuego por los ojos y

arrójase hacia Zeno; más éste dando un paso hacia atrás, prepara la carabina y dispara: el execrable reptil, herido en muchas partes de su cuerpo, cae extendido y semivivo, destilando por la boca inmunda baba y mortal veneno. Toda la comitiva prorrumpió en gritos de alegría, y aproximándose á la planta, cercó á la serpiente, que estaba dando boqueadas. Blanca reclamó para si el honor de dar á la cruel sierpe el golpe de gracia; y asiendo un palo aguzado, se lo clavó en la cabeza diciendo: «Toma el pago del mal que has hecho.»

—La victoria final sobre la serpiente, dijo Zeno, pertenece á la inocencia!

Entre tanto la madre del herido, que distaba poco de allí, habiendo oido los gritos del niño, y reconociendo la voz de su hijo, adivinando la causa, corre hacia él temblorosa y convulsa llevando un contraveneno muy usado en la India. No bien llega, se lo hace tomar, y cogiéndole en brazos, disponíase á partir.

Elisa hízole señas de que aguardase, y sacando del bolsillo una libra esterlina, se la puso en la mano, manifestándole por señas que era para curar al herido. La buena cingalesa al ver relucir la flamante moneda, abrió ojos y boca, besó á Elisa la mano é hizo la señal de la cruz.

—Oh! es cristiana, exclamó Elisa llena de alegría. Y la cingalesa que había comprendido aquella palabra, que sonaba como la portuguesa *Christá*, tantas veces oida por ella, hizo señas con la cabeza que sí. Entonces Zeno quiso aumentar su contento añadiendo á la esterlina dos dollars; y Elisa dióle además dos hermosas medallas de la Virgen, que ella misma colgó del cuello del hijo y de la madre, la cual marchó

consolada y llena de esperanza en la protección de la gran Madre de Dios.

Oh! exclamó Blanca, dándose una palmada en la frente, aquel pobre niño era cristiano, y yo no lo sabía.

—Cuando lo hubiéramos sabido, repuso Zeno, nada más hubiéramos podido hacer por él. Por lo demás tranquilízate, que su curación es segura. Si el antídoto que le hemos propinado, no hubiera sido eficaz, no hubiesemos tardado en ver los primeros síntomas del envenenamiento.

La desgracia ocurrida al niño cingalés entristeció algo á nuestros viajeros.

—No volveremos á bordo, dijo Elisa, sin haberle antes visitado, y asegurarnos de su curación.

Despues por temor á una nueva desgracia hizo con insistencia señas á los niños cingaleses que se volvieran á sus casas; pero parecía que ellos no sabían resolverse á dejar tan grata compañía; antes bien algunos, más celosos que los otros de honrar á los extranjeros, habíanse subido al árbol, y arrancaban puñados de flores que hacían llover de lo alto.

La flor de la *champaca* ó *ciampaca* exhala un olor semejante al del narciso, pero sin comparación más intenso y agradable, tanto que una sola champaca en flor basta á perfumar el aire en un dilatado espacio.

No nos detengamos más en estos lugares, dijo á Zeno Elisa. Esta flor será bella, será todo lo encantadora que querais; pero junto al arbol del paraiso ocúltase la serpiente.

Zeno, que comprendió todo el temor de Elisa, subió al camino trillado, acelerando el paso para salir pronto á campo abierto; y los demás le siguieron.

Astolfo de cuando en cuando deteníase á preguntar á su diccionario viviente el nombre de las nuevas plantas que á sus ojos se ofrecían.

Pero Elisa que no veía llegado el momento de verse fuera del bosque, decíales en alta voz.—Daos prisa; que ya es tiempo de salir del infierno.

—¡Oh qué dices mamá! replicò Astolfo. ¿Infierno un paraiso terrenal?

—Sí, un lugar donde se puede hallar á cada paso la muerte debajo de los piés.

—Fuera miedo! ¿Somos, ó no somos Romanos, descendencia de Troya?

—En efecto las serpientes tendrán miedo á los Romanos!....

—Cómo nó? Apelo á Blanca la cual *super aspidem et basiliscum ambulavit,* y además atravesó con sin igual bizarría la cabeza á la serpiente.

—Déjate de bromas, te digo, y date prisa.

Mi querida mamá, aguarda un instante. Quieres que marche sin llevarme—y arrancó una plantecita—esta bendita raiz, la cual me dice Zeno al oido que es una panacea para todas las enfermedades del mundo? Y corrió junto á su madre, llevando en la mano con mucha gravedad una larga Cúrcuma, planta herbácea de la familia de las amomeas, llamada vulgarmente azafrán de la India.—Aquí te dirá nuestro Botánico las virtudes que encierra la milagrosa raiz de esta yerba.

Blanca que ya la había olido y gustado, dijo:—Mamá sabe á azafrán.

—Justamente, añadió Zeno, pero su mayor mérito es otro. Si aquí hubiera un pintor, te la quitaría de la mano, diciendo: Venga mi Cúrcuma, que me da un bello color de azafrán; y al pintor se la dispu-

taría el médico, diciendo: Venga mi Cúrcuma, que es tónica, antiescorbútica y contra la ictericia. A cuál de los dos se la darías tú?

—A ninguno, replicó Blanca, porque la guardo para mi, pues yo también algún día podré tener ictericia.

Y guardó un pedazo en su cestillo, diciendo:— Oh bendita Cúrcuma que tienes la virtud de tornar blanco un rostro amarillo, y amarilla una cosa blanca.

VI.

LAS AVES DE BRILLANTE PLUMAJE.

Celebraron todos la ingeniosa observación de la niña, y discurriendo sobre las plantas de la India, y acelerando el paso para complacer á Elisa salieron á un lugar abierto y cultivado, donde extendíase á la orilla de un rio un vasto pomar, cercado de acacias, de las que se saca una goma trasparente que parece ser la goma arábiga llamada de la India.

Llamó aquí la atención de nuestros viajeros una nueva maravilla que les hizo olvidar por un momento todas las bellezas de la flora de Ceilán. Una multitud de aves de vistosísimo plumaje surcaban en aquel instante los aires cayendo como un enjambre de abejas desde el bosque sobre los árboles frutales. Alegróse no poco Blanca, esperando coger alguna; que todo parece fácil al ardiente deseo de los niños. Astolfo que deseaba conocer esta aristocracia del reino de Eolo, señalando con el dedo un papagayo que habíase posado entre las ramas de un árbol, preguntó á Zeno:—Qué especie de papagayo es esta?

—Es el *Psittacus Alexandri,* ó el papagayo de color rojo encendido. La razón del primer nombre, dada por Buffón, es porque fué, según se dice, el papagayo regalado á Alejandro Magno, y por él enviado á Europa, y del cual hacen mención Plinio y Apuleyo. Es ave habitante de esta isla.

—Oh si lo pudiéramos coger! dijo Blanca. Zeno

por complacerla, empuñó la carabina y disponíase á disparar. Pero la niña cogióle el brazo, diciendo:—Nó, no le mateis. Es tan lindo! Porqué matarle?.....

Agradaron á Zeno los delicados sentimientos de la niña, y suspendiendo de nuevo su arma del hombro, se puso á examinar aquella alada familia, que, sin recelar peligro alguno, proseguía saltando entre las ramas. No hubo andado mucho cuando reconoció otra especie de papagayo asaz común en la India, y señalándolo á su comitiva, dijo:—He allí el papagayo sagitífero, de collar negro, el cual se diferencia no poco de los otros. Mirad su cabeza cubierta de plumas de color de rosa, las cuales cerca de la frente están teñidas de rojo y de bellísimo azul, que con los reflejos de la luz semejaba un hermoso color lila. La naturaleza ha desplegado aquí todo el lujo de las innumerables tintas con que colora y embellece el universo.

—No he visto jamás, dijo Astolfo, papagayos de esta especie!

—Los que habrás visto en Italia, pertenecen de ordinario á las varias especies que viven en el Brasil, y en general en la América del Sur, las cuales diferéncianse no poco de las asiáticas principalmente de las de Ceilán y de la India,

—Aquí la pizpereta Blanca dió un saltito y preguntó á Zeno:—Cuál de ellos habla mejor?

—Son todos papagayos, niña mía.

Y Astolfo añadió:—Hablan todos como las niñas.

—Que impertinente! replicó Blanca sonriéndose.

En esto oyóse allá cerca ruido de hojas y un grito agudo. Todos dirigieron hácia aquella parte sus miradas, y Astolfo, que tenia vista perspicaz, les señaló un hermoso pajarito. Tenía la cabeza de color verde

pálido, y el cuello de hermoso bermellón que resaltaba sobre un fondo verde, y todo el plumaje teñido de tintas purpurinas, azules y verdes.

—Es la *Psittácula indiana*, dijo al instante Zeno, llamada tambien *Psittácula de alas negras*, por más que no las tenga tales. Blanca que se había aproximado al árbol para verla mejor, observó que había hecho su nido en una cueva construida por las hormigas en una hendidura del árbol.

—No te maraville lo que estás viendo, dijo Zeno. No es ese el único animal que tiene el instinto de ponerse en nido ageno. Lo tiene tambien el cuclillo, y y hasta lo tienen tambien ciertos *cuclillos racionales* que llevan escrito en su escudo este mote:—Levántate tú, que me quiero poner yo.

—Oh! tambien por acá Gambeta! exclamó de repente Astolfo, viendo hender el aire un pajarito de este nombre, por él conocido en Europa, y que ahora venía del mar en dirección á un río que cerca de allí corría.

—El pájaro Gambeta por estos lugares? replicó Zeno maravillado. Pero no es inverosímil, porque es ave que frecuenta todos los mares del globo.

Oyóse en esto el balido de un cordero, después el cacarear de una gallina, y finalmente el canto de un gallo. Nuestros viajeros dirijieron sus miradas hacia todas partes; más no viendo ninguno de estos animales, miráronse maravillados. Zeno entre tanto reíase á su sabor.

—Pero donde están los gallos, gallinas y corderos?

—Ese que bala, cacarea y canta, es un pájaro burlón que se complace en imitar las varias voces de los animales, acompañando esta parodia de graciosísimos

gestos. Queréis verle?—Acercaos despacito á aquella planta.

Elisa y sus hijos aproximáronse, y pudieron examinar todo el tiempo que quisieron este alado sátiro.

—Cómo se llama? preguntó Astolfo.

—Nombróle Lineo *turdus pagodarum*, porque frecuenta las torres de las pagodas.

En esto un nuevo y asaz diverso espectáculo atrajo hácia sí la atención de nuestros viajeros.

VII.

EL COCODRILO DEL ASIA

Y SU LUCHA CON EL HOMBRE

—Unos caballos que en la ribera pacían, bajaron al rio á beber en un pequeño recodo; más en vez de beber, golpearon el agua con las manos, y corrieron después enfurecidos á otro remanso próximo, donde tranquilos bebieron.

—Que novedad es esta? preguntó Elisa á Zeno.

—Aguardad y admirareis el instinto de los caballos.

En efecto, no habían pasado aun cinco minutos cuando asoma un enorme cocodrilo en el lugar mismo en que el agua, golpeada por los caballos, extendía sus ondas en círculos concéntricos.

Oh qué espantoso monstruo! gritó Blanca aterrorizada.

Zeno en esto ya la había cogido de la mano y decía por señas á los demás que corriesen á encerrarse dentro de un kiosko. De pié él sobre la playa, miraba al monstruo, más no sin tener preparada su carabina. La niña, aunque en lugar seguro, sentía estremecimiento en todo su cuerpo, y que la sangre se helaba en sus venas al contemplar aquella horrible boca armada de una larga hilera de dientes, y aquellas cavernosas fauces, avidísimas de presa. Elisa y Astolfo le miraban también no sin horror.

Era semejante en todo el monstruoso saurio á los cocodrilos del Africa, de los que se diferenciaba tan solo en tener mayor número de escamas en su dura piel, la cual le servía de coraza.

—Es, dijo muy tranquilo Zeno, el *Cocodrillus biporcatus* de Cuvier, especie voracísima de saurios, que ejercen su cruel imperio sobre la tierra y el mar.

¡Huay del animal que con tal monstruo se encuentra! Perdido está! El cocodrilo échale al instante los dientes; le arrastra consigo al fondo, y si encuentra demasiado duros los ligamentos de la carne, deja que se pudra en el limo, despues de lo cual lo devora con toda tranquilidad. Reúnense á menudo varios para volcar las frágiles canoas de los indios; y cuántos infelices de estos hallaron su tumba en las fauces de aquellos monstruos! Sin embargo, como la cabeza de este saurio está puesta á precio, y de su piel se hacen estimadísimos yelmos, puede tanto la codicia del dinero ó el deseo de gloria en el ánimo de los indígenas, que muchos le cazan; y llevan algunos su temerario arrojo hasta el extremo de luchar cuerpo á cuerpo con el monstruo.

—Es posible! exclamó Elisa.

—Y tanto que lo es! respondió Zeno.

Mientras así hablaban, deslizábase silenciosamente por la corriente del rio una canoa tripulada por tres bravos cazadores de cocodrilos.

Nuestros viajeros, suspensos y temblorosos, mirábanles sin pestañar, ni articular una sílaba. Pero mientras ellos temblaban por el peligro ageno, había quien arrostrarlo ansiaba. Un nervudo y robusto cingalés, armada su diestra de una espada de dos filos, y protegido el brazo izquierdo por una manga de durísimo cuero, lánzase impávido al agua. Al instante

volvió á salir á flor de agua el cocodrilo, atraido por su afición á la carne humana, sabrosísimo manjar para él. Encontrábanse frente á frente los dos combatientes, y avecinábase el terrible momento de la pelea. Elisa y Blanca, aunque estaban en lugar seguro, palidecieron; Astolfo y Zeno sintieron tambien que su corazón latía con más violencia; pero los niños cingaleses, que hasta allí los habían seguido jugueteando en la orilla del río, no advertían, al parecer, el peligro, antes consideraban como una inocente diversión el expectáculo de la batalla. El feroz saurio, abriendo la boca y echando fuego por los ojos, embiste á su enemigo, azotando de un modo horroroso las aguas con su larga y escamosa cola. El bravo cingalés aguárdale impertérrito con el brazo extendido, como para provocarle. Sus compañeros tenían tambien fijos sus ojos en el saurio, armado el uno de un arpón, y el otro de afilada bayoneta. Zeno, teniendo á mengua el estarse cruzado de brazos, carga con gruesas balas su carabina de dos cañones, y aproxímase lo más que puede al teatro de la lucha. El cocodrilo muerde rabioso el brazo del cingalés, más no puede con sus dientes atravesar la armadura; éste con la rapidez del rayo hiérele repetidas veces bajo el cuello, mientras uno de sus compañeros hacía lo mismo en el vientre, y el otro intentaba clavarle su arpón en alguna de las partes más vulnerables. El monstruo agítase con furia; muerde rabioso al blindado brazo del cingalés; lanza fuego por los ojos y sangre por las heridas y revuelve las aguas con su cola; pero estos fueron los postreros esfuerzos de su impotente furor. Falto de fuerzas por la sangre que de sus heridas copiosamente brotaba, abandónase por fin boqueando sobre las aguas. Mas en esto déjanse ver otros dos

cocodrilos que, al parecer, venían en su socorro. Un grito de terror lanzan nuestros viajeros, y los mismos cingaleses palidecen al verse tan inesperadamente acometidos. Zeno prepara su carabina, apunta á uno de los saurios, que habría una descomunal boca, y dos gruesas balas le introduce en la garganta. El monstruo arroja una bocanada de sangre y desaparece. Un segundo disparo, hecho casi al mismo tiempo que el primero envió al otro saurio idéntico regalo; pero aquellas preciosas píldoras de plomo, destinadas á la boca del animal, desviándose algun tanto, dieron sobre las escamas sin atravesarle la piel.

Erré el tiro! gritó Zeno dándose una palmada en la frente.

—Ese animal, añadió Astolfo, tiene una coraza de acero.

—El cocodrilo que no buscaba píldoras de plomo, sino de carne, sumergióse y no se dejó ver más. De esta suerte, con el favor divino, los saurios llevaron la peor parte, y los cingaleses pudieron remolcar triunfantes la horrible presa, que desarrollaron y dividieron en trozos á la orilla del rio.

Astolfo parecía contentísimo de haber presenciado aquel espectáculo, y no se cansaba de alabar la intrepidez y bravura de los tres cingaleses que cuerpo á cuerpo habían luchado con el mónstruo. Blanca, estando bajo la impresión del terror, guardaba silencio. Los chiquillos locos de alegría por la derrota de los cocodrilos, esparciéronse por la playa, y comenzaron á escarvar en la arena.

—Qué hacen esos, preguntó Elisa á Zeno?

—Buscan los huevos del cocodrilo, de los que son codiciosos, y ahora pueden hacerlo con toda seguridad. ¡Mas ¡ay! si los sorprende el feroz animal! El

robador de los huevos solo encontrará salvación en la agilidad de sus piernas, y si esta le faltare, en la destreza en girar al rededor, pues este animal no puede dar las vueltas con tanta rapidez como nosotros.

Nuestros viajeros después de esto comenzaron á caminar lentamente hácia la ciudad, disputando sobre si era deseable vivir en el paraiso de oriente. Zeno y Astolfo, que estaban prendados de él, sostenían que no había cosa más deseable; Elisa era de opuesto parecer, y decía:—Es un Edén esta isla, no lo niego; pero temo á los cocodrilos, tengo miedo á las serpientes; y me pone nerviosa ese rápido pasar de una escena de encanto á otra de horror, de un trasunto del cielo á una imagen del infierno.

—Para mi, dijo Zeno, nada hay tan agradable como ese tránsito. El mundo es bello porque encierra mucha variedad; y esa variedad es abundosa fuente de siempre nuevos placeres. El mismo contraste sirve para hacer que resalte mas la hermosura de la naturaleza, no de otro modo que la harmónica distribución de las luces y las sombras en un cuadro.

—¡Qué diferentes son los gustos de los hombres! exclamó Astolfo. Para nosotros son las serpientes y cocodrilos horrorosos monstruos; para algunos pueblos del Africa son deidades á las que postrados adoran.

—A ese extremo, dijo Elisa, llegó la aberración y degradación del hombre; al extremo de adorar lo que hay de más repugnante y maléfico en la naturaleza. Terrible castigo reservado á los que abandonaron al Dios del cielo para inclinar la frente y doblar su rodilla ante los mónstruos de la tierra.

—Y ante el mónstruo del infierno, añadió Zeno

que hoy recibe de mónstruos el homenaje debido á la divinidad.

—Quién?... El demonio? preguntó Blanca horrorizada.

—Si, ese horrible y abominable sér.

—Jesús mío! exclamó la niña haciendo la señal de la cruz.

—Astolfo, que hasta de las cosas más sérias sacaba partido para chancearse, apresuróse á decir:—Apuesto á que no pasa mucho tiempo sin que veamos introducido también en Europa el culto de las serpientes, cocodrilos y toda la bestial familia. Lo digo en sério. ¿No es verdad que hoy se pretende hacer pasar á una bestia por el progenitor del hombre? Por qué no se ha de concluir por hacer de ella un Dios? Así al menos parece exigirlo la fatal ley del progreso.

—Qué bestia es esa á la que se dispensa el honor de ser considerada como el tronco de nuestra estirpe? preguntó Blanca.

—Qué quieres que te diga, hermanita? Hierve aún la disputa entre los doctores de la moderna escuela darwiniana. Quien nos hace descendientes del Orangután; quien del Chimpanzé ó Gorila, y no falta quien afirma con el mayor aplomo que hemos salido de un huevo abandonado en la playa, y empollado por la madre naturaleza á los templados rayos del sol. De qué animal haya sido ese huevo primitivo, no te lo sabré decir, yo en lugar de ellos afirmaría, sin probarlo,—pues tanto no se exige en su escuela,—que dicho huevo debió de ser de algún cocodrilo, depositado en la isla de Ceilán, por los indios tenida por cuna de la humanidad. Qué te parece?

Riéronse Zeno y Elisa de la ingeniosa ocurrencia de Astolfo; pero Blanca, viendo la gravedad de su hermano, díjole amagándole y sonriendo:—Tú te quieres burlar de mí.

—Hablo en serio. No es verdad lo que digo, Zeno?

—Y tanto que lo es. Yo no te sabré decir, mi querida niña, si ese huevo por ellos fantaseado fué, ó no, el de un cocodrilo: pero sí te puedo asegurar que Astolfo no te engañó. Unos nos suponen descendientes en línea recta de los monos; otros de no sé que otra bestia: todos, en suma, sustituyeron, como hacían los antiguos estóicos, el origen divino por el origen bestial. Otros prefiriendo la opinión de los epicúreos, nos hicieron brotar, como los hongos, de la tierra, ó de la materia caótica obrando por sí misma y sin un artífice divino que la elaborase y diese forma, movimiento y vida. Lo cual es lo mismo que admitir una fábrica sin arquitecto, un movimiento sin motor, orden sin ordenador, vida sin principio viviente del que proceda, porque tal ni es, ni puede ser la materia por su naturaleza inanimada, inerte é indiferente para el movimiento ó el reposo, para esta ó aquella forma.

—Lo has oido Blanca? dijo Astolfo. Ahora mi querida hermanita, no dirás ya que te engaño.

—Qué quieres? respondió la niña. Nunca hubiera yo creido que hubiese hombres que dándose aires de sabios, cayesen en tales extravagancias y locuras.

—Cuando conozcas mejor el mundo, añadió Zeno, tu extrañeza cesará. Cosas verás y oirás que no caben bajo la bóveda del cielo.

—Pero qué interés, replicó la niña—que no podía asentir á una opinión tan opuesta á su buen sentido,

—qué interés tiene de hacernos descendientes de los monos, ó hijos del fango y del cieno?

—A ti, angelito de Dios, no te agrada, y con razón; pero has de saber que á esos *eminentes sabios* que tan absurdas fábulas en nuestras escuelas propalan, nada les gusta tanto como el origen bestial ó cenagoso del hombre.

—Pero porqué? preguntó Blanca.

—Porque en ese cieno encuentran la justificación de su vida de bestias.

—El que vive á guisa de bestias, añadió Astolfo, bien puede jactarse de ser hijo de ellas. Está en la plenitud de su derecho. Una sola cosa le pediría yo.....

—Sepámosla, dijo Zeno, será una de tus.....

—Le pediría que declarase en puridad á qué raza de bestias pertenecía; que eso de no saber uno quién fué su padre y su madre, cosa es sola de bastardos.

—Y cuando te lo hubiera dicho?.....

—Entonces sabría cómo tratarle. Si me decía, por ejemplo, que su primer padre fué un asno, le pondría la albarda y la cabezada, pues no tiene derecho el hijo á ser tratado mejor que su padre: y le acariciaría de cuando en cuando con una vara para hacerle andar á buen portante por el camino del progreso.

—No dices mal, añadió Zeno riendo; también á mí me parece cosa justa y razonable que cada uno presente su partida de nacimiento, y nos muestre en su árbol genealógico el verdadero tronco de su familia.

Así chanceándose y riendo, llegaron Zeno y Astolfo al camino que corría paralelo al bosque, y conducía al lugar donde habían dejado el coche.

Seguíanlos Elisa y Blanca con el acostumbrado cortejo de cingaleses: Astolfo volviéndose hacia ellas dijo:

—Daos prisa, que viene S. M. el Rey de la India.

—Qué Rey de Egipto? exclamó Blanca.

—De la India digo, no de Egipto.

Astolfo decía verdad; en aquel momento llegaba la más gigantesca y robusta bestia que se ve en toda la India, ó mejor diré en todo el mundo.

VIII.

EL ELEFANTE DE CEILAN.

Elisa y Blanca aceleraron el paso para contemplar el famoso elefante de la isla de Ceilán, la cual puede llamarse palacio de los elefantes: tan gallarda, corpulenta y fuerte es la raza de estos animales, muy superiores á los del Africa, y también á los que viven en la India.

Venía el domesticado animal á paso lento y con regia majestad llevando sobre sí un elegante pabellón bajo el cual estaban sentados, fumando tranquilamente, cinco viajeros. Era uno de ellos un hombrachón tan extraordinariamente obeso y macizo, que hubiera hundido las costillas á un caballo; y estaba cómodamente repantigado en el centro del pabellón.

—Mira, dijo Blanca en voz baja á su hermano, he allí un elefante bípedo llevado por un elefante cuadrúpedo.

—Es verdad; sólo un elefante podría llevar aquella ingente masa de carne.

—Elisa que por los gestos y miradas de sus hijos más bien que por sus palabras, conoció que se solazaban á costa del corpulento viajero, y se sonreían al verle resoplar y sudar, los reprendió diciendo:=Qué prudencia es la vuestra. Quién os enseñó á reiros de un pobre hombre desconocido?—y pronunció estas últimas palabras con amenazador acento. Astolfo y Blanca bajaron la cabeza y callaron.

El conductor del elefante, que venía sentado sobre el cuello del animal, gritó en su idioma: Alto! Majeput.—Y el dócil animal quedóse inmóvil donde estaba, dobló la extremidad de su trompa y alargóla al amo á guisa de estribo para facilitarle la bajada.

—Oh qué precioso! exclamó Blanca.

—Excelente servidor, dijo Astolfo, que hace de su trompa estribo para su amo!

El conductor, bajado que hubo de aquella torre animada, guió al elefante á un arroyo que serpeaba no lejos de allí. El animal antes de beber, reconoció el agua, y despues que la vió correr limpia y cristalina, metió su trompa y aspiró una gran cantidad (1). Mientras bebía, se le antojó á un muchacho jugarle una burla, y arrojó al arroyo un ramo erizado de espinas, el cual arrastrado por la corriente fué á herir la trompa del elefante. Desagradó la burla á cuantos presentes estaban, y por especial manera al conductor, que con amargas palabras reprendió al imprudente muchacho. y aconsejóle que se alejase de allí,—pues, decía, no se ofende impunentemente al Rey de los bosques, el cual sabe volver ramos por hojas.—El muchacho hizo oidos de mercader; y el elefante prosiguió bebiendo tranquilo, como un estóico que pone cara alegre á la adversa fortuna. Pero apagado que hubo la sed, quiso saldar cuentas con el que le había hecho tan pesada burla; y como éste era un chicuelo, contentóse con darle una lección de buena crianza. Cargó, pues, de agua su bomba aspirante, y arrojóla con violencia hacia su

(1) Buffon dice que el elefante enturbia el agua antes de beberla. N. del T.

insolente burlador, el cual quedó empapado como una esponja.

—Bravo!—bien hecho!—le está bien!—gritaron todos perecidos de risa, y aplaudiendo el gran lavatorio hecho por animal irracional á un racional, que aùn no habia aprendido á serlo.

—Esta agradable aventura, dijo Zeno, me trae á la memoria otra que tuvo lugar, según oí contar no há mucho, en presencia de todo un ejército, y de la que dieron cuenta los periódicos de la India y de la Europa.

—Contádnosla! exclamaron á porfía Astolfo y Blanca.

—En la última guerra entre los indios y los ingleses un elefante, despues de haber trasportado un obús al campo de batalla, fué siguiendo con sus miradas las maniobras de los artilleros á las que estaba acostumbrado tiempo había. Muertos los que servían la pieza por una granizada de balas enemigas, el dueño del animal, al sentirse tambien herido de muerte, llamó por el nombre á su fiel elefante, y alargóle la mecha encendida. El improvisado artillero comprendió al momento la voluntad del amo y su propio deber; y sin más dió fuego á la pieza con grande estupor y no sin daño de los enemigos, que viendo abandonado el obús, dirigíanse con toda confianza á apoderarse de él. Esta hazaña, le valió al elefante una entusiasta ovación y el título de comandante de artillería.

—Viva! exclamó Astolfo, viva el elefante artillero, digno heredero de valor de sus antepasados, de los que se lee en las historias antiguas que con su trompa, armada de una hoz, segaban cabezas de enemigos, como si fuesen yerba.

—El hecho que os he contado, prosiguió Zeno, pudiera parecer increible, si no supiéramos que este animal tiene un instinto prodigioso, y capaz de ser perfeccionado más y más con la educación. Aquí mismo tenemos una prueba. Véis cómo el conductor le acaricia y murmura ciertas palabras cariñosas al oido? Pronto vereis el efecto.

En esto el elefante, obediente á la nueva órden del conductor, emprendió la marcha, caminando no á paso lento, como antes, sinó á buen portante.

—Habeis observado, preguntó Zeno, el efecto de aquellas mágicas palabras?

—Pues qué? dijo Blanca, entiende por ventura el significado?

—No; pero sabe por experiencia que cuando el conductor le susurra al oido, si él obedece acelerando el paso, recibirá en premio al regreso un lindo collar, distinción de la que, al parecer, gusta mucho. Si dispusiéramos de más tiempo, prolongaríamos nuestro paseo hasta la quinta de un opulento comerciante conocido mio, donde me dicen que hay muchas cosas dignas de verse entre otras, dos elefantes que desempeñan á maravilla el oficio de porteros.

—Oh! exclamó Blanca maravillada, dos elefantes porteros! Esto si que es enteramente nuevo!

—Nuevo, muy nuevo para nosotros los europeos; más no para los indios, entre los cuales muchos reyezuelos y personas principales suelen tener uno ó dos elefantes á la puerta de su palacio para que hagan el primer recibimiento á los visitantes. En efecto, apenas estos se presentan, los elefantes se ponen delante y hacen una inclinación. A este cumplido exige el ceremonial indiano que correspondan los visitantes con algun regalo. Si éste

es mezquino; limítanse los elefantes á inclinar una sola vez la cabeza; pero si es de consideración, entonces son dobles y triplicadas.

Astolfo y blanca gozaron sobre manera oyendo esto, y no cesaban de magnificar el instinto de este animal.

IX.

EL REY DE LA FLORA CEILÁNICA, Ó LA CANELA.

Así hablando, llegaron á un bosque de cinamomos, delicioso sobre toda ponderación. Los que habían alcanzado ya su completo desarrollo, erguíanse seis ú ocho metros sobre el nivel del suelo, vestidos de cenicienta corteza. Tenían las hojas oblongas y lucientes; y sus flores que formaban racimos de color amarillo, encerraban en germen las hayas verdes y oleosas, producto y semilla de la planta. Estas plantas, siempre verdes, estaban á la sazón en flor.

—Ya nos encontramos, por fin, dijo Zeno, ante el Rey de la flora de Ceilán.

El árbol de la canela, ó el cinamomo, pertenece al género de los laureles, y es designado en Botánica con el nombre de *Laurus cinnamomum*. Es planta indígena de esta isla, donde espontáneamente crece, y llámanla los indígenas Kasse caronde, esto es canela fina, ó canela reina; en otras partes llámase canela de Ceilán. La que corre con este nombre en el comercio, es la tercera corteza de este árbol, más rica en jugo, y extráese del tronco y de las ramas de una planta tierna de tres años.

El guardabosque acudió al instante con un haz de gruesos palos de canela, que solía él vender á los extranjeros. Zeno no tomó más que uno, diciendo con maliciosa sonrisa al vendedor:—A un viejo

como yo, viénele bien un punto de apoyo; pero estos no lo necesitan. Vete, pues, y traénos ramos tiernos. El guardabosque bajó los ojos, sonrióse y dijo para sus adentros: No es hombre á quien se pueda engañar.

Zeno, dirigiéndose á sus compañeros, les dijo:— El bribón nos quería vender la canela mas basta, que es la que se saca del descortezamiento de los ramos más gruesos; mas yo le hice entender que queremos la canela fina que se extrae de los ramos tiernos.

Poco después tornó el guardabosque con tres largos y tiernos ramos, bastante más aromáticos que el palo de Zeno, y recibió el precio que había pedido.

De este árbol, dijo Zeno á sus compañeros, desde la raiz hasta la flor y el fruto nada se pierde. De la corteza extráese un aceite esencial por los indios usado como medicamento á propósito para recobrar las fuerzas digestivas enervadas por el calor, y también un alquitran purísimo y sobremanera volátil que se reserva para los principales personajes del país. Las flores y las hojas empléanse en baños aromáticos, y destilan también un aceite oloroso que sabe algo á aceite de clavo. El que se obtiene de los frutos por destilación, es volátil y muy aromático. Con la decocciòn de estos preparan asimismo los indios una especie de ungüento muy estimado para las contusiones y fracturas.

—Pero vos, dijo sonriendo Elisa, podriáis dar quince y falta á Hipócrates y á Galeno. Lástima grande que la medicina botánica esté casi abandonada!

—Es un verdadero pecado, repuso Zeno, que la

Providencia no perdonará fácilmente á los modernos cultivadores de la ciencia de curar. Aunque del análisis de las substancias vegetales puede sacar la medicina los principios á los que se debe la virtud curativa, no siempre sabe ó puede combinarlos en las mismas dósis ó proporciones en que los combina la naturaleza, que todo lo hace con medida.. ... Y es evidente que la mayor ó menor eficacia de un remedio no depende sólo de la naturaleza de sus ingredientes, sinó también de sus combinaciones.

—Soy de vuestra opinión, dijo Elisa, pues aunque no sé una palabra de química y medicina, comprendo, sin embargo, muy bien lo juicioso de vuestras observaciones.

Blanca entre tanto iba recogiendo las flores de los cinamomos, que exhalaban olorosos efluvios capaces de aromatizar el aire en muchas millas en derredor.

Otras muchas preciosas plantas crecían lozanas en aquel paraje, que hubieran merecido de Zeno un hermoso panegírico; pero Elisa quería regresar á la ciudad, y fué preciso complacerla.

Habiendo llegado junto al coche que los aguardaba, tiempo había, cerca de la nueva Iglesia de la misión, subieron á él y tomaron el camino de la ciudad. A medio kilómetro de ella toparon con muchos grupos de personas que iban en dirección opuesta.

—A dónde vá esta gente?, preguntó Zeno al cochero.

—Al circo.

—A qué?

—A ver un duelo entre el tigre real y el elefante. Al oir esto Blanca y Astolfo, vueltos á su madre, exclamaron:—Llévanos, mamá, llevános al circo.

Elisa condescendió; Zeno hizo seña al cochero; y éste en pocos minutos condújolos al teatro de la lucha.

X

UNA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE TIPOS Y COSTUMBRES

Era el circo donde entraron nuestros viajeros, amplio, y estaba cerrado por una línea de altos y fortísimos palos, encadenados entre sí, y con dos órdenes de palcos en derredor. Allí veíase reunido cuanto de vario en tipos, color, trajes, costumbres y lenguas tiene el humano linaje. Y esto no debe causar maravilla al que sabe que la isla de Ceilán es un verdadero emporio. Veíanse por tanto representadas allí todas las naciones del mundo oriental. Haciendo caso omiso de los europeos y americanos, que no eran pocos, veíanse allí mezclados con el pueblo cingalés, moros, armenios, chinos, malabares, y hasta siameses, annamitas y japoneses, para no decir nada de los muchísimos candianos que son los indígenas de la isla. Astolfo dirigiendo en derredor su mirada, dijo á Zeno: Qué rostros tan alegres y sonrientes tienen estos cingaleses!

—Es un pueblo alegre y divertido cual ninguno, añadió Zeno. La tristeza en el ánimo del cingalés es una nube de verano, que al instante se disipa, dejando el cielo sereno como antes. Él es de tan buen humor, que está siempre cantando de día, y hasta se pone á cantar de noche, cuando despierta.

—Mirad, dijo Elisa, con que cortesía se saludan!

Veíase en aquel momento á muchos cingaleses, que acababan de entrar en el circo, volver hacia todas partes los ojos en busca de los amigos, y después de haberlos descubierto entre la multitud, levantar las manos con la palma vuelta al cielo, é inclinar la cabeza.

—Observad, empero, dijo Zeno, que no es la mímica en todos la misma. Algunos levantan tan solo una mano en vez de las dos, y otros no hacen más que mover ligeramente la cabeza.

—Y cuál es la razon de este diverso modo de saludar?

—La diferencia de clase. El primer saludo tiene lugar entre los iguales; del segundo y el tercero solo usa el más noble con el inferior. Y si éste dista mucho de aquel en consideración social, mientras ante él se postra, dándole no sé cuantos títulos, es correspondido con un imperceptible movimiento de cabeza.

—Cómo es que veo entre los cingaleses tanta multitud de mujeres? preguntó Elisa.

—Es que la mujer entre ellos goza de mucha libertad, como que los maridos de ordinario no conocen la pasión de los celos.

—Está en uso la poligamia?

—No es rara; pero lo que os parecerá increible, será la poliandria. La costumbre permite á dos hermanos tener común la mujer.

—Qué horror! exclamó Elisa. Y el divorcio es frecuente?

—Calculadlo vos. Los paganos cásanse tres y cuatro veces antes de unirse en estable matrimónio, precisamente como se pretende hacer en Europa con la ley de divorcio.

—Y qué es de los hijos tenidos de los matrimonios anteriores?

—Los varones quedan con el padre, las hembras siguen con la madre. Cuando aun no había caido este pueblo bajo la dominación de los europeos, ni había experimentado el benéfico influjo de la civilización cristiana, considerábase aquí la familia como una propiedad del padre, el cual podía disponer á su talante de los hijos, regalarlos, venderlos, y hasta matarlos en la infancia.

—Cómo hacen tambien hoy tantos paganos en la China, observó Elisa. Y la mujer era tambien aquí esclava del hombre?

—En esto las costumbres cingalesas y candianas diferéncianse no poco de las de los otros pueblos paganos. Cierto que estaba prohibido á las mujeres sentarse en presencia de los hombres; pero fuera de esto el sexo débil no tenía sobrada razón para lamentar su suerte, pues estaba exenta por las leyes de todo tributo; y este privilegio extendíase hasta á los animales: nada se pagaba por una carga que era llevada por una pollina ó yegua.

—Oh qué ley tan singular! Oh curiosísima usanza sin ejemplar en el mundo! Y los esclavos como eran tratados?

—Mejor que en parte alguna, gracias á la índole dulce y benigna de los cingaleses.

—Y el pueblo cómo era gobernado?

Como un rebaño de ovejas. El Rey de los candianos que era el más poderoso, extendía su dominación sobre gran parte de la isla; y si bien estaba sujeto á las leyes y á máximas reguladoras, hacía siempre lo que le venía en talante, convirtiéndose á menudo en un verdadero tirano. Cuando el viajero Knox visitó

esta isla, reinaba Raddasinga, que era una copia acabada de Nerón. Aquel tirano cuando resolvía quitar de en medio á alguno, no se contentaba con hacerle morir, sino que antes lo hacía cruelmente atenazear y aplicar un hierro candente á diversas partes del cuerpo, y despues obligarle á comer los pedazos de carne que le había arrancado. Madres hubo que se vieron forzadas á comer no solo su propia carne sino tambien la de sus hijos.

—Basta, basta, dijo Elisa! que bueno fué Dios y piadoso al dignarse librar á este pueblo del férreo yugo de reyes bárbaros y tiranos.

—El amor á la verdad me precisa á declarar que tuvo tambien no poco que sufrir de sus conquistadores á pesar de ser cristianos.

—Lo sé demasiado. Qué no puede la rabiosa sed de oro en el corazón humano! Ella extingue todo sentimiento de humanidad, y transforma al hombre en fiera.

Mientras Elisa y Zeno asi discurrían, Astolfo y Blanca hacían un minucioso examen de los trajes y costumbres, no sin pronunciar de cuando en cuando alguna frase burlona, pero á media voz, para que no los oyese su madre; y en verdad que era fuerte la tentación. El vestido ordinario del pueblo es casi como el de nuestro padre Adán, con la diferencia de haber sustituido los hijos el *perizona* del padre, ó sea las hojas de higuera, por una tela llamada *sanrag* con que se ciñen los riñones. En los días festivos y en las reuniones solemnes, como era esta, usan un traje menos primitivo.

Las mujeres visten un traje largo de tela sembrado de flores azules y rojas, más ó menos largo según su condición; y cubren la cabeza con pañuelos de

seda. El lujo de las damas cingalesas excede en muchísimo al de sus maridos que tienen á grande honor el que se presenten en público sus esposas ricamente adornadas y cargadas de flores y piedras preciosas. Siéntanse en los espectáculos al lado de sus maridos en el orden superior de los palcos; y ¡hay de aquel noble que se rebajara hasta el punto de confundirse con la plebe! sería desconocido y rechazado por sus mismos parientes y amigos. No hay país en el mundo donde raye mas alto el orgullo aristocrático que en Ceilán y en los paises de la India, en los que consérvase aún la distinción de castas. Ya se guardará bien un noble de sentarse á la mesa, ó asistir á un espectáculo al lado de un plebeyo.

—Cómprase aquí la nobleza como en ciertos paises que yo sé? preguntó Elisa.

—Es hereditaria, respondió Zeno; pero ya la costumbre va perdiendo algo de su excesivo rigor, merced al gobierno inglés, y mas todavía al cristianismo donde este prevalece.

Entre tanto el espectáculo que ofrecía á las miradas de nuestros viajeros aquella heterogénea multitud de gentes de todas naciones, grado y condición de personas, despertó vivamente la curiosidad de Astolfo y de Blanca, quienes llevando hacia sí al pobre Zeno, comenzaron á marearle con preguntas que se atropellaban unas á otras; asi es que el buen *cicerone* apenas podía respirar, y Elisa tenía que recordar á menudo la discrección á sus hijos. Pero Zeno que era de muy buena pasta, la decía:—Dejadles; ellos quieren aprender á conocer á los hombres, y tienen razón que les sobra —Y comenzó á hacerles de los diversos pueblos que allí había, una fotografía moral en miniatura que mucho agradó á As-

tolfo. Pero á Blanca que atendía, como todos los niños, mas á la apariencia que á la substancia de las cosas, lo que le llamó mas la atención fué la costumbre de los cingaleses según la que, no las mujeres sino los hombres llevan el cabello largo, suelto ó entrenzado ó recogido sobre la cabeza, donde lo aseguran con un peine de tortuga. Y como los mas de los cingaleses, sobre todo los jóvenes, tienen facciones femeninas, los forasteros que ignoran la costumbre del pais, á menudo se engañan, dando á los hombres el título de señora.

La aparición del rey de la fiesta vino á interrumpir la conversación.

XI.

ENTRE EL TIGRE Y EL ELEFANTE.

Era un colosal elefante, el cual entrado en la arena del circo dió algunas vueltas en derredor, como para que á su sabor le contemplasen todos los espectadores. Parecía que el gran luchador sentía orgullo al verse dado en expectáculo á tanta gente. De trecho en trecho daba un berrido que los inteligentes traducían por un cartel de desafío lanzado á su implacable enemigo. Parecía decirle en su elefantino lenguaje:--Ven acá, que aquí te aguardo.

A una seña hecha por el que presidia el espectáculo, abrióse una jaula que estaba en el fondo del circo, cubierta por un pabellón: y como un rayo lánzase de un salto al medio del circo, un enorme tigre real. La fiera, al ver al elefante, se detiene, y contemplándole de lejos parecía decir para sus adentros:—Vaya! con qué bestiaza me toca hoy venir á las manos!—El elefante aguárdala inmóvil, teniendo levantada su terrible arma en actitud de descargar un golpe El tigre escarba la arena, siéntase, golpea el suelo con su cola, levántase, da dos pasos, y despues de detenerse otra vez, enseña los dientes, afila las uñas y lanza miradas de fuego contra su enemigo. Pero viéndole tan bien preparado para la defensa, teme atacarle; así que recurre á la táctica, y gira en derredor para acometerle por detrás Pero el avisado elefante, que entiende también de táctica

sigue sin pestañear los movimientos del enemigo, adivina sus intentos, y retrocediendo hasta la estacada, pone á cubierto su anca y vuelve la frente al adversario. Los espectadores aplauden; y el tigre al verse burlado por el elefante, se enfurece, da altísisimos saltos y deja oir amenazadores bufidos. El elefante no se asusta por eso; fiado en sus fuerzas, y hasta en la justicia de su causa.—pues no hace más que defenderse—aguarda impávido el asalto.

Estaban por el elefante todas las simpatías del público, y por especial manera las de nuestros viajeros, quienes al oir á uno que estaba sentado junto á ellos, augurar al tigre la victoria, sufrieron algún disgusto. Pero aquietáronse, cuando oyeron de sus labios el motivo: había apostado con otro cingalés cincuenta libras esterlinas á que salía vencedor el tigre en la lucha.—Yo, dijo Astolfo, antes querría perder la apuesta, que ver sucumbir en el combate á un animal tan dócil, tan bueno y útil al hombre como el elefante.

Entre tanto embraveciase la lucha, y el tigre enfurecido como nunca, decidíase por fin á atacar de frente á su enemigo. Pavura causaba el verle con los pelos erizados enseñar los dientes, lanzar fuego por los ojos, arquear la columna vertebral y lanzarse rápido como un rayo contra su adversario, pero sin llegar hasta él.

Mal le avino cuando intentó dar el asalto de veras; pues el elefante con su trompa le arrojó por el aire, é hízole rodar por la arena. Todos aplaudieron al bravo combatiente; y su guardián, que estaba en un palco próximo, saltaba de alegría, y le gritaba: —Valor! mi bravo Mustafá.—El tigre, repuesto del fiero golpe que le había magullado, dióse á saltar por

la arena, como para probar la elasticidad de sus patas, y escarbando la tierra, afiló mejor sus armas, y á seguida dirigióse, bramando de rabia y despecho, al segundo asalto. Fué el último para él; pues esta vez el elefante asestóle un golpe de trompa tan ajustado y gentil, que le lanzó con indescriptible ímpetu contra la empalizada. Oyóse un crujido de huesos, el tigre cayó exánime en el suelo. Un general palmoteo saludó al vencedor, que, sin dignarse dirigir una mirada al caido enemigo, se puso tranquilamente en marcha y abandonó la arena, siendo recibido cariñosamente por su guardián que le llevó en triunfo por la ciudad engalanado con guirnaldas de flores y collares de varios colores.

Nuestros viajeros salieron del circo satisfechos del nuevo espectáculo, alabando la bravura del vencedor, y dando también su parte de alabanza al vencido, al cual no había faltado valor, sinó fortuna.

XII

UNA VISITA AL BAZAR
Y UNA EXCURSIÓN POR LA CIUDAD

Zeno condujo á sus compañeros á la ciudad y llegado que hubiéron á la calle del bazar, entró con ellos en un comercio y dirigiéndose á Elisa, dijo.—Cuanto aquí veis, es producto de una sola planta.

—Y qué planta es esa tan dichosa?

—La palma de coco, *Cocos nucifera* de los botánicos de la cual tiene esta isla una riqueza incomparable. Estas ánforas contienen el aceite del coco, el cual se extrae de la nuez cuando está aún tierna, prensándola.

—Y es bueno ese aceite?

—Tiene un sabor parecido al del aceite de almendra dulce; pero no sirve solo para alumbrar, sinó también para condimentar las viandas. Las fábricas de aceite en Ceilán, consumen cada año unos veinte millones de cocos.

Aquellos barriles que allí véis simétricamente ordenados, están llenos de un vino que se obtiene durante la fermentación del jugo de la palma de coco, y cuando está fresco, bulle y espuma como el champagne, y embriaga fácilmente.

—De dónde se saca? preguntó Astolfo.

—Del líquido contenido dentro de la nuez, y de incisiones hechas en el tronco. Reduciendo á vapor

este líquido, se obtiene el azúcar de palma; destilándolo, un agua muy estimada, llamada *arak*; y un excelente vinagre, dejándolo acetificarse. Del fruto, ó de la nuez del coco, cuando está verde, hácense bebidas lechosas muy agradables y refrigerantes.

Blanca, á la cual se le hacía agua la boca, preguntó.

—Y encuéntrase aquí todo ese bien de Dios?

—Ciertamente, respondió Zeno, y fuéle señalando los varios productos de la planta que se hallaban allí de muestra. Adivinando después los deseos de la niña, compró para ella dos vasitos de diferentes bebidas, y con permiso de la mamá, se los dió.

—Quién no admirará, dijo Elisa, la bondad de Dios, que tantas riquezas reunió en una sola planta?

—Pero hay más, añadió Zeno. Dignáos seguirme, é introdujo á su comitiva en un segundo departamento contíguo al primero, donde había colocados, en bellísimo orden, cofres y otros trabajos de ebanistería hechos del tronco de la palma; vasos primorosamente entallados; sombrillas, canastillos y sombreros de hoja de palma: vestidos de toda clase, hechos de los filamentos de la misma, y hasta una especie de papel para escribir. En un ángulo del departamento veíanse haces de filamentos sacados de la cáscara que cubre la nuez del coco, y de los cuales sírvense los indígenas para hacer cables y para calafetear los navíos, porque se dilatan en el agua más que el cáñamo, y resisten más tiempo.

Elisa, maravillada de cuanto éstaba viendo, dijo:

—Jamás hubiera creido que una sola planta pudiese proveer á tantas necesidades, mejor diré á todos los usos de la vida.

A seguida Zeno condujo á su comitiva á otro de-

partamento, donde había un rico surtido de tejidos ingleses é indianos; é hizo sacar muchas muestras que presentó á Elisa, diciendo:—Aquí tenéis telas de ananas, banano, palma, artocarpo. y de otras plantas de la Isla. Elegid.

Blanca viendo una que era mórbida, fina y velluda como la seda. y por añadidura gratamente olorosa, dijo:—Esta mamá, elijamos esta.

Era una tela hecha de las fibras de las hojas del ananas. Elisa compró algunas varas de esta tela y de la del banano.

Salido que hubieron de allí nuestros viajeros, dieron una vuelta por la ciudad, dirigiendo una rápida ojeada, ora á los grandes almacenes donde hallábanse reunidos los productos de la isla que habían de ser embarcados, ora á los palacios y casas de estilo europeo, morisco é indiano, que blanqueaban entre el verde de las palmeras y de los bananos rodeados de elegantes azoteas y balcones coronados de flores y plantas trepadoras que protegían de los abrasadores rayos del sol. Subieron después á la cumbre de un collado que dominaba la ciudad, y contemplaron las risueñas perspectivas que se ofrecen á la vista, llenándola de inefable placer. Toda la campiña estaba llena de rústicos caseríos, campos cultivados, jardines, granjas y bosques de palmeras, canela y otras plantas propias de la isla. Astolfo al ver ciertas palmeras que descollaban sobre todas las demás, sin excluir las altísimas del coco, preguntó á Zeno:—Qué clase de palmera es esta que se eleva á tanta altura?

—Es la *Corypha umbraculifera* de Ceilán, llamada *talipot* en la lengua del pais, palmera que alcanza sesenta metros de altura, cubierta de colosales hojas, cada una de las cuales mide doce metros de

circunferencia; por manera que una sola de estas puede preservar del sol y la lluvia á quince ó veinte personas.

—Bendito sea Díos! dijo Elisa: no podía conceder á esa gente un dón mas acomodado al clima de su país!

—Es verdad. Estas hojas pliéganse cuando están verdes, como un abanico; y aún estando secas, no dejan de ser flexibles y manuables. Los isleños cubren con ellas las casas, y hacen sombreros y sombrillas, y los soldados hasta tiendas de campaña.

Si se corta esta palmera cuando está en sazón y produce flores y frutos, cosa que solo sucede en el último año de su vida, encuéntrase dentro una médula, que se reduce á harina, con la cual hácense tortas que tienen el sabor del pan blanco. Y para que jamás falte á estos isleños el pan, dióles además la Providencia otra planta de cuyo fruto extráese una excelente harina, y es el artocarpo, comunmente llamado árbol del pan, que nosotros hallaremos aún en otras partes de la India.

Ahora es tiempo de aproximarnos al pueblo, pues se avecina el momento de partir.

—Cómo marchar, dijo Blanca, sin visitar al pobre niño mordido por la serpiente?

—Tienes razón, hija mía, respondió Elisa.

—Pero tal vez no tengamos bastante tiempo, observó Zeno; y sabeis bien que un retardo podría causarnos no solo la pérdida del flete ya pagado, sino una detención de quince días en este país.

—Yo no lo consideraría como una desgracia, exclamó Astolfo.

Elisa que ardía en deseo de llegar cuanto antes al término de su viaje para salir de su punzante incer-

tídumbre, se mantuvo indecisa por algunos instantes; resolviéndose después, dijo:—Vamos allá.—Y hecho venir un coche, subió á él con sus hijos y Zeno, y á todo correr dirigiéronse hacia la nueva iglesia, cerca de la cual se levantaba la cabaña del pobre niño, á donde llegaron en poco tiempo.

Estaba construida de gruesas cañas de bambú, cubierta por un techo de hojas de talipot y dividida en dos departamentos, uno de los cuales era cocina, comedor y sala de recibo; el otro servía de dormitoria, guardarropa y almacén. Las paredes de su interior estaban tapizadas de esteras tejidas de nipa y palmera. Las camas, escaños y mesas eran tambien de bambú. Había además un armario toscamente hecho de nagás ó palo de hierro, y un arca de ébano, maderas raras sin duda y preciosas, pero en Europa, no en Ceilán, donde muchísimo abundan..

En el momento en que llegaron nuestros viajeros, hallábase á la puerta de la cabaña toda la familia, compuesta de cinco personas. El niño cingalés mordido por la serpiente y su madre reconocieron al instante á sus bienhechores, y es indescriptible el cariñoso recíbimiento que les hicieron y la estrepitosa alegría á que todos se abandonaron. Elisa al ver sano y lleno de vida al niño exclamó:—Bendito sea Dios!—Y tomándole de la mano le acarició como si fuese su madre; Astolfo y Blanca hiciéronle también muchas caricias; y Zeno, en chapurrado cingalés, manifestó á aquella buena familia su contento y el de sus compañeros por la pronta y prodigiosa curación del niño. Pero no había necesidad de expresarlo con palabras; que pintado en el rostro lo tenían. Los buenos cingaleses estaban locos de alegría; y no contentos con mostrar su agradeci-

miento con palabras, inclinaciones y besamanos á nuestros viajeros por bondad tanta, el padre del niño salió de la cabaña, y tornó de allí á poco trayendo en un canastillo hermosísimos cocos, que descascaró al momento y alargó á sus huéspedes. Elisa y Zeno sorbieron un poco del fresco licor; Astolfo y Blanca lo agotaron de una sentada. Extraida luego la pulpa y endulzorada con una especie de azúcar de palmera que les dió el cingalés, la celebraron alegremente, exclamando:—Buenos, muy buenos, deliciosos son estos cocos!

—Ah golosos! dijo Elisa.

—Qué quieres mamá, replicó el festivo Astolfo; mi garganta estaba seca como el arena del desierto, y necesitaba ser humedecida.

—Y mi estómago, añadió Blanca, estaba vacío como un tambor.

—Qué extraño, dijo Zeno. Diste esta mañana todas tus provisiones....

—Y me alegro, repuso la niña, considerando que aquellos pobres niños que iban detrás de nosotros, han podido desayunarse á mis espensas.

Elisa sonrió de placer, y acarició á su hija; y Zeno en su interior:—Pluguiera al cielo darme hijos como éstos.

Entre tanto el hortelano, que había salído segunda vez de su cabaña, entraba de nuevo trayendo dos soberbios racimos de bananas, cortados en aquel mismo momento, coronados cada uno de un centenar de granos: y extendiendo sobre la mesa una hoja de banano, de un metro de ancho y casi tres de largo, púsolos encima. Pero Elisa después de haber consultado su reloj, levantóse diciendo:—No podemos detenernos más. Y estrechando la mano á

la madre del niño, hízole un segundo regalo de dos dollars, que ella, rehusando algo al principio, aceptó de muy buena gana. Subiendo enseguida con los demás al coche, vió allí, con no poco contento de Astolfo y Blanca los dos racimos de bananas que el cingalés había tenido buen cuidado de llevar; y dando á aquella buena familia un afectuoso adios, encamináronse á la ciudad.

Es necesario venir acá, dijo Astolfo, para saborear los cocos. Los que nos llevan á Europa, no tienen comparación con estos.

No puede ser de otra suerte, observó Zeno; pues nos llegan pasados, la almendra rancia y el líquido acetificado.

—Qué admirable es, esclamó Elisa, la divina Providencia, que deparó bajo un cielo de fuego una bebida tan refrigerante, tan gustosa y saludable!

—Es el coco, dijo Zeno, para el viajero fatigado y sediento un verdadero maná del cielo, que no solo calma su sed y le sirve de alimento, sino que además le preserva, según dicen los médicos, del escorbuto, tan común en las regiones de la zona tórrida, como en las de las glaciales.

—Es muy fecunda esta palmera? preguntó Blanca

Florece todos los meses, y le bastan cinco años para llegar á ser fecunda madre de tan bella y numerosa prole, que se la ve á veces coronada con 150 cocos.

—Es verdad, prosiguió la niña, que la banana fué el fruto del árbol del paraiso que hizo pecar á Eva?

Riéronse todos con esta inesperada pregunta; y Zeno respondió: —Yo no sabré decir cual fué la fruta vedada; pero sé que hay muchos de esa opinión.

—Yo soy uno de ellos, dijo Astolfo, y hé aquí la razón. Si por la hija es lícito juzgar de la madre, la tentación de Blanca, cuyos ojos están siempre fijos en aquellas bananas, bien nos da á conocer cuál debió ser la de Eva, su madre.

—Tienes razón, dijo Elisa sonriendo; mas espero que la hija ha de ser más fuerte que la madre.

Así chanceándose íbanse aproximando al puerto cuando oyeron el silbato del vapor.—Ay de mí, exclamó Elisa, qué es esto? parte el vapor? Pronto, Zeno, decid al cochero que haga correr á los caballos. El cochero, por amor á la propina, no se hizo repetir la órden: grita y agita furioso el látigo, tanto que los caballos no corren, sinó vuelan y devoran en muy pocos minutos el espacio que los separa del puerto.

Nuestros viajeros se apean apresuradamente, saltan á una lancha y á remo y vela llegan al Chine-mail, que levadas las anclas, estaba para zarpar.

A bordo todo era ir y venir, todo confusión, unos bajaban, otros subían; estos llevaban su equipaje, aquellos estrechaban la mano á los amigos despidiéndose de ellos. Los mozos embarcaban los últimos fardos, los revendedores despachaban la última fruta, los pasajeros corrían á coger sitio, y la marinería estaba pronta á maniobrar. En suma, en aquellos momentos era el Chine-mail una verdadera imágen del caos primitivo. De repente truena el cañón de bordo, silba el vapor y óyese la campana de popa. En un abrir y cerrar de ojos queda desocupada la plaza, y toda aquella turba echa á correr, como los ladrones al llegar de los esbirros, saltando á las lanchas, canoas y esquifes en que habían venido. A la confusión

y al ruido sucede de súbito un profundo silencio, solamente interrumpido por el acompasado golpear de las paletas de las ruedas sobre las aguas.

XIV

EL OCÉANO INTERTROPICAL, LA LUZ Y EL COLOR DEL MAR

Inclinábase ya el sol á su ocaso, y las olas heridas por sus oblícuos rayos, despedían centellas de oro y lanzaban resplandores, como si revolvieran en su seno topacios y rubies. Pero desaparecido que hubo la luz del día, viéronse centellear como un cielo estrellado, ó como cuando la luz de la luna se refleja sobre las aguas.

Oh qué admirable y magnífico espectáculo presenta la fosforescencia de estos mares!—decían nuestros viajeros, contemplando absortos aquel prolongado surco de luz, que detrás de sí dejaba el vapor, y la grande aureola luminosa que cercaba los costados del navío.

Astolfo, á quien punzaba el deseo de conocer la causa de aquellos fenómenos, le preguntó á Zeno, que al instante procuró complacerle. La fosforescencia del mar, dijo, es debida á una innumerable multitud de moluscos, zoófitos, anélidos é infusorios que brillan con luz propia, ó derraman sobre el agua un fluido el cual propagándose rápidamente, produce largos surcos de luz.

—Las más admirables, continuó Zeno, de estas luces vivientes son la *Medusa fosfórica* y el *Pirosama*, molusco de la familia de los salpáceos, el cual

arrojado sobre el puente de un navío resplandece como un hierro incandescente. El veneciano Vianelli examinó con microscopio otras especies de animalitos fosfóricos, los cuales tienen un cuerpecito redondo, anuloso, casi trasparente y no más grueso que una cabeza de alfiler. Otra causa del fenómeno puede ser en algunos casos la descomposición de materias orgánicas que se pudren en las aguas, tornándolas no pocas veces fosforescentes.

Blanca llena de alegría por haber oido esta explición corrió junto á su madre, y le dijo:—ven, mamá, ven á oir las bellas cosas que nos cuenta Zeno.

Elisa sin preámbulos de ninguna clase comenzó diciendo:—Yo quisiera que desvaneciéseis ciertas dudas que bullen en mi cabeza desde el momento en que atravesábamos el Mar Rojo. Yo, por ejemplo, siempre he creido que aquel mar derivó este nombre del color rosado que en algunos puntos presentan las aguas sobre un fondo de corales.

—Este fenómeno, respondió Zeno, no se observa solamente en el Mar Rojo, sinó también en otros mares; y es debido, más bien que al reflejo del fondo de corales, á una alga microscópica y purpurina, que á veces alfombra la superficie, á la que se dió el nombre de *Triscodesmium erythræum*. En la bahía de Torpreso vióse el agua teñida de un color de sangre y dejar sobre la playa en la baja marea una larga faja bermeja. El mismo fenómeno fué observado en otras partes. Fraicinet cerca de la isla de Luzón vió un grande espacio de agua, calculado en sesenta millones de metros cuadrados, teñida de un rojo de escarlata. Pues bien, en estos y otros casos análogos se observó atentamente con el microscopio esta alga, se la vió formada de hacecillos de sutilísimos fila-

mentos fusiformes, envueltos en una especie de vaina mucilaginosa. A veces, sin embargo, el azul de las aguas está surcado por bandas de diversos colores debidas á la presencia de millones de animalillos crustáceos, de medusas, de zoófitos ó también de algas marinas, que se levantan hasta la superficie del océano. Esta última es la causa de la denominación de Mar amarillo dada al golfo de Corea. En otros lugares los diversos colores del mar dependen, al parecer, de la naturaleza del fondo. Cerca de las Maldivas el mar negrea tal vez á causa de algun depósito de carbón; y cerca de Veracruz blanquea por su fondo calcáreo. En otras partes tíñese de un verde más ó menos claro, acaso por la vegetación submarina, que en algunas regiones es exuberante.

XV

LOS TEMORES DE UNA MADRE

En este punto fué interrumpida la conversación por la campana del vapor que llamaba á los pasajeros á comer. Corrieron todos presurosos; pero nuestros viajeros dejaron entrar delante á sus compañeros de viaje, que, al parecer, sentían con más viveza los estímulos del hambre.

Semejaba el comedor un museo viviente y humano. Un campeón de la vigorosa raza de Arminio sentábase al lado de un jovial y festivo parisiense, todo perfumado y adornado como una rosa de Mayo. Un macizo holandés ostentaba orgulloso sus rojos y abultados carrillos al lado de un enjuto y trigueño español. Un inglés de elevada estatura estaba sentado en frente de un enano y giboso judío. Un árabe de Adén, blanco como una carpa, hacía extraño contraste con Astolfo, cuyas mejillas hermoseaba un color de leche y rosa. Los armenios, los persas y los indios de negros cabellos y rostro aceitunado, amarillo ó bronceado eran la antítesis viviente de los rubios hijos del Norte, irlandeses, tudescos, rusos é ingleses. En suma, era aquel un conjunto de todos los tipos y de los colores todos de la especie humana. El contraste físico resaltaba con el moral: tan diversas eran las ideas, las inclinaciones y las costumbres de los viajeros, los cuales si tal vez llegaban á aca-

lorarse con las cuestiones políticas é internacionales, concluían siempre ahogándolas fraternalmente en el burdeos y en el champagne.

Levantada la mesa, Elisa, seguida de sus dos hijos y de Zeno, subió al puente á aspirar las puras y frescas auras del mar. Pero de repente desencadenóse un viento tan impetuoso, que aquel mar tan en calma, poco había, se revolvió completamente y encrespó imprimiendo á la nave un doble movimiento. Esto causó tal molestia á los pasajeros del Chine-mail, que unos en pos de otros abandonaron aquel lugar y se metieron bajo cubierta. Solamante Elisa despues que se acostaron sus hijos, y los vió dormidos, subió de nuevo al puente, pues dormir le hubiera sido imposible, y se abandonó á sus tristes pensamientos. Los acontecimientos del día y el espectáculo de tantas maravillas como la naturaleza había desplegado á su vista, impresionando vivamente su alma, asaz sensible á lo bello y á lo sublime, habíanla distraido por algun tiempo del objeto de sus penas. Mas ahora sola se halla en compañía de sus pensamientos y en medio de un océano en el cual ve una imagen de su corazón, agitado tambien por siniestros presentimientos, por dudas, por angustias y temores. Viajaba hacia lo desconocido, temiendo encontrar en el extremo del mundo la traición y el abandono. Cómo no había de temer además por la suerte reservada á las dulces prendas de su amor?

Ocho años habían transcurrido desde que su marido vivía á tanta distancia de ella, cuanta hay entre la China y la Italia; y no le escribía sino raras y frías cartas, como hombre que parecía olvidado de su esposa y de sus hijos. Elisa no sabía aun con certeza la vida que allí él llevaba; pero por el estilo de sus car-

tas, por los pretextos que inventaba para no volver, por las siniestras voces que acerca de él corrían entre los parientes y los amigos, tenía sobrada razón para sospechar; así es que vivía dolorida y angustiada. Firmemente resuelta á salir de tan cruel incertidumbre, escribióle diciendo que hasta el fin del mundo iría con su familia. Y Elisa era mujer firme y constante en sus propósitos. Entre el resolver y el poner en ejecución el pensamiento sólo transcurrió el tiempo necesario para hacer los más indispensables preperativos de viaje. El primer beneficio de la providencia divina reconociólo en encontrarse con Zeno, antiguo navegante, hombre versadísimo en Historia y ciencias naturales, piadoso y católico hasta la médula de los huesos. Elisa y sus hijos no podían topar con un guía más digno de confianza que este buen veneciano, el cual, sobre ser de gran corazón y dulce como el azúcar, estaba unido por los vínculos de la amistad con el marido de Elisa, á quien había conocido en Venecia.

XVI.

LA TEMPESTAD

La noche avanzaba; arreciaba el viento, el mar encrespábase, hervía y espumaba; las estrellas desaparecían de la vista, ocultadas por negros nubarrones sobrepuestos, surcados de trecho en trecho por largas fajas de fuego, que con su siniestro resplandor aumentaban lo horrible de aquel cielo obscuro y de aquel océano revuelto. Vino á sacar á Elisa de sus tristes pensamientos, el temor de que el balanceo del buque hubiera despertado á sus hijos y producídoles mareo. En efecto, Blanca estaba ya despierta y á voz en grito llamaba á su mamá; Astolfo había salido de su camarote, y casi de gatas dirigíase hacía ella.

Poco despues de la media noche embravecióse la tempestad. El estampido de los truenos, el rebramar de las olas, los silbidos del viento y el crujir de las tablas que parecían desjuntarse, producían tan ensordecedor ruido, que á menudo no podían oirse, no ya las voces del capitán, pero ni los toques de la campana con que dirijía las maniobras. Los relámpagos sucedíanse con tanta frecuencia, que cielo y mar parecían estar ardiendo. Montes de agua levantados á guisa de altísimas cumbres arrojaban la nave, como si fuera una cáscara de nuez, á las estrellas, y despues de tenerla por algun tiempo en los aires, descendían arrastrándola consigo á los abismos.

Entre tanto los pasajeros encerrados bajo cubierta

ahogábanse de calor, y afligidos por vértigos, náuseas y vómitos violentos, yacían más muertos que vivos. Los pocos que podían mantenerse en pié, lanzados de una parte á otra por las sacudidas de la nave, á menudo daban con la cabeza en las tablas, ó caían unos sobre otros. A todos llenaba de consternación la sola idea del naufragio; y cada vez que pasaba por medio de ellos algún oficial; preguntaban con la mayor ansiedad:—¿Hay peligro? Resistirá el Chine-mail á la tempestad? Será por ella tragado antes que despunte el alba?—Qué piensa el capitán? Qué dice el piloto? Qué pronostican vuestros marineros indios, tan prácticos en estos mares?—Y el barómetro qué indica? y el electrómetro?—Ea, valor, respondía siempre el oficial; no hay por que temer.

—Pero estas palabras no bastaban á tranquilizar á los pasajeros. los cuales sabían muy bien que un oficial de marina es el postrero en perder la esperanza, y hace lo que el médico, que jamás dice en puridad al enfermo que su situación es desesperada. Hácia las dos de la mañana el viento, cada vez más impetuoso, truncó el palo mayor, é hizo á la nave irse á la banda, estando en poco que no se sumergiera. Terrible fué aquel momento; los pasajeros dan un grito de terror, y pálidos como la muerte míranse unos á otros, y á grandes voces imploran el auxilio del cielo. Díjose despues que ciertos *espíritus fuertes* que iban á bordo, olvidáronse por un momento de su *fortaleza*, é invocaron el socorro divino. Tan cierto es que el hombre no puede ser ateo sin hacer violencia á su propia naturaleza La fe en Dios puede ser eclipsada por las pasiones, pero extinguirse jamás. En el momento del peligro y en presencia de la muerte disípase la niebla de los prejuicios, y la fe, como astro

que sale de entre nubes, torna á resplandecer; y el que vivió incrédulo muere sincero creyente.

Mientras á bordo era todo confusión, Elisa y sus hijos experimentaban poco mareo; Zeno casi ninguno. Elisa tenía más que los otros razón para temer, porque naufragando con sus hijos, hubiera recibido tres muertes en una sola. Sin embargo, en medio de la general consternación canservaba una admirable tranquilidad de espíritu, y sin rodeos exhortaba á las señoras á ponerse enteramente en las manos del Señor, y á prepararse con un acto de sincera contrición para cualquiera evento.

Era una romana de verdadera fe.

Alternaba las exhortaciones con la oración y los caritativos servicios que prestaba; ora á una, ora á otra de las señoras, llenas de terror y presa de horribles convulsiones. Blanca no se desviaba de su madre, y ayudábale, según podía, en su piadosa tarea. Hubiéralas juzgado cualquiera hermanas de la caridad en el ejercicio de su piadoso ministerio. Zeno y Astolfo tampoco estaban ociosos, sino que acudían á donde los llamaban los gritos de los pasajeros molestados por el mareo, ó afligidos por el vapor.

Al reir del alba plugo á Dios que amainase el viento y el mar abonanzò. Los pasajeros, como si hubieran tornado de la muerte á la vida, estaban fuera de sí de alegría, y se abrazaban y se felicitaban mutuamente. Los que habían sido objeto en la pasada noche de las atenciones de nuestros viajeros, buscábanlos para mostrarles su reconocimiento. Pero ellos sustrayéndose oportunamente á estos honores, se habían retirado á sus camarotes, donde, dadas las debidas gracias á la divina bondad, reposaban de las fatigas y trabajos de aquella terrible noche. Mas un insólito

ruido y pasos acelerados interrumpieron el sueño á Zeno, el cual, levantándose al momento subió apresuradamente al puente, y con estrañeza vió que había vuelto el Chine-mail la proa hacia el S. O.

—Qué es esto? preguntó al primer marinero con quien topò.

Y aquél señalándole con el dedo una nave que por señas pedía socorro.—Vamos, dijo,á salvarla.

—Quiera el cielo, añadió, que no sea demasiado tarde.

Expresábase así el capitán porque con su anteojo veía que la maltrecha nave apenas conservaba un palmo fuera del agua. El Chine-Mail, en efecto, no llegó sino á salvar los últimos restos de un espantoso naufragio. Pero antes que hubiera llegado al lugar del desastre ocurrió un triste suceso que arrancó lágrimas á todos los pasajeros.

XVII

EL HIJO DE LA NÁUFRAGA

Venía nadando hacia el Chine-mail un marinero de la nave perdida, trayendo un niño sobre sus anchas espaldas. Venía jadeante el desdichado, y de cuando en cuando arrojaba grandes bocanadas de agua. Empezaban ya á faltarle las fuerzas, y estaba próximo á sucumbir. Socorro! Socorro! gritaron los pasajeros del Chine-mail, espectadores de aquella tristísima escena. Arrojaron al instante al mar una lancha; y á los pocos minutos hallábanse sanos y salvos á bordo del vapor el marinero y el niño. Triste cual ninguna fué la relación que hizo el marino, del naufragio y de un conmovedor episodio que tuvo lugar en el buque náufrago, poco antes de ser devorado por el mar. La nave perdida era la Eveline. Llevaba en su popa caldera francesa, y navegaba entre Saigon y la India inglesa después de haber tocado en los puertos de Singapur, Pulo-Pinany y Achem. Llevaba un gran cargamento de mercancías y además cien personas entre tripulación y pasajeros. Sorprendida en la mitad de su viaje por la deshecha tempestad, comenzó á navegar de bolina, cuando una furiosa racha de viento le hizo pedazos la vela, rompió el árbol del trinquete y obligóle á darse á la banda. Cuando el Chine-mail percibió las señales de socorro, apenas tenía la nave un palmo fuera del agua. Echaron al mar los dos únicos botes que quedaban. A ellos baja-

ron el capitán, muchos marinos y algunos pasajeros; pero desaparecieron en seguida. Entonces la desesperación de los que quedaron, llegó al colmo. El llanto, los lamentos, los gritos, el correr de arriba abajo á manera de dementes, cosas eran imposible de expresarse con palabras. La madre del niño salvado era una viuda irlandesa llamada Mistress Ocahill. En el último trance estrecha á su hijo entre los brazos, corre á arrojarse á los piés de un marinero francés á quien había dispensado beneficios, y, arrasados sus ojos en lágrimas, le ruega por el alma de su madre, y por el amor á la bienaventurada Virgen que le salve á su hijo. Perrier—así se llamaba el marinero—sentía destrozado el corazón por aquellas súplicas y aquellas lágrimas. Hubiera querido complacerle al instante; pero dudó algo, considerando que no sin gran fatiga se podría salvar á sí mismo. Sin embargo, pudo en él más la piedad; y tomando al niño le colocó sobre su espalda sujetándole con unas correas que ató sobre su pecho. En esto la nave se sumergió por completo, arrastrando consigo entre las olas cerca de 80 pasajeros. La madre del niño desapareció también entre las olas gritando:—Mi hijo está salvo. Gracias, Jesús mío.—Perrier echóse á nado, invocando el auxilio de la Santísima Virgen; y por admirable modo llegó á salvo juntamente con el desventurado huérfano.

El buen marinero al referir estas cosas, enjugaba con el revés de la mano dos gruesos lagrimones que se deslizaban por sus mejillas, y apretaba entre sus dedos con afecto una medalla de la Virgen que pendía de su cuello, besándola de cuando en cuando con la más ardiente piedad. El pequeño Patricio Ocahill, mientras hablaba el marinero, lloraba amarguísima-

mente; y á menudo entre los sollozos y el llanto gritaba:—Mamá, mamá mía, dónde estás? Lo cual despertaba en todos los pasajeros la más profunda compasión. Ni uno había entre ellos, que no derramase lágrimas. Elisa y sus hijos deshacíanse en llanto, y no cesaban de abrazar y acariciar al desdichado huerfanito. Pero éste no admitía consuelo; que todavía estaba demasiado reciente la herida. Una circunstancia muy digna de notarse pasó en silencio el compasivo marinero, que se supo después por el niño Patricio. Perrier había hecho esfuerzos supremos para mantenerse á flote, oprimido por un doble peso, el del niño y el de un cinturón lleno de monedas de oro. Falto de fuerzas, párase un momento, desciñe el cinturón y abandónalo al mar. Aligerado así, volvió á nadar con más fuerza que antes, consiguiendo llegar á la lancha que le salvó. Tuvo la generosidad de arrojar toda su fortuna para salvar al huerfanito.

Mientras á bordo tenía lugar esta conmovedora escena, el Chine-mail, después de haber duplicado el fuego de la máquina, había llegado al lugar del desastre, cuando todavía muchos náufragos que luchaban entre las ondas con la muerte flotaban asidos á una tabla. Era aquel un espectáculo desgarrador. Troncos de árboles, de antenas, cofres, tablas, mercancías, flotaban mezcladas con los cadáveres, en torno de los cuales daban vueltas una multitud de tiburones, abriendo una descomunal boca armada de espantosas hileras de dientes, tan agudos y fuertes que podian de un solo golpe partir por el medio á un hombre. Ante aquella escena de horror lanzaron los pasajeros un grito. Los marineros metiéronse en los botes y pusieron en fuga á aquella banda monstruosa y voraz. Fué á tiempo; pues cuatro náufragos los cua-

les asidos, quién á un barril vacío, quién á una caja de mercancías, y quién á un pedazo de tabla, mantenían aún á flor de agua, estaban á punto de ser devorados por aquellos voraces mónstruos. Fueron al instante recogidos juntamente con otro náufrago, el cual arrastrado bajo el agua por un tiburón, fué sacado agonizante, no sin haber pagado doloroso tributo al tirano de los mares que de una dentellada le llevó el pié izquierdo. Entre los cadáveres reconoció el marinero francés el de la irlandesa Mistress Ocahill.

Violo también el pequeño Patricio; y apenas lo vió, lanzó un grito, saltó al mar, y cayendo sobre el cadáver de su madre, desapareció con él. Astolfo quiso lanzarse al mar, para salvarle; pero Zeno y el marinero francés habiéndose arrojado á nado, ya le habían cogido y sacado semivivo á flor de agua, fuertemente abrazado al cuello de la difunta. Fué aquel un espectáculo que despedazó el corazón de Elisa y sus hijos, que creían muerto al niño. Zeno desasióle con trabajo del cadáver de la madre, le cogió bajo un brazo, y nadando con el otro, agarróse á una maroma que le arrojó un mozo y llegó á la escalera del vapor entre el aplauso de todos. El buen marinero llevó también á cabo un acto de piedad. No queriendo abandonar á la voracidad de los monstruos marinos unos despojos que habían albergado un alma tan generosa y llena de piedad, los fué empujando delante de sí, nadando y subido á la escalera, los puso sobre sus hombros y los depositó á bordo. Los tiburones no les habían hecho daño ni habían tocado siquiera. Sus facciones no habían sido aún alteradas por la muerte; parecía un angel que dormía. Todos se agruparon en derredor, contemplándola con un sentimiento, mezcla de extrañeza, de piedad y de respeto.

Túvose consejo á bordo sobre lo que debía hacerse, y se decidió que se le tributasen los fúnebres honores, y se encerrase el cadáver en una doble caja, para mejor defenderlo de las injurias del agua y de la voracidad de los peces. Al momento pusieron manos á la obra los carpinteros, mientras el vapor, abandonado el lugar de la catástrofe, donde no había ya nadie á quien salvar, emprendía de nuevo la ruta hacia Sumatra.

XVIII

UN FUNERAL Á BORDO

Todo el tiempo que duraron los preparativos del funeral, lo pasaron Elisa y sus hijos en torno del infeliz huerfanito, el cual, recobrados los sentidos, parecía algo mas tranquilo. Aquel abrazo dado al cadáver de su madre había sido para él un consuelo, triste en verdad, pero al fin consuelo; ya no hacía oir los desgarradores gritos de antes. Se le ocultó la presencia del cadáver á bordo, y se le impidió bajo varios pretextos subir sobre cubierta. Hacia la tarde, estando todo dispuesto para las exéquias, al sonido de la campana pasajeros y oficiales colocáronse en fila sobre la plataforma en torno del féretro dentro del que yacía el cadáver, y la banda del buque, compuesta de una docena de marineros indios, ejecutó una marcha fúnebre que en tan solemne momento conmovio vivamente los pasajeros todos. Después Zeno y Astolfo entonaron las preces de los difuntos á las cuales respondieron á coro cuantos católicos había en el vapor. Elisa, dejando al huerfanito al cuidado de una camarera del vapor, subió también á tributar á la difunta los últimos honores. Terminadas las preces, Elisa da algunos pasos, saca del pecho una pequeña cruz de oro y la suspende del cuello de la difunta, diciendo en alta voz.—Madre amorosa, que, olvidándote de tí, no pensaste más que en salvar á tu hijo, recibe esta

muestra de mi amor, y pide en el cielo por mi y por mis hijos. - Dijo; estampándole un beso en la frente, y retiróse llorando.

Al oir aquellas palabras y al presenciar aquel acto, asomáronse las lágrimas á los ojos de todos, y por todas partes se oian entrecortados sollozos. El cadáver fué colocado entonces en la caja y levantado por cuatro marineros. Zeno tuvo la feliz idea de enarbolar sobre un asta el crucifijo que llevaba siempre consigo en los viajes, y entregándoselo á Astolfo, se puso á su lado con la cabeza descubierta. Los demás pasajeros le siguieron movidos por la piedad. Detrás de ellos era llevada la caja mortuoria en medio de doble fila de marineros con sus carabinas á la funerala; y sostenían las extremidades del fúnebre paño de tumba Elisa y otras tres señoras. Cerraba el cortejo el capitán del vapor acompañado de sus oficiales y seguido de la banda que hacía oir tristes melodías. Dada una vuelta en torno del castillo de popa y de proa, fué colocada la caja sobre una mesa Todos entonces se descubrieron, púsose á media asta la bandera; tronó el cañón de bordo, y repitiendo los católicos en alta voz el *Requiem æternam dona ei, Domine.....* oyóse un golpe sobre las aguas, y desapareció la caja.

XIX

LA ADOPCIÓN

Terminada la triste ceremonia, mientras los otros pasajeros conversaban sobre el trágico suceso, Elisa y Zeno consagraron sus cuidados al desvalido huerfanito. Ignorante éste de cuanto ocurría sobre cubierta, preguntaba á menudo á la camarera la causa de la fúnebre música y cánticos que oía; mas ella para ocultársela, tenía siempre á mano alguna respuesta, sirviéndole además para esto la misma dificultad que encontraba para expresar en inglés sus pensamientos. Pero cuando oyó el huerfanito el golpe de la caja sobre el mar, como si adivinara lo que era, lanzó un grito y quiso arrojarse de la cama. La camarera se lo impidió y procuró tranquilizarle. Entre tanto Elisa, Astolfo y Zeno habían bajado á verle. Patricio lanzóse al cuello de Elisa, preguntando á gritos en medio de lágrimas y sollozos:—Dónde está mi mamá? dónde está mi mamá? Está en el cielo; respondió Elisa enjugando las lágrimas que anublaban sus ojos. Si, está en el cielo, ¡hijo mío! y me ha encargado que haga contigo sus veces. Has entendido? De hoy en adelante tu madre será Elisa; Astolfo será tu hermano y Blanca tu hermanita.

Y para sellar la adopción, estampó un beso en su frente. Astolfo y Blanca abrazaron á su hermanito prodigándole besos, caricias y regalos.—Qué ternura de cristiano amor! exclamó Zeno que salía de su ca-

marote para verse con Perrier, el que había salvado al niño, y darle conocimiento de las intenciones de Elisa. Encontróle precisamente en el momento en que éste iba á preguntar por su protegido. - Perrier, díjole sonriendo, ¿no sabes que te han robado á tu Patricio?—Me ha costado muy caro, respondió el marinero; no será fácil robármelo.—Pero si supieras cuál es la noble mano que te lo roba...

—Es tal vez aquella señora romana?...—Acertaste. Ella quiere adoptarle por hijo, y tú debes estar contentísimo por la buena ventura que el cielo le depara. Dónde podría jamás hallar tu Patricio una madre igual á una Elisa de los Fabios, y una familia más virtuosa que esta familia romana, para no decir nada de su antigua nobleza, que tal vez se remonta á los primeros tiempos de Roma?

—Si es así, respondió el marinero, no quiero privar al huerfanito del honor y las ventajas que le reporta el ser acogido y educado en el seno de tan ilustre y virtuosa familia.

Zeno entonces introdujo al marinero en el salón de popa, donde Elisa, santada á un velador, escribía la relación de los acontecimientos del día, no sin bañar con sus lágrimas el papel.

Al ver á Perrier, se levantó á recibirle, y haciéndole sentarse, quiso oir de sus labios cuanto sabía acerca del padre y la madre de Patricio; mas sólo pudo recoger escasas y vagas noticias.

Aguardemos del tiempo, dijo Elisa, mayores revelaciones. Entre tanto yo me encargo de su educación, toda vez que tú hombre de mar, lejos de tu familia y siempre viajando, mal podrías cuidar de él.

Perrier aunque había ya cobrado gran cariño al huerfanito, y sentía no poco tener que separarse de

él, aceptó la proposición de Elisa y dióle gracias por su ardiente caridad. Entrando después en el camarote donde estaba acostado el pequeñito Patricio, rodeado de sus dos ángeles consoladores, Blanca y Astolfo, entretúvose largo rato con él, le abrazó, por fin, y le dijo: Te dejo en manos de quien puede hacerte feliz. Recibe ahora este beso como señal del que algún día te daré en Roma, segun espero.

Los otros cinco días de viaje que siguieron al primero, tan tormentoso y de triste remembranza, deslizáronse tranquilos. El huerfanito, sensible á las caricias que recibía de la nueva familia, no se apartaba del lado de Elisa, á quien desde luego comenzó á dar el dulce nonbre de madre, sino para visitar todos los días á su generoso libertador en el castillo de proa, donde desempeñaba éste un cargo muy importante que le había encomendado el capitán. El buen Perrier recibía gran placer de estas visitas; y tomando á veces en brazos al niño, llevábale en derredor con aires de triunfo, gozando lo indecible al ver que apenas había uno que no le hiciese algún obsequio.

Patricito, aunque colmado de caricias, rara vez se sonreía; antes mostraba en el rostro cierto aire melancólico. Si algún momento le dejaban solo, corría al parapeto de la nave, y clavando sus ojos en el mar, tornaba de nuevo al llanto. Cuando sucedía esto, Astolfo y Blanca se reprochaban el haberle dejado solo. Elisa como buena madre que era, ponía todo su cuidado en hacer que el huerfanito sintiera lo menos posible la desventura que tan recio golpe le había descargado. Ninguna distinción hacía entre sus hijos y él; antes sus primeros besos y sus caricias primeras eran siempre para el huerfanito.

Astolfo y Blanca, que tenían un corazón noble, como el de su madre, lejos de sentir por esto el aguijón de la envidia, experimentaban placer, é imitaban el bello ejemplo materno.

XX.

FAUNA MARINA.—LAS SALPAS FOSFORECENTES Y LOS PÓLIPOS.

La noche que siguió á la espantosa borrasca, ofreció á nuestros viajeros una de aquellas encantadoras escenas que tan frecuentes son en el océano tropical. Sobre un mar apacible, tranquilo como un estanque, serpeaban unas luminosas fajas, las cuales no eran otra cosa que cadenas de salpas, moluscos que viven siempre unidos formando largos sartales vivientes, de los cuales cada grano es un inidviduo de cuerpecito tan diáfano, que permite ver los órganos interinos y sus funciones. Zeno comenzó desde luego á explicar á nuestros viajeros las costumbres de este singular animalito.

—Las salpas, dijo, viven á grandes profundidades; pero cuando el mar está en calma, como ahora, suben á la superficie, y serpeando sobre las aguas, semejan una serpiente de luz, ó el rastro luminoso que dejan en su camino los fuegos artificiales. Tan sociables son, que tienen un mismo género de vida comen, duermen y nadan siempre juntas, y juntas se abandonan á las blandas caricias de las olas. Hay entre ellas mucha fraternidad, hasta verdadero comunismo, que practican todas sin daño de ninguna; cosa que no serían capaces de hacer nuestros comunistas en su manía de despojar á los otros para enriquecerse á sí propios.

—Cómo andan las salpas? preguntó Blanca.—Hácia atrás, como el cangrejo, respondió Zeno, y, lo que es más singular, con el vientre al aire.

—Lo juro por Neptuno, exclamó el festivo Astolfo; nuestros progresistas han aprendido de las salpas, ó las salpas de ellos. La semejanza no puede ser más perfecta.

Una carcajada acogió la observación de Astolfo.

—Y cómo se mantienen unidas entre sí las salpas? tornó á preguntar Blanca.

—Por la cabeza, respondió Zeno.

—Oh! en eso, añadió Altolfo, diferéncianse *de nuestros salpas* que sólo están unidos por la boca.

Recayó después la conversación de nuestros viajeros sobre las gigantescas construcciones de los pólipos marinos. Estupor grande causaba á Blanca el oir que había tierras habitadas, las cuales debian su formación á la labor secular de moluscos microscópicos, como las islas Maldivas, los archipiélagos de Sciagos, de Pomotu, etc.—Y cómo se arreglan esos microscópicos obreros para levantar fábricas tan grandiosas?

—Trabajando juntos y sin dar paz á la mano.

—Y qué materiales emplean para levantar sus fábricas?

—Sílice y cal, que encuentran disueltas en el agua.

—Y en dónde fijan los cimientos?

—En el fondo del mar, ó sobre una roca ó un cuerpo sólido cualquiera, donde forman sus depósitos calcáreos, que van levantando por capas iguales hasta flor de agua. Encima se depositan despues los fragmentos y restos de materias orgánicas é inorgánicas que revuelve el mar, y con el lapso del tiempo endurécense formando una costra de terreno que

merced á las semillas que el viento arrastra, y llevan las aves, no tarda en verdeguear con vejetación lozana. Naturalistas hay que explican la formación de las islas políperas, y madrepóricas por el levantamiento del fondo del mar, debido á fuerzas volcánicas: en esta hipótesis solo sería producto de los pólipos la capa superior, ó la costra del terreno. Lo cual si en muchos casos es verdad, no sé como puede serlo en todos, habiendo demostrado la experiencia que los pólipos levantan á veces sus fábricas hasta prodigiosas alturas. Sea de esto lo que se quiera, es indudable que á estas microscópicas criaturas somos deudores de islas y tierras, al presente muy fértiles y pobladas.

En otros lugares, prosiguió Zeno, estos zoófitos no llegan á fabricar islas, sino bancos y escollos que ciñen como de un antemural las costas, haciendo el arribo difícil y peligroso.

La costa oriental de Australia está defendida por un banco de coral, llamado la Gran barrera, el cual tiene una extensión de 1770 kilómetros de largo y más de 50 de ancho, lo cual da una superficie de 88,000 kilómetros cuadrados.

—Permitidme una observación, exclamó Astolfo. Los pólipos han hecho inútiles los torpedos para la defensa de las costas.

—Cuanto trabajo! añadió Elisa. ¡Oh! ¡Cómo confunde Dios por medio de estos microscópicos animalitos el orgullo del hombre, que jamás será capaz de hacer otro tanto!

El relato de estas maravillas despertó en Blanca tal deseo de saber, que no cesaba de marear á Zeno con estas y otras preguntas.—De qué figura son los

pólipos? Cómo viven y trabajan? De que se alimentan? Cómo se defienden?

—Los pólipos, mi buena niña, son las criaturas más singulares puestas por Dios en el mundo. Imagínate una planta que no es planta, aunque tiene su aspecto, con tallo y ramas llenas de yemas que no son yemas, sinó células, con flores radiadas que no son flores, sino tentáculos ó brazos del animal, los cuales se abren en forma de círculo, á guisa de filamentos para sujetar la presa que cae dentro; y hé ahí un pólipo, cual es, por ejemplo, el coral.

El pólipo está dotado de sensibilidad, como todo animal, pero permanece fijo como las plantas. Tiene un organismo sencillísimo, y sin embargo se alimenta, se defiende y se propaga como los animales y las plantas. En suma reune los caracteres de estas y aquellos; y puede considerarse como el misterioso anillo que eslabona en el seno de las aguas, donde primeramente se manifestó la vida. el reino vegetal con el animal. Necesita y busca para vivir, un sostén y se adhiere á las plantas acuáticas, á la concha de los caracoles y á cuantos cuerpos sólidos encuentra en las aguas; pero no les pide otra cosa que un apoyo.

—No es, pues, un parásito, dijo Astolfo que viva á expensas de otro?

—No por cierto. El pólipo se basta á sí mismo, caza y se alimenta á su costa. Fijado que tiene su domicilio, abre sus brazos filiformes, flexibles y previstos de unas como cejas vibrátiles, tan elásticas que puede ejecutar un centenar de movimientos en menos de dos segundos. Esta es la red que él tiende para cazar la presa. Un insecto ó gusano de agua, que caiga dentro, ó tan solo toque á la rama, perdido

está. La rama ó brazo se arquea y se anuda, enreda y asrastra al insecto hasta la extremidad superior del tronco animado, y lo echa dentro por una pequeña abertura que es la boca del animal. Si el desventurado intenta soltarse de aquellos nudos, entonces el cazador con uno de sus tentáculos lo retiene en la cavidaz del estómago, donde—cosa extraña y maravillosa!—es digerida la presa, permaneciendo ileso el brazo del cazador.

Blanca al oir estas maravillas, estaba pendiente de los lábios de Zeno. Este para complacer á su pequeña discípula, continuó diciendo cosas que la llenaron de admiración.—El polipo, prosiguió, es un animal tan voraz, que no cesa de cazar y deglutir, aun cuando se le corte la parte inferior del tronco, ó sea una especie del saco que le sirve de estómago. Antes bien en este caso su voracidad no reconoce límites por la contínua necesidad que siente de alimentarse, necesidad que no puede ver satisfecha, porque la presa introducida por la parte superior sale, despues de la amputación, intacta por la interior.

—Ahora comprendo, dijo Astolfo, porque ciertos pólipos racionales jamás dicen basta: es que tienen perforado el *saco*.

—Estate callado, no le interrumpas díjole la niña. Proseguid Zeno: me gusta tanto oiros hablar de estas cosas!

Elisa sonrió de placer viendo á la niña tan deseosa de instruírse; y entre tanto acariciaba al pequeño Patricio, que como no entendía el italiano, en vez de escuchar dormía tranquilamente. Zeno, anudando el hilo de la conferencia, continuó;—el pólipo es fecundo sobre toda ponderación, como lo son todos los animales imperfectos.

—Y por qué, preguntó Blanca, por qué los animales más imperfectos son más fecundos?

—Porque teniendo menos medios de defensa, estarían más expuestos á perecer si la naturaleza no hubiera proveido por medio de la fecundidad á la conservación de la especie. Todo pólipo, decía cierto naturalista, es un verdadero árbol genealógico. La superficie de su cuerpo es nudosa y tuberculosa; y cada uno de estos nudos y tubérculos es un pólipo en embrión. Pronto se desarrollará la yema animada; y el recien nacido, llegado que haya á su desarrollo, dará ser á un segundo, éste á un tercero, y así sucesivamente. El pólipo madre, pues, tendrá unidos á sí muchos hijos á la vez, mientras el crecimiento no permita á éstos separarse y poner casa. Es decir, deben estar con mamá, mientras no hayan salido de la minoría, dijo festivamente Astolfo.

—Justamente; pues es ley de naturaleza que los hijos reciban de sus padres no sólo el sér y la vida, sinó también las primeras formas del buen ser y del buen vivir, á fin de que con el auxilio de aquellas y con el desenvolvimiento de su propia actividad alcancen aquel grado de perfección que reclama su naturaleza en orden al fin á que están destinados.

—Y nosotros, dijo Blanca, imitaremos á los pólipos que están pegados é su madre, é iremos con la nuestra por todos los mares del mundo. Y al decir esto se levanta, estrecha entre sus brazos á Elisa y cúbrela de besos.

—En efecto, dijo el bien humorado Astolfo. una niña, como tú, nada mejor puede hacer que estar retiradita en casa con mamá. Así, hacen los pólipos, que al sentir el más pequeño ruido, retiran los brazos, se recogen en sus casillas y buenas noches.

—Excelente predicador! respondió Blanca sonriendo. Sólo las niñas deberán estarse retiradas; que vosotros bien podéis andar por donde os venga en talante, sin riesgo de topar con un tiburón que os devore.

—Bien por Blanca! exclamó Zeno. Has dicho gran verdad! El mundo está lleno de tiburones ó sectarios que andan á caza de incautos jóvenes, los cuales faltos de experiencia, y á menudo desprovistos de principios, difícilmente pueden librarse de los lazos que se les tienden. Pero volviendo á nuestro asunto, no quiero dejar de referirte una cosa que oirás seguramente con la mayor extrañeza.

—De veras? Oigámosla,

—Has oido alguna vez hablar de la Hidra fabulosa á la que, cortada la cabeza, le nacía otra, ó del famoso Briareo que multiplicaba sus brazos?

—Muchas veces.

—Pues parecidos son estos zoófitos. Si tú cortas de aquél tronco animado un ramo, éste continuará viviendo y sintiendo y llegará á ser un animal perfecto en su especie. Si divides en trozos un pólipo, en vez de privarle de la vida, no harás más que multiplicarle. Cada parte adquirirá en breve los órganos que le faltan, y tendrá la vida que le es peculiar.

Blanca no respiraba, temerosa de perder alguna palabra: con tal gusto escuchaba las maravillas referidas por Zeno. Elisa, aunque no las ignoraba, complacíase también en oirlas de boca de un naturalista tan erudito como Zeno, sobre todo por la utilidad que reportarían sus hijos, pues enamorándose de las bellezas de la naturaleza, preferirían el estudio á los placeres de la juventud con no pequeña ganancia de su entendimiento y de su corazón.

Astolfo, propenso por naturaleza á sacar de cuan-

to oía, consecuencias y aplicaciones prácticas, dijo:— ¿Estaba, pues, reservado al más imperfecto de los animales y que durante mucho tiempo fué tenido por una planta, presentarnos un conjunto de fenómenos que alteran todas las ideas que antes se tenían acerca del organismo y modo de vida de los animales?

—Así es, contestó Zeno. Animales faltos de la mayor parte de los órganos de que están provistos los demás séres sensitivos, y que sin embargo saben distinguir y pillar su presa; rara vez yerran el golpe, se precaven de sus enemigos, luchan con los extraños; búscanse unos á otros, se ayudan mútuamente, se unen, se reproducen y multiplican más que los otros animales: ¿no es todo esto un conjunto de verdaderas maravillas?

—Oh sabiduría de Dios! Cuán admirable eres en las más pequeñas criaturas! exclamó Elisa, llena de santo entusiasmo.

Viven siempre en sociedad los pólipos? preguntò Blanca.

—Muy rara vez encuéntranse aislados: respondió Zeno. Ellos gustan de formar colonias, de tener común la casa y el sustento, el agua y el sol, el trabajo y el producto, los peligros y las ventajas. Hay entre ellos un verdadero comunismo. Una sola cosa no tienen común, la celdilla, pues cada uno tiene la suya.

—Está muy puesto en razón, dijo chanceándose Astolfo. Lo exigen así el decoro y la libertad santa.

También los frailes lo tienen todo común, menos la celda. Y si algún enemigo intentára violar la santidad del domicilio?

—Lo pasaría mal. Los pólipos extendiendo sus largos brazos, le envolverían en una rez de la cual le

sería muy difícil escaparse. Ellos no distan tanto entre sí, que no puedan ayudarse fraternalmente; ni están tan próximos, que no puedan gozar de la dulce libertad. En *el aquarium* de Nápoles presencié una graciosa escena. Un cangrejo daba vueltas en derredor de una anémona que tenía el aspacto de una plantecita, semejante en todo á una palmera, sino que en vez de penacho de hojas pendientes, desplegaba en derredor una larguísima trenza. Estaban los brazos de la anémona extendidos en disposición de cazar la presa. El cangrejo daba vueltas en torno á guisa de explorador que reconoce una fortaleza.

Tal vez, observó Astolfo, para descubrir el lado débil por donde podría asaltarla.

—O más bien, pienso yo, para cerciorarse de si era planta, como parecía, ó un animal. Y como no podía con solo el órgano de la vista resolver la intrincada cuestión, que por tanto tiempo había ocupado á los más pacientes observadores de la naturaleza, quiso ayudarse del tacto; y extendiendo una pata, tocó apenas aquel envoltorio de hilos ó tentáculos que tenía delante de los ojos. En menguada hora lo hizo. Hubieras visto al instante mil brazos á un tiempo coger en las redes la pata, y traerla hacia sí con fuerza, tanto que al desventurado costó no poco el desenredarse. Si en lugar de un cangrejo, animal demasiado fuerte para ser presa de los pólipos, hubiera caido en sus brazos un gusano ó un insecto, pronto lo hubieran envuelto en la red, apretado y arastrado hasta la boca del canal destinado á engullir y digerir la presa en beneficio de la comunidad.

—He ahí, dijo Astolfo, el caso en que se podría sostener el Comunismo, cuando tuvieran todos un solo estómago.

—Entonces la igualdad sería perfecta, añadió Zeno, Pero dime, qué se entiende por igualdad?

—Que uno ayune cuando otro coma, respondió Astolfo.

—Bravo! excelente definición de la igualdad *liberalesca*. Uno come por todos, y ese uno llámase fracmasonería. Si ella llega á empuñar las riendas del gobierno, el pueblo está arruinado. Lo pela, descarna, desangra y le chupa hasta la médula de los huesos; y después tiene aún el cinismo de decirle: ríe, pueblo mío, canta, danza y salta de alegría; que yo te hice feliz.

—Horrible y abominable bestia! exclamó Blanca indignada. Cuál es su origen?

—Yo te lo diré, hermanita, respondió Astolfo. Es producto del maridaje de Satanás con una mona.

—Qué original eres! dijo Blanca.

—Apelo á Zeno. Que diga él si he dicho verdad.

—Quién puede dudarlo, respondió Zeno, si rinde culto á Satanás, como á su padre, y reconoce por madre del hombre á una mona? No es tal vez la hija el retrato de su padre y su madre?

—Elisa cortó la conversación, diciendo: Dejemos á la secta, al diablo y á la mona, y retirémonos á descansar, que Patricito ya se rinde al sueño. Pobrecito! Ha padecido tanto!

—Y tomándole en brazos, levantóse y bajó con Blanca á su camarote. Astolfo y Zeno retiráronse también al suyo no sin continuar hablando de la gran semejanza que tiene la secta con su padre el diablo, de quien heredó la soberbia y el espíritu de rebelión, y con su madre la mona, de la que derivó los groseros apetitos, el salvaje instinto y la cos-

tumbre de remedar en todo la sagrada religión de Jesucristo, de la cual por otra parte abomina y blasfema y á la que tiene declarada guerra sin cuartel.

XXI.

La salida del Sol contemplada desde el Océano.—El pez volante y una flotilla de medusas.

Era la mañana del quinto día después de la partida de Ceilán; y los primeros albores blanqueaban apenas el horizonte, cuando Zeno y Astolfo, rendido á Dios y á la excelsa Reina de los ángeles el cuotidiano matutinal tributo, subieron al puente á contemplar el mágico y grandioso espectáculo, cual es el salir del sol, visto desde el inmenso mar. El disco luminoso del astro, lanzando al través de una atmósfera cargada de vapores sus divergentes rayos, de manera dilataba su aparente volúmen, que parecía levantarse sobre las aguas un inmenso globo, encendido como el hierro al ser sacado de la fragua. Bajo sus reflejados rayos teñíase de púrpura el azulado mar, y á medida que el astro subía, cambiábase el color de púrpura en el de fúlgido oro. Las aguas surcadas por la proa y golpeadas por las ruedas, lanzaban resplandores de rubíes y záfiros. Multitud de peces nadando en varias direcciones, formaban vistosas danzas y saltaban y corrían unos en pos de otros á guisa de juguetones muchachos. Todo era movimiento, vida y fiesta en el seno de las aguas. Solamente en aquella cáscara de nuez, cual es una nave en medio del Océano, reinaba el silencio del sueño, hermano de la muerte. Todos los pasajeros, excepción hecha de nuestros viajeros y

de Elisa, que velaba orando, dormían como lirones: tan poco atractivo tenía para ellos el encanto de una naturaleza que parecía tornar de la muerte á la vida! Mientras Astolfo y Zeno gozaban inefablemente contemplando el cielo y el mar, una voz delicada vino á distraerlos de su contemplación:

—Alabado sea Jesucristo!

—Séalo siempre, respondieron ambos, volviendo los ojos hácia el lugar de donde salía aquel cristiano saludo. Era Elisa que con Blanca y Patricio subía á gozar de la brisa y dulce encanto de la mañana.

—¿Cómo tan temprano? dijo Zeno, mientras Astolfo se levantó y corrió á besarle la mano y darle los buenos días.

Yo gusto, dijo Elisa, de seguir la antigua costumbre, que era levantarse cuando el sol aspirar las frescas auras de la mañana y contemplar la naturaleza, que á esta hora parece renacer á nueva vida.

—Vuestra poética alma, añadió Zeno, siente necesidad de inspirarse en la belleza de la naturaleza.

—Decid más bien el alma cristiana, la cual siente la necesidad de levantarse al cielo: y nunca puede hacerlo mejor que cuando el mundo calla, y despierta la naturaleza y nos habla de su divino Hacedor.

—Teneís razón. Jamás es tan elocuente su lenguaje como á la mañana, cuando la creación entera parece entonar un himno en alabanza de su Creador.

En esto Blanca y Patricio, que estaban jugando, dejan oir un prolongado Oh!.... de maravilla.

—Qué es eso? Qué sucede? preguntó Elisa.

—Mamá, respondió Blanca, aquí llueven peces.

—Qué dices tú? replicó Elisa riendo.

—Mira—y al instante colócase delante de su madre llevando un pez en la mano.

—Ah! el pez volador! exclamó Elisa.

—La golondrina de mar, añadió Zeno, llamada por Linneo *Trigla volitans*.

—Un pez que vuela! exclamó Blanca profundamente admirada, teniéndolo apretado por temor de que se le escurriese de las manos y echase á volar.

—Pobre golondrina! dijo Astolfo. Vino sin duda á buscar aquí un refugio; no la dejes morir entre tus manos; vuélvela á su elemento.

—Dices bien, respondió Blanca, y asomándose al antepecho de la nave, arrojó el pez al mar, gozando en verle al instante dar saltos sobre las olas, como si hubiera nacido á nueva vida.

Vuelta después á Zeno, le dijo:—Explicadme cómo vuela la golondrina de mar.

—¿No has observado las anchas aletas de que está provista? Cuando las abre y extiende aumenta su volumen, hácese más lijera y puede levantarse á vuelo recorriendo un espacio de cerca de 200 metros. Después vese necesitada á sumergirse para mojarse otra vez y poder tomar otro vuelo. Sólo así puede huir de tantos enemigos como por doquiera la persiguen Pero al pretender evitar una emboscada, da en otra, siendo fácilmente presa de los pájaros pescadores que recorren en corso los mares. Fatal destino el de estos animales, decía Lacepede, los cuales siendo peces y aves á la vez, deberían tener un doble asilo, y en ninguna parte encuentran seguridad. No escapan de los peligros del mar sino para exponerse á los de la atmósfera; ni se libran de los dientes de los peces, sino para ser cogidos por los laros y otros pájaros marinos. Por

manera que la desventurada golondrina se ve siempre perseguida, cualquiera que sea el elemento al que se acoja. Afortunadamente para ella, es tan ágil; con tal presteza puede pasar de un elemento á otro, que de ordinario burla la persecución de sus enemigos.

—Mirad, mirad, gritó en inglés el pequeño Patricio.

—Todos dirigieron sus miradas hácia donde señalaba el niño; y vieron flotar sobre las aguas una multitud como de quitasoles diáfanos, coronados de graciosas guirnaldas, de los cuales pendían en derredor, á guisa de ramos de sauce-llorón, hilos sutilísimos, llamados por los naturalistas apéndices filiformes.

—Son las, medusas dijo Zeno, que viajan reunidas en número inmenso. Entre los zoófitos del Océano no hay quien cuente mayor número de especies, y nos presente formas más caprichosas y bizarras que éste, llamado por Linneo *Medusa*, nombre que no le cuadra á tan elegante criatura. Las medusas viven en todos los mares, pero prefieren éste, calentado por un sol tropical. Las hay de todos tamaños, desde el microscópico hasta el gigantesco, como una que arrojada por el mar á la costa de Bombay, pesó muchas toneladas. Su cuerpo tiene un tegido orgánico casi imperceptible, dentro del que flota una gelatina transparente, que puesta sobre la mano, al calor natural de ésta se disuelve. El color varía mucho; en unas es de rosa, en otras azul. En algunas especies es diáfano todo el cuerpo, en otras no lo es.

Según eso, observó Elisa, la medusa es toda apariencia.....

—Es el símbolo de la vanidad de la mujer; añadió el chancero Astolfo.

—Calla, impertinente, díjole sonriendo su madre.

—Las graciosas tintas, prosiguió Zeno, y las caprichosas formas de la medusa hácenla muy vistosa. No obstante lo lento de sus movimientos, hace muy largos viajes. Avanza merced á una serie alternada de contracciones y dilataciones de su cuerpo, razón por la que llamaron los antiguos á las medusas *pulmones marinos*.

—Y si en sus viajes, preguntó Elisa, se encuentran con un enemigo, qué hace?.

—Recogen los tentáculos, cierran la sombrilla, y disminuyendo así el volúmen del cuerpo, hácense más pesadas y se sumergen.

—Oh sabiduría divina, exclamó Elisa, cómo has proveido á todo!

—Andan también las medusas, preguntó Blanca, cómo los peces viajeros en grandes grupos?

—Baste decirte que cubren á veces un espacio de muchas millas cuadradas, presentando buena presa á la ballena que devora un prodigioso número de ellas.

—Y las medusas de qué se alimentan?

—De moluscos, gusanos y crustáceos tiernos. Devoran su presa sin despedazarla. Si tal vez hace resistencia, la tienen estrechada entre sus tentáculos aguardando á que la víctima, falta de fuerzas, se dé por vencida.

—Y entonces?

—Entonces se la tragan alegremente.

—Yo quisiera coger una.

—Te saldría caro,

—Porqué?

—Por espacio de media hora sentirías una insufrible picazón; y por esto se le dió también el nombre de ortiga marina.

—Lejos, pues, de mi, señora medusa, exclamó Blanca.

—Un jóven marinero de la *Princesse Louisse* habiendo visto cerca del buque una hermosa medusa lanzóse desnudo al mar para cogerla. Apenas la tocó se sintió aprisionado por los cabellos de la medusa, que median un metro de largo. El jóven, asustado, y sintiendo en la piel una insufrible comezón, gritó: socorro, socorro! Arrojáronle una maroma, á la que se asió al instante, y le subieron á bordo. La inflamación de la piel produjole una fiebre tan intensa, que puso en peligro su vida.

—Hago voto, dijo Astolfo, de estar siempre lejos de las medusas, mientras más bellas más funestas para el que quiere con ellas divertirse.

—Si fueres fiel á tu voto, dijo sonriendo Elisa—que había cogido al vuelo la alusión,—serás el hombre más dichoso de la tierra.

—Qué clase de organismo, preguntò Astolfo á Zeno, tiene esa gelatina viviente?

—Durante mucho tiempo nadie supo ver más que una gelatina orgánica. Pero las observaciones y experiencias de Cuvier y otros naturalistas han puesto en claro la riqueza de estructura que se ocultaba bajo aquella apariencia gelatinosa, y nos han revelado los misterios de su prodigiosa transformación.

Blanca al oir este exordio, que prometía grandes revelaciones, acercó su silla á la de Zeno, y el pequeño Patricio hizo lo mismo; pues su nueva hermanita y su hermano Astolfo tenían placer en tradu-

cirle al inglés las palabras de Zeno, no sin formar á veces un gracioso chapurrado.

La metamórfosis de la medusa, prosiguió diciendo Zeno, es lo más extraordinario que se puede imaginar, lo más maravilloso que hay en la naturaleza. Ella engendra hijos de semejantes á sí: pero mediante una serie de transformaciones llegan á ser de todo en todo semejantes á la madre. Son al principio larvas vermifomes; despues semejantes á los pólipos; más tarde cilindros anulosos; por fin caen los anillos y cada uno tiene vida propia, nada y se alimenta, completándose más y más hasta perfeccionar su forma. El disco animado tórnase convexo: fórmanse los canales gastro-vasculares; prolónganse los tentáculos; multiplícanse los cabellos, y la medusa está completa. Despues de tantas transformaciones el hijo resulta semejante en todo á la madre.

Blanca que estaba pendiente de los labios de Zeno, y no perdía una sílaba de lo que iba exponiendo acerca de las maravillas del mundo marino, tenía impaciencia por saber qué eran los infusorios con los cuales había parangonado las larvas de la medusa. Zeno, que gozaba viendo en aquella niña tanto deseo de instruirse, comenzó á explicarle de un modo acomodado á su inteligencia la exuberancia de la vida que se manifiesta en una gotita de agua, la cual es un mundo microscópico en el que viven millones de criaturas, un océano en miniatura en que nadan vivientes semejantes á los pólipos, á los moluscos, crustáceos, peces....

Al llegar aquí, fué interrumpido por algunos viajeros que alborozados gritaban:—Sumatra, Sumatra!

Nuestros viajeros levantáronse al instante y dirigiéronse á la proa, ganosos de contemplar la gran

isla, una de las mayores y más ricas del archipiélago de la Sonda.

XXII

SUMATRA

Surgía majestuosa del seno del océano la isla de Sumatra irguiendo las onduladas crestas de sus montes sobre vagantes apiñados vapores, que entoldaban sus faldas, pero que iban poco á poco enrareciéndose bajo la poderosa influencia del sol. Cuando se hubieron del todo disipado, apareció la isla en todo el esplendor de su exuberante vegetación. Ofrecían una vista deliciosa el llano y las pendientes, todas cubiertas de árboles, tapizadas todas de yerba y ostentando, ya cultivados campos y jardines, ya severas florestas jamás tocadas por la mano del hombre. La playa contrayéndose, formaba radas y golfos defendidos por una línea de islotes de origen madrepórico y coral. Numerosas piraguas, botes y otros barquichuelos serpeaban con maravillosa destreza entre un laberinto de escollos.

Astolfo, después de haber contemplado largo rato en silencio aquél encantador expectáculo, vuelto á Zeno, preguntóle:

—Qué extensión tiene esta isla?

—Mide 1700 kilómetros de largo y 390 de ancho.

—Y quien la formó, Plutón, ó Neptuno?

—Los geólogos se inclinan á atribuir esta gloria á Neptuno, el cual batiendo sin cesar con la fuerza de sus olas la península de Malaca, fué abriendo larga y profunda brecha hasta conseguir disgregar de la península la gran Sumatra.

—Y aquella cadena de montes, preguntó Elisa, hasta donde se extiende?

—Recorre la isla en toda su longitud.

—Y hay volcanes en estos montes, greguntó Blanca?

—Algunos Geógrafos hay que cuentan tres. otros cuatro y algunos cinco; y no falta quien para proceder con más seguridad no cita número alguno. Yo, sin embargo, te digo que no están dormidos, ó si tal vez dormitan, roncan fuertemente y cuando despiertan, parecen demonios. Uno de ellos, el 23 de Julio de 1822, después de un prolongado subterráneo ruido y frecuentes sacudidas de la montaña, abrió su boca de infierno, vomitando con horroroso estruendo, en medio de nubarrones de humo, chispas, llamas, peñascos candentes, lluvias de ceniza y un torrente devastador de fuego, que, acompañado de relámpagos y rugidos espantosos, derribaba las rocas del monte que encontraba al paso. La erupción fué tan violenta, que cayeron en las llanuras colindantes enormes piedras lanzadas de las entrañas de la isla por la fuerza del volcán.

—Según eso, observó Elisa, esta isla es un trasunto de la hermosa Nápoles, que tiene encima un cielo de zafiro y de oro, en torno un edén de delicias, y debajo una viva imagen del infierno.

—Si, Sumatra es la Partenope de la India. Oculta bajo sí el infierno, pero lo cubre con rico y espléndido ropaje en el cual Flora despliega toda la pompa de

sus mil tintas y de sus delicados perfumes. Las tres cuartas partes de la isla están cubiertas de umbrosos bosques, donde yerguen altaneros su copa los colosos de la flora tropical, como son varias especies de cajú, la higuera de Bengala y de la India y gigantescas palmeras con que á cada paso topareis.

Sumatra además está poblada de cuanto más gigantesco tiene el reino animal, como el elefante, el rinoceronte, el búfalo, el tigre real, el oso negro, el orangutan y otras especies de monos; y entre los reptiles figura el famoso pitón de la India por algunos geógrafos confundido con la boa. En las aguas que al pié de las montañas forman extensas lagunas, nadan á su sabor los hipopótamos, las nutrias y cocodrilos.

—Son ricos en caza de bosques? preguntó Astolfo.

—Riquísimos. Hay gamos, ciervos, gatos monteses, jabalíes y numerosísimas aves.

—Y hay tambien papagayos? preguntó al instante Blanca.

—A millaradas.

Oh qué bien! repuso la niña, palmoteando de contenta; y al instante comunicó la alegre nueva al pequeño Patricio, el cual como había ya visitado con su madre la isla de Sumatra y la península de Malaca, donde hay gran riqueza de estas aves, sonrió al ver la candorosa hilaridad de su hermanita.

—Supongo, dijo Astolfo, que habrá en estos montes tesoros de minerales?

—Dios solo sabe las riquezas que se ocultan en las entrañas de estos montes, Pero además de la natural indolencia de los indígenas, una supersticiosa creencia ha impedido para que hayan sido mejor

explorados. Es de saber que estos isleños consideran las más elevadas cimas como residencia de los espíritus ó kramats, es decir, lugares santificados é inaccesibles á los profanos.

Pero cuál no fué su admiración, cuando vieron más de una vez á los europeos rebasar las más altas cumbres, desafiando bravamente á los espíritus, y tornar de sus arriesgadas giras sanos, salvos y de muy gentil humor.

—Convendría, dijo Astolfo, enviar á aquellos montes á todos nuestros espiritistas europeos, que nos meten el infierno en casa. Aquel si que sería lugar apropósito para sus espiritistas sesiones; y podrían además enriquecerse de lo lindo con los pingües regalos que obtendrían de estos sencillos isleños.

—Yo, añadió Zeno, los mandaría á cualquier otro país donde no pudieran engañar á los ignorantes.

—Decidme, Zeno, preguntó Elisa, son excesivos los calores en esta isla, atravesada por el Ecuador?.

—La temperatura, que debiera ser elevadísima hállase muy mitigada por las frecuentes lluvias, arroyos, rios y frescos vientos; por manera que el termómetro á la sombra oscila entre 23 y 24 grados R.—Hay solo dos estaciones, la seca y la lluviosa. Por espacio de seis meses caen sobre la isla lluvias torrenciales á las cuales acompaña frecuentemente el pavoroso retumbar de los truenos, el cárdeno fulgor del relámpago, el tortuoso curso del rayo, y á veces sacudimientos de tierra, en términos que parece desencadenarse todos los elementos para asolarla. Pero esta revolución atmosférica no es más que un furor pasajero, y por lo general inofensivo, y hasta

diré altamente providencial, pues sirve para purificar la atmósfera cargada de miasmas y vapores.

—Sea así, dijo Blanca, pero es para asustar al más animoso. Qué os parece? Truenos, rayos, terremotos.....

—Y tigres, añadió Astolfo chanceándose, y esos, pitones y antropófagos, y tantas otras cosas verdaderamente horripilantes.....

—Ah no, replicó la niña; por todo el oro del mundo no querría yo vivir en Sumatra.

—Tú, díjole su madre acariándola, vivirás y estarás donde Dios quiera. Has entendido? El es nuestro Señor, y nosotros debemos hacer en todo su santísima voluntad.

La niña bajó la cabeza, y calló.

Astolfo dirigiéndose á Zeno preguntóle:—Cuál es la duración media de la vida en esta isla?

—Muy corta. Un indivíduo de 60 años es decrépito. Una jovencita de 15 es madre; una mujer de 30 es más que madura; á los 40 es vieja; á los 50 caduca; á los 60 una momia.

Has entendido, Blanca? dijo Astolfo. Tú en Sumatra no serías ya niña como en Italia, sino una mujer casadera.

—Gracias, pero yo no quiero envejecer tan pronto.

—Tienes razón, añadió Zeno riendo.

—Tú envejecerás, le dijo su madre, mal que te pese; y tan pronto, que te parecerá semejante á la flor de un día la pasada juventud.

—Si es tan breve, dijo Astolfo, la vida de estos isleños, fuerza es decir que este clima es homicida.

—Lo es en efecto, pero en la costa occidental de la isla, donde á causa de las muchas aguas estancadas es muy insalubre el aire. No así en las regiones orien-

tales y elevadas donde se respira un aire puro y saludable.

—Ya que habeis satisfecho, dijo Elisa, nuestra curiosidad respecto á la naturaleza y condición de la isla, hacédnos un esbozo de la de los isleños. Y ante todo decidnos, cuánta es la población de Sumatra, y cómo está dividida?

—Dícese que cuenta de tres á cuatro millones de hábitantes; y está compuesta de razas muy diversas, que se suponen venidas de la India y de la Oceanía. Los más civilizados son los malasios de *Menanghobó*; y los más bárbaros los *Battas*, que son antropófagos y devoran á los prisioneros de guerra y á los condenados à muerte.

—Guay de ti Blanca! dijo Astolfo vuelto á su hermanita. Si cayeras en las uñas de los Battas, al momento te clavarían en el asador y te pondrían al fuego.

—Si....! respondió Blanca, moviendo la cabeza; antes que ellos se atrevieran á ponerme la mano encima, Zeno les habría metido en el estómago las dos balas de su carabina. Y además crees tú que no sabría yo defenderme, como hacen las Romanas?

—Y cómo hacen las Romanas? preguntó Zeno con viva curiosidad.

—Si álguien quiere ofenderlas, echan mano al alfiler que atraviesa sus trenzas, largo y agudo como un puñal, y con él en la mano se hacen respetar.

—Pero tú no lo tienes.

—Vaya si lo tengo! y es de plata.

—Tanto mejor! replicó Zeno riendo á su sabor. Bien se conoce que circula por tus venas la antigua sangre romana. Pero tranquilízate, que no iremos á que nos descuarticen y asen los *Battas*.

—Con estas interrupciones, dijo Elisa, perdemos

el tiempo y apuramos la paciencia de nuestro buen *Cicerone*. Decidnos, Zeno, cuál es la religión de estos pueblos?

Una mezcla informe de paganismo y de islamismo.

—Y su idioma?

—Es vario; pero el uno tiene mucha analogía con el otro, y todos tienen por base el malasio,

—Dadnos alguna noticia de estos pueblos por nosotros tan poco conocidos, dijo Astolfo; vuelto á su hermanita, añadió:—y tú Blanca, atiende y calla.

—Veremos, repuso la niña, quién de los dos sabe mejor callar.

—Propósitos de veleta! exclamó Elisa, moviendo la cabeza y sonriendo. Fortuna que la paciencia de vuestro maestro no se acaba!

—Acabarse! replicó Zeno. Quisiera yo que todos los jóvenes fuesen tan amantes de adquirir conocimientos útiles, como son vuestros hijos. Qué dichosa sería la sociedad.... Pero vengamos á nuestro asunto.

XXIII.

BREVES NOTICIAS ACERCA DE LOS MALASIOS

Empezaré por los Malasios, que son el pueblo más importante de la isla, y que tuvo su cuna, si hemos de dar fe á la tradición, en la isla de Sumatra. De aquí, pues, habrán salido las primeras colonias que fueron á establecerse en las islas vecinas, unas de las cuales, capitaneada, segun se dice, por Iskander, —que pasa por descendiente de Alejandro Magno, —se apoderó en 1160 de Singapur, y allí fijó su residencia; otras se enseñorearon de la península de Malaca, y allí fundaron en el 1253 la ciudad de este nombre, de donde pasaron á poblar á Java, Borneo, las Celebes é islas adyacentes, y por fin las Molucas y las Filipinas. Ahora encuéntranse diseminados por una tercera parte del globo.

—Y hablan todos el mismo idioma? preguntó Elisa.

—No; pero las diversas lenguas que hablan, tienen los mismos elementos fundamentales, que revelan el origen común; y la misma lengua madre está hoy alterada por una extraña mezcolanza de voces extranjeras.

—Cuál es la forma de su gobierno? preguntó Astolfo.

—Varía según los diversos paises, pero tienen todas de común el haber derivado más ó menos de nuestro antiguo feudalismo. En los paises regidos por la Monarquía, como es éste, la autoridad del

soberano no es reconocida las más de las veces por estos prepotentes Señores, los cuales á la vez que son rebeldes al monarca, hácense unos á otros una despiadada guerra.

—Tienen siquiera un código de leyes?

—Demás del Corán, cuyas leyes sólo se refieren á la religión, la moral, los matrimonios y la trasmisión de la propiedad por herencia, poseen los Malasios otros códigos que contienen importantes leyes civiles y criminales.

—Y qué nos decís de su índole y carácter?

—Qué puedo yo responderos? No hay, á mi juicio, cosa más difícil que hacer fielmente las semblanzas morales de un pueblo, por más que no haya geógrafo ni viajero que no lo intente, bosquejándolo con cuatro pinceladas que lo retraten si no como es, al menos como se lo figuró el escritor.

—Bien; pero yo deseo saber vuestra opinión.

—En mi opinión es el Malasio uno de los pueblos más difíciles de definir; es una extraña mezcla de dulzura y ferocidad, de nobleza y de vileza, de cultura y de barbárie, una mixtura, en suma, que no es capaz de reconocer bien y retratar fielmente toda la ciencia de los modernos etnógrafos.

Generalmente hablando, es el Malasio de imaginación viva, ánimo audaz, violento en la ira, propenso á la venganza, implacable con sus enemigos, afectuoso, pero á menudo también caprichoso con los amigos, muy delicado en puntos de honra, idólatra de la libertad, amigo de aventuras, pendenciero, inclinado, en fin, á la rapiña y á la sangre. Él gusta de lejanas emigraciones, de la navegación, del comercio, de las empresas arriesgadas, de los combates, las danzas, los juegos y los placeres. He ahí en mi

opinión el retrato moral del Malasio. Pero como este pueblo por su fusión con la raza negra austral y con los Indios, Chinos y Europeos ha modificado no poco su carácter y sus costumbres, no siempre estará conforme con el original el retrato que acabo de haceros.

—De qué figura son los Malasios? apresuróse á preguntar Blanca.

—Son de media estatura, robustos, de miembros pequeños pero bien formados; sus manos son pequeñas, su cabello espeso, largo y de un negro lustroso. La parte superior del cráneo es algún tanto prominente, la mandíbula superior y los pómulos algo salientes y los ojos negros, vivos y penetrantes. Pero para qué me detengo en describirte lo que tú misma con tus ojos puedes ver? Mira aquel marino que está en la proa: El es un verdadero tipo de la raza, un Malasio de pura sangre. Blanca lo miró atentamente; y el marinero, al verse objeto de admiración, sonrió de placer mostrando dos filas de dientes, negros como el ébano. Parecía decir en su corazón:—Qué te parece? No soy yo un gentil mozo?

La niña que leyó en aquella sonrisita y en las miradas el vanidoso pensamiento, sonrióse y vuelta á Zeno, le dijo:

—No he visto jamás hombre ni animal alguno con los dientes negros. Por qué ennegrecen asi los Malasios los dientes, que Dios les dió con un esmalte tan bello, blanco y lustroso?

—Eso proviene de la costumbre que tienen de masticar á menudo el *gambir*, sustancia astringente que se extrae de las hojas de la *nauclea gambir*.

—Cuál es, preguntó Elisa, el género de ocupación, á que preferentemente se dedica el Malasio?

La navegación, la industria y el comercio. Él desdeña por lo general el cultivo de la tierra y cuando no se ve constreñido por la necesidad, la abandona ó la deja en manos de los chinos ó de los esclavos. El es intrépido navegante, comerciante astuto, diestro en el arte de tejer, tallar y pulir piedras preciosas, y en las labores de madera y filigrana.

—Y cuáles son sus costumbres? preguntó Astolfo.

—Puedes responder por tí mismo cuando pares mientes en las dos principales causas que influyen en las costumbres de los hombres, la religión y la legislación.

Un pueblo mahometano, como es éste, y que por añadidura conserva todavía una corteza de paganismo, no puede menos de ser de costumbres muelles y afeminadas Practica la poligamia; ama el ocio y el placer; es dado al vicio del opio, y cuando se embriaga con el humo, pasa á más reprensibles excesos. Una aristocracia hereditaria, dueña del poder, se ayuda para defender sus privilegios contra el jefe del Estado, ó el Sultán, y llega á sacudir todo yugo, mientras por otro lado tiraniza al pueblo y lo desangra para engordarse á sí misma; que la tiranía fué siempre la llaga de la sociedad pagana siempre compuesta de amos y esclavos.

Y como tambien en Europa, añadió Elisa, se va paganizando, también allí la aristocracia, no la de la sangre, que hoy nada significa, sino la del dinero, de la banca y de la intriga sectaria, subida al poder mientras se rebela contra Dios, hostiliza á la Iglesia y hace traición al soberano, oprime bárbaramente al pueblo, que es el que siempre se queda con el daño, y burlado. Lo despoja de los más sagrados derechos, lo empobrece con onerosos tributos, lo fas-

cina con vanas palabras de libertad, y lo degrada y embrutece con la mas espantosa corrupción.

—Bien, muy bien, Señora Elisa! Con dos pinceladas maestras habeis retratado al vivo la fisonomía moral de una sociedad hoy paganizada.

Pero volvamos á nuestro propósito. Los pueblos Malasios se hacen unos á otros despiadada guerra, porque tienen casi siempre algun entuerto real ó imaginario que vengar. Puntillosos y vengativos por índole y por costumbre, andan siempre armados; así que no vereis á Malasio alguno sin su kriss ó puñal al lado, cuya punta está envenenada con la raiz del *upas* La guerra, la piratería, el tráfico de los esclavos, y entre algunos pueblos de esta raza los sacrificios humanos y la antropofagía imprimen en su frente un estigma indeleble de infamia. Su vicio predominante es la piratería, que no miran como un delito digno de la horca, y despliegan en ella tal audacia, que varias veces viéronse piraguas montadas por unos treinta Malasios atacar á un navío armado de cañones, abordarlo y apoderarse de él, despues de haber acuchillado á toda la tripulación.

—Parece increible, dijo Elisa.

Y sin embargo es verdad, y muchos historiadores, geógrafos y viajeros nos conservaron de ello memoria. A menudo también sucedió que algunos malasios, admitidos como mozos á bordo de los buques europeos, cayeron de improviso con sus kriss en la mano sobre la tripulación, hiriendo y matando á no pocos. Y por esto la compañía de vapores y los Gobiernos europeos hicieron de común acuerdo una ley que prohibe á los capitanes de navío admitir á más de uno ò dos marineros malasios á bordo de sus naves.

—Y no hay modo, dijo Elisa, de civilizar á esta gente?

El único es el convertirla al cristianismo; y en esto trabajan con admirable abnegación y espíritu de sacrificio los misioneros, cuyos sudores y sangre han sido una semilla tan fecunda, que habiendo abrazado muchos de esta nación nuestra santa fe, rivalizan en civilización con los europeos más cultos, y son dulces y corteses en sus íntimas relaciones, hospitalarios con los extranjeros, rígidos observadores de su palabra, fieles á sus amos y muy dados á las prácticas de la religión. Pero ya hemos llegado al puerto.....

Gracias demos, dijo Elisa, á la bondad divina que nos condujo sanos y salvos á la más bella perla de estos mares. Dicho esto, dirigió una maternal mirada al huerfanito, dióle dos besos en la frente y tomándole de la mano, bajó con él, con sus hijos y Zeno á un bote, y tomó tierra.

XXIV

UN ENCUENTRO INESPERADO

Encontró anclado en el puerto el Chine-mail un vapor mercante, llegado poco había de Calcuta, el cual habiendo topado con los dos botes del *Elverine* en los que venían el capitán, el segundo y algunos pasajeros y marineros del buque náufrago, los había recogido y puesto después en tierra. Al encontrarse éstos con sus compañeros de infortunio, que bajaban del Chine-mail, se quedaron turbados al verlos: tan lejos estaban de creer que hubieran podido salvarse. Cuando supieron el modo enteramente providencial con que la divina bondad había acudido en su auxilio, en vez de mostrar alegría y abrazar, como suele hacerse en tales casos, á los que habían tenido comun el peligro y la salvación, mostráronse insensibles; y murmurando que hubieron un frio «me alegro», siguieron su camino. Zeno irritado por esta frialdad, dijo á Elisa:—Bien se conoce que les agrada poco este encuentro. Cuando no se tiene limpia la conciencia, témense los testimonios de las propias acciones. Aquella glacial acogida quería decir: Porqué no perecísteis tambien vosotros antes que condenar con vuestra presencia nuestra fuga!

Pero lo que más impresionó á Zeno en este encuentro, fué la sorpresa y súbita turbación que había observado en el rostro del segundo del *Elverine*, cuando vió éste delante de sí al pequeño Patricio.

—Habeis observado, dijo á Elisa Zeno en voz baja, cómo aquél (y señalábale al segundo que se había alejado ya) se puso triste al ver sano y salvo á éste pobre huerfanito?

—Sí, tambien yo lo noté: pero no sabré daros la razón.

—Yo la averiguaré, cualquiera que ella fuere. Y despues de haber reflexionado un momento, exclamó: —Aquí ciertamente se oculta un misterio de iniquidad que es fuerza poner en claro.

Y sin más, llamando junto á sí á Patricio, que iba algunos pasos delante en medio de Blanca y Astolfo, le preguntó.—Conoces tú al segundo del *Elverine*?

—Cómo no? Me quería tanto, y me hacía tantas caricias!

—Y sin embargo ahora no te puso buena cara, ni se alegró de verte salvo.

—Es verdad, y no comprendo la causa. Yo ningun mal le hice.

—Qué mal podías hacerle tú, pobre niño? Pero dime, qué te decía él?

—A menudo me preguntaba si era mi madre rica. Preguntábame tambien, prosiguió candorosamente el niño, si pensaba casarse otra vez.

—Y tú que le respondías?

—Mi mamá, antes que casarse de nuevo, se dejaría ahorcar.

Soltaron todos una sonora carcajada; y Zeno replicó: Cuando tú así le contestabas, que hacía él? qué decía?

—Movía la cabeza y pronunciaba no sé que palabras entre dientes; despues tornaba á preguntarme si era mi madre rica.

—Esto era lo que á él interesaba. Y tú qué le respondías?

—Pregúntaselo á ella.

—Y aquietábase él con esta respuesta?

—No; y sonriendo decíame que él sabía cosas que me importaban muchísimo.

—Y qué decía saber?

—Que mi padre había sido un rico mercader, y que me había dejado una pingüe herencia, la cual, sin que yo lo supiera, iba conmigo en aquella nave. Miráronse Zeno y Elisa, y después de haber hablado algo entre los dos, tornó Zeno á preguntar al niño:

Fué alguna vez el Segundo á visitarte á bordo?

—No.

—Habló alguna vez con tu madre?

—Algunas veces iba á hablarle; pero ella le despedía al momento.

—Y el Segundo qué hacía entonces?

—Fingía irse; pero deteniéndose á corta distancia, le dirigía unas miradas, unas miradas.....

—Y tu madre le veía?

—Ella no levantaba jamás los ojos del libro.

—Sabes cuáles eran las intenciones del Segundo?

—El díjome muchas veces que quería casarse con ella.

—Y tú se lo hiciste saber á tu madre?

—Sí.

—Y ella qué contestó?

—Primero ahorcada, que casada con él.

—El taimado, dijo Astolfo, no quería casarse con tu madre, sino con su bolsa.

—Por eso—añadió ingenuamente el niño—él me hablaba siempre de dinero y de riquezas.

—Sabes, preguntó Elisa, como se llama?

—Tenía tantos nombres..... quién los recuerda todos?

—Dinos alguno siquiera.

—Oí llamarle *maroto*, y también *patife*.

—Dos palabras portuguesas, añadió Zeno riendo, que en buen italiano equivalente á *furfante* (1). Son nombres que le habrán aplicado los marineros indios, y que tal vez le cuadren á maravilla. Pero presumo que ninguno habrá tenido valor de honrarle con estos bellos titulos, estando él presente.

—Yo no sé, respondió Patricito.

—Pero cuando los marineros hablaban con él, cómo le llamaban?

—Señor Segundo.

—Ese es el apelativo de su oficio, no es su nombre de bautismo.

—Ah! está bautizado? replicó ingenuamente el niño. Quien lo hubiera creido.

—Porqué dices eso? preguntó Elisa con viva curiosidad.

—Por que oí decir á bordo que él es un gran francmasón; y mi mamá me aseguró que no es posible ser francmasón y cristiano á la vez.

—Pero cuando recibió el santo bautismo, niño mío, añadió Elisa sonriendo, todavía no era francmasón.

—Basta, dijo Zeno; yo encontraré modo de saber el nombre, vida y milagros de ese señor Maroto. Después dijo en voz baja á Elisa: ocultemos nuestras sospechas. Corre de mi cargo observarle, y averiguar por medio de los marineros qué clase de hombre ó de animal es.

(1) En español á «malv.do, bergante».—(N, del T.)

Verémos, respondió Elisa, si sois un buen fiscal.

En estos discursos llegaron á la capitanía del puerto, adonde habían ido también los otros viajeros, dos de los cuales eran comerciantes, y querían aprovechar los dos días largos que allí se detendría el Chine-mail á fin de reparar las averías, para hacer grandes compras de alcanfor y estoraque, los dos productos más estimados de Sumatra. Iban á la Capitanía á pedir el permiso de comerciar, permiso que solía concederse allí con una estraña ceremonia llamada el *Kap*. Llevaban regalos para el Sultán Aceno á fin de congraciarle; pues él tenía todo el monopolio del comercio exterior. Los otros viajeros asociáronse á ellos para gozar de las gracias de Su Magestad, y de consideraciones durante su breve permanencia en la capital del reino.

XXV.

EXTRAÑA CEREMONÍA Y BÁRBARAS COSTUMBRES.

En una espaciosa tienda, sobre riquísima alfombra hallábase sentado, con las piernas cruzadas á la oriental y una larga pipa en la boca, un anciano seco y nervudo, de facciones pronunciadas, ojos vivos y escrutadores, cejas rígidamente arqueadas, cabellos blancos como la nieve y rostro serio y pensativo. Cubría su cabeza una especie de turbante, y su cuerpo una túnica de seda, que le llegaba hasta debajo de las rodillas. Estaba abierta por delante á manera de camisa, y la abertura guarnecida de una cinta carmesí. A uno de sus costados tenía el *kriss* ó puñal, y la cimitarra al otro. Era el superintendente de la aduana. Saludáronle los viajeros, y él tuvo la altanería de corresponder al saludo con un casi imperceptible movimiento de cabeza. Mas no bien hubo oido que venían á cumplimentar al Sultán, lo cual valía tanto como decir que venían á ofrecerle presentes, sonrió, saludó á los viajeros, levantóse, y habiéndole pedido los dos mercaderes permiso para comerciar, apresuróse á complacerles. Cogiendo por la dorada empuñadura su *kriss* lo levantó, y túvole suspendido un momento sobre la cabeza de ellos: Al ver esto Blanca, palideció; pero Zeno sonriendo, le dijo:

No temas, esto sólo es una farsa: es la ceremonia del *Kap*, con la que acostúmbrase aquí á conceder la patente del libre comercio.

—Extraña usanza! brutal ceremonia! replicó la niña.

Entretanto el Superintendente mandó traer elefantes y cabalgaduras en que fuesen llevados los viajeros á la capital, distante del puerto una legua escasa. Eran los elefantes dos soberbias bestias, no muy inferiores á las de Ceilán, bastante domesticados y adiestrados. Los caballos eran, por el contrario, pequeños, pero ágiles, briosos y llenos de fuego. Los elefantes, lujosamente aparejados, llevaban encima cada uno un elegante pabellón, formado de cortinas de seda y adornado con volantes de varios colores. Tan rico aparato estaba reservado tan solo para los embajadores, ó grandes personajes que iban á rendir homenaje al Soberano. Bajo el pabellón más lujoso fueron colocados en una grande bandeja de plata, como allí se acostumbraba, los regalos destinados á S. M.; y bajo el otro fueron cómodamente colocados Zeno, Elisa y los hijos de ésta. Los otros viajeros, montados en los caballos, formaron la vanguardia. Según fueron avanzando, fué engrosándose la comitiva con una turba de pilluelos, curiosos y desocupados, que acudían de todas partes, y formaban la retaguardia. Gozaba Blanca lo indecible porque viajaban por vez primera sobre un elefante. Pero qué poco duró su alegría! Bien pronto hubo de presenciar una de aquellas atrocísimas escenas que á menudo contristan al que recorre los caminos de Acin y sus contornos. De los árboles que sombrean el camino, pendían, atados con gruesas cuerdas, cuatro desventurados, de los cuales uno tenía mutilado un brazo, otro una mano, el tercero una pierna, y el cuarto tenía colgando de un pié una enormísima piedra. A la vista de aquel suplicio nuestros viajeros,

llenos de horror, bajaron los ojos: Blanca dió un grito; Astolfo palideció y el pequeño Patricio y Elisa no pudieron contener las lágrimas. Después de algunos momentos de silencio, de los que tuvieron todos necesidad para recobrarse y dominar los primeros movimientos del corazón, Zeno preguntó al conductor del elefante en lengua malaya la causa de aquel suplicio, á lo cual respondió éste:

Así son tratados entre nosotros los ladrones.

—Dí mas bien los rateros, respondió Zeno; que conocía perfectamente las costumbres del país. Los ladrones que roban mucho, eluden siempre la ley, porque tienen conque comprar la justicia, que entre vosotros se vende.

—Es demasiado cierto, dijo el conductor, moviendo la cabeza. Con los ricos nadie se atreve!

Zeno despues de haber traducido á Elisa las palabras del conductor, añadió:—En este pais el encargado de la ejecución de las sentencias, que es siempre uno de los más ricos y considerados personajes, trafica las más de las veces con la justicia, pactando con el reo.

—Cuánto me das, le pregunta, porque yo te quite la vida de un solo golpe, sin hacerte padecer?

O si el reo está condenado á mutilación,—cuánto me das, y te corto en un abrir y cerrar de ojos la nariz, ó las orejas ó la mano? Se discute el precio de esta condescendencia del verdugo, fírmase el contrato y la víctima desembolsa el dinero pactado; y todo esto pasa á la vista de los espectadores, que nada se escandalizan, porque, como ellos dicen, se estila así la justicia en estos paises.

—Bella justicia! exclamó Astolfo.

—Y la autoridad qué hace? preguntó Elisa.

—No lo ignora; pero disimula, calla y consiente, porque entra á la parte con el verdugo en la ganancia.

—Veo que estamos entre bárbaros; dádme, pues, alguna noticia de ellos; que el andar con una venda en los ojos en medio de un pueblo extranjero y de costumbres tan diversas de las nuestras, cosa es que nada me agrada.

—Tenéis razón; mas ya que nuestro viaje á la capital es corto, procuraré compendiar lo mucho que habría de deciros. Este pueblo no parece una raza distinta de las otras, sino una mezcolanza de diversas razas, es decir, de Malasios, Battas y Moros. Es un pueblo que hace mucha ventaja á sus vecinos en actividad, industria y sagacidad. Sus conocimientos son más extensos; su tráfico más importante, y su historia por lo que mira á las empresas bélicas y á las conquistas, mucho más gloriosa. Fué, cinco años ha, el pueblo más poderoso de Malasia. Su armada contaba 500 velas, y extendíase su dominación á más de la mitad de esta isla, y gran parte de la península de Malaca. Pero despues que arribaron los Portugueses y se enseñorearon de la ciudad de Malaca, la potencia Acena, abatida por ellos por tierra y por mar, decayó considerablemente. Vinieron despues los Holandeses que se apoderaron de una parte de Sumatra, rebeláronse, finalmente, contra la autoridad del Sultan los grandes vasallos de la corona, y su poder quedó reducido casi á la nada; tanto que la autoridad real no se extiende hoy más allá de la ciudad de Acin y sus contornos. La religión de este pueblo es la mahometana, de la cual el jefe se llama *Cadi*; su lengua una mixtura de Malasio y Batta, y su gobierno la monarquía hereditaria, moderada por el gran consejo de

la nación. La legislación en materia criminal es, como habeis visto, de una severidad inaudita; y, sin embargo, tiene fama este pueblo de no ser nada mejor que los demás pueblos de Oriente.

El soberano, como los otros reyes mahometanos, vive rodeado de una multitud de mujeres. El es el heredero de todos los súbditos que mueren sin descendencia masculina, y hasta se atribuye el derecho de elegir para su serrallo las más hermosas de las doncellas que quedan huérfanas antes de contraer matrimonio.

—Qué horror! exclamó Elisa.

—El saca tambien inmensa ganancia de la confiscación de bienes, que es la pena impuesta á los reos opulentos; y arrógase el derecho de heredar á cuantos extranjeros mueren en su reino, exceptuados, empero, los europeos, cuyos bienes se le obligó, por fin, á respetar.

—Qué triste, dijo Elisa, debe ser la vida en un pueblo que lleva sobre sí tan duro y tiránico yugo!

—Todo pueblo, añadió Zeno, tiene el gobierno que se merece. Si está embrutecido con los vicios ¿no merecerá tal vez ser tratado como bruto?

—Pobre gente! exclamó Elisa suspirando. Cuándo amanecerá el día en que abra sus ojos el sol de la fe y de la civilización cristiana, y aspire las auras de la verdadera libertad de Jesucristo!

XXVI

LA CIUDAD DE ACÍN, Y UNA VISITA AL SULTÁN

No advirtieron nuestros viajeros que habían llegado á la capital del reino Aceno, hasta que entraron en ella. Escóndese la ciudad entre densísimos bosques de cocoteros, bananos, ananas y bambúes que crecen en torno de cada una de las viviendas. Vese de trecho en trecho blanquear entre el verdor de las plantas la cúpula de una mezquita, ó la fachada de algún edificio. No baja de ocho mil el número de las casas; pero están toscamente construidas. Levántanse sobre pilares á causa de las frecuentes inundaciones, y, por lo general, son de bambú sus paredes, y está formado su techo de hojas de la misma planta, ó de nipa. El palacio del Sultán semeja una fortaleza y está rodeado de un ancho y profundo foso. Una corona de colinas con sus cimas adornadas de gigantescas palmeras, y sus deliciosas pendientes en que verdeguean todo linaje de plantas, circunda á guisa de espléndido anfiteatro el llano sobre el que yérguese la capital.

A modo de triunfadores entraron nuestros viajeros en la plaza pública, que se extiende delante del palacio real, donde se apearon, siendo al punto introducidos en el recinto del castillo. Allí ofrecióse á sus ojos una divertida escena. Los elefantes de las reales caballerizas, dispuestos en bello orden, hiciéronles el saludo, doblando sus rodillas y levantando

sus trompas. Gran placer tomaron nuestros viajeros; y Astolfo chanceándose, según su costumbre, dijo:—He aquí los únicos súbditos fieles á su majestad.

—Y su Majestad, añadió Zeno, los recompensa con públicos honores, semejantes á aquellos que el estúpido Calígula quería decretar en favor de su caballo, bastante mejor bestia que él. Baste decirte que el Sultán hace que precedan á los más animosos y amaestrados elefantes algunos soldados, de los cuales unos están encargados de hacerles sombra con dos enormes quitasoles, distinción reservada á la real persona; y otros deben invitar á los transeuntes agitando con fuerza un instrumento hecho de ramas, á rendir homenaje á las *elefantinas altezas*.....

Al verlos la gente que va y viene, detiénese al momento en respetuosa actitud.

—Gusta de hacer justicia al mérito, dijo el festivo Astolfo, y sabe respetar la dignidad de sus semejantes. Tambien entre nosotros, cuando sea popular la idea del parentesco del hombre con el mono, idea que hoy por hoy solo bulle en el cerebro de nuestros *grandes sabios*, procederáse á la emancipación de las bestias y por ende á proclamar la igualdad de derechos; y nosotros tendremos el gusto de ver á alguna *bestiaza* disputar los supremos honores al elefante de Acín.

La relación de Zeno y las observaciones de Astolfo regocijaron á toda la compañía, que por respeto al lugar contuvo, no sin trabajo, la risa. Entre tanto el Sultán dirigíase al salón de recepciones, rodeado de los nobles y de todo el esplendor de su real magnificencia.

Nuestros viajeros conformándose á las costumbres del país, debían inclinarse al modo oriental, do-

blando el cuerpo por el medio, y levantando despues hasta la frente las manos, puestas en ademán suplicante.

De mal grado prestábase Elisa á este ceremonial; pero considerando que le sería conveniente para la realización de un caritativo designio que revolvía en su mente, hubo de acceder. Ordenòseles que se descalzaran. Ninguna gracia hizo esto á Elisa y á Blanca; pero dice el proverbio que *cuando se está en el baile es necesario bailar*. Astolfo, por el contrario, se prestó á todo de bonísima gana, aunque solo fuera por amor á la novedad, y por tener despues motivo de reir á su sabor. Cumplidas las prescripciones del ceremonial, fueron entrados á la real presencia.

Era el Sultán un hombre de media edad y de más que regular estatura, nervudo, moreno, de espaciosa frente, cabellos largos y negros, mejillas llenas de hoyuelos, pómulos prominentes y boca grande. En suma, como vé el lector, no era un Adonis ni mucho menos. Tenía en la cabeza un turbante de finísima seda blanca, adornado con triple fila de perlas; y cubría su cuerpo un manto de raso blanco forrado de púrpura, ceñido con una ancha faja de seda roja, cuajada de piedras preciosas, de la cual pendían la cimitarra y el inseparable *Kriss*.

Estaba sentado con oriental majestad en un alto diván forrado de brocado verde, sostenido por cuatro cabezas de elefante de bronce sobredorado. Sobre el trono desplegábase majestuosamente un pabellón formado de cortinas de seda y de brocado de vários colores.

Sobre la primera grada del trono hallábase sentada una dama de corte, á quien el Sultán suele comunicar sus órdenes, las cuales ella transmite á un

eunuco que á su vez lo hace al encargado de manifestar al público la voluntad soberana. Ocupaban las otras gradas los príncipes de la sangre, y á sus lados permanecían de pié dos ministros. En derredor estaban los demás cortesanos y la guardia real, que suele constar de cien cipayos.

Los visitantes, hecho que hubieron á su Majestad la inclinación ritual, recibieron orden de sentarse sobre un soberbio tapete, y se les sirvió una bebida. Entre tanto el Sultán dignóse dirigirles la palabra, felicitándose de su venida á la capital.

Respondió á este cumplido un mercader que hablaba correctamente la lengua del país, ensalzando en estilo de todo en todo oriental al Sultán y á su Gobierno. Acaso no dijo cosa que verdadera fuese; pero á los grandes gusta siempre la adulación, aura suave y homicida á la vez, que filtra su veneno en el corazón y lo corrompe.

A las alabanzas, siempre gratas, siguieron los obsequios que lo fueron mucho más. Los dos mercaderes puestos en pié delante del trono, y renovadas las zalemas de costumbre, presentaron al Sultán por medio del Chambelán de corte los dones destinados á la real persona. Consistían en un par de carabinas de última invención trabajadas con exquisito arte, dos brillantes piedras preciosas adornadas de primorosas labores, un reloj de oro y un álbum de fotografías, que representaban los principales monumentos artísticos de Europa. A estos regalos añadieron los visitantes un artificioso autómata, que había de regocijar no poco á su Majestad y á su noble corte.

Examinó detenidamente el Sultán las carabinas, y hasta al cielo ensalzó su admirable artificio. Púsose despues á contemplar las piedras preciosas, y quiso

saber de donde habían sido traidas. Díjosele que de Florencia; pero como el buen Sultán no entendía mucho de geografía preguntó;—Qué ciudad es esa? —Y el intérprete que era uno de aquellos ingleses que van solamente á pasar el invierno en la ciudad de las flores, donde dejan muy buenas libras esterlinas para regocijo de los florentinos, respondió á su Majestad:

—Florencia, Síre, es una gran ciudad situada en el corazón de la Italia, donde se halla como una piedra preciosa engarzada en un anillo. Tan bella es, que de flores tiene el nombre; y ningún otro pudiera tener que mejor le conviniera; porque allí el pueblo es la flor de la gentileza, el idioma la flor de las lenguas, la ciudad la flor de los ingenios, habiendo dado á Italia en todos tiempos los mejores artistas y literatos; los monumentos que la hermosean, flor son también del arte, y las colinas que la coronan, son la flor de la naturaleza.

Tanto agradó al Sultán este elogio de Florencia, que no pudo menos de exclamar. Oh! Si yo pudiera visitarla! Cogió después con mucha gravedad el álbum, y púsose á hojearlo, fijando sus miradas, ya en una, ya en otra fotografía, pidiendo al intérprete alguna noticia de los monumentos fotografiados, principalmente de aquellos que más herían su imaginación, y eran los más notables del genio italiano, admirables por su belleza, su grandeza y majestad.

Entre tanto uno de los mercaderes dió cuerda al autómata, que figuraba una hermosa niña; y puesto en movimiento, marchó hacia el trono, moviendo los ojos, accionando, juntando y separando los labios, y haciendo oir un sonido semejante á la voz balbuciente del niño que pronuncia la palabra *mamá*.....

El estupor que á su Majestad y á toda la còrte cau-

só este nunca visto espectáculo, fué para nuestros viajeros la escena más cómica que habían presenciado en su vida. Después de algunos momentos de silencio, durante los cuales nadie pestañeó ni articuló una sílaba, el Sultán echóse á reir. Al momento estalló una tempestad de gritos, aplausos y risotadas capaces de asordar á un toro. Entre las damas, principalmente, hubo extraordinario palmoteo, risas descompuestas y voces, con manifiesto menoscabo de la dignidad del lugar y de las personas. Pero momentos hay en que también á las Excelencias, Altezas y Majestades es lícito haber alguna niñería, y éste sin duda era uno. El cortés y amable lector perdonará á su Majestad Acena y á sus magnates el haber traspasado esta vez los límites del decoro, teniendo presente aquel proverbio; *El arco demasiado tenso se rompe.*

Nuestros viajeros divertiéronse grandemente con esta infantil alegría de la corte Acena, y Elisa resolvió sacar partido de ella para llevar á cabo un piadoso designio. Aprovechando, pues, la ocasión, pidió al Sultán por medio del intérprete licencia para hablar; obtenida, se puso en pié, y, hecha una profunda inclinación, habló de esta manera: «Poderosísimo Señor, al poner por primera vez el pié en vuestras tierras, donde he sido acogida con una bondad y cortesía que jamás olvidaré, me he quedado atónita al ver la severidad con que aquí se castiga á los delincuentes. Lo cual si me hace formar de vuestra justicia una idea elevadísima, me permite también esperar que igual á ella ha de ser vuestra clemencia. Pues bien; ésta vengo á implorar yo, suplicándoos hagais quitar ya de los árboles, y poner en libertad á los cuatro culpables á quienes vi sufrir las mas horrorosas torturas. Bastante pagaron ya los desdichados la

pena de sus delitos; y vos, Señor, apiadándoos de ellos, dareis una insigne prueba de vuestra gran bondad y de vuestra real clemencia. No me negueis, os ruego, esta gracia que os pido en mi nombre y en él de todos mis compañeros, doloridos como yo por el espectáculo de tan horrible suplicio,»

Agradó al Sultán este discurso, que el intérprete le tradujo, tanto más, cuanto que había sabido por éste la noble condición de la que tan humildemente le suplicaba. Es de advertir, sin embargo, que el intérprete, para dar mayor fuerza á la súplica, se había permitido decir á su Majestad una solemne mentira, á saber, que Elisa era nada menos que la primera princesa de la primera ciudad del mundo, y estaba emparentada con no sé cuantas familias reales.

Al oir esto el buen Sultán, le respondió:

—Escrito lo lleva en la frente. Quién al contemplar la majestad de sus miradas y modales no ve en ella á una dama de regia estirpe?

Teniendo, pues, á grande honor el Sultán poder otorgar una gracia á tan ilustre señora, dió orden de que al instante fuesen puestos en libertad los delincuentes. Después en señal de agradecimiento por los regalos recibidos, destinó al servicio de los huéspedes á uno de sus oficiales con orden de acompañarlos, y poner á su disposición cuantos elefantes y caballerías necesitasen para sus excursiones por la ciudad y las afueras. A seguida dióles licencia para retirarse, y él lo hizo al interior de su palacio.

Los mercaderes diéronse prisa á hacer uso del soberano favor para el feliz despacho de sus negocios, y los demás viajeros para visitar con mayor comodidad y sin molestia y peligro la ciudad y sus con-

tornos, acompañados siempre del oficial y algunos cipayos de los que formaban la guardia de palacio.

XXVII.

EL ALCANFOR, EL ESTORÁQUE Y LA FLOR GIGANTE.

No se detuvieron nuestros viajeros en la ciudad, porque, exceptuadas algunas fábricas de hierro, nada les ofrecía digno de su observación; salieron á contemplar en los campos y en los bosques la rica y bella flora de Sumatra.

Henchida sentían su alma de un inefable gozo, y embargados sus sentidos con aquella atmósfera perfumada y con la vista de las variadas y graciosas formas de las plantas, de sus frutos y sus flores. No haciendo caso de las aromáticas y fructíferas plantas que habían ya visto en Ceilán, fijaron toda su atención en las que constituyen la principal riqueza del país, el arbol del alcanfor y el del estoraque. El primero, distinto del *Laurus camphora* de la India, de la China y del Japón, es planta indígena de Sumatra, y en ningún otro país se encuentra. Es de muy hermoso aspecto y suavísima fragancia; tiene la altitud de nuestras encinas y es más grueso. La aromática resina que se extrae de la corteza, madera, y hojas y raices de este árbol véndese á un precio veinte veces mayor que la del *Laurus camphora*.

El árbol del estoraque tiene las hojas oblongas, puntiagudas y blancas, y las flores dispuestas en forma

de racimos. Si se hace una incisión en la corteza del tronco, fluye la olorosa resina que ardiendo exhala gratísima fragancia.

A la sombra de estos árboles sentáronse nuestros viajeros, mientras Astolfo, haciendo incisiones en la corteza, recogía el aromático licor con no poco contento de su hermanita. Patricio entreteníase junto á un grupo de plantas que estaban no lejos, cuando de repente gritó maravillado:—Ven, Blanca, ven á ver. —Corrió desalada la niña, y visto que hubo lo que era, comenzó á palmotear y á gritar:—Venid todos, venid acá. Oh maravilla! Una flor más grande que mi quitasol!

Era en efecto la flor más gigantesca que se conoce. Media un metro de diámetro y tres de circunferencia, y pesaba unas quince libras, Su cáliz, de forma de campana, era ancho de boca y tan profundo, que podía contener de diez á doce litros de agua, Era de color algo rojo manchado de blanco, semejante á la que actualmente se ve en el jardín botánico de Berlin.

—Cómo se llama esta flor? preguntó Astolfo.

Raflesia Arnoldi, porque los primeros que la dieron á conocer fueron sir Tomás Raffles y el Dr. Arnold.

—Pero los indígenas la conocerían...

—Sin duda, y llamábanla *krubul*, que en su idioma vale tanto como gran flor.

Zeno que á velas llenas había entrado en su tema favorito, olvidado del calor, del hambre y de la sed, no pensó en otra cosa que en recorrer á su sabor el vasto campo de Flora; y buscando con su escrutadora mirada las plantas más raras, deteníase de trecho en trecho, ante esta ó aquella, señalando con no-

ble orgullo á sus compañeros los objetos de sus amores.—Ved, les decía indicando una planta corpulenta y muy coposa, el *Cajú-Galedupa*, cuyo fruto da el codiciado incienso que corre con el nombre de *Galedupa*. Este otro arbol que aquí veis, es el *Cajú Casturi*, ó arbol del almizcle, así llamado porque su madera, cuando se quema, despide este olor. Este árbol tan bello, tan frondoso, que se eleva hasta unos trece metros, y tiene, como veis, las hojas puntiagudas y de un verde muy cubierto y lustroso, y las flores tricolores en forma de sombrilla, quiere entrar, mejor dicho, varias veces tuvo con vosotros relaciones. Queréis una prueba? Al decir esto, arrancó algunos frutos de la planta y descascándolos, mostróles la almendra que encerraban, vista la cual, sus compañeros exclamaron:—Es la nuez moscada.

—En verdad, añadió Zeno, es la *Myristica fragrans*, vulgarmente llamada nuez moscada, la cual perfuma nuestras viandas. Mostróles después el *Badulán*, cuyas flores son febrífugas; el *Diospiro*, cuyo fruto sabe á manzana; el Indaco de los tintoreros, y hubiera proseguido, Dios sabe por cuanto tiempo, sus observaciones botánicas, si los abrasadores dardos que lanzaba el sol, no hubieran obligado á sus compañeros, que se ardían de calor y de sed, á retirarse á descansar y refrescarse.

XXVIII

LAS MANGÍFERAS Y EL ARBOL DE PAN.

Acomodáronse nuestros viajeros lo mejor que pudieron, á la sombra de un grupo de mangíferas, que majestuosas se erguían en un vastísimo pomar, propiedad de la real casa. El oficial que los escoltaba, conservando en su memoria la recomendación hecha por el Sultán, apresuróse á servirles un cesto de selectísimas *mangas* de muy variado sabor, con que todos se regalaron.

Mientras alegres comían, Zeno, sosteniendo siempre con dignidad su papel de *Cicerone* de la compañía, en vez de comer, ocupábase en disertar, y refería maravillas de la mangífera, considerada desde el punto de vista de la alimentación, de la economía, de la higiene, y qué se yo cuántas cosas más. Díjoles, entre otras, que del fruto de la mangífera, preparado con azúcar y corteza de limón, hacen los indígenas conservas muy apreciadas; pero pasando pronto á las cualidades medicinales de la planta, que eran las que constituían el tema obligado de sus disertaciones botánicas, dió á conocer á sus compañeros las diversas aplicaciones que tiene la *manga* en medicina. Ella suministra—decía Zeno con énfasis—un excelente depurativo de la sangre, y es un precioso remedio en

este clima cálido, húmedo contra el escorbuto, enfermedad muy común. La corteza seca. pulverizada y echada en el caldo, corta las diarreas; y la misma virtud tienen sus almendras tostadas y reducidas á polvo, las cuales además poseen la de matar las lombrices, que atormentan á los niños.

—Si es así, dijo al instante Blanca dirigiéndose á su madre, permíteme comer otra.

—Por ahora basta, respondió Elisa. También las medicinas conviértense en venenos si se toman sin discreción. Y así diciendo, levantóse, siguiéndola los demás.

Puestos en camino, iba Zeno mostrándoles algunas preciosas palmas de las que reportan los indígenas incalculables utilidades. Una de estas palmeras era la *Arenga saccharífera*, cuyo azúcar prefieren los naturales del país al de caña; y cuenta que hay en Sumatra muchas plantaciones de caña de azúcar.

Estas y otras noticias iba dando nuestro ilustrado botánico á Elisa y Astolfo que formaban todo su auditorio, pues los dos niños, atentos á contemplar aves de mil colores que cruzaban el espacio, no escuchaban lo que decía y los otros viajeros hablaban de política y arreglaban el mundo á su modo; y quitando aquí y añadiendo allá, recomponían y renovaban á su gusto el globo terráqueo.

Una explosión de risa interrumpió súbitamente á Zeno y fijó la atención de todos. Una fruta colosal, desprendida de un árbol, había caido sobre el blanco sombrero de uno de los viajeros, introduciéndoselo hasta la boca.

Qué clase de fruta es esta?—preguntó maravillado Astolfo, cuando la vió rodar á sus piés.

—Es, respondió Zeno, el fruto del árbol del pan.

No bien hubo Astolfo oido esto, gritó á su hermanita que se había quedado atrás con su madre y con Patricio:—Corre Blanca; ven á ver un árbol del cual en lugar de fruta salen hogazas.

—¡Si!.... hogazas. respondió sonriendo la niña. Tan tonta me juzgas, que no comprenda que hablas del árbol del pan?—Y acelerando el paso, fué á contemplar el maravilloso árbol.—Tenía el *Artocarpus incisa* unos doce metros de altitud, y el tronco grueso como el cuerpo de un hombre, y provisto de frondosísimas ramas. La fruta desprendida pesaba noventa libras, con no ser de las mayores. Tenía la corteza llena de protuberaciones terminadadas en punta como las del diamante, y la pulpa blanquísima y algo harinosa: pero en madurando, adquiere jugo y se torna algún tanto gelatinosa y toma un sabor parecido al de nuestros melones, pero menos gustoso. Cógese el fruto cuando no está aun sazonado; pues solo entonces, tostado en el horno ó bajo la ceniza, forma la fécula blanca y tierna de que se hace una especie de pan que sabe como el nuestro y tiene además un saborcillo á cardo, siendo el alimento ordinario de aquellos isleños por espacio de ocho meses. La almendra del fruto, cocida en agua, ó asada bajo el rescoldo tiene el sabor de nuestras castañas.

Esto y mucho más dijo Zeno en elogio de este providencial árbol. Lo cual obligó á Astolfo á exclamar: Oh bendito árbol que nos das pan y compango(1).

—Y vestido, replicó Zeno, y toalla y casa, y nave, y caza y pesca.....

—Bah! eso es demasiado.

(1) No se nos oculta que esta palabra constituye un provincialismo; empleámosla, sin embargo, en gracia de lo expresiva.

—Demasiado?.... No exagero. De la segunda corteza de este árbol téjense, telas, las hojas sirven para envolver los alimentos; la madera para construir casas y naves; de las flores masculinas se usa, como de cebo, para pescar peces, y finalmente el humor lácteo que fluye cuando se hace una incisión en el tronco, sirve de liga para coger aves. No tuve, pues, razón para afirmar que este bendito árbol da satisfacción á todas las necesidades de la vida?

—Oh amable Providencia de Dios!—Tal era la ordinaria exclamación de Elisa, la cual esta vez le subió tambien espontáneamente del corazón á los labios.

En esto se oyó el ruido de acelerados pasos, sin que se pudiera descubrir sér alguno animado entre el follaje de los árboles y arbustos.

XXIX.

EL REY DEL AIRE Y EL REY DE LOS BOSQUES

En los paises bárbaros es siempre muy de temer alguna ingrata sorpresa. Por eso nuestros viajeros al oir ruido de piés, pusiéronse en guardia y empuñaron las carabinas que del hombro tenían colgadas Pero cual no fué su alegría cuando en lugar de enemigos vieron venir unos doce entre marineros y pasajeros del Chine-mail, que habían quedado á bordo, entre los cuales estaba también el conocido Perrier! Patricio saltó de gozo y corrió á los brazos de su libertador á quien cubrió de besos. Zeno, Elisa y los hijos de ésta celebraron tambien su venida: y al mostrarles Perriér la hermosa presa que había hecho, Blanca y Astolfo no cabían en sí de contentos.

—Bella, vistosa, magnífica ave, exclamaban alternativamente llenos de admiración.

Era, en efecto, el rey de las aves de Sumatra, el famoso faisán argos. No ostentaba el pintoresco manto con que se envanece el faisán de otro de la china, sino que estaba modestamente vestido con un plumaje rojo, pero sus tintas artísticamente repartidas, las plumas de todo el cuerpo llenas de graciosas manchas, y las alas adornadas de unos como reflejos metálicos, semejantes á otros tantos ojos, hacen que el argos pueda rivalizar en belleza con el pavo real. Demás de esto, la majestad con que despliega y extiende sus grandes alas de 92 centímetros de largo

cada una, y la cola, de un metro de longitud, hácenle todo lo vistoso y bello que se puede imaginar.

—He aquí, dijo Zeno á sus compañeros, el príncipe de la alada familia sumatrense, honrado en ornitología con tres pomposos nombres. Llámase *faisán pavo real* por la cola de su regio manto; *faisán gigante* por su tamaño, mayor que el de todas las variedades de esta hermosa familia, y *faisán argos* por tener sus grandes alas adornadas de largas ileras de ruedecitas blancas y negras con reflejos verdes y de color encendido que resaltan y semejan otros tantos ojos. Finalmente por su corpulencia, su elegancia y majestad, diéronle los antiguos el nombre de *ave de Juno*, madre de los dioses.

—Ya que tenemos en nuestro poder, dijo Astolfo, el rey de los aires será bueno perseguir al rey de los bosques, al orangután.

—Si, si, exclamaron todos á una voz, á los bosques, á los bosques!

Poro distarán mucho,—observó Elisa,—pues yo sé que ese animal vive en las más densas y solitarias selvas.

Es verdad, respondió Zeno; pero aun nos queda bastante día para llegar á una granja que no dista mucho de los bosques. Allí pernoctaremos, y al reir el alba daremos comienzo á nuestra cacería. Aplaudieron todos el pensamiento de Zeno, menos Elisa, que mostró alguna repugnancia, temerosa de alguna desgracia que ocurrir pudiera á sus hijos, ó alguno de la compañía; pero importunada por las vivas instancias de sus hijos, y tranquilizada con la presencia de tantos viajeros y tan bien armados, accedió y dijo sonriendo:—Hágase por esta vez la voluntad del pueblo soberano.—No bien Astolfo y Blanca oyeron estas

palabras, saltaron de alegría como quienes ardían en deseos de ver esa caricatura de hombre al cual se dió el nombre—tan honorífico para él como humillante para nosotros—de *hombres de los bosques*. El oficial de la escolta, conocidos los deseos de los expedicionarios, puso á su disposición tres bravos elefantes y unos veinte caballos que hizo traer al momento de las reales caballerizas.

Sobre uno de los elefantes, bajo un elegante pabellón, fué invitada á sentarse Elisa con sus hijos y el indispensable maestro. En los otros elefantes y en los caballos montaron los demás viajeros. Los caballos puestos al trote, y á veces al galope, devoraban el camino, seguidos de cerca y algunas veces dejados atrás por los elefantes. Zeno, entre tanto, para no perder el tiempo daba á sus discípulos desde su elefantesca cátedra una lección de historia natural acerca del orangután.

Este animal,—decía,—que en el bosque que le vió nacer, es tan salvaje que huye del hombre, y acometido se defiende con bravura y ferocidad, es, no obstante, de índole dulce y apacible. Se le domestica fácilmente cuando es jóven, y cobra afición al que le trata con bondad. El doctor Carlos Abell, según refiere Rienzi en su Oceanía, llevaba consigo á bordo del vaporcito *El César* un orang, el cual familiarizóse grandemente con los marineros. Cuando el vapor ancló en Java, el orang eligió para su alojamiento un tamarindo próximo á la habitación del Doctor. A la tarde preparaba su lecho entrelazando las ramas del árbol, y durante el día estábase echado con la cabeza colgando, para atisbar lo que pasaba fuera. Si alguno llevaba pastas ó frutas, al instante bajaba á reclamar su parte; y cuando no

se le daba, prorrumpía en agudos gritos, revolcábase ó corría á esconderse lleno de coraje.

Mostraba su natural apacible con la paciencia con que soportaba las injurias; pero tenía gran cuidado de huir de las personas molestas. Significaba, por el contrario, extremado cariño á los que le trataban con bondad. Sentábase cerca de ellos, y aproximábase lo más que podía. En su ternura llegaba el pobre animal á coger las manos de los que le mostraban cariño, y llevarlas á su boca como si quisiera besarlas. El contramaestre, que era su favorito, porque compartía con él su ración, enseñóle á comer con cuchara. Era de ver también la gravedad con que sorbía el orang el café. Pero juntamente con estas buenas cualidades tenía un pequeño defecto, el cual consistía en hurtar el aguardiente al mismo contramaestre.

—Por lo visto, dijo Astolfo chanceándose,—tenía acerca de la propiedad la misma idea que tienen nuestros comunistas, los cuales acaso también por esto se precian de descender del orang.

—Nuestro bravo comunista—prosiguió Zeno—cobró grande afecto al Doctor, que fué después su ilustre biógrafo. Seguíale por doquiera como un cachorrito, sentábase á su lado ó echábase á sus pies; pero después de haberse asegurado de que los bolsillos de su buen amigo ninguna golosina guardaban que tentar pudiera su apetito. Era su mayor placer jugar con los niños y columpiarse, suspendiéndose de las maromas del navío.

—Oh! exclamó Blanca, si cogiéramos uno vivo, cómo nos divertiríamos Patricio y yo!

—Los niños que estaban á bordo,—prosiguió Zeno—pasaban divertidísimos el tiempo. El mismo

orang los invitaba á jugar con él golpeándolos ligeramente cuando pasaban cerca, y saltando para hacerles correr detrás; y de cuando en cuando, para darles gusto, dejábase coger.

—Oh qué donoso animal! exclamó Blanca.

—El orang dormía de ordinario bajo la vela del palo mayor, y tirando hacia si de un extremo, cubríase con ella, pero antes de acostarse, arreglaba su cama quitando todas las arrugas y desigualdades. El Doctor á veces corría á ocupar el lecho antes que él. Entonces el orang tiraba con toda su fuerza de la vela para obligarle á levantarse; pero si había suficiente espacio para los dos, echábase tranquilamente á su lado. Si las velas estaban desplegadas al viento, el orang arreglaba su cama con las camisas que los marineros ponían á secar al sol. A la altura del cabo de Buena Esperanza el pobre animal tiritaba de frío y corría á guarecerse entre los brazos de sus amigos para calentarse; si era rechazado, daba los mas tristes lamentos. Arribó á Lóndres enfermo, y allí murió al cabo de diecinueve meses.

—Pobre orang! exclamó Blanca compadecida. Si yo hubiera estado allí, no se hubiera muerto de frío; que le hubiera cubierto con el abrigo de pieles que tengo en el baul.

—Y le hubieras puesto tu sombrerito: no es verdad? dijo el festivo Astolfo. A fe que un orang vestido de señorita sería un bello figurín que dejaría atrás á los que de París nos vienen.

—Siempre oí decir, observó Elisa, que este animal cuando es jóven, es manso, muy tratable y fácilmente susceptible de educación, pero cuando es adulto, tórnase salvaje, intratable y feroz.

—Es verdad, respondió Zeno, y todo lo bueno que de este animal se cuenta, referirse debe al orang jóven cual era el de que os hablé, y otro que tuvo Rienzi, educado por él.

—Qué cuenta Rienzi de su orang?—pregunta Astolfo.

—Dice que era sobre todo encarecimiento dulce, afectuoso, reconocido al amo y al doméstico que le cuidaba y habilísimo para imitar las acciones del hombre y prestar los servicios en que estaba amaestrado, como destapar una botella, servir á la mesa abrir y cerrar la puerta, y otras cosas parecidas. Su *Bagú*, como él le llamaba, estaba acostumbrado á comer de lo que comía su amo, fumaba de su pipa y bebía un vasito de vino de Oporto. Gustábanle mucho los confites, y cuando advertía que su dueño los guardaba en el bolsillo, no dejaba, si se brindaba la ocasión, de alijerárselo. Para calentarse cubríase con mantas. Un día en que se sintió mal de la cabeza, apretòse fuertemente la frente con un pañuelo y se acostó. En suma, el orang de Rienzi, si es verdad, como quiero suponer, todo lo que de él nos cuenta, era un animal que no tenía precio.

Estas palabras de Zeno encendieron en Blanca y Astolfo un vivísimo deseo de ver un orang, y cada hora que pasaba parecíales un siglo. En cinco largas horas que duró el viaje, vieron nuestros viajeros gran nùmero de aves nunca por ellos vistas en Europa.

Empezaba á oscurecer cuando llegaron á la granja donde habían de pernoctar. Allí no había casas, sino tan solo una pagoda medio destruida por la acción del tiempo, y no lejos una mezquita la cual no se hallaba en mejor estado que la pagoda. Nuestros

viajeros, cediendo á Elisa y su familia una habitación un poco más aseada que había en la mezquita, acomodáronse, unos en la mezquita y otros en la pagoda; allí pasaron alegres gran parte de la noche, chanceándose y humedeciendo de cuando en cuando las fauces con tragos de aguardiente que llevaban consigo, y de vino de palmera que hallaron en la granja. La cena déjase entender que fué frugalísima: se limitó á unas patatas, dulces y bananas.

Zeno aprovechó la ocasión de estar reunidos todos los viajeros, para ver de adquirir noticias acerca del Segundo del *Elverine*; mas sólo pudo aprender que se llamaba Pérez, nombre que no era el suyo sino supuesto; y que se hacía pasar por un noble portugués, cuyos padres habían sido juguete de la suerte. El nombre Maroto le había sido puesto por algunos marineros que le conocían á fondo y le consideraban como una *buena alhaja*. Estas escasas noticias confirmaron á Zeno en sus sospechas, sin darle, empero, mucha luz respecto al negocio que le traía preocupado. Resignóse, pues, á esperar del tiempo mayores esclarecimientos.

A los primeros albores del nuevo día, elefantes y caballos ensillados y dispuestos á partir, aguardaban delante de la mezquita y de la pagoda á nuestros viajeros; que espoleados por el amor de la caza saltaron de la cama medio dormidos aún. Apenas era día cuando toda la cabalgata se puso en camino; una hora después detúvose á la entrada de una floresta densísima.

XXX.

UN ENCUENTRO CON LOS SIAMAGNS Y LOS ORANGUTANES.

Toda la comitiva, después de haberse apeado, entróse por lo más espeso del bosque, precedida de los guías, soldados y esclavos malasios, quienes sólo á fuerza de golpes de cimitarra y de hacha conseguían abrir camino. Las ramas de los árboles, cada vez más densos, entretejíanse de manera que el avanzar de los viajeros por aquel laberinto era como andar á tientas. A duras penas penetraba la luz, y el horror de aquellas sombras, acrecentado por el temor á las serpientes y á las fieras, desalentó no poco á la briosa Blanca, é hizo decaer de ánimo al pequeño Patricio, los cuales no osaban separarse ni un dedo de su madre. Elisa estaba vacilante; no sabía si seguir á sus compañeros, ó regresar al lugar donde habían quedado las cabalgaduras. No le faltaba valor; pero era madre, tenía consigo á sus hijos, y la presencia de éstos hacíala advertida y prudente para no exponerse á peligrosos encuentros. Sin embargo, instada por Astolfo, y alentada por los compañeros, que eran muchos y estaban armados hasta los dientes, cobró ánimo y siguió.

No habían andado más de cien pasos, cuando oyeron ruido entre las plantas, y vieron deslizarse, rápido como una flecha, y ocultarse en lo más espeso del bosque un macaco.

—Es el orangután? preguntó Blanca.

—No, respondió Zeno; es el *maimón*, de Buffón, el *macacus nemestrinus*, especie de mono, habitador de esta isla.

Los cazadores avanzaban silenciosos, fijos los ojos en el camino y puesta la mano sobre el martillo de la carabina. A corta distancia detiénense súbitamente los guías mostrándoles un numeroso rebaño de monos que acampaban en la orilla de un río que serpeaba contiguo al bosque. Los cazadores no podían avanzar sin ser descubiertos y poner en fuga á toda la cuadrilla; por lo cual Zeno los detuvo diciendo:—No son los orangutanes, sino los siamangs, que tienen con ellos no poco parecido. Veamos si es verdad lo que de sus costumbres nos cuentan los viajeros.

—Ocultáronse, pues, todos detrás de los árboles, no respirando siquiera á fin de no ser sentidos. Entonces pudieron contemplar una escena asaz conmovedora, la cual hizo que se enfriase algún tanto el deseo que tenían de disparar sobre aquellos animales. Las madres tomando en brazos á sus hijuelos, bajaban al río y lavábanlos con amoroso cuidado sin atender á sus gritos. Espectáculo fué este que enterneció á Elisa, la cual viendo en los animales tanto amor á sus hijuelos, no pudo menos de hacer una triste comparación con aquellas madres que tan poco se curan de sus hijos.

Al mismo tiempo vieron también á un corpulento siamang pasearse con cierto aire de autoridad en torno de varios grupos de congéneres suyos, como mastín que guarda su rebaño.—Aquél es, dijo Zeno á Astolfo, el jefe de la manada, el cual sobrepuja á todos en fuerza y agilidad, razón por la que tiene el alto honor de la presidencia. El dirige los movi-

mientos de la errante tribu y ordena la partida y el descanso.

En efecto, apenas los cazadores, saliendo de los escondrijos, asomaron por entre los arbustos, fué de ver á todos los siamangs, á un grito de su caudillo, ordenarse en fila, asirse uno al otro por la mano y formar una cadena, cuyo primer eslabón era un corpulento siamang que con una mano estaba agarrado de un árbol, y alargaba la otra á su vecino. La cadena viviente oscila unos instantes, imitando el movimiento de un péndulo, y salta á la orilla opuesta. Un prolongado Oh!.... escápase de los labios de nuestros viajeros, que quedaron, como decirse suele, con un palmo de narices. Elisa rióse de la aventura, contenta en su corazón de que un animal tan afectuoso para su prole hubiérase librado de las manos de los perseguidores.

—Habeis observado, dijo Elisa á Zeno, como las madres, en la fuga llevaban á sus hijos colgados del cuello?

—Si, respondió Zeno, y por eso nuestros compañeros esperaban hacer doble presa.

—Y creeís que lo hubieran conseguido con facilidad?

—Ciertamente que no, si se tratase de verdaderos orangutanes; pero los siamangs ni son tan lijeros para huir, ni tan robustos y valientes para defenderse de los cazadores.

—Frustrado el primer golpe, ardía la comitiva en deseos de intentar un segundo, el cual esperaba que sería más afortunado. Internóse, pues, más en el bosque, caminando silenciosa y atenta al menor ruido.

Una hora transcurrió sin ver otra cosa que aves

de varios colores, las cuales, aunque dignas de ser contempladas, fueron sólo objeto de una fugitiva mirada. Por fin, detiénese el primer guía y hace una seña que revela gran satisfacción: es que descubrió al pié de un árbol un pequeño orangután. Zeno le ve y dice en voz baja á sus compañeros:—Es el orangután.—Los cazadores avanzan; más no bien han dado dos pasos, oyen ruido de ramas y ven salir un enorme orangután que se dispara hácia donde estaba su hijuelo; le coge y emprende la fuga. Desdichado! Dos tiros de carabina le hieren y derriban en tierra. Levántase teniendo á su hijo estrechado contra el pecho, é intenta de nuevo huir; pero sintiéndose sin fuerzas á causa de las heridas y viéndose rodeado de cazadores, toma una actitud lastimera y parece implorar misericordia con expresión tal de dolor, que Elisa se enternece, Blanca y Patricio lloran, Astolfo le mira con lástima y los cuatro ruegan á sus compañeros que no le maten. El que había disparado, no quería perder el fruto de su disparo; pero fué tal la insistencia con que Elisa se interesó por el pobre animal, y fueron tantas las súplicas de Blanca y Patricio, que el cazador y demás compañeros, aunque de mal grado; resignáronse á complacer á la dama y abandonaron la presa.

—Morirá el pobre herido? preguntó Elisa á uno de los guías.

—Es casi seguro que no, respondió; porque con ciertas yerbas saben curar sus heridas.

—Vamos dijo Elisa, y dejémosle en manos de la Providencia, la cual no abandona á sus criaturas.

—Así diciendo, dió la vuelta y con ella toda la comitiva.

—Qué afectuosa era la madre del pequeño oran-

gután! exclamó Blanca, á la vez que enjugaba dos lágrimas que hacían de sus pupilas dos perlas.

—Pobre madre, añadió Patricio, como amaba á su hijuelo! Me ha hecho acordarme de la mía..... Y soltó á llorar.

Todos enmudecieron, profundamente conmovidos; y Elisa sin poder contener las lágrimas, inclinóse sobre el niño y besándole en la frente le dijo:—Tu segunda madre no te ama menos que la primera.—Y redoblaba las caricias y afanábase por distraerle de sus tristes pensamientos.

En el mayor silencio marchaban los expedicionarios siguiendo la corriente del río. No habían andado mucho cuando se encontraron con otros moradores de los bosques.

XXXI.

EL RINOCERONTE DE SUMATRA Y EL CAZADOR CAZADO

Grande era el deseo que tenían los expedicionarios de encontrarse con el rinoceronte de Sumatra para que hiciese el gasto y los honores de la cacería. Es dicho animal más pequeño que el rinoceronte africano y el de la India; semejase al primero en la excrescencia ó durísimo cuerno que tiene sobre la nariz, y al segundo en la aspereza de la piel algo rugada y cerdosa. No acomete: pero acometido defiéndese con bravura. Alguna vez se le vió batirse con el coloso de los bosques. Acometido, lánzase furioso contra su enemigo, métele bajo el vientre, se lo abre con su terrible cuerno, y cuando le vé derribado, pisotéale con rabia. Del hombre huye, porque la experiencia y el instinto le enseñan y guárdase de él como de su más temible enemigo. Los indígenas le persiguen y matan, solo por hacerse con su cuerno que alcanza elevadísimos precios, siendo muy buscado por los indios y los chinos. Codícianle aquellos, por la singular propiedad que le atribuyen de destruir las cualidades mortíferas de los líquidos envenenados; éstos, porque su raspadura es tenida como excelente remedio para las enfermedades del pecho.

Por fin, á tiro de escopeta descubrió uno de los guías al deseado animal y mostróle por señas á los cazadores. Hallábase á la sazón echado sobre la fres-

ca margen del río, revolcándose á guisa de cerdo. Habían llegado ya los cazadores á un punto desde donde podían tirar, cuando uno de los soldados, ó espoleado por la codicia, ó ganoso de mostrar su bravura, salió de su escondrijo. Apenas le vé el rinoceronte, levántase y echa á huir: pero el soldado salúdale con una bala que sólo le rozó el durísimo cuero que le sirve de coraza. La fiera, irritada al sentirse algo herida revuelve con la cabeza baja y ciega de rabia contra el que la había herido; mas éste evitó, dando un salto hacia atrás, la primera acometida; después echó á correr seguido tan de cerca por la fiera, que á cada instante creía sentirse atravesado con el terrible cuerno. Fortuna que se acordó de la costumbre que tiene este animal de seguir siempre recto sin desviarse á uno y otro lado, y pudo, corriendo en diversas direcciones, evitar la primera acometida. Entre tanto los cazadores no se estuvieron quedos, sino que pusiéronse todos en fila detrás del rinoceronte, pero sin hacer fuego, no fuera que hiriesen al comprometido cipayo.

Después de una larga corrida en que, cambiados los papeles, el cipayo no era ya el perseguidor sinó el perseguido, para colmo de su desgracia da un tropezón y cae. Ya estaba encima el rinoceronte y disponíase á clavarle su terrible arma, cuando Astolfo, que ligero como un gamo habíase adelantado á todos, descarga su carabina y provoca contra sí al irritado animal. El rinoceronte dejando al cipayo, revuelve contra el nuevo agresor y persíguele durante un largo trecho. Pero Zeno, Perrier y otros pocos que iban en auxilio, llegaron á tiempo de detenerle, y haciendo algunos disparos dieron con él muerto en tierra. Elisa que armada de un fusil, arrebatado á un cipayo,

corría en socorro de su hijo, al ver caer á la fiera, levantó al cielo los ojos y en su corazón dió mil gracias á Dios y á la Santísima Virgen. Y á Astolfo que presuroso dirigíase á su encuentro, le dijo:—Aunque tu ardimiento me ha costado indescriptibles temores y angustias inenarrables, no puedo menos que alabarte por haber corrido en socorro de aquel pobre cipayo, exponiendo tu vida por salvar la de otro.— De este modo enseñaba la caridad á sus hijos aquella madre verdaderamente Romana, en el sentido cristiano de la palabra.

A seguida fué desollado el rinoceronte y dividido en cuartos para transportarlo con mayor facilidad, y la parte más apreciada, ó sea el cuerno, adjudicóse á Astolfo quien hizo donación de él al cipayo que había estado á dos dedos de verle clavado en su vientre.

Toda la comitiva hallábase gozosísima por el próspero resultado de la cacería y entregábase en torno del rinoceronte á la más franca alegría. Pero cuán poco duró! Al primer peligro, evitado felizmente, sucedió en breve un segundo.

XXXII.

UNA LUCHA CON LA SERPIENTE PITÓN, Y ACTO HERÓICO DE UN NIÑO.

Puesta de nuevo la comitiva en camino, nada deseaba tanto como encontrarse con un tigre, un elefante ó un adversario que fuera digno de ellos; pero avínoles topar con uno en el que no habían pensado, y con el cual no querían venir á las manos. Hé aquí como sucedió. Uno de los expedicionarios llevado de su ardor por la caza, habíase alejado un buen trecho de sus compañeros corriendo tras de un Zibeto. No podía hacer mejor presa, siendo este animal (conocido en Zoología con el nombre de «Viverreta Zibeta)» muy apreciado por la olorosa substancia que segrega, muy semejante al almizcle. Disponíase ya á disparar cuando una gigantesca serpiente de 6'80 metros de largo y mas de medio metro de grueso, que pendía de un árbol al cual estaba asida con la cola, lánzase, rápida como una saeta, sobre el cazador y le envuelve entre sus roscas y apriétale con gran fuerza. El cruel salteador era el gran pitón de la India, y la presa cogida era el infeliz Perrier. Da éste un penetrante grito y hace sobrehumanos esfuerzos para desatar aquellos apretados nudos: vano intento; cuanto más se esforzaba por deshacerlos, más apretaba la sierpe.

El pequeño Patricio al oir aquel grito, reconoció al momento la voz de su libertador; corre hácia él y

cuando le ve en tan peligroso trance, prorrumpe también en un agudísimo grito; y como es propio de niños no conocer ni medir los peligros, lánzase sobre el pitón y en vano hace, por arrancarle, desesperados esfuerzos. Pero el reptil viendo en el niño una presa mas tierna y de digestión más fácil, suelta á Perrier y arrójase sobre Patricio; mas en esto ya todos los viajeros habían acudido, y con espadas y hachas hiciéronle pedazos. Elisa fué la primera en herir al monstruo con un puñal de dos filos que apresuradamente arrebató de la mano de un guía. Perrier vivamente conmovido por el acto heróico:— Oh Patricio querido! á no haber corrido tú en mi auxilio, á estas horas estaba yo ahogado. Bellamente has correspondido al beneficio que yo te hice.

Los guías apresuráronse á desollar y partir en trozos la serpiente, cogiendo cada uno su pedazo para venderlo en el mercado; que en la India como en el Africa, estímase mucho la carne de estos ofidios. Los viajeros entre tanto colocados en derredor de Patricio no cesaban de besarle y prodigarle caricias, distinguiéndose en esto Astolfo y Blanca, á quienes el peligro corrido por su hermanito había de tal suerte oprimido el corazón, que ésta parecía un cadáver, aquél estaba convulso.

Elisa viendo los grandes riesgos á que andaban expuestos comprendió que era prudente, ya que evitarse no podían, armarse contra ellos. Uno de los cipayos prestóle su kris, y Zeno el revólver que llevaba colgado del cinto. Los viajeros detuviéronse un poco en aquel lugar á fin de dar tiempo á los guías para que aderezasen y comiesen un trozo de la serpiente. Elisa y Blanca experimentaban náuseas al verlos comer la carne serpentina; y Zeno riendo

les dijo:—Otras muchas cosas vereis que os causarán mayores bascas. Son tan extraños y diversos los gustos gastronómicos de los pueblos, que no debe causaros extrañeza el ver en estos paises venderse en el mercado las serpientes, como en Europa las anguilas y lampreas.

Después del divertidísimo cuarto de hora que ese monstruo nos hizo pasar, dijo Astolfo, no comería yo de su carne aunque sintiese hambre canina. Y ahora que está muerto á vos, Zeno, toca pronunciar su oración fúnebre; y así diciendo, sentóse sobre un gran tronco, siguiéndole los demás.

Si, si, sentémonos, añadió Blanca. Y ante todo Zeno, permitidme os pregunte: ¿á qué raza de serpientes pertenece este mónstruo?

—Es, respondió Zeno, la más gigantesca y terrible de las serpientes del Asia, la cual en Sumatra y en la India representa la boa de América, con la que la confundieron muchos naturalistas y viajeros. Mide de ordinario de tres metros y medio á cinco ó seis de largo; y llega tal vez á siete metros y medio. No era de los más gigantescos el monstruo que á expensas nuestras pretendía tener un banquete. Esta serpiente no es venenosa; pero su grandor, su fuerza y su carnívora índole hácenla temible á los hombres y á los animales. Gusta de presas vivas, como cervatillos, gacelas y hasta tigres y panteras. Enroscada de un árbol permanece en acecho aguardando la presa; y de cuándo en cuándo deja colgar el cuerpo para arrojarse con todo su peso sobre el animal que pasa, y magullarle entre sus roscas. Sitúase otras veces á la orilla de los ríos en los lugares más frecuentados por los animales que van á beber, é irguiendo de cuándo en cuándo la cabeza,

lanza en derredor codiciosas miradas, abre la boca y vibra la lengua. No bien divisa la presa, rápida como un rayo, arrójase sobre ella, la envuelve entre sus roscas, la magulla, la sofoca, la ahoga; después humedécela con su baba para mejor engullirla. Si el animal es pequeño devóralo de una vez; si es grande, como un ciervo ó una gacela, come cuanto le basta para saciarse.

¿Y tiene valor ese mónstruo para acometer también al tigre? preguntó Astolfo.

—Ciertamente; y de ello fué testigo una vez en las riberas del Ganges el inglés Hadington quien afirma haber visto á un descomunal pitón acometer á un tigre, el cual ceñido por las roscas del poderoso reptil murió víctima de sus crueles abrazos.

—Dios sabe, dijo Elisa, á cuántos hombres causarán tales abrazos la muerte!

—No es pequeño el número de víctimas que hace, principalmente entre los niños. Refiere Schoutén en su *Viaje al Malabar* que hallándose dormido cerca de su cabaña un muchacho, fué asaltado por esta horrible serpiente. Los padres oyeron un grito medio ahogado, que atribuyeron al mal estar del muchacho, pues estaba enfermo; pero como continuase el lamento, asomáronse á la puerta de la cabaña. Cuál no sería su dolor cuando vieron á su hijo empezar á ser devorado por un monstruoso pitón! El desventurado padre echando mano de un instrumento cortante, corre presuroso y de un golpe parte por el medio la serpiente; mas ¡oh dolor! ésta no soltó la presa; por manera que el infeliz niño, cuando fué extraido de aquella horrible boca, había espirado ya.

—Pobre niño! exclamó Blanca. Y pensar que

pretendía hacer otro tanto con nuestro Patricito! Pero recibió su merecido.....

El pitón, prosiguió el *cicerone*, que tan terrible es antes de comer, cuando está harto, cae en una especie de adormecimiento que le dura hasta que ha digerido la presa. Durante este tiempo se le puede impunemente matar y hasta coger, sin que oponga resistencia.

Cuéntase que un misionero, al atravesar en compañía de un catequista una selva por entre cuyos densísimos árboles apenas penetraba la luz, vió un objeto largo é inmóvil á la orilla de un riachuelo que bullicioso corría; y juzgando que era el tronco de un árbol joven, dijo á su compañero:—Sentémonos un poco, para respirar, sobre este hermoso árbol caido, que parece puesto aquí exprofeso para descanso de los pasajeros.—Sentáronse, en efecto; y el pitón no se movió. Conversaron un rato, y entonces, ó porque sintiera demasiado calor, ó porque no le agradase servir de sofá á nadie, hizo un pequeño movimiento. Los dos viajeros, conocedores de su error, dieron un grito y un salto y echaron á correr. Pudieron muy bien evitarse tal molestia; que esta serpiente sólo es temible cuando se siente acosada por el hambre.

—Mano á las armas; gritó de repente un guía. y todos pusiéronse en pié y empuñaron las carabinas. Creían que iban á entrar en batalla con tigres ó elefantes. y ¡qué desencanto! encontráronse con el ave más curiosa y singular que surca las regiones del viento.

XXXIII.

EL CALAO, LA GRAZA Y LOS NIDOS QUE SE COMEN

Era esta un calao, ó el ave rinoceronte, así llamada porque tiene sobre el pico una especie de cuerno corvo, á guisa de media luna. Por su tamaño seméjase el calao á los tucanos de América; por su plumaje á los cuervos. Nuestros viajeros mataron uno que regalaron á Zeno para que le enviase, si gustaba, á algún museo ornitológico de Italia.

Otra pieza no menos apreciable derribó de un tiro Zeno en la orilla del río, y fué una garza, especie de cigüeña habitadora de los paises cálidos; que algunos ornitólogos distinguen con el nombre de cigüeña de saco, á causa de una membrana que pende de su cuello á guisa de saco. Conócense dos especies: una de Senegal, y otra de la India. Tienen ambas el plumaje blanco en el vientre, y negro en el dorso; pero la segunda ostenta sus negras alas adornadas de franjas blancas. La garza suministra á las damas las plumas largas y ondulosas con que gustan de adornar su cabellera. Demás está decir que Blanca arrancó á la garza la más hermosa pluma de su rico manto y con ella adornó su cabeza. Empero esta pieza tan estimable fué causa de que los cazadores no mataran otro animal, más apreciable todavía, pues asustado con la detonación del tiro salió del bosque,

corriendo como un gamo, el antílope de Sumatra, una de sus numerosas especies. Era un esbelto animal, de elegantes formas, grande como una cabra, bastante más ágil. Hacía gala de su negro manto, y adornaban su cabeza unas astas anilladas. De su cuello pendía una crin que flotando á merced del viento le añadía gracia y hermosura. En vano le persiguieron los cazadores; pues el antílope no les dejó ponerse á tiro, y poco después entróse en lo más espeso del bosque. Al verse burlados, se mordieron de rabia los dedos: tan grande era el deseo que tenían de hacerse con aquel hermoso animal.

Entre tanto los guías deseosos de sorprender agradablemente á los extranjeros, bajaron á una vasta caverna, abierta en el seno de una roca bañada por el río, y sacaron muchos nidos de una especie de golondrinas conocidas en ornitología con el nombre de *hirundo esculenta* por la extraña propiedad que tienen sus nidos de ser, como los panales de miel, un alimento tan gustoso como sano. Desleidos en agua bullente toman el aspecto y sabor de espeso caldo de carne y diz que son muy nutritivos y saludables; y por esto es que se administran á los enfermos, principalmente á los que padecen de tisis, ó necesitan alimento muy nutritivo. Tienen dichos nidos apariencias de cera y están formados de sutilísimos filamentos unidos entre sí por una materia viscosa y transparente, análoga á las substancias animales y glutinosas que flotan en las costas. Mucho se ha disputado sobre su naturaleza; pero juzgamos inútil referir aquí las diversas opiniones de los naturalistas. Los guías obsequiaron con estos nidos á nuestros viajeros, que los apreciaron mucho, porque ninguno de ellos, excepto Zeno, los había probado ni visto jamás.

Mientras llenos de admiración contemplaban los nidos de las golondrinas de Sumatra, fué visto por algunos el *macacus silenus* de pelo negro y crin blanca; pero no hicieron más que verle, pues su aparecer y desaparecer fué obra de un instante.—Otra variedad de esta especie—dijo Zeno—habita en esta isla, y es el *macacus silenus* de pelo ceniciento y barba blanca.

—Hay en esta isla hipopótamos?—preguntó Astolfo.

—Diz que si; pero yo no los he visto.

—Y cocodrilos?—añadió Blanca.

—Una peste. Cuántos isleños son devorados por tales mónstruos!

—Por qué no los exterminan?

—Y cómo?

—Cómo?—repuso Astolfo—Fácilmente; por medio de torpedos. Colocad torpedos á los que vayan atados pedazos de carne, y veréis que resultado dan.

—No me parece mala la traza, respondió Zeno; pero cuántos torpedos no serían necesarios para exterminar de los ríos tantos mónstruos? Además, se puede hacer uso de los torpedos donde ni siquiera se sabe que existan?

Propondremos el expediente al Virrey de Egipto.

—Me parece bien; y así tú obtendrás patente de invención.

Durante estas pláticas nuestros viajeros regresaban por un sendero que serpeaba á la orilla del rio, al lugar donde aguardaban las cabalgaduras.

Los cazadores estaban poco satisfechos del resultado de la cacería por no haber topado con los tigres y elefantes. Pero Elisa daba en su corazón gracias

á Dios porque á los peligros pasados no se había juntado éste.

Llegado que hubieron al punto de reunión, y mientras se disponían á regresar á la granja y de allí á Acén, vieron en la orilla opuesta, algo distante del río, un gran movimiento de gente.

XXXIV

LOS BATAS ANTROPÓFAGOS.

—Qué gente es aquella?—preguntó Zeno á los guías.

—Son los Batas que habitan el pais que se extiende allende el río, y reúnense para celebrar sus famosos juicios, que terminan no pocas veces con un banquete de carne humana.

Dejo á la consideración del lector la impresión que causó esta repuesta en el ánimo de todos, y principalmente en el de Elisa y Blanca. Verse tan inesperadamente cerca de un pueblo antropófago que de un momento á otro podía atravesar el río, caer sobre ellos, cautivarlos, atarlos á un palo, asarlos y devorarlos, cosa era de poner espanto en el corazón más animoso. Zeno, sin embargo, los tranquilizó asegurándoles que los Batas, lejos de mostrarse hostiles á los extranjeros, les hacian buena acogida, y sólo daban muerte y devoraban á los reos de ciertos delitos y á los prisioneros de guerra. Los acenos y malasios que iban en la comitiva, confirmaron lo dicho por Zeno, por lo que cobraron todos aliento. Empero Elisa apresuraba cuanto podía el regreso.

Ensillados los caballos y elefantes, cuando sólo se aguardaba la orden de partir, muchos de la comitiva, ganosos de presenciar aquel nunca visto espectáculo y fiados en su valor y en sus armas, mudaron de parecer y resolvieron ir al campo de los Batas para

ser espectadores de aquella insólita y atrocísima forma de juicio. Elisa apeló á toda su elocuencia para disuadirlos de tan peligroso viaje; mas viendo que predicaba en desierto; resignóse á esperar con sus hijos, acompañada de Zeno y Perrier. Los demás montados en los caballos y uno de los elefantes, vadearon el río, y en menos de veinte minutos halláronse en presencia de una gran reunión de pueblo que hizo á los recien llegados muy buena acogida teniendo sin duda á honra ver á tantos extranjeros asistir á su solemne asamblea. Tanto distan los Batas de ver en la forma de sus juicios una violación de las leyes de la humanidad, que en cierta ocasión no dudaron invitar á aquel espectáculo, según refiere Sir Stamford Rafles, al mismo cónsul inglés.

Cuando llegaron los europeos al sitio de la asamblea popular, terminábase con sentencia capital el proceso de un reo de feo delito. El culpable fué atado á un árbol en torno del cual se colocó todo el pueblo. Entonces el ejecutor de la justicia, que es entre los Batas persona distinguida y un alto empleado, dió unos pasos hacia el centro, acompañado de su ayudante, que llevaba en un plato el *Sambul*, especie de salsa hecha con sal y otros ingredientes, y colocándose delante del reo, llamó en alta voz al agraviado marido y le preguntó:—Qué parte quieres de este cuerpo?—La oreja derecha,—contestó el ofendido.

Dicho y hecho: de un golpe cortó al reo la oreja derecha y la entregó al agraviado, quien después de haberla mojado en el *sambul*, la comió en presencia del pueblo. Entonces ¡espectáculo horrible! arrojáronse todos á porfía sobre el desventurado reo, y haciéndole pedazos, cogió cada uno el que más era de su gusto.

Cuando de aquel dilacerado cuerpo quedaron sólo los huesos, el jefe del pueblo cortóle la cabeza y corrió á clavarla, cual si fuese un trofeo, en la puerta de su morada, Pero antes extrájole los sesos y guardólos en una botella, pues la cruel superstición de los Batas atribúyeles una mágica virtud. La carne del ajusticiado fué comida en el mismo lugar de la ejecución, según prescribe la ley, por unos cruda, por otros asada. En este horrible banquete abstuviéronse aquellos caníbales del vino de palma y de todo líquido espirituoso, vedados en tales comidas por la ley; pero hubo quienes sin horror alguno bebieron la sangre de la víctima que habían recogido en vaso de bambú.

No asistieron las mujeres á esta reunión de antropófagos por estarles vedada la carne humana. Pero por lo mismo que les está prohibida, se la proporcionan ocultamente.

Afirman algunos autores que los Batas prefieren la carne humana á cualquiera otra; pero sea de esto lo que quiera, parece que no la comen fuera de los casos en que lo permite la ley. Esta les permite comer la carne de los prisioneros de guerra, y la de los reos de ciertos delitos, como los adúlteros, ladrones nocturnos, asesinos y los que se casan con personas de la misma tribu, unión reputada por ilícita, pues los individuos de una misma tribu considéranse descendientes del mismo padre y de la misma madre.

El reo de alguno de los delitos penados por la ley es llevado á un tribunal especial cuyos jueces, que son los magnates, despues de haber examinado la causa, pronuncian la sentencia bebiendo cada uno una copa de licor, lo cual equivale entre los Batas á firmar una sentencia de muerte.

Pronunciada la sentencia, dejan pasar dos ó tres días á fin de que el pueblo tenga tiempo de reunirse; despúes dan muerte al triste reo del modo que hemos visto. Por bárbara y monstruosa que sea esta suerte de suplicio, es el resultado de una seria deliberación, y rara vez de una venganza, á no ser que se trate de prisioneros de guerra.

Antiguamente los Batas tenían también la bárbara costumbre de celebrar estos sangrientos banquetes con la carne de sus progenitores ó parientes cuando éstos habían llegado á una edad que los dejaba sin fuerzas para trabajar. Los desventurados ancianos elegían tranquilos una rama horizontal de un árbol y de ella se colgaban con las manos, mientras los hijos, parientes y vecinos danzando en torno de ellos, gritaban:—Cuando está maduro el fruto, conviene que caiga.—Y caían aquellos infelices no pudiendo sostenerse colgados por más tiempo. Al instante todos los espectadores, siendo los primeros los hijos y parientes, arrojábanse sobre ellos, como una bandada de buitres, los despedazaban y comían alegres su carne. Esta atrocísima é inaudita barbarie no está ya en uso; pero practicábase en algun tiempo sin horror de este pueblo ni de otros no menos salvajes y feroces. Era una usanza basada en un sistema completo: el sistema utilitario, que tan del agrado es de los revolucionarios de nuestra época. El hombre á los ojos de aquellos bárbaros no era más que un medio de producción; por consiguiente perdia todo derecho á la vida desde el momento en que la edad ó los achaques le incapacitaban para trabajar. Era permitido sacrificarle, como en semejantes casos se hace con los bueyes, para utilizar al menos su cuerpo y su carne. Cosa es horrible de decirse, y que eriza los

cabellos; pero ¿quién podrá negar que sea una consecuencia del sistema utilitario? Y pensar que hay hoy quienes quieren sustituir por él los principios cristianos, fundados únicamente en la justicia y el amor! Cuánto mejor sería que esos tales se fueran á vivir entre los Batas!

Pero volvamos á nuestro asunto. La antropofagia de este pueblo, más que á sanguinario instinto, es debida á un mal entendido respeto á las leyes antiguas y costumbres de sus antepasados; pues por lo demás tiene cierto grado de cultura, reconocido por todos los viajeros, que contrasta horriblemente con aquella bárbara usanza..

Nuestros europeos al presenciar aquella escena de canibales, quedaron como petrificados. Mirábanse unos á otros, llenos de horror y sin articular palabra, cuando uno de los magnates del pueblo se aproximó á ellos invitándolos á un nuevo y solemne espectáculo que había de celebrarse aquel mismo día, y era el suplicio de dos prisioneros de guerra.

—*Muito obligado!*—contestó un portugués que chapurraba algo el idioma de los Batas.—Nos basta lo que hemos visto; harto cara pagamos nuestra curiosidad. Esperamos ver pronto abolidos entre vosotros esos bárbaros suplicios y esos sangrientos banquetes.

Después acuciado por la curiosidad, preguntóle quiénes eran los desgraciados prisioneros.—Son dos jóvenes marido y esposa, que cayeron en nuestras manos el día mismo de sus bodas.

—El día de sus bodas?—repuso el portugués. Y tenéis valor para inmolar á esos infelices esposos en la flor de sus años y de sus esperanzas,

y en medio de la alegría de su unión, acaso por ellos esperada mucho tiempo?

Ellos son—replicó fríamente el indígena—nuestros enemigos, y tienen que morir.

—Pero qué daño os hicieron?

—Ninguno; pero el pueblo á que pertenecen, nos es fieramente hostil.

—Queréis, pues, que los inocentes paguen la pena debida á los culpables? Qué justicia es esa?

—Es derecho de guerra.

—Pero el derecho debe estar fundado en la justicia.

—Vosotros, los europeos, tenéis otras ideas acerca del derecho de guerra, y es inútil disputar con vosotros. Si queréis asistir al espectáculo sois muy dueños; si no os place, proseguid vuestro viaje.— Nos iremos, si, respondió con desdeñoso gesto el buen portugués. Y vuelto á los compañeros, les tradujo al inglés las palabras del Bata, las cuales fueron como chispa que cae dentro de un barril de pólvora. Querido hubieran, escandecidos como estaban, dar una severa lección á aquellos bárbaros; pero qué podían ellos en contra de un pueblo entero? Tomaron, pues, el partido de retirarse, y volvieron al lugar donde eran aguardados por sus compañeros.

Estos, entre tanto, no se habían estado ociosos. Elisa y Zeno, aprovechando la oportunidad, dieron cuenta á Perrier de sus sospechas y temores sobre el negocio que, tiempo había, los traía preocupados. Pero el buen marinero, aunque no tenía en buen concepto al contramaestre del *Elverine*, de quien á bordo se contaban algunas fechorías, no le guzgaba, empero, tan perverso que se hu-

biera aprovechado del desastre del navío para robar las riquezàs de una viuda y huir con ellas. No obstante, por el amor que á Patricio profesaba, prometióles su ayuda para cuanto contribuir pudiera á esclarecer la verdad del hecho.

Estando en esta plática, vieron venir por la orilla opuesta del río una turba armada que llevaba dos prisioneros. A esta súbita é inesperada aparición todos se levantaron, y dirigiéronse todos á la próxima margen del río.

XXXV.

QUERER ES PODER

Era tan corta la distancia que separaba á nuestros viajeros de los cautivos, que sin esfuerzo pudieron contemplar hasta los semblantes de éstos. Y cuál no fué el estupor y la angustia de Elisa cuando vió á una jóven con su esposo al lado, ambos cargados de cadenas, con las manos atadas, inclinada la cabeza por el peso del dolor, pálidos, abatidos y lacrimosos! Por el traje y por su aspecto parecían naturales, ó al menos oriundos de la Europa septentrional; el color era blanco, blondos los cabellos, delicadas las facciones. Pero la prisión y el temor al suplicio que les aguardaba, habían marchitado el rosado color de su juventud, y el largo llorar había abierto profundos surcos en sus mejillas.

—No perdamos tiempo,—dijo Elisa á Zeno y á Perrier—volemos en su socorro.

—Pero señora, qué podremos hacer nosotros en su favor? observó Zeno!

—Lo veréis, y sin decir otra palabra, pidió á los conductores de los elefantes que la pasasen juntamente con los demás á la orilla opuesta del río. Zeno y Perrier mostráronse prontos á seguirla; de Astolfo y Blanca no hay que hablar, pues hubieran acompañado á su madre aunque fuera hasta el patíbulo.

Pero qué plan había concebido esta generosa dama?

La caridad, que tiene siempre mil expedientes, habíale inspirado repentinamente la idea de intentar el rescate de los prisioneros. El río, á causa de su poca anchura, fué pasado en un momento. Los Batas al ver llegar á los europeos, juzgaron que venían á presenciar el próximo suplicio y el banquete de carne humana que había de coronar la fiesta. Mas los dos prisioneros adivinaron al instante el designio de aquellas personas compasivas, y un relámpago de esperanza iluminó súbitamente su rostro. Elisa apeóse, y ahorrando de preámbulos, entró desde luego en tratos con los Batas, sobre el rescate de los prisioneros. Los bárbaros miráronse unos á otros como para preguntarse recíprocamente; después uno de ellos respondió en nombre de todos:—Señores míos, más estimamos nuestra piel que el dinero.—Elisa insistió aumentando el precio del rescate para estimular así su codicia; pero todo fué en vano, que más podía en el ánimo de ellos el temor á la venganza del pueblo, que el deseo de dinero. No desmayó por esto la animosa dama; antes resolvió seguir á los prisioneros hasta el lugar del patíbulo, y allí y por medio de un intérprete arengar al pueblo para moverlo á piedad.

Mover á piedad á los que comen carne humana! Pobre Elisa, cómo te engaña tu buen corazón.

Pero ella fiaba en Dios, y no podían salirle mal sus planes. Rotas las negociaciones, los Batas mandaron á los prisioneros seguir, golpeándolos con varas de bambú. Cada uno de aquellos golpes era como un martillazo dado en el corazón de nuestros viajeros, principalmente de Elisa, la cual ofreció dinero á aquellos verdugos para que no maltratasen á los tris-

tes prisioneros. Estos, al ver roto el último hilo de sus esperanzas, lloraban amargamente, y el esposo con palabras entrecortadas por los sollozos dijo á Elisa:—Señora, si no podéis salvarnos á entrambos, intentad, os ruego, arrancar de las uñas de estos caníbales á mi carísima esposa. Tal vez los Batas se darán por satisfechos descargando en mi su ira. Al oir esto la esposa dijo al instante llorando:—No, no; salvad á mi esposo, y yo muero contenta. Volviéndose después á su marido, añadió: En vano esperas que yo separaré mi suerte de tu suerte. Si no podemos vivir juntos, juntos muramos.

Al oir estas palabras que tanto amor revelaban, prorrumpieron en amargo llanto nuestros viajeros, y el dolor de Elisa fué tan intenso, que estuvo en poco que no viniese al suelo desmayada. Reuniendo, empero, sus energías, que no era aquel tiempo de llorar, sino de obrar, propuso á los Batas que al menos consintiesen en el rescate de uno de los prisioneros. Era este el primer paso para llegar más fácilmente á la liberación de ambos. Esta nueva proposición no desagradó del todo á aquellos verdugos, uno de los cuales dándose una palmada en la frente, dijo á los compañeros:—Qué tontos y necios que somos! Porqué no matar dos pájaros de un tiro? Vendamos uno de los dos prisioneros, y luego diremos á nuestro jefe que al conducirlos, uno se nos escabulló y arrojóse al río, de donde nos fué imposible el sacarle. La mentira será fácilmente creida cuando nos vean conducir al otro prisionero.

—Si, si, bien pensado gritaron todos.

Pero á cual de los dos habían de vender, y á cuál destinar á la muerte? Dejaron la elección á Elisa que así como así era quien había de desembolsar el di-

nero. Considere el lector la tortura en que estaría Elisa, obligada á pronunciar la fatal palabra que había de decidir la vida del uno y la muerte del otro.

Cómo separar la suerte de dos infelices esposos que se amaban con tanta ternura y amor tan intenso, que cada uno ofrecíase á morir por el otro?.... Pero era fuerza resolverse: el tiempo urgía, y los Batas estaban impacientes por la tardanza. Elisa entonces dirigió al cielo una de aquellas miradas cuyo lenguaje mudo y elocuente á la vez no hay pluma mortal que sea capaz de expresar. Pero Dios la entendió y al instante vino en su ayuda.

En este momento aparecieron á lo lejos los viajeros que habían ido á presenciar la horrorosa escena anteriormente descrita, los cuales al ver los dos elefantes que habían dejado al otro lado del río, y en torno de ellos una turba de Batas, creyeron que éstos habían cometido alguna tropelía contra sus compañeros, y sin más, metieron espuelas á los caballos y volaron en su auxilio. Cuál no fué su estupor cuando acercándose, descubrieron en medio de un grupo de Batas armados á los dos prisioneros y junto á ellos á Elisa con sus hijos y Zeno y Perrier? Dieron un grito que llegó á las estrellas, y montando en cólera, empuñan las armas, espolean los caballos y caen sobre los Batas tan de improviso y con furor tal, que éstos no pensaron en defenderse, sino que se desbandaron huyendo precipitadamente. Zeno y Elisa sin pérdida de tiempo hacen subir á los dos prisioneros con algunos de la comitiva sobre uno de los elefantes. Blanca, Patricio y Astolfo con su madre y Zeno subieron al otro, y apresuradamente repasan el río seguidos del resto de la comitiva, unos á caballo, y otros sobre el tercer elefante.

El temor de ver de un momento á otro sobre sí á los Batas, dió alas á nuestros viajeros, los cuales sin detenerse en parte alguna, y á carrera tendida, huyeron á la ciudad de Acén.

XXXVI.

FUGA FELIZ

Mientras nuestros viajeros se dirigían á la Ciudad, á todo correr, los guardias que habían conducido á los prisioneros, puestos en fuga, según queda dicho, por los nuestros, llegaron á la aldea rendidos y jadeantes, gritando ¡á las armas! ¡á las armas! y excitando á todos á tomar pronta venganza. No había necesidad de tales excitaciones, porque el solo hecho de ver que se les había escapado de las manos una presa tan apetitosa con la cual esperaban celebrar un espléndido festín, escandeció de tal suerte á aquellos caníbales, que tomando aceleradamente las armas, y montando los magnates en veloces caballos, diéronse á perseguir á nuestros viajeros que huían ligeros como el viento: no parecía sino que los elefantes y caballos habían comprendido que de ellos dependía la salvación de todos. Pero en poco estuvo que algunos jóvenes Batas, cabalgando en fogosos potros y marchando por sendas y atajos, no echasen mano á alguno de los nuestros que se habían quedado algo atrás. Sin embargo, el poco grato saludo hecho con algunos disparos de carabina, y el silbar de las balas que pasaban cerca de sus oidos, hízoles advertir el peligro que corrían si no cesaban de perseguir á unos hombres animosos, resueltos y bien armados. Aconsejados, pues, por el amor á la piel desistieron de perseguirlos.

Tan rápida fué la carrera de nuestros viajeros, que aún no había pasado media hora desde el comienzo de la persecución, y ya no veían ni un solo Bata en todo el espacio que en derredor podía descubrir la vista. Detuviéronse, pues, y hombres y animales respiraron tranquilos unos momentos. Puestos de nuevo en marcha, si bien más reposada, llegaron á Acén sobre las dos de la mañana y fueron á hospedarse en las posadas que allí había.

Elisa llevó consigo los esposos, áquienes no hubo cuidados que no prodigase. Quiso después oir de ellos la historia de sus sucesos, y supo que eran oriundos de Holanda, pero naturales de Sapanuli, en Sumatra, donde tenian casa y hacienda; y que habiendo venido á asuntos de su tráfico á un distrito confinante con el territorio de los Batas independientes, habían sido hechos prisioneros por éstos en una repentina irrupción y destinados á ser alimento de aquel pueblo antropófago. Refiriéronle además los esposos los padecimientos sufridos en la prisión, y Elisa y sus hijos no pudieron contener las lágrimas. Después dieron todos á Dios las gracias debidas por tan prodigiosa liberación y se separaron; y quiénes sobre las tablas, quiénes sobre las camas de bambú, rendidos como estaban de fatiga, quedaron pronto sumergidos en profundísimo sueño.

Pero Elisa, postrada ante un crucifijo que llevaba siempre en su seno, oró algún tiempo antes de acostarse, y abriendo, como solía todas las noches el Santo Evangelio, ofreciéronse á sus ojos aquellas palabras de Jesucristo; «Si tuviéreis fe, trasladáreis de un lugar á otro las montañas,» palabras que le sirvieron de admirable confortación.

XXXVII.

LA PARTIDA Y UNA NARRACIÓN LASTIMOSA.

Al día siguiente los dos esposos provistos de dinero, víveres y vestidos, gracias á la caridad de nuestros viajeros, después de haberles dado las gracias por tanta bondad, llorando de ternura, tomaron el camino de la patria, donde habían sido ya llorados como por muertos, y donde al presentarse, fueron recibidos como hombres resucitados, con grande alegría y regocijo de todos los ciudadanos. Nuestros viajeros volvieron al puerto y embarcáronse para continuar su viaje Zeno y Perrier habiéndoles precedido algunas horas, pues salieron de Acén antes del alba con la mira de avistarse con los marineros y pasajeros del buque náufrago. Esperaban adquirir de ellos algunas noticias que les sirvieran de guía en el descubrimiento del tenebroso negocio que tanta inquietud les causaba. Pero desgraciadamente vieron frustradas sus esperanzas, pues habían ya partido todos juntamente con Maroto. Quedaron ambos pesarosos por esta partida que no habían sospechado; pero consoláronse al saber que navegaban con rumbo á Singapur. Allí esperaban encontrarlos; y Zeno que tenía gran confianza en la policía inglesa, decía á su compañero: El *pájaro* dirígese él mismo á la red. Verás dentro de poco

si mis sospechas son, ó nó, fundadas. Apuesto ciento contra uno á que el Maroto antes de salir hizo alguna presa.

Mientras así conversaban, y Elisa y sus hijos colocaban en el camarote su equipaje, el Chine-mail, levada el ancla, dejaba el puerto y proseguía su ruta con dirección á Pulo-pinang.

Durante las primeras horas del viaje hab'óse largamente de la prodigiosa liberación de los dos esposos holandeses, que atribuyeron todos á la fe y caridad de Elisa; mas ésta atribuía toda la gloria á Dios, el cual invocado con fe no deja jamás, según su promesa, de acudir en auxilio de los que le invocan. En prueba de esto recordaba la aventura del niño Patricio escapado milagrosamente del naufragio, merced á las lágrimas de su madre. Y Zeno Para confirmar las palabras de la dama, quiso referirá sus compañeros de viaje, reunidos en torno de él, otro famoso suceso, que nos place referir aquí

—La aventura de los esposos holandeses—dijo Zeno—me ha traido á la memoria el beneficio dispensado por la Providencia á un holandés que naufragó también en estos mares, y se salvó prodigiosamente, primero del furor de las olas, después del rigor del hambre y por último de las manos de los Batas, ú otros bárbaros de Sumatra. Era éste Guillermo Bontekoe, capitán del navío *Nuovo Hoorn* que navegaba con rumbo á Java. Habiendo prendido fuego en la bodega, llena de carbón mineral, comunicóse la llama á unos barriles de alcohol y de aceite trasformando súbitamente el navío en un volcán, no obstante los esfuerzos hechos para sofocarla. Entonces algunos

marineros juntamente con el contramaestre, llamado Rol, saltaron al bote y cortada la amarra, alejáronse de allí. El capitán permaneció sereno en su puesto animando al resto de la tripulación á extinguir el incendio. Llega el terrible momento en que se aproxima el fuego á unos 300 barriles de pólvora; el navío va en breve á volar por los aires con horroroso estrépito, hecho mil pedazos; el capitán comprende demás que no hay esperanza alguna. Entonces—dice él en su relación—levanté los brazos al cielo, gritando: Señor, habed misericordia de mí.—Aquel grito fué oido en el trono de Dios, que extendió al momento su mano protectora. Lanzado el capitán al espacio, cayó á plomo en el mar entre los fragmentos del navío, pero Dios, como él mismo confiesa, infundióle tanta fuerza y aliento tanto, que en aquel trance se sintió superior á sí mismo. Saliendo a flor de agua, echa en derredor una mirada y ve el árbol maestro del navío, que flotaba cerca de èl; agárrase á él como una àncora de salvación y colocado encima, pónese á contemplar los tristes restos de aquel horroroso naufragio y exclama:—Oh Dios mio! Conque tan hermosa nave ha tenido el desastroso fin de Sodoma y Gomorra!—Cuando se hallaba sumergido en estos tristes pensamientos, vió venir nadando á un joven, único que se había salvado, siendo 119 las personas que había á bordo en el momento de la explosión. El jóven asiéndose también del árbol maestro exclamó:—Heme aquí de nuevo en el mundo.

El capitán y el recien llegado procuraron consolarse mútuamente; y recorriendo con sus miradas el mar, divisaron en lontananza el bote. Pero

estaba lejos, muy lejos, y el sol se inclinaba al ocaso, por lo cual el capitán dijo á su compañero de infortunio.—No hay esperanza para nosotros; el bote dista mucho, y no es posible pasar aquí la noche; pongámonos, pues, en las manos de Dios y pidámosle nuestra salvación con resignación completa á su divina voluntad.

Así dijo, é inclinando la cabeza sobre el pecho, púsose á orar: su compañero hacía otro tanto. Oh bondad divina, cuán grande eres! No habían aun terminado su oración, cuando levantando los ojos, viéronse, sin saber cómo, trasportados por invisible mano tan cerca del bote, que pudieron ser vistos por sus compañeros, quienes arrojándoles una cuerda, los subieron salvos á bordo. No terminaron aquí los prodigios con que plugo á Dios recompensar la fe del buen capitán que había recurrido á El con perfecto abandono de sí mismo en las manos de su adorable Providencia.

Navegando los tristes náufragos sin brújula y sin otras velas que las camisas de los marineros unidas entre si y extendidas al viento, anduvieron errantes largo espacio por el océano hasta que concluidas las pocas vituallas que habían podido recoger, empezaron á sentir los horrores del hambre y de la sed. Ya se lanzaban unos á otros feroces miradas que revelaban el bárbaro intento de devorarse unos á otros; y algunos manifestaron su resolución de llegar dentro de poco á tan criminal exceso comenzando por los más jóvenes. El capitán al oir tan atroz designio, llenóse de horror, y dirigiéndose otra vez al cielo, rogó á Dios que no consintiera tamaña barbarie, ni que aquellos infelices fueran tentados de un modo superior á

sus fuerzas. Al instante fue escuchada su oración.

Una bandada de gaviotas llegaron revoloteando en torno del bote tan lentamente, que no parecía sino que deseaban ser cogidas. Al momento los míseros náufragos les echaron mano, las desplumaron y comieron vivas. Otro día, cuando todos sentían los horrores del hambre, é impulsados por la desesperación estaban á punto de ejecutar su horrible designio, vióse surgir del mar una multitud de peces voladores y saltar dentro del bote. Echáronse todos encima, y en un instante aquellas golondrinas de mar desaparecieron, engullidas crudas por sesenta bocas; que otros tantos eran los náufragos que iban á bordo. Para templar después su sed y el calor que los abrasaba, envió Dios de tiempo en tiempo benéficas lluvias que volvieron á todos la vida. Cosa verdaderamente admirable! Apesar de tantas privaciones y sufrimientos ni uno se puso enfermo. Pero no descubrían tierra; asi fué que cayeron de nuevo en la desesperación y volvieron al feroz propósito de degollar á los más jóvenes para alimentarse con su carne. Como el capitán les suplicase y conjurase á que aguardasen el auxilio divino y no quisieran mancharse con tan horrorosa maldad, le respondieron.—Ya estamos cansados de treguas; os concedemos, sin embargo, tres días, pasados los cuales, si no vemos tierra, nadie será capaz de retraernos de poner en ejecución nuestro pensamiento. — Esta horrible resolución—dice el capitán—fué para mi un cuchillo clavado en el corazón. Redoblé mis súplicas á Dios para que nuestras manos no se manchasen con el más abominable de los crímenes.—No tardó el Señor en venir en su ayuda. Al tercer día, último del plazo prefijado, pudo descubrir tierra y arri-

bar á una isleta que dista de Sumatra unas trece ó catorce leguas, y después de haber calmado el hambre y la sed, de los suyos con nueces de cocos, única cosa que allí encontraron, dirigió la proa hacia Sumatra, donde dió fondo al día siguiente. Nuevos peligros le aguardaban aquí y también nuevos beneficios de Dios, el cual después de haberles librado de las olas y del hambre, le salvó del furor de los Batas, ó quienes fueran los que atentaron contra su vida primero con emboscadas y después con manifiesta violencia: ni un momento separó Dios de él su mano protectora hasta haberle conducido sano y salvo al puerto de Java.

Esta relación después de los hechos de que habían sido testigos los pasajeros, fué muy á propósito para inspirarles una gran fe en la amable Providencia de Dios y en la eficacia de la oración; y en el alma de los de más recto pensar y más noble corazón produjo tal vez una de aquellas impresiones que no borra el tiempo, antes madura y fecunda.

En esto sonó la campana de á bordo y todos los pasajeros con ejemplar puntualidad bajaron á almorzar. Terminado el almuerzo, cercaron de nuevo á nuestros viajeros, ahora más que antes buscados por todos y hasta cortejados por el alto aprecio que se habían conquistado. Pero esta vez la conversación tomó otro giro y dió lugar á una donosa disputa entre Zeno y un admirador de las teorías darwinianas.

XXXVIII

UNA DISCUSIÓN Á BORDO.

Había recaído la conversación sobre la aventura del orang-utan, y uno de los pasajeros, enloquecido por la moderna escuela transformista, comenzó á decir:—La aventura del orang-utan me ha hecho tocar con la mano la verdad del sistema de Darwin. El sentimiento y la expresión de aquel animal tenía tanto de humano; sus acciones, cuando está educado, aseméjanse tanto á las nuestras, que no podemos no ver en él al hombre imperfecto, al hombre en el estado primitivo, al tronco, en suma, de la familia humana.

—Mil gracias—dijo Zeno sonriendo, por el honor que nos hacéis. Probad á educar un orang-utan y haced de él un hombre. Nosotros en reconocimiento os erigiremos una estátua más alta que las pirámides de Egipto.

—Cómo no? replicó el transformista. No se ha visto á un orang, educado pacientemente por su amo, sentarse á la mesa como nosotros, desenvolver su servilleta, comer con tenedor, mezclar el vino y hacer otras cosas parecidas?

—Pero esas son acciones puramente mecánicas que se pueden enseñar á otros animales, como los perros, por ejemplo; son acciones que pertenecen á los fenómenos de asociación, en que un fastasma evocando á otro es causa de que una acción siga maquinalmente á otra.

—Perdonad; el orang no se limita á eso. El se apropia estas acciones y las ejecuta cuando la necesidad lo demanda.. Si tiene sed, coge un vaso y lo llena de agua; si siente frío, coge cuanto encuentra á mano para cubrirse; si quiere acostarse, tiene buen cuidado de arreglar antes su lecho.

—Demos de barato—repuso Zeno—que sea verdad cuanto se refiere del maravilloso instinto de ese animal. Pero no vemos tal vez cosas más maravillosas en otros cuando se trata de proveer á las necesidades físicas? Qué admiración no nos causa en esto la sagacidad de su instinto para buscarse el alimento y la medicina acomodada á sus enfermedades; para defenderse de la intemperie y de los asaltos de sus enemigos; para elegir los lugares más á propósito para su morada y fabricar sus madrigueras ó sus nidos? Si en esto procedieran, como nosotros, por vía de raciocinio, habría que concederles una razón más perfecta que la nuestra, pues nosotros no alcanzamos la perfección de sus obras. Es, pues, llano que ellos hacen guiados por la naturaleza lo que hacemos nosotros guiados por el arte. Es por esto que hasta el fin de su vida obran siempre del mismo modo; no son capaces de variar sus obras, de progresar, de perfeccionarse. Hé aquí, pues, las diferencias esenciales que abren un abismo infranqueable entre

el hombre y entre el bruto. El hombre tiene una acción múltiple, varia, indefinida; el bruto la tiene siempre circunscrita y de un mismo modo determinado. El hombre es perfectible; el bruto es incapaz de verdadero perfeccionamiento. El hombre traspasa la esfera de lo sensible y hasta la de lo creado y finito, y sube á las serenas regiones de lo ideal, de lo increado é infinito. Puede afirmarse otro tanto del bruto? El hombre percibe lo abstracto, lo universal; el bruto no da señales de conocer más que lo concreto y singular. Aquel es capaz de ciencia: éste no conoce sino por la experiencia. El hombre no se limita á conocer la existencia de las cosas, sino que penetra en la esencia de las mismas; no es determinado á obrar por la presencia de los objetos, sino que es verdaderamente dueño de sus actos; no tiende sólo al bien sensible, sino también al racional; no está por naturaleza sujeto al apetito sensitivo, antes, si quiere, lo refrena y lo domina. Puede con verdad decirse esto de los brutos?

El hombre es un ser moral y religioso. Qué indicios da el bruto de moralidad y religión? El hombre, finalmente, está dotado de la facultad de hablar, de la que há menester para expresar sus ideas; el bruto carece de tal facultad, precisamente porque no la necesita. La palabra es el signo sensible de la idea, la cual es un acto de la inteligencia é imagen intelectual de la cosa concebida. Cómo suponer inteligencia donde no existe la facultad de expresar los propios conceptos? El autor de la naturaleza que provee á sus criaturas de cuanto necesitan para su conservación y hasta para su perfeccionamiento, ¿hubiera negado á los brutos el don de la palabra, si tuvieran inteligencia? No dejaba de percibir el transformista la fuerza de estas razones; pero imbuido como estaba en las doctri-

nas darwinianas, trajo á colación la teoría de la transformaión de las especies, diciendo: A pesar de todos los caracteres que distinguen al hombre del bruto, vemos no obstante, tantos puntos de semejanza entre el uno y el otro, que podemos con razón suponer que el hombre no es sino un orang perfeccionado.

—Toda la semejanza, repuso Zeno, redúcese al ser sensitivo; y no es maravilla, porque también el hombre es animal; pero entre el ser sensitivo y el racional hay un abismo que vuestro orang, no podrá salvar jamás. Y aun en el mismo sér sensitivo ¿cuántas diferencias no descubrimos entre el hombre y el orang, diferencias no accidentales sino esenciales?

—Cuáles son?

—Diferencia en la conformación del cráneo, que en nosotros tiene mayor capacidad; en los brazos, que en nosotros no están destinados á servir de sostén al cuerpo, sino á trabajar; en las manos, dispuestas no para hacer oficio de piés, ni para solas las funciones de la vida animal, sino para todas las obras del arte, de la industria y de la ciencia; en la conformación, en fin, de todo el cuerpo, que en nosotros es recto, dirigido hacia el cielo, nuestra patria, mientras el de los brutos se inclina hacia la tierra. Paso en silencio otras diferencias que se notan en el órgano de la voz, en el ángulo facial. en la conformación de los dedos de las manos, y otras difrencias anatómicas no menos notables que éstas, y concluyo que el organismo del orangutan y de sus afines como el chimpanzé y el gorila, difiere esencialmente del nuestro y por ende nos revela diversa naturaleza y destinos diversos.

—Pero estas diferencias replicó el transformista

pueden desaparecer en virtud de un perfeccionamiento gradual y sucesivo.

—Podrían desaparecer, si fueran accidentales; pero ellas, consideradas en su conjunto, revelan una organización esencialmente diversa; como que en el orang está ordenada á solas las funciones de la vida animal, mientras nuestro organismo está dispuesto de manera que sirve también para las funciones de la vida racional.

—Pero no es posible el tránsito lento y gradual del bruto al hombre, pasando por todos los grados de la animalidad?

—No, porque ningún ser puede cambiar de naturaleza. Habeis visto jamás este cambio, ó sabéis que lo haya observado alguno? Citadme un solo ejemplo de esa supuesta transformación de espeeies. El hombre que ha llegado á amaestrar tantos animales y al mismo orang, consiguió hacer de un bruto un hombre? Y, sin embargo, si eso estuviera en el orden de la naturaleza, deberíamos ver algún ejemplo. Amaestrad cuanto queráis á un orang; no conseguiréis que aprenda á leer y escribir.

—Pero esta transformación es obra de siglos.

—De veras? respondió Zeno sonriendo.

Cómo lo sabéis vos?

—Por los geólogos, los cuales registrando las capas geológicas, sepulcro de todos los vivientes, encontraron la prueba de este hecho.

—La prueba de este hecho? Todo lo contrario, señor mío. Lo que ellos encontraron sólo sirve para echar por tierra la hipótesis darwiniana. La gran tumba de los vivientes de las primeras épocas geológicas sólo nos revela especies que desaparecieron ó

subsisten todavía, pero todas con caracteres claros y bien definidos; por manera que no es posible encontrar un fósil que muestre en sí mismo una prueba concluyente de la supuesta transformación de las especies. En el último Congreso científico celebrado en Berlin, después de un detenido examen de los hechos que se aducen en apoyo de la doctrina darwiniana, fué esta desechada como arbitraria, pues no estriba en hechos que puedan servirle de fundamento. Tenéis vos por ventura alguno, desconocido de nosotros?

El transformista, no teniendo que contestar, creyó salir del apuro diciendo que estudiaría mejor la cuestión. Lo cierto es que había conocido lo gratuito de sus teorías á las cuales se inclinaba no por convicción sino porque las encontraba en armonía con sus inclinaciones y su modo de vivir. El mismo hubo de confesarlo pocos días despues cuando Zeno le preguntó si había estudiado mejor el punto controvertido. Pero antes que él expresase así sus sentimientos, ya lo había adivinado Elisa, la cual, terminado el diálogo precedente, conversó con Zeno sobre la verdadera causa del gran número de admiradores que tienen las teorías ateas y materialistas de nuestra época.

—El materialismo, dijo Elisa, que hoy se enseña, es hijo de la corrupción de los corazones. Quien vive como bestia, natural es que vea con buenos ojos un sistema en el que encuentra la justificación de su corrompida vida y de sus bestiales instintos. Y creciendo de día en día el número de los que viven una vida de brutos, ¿deberá causarnos extrañeza que crezca igualmente el de los partidarios del hombre bestia? El hombre ordinariamente piensa más con el corazón que con la cabeza, y de la corrupción del corazón es

imposible que no se derive la perversión de las ideas y de los principios.

—Habéis puesto el dedo en la llaga, dijo Zeno. Todo el favor con que fueron acogidas las bestiales teorías del ateismo y materialismo modernos, es natural efecto de la espantosa corrupción de costumbres, horrible gangrena que corroe el corazón de la moderna sociedad.

En esto llegó Astolfo, que ocupado hasta entonces en dar al niño Patricio lección de lengua italiana, no había oido el precedente diálogo. Cuando tuvo noticia de lo ocurrido, dió suelta á su buen humor y dijo muy serio:—Mi opinión consuena con la opinión del trasformista Somos, sí, mal que pese á nuestro orgullo, descendientes de las monas. Y cómo no? Pues no tenemos el maldito vicio de remedar á todos? No remedamos á los ingleses en el comer; á los franceses en el vestir á los alemanes en el filosofar, y á los asiáticos en el vivir?

Vicio, añadió Elisa, que nos deshonra y cubre de ridículo á los ojos de otras naciones. Yo no sé cómo puede conciliarse eso con el patriotismo, del cual por otra parte todos hacen tanto alarde.

XXXIX.

EL HIMNO DE LA TARDE

Dicho esto, Elisa se levantó y dirigióse á la baranda del navío para mejor contemplar el encantador espectáculo de la puesta del Sol, espectáculo cuya magnificencia aumentaban las mismas nubes que entonces entoldaban el cielo por Oriente y Septentrión, doradas por los últimos rayos del hermoso astro del día.

Cuando más absorta se hallaba en la contemplación de tan vistoso fenómeno, empieza de repente á caer una lluvia tan copiosa, que parecía desplomarse el cielo sobre la tierra. Era uno de los ordinarios caprichos de Júpiter, que si en todas partes es terrible, es en los trópicos un loco furioso, principalmente al pasar de uno á otro monzón.

De qué procede, preguntó Astolfo á Zeno, tan brusco cambio? En menos de una hora se obscureció todo el cielo, y diluvia como no he visto jamás.

—Esto es debido á un repentino descenso de temperatura en las altas regiones de la atmósfera,

donde basta un soplo de viento frio, para condensar gran cantidad de los vapores vesiculares allí suspendidos. Entonces la parte superior de la atmósfera, mal sostenida por las capas inferiores, sumamente enrarecidas por la irradiación del calórico terrestre, se desata en impetuosos y repentinos aguaceros.

Los pasajeros del Chine-mail, no pudiendo hacer otra cosa, sentáronse en derredor del piano, y empezaron á tocar y cantar según á cada uno le venía en talante, con más tormento que agrado de los que escuchaban Uno de estos, molestado por aquella incomportable algarabía, dirigiéndose á nuestros viajeros, rogóles que dieran una muestra de sus conocimientos musicales.

—Si, si, repitieron todos á coro; son italianos, y basta. Cédase el puesto á los hijos de la harmonía.—Elisa excusóse con finísimos modos, pero indicó por medio de una seña á Blanca y Astolfo que diesen gusto á los viajeros.

En ninguna parte es tan agradable la música, este arte de los corazones, como en la soledad del Océano y en el silencio de la noche.

Al oir los primeros arpegios, todos, interrumpieron la conversación, ó dieron de mano al juego y se colocaron en derredor de los jóvenes músicos, que ejecutaron à cuatro manos varias piezas que merecieron entusiastas aplausos. Sus dedos recorrían con tal agilidad el teclado, que á duras penas podía seguirlos el ojo. Uniendo después á la música el canto, cantó Blanca un *Ave María* capaz de trasportar el alma el paraiso; á seguida cantó en unión de Astolfo un duo titulado el *Himno de la tarde*, himno patético, sublime, inspiración di-

vina, grito de un corazón que se eleva de la contemplación de los astros que centellean en la azul bóveda del firmamento, á la de la eterna luz del cielo.

Portodas partes resonaron estrepitosos y prolongados aplausos, y todos á una pidieron la repetición.

Aquellas voces argentinas que se acomodaban á todos los tonos, aquellos límpidos trinos, aquellos suavísimos gorgeos y aquellas notas trasparentes que herían las más íntimas fibras del corazón, tuvieron durante casi dos horas, embriagados de dulcedumbre los sentidos de los pasajeros del Chine-mail; tanto que apenas cesó el canto y la música, prorrumpieron todos de nuevo en aplausos, alabanzas y felicitaciones interminables. Por lo cual Elisa temiendo que la vanidad penetrase en el corazón de sus hijos, apresuróse á sacarlos de allí y con ellos bajó al camarote, mientras los pasajeros mareaban á Zeno con preguntas acerca de esta familia romana, cuyas bellísimas prendas no se cansaban de alabar.

XL

LA ISLA DEL PRÍNCIPE DE GALES VISTA Á VUELO DE PÁJARO

El vapor, que había doblado, al obscurecer, la punta occidental de Sumatra, entró en el estrecho de Malaca, y sobre las dos de la mañana siguiente llegó á la isla del Príncipe de Gales, llamada Pulo-pinang en la lengua del país.

Levántase á la embocadura del estrecho cerca de la costa occidental de Malaca de la cual la separa un angosto brazo de mar. Mide cinco leguas de largo y tres de ancho y está en el medio toda cubierta de bosques. Riéganla numerosas fuentes que bajan de los montes y fertilizan el suelo, el cual perdió no poco de su fertilidad después de la corta del arbolado. En donde éste abunda, es la vejetación tan exuberante como en la próxima península de Malaca de la que parece haberla disgregado el incesante golpear de las corrientes marinas. En otro tiempo pertenecía esta isla al reino de Quedah, pero fué cedida el año 1786 á la Compañía inglesa de las Indias,

Estas y otras noticias, que en gracia de la brevedad omitimos, iba dando Zeno á sus compañeros mientras tomaban tierra y se dirigían al Colegio de las Misiones.

—Qué Colegio es este? preguntó Elisa á Zeno.

—Es un Colegio en el cual los PP. de las Misiones extranjeras de París instruyen en las letras y en la sagrada Teología á los alumnos chinos destinados al sacerdocio.

—Cómo?—exclamó Elisa maravillada—vienen los chinos aquí á recibir su educación?

—No solo vienen aquí: van también á Nápoles donde tienen un Seminario.

Tuvieron nuestros viajeros en el Colegio de las Misiones la más afectuosa acogida. Elisa y sus hijos, que veían por primera vez una reunión de jóvenes chinos, detuviéronse á contemplarlos con aquella admiración que nace de la novedad. Elisa elogió mucho el continente grave y modesto de aquellos jóvenes; Astolfo admiró el silencio y la aplicación al estudio, y Blanca para decir también algo, exclamó; Qué feos son!.... Su madre lanzóle una mirada amenazadora que le hizo palidecer. Patricio observaba y callaba.

Zeno, dadas las gracias al superior por la cordial acogida, y alquilado un vehículo, condujo á sus compañeros á un collado cuya base estaba bañada por el mar, y donde les aguardaba una agradable sorpresa.

XLI.

LOS PELÍCANOS

Llegado que hubieron, apeáronse del coche y sentáronse á respirar á la sombra de los árboles. No habían transcurrido doce minutos cuando vieron una bandada de pelícanos, que volaban tocando casi á la superficie del mar. Su aparición atrajo las miradas de nuestros viajeros que, excepto Zeno, jamás habían visto estas aves, argumento en algún tiempo de fabulosas narraciones.

—Observad, dijo Zeno, y veréis el ingenioso arte que emplean para cazar.

En efecto, extendióse la bandada formando un gran cerco que poco á poco fué estrechándose.

—Para qué hacen tal maniobra? preguntó Astolfo.

—Pues qué, respondió Zeno, no hacen lo mismo los pescadores con sus redes para encerrar los peces dentro de más reducido espacio?

Cuando han estrechado el círculo cuanto les parece conveniente, á una señal del jefe de la bandada baten todos á un tiempo las alas y con ellas golpean las aguas para asustar á los peces. Aprovechando seguidamente la turbación producida, zambúllese cada uno y pilla la codiciada presa. Después de haber llenado el saco, colócanse sobre la punta de los escollos y allí la devoran con toda tranquilidad.

—Este es el momento oportuno, dijo Zeno á Astolfo cogiendo la carabina. Estas aves después de haber comido, hacen la digestión inmóviles y adormecidas sobre los peñascos: si conseguimos aproximarnos, fácilmente mataremos alguna.

Bajaron pues, y cubiertos por las plantas y una cadena de escollos, fuéronse acercando poco á poco á la bandada hasta tener uno tan bien á tiro, que era casi imposible errar el golpe. Zeno por galantería cedió á su compañero el honor de disparar. Astolfo aceptó alegre el honor; apuntó, y del primer tiró hirió la pieza, del segundo la derribó muerta Después con una larga vara de bambú la trajeron hacia sí, y Astolfo presentóla á su madre con aire de triunfador. Era un hermoso pelícano que medía desde el pico á la extremidad de la cola cerca de dos metros de largo, sus alas extendidas medían más de tres; el pico tenía cincuenta centímetros de largo. y la bolsa ó saco, que, como todos los de su familia, tenía debajo del pico, podia contener unos veinte litros de agua Su plumaje era blanco con manchas de color de rosa. No obstante su gigantesco tamaño, pesaba poco más de dos libras. En el saco tenía tanta provisión de peces, que pudieran muy bien con ellos saciarse cinco personas.

—Este saco, dijo Zeno, es como un vaso externo falto de calor digestivo dende se conserva fresca la pesca Cuando el pelícano quiere dar de comer á su prole, oprime el saco con el pico de manera que parece que se rasga el pecho para alimentarla con su propia substancia; lo cual dió ocasión á la creencia vulgar de que se abre el pecho para alimentar con su sangre á sus hijuelos.

XLII.

LA PAGODA CAMPESTRE

Subidos de nuevo al vehículo, internáronse en la isla hasta llegar á una rústica pagoda, formada por el tronco y ramas de un solo árbol. Era un santuario de Budha, de nueva y estraña forma. El árbol transformado en templo era la higuera de Bengala de más de doce metros de altitud, siendo tan grueso su tronco, que seis ó siete hombres asidos de las manos no serían bastantes á abrazarlo. El follaje y la extensa copa que formaban las ramas, servían de verde cúpula á la pagoda. Rodeaban el tronco numerosos vástagos, simétricamente dispuestos y doblado en forma de arcos á los cuales servían de columnas las ramas que se elevaban de la parte inferior del tronco. Gustoso era de ver aquellas graciosas columnitas, que, casi equidistantes entre si, formaban en derredor del árbol varias galerías en las cuales había ídolos monstruosos, quienes en pié, quiénes sentados, algunos recostados y todos en actitud lo más grotesca que se puede imaginar. En el centro de la pagoda, con las piernas cruzadas á modo de los orientales, apa-

recía sentado un ídolo más corpulento que los otros y también más venerado. Tan toscamente hechos estaban, y eran tan horribles, que causaban miedo al que no estaba acostumbrado á verlos.

—Qué mónstruos! exclamó Blanca.

—Pues qué, le dijo su madre, querrías tú que fuera bello el demonio á quien los paganos adoran en esos ìdolos?

—Por devoción á Brahma, Budha y su *bellísima* familia, dijo el chancero Astolfo, sería bueno comer aquí; que á estas obesas deidades debe de serles más grato el olor dei asado que el del incienso.

—Bien pensado, añadió Blanca.

Zeno hizo al momento llevar las provisiones que había puesto en el vehículo, y extendiendo sobre una baldosa una hoja de palmera, colocó sobre la rústica mesa palomas de Malaca, nidos de golondrinas de Sumatra, conserva de guayaba, bananas etc.

La pagoda, solitaria hasta entonces, al instante comenzó á verse llena de devotos, atraídos por el olor de la vianda, siendo el primero que acudió, el bonzo, guardián del rústico santuario. Elisa al ver aquella multitud de gente, turbóse algo y púsose colorada, pareciéndole una grosería comer *coram populo*; más Zeno conocedor de las costumbres de los indios, rióse de la vergüenza de Elisa, y la animó á imitar su ejemplo y el de Astolfo que, sintiendo con viveza los estímulos del hambre, había hincado ya los dientes en un cuarto de paloma.

—Que mayor honor, decía entre bocado, y bo-

cado, podríamos tributar á estas panzudas deidades que comer en su presencia?

—Calla, dijo Blanca, que tal vez estos entiendan el italiano.

Mientras nuestros viajeros comían y se chanceaban, el bonzo, para captarse su benevolencia, hacía zalemas é inclinábase hasta la tierra, sin que se le diera nada de aquella especie de profanación; que profanación era sin duda el convertir en comedor una pagoda. Y para honrar más y más á los ilustres huéspedes, encendió un par de candelas aromáticas, y postrándose y tocando muchas veces la tierra con su frente, parecía suplicar á los ídolos que mirasen con benignos ojos la importante operación gastronómica de los viajeros Elisa mirándole con ojos de compasión, exclamó. Pobre ministro de Satanás! Astolfo y Blanca á duras penas contenían la risa. La turba que allí había acudido, observaba á nuestros viajeros con la infantil curiosidad propia de los indios. lanzando algunos codiciosa mirada sobre la rústica mesa.

Terminada la comida, nuestros viajeros dejaron para el guardian del sagrado lugar los relieves de la comida á fin de que el pobre hombre, que en honor de ellos había quemado perfumes, no se quedase con la boca hecha agua. Pero no bien se habían separado dos pasos, aquella turba se arrojó como una banda de buitres sobre la porción destinada al bonzo. Era de oir á este gritar:—Ah ladrones..... malvados..... con qué así? ....? en la presencia de Budha?—Sermón perdido! En menos de de dos minutos había todo desaparecido. El bonzo se encolerizó de una manera espantable, haciendo con las manifestaciones de su furor tan

cómica la escena, que nuestros viajeros desternillábanse de risa. Después de haberse así solazado, para consolarle del daño y la burla, diéronle cinco liras italianas. Tanta alegría causó este regalo al bonzo, que no cabía en la piel de contento, y á fin de mostrar su gratitud á los generosos huéspedes, ofrecióles una cédula en que estaban escritas algunas sentencias tomadas de los libros budhísticos, asegurándoles que aquello era más que un talismán, era un verdadero pasaporte para entrar en el paraíso de Budha. Zeno le dió cortesmente las gracias, é hizo con el prodigioso talismán un cartucho para cargar su carabina, diciendo á Astolfo:—Con este pasaporte enviaremos al paraíso de Budha la primera fiera que encontremos.

A seguida regresaron al puerto, pues el vapor debía emprender de nuevo en la tarde del mismo día su ruta con dirección á Singapur. Allí aguardábale á Elisa un encuentro inesperado que había de causar á nuestros viajeros no pocos riesgos y hondos disgustos.

XLIII

UN CONTRATIEMPO

Cuando nuestros viajeros estaban para embarcarse, el niño Patricio descubrió á lo lejos á Maroto, y se lo dijo á Zeno.

—Te engañas, afirmó éste.

—No, replicó el niño, no me engaño, es él:

—No recuerdas que Maroto viste de otro modo?

—Si, el traje es diverso; pero la cara no.

—Pluguiera á Dios que así fuese. Observemos.

Zeno habiéndose aproximado algo, le reconoció al instante; y dijo:—Tienes razón, Patricito; es el mismo, el bergante. Ahora déjame obrar; y dirigiéndose á Elisa, dijo:—Llegó la ocasión de aguzar nuestro ingenio y ver si hay medio de coger esta zorra.

—No será fácil, respondió Elisa, que él debe de ser una zorra vieja y astuta.

—Tanbién caen en la trampa las zorras viejas, pues, como dice el proverbio, más pieles de zorra que de asno son llevadas al curtijo. Y así diciendo, se dirigió al lugar donde estaba el bellaco; Elisa y sus hijos le siguieron.

Maroto que no se había percatado de la presencia de ellos, viéndose ahora de improviso delante, turbóse algo, pero no pudiendo ya evitar el encuentro, puso buena cara á la adversa fortuna, y haciendo asomar á sus labios una fingida sonrisa, se descubrió cortésmente y le saludó.

—Cómo aquí, díjole Zeno? Yo os suponía navegando hacia Singapur.

—Tengo que orillar aquí algunos negocios, respondió Maroto

—Creo que también tendréis que arreglar una pequeña cuenta con el dueño de la nave náufraga.....

—Naufragó tal vez por causa mía?

—No digo eso; pero el abandonarla antes de tiempo..... me entendéis?

—Qué quereis? No había esperanza alguna de salvarla.

—Vuestro deber, sin embargo, era permanecer en ella hasta el último momento. Pero de esto ya daréis cuenta á quien corresponda; yo sólo os pregunto si pusísteis en salvo únicamente vuestra vida ....

—Quién lo duda? Y he tenido á gran dicha el salvarla. Quién podía en aquel trance pensar en otra cosa que en salvar la piel?

—Sin embargo ....

—Qué quereis significar con esas reticencias? Explicaos señor.

—No me entendéis? .... Ea, hablemos claro. Puedo yo creer que vos, habiendo emprendido tan á tiempo la fuga, pensásteis sólo en salvar vuestra piel?...

—Puedo jurarlo por.....

—Silencio! economizad un perjurio; lo sé todo.

El hecho, sin embargo, era que Zeno no sabía nada; pero el que pretende arrancar á uno la verdad; finge saberla para obligarle á confesarla. Pero Maroto era muy astuto y no se dejaba coger fácilmente en el lazo; así es que con aparente ingenuidad le dijo:—Os ruego, señor, que no me atormentéis más tiempo; habladme claro.

—Pues lo diré en puridad; vos antes de huir, os curásteis demasiado de vuestra maleta.....

—Es decir que me juzgais mentiroso?

Y cómo puedo persuadirme de que decís verdad, si os vieron bajar al bote con un envoltorio en la mano? Dijo esto Zeno no por que lo supiera, sino para descubrir terreno. En efecto, sospechando Maroto que él sabía esta circunstancia por los naúfragos recogidos á bordo del *Chine-mail*, no se atrevió á negarlo; pero pretendió justificarse diciendo: No será pues, lícito poner en salvo los papeles propios y la ropa?

Sin embargo, poco há, jurásteis no haber pensado en otra cosa que en salvar vuestra persona.

Maroto viéndose cogido en flagrante contradicción, un poco se turbó, más no se desalentó por ello, antes prosiguió diciendo:—De qué me hubiera servido librarme de las olas sino hubiera tenido después con qué sustentar mi vida? No hubiera sido cambiar una muerte por otra asaz peor, cual sería el morir de hambre?

—Un contramaestre no hubiera muerto de hambre. Vuestro deber en aquellos supremos instantes era pensar en la salvación de los que iban á bordo, no en vuestra ropa. En trance semejante se deja todo al diablo para salvar aunque sea una

sola vida. y vos, mientras perecía tanta gente, entre ella la incomparable madre de este niño, vos pensásteis sólo en vuestra ropa. Tal modo de obrar os parece propio de un oficial de marina?

Pronunció Zeno estas últimas palabras con tal tono, que Maroto no pudo menos de turbarse. Seguidamente añadió: Y esto es lo de menos; lo más grave es que no eran vuestros papeles y otras cosillas..... que vos habeis puesto en salvo.

—Es decir que me juzgáis capaz de. ... Y no terminó la frase: pues se le ahogó la palabra en la garganta.

La última estocada de Zeno le desconcertó y aterró. Ya le parecía tener al lado al jefe de policía armado de esposas y grillos. No obstante, con la energía de un desesperado que hace los últimos esfuerzos para sustraerse al golpe fatal, comenzó á jurar que él tenía las manos limpias, muy limpias, que era todo un hombre honrado, y en prueba de su aseveración alegaba el pertenecer también él á la raza blanca. Al oir esta prueba tan *evidente* de inocencia nuestros viajeros á duras penas pudieron contener la risa; y Astolfo dijo á media voz á su hermana:—Ese ciudadano no se miró jamàs al espejo.

Zeno, lejos de reirse, dirigióle una severa mirada cual convenía á la gravedad de un juez que instruye proceso, y le dijo: Ya me daréis cuenta ante los tribunales..... y pronunció con marcada intención esta última palabra

—Yo daros cuenta? replicó el bellaco con trémula voz.

—Si, vos....

En esto se oyó el silbato de vapor; era la señal

de la partida. Maroto respiró, pero Zeno disgustado por aquel contratiempo, dijo para sí:—El diablo sin duda viene en auxilio de este bribón; pero por esta vez nosotros le romperemos los cuernos.

—Qué haremos? díjole á media voz Elisa. Es necesario partir, y no hay tiempo que perder. Todas nuestras cosas están á bordo, si el vapor sale, nos quedaremos en tierra sin ropas y sin dinero.

Partamos respondióle Zeno al oído; que podremos desde lejos por medio de cartas hacer lo que no nos consiente el tiempo, esto es, dar cuanta de todo al Gobernador de la isla

En efecto, apenas se hallaron á borbo, Zeno presentóse al capitán del *Chine-mail*, y diciéndole que tenía necesidad de dirigir al Gobernador un importante despacho, consiguió que demorase un cuarto de hora la partida. Bastó este tiempo á Zeno para trasmitir á su Excelencia una sucinta relación del encuentro tenido con el contramaestre del *Elverine*, de quien le dió las señas necesarias, manifestándole á la vez las razones que tenía para pedir á la sagaz policía inglesa que procurase averiguar si aquel malvado había puesto en salvo para provecho propio los valores pertenecientes á la difunta viuda Ocahil, de la cual había quedado un hijo llamado Patricio.

Lo que después sucedió se referirá en otro lugar.

XLIII.

UNA NUEVA REVELACIÓN

—Qué desgracia tener que interrumpir un interrogatorio tan bien conducido!

Quien así exclamó fué Zeno, disgustado porque el maldito silbato del vapor había venido en hora menguada á desconcertar su plan.

Teníamos ya metido en la red al mirlo, y he aquí que se nos escapa por una malla rota.

- Esperemos, dijo Astolfo, que irá á caer en las redes de la policía inglesa.

—Confio en que á estas horas está ya puesto á la sombra y al buen recaudo. Entre los ingleses los ladrones, los piratas y los asesinos no encuentran tan fácilmente como en otros paises, que no hay para que nombrar, quien los ponga á cubierto bajo la poderosa égida de la secta, la cual los libra, como todos saben, de los golpes de la justicia, haciendo suspender ó eternizar los procesos, mitigando el rigor de las sentencias, intimidando á los testigos para que no confiesen la verdad, ó sobornándolos para que depongan falsamente, y en fin, proporcionando á los reos ocultas y poderosas protecciones, ó abriéndoles con llave de oro la puerta de las prisiones para que huyan á lejanos paises.

—Lo cual es causa, añadió Elisa, de que en algunos paises, que no quiero nombrar, las personas honradas no puedan vivir tranquilas y seguras.

En esto llegó Perrier que, ocupado hasta entonces abordo por el capitán, no había podido acompañar á nuestros viajeros en la excursión hecha al interior de la isla. Cuando supo por Zeno el encuentro y el diálogo tenido con Maroto, púsose furioso y exclamó:—Conque es cierto que esa arpía clavó sus uñas en la herencia de un huerfanito, de mi querido Patricio?..... Ah!..... Porqué no le echaste mano? Si yo hubiera estado allí, hubiérale hundido dos costillas de un puñetazo, y le hubiera obligado á echar fuera cuanto ha metido en el saco. Pero si cae en mis uñas yo le prometo.....

Así diciendo Perrier, bufaba de rabia. Cuando se hubo sosegado, comenzó á discurrir sobre el modo cómo se podría apurar en juicio la verdad del hecho.

—No ay otro, dijo Zeno, que interrogar al capitán del *Elverine* y á los marineros y pasejeros que se salvaron en los botes. Cuando entre ellos no hubiera un cómplice del hurto, pudiera muy bien haber un testigo. Bastaría para tener en la mano el cabo de la madeja, que alguno le hubiera visto entrar en la cámara de la viuda en el momento del peligro y cuando estaban todos sobre el puente.

—Le he visto yo, se apresuró á decir Patricio, que había prestado atención á estas últimas palabras.

—Le has visto tu? preguntó Zeno. Lo dices en serio.

—Sí, si, lo digo en serio; le he visto yo

—Cuando? cómo? .....

—Cuando mi madre, tomándome en brazos, salió de la cámara gritando «estamos perdidos,» yo miré hacia atrás y ví á Maroto entrar en nuestra cámara.

—Ah niño mío, qué revelación la tuya ¿Por qué no la hiciste antes?

—No se me había ocurrido; y además yo no sabía que él entraba á robar.

—Tienes razón, dijo Elisa; quién podía sospechar que hubiera un hombre tan malvado que, mientras todos tenían á la vista el naufragio y la muerte, pensara en aprovecharse de aquella general consternación para robar á mansalva á los pasajeros?

—Eso, dijo Astolfo, sólo es propio de aquella pérfida raza de ladrones que se aprovechan de los desastres públicos, como la guerra, la epidemia, la inundación, para entrar en la casa y saquearlas. Un gobierno que no hace ahorcar al momento á esos tales, merece ser dado al diablo.

Zeno entre tanto habíase sentado á la mesa del saloncito de popa; y teniendo junto á sí á Patricio, le hizo repetir cuanto le había dicho poco había, y escribió una relación para presentarla en juicio, siendo su intención citar á Maroto ante el tribunal de Singapur.

Mientras Zeno escribía, los otros hacían comentarios sobre el hecho.

—Me parece mil años, dijo Perrier, cada hora que pasa antes de llegar á Singapur. Desde allí podemos telegrafiar al gobernador de Pulo-pinang, dándole cuenta de esta circunstancia que agranda nuestras sospechas.

—Bendito telégrafo, exclamó Astolfo, qué de servicios prestas á la pobre humanidad!

—Si Maroto está ya preso, dijo Perrier, como me complazco en creer, será sin duda enviado á Singapur, donde nos será más fácil encontrar el cabo de la enredada madeja; que allí debe de tener cómplices, pues el poco tiempo que allí estuvimos, le ví andar con una gentecilla que no me ha gustado nada. Entonces á decir verdad, no dí á eso demasiada importancia, pues oficiales y marineros tratan con toda clase de gente; mas ahora observaremos á fin de descubrir sus secretas relaciones, y dónde y con quiénes acostumbra él andar; porque dice muy bien un antiguo proverbio: Dime con quien andas, y yo te diré quién eres.

Zeno, ultimado su trabajo, volvía con Patricio junto á sus compañeros, cuando de súbito sintióse una fuerte sacudida, y todos se tambalearon.

—Qué es esto? exclamó Elisa. Hemos chocado contra algún escollo?

—Cómo es posible? dijo Zeno, dirigiéndose al capitán, que había ya hecho parar el vapor.

—Capitán, es un escollo de vuestra ruta?

—Estoy aturdido; no sé que pensar. Ninguna carta señala escollo alguno en este sitio; y yo he pasado por aquí mas de veinte veces.

—Apostaría mil contra uno, dijo Zeno, á que el obstáculo que os cierra el paso, no es un escollo, sino un banco de madréporas y coral.

Zeno estaba en lo cierto. Un buzo, que bajó al mar, encontró en el lugar donde había tropezado el Chine-mail, una prominencia debida al rapidísimo crecimiento de las madréporas. Un fragmento arrancado por el buzo puso en claro la verdadera causa del choque. El daño sufrido por el *Chine-mail*, no fué grande, pero sí bastante para que el capitán tuviera

que detenerse tres días en Singapur á reparar las averías.

El vapor habiendo pasado aquel banco submarino que afortunadamente tenía poca extensión, prosiguió sin otro accidente su viaje, y en la mañana del día tercero tomó puerto en Singapur.

XLV.

LA ISLA DE SINGAPUR Y LA PENÍNSULA DE MALACA

Un angosto brazo de mar separa la península de Malaca, por los antíguos llamada Quersoneso de oro, de la isla de Singapur, que en el idioma malayo significa *la isla del León*. Las costas no están desnudas y peladas, sino vestidas con todo el lujo de la vegetación tropical. El mar en el estrecho parece de esmeraldas, ya por el reflejo de las numerosas riberas, ya también á causa de la rica flora submarina que esmalta su fondo.

Sobre ambas riberas yérguense deliciosas colinas coronadas de quintas, jardines, bosquecillos y casitas de estilo indio, europeo y chino. Es, en una palabra, el puerto de Singapur una imitación del encantado jardín de Armida. Perfuman el aire una prodigiosa variedad de plantas aromáticas, y templan los ardores del clima agradables vientos, producidos por el encuentro de dos mares. Todos los días á las primeras horas de la mañana fórmanse de los vapores desprendidos de la tierra enormes nubarrones que quebrantan los abrasadores rayos del sol, y hacia el medio día se resuelven en beneficiosa lluvia. De este modo hace la Providencia fértil una tierra herida por los rayos casi verticales del astro del día, la cual, sin

estas cotidianas lluvias, sería sólo una llanura sin vegetación y sin vida

La población de la península, incluso los europeos, los de Siám, los chinos y otros que allí moran por motivos mercantiles, no excede tal vez de un millón de habitantes; lo cual es bien poca cosa para un pais tan extenso. La religión cristiana, predicada allí por Santo Tomás, ó por sus discípulos, contaba no pocos, pero degenerados adoradores de Cristo cuando arribó allá el grande apóstol de Oriente, San Francisco Javier, varón poderoso en obras y palabras y comenzó á desbrozar aquella selva de vicios, que era Malaca, reformando las costumbres de los cristianos, y alistando gran número de gentiles bajo el estandarte de la cruz. Hubo un tiempo en que toda la península obedecía al rey de Siam; más á fines del Siglo XVIII la parte meridional sacudió el yugo. Los portugueses capitaneados por Alburquerque apoderáronse en 1511 de la ciudad de Malaca, que fué la llave de su comercio en la Indo-China; pero en 1645 fueron arrojados, después de cinco meses de asedio por los holandeses, y éstos á su vez en 1795 por los ingleses.

Estas breves noticias iba dando Zeno á sus compañeros respecto al Quersoneso de oro, mientras el Chine-mail echaba anclas en frente á la ciudad de Singapur. Parecióles á nuestros viajeros la ciudad con sus alrededores una tierra de encanto. Allí no hay terrón que no este vestido, ni casa que no tenga en la entrada un jardinito, y en derredor bosques siempre verdes, donde ostenta su lozanía, todo linaje de plantas. Las casas de los europeos y ricos comerciantes de todos los pai-

ses son elegantes, airosas y acomodadas al abrasador clima de la isla, la cual dista del ecuador poco más de un grado. Singapur que al comenzar este siglo era un miserable villorrio, cuenta al presente, gracias al genio colonizador de los ingleses, que en 1819 fundaron sus factorías, unos sesenta mil habitantes entre europeos, malasios, chinos, árabes, armenios y otros pueblos del Asia.

XLVI.

VANAS ESPERANZAS.

No bien nuestros viajeros pusieron el pié en tierra, y eligieron habitaciones en un elegante hotel, el primer pensamiento de Zeno fué telegrafiar al Gobernador de Pulo-Pinang, y el primer cuidado de Elisa mandar preguntar si en la oficina de correos había carta para ella; pues antes de salir de Italia había escrito á su marido que le dirigiera las cartas al puerto más próximo, que era el de Singapur. Pero frustrósele la esperanza, de lo cual tomó gran pena, no sabiendo á que atribuir este silencio.—Se habrá perdido mi carta en la travesía?.... decía en su corazón Elisa; la habrá recibido en Hong-Kong, adonde iba dirigida?.... y si la recibió querrá darme á entender con su silencio que desaprueba mi viaje?.... Y en este caso por qué no estar contento de tener consigo á su familia?.... Serán verdaderas las siniestras voces que corren acerca de su conducta?.... Habrá él olvidado las caras afecciones de padre y de marido?.... Tales eran los pensamientos que se fijaban en su mente, y la destrozaban el corazón. Sin embargo, como ella en todos los sucesos sabía reconocer la

mano de Dios, tranquilizóse, diciéndose á sí misma: —Será lo que Dios quiera! Yo he cumplido mi deber, y esto me basta; lo demás lo hará Dios. O qué, no es Él nuestro buen padre? No ha tenido siempre amoroso cuidado de mí y de mis hijos? Yo me abandono enteramente en sus manos! Y levantando los ojos al cielo, repitió muchas veces aquel—*Fiat voluntas tua*—que siempre tenía en el corazón y en los labios.

«Consuélate Elisa, que Dios no te abandonará. Quien en él fía, no será burlado.» Esta misteriosa voz que sintió resonar en el fondo de su alma, la restituyó la paz; y ella sonrió de placer en medio de su mismo dolor.

Zeno entre tanto hallábase también pensativo y melancólico por el mal resultado de su primer despacho al Gobernador de Pulo-Pinang; pues la respuesta que recibió, fué esta:

—El contramaestre del *Elverine* buscado por la policía, no ha sido encontrado. —Con esta lacónica respuesta en mano presentóse Zeno á Elisa cabizbajo, como sabueso que ha perdido la pista de la fiera que iba siguiendo. Conque se fugó el bellaco! dijo Zeno dando un puñetazo en la mesa.

—Qué mucho! respondió Elisa. Creéis que se estuvo esperando á los esbirros?

—Es verdad; mía es la culpa, toda mía. En vez de hacer con él oficios de juez, debí hacer los de jefe de policía: detenerle en nombre de la ley, y entregarle á la justicia. Pero aquel maldito silbato del vapor me trastornó; y vos con la prisa que me dísteis, habeis contribuido á lo mismo. Pero á la corta ó la larga la zorra será sacada de la madriguera, y todas sus maldades serán descubiertas; que el diablo enseña á

construir ollas, más no coberteras. Ahora voy sin detención á verme con el comisario de policía.

—No sería bien, dijo Astolfo, retratarle tal cual es en los periódicos de la colonia?

—Tienes razón que te sobra, respondió Zeno. Oh que luminosa idea brilló en tu inteligencia! Un artículo publicado en los diarios vale en este caso más que cien perros siguiendo las huellas de aquel bergante. Al instante voy á hacer eso, y en menos de dos horas estaré de vuelta: así diciendo, salió á toda prisa del hotel.

XLVII.

UN ENGAÑO Y UN ATENTADO.

Pasan dos, tres, cuatro horas, y Zeno no regresa.

—Qué le habrá sucedido? dijo Elisa á Astolfo. Yo comienzo á sentir inquietud por su tardanza.

—No hay razón para ello, mamá. Zeno ha creido poder despachar en dos horitas, y no le bastarán cinco ó seis entre escribir, traducir, corregir y encontrar quien quiera publicar un artículo que puede comprometer algo al director de un diario.—Estas reflexiones pareciéronle buenas á Elisa, y se tranquilizó. Pero cuál no fué su sorpresa cuando de allí á poco se presentó un jefe de policía con dos municipales que venían, según ellos manifestaban, á prender á un italiano que había desembarcado aquel mismo día del *Chine-mail* y se había hospedado en aquel hotel, hombre entrado en años, de señoril aspecto, barba larga, y canosa, que vestía gabán de color de paja y pantalones blancos! Todas estas señas cuadraban exactamonte á Zeno. Pero qué tenía que ver con la policía la flor y nata de la honradez? Mil ideas cruzaban por la mente de Elisa y Astolfo, sin que pudieran encontrar una explicación plan-

sible. Y cómo podía caberles en la cabeza que Zeno hubiera hecho cosa alguna en la cual estuviese llamada á entender la policía?

Cuando más llenos de incertidumbre y de ansiedad se hallaban, sintieron en la escalera un gran ruido de pasos. Era Zeno que tornaba acompañado de algunos periodistas y otros ingleses antiguos conocidos y amigos. Elisa y Astolfo corrieron á su encuentro con la ansiedad y el terror pintados en el semblante.

—Astolfo, Elisa, dijo Zeno sonriendo, cómo es que os veo tan turbados y pálidos?

—Aquí en la sala, respondió Elisa, os aguardan los agentes de policía.

—Sean bien venidos esos señores, respondió Zeno en medio de estrepitosa risa de toda la comitiva. La indiferencia de Zeno y la hilaridad de sus compañeros calmaron las inquietudes de Elisa y Astolfo, los cuales comprendieron al instante que la temida tragedia terminaría en comedia. En efecto, Zeno queriendo solazarse con el jefe de policía, que estaba en la sala con sus ministros, se presentó á él, y después de haberle saludado, le dijo:—Yo soy el italiano á quien buscais.

—Vuestro nombre? preguntó el jefe.

—Me llamo Zeno.

—Pues bien, señor Zeno, siento decirlo; pero tengo orden de prenderos en nombre de la ley.

Y yo tengo la de mandaros con Dios, después que os haya compensado de la molestia sufrida por mi causa. Y llamando al camarero, le mandó traer de refrescar.

El jefe y los esbirros miráronse mútuamente, como si temieran ó haber padecido un engaño, ó tener

que habérselas con un taimado bellaco. Por lo cual el jefe, para salir de aquella incertidumbre, le dijo: —Veo claramente señor, que ó la orden de prisión no reza con vos, ó que tomais esto á broma.

En esto entró la comitiva en la sala; y como eran todos personas honradas y conocidas en el pais, el jefe se tranquilizó, y sabiendo por ellos que la orden de prisión había sido revocada por haber dado cuenta Zeno al comisario de policía de todo lo sucedido, no aguardó á refrescar, sino que al momento salió de allí con sus esbirros, después de haber dado mil excusas á Zeno y á Elisa.

Marchado que hubieron, Zeno refirió á Elisa y Astolfo el riesgo que había corrido de ser víctima de una emboscada.—Cuando me dirigía á la redacción del señor M..... para concertar con él el artículo que había de publicarse en su diario, observé que me seguía un desconocido. Al principio no hice caso; más después concebí alguna sospecha y me detuve hasta que le ví desaparecer entre unos árboles. Proseguí mi camino, y al poco rato le veo salir de improviso de un seto y dirigirse hacia mí como un rayo, blandiendo un terrible puñal. Dí un salto hacia atrás, y luego con mi caña de india le asesté un golpe tan bien medido en la cabeza, que se tambaleó y estuvo en poco que no viniese al suelo, pero el malvado tenía el cuero muy duro, así es que el golpe le causó solo cierto aturdimiento, del cual se recobró muy pronto.

Por milagro me libré de la primera puñalada que me asestó, la cual solo me rasgó un poco el gabán. La segunda dió en la chapa de mi cinturón de cuero sin que me llegase á la piel; la tercera fué dada al aire, porque le cogí y sujeté el brazo. Desde este momento fué terrible la lucha, haciendo él hercúleos esfuerzos

por soltarse, y yo por sujetarle y desarmarle. Después de una larga lucha, tuve la suerte de arrancarle de la mano el puñal; pero aquel acero que para mi fué inofensivo, no lo fué igualmente para él, que durante los forcejos que hacía, se hirió inadvertidamente en una mano. Al verse desarmado emprendió la fuga; pero en vez de ocultarse en su madriguera como debía y hacen también las fieras cuando salen mal paradas de un combate, tuvo el bellaco la desvergüenza de presentarse al comisario de policía entablando querella contra mí, como si yo hubiera sido el agresor y no el agredido; y para dar color á la acusación daba dolorosos ayes y mostraba llorando la herida. Como las apariencias le favorecían, diósele crédito; y de aquí la orden de prenderme. Más yo no tardé en llegar y deshacer completamente su trama. Referí al comisario cuanto había sucedido, y éste se apresuró á llamar á mi agresor, que no estaba lejos, y con tal destreza le interrogó, que le costó poco apurar la verdad del hecho. Hízole después registrar, y se le encontró un telegrama expedido el día anterior.... adivinad dónde? En Pulo-Pinang.

—Qué escucho? exclamó Elisa.

—He ahí revelado el misterio, añadió Astolfo.

El telegrama estaba en cifra, y el comisario insistía en que lo descifrase. El bandido al principio se excusó; después se puso á descifrarlo á su modo; más según estaba de asustado, no decía cosa que sentido diese, y entre tanto un color se le iba y otro se le venía.

El telegrama, dije yo secretamente al comisario, debe de haber sido expedido por el contramaestre del *Elverine*, el cual viaja con el supuesto nombre de Pérez, y le conté cuanto yo sabía de aquella *buena*

pieza, y el encuentro con él tenido en Pulo-Pinang. Alegróse de estas noticias que le sirvieron á maravilla, pues de tal suerte apretó con sus preguntas al reo, que al fin le obligó á confesar que aquél telegrama era, en efecto, de Pérez. He aquí el cabo de la madeja; pronto veremos cómo la desenreda el gobierno inglés.

—En buen estado está la cosa, dijo Astolfo. En breve el señor Maroto dará también en la cárcel, de donde no saldrá sinó para la horca.

Elisa, durante el relato de Zeno, había estado silenciosa, llena de pavor, pensando en el peligro que había corrido él, y presagiando en su corazón Dios sabe cuántos otros riesgos. Al fin rompió el silencio, y dando un suspiro como para aligerar el peso que sentía en el alma, exclamó:

—Gracias á dios y á la Santísima Virgen que os han librado de tan gran peligro.

Blanca y Patricio nada oyeron ni supieron por entonces acerca de esto, pues Elisa, al presentarse la policía, les mandó ir al jardín á jugar. Los que oyeron el anterior relato, felicitaron á Zeno por haber escapado del peligro; y los periodistas tomaron sus apuntes para una série de artículos en que se prometían poner en claro las tramas de Maroto y de sus cómplices. Para los *reporters*, que andan siempre á caza de noticias, era esta una excelente ocasión de llenar las columnas de los diarios, alimentando la curiosidad del público con un nuevo drama fecundo en importantes revelaciones. Entre tanto para honrar á nuestros viajeros y hacerles olvidar el mal rato pasado,

invitáronlos á una gira á la vecina península de Malaca, y quedaron citados para el día siguiente, una hora antes del alba, en aquel mismo lugar.

XLVIII

UNA GIRA Y LA TORTUGA GIGANTE

Al siguiente día, antes de que amaneciese, un vaporcito, llamado *El Victor*, alquilado para este viaje de recreo, vino á anclar en frente del alojamiento de nuestros viajeros. En menos de una hora reuniéronse á bordo todos los que deseaban ir á la vecina península de Malaca, que eran unos veinte, todos bien armados, y ganosos todos de algún extraño encuentro, ó aventura que poder referir después con las exageraciones acostumbradas en las reuniones de los amigos. Tanta es la vanidad, y tal el deseo que todos tienen de que su nombre ande en boca de las gentes!

En medio de esta reunión de europeos, jóvenes todos briosos, bien humorados y dispuestos á todo evento, notábanse dos siniestras figuras, un malasio y un chino, los cuales á pretexto de tráfico, y después de haber pagado al capitán del *Victor* el triplo de lo que hubieran debido por pasaje, obtuvieron de él por gran favor ser pasados al continente, donde al decir de ellos, tenían que orillar algunos asuntillos. Confundidos entre

la chusma del vaporcito, compuesta también de malasios y chinos, no atrajeron hacia sí las miradas de los pasajeros, ni escitaron sospecha alguna. La alegre compañía prometiéndose dos días de gran soláz, divertíase y cantaba sin acordarse del mundo, mientras Zeno y Elisa preocupados por lo que había sucedido, á duras penas podían hacer asomar á sus labios una ligera sonrisa.

El *Victor* entre tanto serpeaba con hábil maniobra á través de un ingente número de naves surtas en el puerto, y de un laberinto de isletas y de escollos. de que estaba sembrado aquel angosto golfo. En menos de una hora llegó á la orilla opuesta, y dando fondo en la desembocadura de un río que desaguaba en el golfo, desembarcaron los pasajeros en una playa llena de tortugas marinas. Aún no era día claro cuando á unos cien pasos del lugar de desembarco detúvose delante de la comitiva una gran tortuga, llamada por linneo *Chelonia midas*. Fué harto fácil sorprenderla, porque toda atenta á cubrir los huevos depositados en la arena, no se daba prisa á huir al mar, como en otras ocasiones suele hacer, al sentir el más ligero rumor. La gigantesca quelónea pesaba novecientas libras; y su casa portátil, de forma oval, medía dos metros de largo.

Blanca no cesaba de palmotear, y patricio sonreía, Zeno invitó á la niña á sentarse sobre la tortuga, y ella sin hacerse de rogar, se puso al instante encima, y dejando á la tortuga la libertad de sus movimientos dirigióse ésta á su elemento, algo retardada pero no impedida por el peso que sobre si llevaba. Toda la comitiva aplaudió y saludó á la niña.

—Feliz viaje señorita.... Adios, Blanca.... Vuelva pronto junto á nosotros esa nueva aurora sobre su concha marina!....

Y ella contestando con una dulce sonrisa á los saludos agitaba su blanco pañuelo. Patricio sonriendo, hacía señas á su hermanita con la mano, y repetía:—*Good morning, good morning;*—pero cuando la vió avecinarse al mar, empezó á temer que la tortuga se la llevase, y corriendo hacia ella, la cogió de la mano. Riéronse todos del temor del niño; y Blanca para complacerle se bajó y abandonó el animado carro de su triunfo. La tortuga aligerada del peso de su señora, apresuró el paso cuanto pudo hacia el mar: pero mostrósele tan enemiga la suerte, que después de haber servido de vehículo, tuvo que hacer el gasto de un espléndido almuerzo, suministrando con su jugosa carne á toda la comitiva un exquisito caldo, y con un centenar de gruesos huevos, por ella sepultados en un hoyo, una suculenta comida. Otras tres colosales tortugas fueron también gustosa presa de los expedicionarios; mas al aparecer del sol terminó la caza porque sólo de noche, y en el mes de Abril, que era el que entonces corría, depositan las tortugas los huevos sobre la playa.

No pudiendo el *Víctor* pasar adelante á causa de la poca profundidad del río los expedicionarios entraron en dos lanchas, y navegando contra la corriente, llegaron á la quinta de un opulento comerciante inglés, á quien nosotros llamaremos Mr. White, que iba en compañía de nuestros viajeros.

Los dos desconocidos, desembarcando también, se dirigieron, costeando á pié el rio, á un

rústico villorrio que había á una media legua de distancia del punto en que habían desembarcado. Por lo que sucedió después á nuestros viajeros, y que nosotros á su tiempo referiremos, se vino en conocimiento del fin que allá los llevaba.

XLIX.

LA FLORA DE MALACA

La quinta de Mr. White extiéndese en parte por una hermosa planicie, en parte sube en forma de graciosa escalinata hasta un elegante palacio que majestuoso se yergue en lo más alto del collado.

Báñala por el mediodía un caudaloso rio; por el norte confina con un valle lleno de vírgenes florestas y de agua que baja de los montes. En el recinto de la quinta hállase reunido cuanto de más raro y rico tiene la flora de Malaca, y está todo distribuido con maravilloso arte. Hay allí bosquecitos de plantas aromáticas y medicinales, pomares con toda clase de árboles, jardines llenos de flores las más olorosas, pajareras, estancias habitadas por búfalos y elefantes, jaulas en que viven fieras, y una extensa pesquera en medio de la que cae un altísimo salto de agua, la cual cubre de perlas de siempre fresco rocío las yerbas y las flores.

Mr. White llevó á sus compañeros á contem-

plar su jardín adornado con todo lo más precioso de la flora de Malaca y de la India. Zeno, viéndose en medio de su predilecta flora, dió al olvido sus tristes pensamientos, y descanso á su oprimido corazón. Acariciaba con la mano su barba, sonreía á sus compañeros, y corriendo por entre las flores, á manera de abeja enamorada, iba señalando á Astolfo y á Elisa los más espléndidos ornamentos de aquella flora, como el lirio de Ceilán ó narciso del Malabar, el narciso de la India, la elegante Poinciana, llamada también flor del paraiso, el girofle, el rosal de Bengala etc. etc.

Del jardín bajaron á una senda angosta á cuyos lados crecian arbustos cargados de flores rojas y purpurinas, llegando después á un bosque rico en plantas resinosas, aromáticas y medicinales. Zeno al verlas, reía de contento, como quien se encuentra con sus antiguos amigos.

– He aquí, dijo él á la comitiva con aire de triunfo, he aquí una preciosa coleción de *croton*, igual á la que cuenta que ya nieva sobre esta cabeza! Ved aquí el *croton eluteria*, cuya corteza es tónica, astringente y febrífuga. Ved el crotón *suberosum* y el *micans*, que tienen las mismas propiedades. Ved aquí el *thuriferum* que produce el incienso: el *sebiferum*.... Pero no terminó, porque la comitiva fastidiada de tan prolija enumeración, dejó solo á nuestro botánico disertador. Por lo cual reservó su erudición para tiempo más oportuno y se fué detrás de sus compañeros que se habían entrado en una senda cercada de plantas con que los indios adornan el templo de Ixora, y eran la escarlata, llamada así por el color de sus flores, la paveta de flores rojas y olorosísimas, y la blan

ca cuyas flores primeramente son blancas, después de color de bermellón y por último se tornan en amarillas. Zeno no dejó de mostrársela á Astolfo, y éste á su hermana, diciéndole:

—Blanca, aquí tienes tu imagen. Tu color de leche y rosa perecerá con los años, y tus mejillas se teñirán de un color de ceniza que será gustoso ver.

—Gracias por la galantería, respondió Blanca.

A la cual su madre sonriendo, dijo:

—Los estragos del tiempo te enseñan la caducidad de las humanas bellezas. Y Zeno añadió:—Un bello rostro, niña mía, no es más que una calavera bien vestida. Así lo definía el Crisóstomo portugués, el P. Vieira.

—Es lo que yo estoy siempre predicando á mi hermanita, añadió el festivo Astolfo; pero ella hace oidos de mercader.

—Tú mira por tí y predícate á tí mismo, repuso Blanca simulando algún enfado.

—No te alteres, hermanita. Escucha un bello proverbio que recuerdo haber leído en una colección de adagios toscanos.

—«El blanco y el rojo va y viene, más el amarillo se mantiene.—El amarillo es un color fuerte que dura después de la muerte». Consuélate, pues, hermanita y tranquilízate.

Así chanceándose y riendo llegaron al lugar en que el dueño de la quinta había reunido los más estimados árboles de la pimienta, como el *piper lungum* y el *piper cubaba* que son plantas medicinales, el *piper nigrum:* ó *aromaticum,* cuyo fruto recorre el mundo entero.

Al llegar aquí, Zeno vió dos canoas que se des-

lizaban lentamente por el rio; más no le pasó por las mientes que viniesen á espiar sus pasos y los de sus compañeros, por lo cual no hizo caso y con los demás dirigióse al parque de las fieras.

L.

LA FAUNA DE MALACA

Y UNA NUEVA CLASE DE LADRONES

La comitiva, después de haber contemplado detenidamente las variadas especies de animales encerrados en el parque, subió á la cumbre de la colina y sentóse á la sombra de un árbol de la pagoda, llamado *ficus religiosa*, el cual extendía su sombra desde la cima hasta el pié de aquella deliciosa colina.—Este árbol, dijo Astolfo, hace mucha ventaja al que hemos visto en Pulo-Pinang. —Sin embargo, repuso Zeno, este cóloso es superado en mucho por otros de la misma especie que crecen en los bosques de esta península y en varias regiones de la India. En una isleta del rio Nerbuda, cerca de Broach en la Presidencia de Bombay, crece un *ficus religiosa*, que multiplicando y renovando sin cesar sus brazos y sus ramas, fué poco á poco cubriendo toda la isla, la cual tiene medio kilómetro de ancho. Dícese que es el árbol más colosal de la India, y tan viejo, que la tradición le hace llegar á los tiempos de Alejandro Magno. Tan venerado es entre los indios, que mi-

llares de peregrinos corren allá como á un santuario, ó lugar de perdón, y allí adoran las monstruosas pagodas erigidas á la sombra de aquel venerable y venerado gigante de la flora tropical. Los hijos de Elisa, como no estaban acostumbrados á tales maravillas, experimentaban verdadero asombro al oir que un solo árbol cubría toda una isla.

El señor de la quinta para obsequiar de la manera más agradable á sus huéspedes, había hecho poner la mesa al aire libre bajo el gigantesco árbol de la pagoda, á la sombra del cual estaban sentados. Ya humeaban sobre las mesas grandes pedazos de antílope, vistosamente coronados de nardo é hinojo de la India, que es una planta de la que se extrae un vino aromático; tortugas marinas; peces de blanca y delicada carne, y faisanes en abundancia, todo exquisitamente aderezado y hermoseado con hojas y ramos del cinamono y del *laurus casia*. Entre las humeantes fuentes lucía una bien ordenada batería de botellas, cada una de las cuales ostentaba los títulos de su nobleza, unidos á su fe de nacimiento. Zeno las recorrió con una mirada buscando los vinos italianos, pero sólo descubrió el espiritoso Marsala.— Es posible!!! dijo en voz baja á Astolfo, un sólo vino italiano entre tantos extranjeros! Y sin embargo, cuántos de nuestros vinos podrían llegar hasta el fin del mundo! pero la maldita creencia de que no pueden atravesar los mares, no les permite salir del país.

—Tanto mejor para nosotros, respondió Astolfo. Así los beberemos à nuestro placer.

A una invitación del dueño de la quinta toma-

ron todos asiento en torno de la mesa, y se inauguró el almuerzo con una copa de vino de Oporto.

—Echa poco, dijo Zeno al que lo servía, que un vino espiritoso en un estómago vacío hierve, se sube á la cabeza y la trastorna.

—Bah.... dijo un inglés que se sentaba á sulado, tener miedo á la ambrosía de los dioses!

—Pero yo, replicó Zeno, quiero que mi cerebro esté aquí conmigo y no se vaya á pasear por el Olimpo.

Entre el reir y el beber de la alegre compañía dióse un terrible asalto á cuanto había en la mesa, comiendo todos con gentil apetito y apurando copa sobre copa excepción hecha de nuestros viajeros que eran sobrios sobre todo encarecimiento. Lo que hizo decir á uno de los convidados:—Estos italianos tienen estómagos de cartón, mientras nosotros, gracias al cielo, los tenemos forrados de hierro como nuestras naves. Jamás una botella de Jerez ó de Marsala, bebida en ayunas y de un trago, fué capaz de entenebrecer un poco el entendidimiento.

—En obsequio á la verdad debemos decir que quien así alardeaba, al terminarse el almuerzo, veía los objetos duplicados.

Mientras los convidados se solazaban, los guardabosques y mozos de labranza no se estaban con los dientes ociosos. Sentados sobre el verde césped comían y bebían alegremente para hacer honor á su amo. El aparato de su mesa era digno en verdad de los tiempos heróicos; hojas de banana y palmera hacían las veces de platos; los dedos suplian los tenedores y cuchillos, y las copas de bambú hacían supérfluas las tazas de porcelana y los vasos. Huelga añadir que el apetito, la

alegría, los repetidos tragos, los frecuentes hurras, los brindis, y los dichos agudos eran dignos de una compañía regocijada y exenta de cuidados. Empero, la seriedad de Elisa que rara vez se sonreía, la reserva de sus hijos, la gravedad de Zeno y la dulce melancolía de Patricio formaban extraño contraste con la estrepitosa alegría de los otros, algo calentados por el vino, y tal vez impedían que la algazara traspasase los límites del decoro.

Entre tanto por la parte opuesta acercábanse paso á paso y silenciosos unos ladrones de nueva invención, los cuales, habiendo atisbado desde lejos la gastronómica batalla, venían á disputar la palma á los vencedores. Aprovechando el tiempo en que los criados tomaban también parte en el común regocijo, fuéronse avecinando al campo de la g oria, sin hacer el más pequeño ruido, cubiertos por el follaje de las plantas. El jefe, que era el más fuerte y arriscado, llegó sin ser visto al lugar donde habían colocado los criados las frutas y los dulces, coronados de yerbas olorosas y de guirnaldas de flores. El trofeo debía permanecer oculto hasta el momento de ser llevado á la mesa, á fin de aumentar con su súbita aparición la alegría de los convidados: más ¡ho dolor! cuando llegó este momento fué arrebatado todo por los ladrones. Pero quiénes eran esos ladronzuelos? *Risum teneatis?* eran monos, de los que en aquellas florestas había grandísimo número.

Ellos quisieron enseñar á quien blasona de su monesco origen,—y había más de uno entre los convidados,—que si comen los hijos, no es justo que ayunen los padres. Y la lección esta vez fué solemnísima porque los monos arrebataron cuanto

les vino á las uñas. Lo más gracioso fué que no contentos con robar los dulces y la fruta, se llevaron también una botella de champagne y una mantilla y varios pañuelos que allí habían dejado los convidados. Sorprendió á los ladrones en su grata labor Astolfo, el cual habiéndose levantado de la mesa por no sé qué causa, y dirigiéndose al lugar donde se estaba perpetrando el hurto, vió con grande admiración suya que los monos habían formado una cadena, de la cual el primer eslabón, que era el jefe de la banda, cogía cuanto encontraba, y con increible celeridad lo entregaba al segundo éste al tercero, y así sucesivamente. Es indecible el placer que de esto recibió Astolfo, y para gozar más tiempo, escondióse en lo más denso de los arbustos y plantas, y allí se estuvo largo rato encorvado, tapándose la boca para ahogar la risa que le retozaba dentro. En esto vinieron los criados á buscar para llevarlo á la mesa, el trofeo destinado á ser como la corona del banquete, y los monos al sentir el ruido de los pasos, corrieron presurosos á esconderse; por manera que los sirvientes encontraron el cuerpo del delito, más no á los de lincuentes.

Al ver toda aquella devastación y robo, mesáronse los cabellos, y mirándose uno al otro con rabia, se dieron recíprocamente el honorífico dictado de ladrón, no pasándole á ninguno por las mientes que pudieran ser los monos los verdaderos ladrones. Por lo cual echando cada uno la culpa á su compañero, se llenaron de injurias y denuestos, y escandeciéndose más y más, vinieron á las manos y se golpearon de lo lindo. Acudieron al ruido todos los comensales, y antes que nadie As-

tolfo, el cual no había oído hasta entonces el ruido de la batalla. Paz, paz, gritaba él corriendo, mientras el señor de la quinta que había acudido á despartir á los combatientes, repartía largamente puñetazos y bofetones.—Basta, gritó Astolfo, basta, dando suelta á la risa; y les narró cuanto había observado.

Con que son los monos los que nos han jugado esa mala pasada! dijo Mr. Withe entre indignado y risueño, mientras toda la comitiva se desternillaba de risa.—Por Baco que me la han de pagar! y echa mano á la carabina, haciendo lo mismo los criados, ávidos de tomar venganza. Pero se opusieron los convidados, ganosos de ver el último acto de la comedia. Dirigiéndose, pues, todos agachados y silenciosos al lugar indicado por Astolfo. Elisa, quedándose atrás, llamó á un lado á su hijo, y echóle una buena repasata por no haber evitado aquel alboroto, declarando al momento quienes habían sido los ladrones. Astolfo, no se excusó, aunque su falta parecía digna de disculpa: sino que escuchó en silencio la corrección de su madre, y cuando ésta hubo terminado le pidió perdón y besó la mano.

Oíanse ya los estridentes gritos de los monos; y la comitiva, que había llegado á un punto desde el que podía verlo sin ser ella vista, presenció la más cómica escena que se puede imaginar. Un mono, sentado en una gruesa rama, divertíase con la botella de champagne; y tanto la agitó, que aflojándose el alambre, saltó el tapón hiriendole en la frente; por lo que el animal lanzó un grito y arrojó lejos de sí la botella. Otro estaba todo ocupado en ponerse al cue-

llo un pañuelo de color de rosa, que uno de la comitiva reconoció por suyo. Un tercero estábase cubriendo con la mantilla que había dejado Blanca sobre una mesa. En suma, todos se estaban ataviando, después de haber almorzado. La comitiva, espectadora de esta escena, a duras penas podía ahogar la risa que estaba á punto de estallar á manera de un trueno. Blanca decía en voz baja á Zeno:

—Pobre mantilla mía! A dónde fué á parar!— Y Astolfo dijo á su hermanita:—Si la recobras, todo el mundo elegante te la envidiará.

Zeno queriendo complacer á la niña, recurrió á un expediente que también á otros dió un feliz resultado. Poco á poco y en silencio fué á sentarse en un ribazo desde el que se atrajo las miradas. Después se cubrió y descubrió muchas veces con un pañuelo, y permaneció en esta mímica unos diez minutos, hasta que el mono que tenía la mantilla, comenzó á imitar el juego; entonces Zeno levantóse y arrojó con ímpetu el pañuelo. El mono hizo otro tanto; y vióse volar por el aire la mantilla, que Zeno corrió presuroso á recoger. Toda la comitiva salió entonces de sus escondites, desternillándose de risa y aplaudiendo con frenético entusiasmo. Los monos huyeron precipitadamente, y Mr. White y sus criados los persiguieron saludándolos con una veintena de balas; pero ninguna dió en el blanco, porque los malandrines estaban ya fuera de tiro: tanta fué la presteza y agilidad conque huyeron. Esto hizo decir á Astolfo:—He aquí una nueva clase de ladrones, los cuales, si no es un poco de susto, ningún castigo reciben por sus rapiñas. Ahora comprendo porque también entre nosotros ciertos

ladrones quedan impunes y con la bolsa repleta! . . Son hijos de aquellas madres!

—No es eso sólo, añadió Zeno. Lo peor es que sobre quedar impunes, á menudo son elevados por el diablo à lo más alto del árbol de la cucaña. Oh que bién les cuadra aquel gracioso epigrama:

In tempi men leggiadri é piú feroci
I ladri si appiccabano alle croci;
In tempi men feroci é piú leggiadri
Si appiccano le croci in petto ai ladri (1),

—Qué mucho, pues, dijo Astolfo, que el verbo robar se conjugue en todos los tiempos, modos y personas?

Mientras nuestros viajeros, regresando á la casa de la quinta, conversaban entre sí de este modo, y el resto de la comitiva entrégabase á una estrepitosa alegría, á una media legua, es decir, en el villorrio más próximo, tramábase contra nuestros viajeros una horrorosa traición. Los autores de este nuevo atentado eran los dos bellacos que mencionamos arriba, los cuales so color de no sé qué tráfico pudieron alcanzar, á fuerza de dinero, ser pasados en el *Victor*. Pero quiénes eran, y cuál era el móvil de la inícua trama que urdían? Eran dos piratas, dignos con militones del agresor de Zeno y ocultos emisarios enviados á seguir á nuestros viajeros para aprovechar cualquiera ocasión

(1) En tiempo de las bárbaras naciones
De las cruces colgaban los ladrones;
En tiempo del progreso y de las luces
Del pecho de ladrones cuelgan cruces

propicia de tener en sus manos, vivo ó muerto, al huérfano de la viuda Ochaíl y á su protector. La orden partía del capitán de la gavilla. asaz numerosa en aquellos contornos y que extendía sus redes desde las islas de la Sonda hasta las de la China meridional. Pero quién había dado el primer impulso á este movimiento? Quién había sido el primer instigador de estos delitos? No es menester decirlo, después de lo referido arriba sobre la agresión de la cual estuvo en poco que Zeno no fuera víctima; y nosotros lo veremos claramente en el proseguimiento de nuestra narración.

LI.

UNA NAVEGACIÓN
POR ENTRE LAS HUERTAS Y JARDINES

Eran las once de la mañana cuando los expedicionarios, ganosos de cazar al animal más feroz que ocultan las selvas, al tigre real de Malaca, que nosotros vimos en otro capítulo sucumbir en un combate con el elefante, embarcáronse de nuevo para subir por el rio hasta las florestas llenas de estas sanguinarias fieras, donde eran aguardados por muchos guardabosques enviados delante por el señor de la quinta. Elisa no quiso formar parte de la expedición, y entró en la lancha con la precisa condición de quedarse con sus hijos; que la experiencia de los riesgos pasados y la más vulgar prudencia enseñábanla á no exponer su vida y la de sus hijos, la cual apreciaba más que la suya, en tan peligrosa empresa.

Mientras las dos lanchas surcaban veloces el rio, Mr. White complacíase en mostrar á Zeno y á Elisa las huertas y jardines que iban dejando atrás, y eran propiedades de una compañía inglesa, de

la cual era él un miembro. Veíanse á lo largo de las dos orillas del rio plantaciones de tabaco, café, y caña de azucar, y las huertas verdeguean con yerbas y plantas, unas alimenticias y otras medicinales, cosa que no pudo menos de proporcionar á Zeno un vivísimo placer.

Mientras Mr. White y Zeno conversaban sobre plantas medicinales, atentamente escuchados por Elisa y por Astolfo, Blanca y Patricio bostezaban. Pero cuando recayó la conversación sobre una plantecita con cuyo jugo tíñese de negro los cabellos, la pizpireta Blanca se apresuró á decir: Si tiene tal virtud, porqué vos, Zeno, que tantas canas tenéis, no os servís de ella para rejuvenecer? Ah, mi querida niña, respondió Zeno sonriendo, si sirviera, no para parecer joven, sino para rejuvenecer de verdad, con mil amores seguiría tu consejo. Mas de qué sirve enmascararse uno de jóven, siendo ya un viejo chocho? de qué sirve ocultar la nieve de la cabeza, si las arrugas de la frente, la incurvación del cuerpo y los demás estragos causados por el tiempo denuncian los años?

—Y sin embargo, dijo Astolfo, cuántos abuelitos y abuelitas se tiñen un día y otro los cabellos con menjurjes de Francia, Alemania, Inglaterra, y hasta de América—que cada nación nos envía hoy el suyo—con el fin de parecer lo que no son! Pobre gente! Como si pudieran ocultar los muchos años, que con más claridad llevan escritos en la frente que en su fé de nacimiento!

—Su vanidad, observó Elisa, nos mueve á risa; pero en nuestra época es en cierto modo excusable.

—Y porqué? preguntó Astolfo.

—Porque la veneranda canicie, tan respetada

en otro tiempo, es hoy la burla de una procaz juventud, que nada respeta.

Todos aplaudieron la sensata observación de Elisa, y Astolfo dijo al oido á su hermana:

—Aprende esa lección; la niña le contestó:

—Guárdala para tí, que te viene muy bien.

Entre tanto las dos lanchas habiendo dejado atrás las huertas y los jardines y hasta el poblacho al que se habían encaminado los dos bellacos de quienes hemos hecho mención arriba, íbanse avecinando á las espesas florestas, morada de tigres y elefantes. Toda la comitiva se hallaba gozosísima, y cada cual se apercibía para acometer á los soberbios dominadores de las selvas, preparando armas y municiones para la gran cacería. Era la una de la tarde cuando las dos lanchas llegaron á una garganta del río que se internaba en la floresta.

LII.

UN CORAZÓN INTRÉPIDO Y UN DISPARO AFORTUNADO.

En el lugar del desembarco tan densos estaban los árboles, que en pleno medio día no penetraba ni un solo rayo de sol. Eran en su mayor parte árboles que habían desafiado á los siglos, retoñando y renovándose sin cesar. Allí de cuando en cuando llegaban á los oídos de los cazadores los berridos del elefante y los rugidos del tigre real, muy parecidos á los del león. He aquí el lugar á propósito para la batalla, dijeron todos, y pusieron pié en tierra, excepto Elisa y sus hijos. Zeno vaciló algo porque le dolía dejar solos á sus compañeros de viaje; pero el deseo de verse frente á frente con el rey de las florestas fué para él una tentación á la que no supo resistir, y se agregó á la compañía de los cazadores. Elisa vióle con sentimiento partir, pues él había sido para su familia el hombre de la Providencia. Astolfo en quien ardía el fuego de la juventud, y estaba deseoso de aventuras cual ninguno, no cesaba de rogar á su madre que le permitiera seguirle, pero Elisa no se dejó vencer de las súplicas, y negóse á complacerle. Por lo cual él haciendo de la necesidad virtud, resignóse á

ser ocioso espectador de la gran cacería, consolándole la consideración de que dos carabinas que habían quedado de reserva en la lancha, podíanle servir para algo, habiendo como había en la orilla del río una numerosidad de aves.

Transcurrió una hora sin que se percibiera señal alguna de caza; poco después el silencio fué interrunpido por las detonaciones produ:idas por repetidos disparos, en medio de las cuales oíanse la grita de los cazadores, y los mugidos y rugidos de las fieras.

—¡Ha comenzado la batalla, exclamó Astolfo, y yo sólo, solo yo, por cuyas venas circula sangre troyana, he de estarme mano sobre mano! Rióse Elisa de la romancesca exclamación de su hijo, y díjole: – Tienes aquí dos carabinas, y aún no estás contento?

—Sin duda vendrán aquí los tigres á refrecarse en la orilla!....

No había terminado aun estas palabras, cuando un soberbio tigre real perseguido por los cazadores salió de la floresta y se detuvo en la orilla del río en frente de Astolfo. Verle, coger la carabina, apuntar y hacer fuego, fué para el joven obra de un instante. La fiera herida, pero solo levemente, dió un rugido espantoso, lanzó una mirada de fuego contra su enemigo, escarbó la areaa, lanzóse después al río y agarróse con las uñas de la proa de la lancha. Dos barqueros que había dentro, petrificados con el miedo, no se movieron, más Elisa, recobrada del terror que la había acometido, toma la otra carabina, que afortunadamente estaba cargada con dos balas, y gritando.

— Ayudadme, Jesús mío,—Apunta, hiere al tigre

en la cabeza y le mata. Los gritos de alegría oyéronse en las estrellas; y un grupo de cazadores que corrieron al lugar donde se había hecho el disparo, vieron con grande estupor y no menor alegría el tigre muerto sobre la lancha de Elisa.

—Quién ha hecho un tan hermoso disparo? preguntaron todos á una.

—Fué mamá. respondió Blanca palmoteando de contenta.

—Viva la Romana! gritaron con toda su voz los cazadores.

En esto llegó Zeno, atraído por el ruido; cuando vió el tigre, reflexionando sobre el peligro corrido por sus compañeros, se horrorizó y se reprochó mil veces el haberse alejado de ellos.

—En lo sucesivo, dijo entrando en la lancha, no sucederá que yo me aleje ni un dedo de vosotros mientras no hubiéreis llegado á vuestro destino. Me extremezco al pensar en lo que os ha podido suceder.

—Nosotros estamos en las manos de la providencia, dijo Elisa; y Ella vela amorosa por nosotros, como una madre por sus hijos. En el momento del peligro invoqué con el corazón á Jesús y María, y ya veis que no fueron sordos á mi voz.

—Veo, sí, añadió Zeno conmovido y enternecido hasta el punto de derramar una lágrima, veo que una fé viva en la bondad de Dios y en la protección de su Santísima Madre es nuestra mejor defensa. Si yo en Singapur escapé del furor de un tigre humano, peor que este muerto por vos, decidme por favor, ¿á quién lo debo sino á vos, á vuestras oraciones?

—Qué decis?..... respondió Elisa á quien el rubor de la modestia tiñó las mejillas de un belli-

simo carmín; qué es lo que decís? Eso es robar á Dios la gloria que sólo á Él es debida.

—Cierto, el cielo me guardó! Pero yo sé que Dios escucha las oraciones.....—y añadió en voz baja —de sus santos.

Elisa tenía de sí misma muy diferente opinión, y no sufría verse alabada, cortó hábilmente la conversación enderezándola á otro asunto.

—Presumo que estas crueles fieras causarán grandes estragos en estos paises.

—Calculadlos. En sola la India inglesa una estadística oficial hace subir á trece mil el número total de las víctimas devoradas en un solo año por los tigres.

—Dios mío! exclamaron á un tiempo Elisa y Blanca horrorizadas.

—No há mucho una multitud de estas fieras acometieron á los empleados de una estación telegráfica situada en la extremidad de la isla de Sango, é hicieron horrorosa riza.

—Y no se salvó ninguno? preguntó temblando Blanca.

—Ni uno. Fueron todos despedazados y devorados.

—Increible parece! añadió Astolfo.

—Y sin embargo es verdad. Muy á menudo sucede alguna trágica escena á ésta parecida. Una noche mientras dos mujeres indias aderezaban la cena, aguardando á cada momento el regreso del marido, sienten un fuerte golpe en la puerta, luego un segundo y después un tercero más fuerte

—Allá voy, gritó desde dentro una de las dos mujeres, y refunfuñando por aquel brusco modo de llamar, corrió á abrir. Pero cuál no fué su sorpre-

sa y su espanto cuando en lugar del marido vió en el umbral de la puerta un tigre! Lanzó un grito, arrojóse dentro, intentó huir; vano intento: la fiera se arrojó sobre ella y la despedazó. A los gritos acudió la compañera; fué también dilacerada por la famélica fiera.

—Basta, basta, dijo Elisa. Se me hiela la sangre al oir esas horribles escenas, y al pensar que á nosotros nos hubiera cabido la misma suerte, si la Virgen bendita no hubiera venido en nuestro auxilio!

Al decir esto dirigió al cielo una mirada tan expresiva, que parecía haber concentrado en ella mil efectos. Hubo un momento de silencio durante el cual participando cada uno de los sentimiento de Elisa, elevó lleno de reconocimiento su corazón á Dios y á su santísima Madre.

Interrumpió el silenció Astolfo diciendo:—Si la India está tan llena de tigres, quién se aventurará á viajar solo y desarmado por estos paises?

—Los indígenas, respondió Zeno, los cuales han encontrado un medio de magnetizar el tigre, y hacerle no sólo inofensivo, sino diré casi manso.

—Os chanceáis, repuso Astolfo.

—Hablo en serio.

—Pero cómo se ingenian los indios para magnetizar al tigre?

—Quiero que lo adivines tú mismo.

—Por mas que aguce mi ingenio, temo no acertar esta vez.

—Será, dijo Blanca, algún encantamiento?

—Todo lo contrario.

—Ah, exclamó Astolfo dándose una palmada en la frente, qué tonto que soy, se me había olvidado que

el tigre, y cualquiera otro animal puede ser magnetizado con la mirada del hombre cuando es fija.

—Pero eso ni se puede hacer siempre, ni lo pueden hacer todos.

—Qué será, pués? El mesmerismo?..... la luz,? ... el fuego?.. decían alternativamente Astolfo y Blanca.

Zeno después de haberles hecho discurrir algun tiempo, añadió:—No hacertó ninguno de los dos. El medio de que se valen los indios para encantar al tigre es un instrumento músico, el violín, ú otro parecido.

Oh..... exclamaron todos á una voz, el violín?

—Y qué? os maravilla? Quién no conoce el mágico poder de la música sobre los animales?..... El viajero indio apenas ve cerca un tigre, coge su instrumento y procura arrancarle los sonidos más dulces, ó los más agudos; el tigre, segun oí contar á muchos indios, magnetizado por aquellos sonidos, se detiene, escucha atento é inmóvil, como si fuera de piedra, y deja pasar al músico sin hacerle daño alguno. Por lo demás los tigres, generalmente hablando, no acometen sino en su defensa, ó acosados por el hambre.

—Oh poder de la música! exclamó Elisa.

—Yo no osaría, dijo Astolfo, hacer frente á un tígre con violín en la mano; prefiero la música de la carabina.

—Cara te hubo de salir; un minuto que tu madre se hubiera detenido...

—Ah! cuando lo recuerdo, dijo Astolfo, se me erizan los cabellos.

—He allí el mónstruo, exclamó Blanca, que pretendía devorarte; pero su atrevimiento le salió caro.

—Qué terrible era! dijo Astolfo: sus ojos despedían llamas, su boca arrojaba espuma, sus pelos estaban rígidos, rechinábanle los dientes, afilaba las uñas y abría una boca tan descomunal que pondría temor á cualquiera. Mi hermana tenía un miedo cerval....

—Quién te lo ha dicho! replicó Blanca herida en lo más vivo.

—Ea! con fiesa la verdad....

—Sí, un poco de miedo tuve, no lo niego; pero ¿me impidió acaso correr en tu defensa?

—Viva Blanca! exclamó Zeno palmoteando. Con que acudíste en auxilio de tu hermano? Oh brava, bravísima Romana, digna heredera del valor de tus abuelos. Y con qué arma corriste á defender á tu hermano?

—Con la primera que topé, con un remo, añadió la niña en medio de la risa de todos.

—Y qué daño hubieras hecho al tigre con tu remo?

—Le hubiera destrozado la cabeza.

—Cómo te engañas, niña mía! La cabeza del tigre no es una lámina de cristal. Pero alabo tu coraje, pues no te pasmaste como aquellos dos bobalicones.... aludía á los barqueros que en el momento del peligro no habían movido un dedo, ni siquiera dado un grito.

—Me hubiera valido más entonces, dijo Astolfo, tener en la mano un violín que una carabina?

—Sin duda, respondió Zeno, y hubieras desempeñado dignamente el papel de Orfeo, al modo que tu madre desempeñó el de Diana cazadora.

—Norabuena me habéis traido á la memoria al famoso Orfeo de la fábula, que amansaba las

fieras y las llevaba tras de sí con los harmoniosos sonidos de su lira. El debió de ser algún indio.

—O algún griego, repuso Zeno, de la armada de Alejandro, el cual habiendo llegado hasta la India, aprendió de aquellos pueblos á domeñar con la música los tigres y á encantar las serpientes. Orfeo, á juicio mío, no fué un personaje fabuloso, sino de carne y hueso como nosotros, ya fuese un indio de piel morena, ya un griego de raza blanca y de agraciadas y gentiles formas, según le representan los pintores.

LIII.

UN ENCUENTRO CON LOS ELEFANTES.

Mientras así conversaban, bogaba á todo remo la lancha de Elisa siguiendo á los cazadores que iban muy adelante; detrás, á corta distancia, marchaba la segunda lancha, la cual llevaba todo el cargamento de las provisiones.

Entretanto en la floresta hervía como en ninguna parte la caza. Un pequeño elefante, no pudiendo seguir el paso de sus compañeros que huían de vencida, asustado con el ruido de la escopetería estaba á punto de caer en manos de los cazadores; mas he aquí que un colosal elefante sepárase de la manada, vuelve sobre sus pasos, alcanza al pequeño animal que se habia rezagado, hácele marchar delante y con su cuerpo le sirve de escudo contra las balas. Era sin duda la madre del pequeño elefante. Pero este acto de maternal amor costó la vida al efectuoso animal, sin que pudiera salvar la vida de su hijo. Mas antes de perecer, causó un estrago espantosísimo, aterrando cuanto encontraba delante. El bosque retumbaba con sus berridos; estremecíase la tierra bajo

sus piés, y los arbustos y las plantas caían tronchados por los rabiosos golpes de su trompa. Los cazadores teníanle estrechado dentro de un círculo de fuego; y las balas que unas á otras se sucedían sin interrupción, habíanle acribillado. El valiente animal al sentirse herido en muchas partes; al verse cercado por todos lados, enfurécese, y ciego de dolor y de rabia embiste á un grupo de cazadores que le acometían más de cerca. Estos teniendo á duras penas tiempo para evitar su encuentro, subiéronse á lo más alto de un elevadísimo árbol. El irritado elefante, seguido de su hijo, aprieta el cerco, y ambos empiezan á golpear con su trompa la fortaleza aérea en que se habían refugiado. Esta escena tenía lugar cerca del río á la vista de nuestros viajeros quienes se apresuraron á ir en auxilio de los que tanto peligro corrían. Zeno y Astolfo echando mano á las carabinas, saltaron á tierra; que Elisa en tal trance lejos de contrariar á Astolfo le alentaba, y, á no haberle detenido el amor y el cuidado de los dos niños, á quienes no podía dejar solos en la lancha, hubiérale tambien seguido. De repente brilló en el entendimiento de Zeno una luminosa idea. Hizo á toda prisa, ayudado por Astolfo, un manojo de leña seca, lo ató á una vara de bambú, pególe fuego con un fósforo y enseguida lo arrojó contra los dos enfurecidos elefantes, los cuales al ver aquella llama, levantaron el sitio y huyeron, pero para volver poco después al asalto más irritados que antes. Esta insignificante estratagema inventada ya por Julio César y ahora puesta en práctica por nuestros viajeros, fué la que decidió de la salvación de los sitiados y la victoria de los

cazadores; pues dió tiempo á que aquéllos abandonasen el arbóreo y amenazado castillo, y á éstos á que se reunieran para hacer frente al enemigo común. En efecto, volviendo pocos minutos después los elefantes al asalto, fueron recibidos con tan nutrido fuego de escopetería, que heridos ambos en los puntos mas vulnerables, cayeron muertos en tierra. Elisa y sus hijos bajaron entonces de la lancha para contemplar de cerca aquellos dos colosos que habían puesto en grave riesgo la vida de muchos cazadores

Si difícil empresa había sido darles muerte, no lo era menos al presente transportarlos á Singapur; sobre lo cual surgió diversidad de pareceres entre cazadores y barqueros, queriendo éstos dividirlos en trozos para llevarlos más fácilmente, y oponiéndose aquéllos por la vanidad de mostrar á todo Singapur el espectáculo de tan notable cacería. Triunfó como era de esperar la opinión de éstos; y se convino con los barqueros en construir inmediatamente una barca de bambú y trasportar los elefantes en ésta remolcada por las dos lanchas. Desplegóse la mayor actividad en la construción de la barca, suministrando la floresta materiales en abundancia, y en menos de dos horas estaba terminada la obra. Faltaba la parte más difícil, el transporte de los dos elefantes Pero tanta fuerza comunicó á todos el deseo de llevar intacto á Singapur aquel trofeo de su cacería, que con cuerdas y maromas, sacadas de las dos lanchas, y trabajando todos, consiguieron llevar la presa hasta el lugar donde habían de embarcarla. Pero llegado que hubiéron. un prolongado oh! de estupor salió de todos los labios. Las dos lanchas habían desaparecido, y con ellas

el único barquero que había quedado custodiándolas, mientras sus compañeros, bajados á tierra, trabajaban en construir la barca y trasportar los elefantes á la orilla del rio.

UNA NOCHE EN LOS BOSQUES ENTRE TIGRES Y LADRONES

La súbita desaparición de las lanchas en un lugar donde no había alma viviente, hizo recaer todo el peso de las sospechas sobre el pobre barquero. Solo Zeno concibió dudas recordando haber visto á cierta distancia aparecer y desaparecer dos piraguas en un recodo del rio. Muchos y diversos fueron los comentarios que hicieron los cazadores sobre aquel extraño accidente que los dejaba sin el único medio de transporte que tenían, y obligaba á pasar la noche al sereno y en medio de las fieras. El sol se inclinaba al ocaso, y ellos distaban tanto de la quinta donde habían comido, que era imposible llegar por tierra antes de la noche. Por otra parte, los cazadores no querían abandonar su presa, y los barqueros permaneciendo allí, abrigaban esperanzas de dar caza á los ladrones, y de recobrar sus lanchas. Tomóse, pues, de común acuerdo el partido de pernoctar en el lugar donde estaban, que era la orilla del río, y todos consagraron sus fuerzas á levantar una choza, la cual cercaron de

una estacada para defenderse de las fieras. Zeno, sin embargo, no temía tanto la ferocidad de éstas, como la de los piratas, cuya proximidad podía con certidumbre inferirse de la desaparición de las lanchas. Juntamente con éstas perdiéronse las provisiones, razón por la cual, algunos criados y guardabosques de Mr. Wthe esparciéronse por los lugares circunvecinos en busca de raíces y frutas, y en hora y media que fué lo que duro el día, recogieron lo preciso para una modesta cena. Llegada la noche, hicieron fogatas para alejar los tigres, y llevar á término su trabajo. Eran las nueve de la noche cuando toda la comitiva se acomodó lo mejor que pudo en la choza, y para engañar el hambre, que hacía ya sentir sus ladridos, tuvo á gran dicha el poder alimentarse de frutas y raices. La cena fué harto diferente de la comida; pero todos poniendo buena cara á la adversa fortuna, mostráronse asaz satisfechos con aquel regalo que les hacía la Providencia, y chanceándose decían:—Un poco de dieta nos preparará el estómago para mañana. Aquí donde tanto abunda la caza, no se corre riesgo de morir de hambre; y cuando todo corriera turbio, y nada pudiéramos cazar, las dos torres de carne que tenemos, nos bastaría para comer durante muchos días.

—Pongamos guardia dijo Zeno, no sea que nos arrebaten la caza. Será también necesario mantener encendidas las fogatas, y tener un centinela armado que ronde la choza.

El se ofreció á velar el primero, y con él algunos otros cazadores, los cuales debían relevarse cada dos horas. Astolfo quería también prestar servicio; pero el *Senatus populusque* de la choza,

elogiando su buena voluntad, envióle á acostarse en el rústico lecho que le había preparado Elisa al lado del de Patricio. Pero él, á fin de estar pronto, si era llamado á las armas, no quiso acostarse sin tener junto á sí su excelente carabina. Blanca dormía ya como un tejón, y toda la comitiva rendida de cansancio hallábase sumergida en profundo sueño, durmiendo unos á la serena, otros bajo el rústico techo. Sólo Elisa velaba orando cerca de sus hijos, mientras Zeno y otro compañero rondaban la estacada y atizaban las fogatas que estaban á punto de apagarse. El silencio de la noche era frecuentemente interrumpido por los berridos, aullidos y rugidos de las fieras, pero aquella música infernal no fué bastante á despertar á los cazadores; tan profundo era su sueño. De cuando en cuando los dos centinelas veían brillar entre los arbustos y las plantas á la luz de las llamas los ojos de los tigres y leopardos, los cuales atraidos por el olor de la carne, daban vueltas en derredor de la estacada. Un leopardo, ó más arriscado ó más hambriento que los otros, aprovechando el momento en que los dos centinelas estaban ocupados en atizar el fuego, salta la estacada, y penetra en el lugar en que estaba atado uno de los dos jumentos llevados por los guardabosques que, yendo por tierra, habían precedido á la comitiva.

Al llegar el enemigo, el bravo animal resopla, levántase sobre los pies posteriores, rompe la cabezada, y tomando valerosamente la ofensiva, sacude al agresor dos ó tres coces que le hacen rodar por la tierra. Los dos centinelas acuden al ruido, y algunos cazadores, despertados, levántanse y empuñan las carabinas, pero cuál no fué el estu-

por de todos cuando vieron un leopardo derribado en tierra por un asno! No parecía sino que conocía éste toda la importancia de su victoria, pues veíasele erguir la cabeza y poner tiesas las orejas, á la vez que rebuznaba con toda la fuerza de sus poderosos pulmones. El leopardo que parecía muerto, pero estaba sólo atontecido, recobrado que se hubo del aturdimiento, avergonzado de verse vencido por un vil jumento, emprende un segundo asalto, ganoso de venganza y tan ciego por su furor, que no ve á los cazadores. Estos querían hacer fuego; pero Zeno, deseoso de ver el término de aquel combate, les dijo?

—Todavía no es tiempo; aguardemos.

El asno vencedor, viendo á su enemigo apercibido para el asalto, permanece inmóvil, y cuando la fiera daba el salto para caer sobre él, le dispara un par de coces tan gallardas y bien medidas, que por segunda vez le atierra. Revolviéndose después ligero, como un perro de caza, le acomete á dentelladas antes que tuviera tiempo de levantarse. Entre tanto los cazadores acuden presurosos, y atando con una gruesa cuerda al leopardo, mientras se batía con su vencedor, le hacen prisionero. La comitiva toda despertada con el ruido, corre al lugar del combate, y al contemplar la victoria conseguida por el asno, prorrumpe en estrepitosa risa y prolongados aplausos. Astolfo, á quien nunca abandonaba el buen humor, exclamó:—Amanecido que hubiere, decretaremos al asno vencedor los honores del triunfo.

Sí, sí, respondió uno de los cazadores, debemos coronarle de flores y llevarle en triunfo á Singapur.

Ataron fuertemente el leopardo á la estacada, y quedó uno de los cazadores de guardia mientras los otros tornaron á acostarse. Los tigres que se habían alejado, no bien se restableció el silencio, volvieron en mayor número que antes á rondar la choza. Los centinelas asustados con la presencia de aquellas fieras, tamañas como un novillo, refugiarónse dentro de la estacada, y gritaron ¡¡á las armas!! ¡¡á las armas!!

Era ya una necesidad, pues las fogatas medio apagadas no podían contener á las fieras. En un segundo se levantaron todos y echaron mano á las carabinas. Tres tigres reales se iban avecinando al lugar donde yacían los dos elefantes.

—Preparen!—gritó uno, y todos, puesta la mano sobe el martillo de la carabina, aguardaban el momento de hacer fuego. Elisa viendo á Astolfo correr, le detuvo, temiendo por él y no por los niños á los cuales creía seguros en la choza. Pero mientras todos tenían fijos los ojos en los tigres, que andaban al rededor de la estacada, allá donde yacían los elefantes; oyóse un agudísimo grito que les hizo saltar de espanto. Dirigen todos hacia allá sus ojos, y ven ¡horrible espectáculo! un gigantesco tigre, el cual habiendo penetrado en la choza, había cogido con los dientes á uno de los dos niños, y huía con él á ocultarse en las selvas.

Oh Dios!—gritaron muchas voces; se ha llevado á Patricio?....No, á Blanca....pronto, corramos en su auxilio.....Elisa, Astolfo y Zeno precipitáronse en pós de la fiera. Una madre que no hubiera sido animosa como Elisa, hubiera caido muerta de miedo y de dolor; pero ella sostenida por su gran corazón y por su vivísima fé en Dios y en la pro-

tección de la Santísima Virgen, corrió á salvar á su hija, ó á morir con ella.

Toda expresión es lánguida, toda imágen es pálida; no hay pluma, no hay pincel que capaz sea de pintar el despedazamiento del corazón de Elisa, la angustia de Astolfo y de Zeno, el llanto del niño Patricio y el dolor de toda la comitiva. Corrían todos sin dirección fija á guisa de dementes, quiénes blandiendo las armas, quiénes ardientes tizones ó manojos de cañas y sarmientos encendidos con los cuales pegaron fuego á la floresta. Las llamas elevábanse á grande altura; huían espantadas las fieras; los aullidos, bramidos y rugidos de éstas, confundíanse con el crujido de los arbustos rotos y pisados, con el chisporroteo de las llamas y la grita de los cazadores. Era aquello una viva imagen del infierno. En medio de tanta angustia y horror, Elisa, que conservaba toda su presencia de ánimo, corría, volaba delante de todos, dejando entre las zarzas y arbustos girones de su vestido y mechones de sus cabellos. De las heridas de sus manos y sus piés brotaba en abundancia sangre; pero ella no sentia otro dolor que el dolor de haber perdido su hija. Muchas veces cayó en tierra, pero levantóse al instante y continuó corriendo hacia donde la llevaba su maternal amor, ó para hablar con más verdad, adonde la guiaba la poderosa mano de Dios. —Hela! Hela!—gritó, por fin, una voz. Era la de Elisa que encontró á su hija, la cual yacía en un montículo donde el tigre, asustado con tanto ruido y más todavía con el resplandor de las llamas, la había abandonado. Zeno y Astolfo, que seguían de cerca á Elisa, al oir la voz de ésta, corrieron allá, y en pos de ellos unos pocos de la comitiva, pro-

vistos de teas encendidas. La niña no daba señales de vida: tenía los cabellos sueltos y desgreñados, pálido el rostro, lívidos los labios, la frente fria, los ojos cerrados, las manos heladas. Con la derecha apretaba una medalla de la Vírgen, que pendía de su cuello; la izquierda descansaba sobre las rodillas. La madre permaneció inmóvil por un momento, muda, atónita y sin llorar; que la misma fuerza del dolor cerraba el paso á las lágrimas y ahogaba sus palabras. Astolfo, por el contrario, se deshacía en llanto, y Zeno y los demás circunstantes estaban inconsolables. Elisa inclinóse, levantó á su hija, la aproximó á su seno y dió por fin, suelta á su dolor bañándola con sus lágrimas y cubriéndola de besos. Llegó en esto el niño Patricio, llevado en brazos por uno de la comitiva, y viendo á Blanca como muerta, prorrumpió en dolorosos gritos, la besó y volvió á besar muchas veces, repitiendo entre lágrimas y sollozos:- Blanca, Blanca mía, respóndeme, que soy yo.—Al decir esto, y al aproximar de nuevo su cara á la de Blanca percibió una lijera respiración; por lo cual no pudo contener un grito de alegría:—Blanca respira!—

Un relámpago de esperanza iluminó á todos en medio de las tinieblas del dolor; y Elisa corrió presurosa á observar las palpitaciones de aquel corazón que ella juzgaba sin vida.

—Gran Dios! exclamó, no me engaño: su corazon late todavía.—A este anuncio trocáronse las lágrimas en gritos de alegría; y Zeno y Astolfo aproximáronse á Blanca para volverla á la vida. En efecto, recobró algo los espíritus vitales; abrió los ojos, fijólos en el rostro de su madre y luego los cerró.

Oh Dios! se muere..... gritó Astolfo; golpeándose la frente.—Elisa sintió que se obscurecían sus ojos y

estuvo en poco que no cayese en tierra bajo el peso del dolor. Pero acordándose en tan terrible trance de la resignación cristiana, levantó los ojos al cielo exclamando:—Dios piadoso, ó devolvedme mi hija, ó llevadme con ella; pero hágase..... tu..... voluntad!—Así dijo, y exhaló un gran suspiro, que dirigido al cielo llevaba sobre sí todo el peso de su dolor. Entre tanto, puesta la mano sobre el pecho de su hija procuraba sorprender alguna palpitación que reanimara su esperanza. Pasados algunos instantes de silencio profundo y de terrible ansiedad, gritó llena de alegría:—Está viva, ánimo! abriguemos esperanza!—Y así diciendo, tomóla en sus brazos, que á ningún otro quiso ceder tan estimada carga, y dirigió sus pasos hácia el campamento. La comitiva, que ya se había reunido toda, dividióse al instante en tres grupos, de los cuales uno iba delante llevando teas y carabinas; formaba el otro como un muro de defensa, y el tercero iba detrás defendiendo de todo asalto sus espaldas. Semejaba aquello un aparato militar, ó más bien un fúnebre cortejo al que añadían tristeza y horror la pálida luz de las teas y el resplandor del incendio. Marchaban todos en silencio, fluctuando entre el temor y la esperanza. Llegado que hubieron á corta distancia del campamento, donde lo habían dejado todo en el más completo abandono, hallaron la estacada, casi deshecha, y una multitud de famélicos tigres que estaban devorando los dos elefantes.

La comitiva hizo fuego; pero como las fieras habían ya mitigado el hambre, emprendieron la fuga, mas no sin dejar en el campo un tigre real de extraordinaria corpulencia. Este, aunque espirante ya á causa de la copiosa sangre que salía de sus

heridas, al acercarse los cazadores, hizo un esfuerzo supremo para levantarse y lanzarse contra uno de ellos; pero en aquel momento una bala le atravesó el corazón; el terrible felino dió un espantoso rugido, y espiró. Elisa entró en la choza, colocó la niña sobre un lecho de ramas, y después de haberle registrado todo el cuerpo para ver en qué parte había sido herida, no le encontró más que una ligerísima contusión; por lo cual fuera de sí de alegría no pudo menos de gritar: —Milagro! milagro! Blanca no tiene ni una sola herida.—En efecto, el tigre no le había clavado los dientes en la carne, sino en el cinturón elástico y en el vestido; y levantándola en peso, habíala echado sobre la espalda; que tal es la costumbre de esta fiera, cuando la presa no es tan pesada que la obligue á llevarla á la rastra. Entre tanto la niña recobrados los sentidos, abrió los ojos, miró en rededor y preguntó:—Dónde estoy? Dónde está el tigre?—La madre abrazóla, diciéndole: —No temas, Blanca mía, estás entre los brazos de tu madre. Cómo estás? cómo te sientes?

—Yo? bien, gracias á María Santísima, á quien invoqué en el momento en que el tigre me cógió con sus dientes.

Elisa levantó los ojos al cielo, dando gracias á su celestial Protectora. Astolfo, que antes lloraba de dolor, ahora derramaba lágrimas de alegría, viendo tan manifiesto prodigio. Zeno á duras penas daba crédito á sus ojos; y de cuando en cuando tomaba el pulso á Blanca, y observaba todos los movimientos de sus ojos; más al fin convencido de que la niña estaba enteramente sana, lanzó un suspiro, diciendo: Gracias al cielo, nada

hay que temer.—Patricio, arrodillado junto á la hermanita, rezaba en voz baja, y á cada poco apretándole la mano, le preguntaba:—Blanquita, cómo estás?

Mientras nuestros viajeros estaban en derredor de la niña, los otros de la comitiva esforzábanse en reconstruir la estacada y reforzarla, principalmente por el lado más débil, que era aquel por donde el tigre, arrancando algunos palos de bambú mal clavados, había abierto brecha para penetrar en la choza. Encendiéronse de nuevo las fogatas, cargáronse las carabinas y, en suma, hiciéronse todos los aprestos para resistir á un nuevo asalto. Nadie hasta ahora se había acordado de las cabalgaduras; más he aquí que al pié de la estacada oyóse el rebuznar de dos jumentos. Las pobres bestias, que habían buscado la salvación en la fuga, viendo las hogueras, y oyendo las voces de sus dueños, volvieron al campamento; ahora parecía que pedían por favor ser admitidas dentro de las *fortificaciones*. Lo fueron, en efecto, por los cazadores con no pequeña algazara. El leopardo yacía muerto en el lugar mismo donde había sido atado; y en su cuerpo se descubrían las señales de las uñas y dientes de los tigres. Los cazadores comenzaron á respirar tranquilos; y sentados en torno de las fogatas conversaban sobre el pasado peligro, y la aventura de la niña romana. Uno de ellos fijó la atención de sus compañeros en la misteriosa deasparición de las dos lanchas.—Qué relación hay dijeron sus compañeros—entre un hecho de piratería y el asalto de los tigrés?—El moviendo la cabeza, respondió:—Entre los dos sucesos hay, á mi juicio, más estrecho nexo que el

que os imagináis. Quien nos robó las lanchas bien preveía que nosotros, quedando sin medio alguno de transporte, teníamos que acampar al descubierto y pernoctar en lugares llenos de tigres y otras feroces alimañas. Natural era que fiase él en estos poderosos auxilios, reservándose el caer después en unión de los otros piratas sobre aquellos de nosotros á quienes la ferocidad de los tigres hubiera por ventura perdonado y puesto en fuga.—Pareció esto á los compañeros nimia sutileza; y ninguno se adhirió á su parecer. El, sin embargo, discurría perfectamente; y los sucesos no tardaron en darle la razón.

LIV.

UN NUEVO ASALTO

Una hora antes que alborease, nuestros viajeros, que hasta entonces no habían cerrado los ojos, viendo que la niña, completamente restablecida, dormía tranquila, empezaron también ellos á dormitar; mas al poco rato óyense en el bosque gritos y alaridos salvajes —A las armas! gritaron los centinelas, á las armas; y todos al instante se levantaron y apercibieron bravamente para la defensa. Esta vez era el peligro más grave: pues tratábase de la más feroz especie de tigres, que son los tigres humanos, es decir, asesinos y piratas. Una gruesa banda de fieras en forma de hombres había venido por el río, y desembarcó silenciosamente en un lugar muy apropósito para armar una zalagarda.

Zeno, que acompañado de Astolfo había acudido armado, dijo á los compañeros:—Amigos míos es necesario engañar á esa canalla. Dejemos que con toda seguridad se aproximen á la estacada, y entonces hagamos fuego todos á una, y gritemos

también con toda la fuerza de nuestros pulmones. Haciendo después una vigorosa salida, caeremos sobre ellos antes que se recobren de su aturdimiento. Pero guardémonos de separarnos, pues, correríamos gran riesgo de andar perdidos por los laberintos de la floresta.

Agradó á todos la estratagema ideada por Zeno; por lo cual fué aclamado Capitán de la *plaza*, y al instante se encargó del mando. Distribuyó sus soldados en derredor de la estacada, señalando á cada uno su puesto, y recomendando á todos un profundo silencio, y que no hicieran fuego hasta que él diese orden.

Avanzaban los piratas lentamente y con precaución; pero no advirtiendo señal alguna de vida en el campo enemigo, juzgaron que los europeos habían sido devorados por los tigres, ó que, abandonando por miedo el campamento, se habían dispersado por el bosque. Para cerciorarse más y más, dispararon algunos tiros, á los que ninguno de los nuestros contestó. Seguros entonces de no encontrar resistencia, avanzaron en desorden y sin temor.—Fuego! gritó Zeno: y tronaron más de 40 carabinas vomitando sobre ellos una granizada de balas. Siete de los agresores, heridos á quema ropa, cayeron en tierra muertos; los demás huyeron.

—Adelante!—gritó Zeno; y todos, á excepción de Astolfo y otros pocos que quedaron guardando los campamentos, salieron en persecución de los fugitivos, pero no tuvieron la suerte de alcanzarlos, que unos se ocultaron en la impenetrable espesura de los arbustos, y otros pasaron el rio á nado.

Entre tanto coloraban el horizonte los primeros albores, saludados esta vez con verdadero en-

tusiasmo por los vencedores, algunos de los cuales llegando en la persecución hasta el lugar donde habían desembarcado los piratas, se encontraron con las dos lanchas robadas, y además con una barca nueva bien equipada. Mucho celabraron este hallazgo, y entrados en las lanchas, remolcaron la barca hasta el lugar en que acampaban. Es indecible la alegría que recibieron todos por esta nueva conquista que les permitia más pronto y seguro retorno á la ciudad. Al mismo tiempo algunos de la comitiva, que recorrían los lugares circunvecinos en busca de algún pirata que tal vez estuviera escondido, hallaron un largo rastro de sangre, el cual siguiendo, descubrieron á un pirata herido, que en vano trataba de sustraerse á sus miradas, ocultándose donde más densas estaban las plantas. Dicho se está que fué hecho prisionero. Encuanto á los cadáveres de los piratas muertos, nuestros viajeros quisieron que se les diera sepultura para no dejarlos expuestos á la voracidad de los tigres; comenzaron, pues, á cumplir este deber de piedad cristiana, siguiendo su ejemplo el resto de la comitiva.

LV.

RELACIONES DE UN PRISIONERO

El prisionero llevado al campamento fué al momento curado con la corteza pulverizada de la *eritrina*, la cual goza fama de tener la virtud de sanar las heridas. Después de esto comenzó Zeno á interrogarle con singular destreza; pero por más que se esforzaba en arrancarle alguna revelación importante, no lo conseguía; que el prisionero ora callaba, ora contestaba de modo que nada en limpio se podía sacar de sus respuestas, y algunas veces simulaba no entender las preguntas que se le hacían en portugués, idioma que él no debía de ignorar por ser asaz común en Malaca. Se le interrogó por medio de intérpetre en lengua malaya pero el taimado no contestó cosa conducente al fin que se perseguía.

Zeno, sin embargo, resuelto á hacerle hablar, púsose en pié, y dirigiéndose á sus compañeros, les dijo en portugués, para que lo entendiera el prisionero,—amigos míos, á qué perder tiempo con éste? Ya que se obstina en no confesar la verdad, despachémosle de este mundo.

—Sí, sí, respondieron todos á una voz, ¡muera el pirata!

Y sin más, tres de ellos echando mano á las carabinas para intimidarle, se pusieron delante de él con torbo aspecto, y le apuntaron al pecho. El prisionero palideció, y con trémula voz prometió revelarlo todo.

—Acaba, pues, díjole Zeno, habla, y guárdate de mentir si quieres salvar la vida.

Entonces él confesó ser uno de los que desde lejos habían atisbado las lanchas y se habían apoderado de ellas cuando solo había un barquero que las guardase.

—Porqué, preguntóle Zeno, robarnos dos lanchas, que eran de tan poco valor?

—Para impediros el regreso.

—Conque pensábais atacarnos?

—Sin duda.

Y qué os movía á esto si nosotros no teníamos más que nuestras carabinas?

A esta pregunta el pirata dudó qué contestar. Pero aquellas bocas de fuego, dirigidas contra su pecho, demandaban imperiosamente una respuesta. Por lo cuál él con voz trémula dijo:—Nos habían prometido cien *dollars* por cada cabeza de europeo, y todo el botín que se sacara del despojo de las personas que, según se nos dijo, llevaban consigo mucho dinero, y del saqueo al cual hubiéramos entregado la quinta.

Al oir tan espantable revelación, á duras penas pudo contenerse la comitiva; mas Zeno, indicando con una señal á sus compañeros que se callasen, prosiguió su interrogatorio preguntando al prisionero:

—Quién os hizo esas ofertas y promesas.

—Dos que con vosotros vinieron de Singapur, y espiaban todas vuestras acciones.

—Eran esos conocidos vuestros y de vuestra confianza?

—Ciertamente.

—Cómo se llaman?

—El uno Tsiú, y el otro Kalem.

—Es acaso el primero chino, y el segundo malasio?

—Justamente.

Zeno le preguntó además por las señas de éstos, y enterado que se hubo de ellas, vuelto á sus compañeros, les dijo en inglés: - No hay duda: los dos desconocidos que iban á bordo, eran, ni más ni menos, dos piratas.

—Por eso, añadió uno de la comitiva, llegado que hubimos á las plantaciones, huyeron de callada.

Zeno dirigiéndose al prisionero, prosigió.—Refiéreme cuanto les has oido. Hay de tí si mientes, ó me ocultas alguna cosa!

—Ellos nos ordenaron asesinaros á todos; y si esto no era posible, por lo menos presentarles vivo ó muerto á un europeo de barba larga y entrecana, que vestía gabán de color de paja, pantalones blancos y cinturón azul. Al decir esto, se detuvo, y fijando los ojos en Zeno, añadió:

—Si no me engaño, vos sois ese mismo.

Zeno sonrió tristemente, y dándose una palmada en la frente, exclamó: Ahora lo comprendo todo! —Después añadió: Supíste por ellos un atentado contra mi cometido en Singapur?

—Si.

—Es decir que eran cómplices del asesino? Pero por qué causa tanta rabia contra mí, si ni siquiera me conocian?

—Ellos habían recibido esta orden de otro.

—De quién?

El prisionero recelaba responder á esta pregunta.

—Responde, díjole Zeno con voz de trueno, explícate, sino mueres.....y puso á la cara la carabina.

El prisionero reveló por fin el nombre del que en secreto expedía estas sentencias de muerte. Quién era ese? El mismo que había armado el brazo del agresor de Zeno en Singapur y á quien obedecía toda la gavilla. Qué revelación tan importante fué esta para Zeno!

—Dime, añadió éste, soy yo tal vez el único á quien aquel bergante quería quitar de en medio?

—Hay además otro, y es un niño de ocho á diez años, el cual diz que está bajo vuestra tutela.

—Pobre Patricio! exclamó Zeno: también tú estabas sentenciado á muerte!

—Vuelto después al prisionero, continuó interrogándole:—Ese Maroto á quien vosotros conocéis por el nombre de Pérez, es el capitán de la gavilla?

—Sin duda; y nosotros le hemos jurado ciega obediencia.

—Pero cómo es que siendo vuestro jefe, servía como contramaestre en un buque mercante que iba á Calcuta?

—No sabré daros la razón de eso, porque á mi no me confía sus secretos.

—Te la diré yo. Él aspiraba á robar á una rica viuda que iba á bordo, y acaso también el cargamento de la nave; pues no debían de faltarle compañeros para la empresa entre marineros y pasajeros. El primer intento le salió á maravilla; no así

el segundo, porque el buque naufragó. Qué te parece? Estoy, ó no, bien informado de las proezas de vuestro capitán?

—Os juro, repuso el prisionero, que de todo eso no sabía yo una palabra.

—A lo menos sabrás dónde se halla al presente, y lo que está fraguando.

El prisionero se detuvo un poco; más fuéle forzoso revelar también este secreto. Por lo cual dijo á media voz, como quien teme ser entendido:—Ha venido á Malaca.

—De dónde y cuándo?

—De Pulo Pinang antes de ayer.

—Sabes dónde se aloja?

—No lo sé.

—Sí, lo sabes, y deberás confesarlo, si no estás cansado de la vida.

—Vos podéis matarme; pero yo no puedo deciros lo que ignoro, y lo mismo que yo lo ignoran mis compañeros; pues es costumbre de nuestro capitán no tener posada fija, y no manifestar á nadie el lugar de su hospedaje.

Parecióle á Zeno que decía verdad el prisionero, é interrumpió su interrogatorio para no detener más á la comitiva, la cual, ganosa de volver á Singapur, había ya colocado la caza en la barca y en las lanchas. Embarcóse, pues, con los otros, llevando consigo bien atado al prisionero.

LVI.

Al bajar al río la comitiva, reconoció los lugares que habían sido el teatro de los desgraciados accidentes anteriormente referidos; y observó que el incendio del bosque, afortunadamente propagado en dirección opuesta al campamento serpeaba todavía entre las plantas, aunque lentamente, á causa de la mucha humedad de las mismas y del suelo. Astolfo dirigiéndose á Blanca, le dijo:—Dejas de tí en estos lugares como indeleble recuerdo el incendio de una floresta.

—Mejor, respondió la niña. El fuego limpiará el país de los tigres que lo pueblan.

En esto uno de la comitiva fijando su mirada en los dos tigres que yacían muertos en la proa de la barca, exclamó;—Qué es lo que veo? El tigre que hemos muerto en el campo, tiene en una de sus uñas un girón de vestido. Corrieron todos á verlo; y Elisa y Blanca reconocieron en aquel girón el pedazo arrancado por el tigre del vestido de la niña junto á la cintura. Aquel pedazo de tela fué disputado por todos, principalmente por algunos ingleses, los cuales ofrecían enormes sumas por él, pues sabido es cuán ganosos son de poseer un recuerdo cualquiera de personas ilustres ó de extraños sucesos, lo cual no deja de ser nobilísima ambición. Pero Elisa cortó las dis-

putas diciendo con dulce sonrisa:—Este girón pertenece á Blanca, á quien *injustamente* ha sido arrancado y ella se hace un deber el cederlo á Mr. White, que nos ha dispensado la más delicada hospitalidad. Aplaudieron todos la decisión de Elisa, y Mr. White recibió con expresiones de vivo reconocimiento aquel pequeño recuerdo, que colocó en un precioso cuadro guarnecido de oro y de perlas, y lo mostraba después á cuantos iban á visitarle, refiriendo mil veces la historia de aquel interesante drama del cual él había sido testigo y parte.

Entre tanto deslizábanse por el río á toda vela las dos lanchas, seguidas de otros navichuelos montados por gente armada y numerosos parientes y amigos de nuestros cazadores, quienes habiendo visto regresar la tarde anterior al *Victor* sin los pasajeros, y sospechando algún asalto de los piratas, ú otro siniestro, corrían presurosos en su ayuda. Cuando la comitiva descubrió aquella pequeña flotilla, y vió ondear la bandera inglesa, prorrumpió en gritos de alegría, á los cuales contestaron sus amigos con alegres hurras y una salva de estrepitosos aplausos. Aproximado que se hubieron las barcas, navegaron juntas hasta Singapur. Entre los que habían acudido, estaba también Perrier, el cual detenido por el capitán del Chinemarl á bordo del vapor, donde era necesaria su presencia, no bien concibió por las voces que corrían en la ciudad, sospechas de algún desgraciado encuentro tenido por nuestros viajeros, voló también él en su socorro; y ahora de pié en su barca era objeto de las más alegres demostraciones.

Pasaba poco del medio día cuando la comitiva con su numeroso cortejo entró en el puerto de Singapur, triunfalmente recibida por todo un pueblo apiñado

en el lugar del desembarco. La noticia de lo ocurrido voló de boca en boca con la rapidez del relámpago, y agrandada por la fama, atrajo un crecido número de curiosos al puerto y á la plazuela del hotel donde habían ya entrado nuestros viajeros. El Comisario de Policía y el Juez de instrucción, acompañados de otros empleados públicos, corrieron á enterarse de las circunstancias de un hecho que había de poner al Gobierno en la pista de una vasta conspiración de piratas; y enterado que se hubieron, retiráronse llevando consigo al prisionero, y enviaron por todas partes agentes secretos en busca de Maroto y de sus numerosos satélites. Entre tanto llegó para nuestros viajeros la hora de la partida, y Zeno sintiendo no poder ayudar á la policía en sus pesquisas, y asistir á las sesiones del tribunal, rogó á Mr. White y á los demás amigos y compañeros de desgracia que le diesen cuenta por escrito del curso del proceso, y principalmente de cuanto se refiere á Maroto y á la suma hurtada por éste á la madre del huerfanito Patricio. Ellos se lo prometieron, y, como veremos después, cumplieron bien su palabra.

LVII

LA PARTIDA Y LOS RECUERDOS.

Eran las cuatro de la tarde cuando nuestros viajeros, acompañados por Mr. White y toda la comitiva, dirigiéronse al puerto, abriéndose con dificultad paso entre la multitud de curiosos; y entrando en los botes pasaron al Chine-mail para proseguir su viaje á la China. Todo el tiempo que duraron los aprestos de la partida, fué un contínuo y afectuoso cambio de cumplidos, felices augurios, saludos y apretones de manos. Mr. White presentó á Zeño, á Elisa y á los hijos de ésta un álbum, suplicándoles en nombre de todos los amigos que tuvieran á bien escribir en él un recuerdo cualquiera, y que lo hiciesen en lengua italiana.—A vos corresponde, dijo á Zeno Elisa, el honor de la precedencia.—Zeno se excusó; más como ella insistiera en que él escribiese el primero, recogióse dentro de sí mismo algunos minutos, y á seguida escribió estos pocos versos, en los cuales se describió á sí mismo, los hechos de su vida y los sentimientos de su alma. (1)

(1) Debemos la traducción de los dos tercetos y estrofas que siguen, á la bondad de nuestro respetable amigo, el ilustrado Escolapio P. José Molero.

Ya por el viento ó el vapor llevado
surqué los anchos mares del Oriente:
por todas partes he peregrinado.
Y orden tan bello al contemplar mi mente,
he dicho: El arte que en el mundo brilla,
es un himno á su Autor Omnipotente.

Elisa leyó estos dos tercetos con aquella sonrisa de complacencia que en sus labios jugueteaba siempre que oía ó leía algo que le recordaba á su Dios; y después de haber meditado durante algunos momentos, escribió en el álbum estas rimas en las que fotografió, por decirlo así, su alma creyente y piadosa.

Tempestades en el mar
y asesinos en la tierra,
todo contra mi hace guerra.
mas por nada he de temblar.
Tiemble quien en sí confía,
¡Feliz quien de Dios se fía!
mi esperanza en Dios está.
¡Ah! qué mi afán no podrá
si Él de mi no se desvía?

Tocó luego el turno á Astolfo á cuya jóven fantasía sonreían más las gracias del Parnaso. Pero cuando se preparaba para escribir su recuerdo, rodeáronle Patricio y Blanca rogándole que les dictase un verso á cada uno.—Bien, díjoles Astolfo, escribiremos en el álbum la aventura de Blanca. Y también la de Patricio, añadió la niña.

—No me llega el tiempo, repuso Astolfo, para escribir las dos en verso.

—Escribe, pues la de Patricio.

—Te complaceré; y retirándose al saloncito de popa, volvió después de media hora escasa trayendo en la mano el álbum en el que había escrito algunas

estrofas en las cuales ponía en boca del mismo Patricio la narración de la trágica escena del náufragio, y la súplica de su madre al marinero Perrier, y decía:

Muera yo, si, muera yo!
mas salva á mi hijo en memoria
de tu madre, y por la gloria
del que en la cruz nos salvó.
Esto mi madre decía,
y un hombre que oyó su ruego,
me ató á sí, y echóse luego
á la mar con valentía.

. . . . . .

Oh madre! oh cielo! ¡favor!
ya las olas encrespadas
la ocultan á mis miradas.....
adios! madre de mi amor!
Otra vez, surgió ante mí,
y en tonces con ansia loca
llevé á sus labios mi boca,
y de nuevo la perdí!
Ah! si al menos, madre mía,
me dejaras tus despojos,
con lágrimas de mis ojos
los regara noche y día.
Ay de mi desventurado!
quién mi pena ha de calmar?
¡ella en el fondo del mar!
y yo.... solo, abandonado!
—Abandonado! jamás!
que tu madre no te olvida;
en mi una madre tendrás.
Y Elisa transfigurada
en el ángel del consuelo,
le estrechó con tierno anhelo

y dulzura apasionada.
Su frente pura besó,
llena de santa alegría;
y el niño desde aquel día
madre siempre la llamó.

Estos recuerdos fueron muy gratos á la comitiva la cual deseaba poseer también un retrato de Elisa y de sus hijos; pero en vez de los retratos recibió algunas medallas y estampas de la Virgen, que hasta los protestantes aceptaron como apreciable recuerdo. En esto sonó la señal de partida; y la comitiva dado el último adios á nuestros viajeros, abandonó el vapor, pero desde los botes prosiguió los saludos agitando los pañuelos y sombreros, hasta que el Chine-mail se ocultó á sus miradas.

Una hora después el buque entraba á toda vela en el proceloso mar de la China. Cuando nuestros viajeros se encontraron solos, y pudieron concentrar sus pensamientos, lo primero que fijó su atención, fué la gran deuda de gratitud que tenían para con la Providencia que por tan prodigiosa manera los había protegido y escapado de tantos peligros. Para pagar de algún modo esta deuda, emplearon las primeras horas del viaje en el alabar á Dios y darle gracias.

LVIII.

EL MAR DE LA CHINA, LOS GIGANTES Y LOS ENANOS DEL MUNDO MARINO.

Pasó el primer día de navegación sin que nada viniese á interrumpir la monotonía del viaje. El mar, que al salir del estrecho de Singapur, presentaba una superficie semejante á la de un lago, encrespábase ahora bajo la influencia de un fuerte viento S. O. é imprimía el buque aquel movimiento de balance que tanta molestia suele causar á los navegantes. Elisa, absorta en el recuerdo de lo pasado y en el pensamiento de lo porvenir, que asaz obscuro se presentaba á su mente, pasaba las horas en silencio, meditando y orando, mientras sus hijos, después de pagado á Dios el acostumbrado tributo, entreteníanse con Zeno hablando de cuanto hasta aquel día había herido su ardiente imaginación. Y tenían copiosa materia: tantos habían sido los accidentes, ora prósperos, ora adversos, que les habían ocurrido en el lapso de algunas semanas. Al segundo día de navegación, ofrecióseles un espectáculo que les hizo olvidar todas las maravillas que habían visto en los bosques de la India. Nadaba á poca distancia del vapor un gigantesco

cefalópodo, que medía unos diez metros de largo y tenía en la cabeza ocho tentáculos gruesos, provistos de ventosas, de cuatro metros de largo cada uno. Sobre su enorme cabeza lucían dos ojazos ciclópeos, no salientes, sino aplanados é inmóviles; y entre uno y otro abríase una boca, semejante á la de un papagayo, córnea, dura y tajante. Era la piel del dorso viscosa y algo roja; larga la cola, pavoroso el aspecto.—*Stop!*—gritó uno, y el vapor, diría aquí un poeta, resoplando cual caballo indómito que tasca el freno, se detuvo. El capitán, queriendo dar caza al mónstruo, hizo largar al mar dos lanchas, á una de las cuales quiso bajar también Zeno, ganoso de contemplar aquel famoso cefalópodo del que tanto se habla en los diarios de viajes. Los marineros de las dos lanchas codiciaban aquella presa, y no perdonaron medio de coger al monstruoso animal, maniobrando hábilmente hasta que aprovechando el momento oportuno, le lanzaron dos arpones. Uno de ellos no hizo presa; pero el otro quedó clavado en el labio superior. Empeñóse entonces una terrible lucha: el mónstruo agitábase, retorcíase, azotaba las aguas con furia, y con tanta fuerza tiraba, que varias veces la lancha estuvo á punto de volcar y sumergirse. Pero la maroma no se rompía; no cedía tampoco el arpón, y los marineros estaban resueltos á poner en riesgo su vida antes que batirse en retirada. Quedó, pues la victoria por éstos; pero hubo de salirles bien cara, pues mientras remolcaban el gigantesco cefalópodo, éste lanzó sus largos brazos sobre un costado de la lancha y la hizo darse á la banda. Oyóse un grito desgarrador. Los marineros arrojáronse al mar y levantaron la volcada nave; pero

uno de ellos, menos afortunado que los otros, vióse cogido entre los tentáculos del monstruo y apretado de tal suerte, que estuvo en poco que no muriese asfixiado. Afortunadamente para ellos, los compañeros que estaban en la otra lancha, corrieron en su auxilio, y cortando los brazos al monstruo, le soltaron de las terribles ataduras. El triste marinero aún estaba más muerto que vivo cuando juntamente con los otros náufragos fué llevado á bordo de la nave salvadora; y durante algunas semanas hubo de llevar sobre su cuerpo la dolorosa marca de los tentáculos del pólipo.

Grande, pero pagada á bien caro precio, fué la satisfacción y alegría de los marineros por tan codiciada presa. Mientras la remolcaban hasta el vapor, la lancha en que iba Zeno, sufrió un choque tan violento que estuvo en poco que no volcase también.—Qué es esto? un escollo? una ballena bajo el agua?..... Cada uno emitía su conjetura; pero ninguno acertaba.—Aquí no hay escollos dijo Zeno, y las ballenas son rarísimas en estos mares, y así diciendo inclinóse, y levantadas las tablas que cubrían el fondo, se descubrió por un lado una punta que había perforado la madera de la nave.—Oh.... exclamó Zeno con el contento de quien ha hecho un bello descubrimiento, adivinad, amigos míos, quién ha topado contra nuestra lancha y la atravesó de esta suerte.—Será, dijo un marinero, algún pez espada.—No lo creo, añadió Zeno, porque estos cetáceos viven en los mares glaciales. Nuestro agresor debe de ser, á mi juicio, el pez sierra que frecuenta todos los mares.

Zeno estaba en lo cierto, y todos se convencieron por sus propios ojos cuando, llevada la lancha á

bordo del vapor, apareció clavado en ella cerca de la quilla un pedazo de la dentada lámina de este animal. Astolfo quiso al momento saber qué clase de pez era; y Zeno le dijo:—Es el *squalus pristis* de los antíguos, perteneciente á la familia de los *selacios*, el cual forma el tránsito entre el género de los escualos y el de las rayas. Mide á veces cinco metros de largo, y tiene una cabeza aplastada que termina en una lámina de un metro y sesenta centímetros, provista á entrambos lados de fuertes espinas óseas, aguzadas y cortantes, que le dan la forma de sierra. Con esta terrible arma no teme atacar á los más grandes cetáceos.—Entre tanto los marineros habían llevado á bordo, no sin dificultad y fatiga, el gigantesco pólipo. Todos los pasajeros hicieron corro en derredor del monstruo mientras éste se agitaba con las convulsiones de la agonía.

—Este cefalópado, dijo Zeno, es un pigmeo al lado del famoso Kracken de los antíguos navegantes, los cuales la primera vez que lo vieron juzgaron que era una isla.

Y qué opináis vos, preguntó Astolfo, acerca de ese gigante de los mares?

—El Kracken probablemente no era sino un desmesurado calamar, ó pulpo, semejante al que aquí pescamos, pero al que la imaginación de los navegantes, impresionada fuertemente por su gigantesco y monstruoso aspecto, atribuyó tal vez desmesuradas dimensiones y una fuerza prodigiosa, capaz de volcar una nave. Pero haciendo caso omiso del Kracken, contado por los modernos naturalistas entre los seres fabulosos, es innegable que en el seno del mar viven los seres más gigantescos del reino animal. La ballena franca, por ejemplo, de

la que algunos museos poseen el esqueleto, llega á tener 23 metros de largo, 13 de circunferencia, y á pesar 70.000 kilógramos. Abre una boca descomunal de dos ó tres metros de ancho por tres ó cuatro de alto; pero no engulle más que gusanos, moluscos, crustáceos y otros pequeños animales que con el agua se entran á millaradas. No obstante su grandeza y su fuerza prodigiosa, este gigante de la creación es uno de los más tímidos é inofensivos animales.

—Dígalo Jonás, añadió Astolfo, que á sus anchas permaneció dentro tres días.

—Ese suceso, repuso Elisa, no fué natural sino milagroso; y tú lo has citado con muy poca oportunidad.

—Lo dije por broma.

—Eso es hacerlo mal y excusarlo peor, replicó la madre: con estas cosas no se chancea. Los textos y hechos de la Escritura no deben citarse sin razón y utilidad.

Astolfo escuchó con respetuoso silencio la amorosa reprensión de su madre; y Zeno continuó diciendo:—El inofensivo instinto de la ballena se revela en que no se defiende de sus enemigos sino huyendo. Después del hombre, su enemigo más peligroso y cruel es el delfín gladiador. Multitud de estos animales la asedian, fatigan y muerden sin cesar, obligándola á abrir su boca descomunal. Entonces arrójanse á competencia sobre su lengua y se la hacen pedazos, muriendo de dolor el infeliz animal en medio de su impotente desesperación.

—Pobre ballena! exclamó Blanca.

—He oido decir, añadió Elisa, que la acometen también el pez espada y el pez sierra con sus poderosas armas.

—Lo dudo, respondió Zeno; yo más bien contaría en el número de sus enemigos aquellos moluscos y crustáceos parásitos que se agarran á su piel, viven á expensas de ella, y allí se multiplican como sobre un escollo.

Hablóse después de la pesca de este cetáceo, de nuestros lectores demasiado conocida para ser aquí recordada, y de varias especies de ballenas y otros gigantes de los mares, como focas, morsas etc. Al llegar aquí dijo Elisa: —Para mí más maravillosos que estos gigantes son los enanos de la creación; pues el arte resplandece más en las más pequeñas y delicadas obras. Es evidente, como oportunamente observa Segneri en *El incrédulo sin excusa*; que un artífice revela mayor ingenio y arte al hacer un reloj del tamaño de la piedra de un anillo, como el que regalaron á Carlos V, que al construir un reloj grande de torre.

Decidnos, pues, algo, dijo al punto Blanca á Zeno, de los enanos del mundo. Yo aunque no pertenezco á la raza de los pigmeos, soy aun pequeñita, y gusto de las criaturas pequeñas y hermosas.

—Tienes razón, dijo Zeno sonriendo, y voy á complacerte. Has de saber, pues, niña mía, que en la vasta escala de los seres animados, así como hay gigantes y colosos, cuales son aquellos de quienes hemos hablado, así los hay extremadamente pequeños y microscópicos, para los que una gotita de agua es un océano en el que navegan, como los peces en la inmensidad de los mares, y se nutren, y crecen y se multiplican en número de millares y millones. Sus formas son variadas, elegantes y caprichosas; y su cuerpecito, que ordinariamente no pasa de uno á cinco décimos de milímetro, está compuesto de una

substancia glutinosa, diáfana, desnuda ó protegida por una cubierta generalmente incolora, y alguna vez de una tinta roja azul, verde ó negra. Los naturalistas examinando con el auxilio de poderosísimos lentes el organismo interno, llegaron á descubrir en ellos los principales órganos de las funciones vitales, sirviéndose para ello de materias colorantes disueltas en agua las cuales penetrando en sus tegidos hacen visible la estructura interna.

—Su número, dijo Astolfo, debe ser inmenso.

—Dices bien, respondió Zeno; ellos, en efecto, pueblan todas las aguas del globo, sin exceptuar la de los mares glaciales; y de sus despojos acumulados hanse llegado á formar en varios lugares terrenos de algunos metros de altura. La piedra sílice, llamada vulgarmente *tripol*, no es más que un agregado de restos de cierta especie de fósiles infusorios.

—Cómo se propagan? preguntó Astolfo.

—Por medio de huevos, y también por división espontánea del animal en nuevos indivíduos.

—Este último modo de propagación paréceme la cosa más curiosa y extraña del mundo. Cómo se realiza?

—Escucha: el cuerpo del animal contráese en el medio; y en el segmento inferior nacen unos filamentos vibrátiles, allí donde estará después la boca. Formada esta, divídese el animal en dos partes iguales, que no tardan en completarse y llegar á ser dos indivíduos perfectos, por manera que, como dice Figuier, el hijo es la mitad de la madre ó del padre, la cuarta parte del abuelo, y así sucesivamente. Un solo animalito de la especie de las *estiloniquias* produjo por división espontánea más de un millón de indivíduos en el término de un mes.

—Podríamos, pues, suponer, dijo Astolfo, que un infusorio es una parte alícuota de un semejante suyo que vivió años ó siglos antes!

Un animalito microscópico, exclamó Elisa, basta para confundir todos los discursos de la razón humana!

—En verdad, añadió Zeno, el orgullo humano se ahoga en una gotita de agua. Y sin embargo, no termínan aquí los misterios de este mundo microscópico por tanto tiempo ignorado. El fisiólogo Müller observó que los infusorios pueden perder una gran parte de su substancia sin perecer El vió una *cólpola* ir perdiendo de su cuerpo hasta no quedarse sino con la sexta parte; y esto no embargante, emprendió de nuevo la natación y su modo de vivir como si tal cosa no hubiera sucedido. No es esto solo: ciertas especies pasan por sucesivas metamórfosis de un estado á otro, y de una á otra forma. Es como un morir para renacer, y hacer de la tumba la cuna de una nueva vida. Otras presentan un fenómeno aún más extraordinario y maravilloso que éste. Cuando se deja evaporar una gota de agua, los infusorios que había dentro, yacen como muertos, y en tal estado permanecen por tiempo indefinido; más apenas les toca una gotita de agua, al instante aparece en ellos la fuerza de una vida que no estaba muerta, sino dormida. Los muertos resucitan, se mueven, se alimentan y reproducen.

—Oh misterios de la vida; exclamó Elisa; quién os puede sondear? Oh cuán grande es Dios en sus más pequeñas criaturas.

Con esta amena é instructiva conversación nuestros viajeros, ávidos cual ninguno, de conocer y admirar las maravillas de la naturaleza vencían las

molestias del viaje, y alejaban de sí á menudo los penosos recuerdos de los pasados trabajos y aventuras peligrosas. El quinto día de navegación, cuando estaban conversando en el saloncito de popa, un oficial vino á darles la alegre nueva de que se divisaba ya la Ghina.

—Oh la China, la China! exclamaron Astolfo y Blanca; y seguidos de los otros corrieron á proa á saludar desde lejos el celeste imperio, suspirada meta de su largo y penosó viaje.

LIX.

LA CHINA

La vista de una tierra chinesca, cual era la isla de Hainan que á la sazón costeaba el Chine-mail, hizo surgir en la mente de nuestros viajeros un nuevo orden de ideas. Ya no se hablaba de la India: la China era el tema favorito de su conversación; y Zeno tenía abundosa materia sobre que hablar, por haber allí vivido largo tiempo. Astolfo y Blanca, á quienes parecía un siglo cada hora que tardaban en arribar á la China, no sabían hablar de otra cosa, y mareaban á Zeno con una verdadera tempestad de preguntas. Por lo cual éste tomó el partido de dar, como se acostumbra hoy, una conferencia sobre la China, pero con la precisa condición de que sus jóvenes é impacientes oyentes no le cortarían con frecuentes interrupciones el hilo del discurso. Aceptaron alegres el pacto Astolfo y Blanca, quienes corrieron á buscar el atlas y un mapa de la China, que desenvolvieron delante de Zeno. Los demás pasajeros, cuando supieron de que se trataba, tomaron tambien asiento entre los oyentes. Zeno al ver en torno suyo tan escogido concurso de damas y caballeros, comenzó por excusarse diciendo «que él no tomaba la palabra sino

para complacer á sus jóvenes compañeros de viaje, á los cuales nada se atrevía á negar.» Cada uno de los concurrentes empezó á animarle, mostrándole el placer grande que tendrían en oirle disertar. Condescendió, pues, á sus ruegos, y entró en materia con cierta solemnidad:—Estamos, señores, para entrar en el imperio más antiguo y poblado de la tierra, y en breve nos veremos en medio de una gente que nada tiene de común con nosotros, salvo el pertenecer á la misma estirpe de Adán. Ideas, sentimientos, idioma, religión, gobierno, costumbres, todo la distingue de nosotros; tiene una civilización ó al menos una cultura peculiar suya, y que en muchísimas cosas contradice á la nuestra; así que no andaría descaminado quien definiera la China diciendo que es *el antípoda moral de Europa*. «Este pueblo, dice César Cantú (1), que, como centro de civilización y de comercio, influyó en los destinos del Asia extrema, como Europa hoy en los del resto del mundo, confunde su origen con el de las primeras sociedades y cuenta tradiciones no interrumpidas por espacio de cuarenta siglos, en las cuales debe tal vez buscarse no sólo la historia de los pueblos orientales, pero tambien las causas de las emigraciones que desde Odino hasta Gengis-Kan invadieron nuestro Occidente; por manera que contemporáneo de todos los pueblos forma una cadena viva entre el día de hoy y la antigüedad más remota.»

Se ha disputado mucho sobre el origen de esta nación, hoy todavía muy poco conocida, sin poder concluir nada de cierto, porque se pierde en la cerrazón de los tiempos. El pueblo chino, que rinde

(1) Historia Universal.

verdadero culto á la antigüedad, se complace en hacerla llegar hasta cien mil años antes de la era cristiana; y los *Tao-sse*, secuaces de Lao-seu, contemporáneo de Confucio, la retrotraen á no sé cuantos millones de años, fantaseando nueve períodos en los cuales el hombre mediante sucesivas metamórfosis se fué transformando de hombre bestia en hombre salvaje, y de salvaje en civilizado.

Pero los letrados, secuaces de Confucio, no se curan de los tiempos fabulosos ni tampoco de los prehistóricos que suben hasta *Fo-i*, el cual según una antigua tradición fué el legislador de los chinos. En este personaje creen algunos críticos modernos descubrir al mismo Noé, y otros á uno de los hijos ó nietos de Sem, y cada uno pretende alegar en favor de su hipótesis razones más ó menos probables, que no es ahora ocasión de exponer. A *Fo-i* dicen que sucedió *Yen-ti*, el cual, según cuenta la tradición, enseñó á los chinos el arte de la agricultura y de la guerra, la medicina, la música y el comercio. Pasado un largo intérvalo, aparece *Hoan-ti*, en cuya época, según los letrados chinos, dan comienzo los tiempos históricos; y esta época correspondería, si fuera exacta la cronología china, al año 2637 antes de Jesucristo. Pero un eminente sinólogo, el Dr. Legge, que publicó no ha mucho la traducción de los clásicos chinos, separando la historia de la fábula, fija la verdadera época histórica de la China en el año 1700 antes de Jesucristo; y su dictamen en esta materia paréceme de mayor peso que la insegura opinión de algunos viajeros é historiadores que escribieron sin el auxilio de aquellos elementos que tanto ayudan á la historia, como es el conocimiento del idioma y de la literatura del país.

Volviendo ahora á los orígenes chinos, una antigua tradición, sin interrupción conservada en la China, deriva este caudaloso rio de gente de un humilde manantial, es decir, de una tribu compuesta de cien familias. Si nos atenemos á esta tradición, que me parece más digna de fe que cualquiera historia, *Fo-i* no fué propiamente el padre sino tan solo el legislador del pueblo chino; y por ende no pudo ser Noé, ni tampoco Sem, pero sí un hijo ó nieto de éstos. Pero sea de esto lo que quiera, y teniendo en cuenta solo los tiempos históricos, el imperio chino es el más antíguo de cuantos hubo en el mundo. Y quién creería que un imperio tan antíguo, tan vasto y tan poblado, y de una cultura tan adelantada, relativamente á otros pueblos del Asia, hubiera de permanecer por espacio, de más de 40 siglos tan desconocido de nuestros abuelos y de nosotros, que ni siquiera sabemos darle su verdadero nombre?

Los oyentes se miraron unos á otros maravillados; y Elisa dijo:—Yo siempre oí dar á este país el nombre de Cina ó China, y no otro.

—Y sin embargo, repuso Zeno, este nombre es forastero en la China. El que le dan los indígenas, es *Thong-hue*, que significa *imperio del medio*, y también *Tathchin Koun*, *imperio celeste*.

—De dónde, pues, preguntó Elisa, le vino á este pais el nombre que le damos nosotros?

—Quien lo cree originario del vecino reino de Cambogia, donde en la lengua del país China significa país tranquilo, quien con el P. Mateo Ricci lo deriva más fundadamente del emperador Chin ó Tsin, el cual con sus ruidosas victorias y conquistas hizo célebre á su patria entre los pueblos colindantes. Del nombre de este emperador se derivaron, se-

gún algunos, los nombres de China, Tsina, Sina y Sinæ que á este país dieron los indios, árabes y romanos.

—Pero por qué, preguntó Elisa, ha prevalecido entre nosotros el vicio de pronunciar Quina y no China?

—Por prurito de novedades, creo yo, ó por ignorancia. Algunos reformadores de nuestra lengua y ortografía viendo que los españoles y portugueses escriben China, y no Cina, juzgan deber suyo el imitarlos, sin tener en cuenta que aquellos escriben así, porque en su lengua la consonante doble *ch* no tiene, como entre nosotros, el sonido de *k*.

Astolfo que, fiel á su promesa, habíase mantenido en el más completo silencio, al oir esto, no pudo contenerse, y exclamó:—Ah! si yo lo hubiera sabido antes, no se hubiera reido impunemente aquella sabidilla señorita que se burló porque en una conversación dije China en vez de Kina....

Como Astolfo había faltado á su promesa de callar, Blanca no se creyó ya obligada á lo pactado, y dió también ella suelta á la lengua diciendo á Zeno:

—A mí poco me importa saber el origen y la razón del nombre que damos à la China. Lo que yo deseo conocer es la cosa significada por el nombre.

—Tienes razón, respondió Zeno sonriendo. Mano, pues, al atlas. Mira esta inmensa región que se extiende entre los 69 y 133 grados de longitud oriental y entre los 18 y 54 de latitud septentrional comprendida la isla de Hai-nan; ella abraza numerosos y vastos paises, cuyo conjunto constituye el imperio chino, dividido hoy en 18 provincias, además de los reinos tributarios, cuyos nombres puedes ver en la geografía.

La China está fortificada y defendida por la naturaleza y por el arte; por el oriente la defiende un largo antemural de isletas, escollos y bancos de arena que dificultan el arribo; por el norte la protege el desierto de Cobi, y donde este termina, la famosa muralla, una de las maravillas del mundo, y también una de las más grandiosas fábricas levantadas por la mano del hombre.

Cuenta cerca de 20 siglos de existencia, y tiene una extención de más de 2400 kilómetros desde la extremidad oriental hasta la occidental. Su altura es de ocho metros, de cerca de cuatro su espesor, y está hecha de ladrillo; pero levàntase sobre base de piedra y tiene entre el muro interior y el exterior una mezcla de cal y cascajo. Cada 100 pasos ostenta una torre, armadas algunas de cañones, y de trecho en trecho está provista de castillos para defensa de las puertas. Toda la obra está hecha con arte, y es tan sólida, que después de más de 2000 años permanece en pié, aunque amenaza ruina en varios lugares á causa del abandono en que la dejaron.

—Pero esta muralla, observó Elisa, levantada por la civilización china contra el devastador torrente de los tártaros, no sirvió para detenerlos en su carrera; puesto que saltando los muros, llevaron por la China sus armas vencedoras, y enseñoreáronse de ella.

—Ni podía ser de otro modo, añadió Zeno; que una muralla de más de 2400 kilómetros de largo no podía ser defendida sino débilmente; y una nación dada toda á las artes de la paz, como es la China, mal podía hacer frente á un pueblo belicoso y bárbaro, como los tártaros, acostumbrados á invadir ya la Europa ya el Asia.

—Y á quién se debe, preguntó Elisa, la famosa muralla de la China?

—Al emperador Tsin, el cual el año 215 antes de J. C. mandó publicar por todo el imperio un bando en que se ordenaba que cada diez hombres acudiesen tres á trabajar en la construcción de la muralla; y repartido aquel innúmero pueblo de trabajadores en bien ordenadas escuadras con sus ingenieros y capataces á la cabeza, señaló á cada uno su puesto y su parte de trabajo; de esta suerte pudo en solos cinco años llevar á cabo la obra más colosal que en materia de fábricas se emprendió jamás desde que el mundo es mundo.

Volvamos á nuestro asunto: esta región tan vasta, y por la naturaleza y el arte tan bien defendida, es la más rica y poblada del mundo.

Todas las relaciones de los viajeros y geógrafos modernos concuerdan en darle una población de trescientos millones de habitantes. Con su población corre parejas la riqueza del suelo, generalmente fértil y bien cultivado. Los grados de latitud entre los cuales se extiende, hacen que á la vez tenga las producciones de la zona tórrida, de las templadas y de las glaciales. En suma, su riqueza agrícola no tiene rival en el mundo; su flora y su fauna sacan ventaja á la nuestra.

—Y el arte manufacturera, preguntó Elisa, en qué estado se encuentra?

Floreciente. Los chinos son los primeros en la elaboración de la porcelana, seda, telas de algodón, papel y tinta vegetal; distínguense también en el arte de trabajar el metal, las piedras preciosas, el bambú y el marfil. Por lo que mira á las bellas artes, el dibujo, la pintura y la escultura no han salido aún de

la infancia; pero no puede decirse lo mismo de la arquitectura, de la cual existen obras grandiosas y admirables.

—Y qué nos decís de su comercio, volvió á preguntar Elisa, y de su movimiento marítimo?

—El comercio interior es activo sobre todo encarecimiento; los chinos, como dice el proverbio. nacen comerciantes; pero el exterior no empezó á tener incremento y desarrollo hasta que abrió sus puertos el cañón británico y francés. En cuanto á la navegación, los chinos conocieron antes que nosotros el arte de navegar, pero no progresaron al par de nosotros. Hubo un tiempo en que sus naves cubrieron todos los mares de oriente; y hoy también son intrépidos mareantes que no temen afrontar sobre sus pequeñas naves de vela los más procelosos mares del mundo y llegar hasta las apartadas islas de la Oceanía. Yo no estoy lejos de creer que llevaron su audacia hasta el punto de atravesar el pacífico y arribar á la América (1).

—Decidnos por ahora, añadió Elisa, algo acerca del gobierno, legislación y religión de los chinos; que el hacernos una explicación circunstanciada favor es que de vos esperamos para cuando hayamos puesto el pié en la China.

—Será siempre para mí, respondió Zeno, un verdadero placer el daros gusto hasta donde se extiendan los pocos conocimientos que adquirir pude viviendo largo tiempo en el imperio celeste. El gobierno de

(1) Un hecho viene en apoyo de esta suposición. El 21 de Octubre de 188: fueron halladas en las minas de Cassair, en la Colombia inglesa, á la profundidad de seis piés, algunas monedas chinas ensartadas en un hilo de hierro que al contacto con el aire se redujo á polvo; más no así las monedas, cuyas inscripciones prueban haber sido acuñadas tres mil años há.

este país no es, como por muchos se cree en Europa, una monarquía absoluta, sino templada por el elemento aristocrático, sea por el derecho de representación concedido á cierta clase de magistrados, sea por la obligación que tiene el Monarca de elegir éstos y otros ministros del cuerpo de los letrados, los cuales forman la aristocracia del imperio, á la que puede aspirar cualquier plebeyo, puesto que no llega á ello sino à poder de ingenio y saber demostrado en severos y repetidos exámenes. Es de advertir que muy á menudo suple el oro la falta de talento y de saber, porque la venalidad en la distribución de los empleos públicos y honores es al presente el cáncer que roe los más vitales órganos del imperio. Pero prescindiendo de este desorden, debido á la maldad humana, la institución en sí es excelente; porque la aristocracia del talento y la ciencia es siempre más apreciable y útil á la sociedad que la que únicamente procede de la nobleza de la sangre y de las riquezas. Nada os diré por ahora de esta gerarquía literaria, ni tampoco del organismo de esta gran máquina, que es el imperio chino, porque no es cosa que explicarse pueda en dos palabras; me reservo el hablaros largamente para cuando, placiendo á Dios, hayamos llegado allá. Ahora solo os diré que el sistema del gobierno en la China es centralizador: Pekín y el Emperador lo son todo. El Emperador nombra todos los magistrados después de una triple representación de su Consejo, y despacha por medio de seis tribunales, puestos bajo su inmediata dependencia, todos los negocios de grande importancia. Pero estos tribunales no tienen, como nuestros Parlamentos, voto deliberativo, sino solamente consultivo. Por lo que mira á la legislación por la que se

rige el imperio, está basada en el principio del amor filial, é informada por la doctrina de Confucio. El Emperador tiene el glorioso título de padre y madre del pueblo, y del mismo honor participan sus representantes en las provincias que gobiernan.

—Yo he oido siempre decir, interrumpió Elisa, que la China no tiene otra ley que la voluntad del soberano.

—Es falso, replicó Zeno; pues la China tiene también su código, basado, como os dije, sobre la doctrina de Confucio.

Paso á contestar vuestra pregunta: cuál es la religión de la China? No es fácil darle respuesta; porque no hay nación en el mundo, á juicio mío, al parecer más supersticiosa que la China, y en realidad más estóica é indiferente en materia de religión. La China fué siempre campo abierto á todos los cultos, y, á lo que parece, no se mostró hostil al cristianismo sino por fines políticos. El chino es dado á las prácticas del culto, pero porque es sobremanera ceremonioso y aferrado á las antiguas costumbres: por lo demás, poco ó nada se cura de saber los dogmas de su religión, y menos aun de seguir sus preceptos. Preguntad á un chino qué religión profesa, y él os mirará como pasmado, se reirá de vuestra pregunta y os contestará: - Qué ¿me habéis tomado por un bonzo?—No creáis que él está privado del conocimiento natural de Dios; pero no se cura de saber como le debe honrar: y si le habláis de las tres religiones dominantes en la China, cuales son el Buddhismo, la del Tao ó de la razón, y la de Confucio, os responderá que las tres son una sola cosa. La religión, pues, de los chinos es una sombra sin cuerpo, ó un cuerpo sin alma. La gran masa del pueblo pro-

fesa exteriormente el Buddhismo, ó la religión de Fó; pero el Emperador y los letrados siguen la de Confucio, sin renunciar á las práticas tomadas de otros cultos. La religión de los Tao sse, ó Doctores de la razón, cuenta también numerosos prosélitos, como asimismo el Mahometismo, vil mercancía importada tiempo há en la China. En cuanto al cristianismo, créese que hizo su primera aparición á fines del siglo VI de nuestra era; pero no se sabe cómo, ni porqué desapareció para volver en el siglo XVI, llevado por el italiano Ricci y otros jesuitas. Pero de esto y otras cosas pertenecientes á la religión, gobierno y costumbres chinas, hablaremos más detenidamente cuando estemos en la China.

LX.

ARRIBO A HONG-KONG Y UN AMARGO DESENGAÑO.

Era la mañana del décimo día desde que nuestros viajeros habían salido de Singapur, cuando desde alta mar descubrieron el pico Victoria, que domina la isla de Hong-Kong. Es indecible la alegría que, al verlo, sintieron Blanca y Astolfo creyendo haber llegado por fin al logro de sus más ardientes deseos, cuales eran poder abrazar á su suspirado padre.

Elisa, por el contrario, á medida que se acercaba al término de su viaje, sentía mayor ansiedad y temor, afectos que procuraba ocultar, lo mejor que podía, para no enturbiar la alegría de sus hijos. Contemplando aquella isla, parecía querer leer en ella su destino, y decía en su corazón:—Encontraré allí á mi marido?.... Será él para mí y para sus hijos cual era cuando se ausentó de nosotros, ó se cumplirá el siniestro presentimiento que tengo en mi corazón? No lo permita Dios! Pero aun cuando él haya dirigido á otra parte su cariño, yo no dejaré de amarle y de seguirle hasta que consiga conquistarle para Dios y su familia.

Mientras Elisa estaba toda absorta en estos tris-

tes pensamientos, y sus hijos gozaban con la esperanza de ver en breve á su padre, entraba el vapor en el estrecho que separa la isla del continente; y el fuerte del pico Victoria anunciaba su arribo con un tiro de cañón. Hong-Kong, cedida á los ingleses por el tratado de Nankin el año 1842, era antes de ser ocupada por éstos una isla habitada tan solo por pobres pescadores, pues el terreno es sobre manera estéril. Mas no bien estuvo en poder de los ingleses, en menos de 20 años cambió enteramente de aspecto, y se convirtió en uno de los más ricos emporios de comercio que hay en toda el Asia. El genio británico hizo surgir como por encanto la bella ciudad Victoria, la cual por su elegancia, amplitud, número de sus habitantes y abundancia de todo lo que reclaman las necesidades y comodidades de la vida, puede hoy rivalizar con muchas ciudades marítimas y comerciales de Europa, como Génova, Marsella y Tolón. Su puerto, donde pueden dar fondo los mayores navíos mercantes y de guerra, es hoy un centro hacia el que converge el movimiento marítimo de la China, del Japón de la India, de la Oceanía y hasta de Europa y América, que envían allá sus gigantescos vapores; por manera que, como emporio de comercio, Hong-Kong sólo cede la palma á Shanghai. Es bello de ver aquel angosto brazo de mar, que separa la isla del continente, lleno de navíos de todas las formas de todos tamaños, y en los cuales ondean todas las banderas del mundo.

Pero nuestros viajeros sumergidos en pensamientos asaz diversos, no contemplaban tan hermosa vista; y Astolfo y Blanca tenían sus ojos fijos en el muelle, esperando ver á su padre entre

los grupos de gente. Blanca, aproximándose á su madre, le preguntó:—Mamá escribiste á papá anunciándole nuestra venida, no es verdad?

—Si, hija mía.

—Sin duda nos está esperando: ah! me parece un siglo cada hora que pasa.

—Dios lo quiera! dijo Elisa; pero no sabemos si ha recibido la carta, si es que al presente vive en Hong-Kong; ó si estando lejos de aquí, le habrán permitido los negocios venir á recibirnos. Todo esto lo decía ella á fin de preparar á sus hijos para el amargo desengaño que le presagiaba su corazón. Pero Blanca no podía persuadirse de que su padre no estuviera esperándolos, y decía:

—Mira, mamá, mira aquel grupo de gente, no ves aquél que nos saluda? Es acaso papá?

—Te engañas, hija mía; ese es un pariente ó amigo de un viajero que vino á bordo, quien, como ves, responde á su saludo.

Elisa entre tanto buscaba con la mirada á su marido entre el grupo de gente que llenaba el muelle, pero no le descubrió. Astolfo que de las facciones paternas conservaba solo un imperfecto recuerdo, pues tenía poco más de siete años cuando su padre partió para la China, preguntaba más á los ojos de su madre que á los suyos, y viendo en aquellos pintada la tristeza, estaba todo pensativo y triste y no decía palabra. Habiendo entre tanto echado anclas el vapor, subían muchos á bordo para abrazar á sus parientes ó amigos; y Blanca, que en su inocencia nada era capaz de sospechar, en cada persona que subía, creía encontrar á su padre, y no cesaba de preguntar á su madre. —Es aquél papá?.... es aquél papá?... Quién puede

pintar la cruel herida que cada pregunta de aquella inocente niña abría en el corazón de Elisa? Con el fin de preparar el ánimo de su hija para la dolorosa noticia que al fin tendría que darle, le dijo:
—Conviene, hija mía, que te resignes por ahora á ver diferido por algún tiempo el placer de abrazar á tu padre, porque ó no recibió mi carta, ó los negocios le retienen en otra parte; de otra suerte crees que no hubiera corrido á recibirnos?

—Conque no le veremos hoy?... y la niña soltóse á llorar. Patricio que compartía con ella las alegrías y las penas infantiles, viendo á su hermanita tan afligida, lloraba también; por lo cual Elisa ahogando en su corazón el dolor, esforzábase por consolarlos, diciéndoles que la ausencia de su padre sería brevísima, que tal vez le verían en Hong-Kong, y con estas lisonjeras esperanzas pudo acallarlos. Pero Astolfo no se consoló con estas bellas palabras; que demasiado había comprendido que su padre no era el de antes, y que alguna misteriosa causa le había separado de la familia, causa que ardía él en deseo de indagar. Mientras su madre estaba toda ocupada en consolar á los niños, él permanecía taciturno, triste, revolviendo en su mente dolorosos pensamientos. Vino á sacarle de ellos la voz de Zeno, quien atareado en sacar su equipaje y el de Elisa, le invitó á ayudarle en su ingrata labor. Bajaron todos á tierra; y Perrier que no podía acompañarlos, fué á abrazar á Patricio, y estrechar la mano á sus amigos. El buen marinero estaba conmovido, y nuestros viajeros no lo estaban menos. Elisa le obligó á aceptar, como recuerdo, un reloj de oro, y el pequeño Patricio no teniendo qué darle, le abrazó de nuevo y le besó diciéndole:

—Cuando yo sea grande, te he de hacer rico.—Perrier, á quien ni le pasaba por las mientes que el niño inconscientemente estuviera vaticinando, sonrióse al oir sus palabras, y le respondió:—Mi mayor riqueza será tu cariño y el afecto de estos señores.—Y habiendo prometido á nuestros viajeros volverlos á ver en Hong-Kong ó en cualquiera otro puerto de la China, se retiró emocionado, enjugando con el revés de la mano dos gruesas lágrimas que brotaban de sus ojos. Patricio dió también suelta á las suyas, y con la mirada siguió largo trecho á su salvador.

DIPUTACIÓN REGIONAL LEÓN

LXI.

LA FIDELIDAD MAL CORRESPONDIDA.

Una esposa que deja su patria, y se lanza á los procelosos mares, y afronta toda suerte de peligros y trabajos sólo por encontrar en el extremo oriente al compañero de su vida, es una esposa envidiable por cuya posesión cualquier marido tiene justo motivo para sentir noble orgullo, y el sagrado deber de corresponder á tanta fidelidad y á terneza tanta de amor. Pero no hay deber que valga, no hay vínculo que tenga fuerza contra la desenfrenada libertad de vivir à que se entregan tantos maridos educados en la escuela del moderno sensualismo. A sus ojos la mujer no es la compañera, sino la esclava del sexo más fuerte, destinada, como ellos desvergonzadamente dicen, á servir á los placeres del hombre. De aquí nace el afân de los secuaces de las teorías materialistas de nuestra época por quitar al matrimonio cristiano el sello de la consagración religiosa con que lo ennobleció el divino Reformador de la sociedad y de la familia. El marido de Elisa, Pablo, no había sido amamantado ni educado en esta escuela, que en su tiempo no tenía aún cátedras en Roma; pero era

uno de aquellos hombres que se dejan fácilmente arrastrar por la moda de los tiempos y la fuerza de las pasiones, y, sin renegar de las creencias cristianas, fórmanse un modo de pensar que ni es cristiano ni enteramente pagano, sino una mixtura del uno y del otro, y viven condescendiendo con sus caprichos y pasiones. El amaba sobre todo la desmedida libertad, ídolo al que estaba pronto á sacrificar las más caras afecciones de familia. Por esto demoraba su regreso á la patria, cohonestándolo con frívolos pretextos y excusas, y se ausentaba de Hong-Kong en el momento en que su familia llegaba para unirse á él. Elisa, que no era mujer que se dejase burlar de su marido, con arriesgada y generosa resolución había invalidado sus pretextos y sus excusas. Ahora veíase claro que él no quería consigo á su esposa y á sus hijos, y era también fácil adivinar la causa. Elisa no encontrando á su marido, mandó preguntar en la oficina de correos si había alguna carta para ella. En efecto, no bien se había instalado en un hotel entregáronle una carta de Pablo. No se atrevió á leerla en presencia de sus hijos y Zeno, porque presentía el contenido; retiróse á su gabinete, abrióla con trémula mano, pasó por ella la vista, y cubrióse con ambas manos la cara. Qué contenía aquella carta? Cuanto bastaba para sumir en la desolación á una esposa y madre de familia. Su marido echábala en cara haber interpretado mal su última carta, en la cual la decía:—«Mis negocios no me permiten volver á la patria tan pronto como tú deseas, ni tú te atreverás á venir con la familia al fin del mundo para unirte á mí.» Esto decía Pablo porque no le pasaba por las mientes que hu-

biera Elisa recogido, por decirlo así, el guante de desafío, y le demostrase con la irresistible fuerza de los hechos que no era ella mujer que retrocediese ante las dificultades, trabajos y peligros de tan largo y arriesgado viaje. Por lo cual cuando supo que su esposa estaba ya para llegar á la China, emprendió de nuevo el vuelo, y de Hong-Kong trasladóse á Pekín, dejando en el correo una carta, que era la que tanto tormento causaba al corazón de la desventurada Elisa. Pablo terminaba la carta diciendo que «si quería vivir con su marido, tenía que acomodarse á su modo de vivir y á las costumbres del país, donde, decía él, la mujer sabe que es inferior al hombre, y no se atreve jamás á restringir su libertad.» El significado de estas palabras estaba demasiado claro; y Elisa sintió acerbísimo dolor, no tanto por la ofensa que se la infería, cuanto por ver así ultrajada la santidad del matrimonio cristiano y puesta en grave riesgo la eterna salvación de su marido. Por lo cual, leida apenas la carta, dejóse caer sobre un sofá oprimida por el dolor, llenos sus ojos de lágrimas, la cabeza inclinada sobre el pecho y oculto el rostro entre sus manos. Entre tanto los hijos, no viéndola, corrieron á buscarla; más ella que deseaba ocultarles su dolor, para no tener que revelarles la causa, encerróse en su gabinete, y, por más que llamaron, no respondió. Zeno adivinando lo que pasaba, buscó un pretexto para alejar de allí á los niños, y les dijo que no la molestaran; pues estaba cansada del viaje y necesitaba descansar. Blanca y Patricio se tranquilizaron con estas palabras; no así Astolfo, el cual movió la cabeza, como diciendo: tú me engañas! Pero temía manifes-

tar á su misma madre, y mucho más á los otros sus dudas y sus sospechas, así es que calló, y fuése con su hermana y con Patricio al jardincito del hotel. Zeno para entretenerlos algún tiempo, rogó á Astolfo que dibujase algunas plantas que allí había: y mientras tanto, aprovechando aquellos momentos, subió á ver á Elisa, la cual oyendo su voz, abrió.—Qué es eso? dijo Zeno entrando; cómo es que os veo tan pálida, abatida y lagrimosa?

—Leed, respondió Elisa entregándole la carta de su marido. Zeno echóle un vistazo, y después que la hubo leido, exclamó entre doloroso é indignado: Así se trata á una Elisa! Después devolviéndole la carta, añadió: Valor, Elisa; vos con vuestra paciencia y con el auxilio del cielo, que no os faltará, conquistaréis á vuestro marido para Dios y la familia. Yo no abrigo la más pequeña duda. Conozco bastante á vuestro Pablo; él no es un descreido, un ateo, un materialista, ni uno de aquellos hombres embrutecidos que no tienen otro Dios que la carne, ni otra ley que los placeres. Una centella de fé arde todavía en aquel corazón, y á vos toca encenderla. Creedme: él se extravió por pasión, no por convencimiento; y aunque aquella entenebrece su entendimiento, es una niebla que pronto se disipa, porque la pasión apágase con el tiempo.

—Quiéralo Dios! respondió Elisa suspirando

—Entre tanto añadió Zeno, hagamos nosotros lo que en nuestra mano está. Vos escribid una de esas cartas que vuestro corazón sabe dictar, y yo mismo me encargaré de llevársela, haciendo además lo que la amistad me sugerirá.

Cómo! exclamó Elisa, cuyo pálido rostro se vió súbditamente iluminado por un rayo de esperanza;

hasta ese extremo llevaréis vuestra bondad para con nosotros? Después de tan largo y trabajoso viaje emprender otro tan difícil y no menos arriesgado!

—Dejadme á mi ese cuidado, respondió Zeno Asuntos de esta naturaleza no se tratan bien por escrito, sino personalmente. Vos aguardadme aquí en Hong-Kong, ó mejor aún en Macao.... sí, en Macao, donde tengo yo algunos conocidos y amigos, y donde os dejaré recomendada á una excelente señora, que será para vos el ángel del consuelo y de la confortación. Yo pienso partir dentro de tres días; entre tanto para que vuestros hijos no se enteren de lo que meditamos, procuraré consolarlos con alegres esperanzas, y distraer su atención enviándolos á recorrer la ciudad. Vos por vuestra parte serenad vuestro corazón, ya que Dios os dá fuerza para dominar vuestros afectos, y no tardéis en presentaros á vuestros hijos con el rostro sereno y sonriente, si es posible.

—Este es también mi deseo, respondió Elisa; pero precisa que busque antes mi paz donde se puede encontrar, y señaló á su crucifijo. Zeno comprendió lo que decir quería Elisa, y dejándola á solas con su Dios bajó de nuevo al jardín, y con alegre semblante dijo á los hijos de aquélla:—Albricias, niños, albricias. Vuestro padre no tardará en venir; mamá le escribe que orille cuanto antes su negocios, y venga á abrazaros á Macao. Blanca y Patricio al oir esto dieron grandes muestras de alegría; pero Astolfo miró al rostro á Zeno, como para leer en él la verdad de lo que decía, y añadió:—Por qué no viene mamá á darnos ella misma esta noticia?

—Porque está ocupada, respondió Zeno.

Después de media hora escasa bajó también Elisa al jardín, y sus hijos corrieron á su encuentro.

—¿Has descansado mamá? Cómo estás? Cómo te encuentras preguntáronle Blanca y Patricio.—Bastante mejor que antes, hijos míos.

Astolfo preguntábala sólo con los ojos espiando los movimientos de su rostro; y como le pareció tranquilo y sereno, comenzó à persuadirse de que no era vana la esperanza que le había querido infundir Zeno; por lo cual tranquilizado algún tanto, poco á poco recobró su natural buen humor.

LXII.

COSTUMBRES CHINAS

No mucho después rogó á Zeno Elisa que llevase á sus hijos por la ciudad á fin de poder escribir con sosiego á su marido, y tomar consejo de los PP. Misioneros. A Astolfo y á los niños les había entrado tal hipo de contemplar las costumbres chinas, que no quisieron ver los más bellos edificios, excepción hecha de la Catedral, á donde dirigían sus primeros pasos siempre que ponían el pié en tierra de cristianos. Por lo cual Zeno, que deseaba siempre, y entonces de un modo especial, proporcionarles algún esparcimiento, condújolos adonde un europeo puede pasar divertidamente el tiempo contemplando, como en un teatro, las escenas, para èl nuevas, de la vida de los chinos. Era este lugar un renombrado hotel donde acudían los más ricos mercaderes chinos y á menudo también los Mandarines que estaban allí de paso. No bien entraron, salió á su encuentro el fondista, un hombrecillo gordiflón, de cuya afeitada cabeza pendía una trenza de pelo, que le llegaba hasta los talones, ondeando graciosamente. El obeso fondista, que había hecho en su vida más inclinaciones

y zalemas que pelos tenía en su trenza, presentóse á nuestros viajeros sonriente, levantó hasta la frente las manos, que llevaba ocultas en las largas mangas de su vestido, y luego las bajó hasta las rodillas repitiendo *chin-chin*, que era como saludarlos, é inclinándose hacia adelante de tal suerte, que hubiera dado con la frente en el suelo, si no se opusiere á tamaña humillación la obesidad de su respetable persona. Este modo de saludar úsase sólo con las personas de grandísimo respeto; el saludo ordinario consiste en unir las manos sobre el pecho y decir con gracia: *chin-chin*.

Zeno, á quienes tomagaban tantos cumplimientos, para dispensarle del ceremonial chino, dirigióse á él y estrechóle la mano. Este modo de saludar es considerado por los chinos como grosero y villano, sólo excusable en un bárbaro, es decir en un europeo: que bárbaros somos á juicio de ellos. El fondista hizo seña á los camareros, y al instante uno de éstos llevó para el té tazas de finísima porcelana, y otro la lista de los platos que había, escrita en chino y en inglés, y contenía entre otros, platos de ave, de pescado, de carne de buey, cerdo, gato en salsa y asado de perro negro, comida á decir de los chinos, delicadísima y de sabor exquisito. Astolfo y los niños al leer esta lista, no pudieron contener la risa; y Zeno que gozaba viéndolos reir, les preguntó por broma si querían que les sirvieran carne de gato y de perro negro.—Líbrenos Dios! respondió Blanca cerrando los ojos con cierta coquetería.—Tú haces de la melindrosa, díjole el festivo Astolfo; pero hoy tienes que tomar una buena ración de gato, más sabroso que la liebre, y una costilla de perro negro tras de la cual te chuparás los

dedos, como afirman los gastrónomos del celeste imperio.

—Calla, repuso Blanca, que me excitas el vómito.

—Ea, dijo Astolfo, dejemos á Blanca la elección de platos.

Y Blanca señaló con el dedo en la lista el faisan asado y un plato de dulce llamado *cabellos de ángeles*, que prefirió á otras golosinas por la belleza del nombre.

Mientras apreciaban la habilidad de los cocineros chinos, entraron en el comedor otros huéspedes que con sus formas y maneras atraían la atención. Entre los recien llegados hallábase un Mandarín que se distinguía de los otros por llevar en la cabeza un sombrero de cartón forrado de raso azul. Haciánle todos cortejo y deshacíanse en inclinaciones y cortesías prescritas por el ceremonial chino. También nuestros viajeros, para conformarse lo mejor que sabían con las reglas de la galantería china, al entrar él, se pusieron en pié y le saludaron descubriéndose. El Mandarín que no esperaba tanto de unos bárbaros extranjeros, sobre todo en un país señoreado por ellos, experimentó indecible placer, y con una sonrisita hízoles una inclinación, bastante más profunda de lo que en tierra china la hubiera hecho. Sentóse á seguida en el lugar de preferencia, tomando asiento á su derecha é izquierda los ancianos, que en la China, donde las canas inspiran respeto, tienen siempre el primer lugar.

—Estos, preguntó Astolfo, visten siempre del mismo modo, ó rinden parias también á los caprichos de la moda?

—Qué dices tú de modas? Esta vanidad que allá en Europa, empobrece y arruina á tantas familias

impone ayunos y sacrificios, y cuesta muchísimo dinero, lágrimas y remordimientos, en el celeste imperio no encuentra favorable acogida. Los chinos desdeñan la novedad, son aferrados á las antiguas usanzas, y más económicos en el vestir que nosotros. Guay del chino que se presentara en público con otro traje que el nacional! Gran peligro correría de ser apedreado por el pueblo.

—Ah! exclamó Astolfo: por qué no tenemos nosotros también nuestro traje nacional? Eso de tener que cambiar de moda á cada fase de la luna, es decir según el capricho nacido en los lunáticos cerebros de ciertas damiselas y modistas extranjeras, no es cosa soberamente ridícula, dispendiosa y humillante para nosotros?

—Tienes razón que te sobra, dijo Zeno. Eso de seguir los cambios todos de las modas extranjeras, sobre todo de las parisienses, caprichosas y extrambóticas es por nuestra parte una verdadera estolidez. Y desgraciadamente de tal suerte ha encarnado en nuestras italianas el maldito vicio de imitar en todo y por todo á las extranjeras, que no hay ya modo de arrancárselo. Demás del daño grandísimo que resulta para nuestro decoro nacional, sufren grave perjuicio los intereses particulares de las familias, las cuales por causa de las modas ven un día y otro mermados sus capitales, y muchas se arruinan sin poderse levantar, como ha sucedido ya á no pocas ilustres casas italianas. Jóvenes conozco que rehusan tomar esposa porque, dicen ellos, cuesta mucho: tantas son las exigencias de la moda y del lujo en el moderno mundo femenil.

Los chinos, más razonables en esto que nosotros, no varían jamás su traje nacional ni tienen motivo

para ello, siendo, como ves, más sencillo y majestuoso que el nuestro y más higiénico á la vez. Consiste según las clases sociales en una vestidura rozagante sin túnica, ó en una tunicela con amplias mangas que llegan hasta las rodillas. Llevan generalmente desnuda la cabeza, defendiéndose del sol con una sombrilla; y cuando tienen que viajar, ó trabajar en el campo, cúbrenla con un sombrero de paja de ancha ala que los proteje de los flechazos que lanza el sol sobre su cabeza y espaldas.

Mientras nuestros viajeros hablaban de los trajes chinos, los huéspedes después de un mundo de cortesías y reverencias cambiadas entre sí sentáronse á las mesas, que eran pequeñas, cuadradas y destinadas á personas de la clase media.

—Este ceremonial, dijo Zeno, no es nada en comparación del que verás practicar en las circunstancias más solemnes, y cuyas reglas, minuciosamente prescritas por el tribunal chino, están en todo su antiguo vigor así en las ciudades como en las aldeas. En materia de cumplidos el más galante de nosotros es superado en mucho por cualquier lugareño de la China. No hay cosa en que más se esmeren los chinos que en parecer urbanos y corteses. A juicio de ellos el esmero en llenar los deberes de urbanidad contribuye á templar y corregir la natural rudeza, suavizar las costumbres y mantener el orden, la subordinación y la paz. Entre los libros que contienen las reglas de buena crianza, sobresale un antiguo ritual escrito ha ya mas de tres mil años, en el que explícase por extenso cuanto se refiere á los saludos, visitas, regalos, fiestas y á todas las demostraciones de urbanidad ya públicas, ya privadas. Desde los príncipes de la sangre y los supremos mandarines

hasta el humilde labriego todas las clases sociales tienen sus reglas de las que ninguno se atreve á separarse ni un pelo; y tantas son, que en aprender á practicarlas emplea el chino la mitad de su vida.

—Muy buena cosa es la urbanidad, observó Astolfo, pero el exceso es siempre reprensible.

—Por esto puedes conjeturar, añadió Zeno, lo embarazados que se encuentran los europeos cuando quieren acomodarse á las costumbres chinas, y cuanta paciencia necesitan los misioneros, los cuales deben conformarse lo más que pueden con los usos de esta gente.

—Mientras los chinos comían alegremente y miraban de cuando en cuando de soslayo á nuestros viajeros, estos, acuciados por la curiosidad, no apartaban de ellos los ojos. Lo que sobre todo les llamaba la atención era el ver la facilidad y destreza de los chinos en manejar los palitos con que llevaban á la boca toda clase de alimento y hasta el arroz. Astolfo al observar esto no pudo menos que exclamar:

—Si un año entero me ejercitara yo en ese manejo, no llegaría á aprenderlo.

—El hombre se acostumbra, observó Zeno, á los ejercicios más difíciles, si empieza á adiestrarse desde la infancia.

—Por qué, preguntó Blanca, no hacen uso los chinos de agua ni de hielo bajo un sol tan abrasador?

—Porque tienen la costumbre de beber siempre caliente; lo cual paréceme ser higiénico.

—Y por qué usan de tazas tan pequeñas?

—Porque no tienen como nuestros bebedores la mala costumbre de echarse de un sorbo un gran vaso de vino ó de cerveza, sino que, como ves, beben á poquitos.

—Sí, replicó la vivaracha niña; pero á lo que veo, tan á menudo llevan sus tacitas á los lábios, que tantas gotas reunidas acabarán por formar en sus estómagos un razonable lago.

—Rióse Zeno de la oportuna advertencia de Blanca:—Y crees tú, la dijo, que entre los chinos no hay excesos en la bebida, y que no se levantan algunos de la mesa tan bebidos como los devotos de Baco que frecuentan nuestras tabernas? Si los chinos no beben de un trago una botella de licor, estánse en cambio á la mesa bebiendo á sorbitos cuatro ó cinco horas, lo cual tanto monta. Generalmente son sobrios, pero más en comer que en beber.

—Y por qué se están tanto tiempo á la mesa?

—Porque allí se tratan los negocios de mayor cuantía.

—Ahora entiendo, dijo Astolfo, porque esta usanza va también introduciéndose en Europa. Nuestros magnates la han tomado sin duda de los chinos.

—Exactamente: hoy se tratan también entre nosotros las más árduas cuestiones de la ciencia, de la política y de la religión entre el humo de las viandas y los embriagantes vapores del champagne y otros vinos exquisitos.

—Será tal vez, añadió Astolfo, para tener más despierto el entendimiento?

Todo lo contrario: Es para tener más suelto el frenillo de la lengua; que hoy más apreciado es un facundo decidor y hasta un ignaro charlatán, que un pensador robusto ó un filósofo digno de este nombre.

—Qué aberración! Si sólo se tratara de brindis, ó de versos improvisados en los convites en honor del que da el banquete, yo comprendo perfectamente que el calor de Baco sea poderoso para despertar la ins-

piración de Apolo; pero cuando se trata de fríos razonamientos, equivale á un par de grillos.....

—Bravo! muy bien, querido Astolfo! Esa reflexión revela en tí un juicio más maduro que tu edad.

Astolfo al verse así alabado, reprimió á duras penas una risita de complacencia que á despecho suyo se dibujó en sus labios.

—Ya te dije, prosiguió Zeno, que á un bien seguido razonamiento prefiérese hoy un torrente de palabras, ó una elocuencia nebulosa y sibilítica que oculte el concepto bajo el velo de metáforas é imágenes etéreas, vaporosas, semejantes á las pompas de jabón, tras de las cuales corre el pueblo, como los niños que alargan la mano para cogerlas, y se encuentran sin nada en ella. Tú ves claramente que á tal elocuencia favorecen más las mesas que las cátedras, los púlpitos y las tribunas, porque en las primeras sobreabunda por el calor de la sangre el elemento fantástico.

—Según eso, replicó Astolfo, las grandes cuestiones sociales y la suerte de los pueblos pueden depender de una comida.

—Vaya! Y como una buena comida depende del cocinero, nuestra suerte se decide en una cocina.

—Todo el mérito, pues, repuso Astolfo riendo, será del arte culinaria si los negocios públicos toman acertada dirección.

—Quién lo duda?

La risa que éste diálogo excitó en nuestra pequeña comitiva, llamó la atención de los graves chinos, quienes interrumpiendo su plática, miraban á hurtadillas á nuestros viajeros, y uno dando de codo al compañero, le decía:

—Mira como se rien de nosotros esos diablos rojos (así llaman á los europeos.)

Y qué? respondió el compañero, ¿hay acaso en nosotros algo que excite la risa?

—Sin embargo, replicó el primero, para esos bárbaros nuestro modo de comer, vestir, hablar, nuestras costumbres, en suma, y hasta nuestro tipo, el más hermoso del mundo, todo es extraño, contrahecho todo y digno de risa. Ellos nos juzgan deformes, ellos que tienen una frente prominente y ancha; unos ojazos que parece quieren salirse de las órbitas; una nariz larga y afilada que semeja el espolón de una nave; una barba y unos mostachos que les dan un aspecto sombrío y hasta feroz. Y lo más grave es esto: á juicio de esos bárbaros no somos un pueblo culto y civilizado nosotros, nosotros que podemos con razón gloriarnos de una civilización mucho más antigua y adelantada que la suya.

—Qué quieres? respondió el otro, son bárbaros; es necesario compadecerse de ellos.

Zeno que algo entendía el chino, y había prestado atención á aquel diálogo, les dirigió la palabra diciendo: Mis buenos amigos. os engañáis completamente al creer que nos reimos de vosotros y de vuestras costumbres, que no os consideramos como un pueblo culto. Nosotros os apreciamos, como es nuestro deber; y sólo nos duele que á cada paso nos llameis diablos, bárbaros y qué se yo cuántas lindezas por ese estilo.

Los chinos atónitos al oir á un bárbaro hablar en su idioma, y pesarosos por lo que habían dicho contra los europeos, no osaron pronunciar una palabra; y miráronse uno al otro, reprochándose el haber con-

travenido á las reglas de la prudencia y buena crianza.

Zeno entonces se puso en pié, y aproximándose á ellos, les dijo.—Ea, mis amigos, olvidemos todo esto y bebamos á la fraternidad de los pueblos. Es ya tiempo de que los pueblos todos se respeten mútuamente y como hermanos se amen.

Aplaudieron los comensales las palabras de Zeno, y más que ninguno los dos chinos sorprendidos en falta, quienes al verle ponerse en pié, asustáronse temiendo una venganza; y ahora sonreían de placer viendo que la tempestad se resolvía en agua, ó lo que es lo mismo, en fraternal libación. Bebieron, pues, por la fraternidad de la Europa y de la China, fraternidad que solo el cristianismo con el andar de los años establecerá entre pueblos tan diversos. Levantáronse después de la mesa todos y salieron al jardín para dar á los camareros tiempo de preparar agua caliente con que se lavasen los huéspedes las manos y la cara, limpiar las mesas y sacar los postres. Cuando todo estuvo dispuesto, volvieron á entrar y otra vez sentáronse á la mesa; después de haber tomado cada cual lo que más le agradaba, y bebido á su placer, un camarero se colocó á la puerta con una larga lista en la mano, y leyó cantando los nombres de los platos servidos, con sus correspondientes precios: ingenioso modo de halagar la vanidad de los huéspedes, los cuales para darse aires de gente rica, á menudo mandan preparar comidas tan costosas. Nuestros viajeros, pagado su gasto, saludaron cortesmente y salieron con dirección al hotel, donde les aguardaba Elisa no sin alguna inquietud. Era la primera vez que había separado de sí á sus hijos y los había encomendado á otro; por lo cual no dejaba de sentir

alguna intranquilidad, aunque bien podía descansar segura en la intachable probidad del honradísimo Zeno.

LXIII.

LAS NAVES CHINAS.
GIGANTESCAS OBRAS HIDRÁULICAS.

Al día siguiente, muy de mañana, salieron del hotel nuestros viajeros encaminándose al puerto, y vieron, no sin admiración, toda la rada llena de barcas, canoas, chalupas y también gran número de naves extranjeras que estaban allí ancladas. Demás está decir que sólo las naves chinas llamaron la atención. Mientras contemplaban estas nuevas y raras formas de naves, pasó á la vista de ellos un barquichuelo chino sin velas y sin remos, movido por el timón, que á la vez hacía los oficios de remo. Una mujer era quien lo manejaba. La mujer, á cuya debilidad tantas consideraciones guarda nuestra civilización, es empleada en la China en las más rudas labores del campo y de la marina. Las mujeres de esta clase, las cuales pertenecen á la ínfima condición, no tienen los piés microscópicos, como las de condición superior; pues el tenerlos desde la niñez estropeados y diminutos á poder de ligaduras no es un privilegio á todas concedido. Pero de esta costumbre, tan ridícula como bárbara, tendremos ocasión de hablar un poco más adelan-

te. Volvamos á nuestra timonela: era madre y llevaba á la espalda un niño suyo, sujeto con largas vendas, atadas de modo que la dejaban libres los brazos para maniobrar. Elisa viéndola, exclamó maravillada: Qué es esto? En la China roban á los pilotos su ocupación las mujeres?

Así es, respondió Zeno; pero solamente en estos pequeños barquichuelos y en cortos trayectos, principalmente en los ríos.

Astolfo al ver aquel niño sacar la cabeza de una especie de saco, no pudo contener la risa, y vuelto á su hermana, la dijo:—No parece aquel niño una rana? mira como saca la cabeza, los piés y las manecitas. Una expresiva mirada de Elisa le hizo entrar en sí mismo y recordar que de la misma manera había venido sobre las espaldas de Perrier el pequeño Patricio cuando fué salvado del naufragio: y este recuerdo hízole arrepentirse y avergonzarse de su imprudente dicho.

—Muchas veces oí decir, añadió Elisa, que no hay país en el mundo que tenga tanta riqueza de aguas como la China, ni haya sabido mejor aprovecharse de ellas....

—Nada más cierto, respondió Zeno; la China está toda atravesada por rios y canales artificiales que la riegan y fecundizan; y como son casi todos navegables, vense surcados por un sin número de lanchas y góndolas, y hasta por grandes naves mercantes que llevan á todas las regiones de este vasto imperio los productos de la agricultura, de la industria y el comercio. Geógrafos y viajeros convienen en conceder á la China la primacía en materia de gigantescas obras hidráulicas De los grandes canales, que son como las arterias de este gran cuerpo, parten otros meno-

res, y de estos derívanse infinitos arroyuelos que llevan la fertilidad á los campos, y van á morir en los lagos y en los estanques destinados á la piscicultura, industria muy en boga en la China. Entre todos los canales campa el de Juho, ó canal imperial que atraviesa la China de norte á sur en una extensión de 600 leguas, y une la capital con las provincias centrales y meridionales del imperio.

—Cuándo se abrió ese canal? preguntó Elisa.

—Dióse principio á la gigantesca obra á fines del año 1181, y terminóse á fines del siglo XIII, reinando Cubilai-Kan, nieto del famoso Gengis-Kan, conquistador de la China y fundador de la vigésima dinastía.

—Y tienen puentes de hierro? preguntó Astolfo.

Oí hablar de uno, construido sobre el torrente Panho, obra de un antiguo general chino.

—Según eso, dijo Elisa, lo que entre nosotros es casi de ayer, es antiguo ya en la China.

—Es innegable que nos han precedido en muchas cosas; y nosotros, si queremos ser justos, no debemos negarles el mérito de muchas invenciones.

—Cuales son, preguntó al instante Astolfo.

—No es tan tenaz mi memoria que retenga las fechas de las múltiples invenciones chinas; pero como tuve cuidado de anotarlas en mi libro de apuntes, y confrontarlas con cuanto refieren los más acreditados historiadores del imperio chino, así europeos como extranjeros, llegado que hubiéremos al hotel, satisfaré tu docta curiosidad.

—Mil gracias, respondió Astolfo; pero entre tanto sacadme de la cabeza esta duda. Si la China puede recorrerse toda por agua, gracias á la industria de sus habitantes ayudada de la naturaleza, presumo

que el Gobierno no se habrá curado mucho de las vías terrestres....

—Te equivocas; en un país tan poblado, tan activo, industrioso y dado al comercio, como el chino, menester era una densa red de carreteras que facilitasen las comunicaciones; y el Gobierno de la China, como el de la antigua Roma, abrió muchísimas, aún en los paises más abruptos, procurando además hacerlas cómodas y seguras. Al efecto hizo perforar montañas, abrir á pico largas y anchas galerías, allanar las cimas y nivelar el terreno. Carreteras hay también que con largos y tortuosos giros suben á las crestas de los más elevados montes. Las carreteras de primer orden son llanas; tienen á sus lados árboles que las hermosean y dan sombra, y están rellenas de cascajo y arena, que seca no bien cesa de llover. Encuéntranse también de trecho en trecho torrecillas cuadradas provistas de garitas para los centinelas, pues está mandado por las leyes que haya cada media legua un cuerpo de guardia, y que donde no haya bastantes soldados, suplan los habitantes del país. Encuéntranse también con frecuencia casas de descanso para los viandantes, y pagodas y conventos de bonzos que dan hospitalidad durante el día, pero nunca de noche, á no ser que el viajero sea un Mandarín; que éste puede detenerse allí cuanto le venga en talante. No faltan tampoco chinos ricos y generosos que suelen dar á los viandantes pobres té en el verano y agua con infusión de jengibre en el invierno.

—Bellísima costumbre, exclamó Elisa, que haría honor á la civilización europea, si fuera todavía cristiana, como lo era cuando entre nosotros había en gran número, además de los hospicios para los peregrinos, conventos de frailes que daban á los viandan-

tes generosa hospitalidad, pero aquellos tiempos pasaron, y nuestra civilización paganizada tendrá que venir á la China, si quiere aprender á ejercer la hospitalidad con los viajeros y peregrinos.

—No es menester, repuso Zeno, venir á buscarla tan lejos. Más cerca tenemos á los árabes y otros pueblos asiáticos que pueden en esta materia ser maestros nuestros.

—Y con los europeos, preguntó Astolfo, usan también los chinos de esa cortesía?

—Oh! eso no, pues nos temen y quisieran vernos lejos, muy lejos de sus tierras. Sin embargo, antes de haber subido al trono la dinastía actual y haber cerrado las puertas del imperio, también los extranjeros hallaban aquí buena acogida y generosa hospitalidad; y nosotros podemos citar, entre otros, el testimonio de Marco Polo, verídico en esto como en todo lo demás.

Distraidos con esta conversación llegaron nuestros viajeros sin darse cuenta al hotel, donde se encontraron con un telegrama expedido en Singapur.

LXIV.

EL TELÉGRAFO SUBMARINO Y EL ESTUPOR DE LOS CHINOS.

El telegrama recibido por nuestros viajeros había sido enviado por Mr Whithe, el cual ganoso de cumplir la palabra que les había dado en Singapur, no quiso aguardar la llegada del segundo vapor correo, sinó que telegrafió la siguiente noticia: Presos piratas Tsiú y Ka'en importantes revelaciones—detalles por el correo—Maroto huyó.

Elisa palideció al oir el último inciso del telegrama, y Zeno no pudo menos de exclamar: Ese maldito tiene el demonio en el cuerpo. Astolfo añadió: Sólo falta que hasta aquí llegue buscándonos.

—Eso es lo que yo temo, repuso Elisa. Después de un momento de silencio dijo Zeno: No temáis; el bergante, ya que burló la astucia de la policía inglesa en Singapur, no será tan bobo que venga á correr nuevos peligros en Hong-Kong, donde la policía está también en manos de los ingleses. Yo me inclino á creer que se ha refugiado en la isla de Hai-nan, pró-

xima á Singapur y llena de piratas, con quienes él debe de tener secretas inteligencias.

—La providencia le aleje de nosotros, dijo Elisa.

—Y le entregue al diablo, añadió Astolfo.

—Calla, no digas eso, ruega más bien á Dios que le convierta.

—Yo creo firmemente, dijo Zeno, que Maroto más piensa en la fuga que en la venganza; pero como la zorra no muda el pelo, es claro que continuará ejerciendo su profesión; más por lo que á nosotros toca, nada tenemos que temer. Me apena, sí, el ver que ahora será más difícil que nunca arrancarle el dinero que usurpó á nuestro pobre Patricio.....

—Eso es lo de menos, repuso Elisa. Patricio es ahora hijo mío, y mientras yo tenga un pedazo de pan, con él lo repartiré. Por lo demás, convendría tal vez informar de todo al Gobernador de esta colonia por si no recibió ya del de Singapur noticias acerca de esto.

—Voy al momento á avistarme con él. Y levantóse para salir.

—Mamá, dijo Astolfo, me permites acompañar á Zeno?

Elisa condescendió; Zeno y Astolfo salieron juntos y dirigiéronse al palacio del Gobernador, que los recibió con afabilidad, y apenas supo la causa de su venida, les dió á leer un largo telegrama recibido poco había del Gobernador de Singapur, referente á la captura de los piratas y á la fuga de Maroto á la China. Después quiso oir de Zeno cuanto había sucedido á nuestros viajeros y las asechanzas que les había armado Maroto; y tomada nota de todo, los despidió, diciéndoles que sin demora daría sus órdenes á la policía y emplearía todas las diligencias conducentes á

saber donde se refugiaba el malvado, y echarle el guante de acuerdo con el Gobierno chino.

Zeno y Astolfo salido que hubieron del palacio del Gobernador, dirigiéronse á la estación de telégrafos con el fin de hacer expedir un telegrama para Mr. Wihthe, y con gran sorpresa encontraron allí congregados á los más conspícuos chinos de la colonia. Zeno aproximándose á uno de los empleados, le preguntó:

—Cómo aquí tan numerosa y distinguida reunión de chinos?—Y el empleado sonriendo, le respondió: —Han venido acá, más por cortesía que por curiosidad, invitados por la Compañía del telégrafo submarino, la cual habiendo terminado pocos días há la inmersión del cable que une la India con la China, y queriendo por su propio interés persuadir á los chinos, incrédulos todavía, de la verdad de esta invención europea, los llamó para que hiciesen ellos mismos la experiencia, ofreciéndose á expedir gratis sus primeros telegramas.

—Bien dispuesto! dijo Zeno; y acercándose, se puso á escuchar lo que aquellos decían. Era la cosa más cómica del mundo: uno leyendo y releyendo la respuesta recibida por telégrafo de su corresponsal, arqueaba las cejas y exclamaba: No hay duda, él es quien me contesta; ningun otro hubiera podido imaginar respuesta tan acomodada.

—Bah! exclamaba otro moviendo la cabeza, tú eres un simplón si lo crees. Esa respuesta es una ingeniosa invención de aquel tunante de allí; y señalaba á un empleado que estaba sentado al aparato telegráfico.

—Es innegable, añadió un tercero, que estos europeos poseen á maravilla el arte de engañar. Han

inventado un medio ingeniosísimo de limpiarnos con sus prestidigitaciones la bolsa. Pero quién de nosotros será tan rematadamente tonto que sea capaz de creer que un hilo de hierro perdido en el fondo del mar pueda trasmitir á inmensas distancias nuestros pensamientos?..... un hilo de hierro..... en el fondo del mar..... y á una distancia de centenares y millares de leguas? Cosas son estas que ni á los niños pueden hacerse creer.

—Dices bien, añadió con aire de dignidad un obeso mercader que estaba repantigado en un sillón; es imposible que un hilo de hierro tenga por sí tal virtud; pero quién sabe si le ha sido comunicada por algún espíritu con quien esos europeos tienen tal vez secretas inteligencias?

Esta explicación agradó á la comitiva, y pareció conciliar las opuestas opiniones, pero en aquel momento entraron en la oficina dos letrados ó mandarines que estaban allí de paso. á trasmitir no se qué telegrama á uno de sus amigos de Sciang-hai, y los chinos allí presentes, después de las cortesías de rúbrica, propusiéronle la cuestión que debatían, y la explicación dada por el panzudo mercader, hombre á quien la corpulencia, tenida en mucho precio en la China, daba gran peso y autoridad. Los mandarines riéronse de la explicación y procuraron sacar á los buenos mercaderes de su error, diciéndoles que el telégrafo no era una impostura, ni cosa de mágia sino una invención bella y útil, de la que también ellos debían aprovecharse. Al oir esto los mercaderes, llenáronse de estupor, y uno de ellos exclamó: —En verdad que los europeos serán capaces de sacar á los diablos del infierno.

LXV.

INVENCIONES CHINAS

Si los inventos europeos llenan de admiración á los hijos del celeste imperio, también los inventos de éstos causan maravilla á los nuestros. Era Zenø admirador entusiasta de sus artes y su industria. Regresado que hubo con Astolfo, no bien dió cuenta á Elisa de su entrevista con el Gobernador, echó mano al libro de memorias como había prometido, con gran contento de Astolfo y los niños, que al instante hicieron corro en torno de él. El excapitán de marina había anotado en sus apuntes las fechas de los varios descubrimientos hechos por los chinos en las ciencias y en las artes, sirviéndose, ya de los anales de aquella nación, traducidos por doctos sinólogos, ya de las historias y relaciones escritas por autores europeos, bien enterados en las cosas de la China, como el renombrado sinólogo Estanislao Julién, el cual presentó el año 1847 á la Academia de ciencias de París una detallada relación sobre este asunto, de la cual Cantú transcribe en su *Historia Universal* un trozo. Tal vez había leido también lo que escribió La Harpe en su *Compendio de historia general de viajes*. Abel Remusat, Rienzi, Marco Polo, Bartoli, el compilador de las tablas históricas. Zeno empezó desde luego á leer aquella larga lista de fechas y nombres extraños, que ponemos en nota, salpicándola de algunas observacio-

nes, todas propias para conciliar la atención de s escaso auditorio y hacer resaltar el mérito de las in-u venciones chinas (1).

(1) Advertimos ante todo al lector que al fijar las fechas de las varias invenciones, hemos seguido el método de los chinos, computando según ellos los tiempos. Pero el sinólogo Julién que hizo un estudio crítico de sus anales, sigue en la relación presentada á la Academia de París diverso método, según el cual deberían quitarse algunos siglos á las fechas de los descubrimientos chinos; pero esto no impide que sean muy anteriores á las nuestras.

Astronomía —El año 2914 antes de J. C., Fon-hi, padre de la astronomía china, compuso las tablas astronómicas.—El año 2611, Hoang-ti hizo construir un observatorio astronómico é inventó la esfera. El 2512 fundóse una academia de astronomía y matemáticas, y reformóse el calendario. El año 2357 dos astrónomos presentaron al Emperador una esfera armilar.—El año 2251 los astrónomos chinos determinaron con precisión matemática los eclipses solares.—El año 1109 inventaron el reloj solar.—El 940 un astrónomo ideó una esfera que con su movimiento indicaba las horas y los cuartos; y un miembro del tribunal de matemáticas inventó otra que representaba el curso aparente del sol por el Zodiaco.—El 979 fué presentada al Emperador la mayor esfera que jamás se había visto, y representaba las estrellas de los dos polos del mundo, el camino del sol, las estaciones, las constelaciones, el sol, la luna y los planetas puestos en movimiento por un ingenioso mecanismo.

Filosofía.—Seis siglos antes de J. C. florecía en la China la escuela filosófica de Confucio, la más antígua del mundo.

Historia natural.—El año 2914 se reunieron en un museo botánico las yerbas y plantas más útiles.

Geografía é Historia. El año 2286 tenían los chinos una geografía del imperio celeste. La Historia llega al año 2602 antes de J. C.

Artes.—El 2695 inventó Tsang-Kié la moneda, las campanas, el órgano, los pesos y medidas. Su esposa inventó el modo de trabajar la seda.—El año 2600 inventóse la brújula,—El año 1450 redújose la música á arte, y se hicieron instrumentos de cañas de bambú.—El año 1600 inventáronse los números que llamamos

Cuando hubo terminado la lectura, sus oyentes, que hasta entonces habían permanecido sin articular palabra, prorrumpieron en varias exclamaciones.

—Quién hubiera creido jamás que los chinos fueron los inventores de la estereotipia y de la imprenta con caracteres movibles, que nosotros atribuimos á Gutemberg?

—Y quién hubiera sospechado, añadió Astolfo, que á los chinos se debe también la invención de la brújula, atribuida á Flavio Gioía, y la de la pólvora que se cree inventada por Bacón de Verulamio? (1)

Y qué diremos, añadió Zeno, del gas del alumbrado que nosotros teníamos como un descubrimiento de nuestra época? Pero es fuerza confesar que los chinos no supieron sacar de éste ni de otros descubrimientos todo el partido que hemos sacado nosotros.

—Si estos hijos del celeste imperio, continuó Astolfo, no se hubieran encerrado en su aislamiento, Europa hubiera conocido el papel desde la época de los romanos, y no mucho después la imprenta; y

---

arábigos.—El año 100 inventóse la pólvora.—El año 1931 se creó el papel moneda para suplir la falta de numerario metálico.—Entre el año 581 y el 583 de nuestra era inventóse la imprenta de tablas de madera; en 904 la imprenta de tablas de piedra, y en 1049 la imprenta con caracteres movibles.

Instituciones públicas.—El año 2695 estableciόse el tribunal de la historia.—El 2278 fundáronse hospitales para los ancianos enfermos.—El 2236 abriéronse escuelas públicas, entre ellas una de música vocal.—El 605 fundó el Emperador Yunti una biblioteca pública que constaba de 27 000 volúmenes.

(1) Bacón vino al mundo el año 1561, y los árabes habían ya hecho uso de la pólvora en el sitio de Algeciras (1342) Es lo más probable que los árabes fueron quienes comunicaron á Europa la pólvora, ya fuese invención suya, ya procediese de los chinos Hay también quienes atribuyen esta invención al fraile franciscano alemán Bertoldo Schwarz. *(Nota del Traductor)*

gracias á estas dos invenciones hubiera llegado á nosotros un tesoro de obras antiguas que desgraciadamente se perdieron.

—Yo, dijo Blanca, siempre agradeceré á los chinos la invención de la seda y de la porcelana.

—En esto, añadió Zeno, tienen no solo el mérito de la invención, sino también el de su perfeccionamiento, pues con tal diligencia cultivaron estos dos ramos, que solo desde há poco pueden nuestras sedas y porcelanas competir con las suyas. Y de este progreso á ellos somos en mucha parte deudores, porque sus procedimientos divulgados en Europa por los misioneros, sirvieron no poco á los cultivadores de estas artes entre nosotros. La famosa fábrica de Sevres dícese que debe la perfección de sus productos y su nombradía á una detallada relación enviada al Gobierno francés por un misionero, el P. D'Entrecolles, jesuita, el cual teniendo su residencia en King-te-scing; donde se fabrican las mejores porcelanas de la China pudo observar muchas veces el método seguido por los chinos en la fabricación de las mismas. Otras invenciones, como la fabricación de una especie de papel velludo y de otro que tiene la morbidez y la consistencia de un tejido, y la de ciertas tintas y gomas son aún poco ó casi nada conocidas en Europa. La piscicultura, tan antígua en la China, todavía está haciendo entre nosotros los primeros ensayos. El cultivo de una especie de arroz que crece como el grano sin otro riego que el de las nubes, no tiene aún entre nosotros derecho de ciudadanía; y el de muchas plantas y flores que crecen en las regiones templadas, solo desde há muy poco atrajo la atención de los naturalistas europeos que así enriquecieron nuestra flora.

—Sin embargo, dijo Astolfo, bien echadas las cuentas, los hijos del celeste imperio son inferiores á nosotros.

—No lo niego, respondió Zeno, si se consideran en conjunto las artes y las ciencias, y si se tiene en cuenta el largo camino que en mucho menor lapso de tiempo recorrió el genio inventor de los europeos. Pero es forzoso hacer también justicia á los chinos, y estudiar mejor sus cosas, servirnos de sus luces y hacer que concurran también ellos á enriquecer nuestro patrimonio artístico y literario.

—Ciertamente, observó Elisa, conviene que cada pueblo aporte su piedrecita al edificio común.

En esta conversación se había pasado gran parte de la noche. Elisa después de haber concertado con Zeno para el día siguiente una gira á la vecina Cantón, se levantó y retiróse con los niños; Astolfo y Zeno fueron también á acostarse.

LXVI.

UNA AVENTURA
QUE PARECE UNA FÁBULA, Y NO LO ES.

Dormían profundamente Zeno y Astolfo en dos habitaciones no distintas de la puerta principal, cuando vino á interrumpirles, próxima ya el alba, su plácido sueño un hombre que gritaba desaforado produciendo un ruido infernal. Echáronse ambos del lecho, y mal humorados corrieron á la puerta resueltos á dar una severa lección al mal criado voceador; pero éste, calmada algún tanto su ira, se alejaba ya, mientras entraba cabizbajo en el hotel un inglés, inocente víctima del furor de aquél. Astolfo y Zeno que habían podido vislumbrar al voceador, ahogaron á duras penas la risa; jamás habían visto más ridícula y fea catadura de hombre. Era un tipo indefinible: ni chino ni indio, ni europeo, sino una mixtura de todos tres, en quien la naturaleza había tenido el capricho de reunir cuanto de más extraño hay en cada uno de ellos Al verle á la incierta luz del crepúsculo, fácilmente se le podía confundir con un orangután; y este inocente error había sido precisamente la causa de su enojo contra un pobre diablo de inglés, cu-

ya única culpa había consistido en creer ligeramente á sus ojos. He aquí como había sucedido. *El bello Adonis* hallábase asomado á una ventana que daba á la calle, distrayendo su melancolía, cuando acertó á pasar el inglés de quien hablamos, el cual engañado por las apariencias, y creyendo de buena fe habérselas con un orangután, levantó el bastón y le dió un ligero golpe en la cabeza, diciéndole: *atrás bestezuela*. El mestizo, al verse tan indignamente tratado, se enfurece, corre apresuradamente á la puerta, ábrela con ímpetu, lánzase á la calle, arrójase sobre el inglés y con fiero aspecto, ojos centelleantes, los puños apretados y voz ronca articula estas palabras, que con dificultad y entrecortadas salían de su garganta: tanta era la rabia que le ahogaba: á mí esa injuria..... á mí..... vos, grandísimo canalla? El inglés se detiene, le mira, queda como pasmado, no da crédito á sus ojos, y todo turbado por la alucinación padecida, murmura un..... —perdone, señor, yo le había tomado por un..... y ahogó la palabra orangután que había asomado ya á sus labios.

—Qué es ese un..... qué es ese un..... replicó el mestizo, más irritado que antes; ya entiendo lo que me queréis decir, pero tened entendido, señor lord, que yo soy noble como vos, y más que vos; lo habéis comprendido? Yo me querellaré ante el juez de tan atroz injuria; y Mr. Boll (1) que es la justicia personificada, sabrá darme la razón.

—Dispénseme, dijo el inglés, con tono humilde; perdón, señor, que yo no tenía intención de injuriar

(1) Ejercía entonces en Hong-Kong el cargo de juez; era católico de gran piedad y magistrado incorruptible. Su muerte fué muy sentida en aquella colonia, que le echó muy de menos.

á nadie. Grande fué mi equivocación, lo confieso, pero no dependió de mi voluntad. Engañáronme las apariencias. ... esto fué todo. Era tan fácil el engaño en una hora en que apenas se distinguían los objetos....

—Yo no quiero tantas excusas, replicó aquél, cada vez más enojado y levantando la voz; quiero satisfacción y la tendré.

—El inglés, que no quería verse en el tribunal, metió la mano en el bolsillo, que es el mejor calmante, y dió al mestizo dos flamantes esterlinas, haciéndole prometer que no se querellaría, ni divulgaría el hecho. La virtud magnética de las esterlinas calmó al momento las iras del mestizo, el cual estuvo en poco que no dijese gracias y muy tranquilo dió la vuelta y se metió en casa (1). En este momento llegaron Zeno y Astolfo, quienes al saber por el inglés lo sucedido, riéronse muy á su sabor.

Entre tanto avecinábase la hora de la partida para Cantón, y Elisa, que tenía la laudabilísima costumbre de no hacerse nunca esperar, para no causar disgusto, estaba ya con los niños dispuesta para ponerse en camino. Dirigiéronse, pues, todos al puerto, y embarcáronse en un pequeño vapor que diariamente hacía la travesía entre Victoria y Cantón. Todo el tiempo que duró el corto trayecto, pasáronlo nuestros viajeros hablando como la tarde anterior de las ingeniosas invenciones de los chinos.

Esta vez suministróles materia para la conversación la vista de las numerosas isletas y escollos en medio de los que navegaban, llenos todos de pescadores.

(1) Este suceso nos fué referido allí por personas fidedignas.

—Cuánta gente, dijo maravillado Astolfo, sobre aquellos desnudos escollos, donde en Europa apenas querrían anidar las aves marinas.

—Y qué dirías, añadió Zeno, si te dijera que los chinos donde no encuentran islas, las construyen?

—Es posible?

—Y dónde, preguntó al instante Blanca, dónde las construyen?

—En los lagos, que en algunas partes son grandísimos, y en otras tan numerosos, que en sola la provincia de Hu-quan cuéntanse hasta 24.

—Decídnos algo, añadió la niña, sobre la construcción de esas islas.—Y el complaciente Zeno, que nunca se hacía de rogar cuando se trataba de instruir á sus compañeros de viaje, comenzó á hablar de este modo:

LXVII.

Ninguna nación, que yo sepa, si se exceptúa la China, pensó jamás en construir islas flotantes, donde se goza á un tiempo de los productos de la tierra y del mar. Pues bien, de estas islas hay no pocas, según os dije, en todos los grandes lagos de la China. Son dichas islas á manera de unas grandísimas naves, hechas de gruesos palos de bambú, sobre las cuales hay una capa de tierra vegetal, trabajosa y pacientemente allá transportada por una ó varias familias. Es gustosísimo de ver los huertos y jardines, ricos en toda suerte de yerbas, arbustos y flores, en medio de los cuales álzanse lindas casitas de madera. Los habitantes de estas islas flotantes, en los momentos desocupados que les deja el cultivo del arroz y hortalizas, arman sus redes y sácanlas cargadas de pesca, recogiendo así dos cosechas, una de tierra, otra de mar. Y para que tampoco les falte el tributo del aire, multitud de palomas silvestres y otras aves vuelan allá en grandes bandadas, y allí construyen sus nidos, participando de la pacífica y solitaria vivienda de aquellos poéticos isleños. Cuando les viene en gusto cambiar de lugar, despliegan ámplias velas cuyos palos están fijos en el techo de la casa y en los ángulos de la flotante isla; y todos, hombres, mujeres y niños,

provistos de largísimas pértigas de bambú, consiguen con ellas imprimir movimiento á su isla; cuando esto no es posible por la mucha profundidad de las aguas, aumentan el número de velas. Así y todo apenas se mueve la isla, pero qué importa? A fuerza de actividad y de paciencia la van impeliendo poco á poco á donde más es de su agrado.

—Dichosos una y mil veces ellos, exclamó Elisa; que han sabido crearse cuanto poseen, tierra, casa, riquezas. Quién no admirará el ingenio, la actividad, la industria de esta raza china tan sorprendente en todo aquello á que se dedica! Pero lo que yo más envidio á estos labradores marinos es el haber sabido aislarse en medio del movimiento y torbellino de la civilización, gozando á la vez de los atractivos y ventajas de la sociedad y de la soledad de la tierra y de las aguas.

—Mamá, dijo el festivo Astolfo, hagamos también nosotros lo mismo; vivamos también en una isla flotante. Es el mejor partido que podemos tomar. Yo me dedicaré á la pesca; y tú Blanca, y tú Patricio, regaréis las berzas y las patatas Si después nos viene en talante viajar, desplegaremos las velas, y llevaremos á Europa casa, huerto, jardín, todo.

—Y llegaremos, añadió Elisa sonriendo, si place à Dios, después de unos treinta años!

—Oh! no, haremos remolcar nuestra isla por un buque de vapor.

—Bella idea! exclamó Blanca.

—Bellísima! añadió palmoteando el pequeño Patricio.

Entre tanto el vapor entraba por la desembocadura del río Cantón, desde donde vieron nuestros viajeros en las dos orillas algunas lanchas pescadoras, so-

bre cuyos costados estaban posadas ciertas aves llamadas *cormaranes* ó cuervos marinos, mayores que el ánade doméstico, de cuello corto y armadas de un pico largo, ancho, algo corvo y dentado.

—Ved allí, dijo Zeno sonriendo, los más hábiles pescadores de la China. Vienen en buena ocasión; podremos verlos trabajar.

—Pero dónde están las redes? preguntó Astolfo, que no había comprendido la alusión.

—Aquellos bravos pescadores, respondió Zeno, no la necesitan.

Mientras esto decía, á una seña de sus amos, todos los cormaranes sumergiéronse á un tiempo en el río.

—Oh! exclamó Blanca maravillada, qué nuevo modo de pescar es éste?

—Es nuevo, muy nuevo, repuso Zeno, pero solo para nosotros los europeos, que no hemos pensado jamás en servirnos de aves marinas para la pesca, á la manera que nuestros antepasados se sirvieron de halcones para la caza.

—Convendría, dijo Astolfo, introducir en Europa este modo de pescar.

Mientras así hablaban, vieron asomar á flor de agua, un cuervo que traía orgulloso en su pico un bellísimo pez de doradas escamas; luego á un segundo; después á un tercero, y sucesivamente á todos los restantes, trayendo cada uno en su pico la presa, que fielmente entregaron al amo para zambullirse otra vez y continuar su laboriosa tarea. Después de cada lance posábanse los cuervos para descansar, en las lanchas, seis en cada banda para no alterar el equilibrio del barquichuelo.

Describir la alegría que sintieron los niños al presenciar esto, sería imposible. Astolfo preguntó:

—Cómo resisten estos bravos pescadores á la tentación de engullirse la presa?

—Lo ha prevenido el amo ciñendo el cuello de cada uno con un anillo de hierro, bastante flojo para que les permita respirar, y á la vez bastante apretado para que les impida engullir la presa.

—Loor á la astucia china! exclamó Astolfo.

—No es esto solo; para precaver que el cuervo se quede en el fondo, el amo le ata una cuerdecilla al collarín, para traerle á bordo cuando quiere. Si el ave está cansada, déjala descansar sobre uno de los costados de la lancha, pero á condición de no abusar de esta condescendencia prolongando más de lo justo su reposo; si abusa, pronto el amo la sacude la pereza con una vara de bambú, y el triste buzo reanuda su fatigosa labor.

—Qué clase de pez es, preguntó Astolfo, el que han sacado los cormaranes?

—La misma que con tanto cariño conservamos en Europa en redomas de cristal.

—Según eso son originarios de la China, aquellos elegantes pececitos de escamas doradas, argentinas ó manchadas de un hermoso bermellón que juguetean en nuestras redomas?

—Ciertamente. Y aquí como en su país nativo, crecen mucho más que en Europa, y su carne es sabrosa y nutritiva.

—Debemos, pués, á la China, dijo Elisa, el más bello de los peces, ó sea el pez de oro; la más hermosa de las aves alimentadas en Europa, ó el faisán de oro; la más vistosa y perfumada de las frutas, ó la

naranja; la más galana de las flores, ó la camelia, y el más útil de los gusanos, esto es, el de la seda.

—Y dónde dejas, mamá, la coleta con que adornaban la cabeza nuestros abuelos? Debió de proceder también de la china

—Eso, dijo Zeno sonriendo, es incierto; lo indudable según oí á personas veracísimas, es que de aquí proceden las trenzas con que se adornan las damas italianas.

—Qué decis? exclamó Elisa maravillada.

—La verdad. Los hijos del celeste imperio envían á Europa trenzas que venden á buen precio á nuestras damas, quienes ignorando su procedencia, y sin sospechar siquiera que sean despojos de cabezas frecuentemente infectadas de feas y contagiosas enfermedades de la piel, con la más buena fé del mundo adornan con ellas su cabeza echándose encima una funesta herencia de enfermedades.

—Puf! exclamó Blanca cerrando los ojos, me revuelve el estómago sólo el oirlo.

—Así, dijo Astolfo, aprenderán á sus expensas á desterrar esa vanidad

Pero nosotros, Zeno, hemos dado un salto mortal pasando de la pesca de oro á la que se hace con las trenzas chinas, que no puedo nombrar sin causar náuseas á Blanca. Decidnos: ¿es verdad que los chinos, segun oí referir muchas veces, idearon un sencillísimo modo de pescar, y hacer que los peces vengan ellos mismos á las manos de los pescadores?

—Nada más cierto; y si quieres tú mismo ser testigo, sal á pasear, al obscurecer, por la playa ó á lo largo del puerto, y verás bateles largos est-re-

chos y ligeros, como las piraguas indias, que tienen en sus lados dos tablas teñidas de un barniz blanco y lustroso y ligeramente inclinadas en la dirección de popa á proa hasta tocar en la superficie de las aguas. Al anochecer, coloca el pescador su barquichuelo de manera que los rayos lunares redoblen el blanquear de las tablas y el pez que jugueteaba en las olas confunde fácilmente el color de las tablas con el de las aguas, salta y cae dentro de la lancha.

—Ingenioso modo de pescar! exclamó Astolfo. Es necesario en señarlo á nuestros pescadores italianos.

—Quien de este modo pesca, prosiguió Zeno, es ordinariamente la mujer, la cual provée así de cena á su familia.

LXVIII.

CANTÒN Y EL COMERCIO CHINO

Distaba todavía el vapor unos diez kilómetros de Cantón, y veíase ya sobre las aguas del río una ingente multitud de barcas de todas formas y tamaños, en cada una de las cuales había una casita y en cada casita una familia entera. Estaban las barcas dispuestas en largas filas paralelas, por entre las cuales deslizábanse gran número de canoas cargadas de pasajeros, víveres y mil objetos destinados á la venta. En las barcas, ó mejor diremos en las casas flotantes, había tabernas, fondas, todo como en tierra firme.

—Ved allí, dijo Zeno á Elisa, una ciudad flotante. ó la parte acuática de Cantón; que en la China entre otras novedades cuéntase también la de dividirse una ciudad en dos partes; una fluvial y otra terrestre.

Elisa maravillada al ver aquel bosque de naves, exclamó: En nuestros más concurridos puertos no se cuentan tantas embarcaciones como aquí contemplo.

—Calcúlase la población fluvial de diez ó veinte mil personas. Por esto podéis conjeturar el movimiento comercial que hay en todo el imperio. La

China semeja un inmenso mercado ó una feria jamás interrumpida donde se ve el contínuo ir y venir de los traficantes. En el corazón del imperio, sobre las márgenes del río Azúl, yérguese la ciudad de Han-Keu, situada en frente de otras dos ciudades muy pobladas, las cuales, aunque diferentes, podrían llamarse cuarteles ó barrios de una sola ciudad, puesto que no hay entre ellas más separación y distancia que la del río que corre por medio.

La población fluvial y terrestre de aquellas tres ciudades hácese subir á unos seis ó siete millones de habitantes, todos dedicados al comercio. Hormiguea la gente en masas tan apiñadas, que á duras penas puede uno abrirse paso. Todo un pueblo de mozos de cordel recorren en larga fila las calles, oprimidos con enormes pesos y dejando oir un grito monótono y agudo que domina el sordo murmullo de la multitud.

—Será dificilísimo, dijo Astolfo, mantener el orden y la tranquilidad en ese mundo de comerciantes ..

—Te engañas, repuso Zeno, que estaba entonces de vena. El peligro de verse turbado el orden es tan remoto, que el Gobierno sólo tiene ahí un corto número de guardias armados de una espada y una vara. Los chinos contiénense dentro de los límites de las conveniencias sociales, sea por su educación encaminada á imprimirles un barniz de gravedad y decoro que les hace parecer los más corteses hombres del mundo, sea por el miedo de caer en las uñas de los Mandarines, de los que no es posible sacar la piel salva sin dejar por lo menos el pelo. Por eso se contentan con gritar, y rara vez vienen á las manos ó echan mano á las armas, como se acostumbra en Italia, donde de las palabras pásase al instante á las cuchilladas.

Los muchos medios de comunicación, como los ríos y canales, han contribuido poderosamente al desarrollo de la prodigiosa actividad comercial que caracterizó en todos tiempos á este pueblo cuya inclinación y aptitud para el tráfico es tan grande que entre nosotros corre el proverbio:—El chino nace comerciante.—Avisado, astuto y calculador, de todo sabe sacar ganancia; frugal y sóbrio, él puede triunfar de la competencia de los mercaderes extranjeros; paciente á toda prueba, se está desde la mañana hasta la tarde clavado en su banco aguardando á los parroquianos y empleando los momentos en que no vende, en calcular las ganancias hechas ó las que espera hacer, y encontrar con escrupulosa exactitud sus *sapecas*. (1)

El primer ídolo á quien adora el chino, es la *sapeca*; un collar de *sapecas* es su primer adorno y el primer uso que hace de la palabra y de la pluma, es para pronunciar los números y escribir las cifras. Las diversiones de los niños son abrir tienda y vender, acostumbrándose así desde los primeros años al modo de hablar y á las astucias de los comerciantes.

No bien aquel comerciante en embrión sabe andar, hablar y escribir, ya le tenéis capaz de comprar y vender: podéis confiarle cualquier compra sin temor de que le engañen. Si se le encarga vender, os maravillará su habilidad para engañar á los compradores. Es tan maestro en materia de ardides; tiene siempre á mano expedientes y artificios de tan sutil malicia, que no es de todos saberse pre-

(1) La sapeca es una monedita de cobre, que vale medio céntimo; tiene un agujero en el medio y se ensarta para formar collares.

caver. Lo peor es que al daño añade también á menudo la burla riéndose á su sabor á cuenta del tonto que se dejó coger en sus redes, especialmente si es europeo, y jactándose de haber sabido engañar *á un diablo de los mares occidentales*. Sin embargo, es justo confesar que esta mala fe solo se encuentra entre los comerciantes al por menor; las grandes casas de comercio, por el contrario, précianse de honradas, alardean de suma lealtad, que rara vez se desmiente, y muéstranse rígidas cumplidoras de su palabra. Merced al crédito de que gozan los grandes comerciantes chinos también el comercio extranjero va prosperando en los cinco puertos abiertos por el tratado de Pekín. Pero como la China necesita vender y no comprar, pues se basta á sí misma, su comercio es más bien de exportación que de importación. Si no fuera por el opio y el algodón que le viene de la India, sería la China un pozo donde iría á encerrarse todo el oro y la plata de Europa y América, sin que saliera jamás: tan pocos son los artículos que pide al comercio extranjero.

—Cuáles son preguntó Elisa, las mercancías que exporta la China?

—Té, seda, porcelanas, tejidos, gomas, papel, tinta, llamada de la China, yerbas medicinales, anís estrellado, oro, mercurio y otros metales, piedras muy estimadas como lapislázuli, y finalmente finísimas labores en marfil, filigrana, papel de bambú, de arroz y de seda, y otros mil objetos de lujo; todo lo cual produce más de quinientos millones de francos al año. La China tiene todo lo necesario y útil; Europa no la puede dar más que objetos de lujo y fantasía; hé aquí porque el Go-

bierno chino no se curó nunca de alentar el comercio extranjero, antes por razones del Estado, hasta la última guerra con Inglaterra y Francia le suscitó mil obstáculos.

Entre tanto el vapor echaba anclas delante de las factorías y viviendas de los cónsules y ricos comerciantes europeos, las cuales eran palacios de elegante arquitectura, embellecidos con jardines y alineados á lo largo del río en el barrio meridional de la ciudad que está dividida en dos, la tártara y la china, y cuenta más de un millón de habitantes, siendo su puerto el que primero se abrió á los buques extranjeros.

Nuestros viajeros dirigiéronse á un hotel, sito en el barrio habitado por los europeos, donde tuvieron uno de aquellos encuentros que parecen fortuítos, pero son dispuestos por la Providencia en favor de aquellos que con filial confianza se abandonan enteramente en sus manos.

LXIX.

PUEDE MÁS EL CORAZÓN QUE LA SANGRE

Apenas se habían instalado en el hotel nuestros viajeros, llegó allí un antiguo amigo de Zeno, el señor Pedro Nolasco da Silva, hombre de unos sesenta años, oriundo de Portugal y natural de Macao, rico en bienes de fortuna, y más aún en prudencia, experiencia, y honradez (1). Había hospedado á Zeno en su casa cuando éste, después de una espantosa borrasca que le sorprendió en su primer viaje á la China, se salvó refugiándose en el puerto de Macao. Desde que se conocieron, trabaron tan estrecha amistad que no pudo romperla ni el tiempo, ni la distancia. Habíanla cultivado con una no interrumpida correspondencia epistolar durante su larga separación, y excusado es decir que Zeno tenía resuelto ir á Macao, á ver á su amigo, luego que hubiera orillado el negocio que le llavaba á Pekín. Cuando tan inopinadamente le vió, y en ocasión tan favorable; hizo las más significativas demostraciones de alegría, y estrechán-

(1) Este honrado macaistá no existe ya; pero vive y vivirá su memoria en el corazón de sus amigos, como viven sus virtudes en el alma de sus dignos hijos.

dole entre sus brazos, exclamó:—Oh mi buen Silva, mi antiguo amigo! Al fin te vuelvo á ver! Otra vez tengo el gusto de abrazarte!

—Tú aquí, caro Zeno, tú aquí! Si me parece un sueño! dijo abrazándole el señor Silva. Yo tenía casi perdida la esperanza de volverte á ver.

Zeno dirigiéndose á Elisa, dijo:—Ved aquí á mi mejor amigo, al señor Pedro Nolasco da Silva.

Elisa estrechóle la mano, y sus hijos hicieron lo mismo; él por su parte les dió la bienvenida. A seguida dijo Zeno á su amigo:

—Esta es una familia romana cuyo padre, el señor Pablo De Fabi, que vive há tiempo en la China, tal vez te es conocido —Ciértamente, dijo el señor Silva, y tengo mucho gusto en conocer á su distinguida familia.

Pero al decir esto, hizo un gesto de extrañeza, que no se escapó á la penetrante mirada de Elisa, quien comprendió que el señor Silva ni sospechaba que Pablo tuviera una familia en Italia, y adivinó fácilmente la causa. Pero queriendo esclarecer más la verdad, y tener mas ciertas noticias acerca de su marido, hizo una seña á Zeno, quien comprendió al instante los deseos de Elisa, y aprovechando no sé qué pretexto, alejó de allí á los niños y los tuvo entretenidos todo el tiempo que duró el coloquio. Elisa supo por el honrado macaista el modo de vivir de Pablo, el cual, justo es confesarlo, no era el de un descreido, ni de un hombre completamente dado á los vicios, sino el de uno que lucha con una pasión fogosa que no supo dominar, creció con esto en el corazón de Elisa la esperanza de ganarle más fácilmente para Dios y su familia. Alentóla también el asegurar el señor Silva que Pa-

blo en todo el tiempo que había estado en Macao y en Hong-Kong, no había formado parte de las sociedades secretas. Algo tranquilizada con estas noticias y con las palabras de aliento que añadió el honrado macaista, la piadosa romana comenzó á respirar, y expresó al señor Silva su vivo reconocimiento, rogándole que guardase reserva sobre todo esto, y la ayudase con sus consejos. Entrando después con él en la sala donde estaban sus hijos y Zeno, refirióle las aventuras del viaje. Al oir el señor Silva referir el naufragio del *Elverine*, la muerte de la viuda y la salvación del huerfanito Patricio, á duras penas contuvo las lágrimas, cuando oyó contar el hurto y las criminales tentativas de Maroto, llenóse de noble indignación; que las canas no habían en él apagado el fuego de la juventud, y exclamó:—Arrojaría yo al mar toda mi fortuna por tener en las manos á aquel ribaldo; pero, creedme, no pasará mucho tiempo sin que le veamos á buen recaudo.

—Y cómo? dijo Zeno.

—Cómo? me preguntáis vos? Si él vino á la China y se asoció á los piratas chinos, no nos costará mucho averiguar donde se oculta, ó cuál es el nuevo campo por él escogido para sus piraterías. Yo apuesto mil contra uno á que se asoció á los piratas que recorren las costas del Tonkin y China meridional, donde al presente hacen una gran saca de esclavos, muchos de los cuales son ocultamente enviados á Macao y de allí á América. Pues bien, por éstos podremos, untándoles un poco las manos, saber cuanto nos baste para ponernos en la pista del criminal.

—Admirable idea! dijo Zeno.

—Feliz pensamiento! añadió Elisa. Ahora veo que el señor Silva es para nosotros el hombre de la Providencia, el hombre que nos envía el cielo precisamente cuando nuestro buen Zeno tiene que separarse de nosotros y hacer un viaje á Pekín.

—Ah carísimo Silva, exclamó Zeno, has llegado como la lluvia en Agosto. En vísperas de partir, cuando me apenaba el pensamiento de tener que separarme, aunque por brevísimo tiempo, de esta apreciable familia, y me atormentaba el temor de que durante mi ausencia pudiese ocurrirles alguna desgracia, vienes tú, como el ángel del consuelo, á sacarme del alma esta espina y á encargarte de esta familia á la que miro como propia.

—Te agradezco, mi querido Zeno, la confianza que pones en mí, y espero que no tendrás que arrepentirte. Dirigiéndose después á Elisa, añadió:—Vos, señora, me complaceréis en sumo grado disponiendo de mí en todo lo que os pluguiere ordenarme.

Elisa le dió las más afectuosas gracias, y animada por tan generoso ofrecimiento convino con él y con Zeno en ir con sus hijos á Macao á esperar allí el resultado de la mision de éste cerca de su marido, y el de las diligencias que haría el señor Silva para recuperar la herencia del huérfano Patricio. Acordado ésto, levantáronse, bendiciendo Elisa en su corazón á la divina Providencia por tan feliz encuentro, y salieron á recorrer la ciudad.

Después de esta relación el lector no podrá menos de exclamar:—Cuán grande es el poder de una

sincera amistad! Una familia abandonada de su padre hallà lejos de su patria y en extranjero pecho un corazón enteramente paternal.... verificándose en este encuentro, como en otras mil ocasiones, el proverbio que pusimos por epígrafe á este capítulo: Puede más el corazón que la sangre.

LXX.

ARTES CHINAS

La vasta y populosa Cantón, una de las mayores ciudades del Imperio, es un ingente mercado donde no hay cosa que no se encuentre. Las casas son de un solo piso, como antiguamente eran las nuestras también. Entre los 150 palacios y grandes edificios que la embellecen, descuellan el palacio del Virrey y el del tesorero de la provincia, la pagoda imperial, los templos de Confucio, el de los genios fundadores de la ciudad, el de los cinco pabellones, la inmensa pagoda de Ho-nán, la Catedral católica y el campo de los exámenes, vastísimo rectángulo con largas filas de celdas destinadas á los estudiantes, los cuales, en completo aislamiento y vigilados por guardias, deben desarrollar allí el tema señalado por los examinadores.

En el palacio del tesorero, que se levanta sobre una colina que señorea la ciudad, vese una gran campana antiquísima, que, según una profecía tradicional muy en boga en Cantón, sonará por sí sola cuando la ciudad caiga en poder de un ejército extranjero. Lo cual se verificó al apoderarse los ingleses de Cantón, pues una de las primeras balas que

dispararon éstos sobre la ciudad, dió en la mencionada campana y la hendió junto á la boca. El sonido del bronce, herido por la bala, señaló verdaderamente la caida de Cantón.

Las calles de la ciudad están bien empedradas y límpias, pero son estrechas y tortuosas, están á cada paso cortadas por otras y forman una especie de laberinto cuya salida es á los extranjeros difícil encontrar. Pero nuestros viajeros no tenían menester de guía, porque recorrían las calles sentados cada uno en una silla llevada á las espaldas por nervudos *atai* que habrían dejado atrás á nuestros caballos puestos al trote. Esta brava gente que vive no sobre las espaldas de otro, sino á expensas de las propias, acostumbrada desde la juventud á transportar grandes pesos, con el ejercicio de sus músculos hácese tan vigorosa, que maravilla verla mover con lijereza las piernas, y á veces correr, llevando sobre sus espaldas un hombrachón macizo, como si no fuera de carne y hueso sinó de lijero cartón. Los *atai* de nuestros viajeros invitados por Elisa á moderar el paso y á descansar, reíanse de su compasión y decían:—Con estas plumas encima iríamos hasta el fin del mundo. —Después de unos diez minutos de andar, á una seña de Zeno detuviéronse delante de un gran comercio de porcelanas, en el cual entraron nuestros viajeros siendo honoríficamente recibidos por el dueño, que era un comerciante muy cortés. Había allí porcelanas de todas formas y tamaños, desde las gigantescas urnas y soberbios vasos destinados á decorar las galerías y salas de los Grandes del imperio, hasta las diminutas tacitas, lijeras, delgadas y transparentes como la cáscara del huevo. Entre las caprichosas tazas descollaba una que bien podía llamarse taza

mágica, pues contenía grotescos y figuritas que no se veían sino cuando la copa estaba llena de algún líquido. En efecto, no bien el comerciante la llenó de agua, aparecieron por fuera las figuritas claras y distintas con maravilla de todos y alegría de los niños.

—Mamá, dijo Blanca, cómpranos la taza mágica...

—Tu madre, repuso Elisa, no tiene dinero para emplearlo en objetos de curiosidad y lujo.

—Pues qué? añadió la niña, cuesta mucho?

— Un ojo, niña mía, dijo Zeno; y preguntó el precio al comerciante, quien sonriendo le respondió que la taza mágica era una rareza que no tenía precio, por haberse perdido en gran parte el secreto de la fabricación.

Estas palabras, traducidas por Zeno, tiñeron de carmín las mejillas de la niña, que se avergonzó de haber pedido á su madre cosa de tanto valor. Lo cual viendo el señor Silva, compró al instante una elegantísima tacita y se la dió á la niña, quien al recibirla saltó de gozo. Mas después de haberla contemplado, exclamó:—Es muy bonita, muy bella, pero no es para mí. Y dirigiéndose á Patricio, le dijo: Toma, ésta es tuya.—El hermanito rehusó al principio el obsequio, pero vencido por las instancias de su hermanita, por no contristarla, la aceptó. Elisa y cuantos presenciaron la noble contienda de los dos niños, sintieron gran placer é hicieron en su corazón alegres augurios respecto al porvenir de ellos.

Después de haberlo visto todo, sentáronse en un bellísimo diván, también de porcelana, pero tan sólido, que podía sostener un peso diez veces mayor. Zeno dirigiéndose á Elisa, dijo:—La perfeción de estas porcelanas fué durante mucho tiempo la des-

esperación de los imitadores europeos: y hoy si las nuestras rivalizan en belleza con las chinas, no las exceden en solidez: por manera que no es maravilla que aquí se fabriquen bancos de porcelana, como entre nosotros se hacen de piedra y de madera.

—Y por qué, dijo Astolfo, no se estudian mejor los métodos de fabricación que se usan en estos paises?

—Porque los europeos desdeñan de ser discípulos de los chinos.

—Y sin embargo, les debemos la invención y hasta los progresos en este arte. Por qué no aprovecharnos de su larga experiencia para elevarlo á mayor perfección?

—Pregúntalo á nuestros fabricantes.

—Yo vería con gusto una fábrica.....

—Basta, dijo el señor Silva, ir á King-te-eeing, población de un millón de habitantes, situada en las orillas de un lago, donde hay 5oo fábricas de porcelana é innumerables hornos siempre encendidos, los cuales de día envuelven el país en una nube de humo, y de noche en un océano de fuego. Toda la población se ocupa en esta industria que le produce á la china más que una mina de oro.

El trabajo desde tiempo inmemorial está distribuido de tal suerte, que ningún operario está encargado de más de una cosa, y ésta proporcionada á su talento y á sus fuerzas. Quién prepara la materia bruta; quien le da la primera forma; éste la pule; aquél la perfecciona; uno pinta encima una flor; otro un pájaro: un tercero le da el esmalte blanco; un cuarto el azul, y así sucesivamente: por manera que una taza ó un plato antes de ser puesto á la venta, pasó por manos de más de cincuenta operarios,

—Esta distribución del trabajo, dijo Zeno, no la observé en la fábrica de porcelana, que tuve ocasión de visitar, pero sí en otras fábricas chinas.

—Es, añadió el Sr. Silva, tan antigua como universal en la China; y tal vez de los chinos la tomaron los europeos.

—Cuántas cosas, dijo Astolfo, que nosotros juzgábamos modernas, son aquí ya muy antiguas! Tan cierto es que *nihil sub sole novi*.

—Es tiempo, dijo Elisa levantándose, de continuar nuestra artística peregrinación; y dadas las gracias al comerciante por su galantería, salió con sus compañeros. Los *atai*, que estaban apoyados sobre las sillas, corrieron con la mejor voluntad á cargar con su vehículo de bambú, y dirigiéronse á otros comercios que nuestros viajeros deseaban visitar.

Pero cuando caminaban á buen portante por entre la multitud, toparon con la guardia del Virrey, la cual precede siempre al cortejo con el fin de tenerle expedita la calle. Su actitud era insolente, su aspecto de esbirros, su semblante amenazador; gritaban, amenazaban empellaban á los transeuntes; y al que no se desviaba respetuosamente, y no se ponía, como prescribe el ceremonial, con los piés juntos y el cuerpo inclinado hasta tocar con las manos las rodillas, dábanle un *pro-memoria* de gentiles latigazos. Más severa pena sufría el que al pasar el Virrey, no se postraba hasta tocar con la frente en el suelo. A los *atai* de nuestros viajeros, que tardaron algo en detenerse y tomar una actitud respetuosa, los golpearon los esbirros de manera que les produjeron indelebles cardenales. Al ver esto Elisa, llena de noble indignación, levantó la voz y reprendió á los esbirros, quienes si no entendieron lo que

la dama extranjera les decía, comprendieron perfectamente por sus ademanes, por lo encendido del rostro y el centellear de los ojos los reproches que les dirigía.

Detrás de los esbirros iban los trompeteros y tamborileros; después una compañía de soldados armados de lanzas y picas; á continuación los oficiales de la córte, llevando quiénes los quitasoles, quiénes tablitas con caracteres de oro, y otras insignias de la suprema dignidad de la provincia. Finalmente, apareció dentro de un palanquin ricamente decorado y llevado por esclavos el Virrey, á quien acompañaban á pié los mandarines y altos empleados de la corte, seguidos de otra compañía de soldados y una turba de curiosos. Cuando alejado el cortejo, los bravos *atai*, que habían pagado á expensas de sus espaldas el tributo de respeto debido á la suprema autoridad, se pusieron en marcha más alegres que antes, riendo su aventura: tan poco sensibles se muestran los chinos á los duros tratamientos con que se inculca el *filial amor* y respeto debido á los representantes del hijo del cielo. Sin detenerse un segundo, recorrieron varias calles por entre una doble fila de comercios, delante de los cuales había, colocados sobre columnas, unos tablones largos y estrechos, pintados de hermoso bermellón, en los que estaba escrito con caracteres de oro el nombre del comerciante y de las mercancías, sin que faltase el indispensable Pa-hu-no sereis engañados. Zeno mandó á los *atai* detenerse delante del más famoso comercio de telas de seda, donde nuestros viajeros entraron para admirar los finísimos tejidos de Nankin.

LXXI.

MÁS SOBRE LAS ARTES CHINAS

La industria sérica, según se refiere, tuvo su cuna en la China y fué invención de la emperatriz Luitseu esposa del emperador Hoang-ti, que reinó, según la cronología china, veintiseis siglos antes de la era vulgar. Este utilísimo descubribrimiento la valió el honor de ser saludada por su pueblo como el genio tutelar de la industria sérica. Desde el día en que ella comenzó á cultivar en sus jardines la morera y alimentar el gusano de la seda, las emperatrices que la sucedieron en el trono, tuvieron á honor seguir su ejemplo; lo cual es indecible cuánto contribuyó á propagar este arte por todo el imperio chino. De la China pasó pronto la sericultura al Tibet, del Tibet á la India y la Persia y de aquí á Europa.

Nuestros viajeros, ganosos de contemplar las más bellas labores del arte sérico chino, entraron en un comercio donde mayor lujo habia de telas; y Zeno, dirigiéndose á Elisa la dijo: Nos hallamos en el templo de la gloria femenil, donde nosotros los hombres somos profanos; á vos toca, por tanto, juzgar del mérito de estas labores. Dirigiéndose después al co

merciante, que se deshacía en inclinaciones y cumplidos, rogóle que les mostrara las más bellas telas que tuviese. Al momento éste desenvolvió delante de nuestros viajeros los más hermosos brocados y los damascos y rasos de Nankin, lisos unos, otros llenos de bordados á aguja, que representaban espigas, flores, pájaros, animales.

—Qué morbidez de tejidos, exclamó Elisa.

El comerciante observando que sus mercancías eran del agrado de la señora, comenzó á magnificarlas y encarecer excesivamente su precio.

—Qué dice ese? preguntó Elisa al señor Silva;—y éste sonriendo contestó:—Dice que son las más bellas telas del mundo, que á él, humildísimo esclavo de vuesta Señoría, le cuestan dos ojos; pero por complacer á tan noble dama, las venderá por mitad de precio.

—Lo cual equivale á decir, dijo Elisa riendo, que á mi vendranme á costar un ojo solo! Os parece poco? No empleará Elisa en cosas de lujo su dinero.

—Sois bien diferente de las otras mujeres, dijo el señor Silva.

—Yo conocí en Europa, añadió Zeno, algunas esposas de empleados de segundo orden, que se hacían llevar de la China las más finas y costosas telas de Nankin.

—Pagadas, repuso Elisa, á costa de sacrificios y lágrimas por sus maridos é hijos.

—Es una vanidad, dijo Zeno, que cuesta no un ojo solo, sino los dos.

Elisa por mostrarse cortés con al comerciante, compró algunos pañuelos de seda, tan finos, que parecían telas de araña, pero eran tupidos, fuertes y

de duración. En Europa hubieran costado mucho; allí los adquirió por unos pocos francos.

No me maravilla, dijo Elisa al salir del comercio, que todos aquí vistan de seda, abundando tanto como abunda.

—Cuesta menos que el paño, añadió el Sr. Silva; pues su producción es tanta, que excede las necesidades de la población, aunque asciende ésta á cerca de quinientos millones de habitantes; por lo cual puede la China sin daño alguno entregar lo supérfluo al comercio extranjero. Para daros una idea de los progresos de esta industria en el imperio celeste, básteos saber que en sola la ciudad de Nankin y sus contornos contábanse antes hasta doscientos mil telares de seda. Para promover esta industria vino en ayuda de los particulares el Gobierno chino haciendo plantar á sus expensas en muchos lugares bosques de moreras en los cuales permítese á los pobres coger la hoja.

—Eso si que es favorecer la industria y mirar por el pueblo, exclamó maravillado Astolfo.

—Tanta liberalidad no les cabría en la cabeza á nuestros liberalísimos gobiernos de Europa, añadió Elisa.

Así hablando y acelerando el paso, dirigiéronse á un bazar donde con toda comodidad pudieron contemplar los demás productos de la industria y artes chinas. Allí vieron papel de muchísimas clases, y de todos tamaños y colores; allí admiraron los rubíes, zafiros y otras piedras de la China. Pero ¡cosa rara! Blanca no sintió deseo alguno de poseer ninguna de aquellas joyas; antes, preguntada por el señor Silva si se le antojaba alguna, respondió repitiendo el dicho de su madre: nuestras per-

las y nuestros rubíes deben ser las virtudes del alma. Pasando después al departamento donde estaban expuestos instrumentos ópticos de todas clases, dijo Elisa á Zeno: —Henos aquí de nuevo en Europa.

—Os engañáis: estos instrumentos son imitación de los nuestros, pero han sido construidos aquí mismo en Cantón; que los chinos tienen el talento de saber imitar con perfección todos nuestros trabajos; así es que fabrican soberbios espejos, gigantescas lámparas de cristal, relojes de torre, de mesa y de bolsillo, y de toda clase de armas de fuego, sin excluir las carabinas de los más recientes sistemas.

El señor Silva, confirmando cuanto había dicho Zeno, añadió:—La prueba más convincente de su genio imitativo es que les basta ver una vez sola cuaqluiera objeto europeo para reproducirlo con perfecta semejanza.

—Si así es, dijo Astolfo, yo me descubro ante el ingenio mecánico de los chinos, y digo que hombres como éstos no son de despreciar.

Mientras así hablaban, pasó por la calle un barbero que llevaba sobre su espalda una silla, una bacía, los paños necesarios, y cuanto pertenece á su arte, anunciándose por medio del sonido de una campanilla. Nuestros viajeros detuviéronse un poco y no pudieron menos de reirse cuando le vieron en medio de una plaza prestar sus servicios al que se los pedía, afeitarle la parte anterior de la cabeza, arrancarle las cejas, limpiarle los oidos, pero sin tocarle á la barba, que tienen en gran estima los chinos por ser privilegio de pocos, siendo, como son, casi imberbes los más de los meridionales.

—No nos detengamos más, dijo Elisa; que ya es hora de comer.

Y dirigiéronse todos hácia el hotel donde entraron altamente satisfechos de cuanto habían visto, y formando un alto concepto de las artes chinas; pero Astolfo estaba disgustado de los artífices del celeste imperio por haberse encerrado éstos en el más impenetrable secreto acerca de sus invenciones, mientras los europeos ponen á la vista cuanto supo su ingenio inventar. Mas el señor Silva dióle la explicación del hecho, diciéndole:—Los celos de los artífices y el deseo de ganancia hacen que en la misma China muchas invenciones ó perfeccionamientos no se propaguen sino entre unos pocos indivíduos. Esto es causa de que se pierdan á menudo muchos importantes secretos de fabricación: tan es así, que no hay en la China quien alcance la perfección de las antiguas porcelanas y de los tejidos y esculturas de los siglos pasados; y esto aumenta la pasión que tienen los chinos por los objetos antíguos, que buscan, y compran á precios fabulosos.

—Y hacen bien, dijo Zeno, pues los modernos artífices chinos en vez de progresar, van atrás en muchas cosas, ó permanecen estacionarios.

—Culpa es del Gobierno, replicó el señor Silva: que hoy no se piensa en proteger las artes y estimular á los artesanos, como en los pasados siglos, cuando el genio podía recorrer á su gusto el campo de la industria seguro de encontrar en la autoridad favor y protección. Estaban entonces en uso en la China los mismos medios que al presente empleáis vosotros en Europa para dar eficaz impulso á las artes y á la industria: me refiero á las exposiciones.

Parecióle á Elisa esto tan nuevo y extraordi-

nario, que al oirlo, exclamó:—Conque también en esto nos han precedido los chinos?

—Ciertamente. respondió el señor Silva; las exposiciones estuvieron en uso en la China desde remotísimos tiempos; y recuerdo haber leido en la relación de un viaje hecho por los árabes á este imperio en el siglo noveno de la era cristiana, esto es, cuando estaba sumida la Europa en la ignorancia y en la barbarie, un documento histórico que claramente lo prueba «En la China, dice el escritor árabe, un hombre hace con sus manos lo que tal vez ningún otro sería capaz de hacer; y cuando ha terminado su obra la presenta al Gobernador, pidiéndole recompensa por el servicio y honor que prestó al arte. El Gobernador manda colocarla á las puertas de su palacio bajo la guarda de una persona destinada á esto, la cual debe referirle los pareceres del público; y la tiene expuesta por espacio de un año, al cabo del cual, si ninguno encontró qué censurar en ella, llamando al artista, le alaba, le galardona y admite á su servicio; en caso contrario, examina los reparos puestos, y si le parecen juiciosos y justos, manda al artista con Dios.» En una ocasión expúsose á las puertas del palacio del Gobernador un magnífico lienzo de seda sobre el que campeaba una espiga bordada con hilo de oro, sobre cuyas aristas estaba posado un pájaro, obra de maravillosa finura y habilidad. Cuantos por allí pasaban, detenían se á contemplar el lienzo, y no se cansaban de admirarlo y ensalzarlo hasta los cielos. Pero un día detúvose á contemplarlo un hombrecillo giboso, quien fijando en el lienzo una mirada inteligente y maliciosa, movió la cabeza y dejó asomar una li-

gera sonrisa que no se ocultó al ojo atento del centinela que le observaba. Apenas tuvo noticia de esto el Gobernador, le hizo venir á su presencia y preguntóle qué defecto había observado en el lienzo; y el hombrecillo respondió: «Es cosa de todos sabida que un pájaro no puede posarse sobre una espiga sin que la haga inclinarse; y el artista la representa derecha.» La observación pareció justísima; y el autor de la obra por aquella vez tuvo que resignarse á no ver recompensado su trabajo. Nota el escritor árabe que el fin del Gobierno chino era estimular por este modo el ingenio y la actividad de los artistas, y obligarlos á examinar maduramente sus obras, y darles la debida perfección.

—Y es innegable, dijo Elisa, que el Gobierno á maravilla lograba su intento; pues las artes por él alentadas y protegidas florecían en todo el imperio.

—Y más que todas, añadió el señor Silva, prosperaba, y aún hoy florece, aquella de la que depende principalmente la riqueza de un Estado, quiero decir la agricultura.

LXXII.

EL PRIMERO DE LOS AGRICULTORES ES EL EMPERADOR.

No hay país en el mundo, dijo Zeno, donde la agricultura sea más apreciada que en la China, y donde goce el labrador de mayores privilegios.

—En efecto, añadió el señor Silva, el labrador es aquí más considerado que los comerciantes y artesanos, así es que vive orgulloso con su noble profesión. Y no es maravilla, pues el mismo Emperador tiene á gloria manejar el arado.

—Oh! exclamó Blanca, qué excucho! Un Emperador de la China ara y siembra como un simple ciudadano?

—Así es, respondió el señor Silva; y sí vosotros os halláis en Pekín al despuntar de la nueva estación, cuando comienzan las labores del campo, podréis presenciar tan agradable y ejemplar espectáculo.

—Es la fiesta de la agricultura, dijo Zeno, fiesta con que todos los años inaugura el Emperador las tareas agrícolas.

—Describidnos esa fiesta, Zeno, dijo la niña.

—Yo cedo la palabra al señor Silva, que conoce al detalle las costumbres chinas.

—Decid más bien, repuso el señor Silva, que no estoy del todo ayuno.

Cuentan las historias chinas que el emperador Ouen-ti, queriendo reparar los daños de la guerra que había devastado el imperio, se propuso dar ejemplo de laboriosidad á sus vasallos comenzando él mismo á cultivar las tierras del real patrimonio, ejemplo que los ministros y mandarines del imperio viéronse constreñidos á seguir. De aquí trajo su origen la fiesta que anualmente se celebra en todas las ciudades de la China cuando entra el sol en el 15.° grado de Acuario, esto es en el punto en que la astronomía china fija el principio de la primavera. Al aproximarse el día señalado por el tribunal de los matemáticos para la gran ceremonia, el de Ritos recuerda al Emperador los preparativos para la fiesta; y éste nombra doce personajes que le acompañen y trabajen la tierra después que él, los cuales deben ser tres Príncipes de la sangre y nueve Presidentes de los tribunales superiores. Y como en esta fiesta el Emperador no solamente debe trabajar como el primer agricultor la tierra para excitar con su ejemplo la emulación, sino también ofrecer como Pontífice, un sacrificio á Tientiú, que quiere decir Señor del cielo, se le recuerda el deber de prepararse con tres días de ayuno y continencia, á fin de atraer sobre los trabajos agrícolas la protección del cielo; á esta ley están también sujetos los Príncipes y Mandarines nombrados para acompañarle.

Y por qué, interrumpió Astolfo, no hacen otro tanto nuestros Ministros y Profetas? Un poco de ayuno y continencia, sobre todo en un tiempo que coincida con la cuaresma, sería el mejor modo de alejar de nuestros campos la filoxera y otros azotes terribles.

Riéronse todos de esta salida: y el señor Silva prosiguió diciendo:—Al mismo tiempo son elegidos cuarenta ó cincuenta de los más ancianos y morigerados labradores, quienes deben asistir al Emperador cuando pone la mano en el arado, y cuarenta jóvenes encargados de uncir los bueyes y preparar los instrumentos de labranza y el grano que se ha de sembrar, el cual es de cinco clases: trigo, arroz, habas y de especies de mijo.

El vigésimo cuarto día de la luna, Su Majestad, el Hijo del Cielo, sale con toda su corte de palacio, dirígese con gran pompa al campo, y sobre una risueña colina, sita fuera de las murallas y que mira al mediodía, ofrece al Señor del cielo el sacrificio de la primavera, implorando de El la abundancia de los frutos. Después, acompañado de los tres príncipes de la sangre y los nueve Presidentes, desciende al llano que se extiende al pié de la colina, y en medio del más profundo silencio, pone mano al arado, y con imperial gravedad abre varios surcos en toda la extensión del campo. Los Príncipes y Presidentes, cuando el Emperador ha terminado su labor, cogen la esteba y abren doble número de surcos. Luego que el Emperador ha depositado en los surcos por él abiertos las diferentes clases de granos, cada uno de los mencionados señores, siguiendo el ejemplo del Soberano, siembra la parte de terreno que él surcó. Termínase la ceremonia con algunos regalos que S. M. distribuye á los labradores allí presentes, los cuales, el día siguiente deben concluir las labores comenzadas. Durante el curso de la estación, el gobernador de Pekín tiene obligación de inspeccionar á menudo el campo sembrado por las manos imperiales y examinar

los surcos para ver si hay tal vez alguna espiga extraordinaria. En el tiempo de la recolección es también deber suyo hacer colocar los granos en sacos rojos, que es el color imperial, y guardarlos en el granero del Emperador. El interés que S. M. imperial y los Mandarines se toman por la agricultura llega á tal punto, que cuando viene á la córte algún mensajero de un Virrey, jamás se olvida el Monarca de preguntarle por el estado de los campos.

—A este propósito, dijo Zeno, recuerdo haber leido que con el fin de hacer progresar á la agricultura, el Gobierno chino mandaba á los gobernadores de las ciudades que le enviasen cada año el nombre de un ciudadano de su distrito, que se hubiera distinguido entre los demás por sus morigeradas costumbres, por su aplicación al cultivo de la tierra, por el buen gobierno de la familia y la paz con su vecinos: y á este sabio y diligente labrador elevábale al grado de Mandarín de octava clase, ó sea Mandarín honorario, cuyo grado le daba derecho de vestir á lo mandarín, sentarse en presencia del Gobernador y tomar en su compañía el té. Era respetado mientras vivía: después de la muerte se le hacían solemnes funerales, y escribíanse sus títulos de honor en la sala de sus mayores.

—Cuál no sería, dijo Elisa, merced á tales ejemplos la emulación de los labradores chinos?

—Y por qué, añadió Astolfo, no imitamos en esto las costumbres chinas? Qué edificante espectáculo no sería en la Europa ver á un Rey, ó por lo menos á un Ministro de obras pùblicas, seguido de brillante cortejo de senadores y diputados

dirigirse con solemne pompa al campo, y allí manejar el arado y el azadón para ennoblecer á los ojos de todos el arte más necesario á la vida, y estimular á nuestros labradores! Yo me complazco en acariciar esta idea!

—Mejor dirás utopía, añadió Zeno. La agricultura, con ser la principal fuente de la riqueza social, desgraciadamente no goza de consideración entre nosotros, como entre los chinos, quienes no juzgan indecorosa para un hombre de noble condición recoger la basura de las calles para estercolar los campos. Cuántas veces me encontré con personas distinguidas y que vestían finísima seda, las cuales con un elegante cestillo en una mano y una hermosa paleta de hierro en la otra apresurábanse, al pasar carros ó caballos, á recoger las «flores», que esta es la espresión con que los chinos han sabido ennoblecer una acción por los europeos mirada con desprecio y entregada á la clase más pobre y más humilde!

Astolfo y los niños riéronse grandemente al oir esto; y Elisa, para que Astolfo no tuviera ocasión de chancearse; desvió hábilmente la conversación preguntando al señor Silva:—La fiesta inaugural, que nos habèis descrito, hácese sólo en Pekín, ó también en otras partes?—En todo el imperio, respondió él, haciendo en cada ciudad las veces del Emperador el Mandarín que la gobierna, el cual sale aquel día de palacio, coronado de flores, precedido de los trompeteros, de los soldados y oficiales de corte que llevan las insignias y hachas encendidas, y seguido de numerosas literas pintadas ó cubiertas de damasco ó seda, sobre las cuales están colocadas las estátuas de los hombres ilustres

que se hicieron beneméritos de la agricultura, y otras simbólicas figuras, entre las cuales campea una desmesurada vaca de tierra con las astas doradas. Detrás marcha un niño con un pié desnudo y el otro calzado, llevando en la mano una aguijada con que la punza sin descanso como para hacerla caminar: representa el genio de la industria y del trabajo. El va acompañado de una multitud de ciudadanos armados de sus instrumentos de labranza, y seguido de una caterva de máscaras é histriones para diversión del populacho; pues exige la costumbre que no haya solemnidad sin comedia. Las calles que recorre el cortejo están alfombradas; y de trecho en trecho, á igual distancia, levántanse arcos de triunfo, y cuelgan de las ventanas y balcones de las casas y hasta de los arcos de las tiendas farolillos de todas formas y colores. Terminada la ceremonia, dirígese el cortejo al palacio del Gobernador, donde es despojada la vaca de todos sus ornamentos; de seguida se abre y sácanse de sus cavidades varias vacas pequeñas de barro, las cuales distribúyense entre la comitiva, y asimismo los fragmentos de la vaca madre que es hecha pedazos. Después de esto, pronuncia el Gobernador un breve discurso respecto á la agricultura, ensalzándola como el arte más necesario al bien público, y con esto se dá por terminada la fiesta inaugural.

—Pluguiera al cielo, dijo Zeno, que nuestros ministros hiciesen otro tanto; y en vez de pomposos programas políticos—nos dijesen algo de agricultura y otras cosas necesarias.

—Pero entonces quién les pagaría el coste de sus opíparos banquetes? Conviene vender ampulosas palabras para hacerse con buenos bocados.....

—Reanudando Elisa la interrumpida conversación, dijo al señor Silva.—Después de lo que nos habéis referido, supérfluo es preguntar si la agricultura florece ó no en la China. Es cosa que vemos con nuestros propios ojos: basta dirigir una mirada á estas campiñas con tal esmero cultivadas, que semejan un inmenso jardín ó verjel.

—Si viajásteis por las demás provincias de este imperio, dijo el señor Silva, habréis visto el mismo espectáculo, pues no hay pié de terreno, si se presta al cultivo, que no esté cuidadosamente trabajado. Hasta los montes supo la industria de este pueblo despojar de su naturaleza selvática; y después de haberlos desbrozado, allanó á poder de trabajo constante las cumbres, y cultivó las faldas, haciendo en forma de escalinata pequeñas mesetas que rebosan en toda clase de plantas fructíferas y mieses.

—Es ciertamente, añadió Zeno, un agradable espectáculo ver en la China las montañas levantarse á guisa de verdes anfiteatros con el pié, las laderas y las cumbres coronadas de huertos, jardines y hasta vivares; que los chinos tienen, como veréis con vuestros ojos, la habilidad de hacer subir el agua hasta la cima de los montes.

—Fuerza es confesar, dijo Elisa, que en materia de agricultura van los chinos delante de todos los pueblos del mundo; y en cuanto á las artes mecánicas, si en muchas cosas son aventajados por la mano de los europeos, en algunas conservan una superioridad que no se les puede con justicia negar.

Astolfo que no gustaba de oir en salzar tanto á los chinos, apresuróse á decir:—Quiero ver qué

progresos han sabido hacer los chinos en las bellas artes.

—Si exceptuáis, respondió el señor Silva, la arquitectura, donde despliegan un genio que aún hoy es la admiración de todos, bien poco tendréis que admirar, y tal vez algo de que reiros.

—Sea maravilla ó risa, repuso Astolfo, son dos cosas que me agradan.

—Y nosotros estamos prontos á complacerte, añadió Zeno, enviándote á ver los monumentos de la ciudad, donde hay reunidas muchas obras de escultura, pintura y arquitectura china.

—También nosotros, también nosotros, dijeron á porfía los niños, queremos ver los monumentos.

—No sabréis mortificar vuestra curiosidad?—díjoles Elisa sonriendo.

—Mamá, replicó Blanca, una sola vez se viene á la China.

—Ya que estamos aquí, añadió Astolfo, no es justo contemplar cuanto hay digno de verse?

—Tienes razón, respondió la madre; y aunque en materia de obras verdaderamente artísticas Cantón, á lo que pude entender, es inferior á otras muchas ciudades de la China, no partiremos, sin embargo, sin haberlas visto.

Y así diciendo levantóse, y con ella toda la comitiva, para ir á ver la gran pagoda de Ho-nán, que se halla en el barrio meridional de la Ciudad.

LXXIII.

UN MENSAJERO INESPERADO.

No se habían aún alejado del hotel gran trecho nuestros viajeros, cuando oyeron una voz, de ellos bien conocida: era la voz del marinero que había salvado á Patricio, y venía detrás corriendo sudoroso y jadeante con el fin de alcanzarlos.

—Oh! Perrier, Perrier!, gritaron Astolfo y los niños, volviéndose atràs dando mil muestras de alegría.

—Sí, yc soy; y á la vez rodeaba con sus brazos el cuello de Patricio que había corrido á su encuentro, y le llenaba de besos.

—Bien venido, díjole Elisa; vuestra aparición nos es tanto más grata, cuanto menos la esperábamos.

—Qué buen viento te trae junto á nosotros? preguntóle Zeno.

—Llegué de Ning-po esta manaña en un vapor de la Compañía Peninsular; pregunté por vos en Hong-Kong, y sabedor de vuestra venida á Cantón, os vine siguiendo porque tengo muchas interesantes noticias que daros

—Volvamos, pues, sobre nuestros pasos, dijo Zeno: y todos dieron la vuelta y entraron de nuevo

en el hotel. La venida de Perrier prometía grandes revelaciones á nuestros viajeros; por lo cual apenas puesto el pié dentro de casa, le rodearon todos, dispuestos á escucharle sin desplegar los labios; y Perrier cuando hubo respirado un poco y limpiado el sudor que corría por sus mejillas, comenzó así:—El día mismo en que nos separamos en Hong-Kong, el Chine mail se hizo de nuevo á la vela con rumbo á Ning-po, donde yo bajé á tierra, y no sin maravilla me encontré precedido de la fama de cuanto nos había ocurrido en el mar de las Indias. Cesó mi admiración cuando supe que habían llegado allí el día anterior los periódicos de Singapur, los cuales daban detalladas noticias. No bien se divulgó que yo era una de las personas del drama referido por los periódicos, corrieron multitud de curiosos á verme y marearme con sus preguntas. Entre otros se me presentó un chino, que vestía con distinción y hablaba bastante bien el inglés, el cual quiso saber minuciosamente de mí cuanto á Maroto se refería. Qué interés, dije para mí, puede mover á éste á investigar con tanta curiosidad los hechos de aquel bellaco? Y asaltóme la sospecha de que pudiese haber entre los dos alguna secreta inteligencia. Pero me equivoqué grandemente; pues preguntándole si tal vez le conocía, lanzó un suspiro y respondió:—Demasiado! Así no le hubiera conocido jamás!—Y dirigiendo en torno una mirada para asegurarse de que nadie nos oía, prosiguió con embarazo y timidez: es un terrible pirata; nos asaltó, siete años há, mientras navegábamos con rumbo á Singapur en un navío mercante, después de habernos robado todo el cargamento, por gran merced nos dejó la vida.—Con

qué, pirateaba también, preguntéle yo, en el mar de la China?—Quién lo duda? me respondió. Maroto tiene á sus órdenes no sólo á los piratas malasios sinó también á los chinos; y ha escogido para campo de sus piraterías tanto el mar de las Indias como el de la China. Si vosotros os encontrásteis con él en las islas de la Sonda, porque, há mucho tiempo, el malvado trasladó allá el campo de sus «gloriosas» hazañas para mejor sustraerse á las pesquisas del Virrey de Cantón, que le hacía buscar por todas partes. Más ahora que pasaron ya muchos años, y los Mandarines no piensan en él, yo apostaría que ha vuelto al primer campo de sus *heróicas* empresas, es decir al mar de la China: y me confirma en esta opinión el pensar que él debe de temer á la policía inglesa más que á la nuestra, á menudo impotente contra los piratas.—Soy de vuestra opinión, dije yo, pero dónde juzgáis que al presente se encuentra ese malvado?—Es una pregunta á la que no se puede responder con entera seguridad. Sin embargo, nadie me sacará de la cabeza que Maroto fijó en Hai-nann el centro de sus operaciones y correrías.—Así pienso también yo, le respondí; y ya que somos compañeros de infortunio y víctimas de un mismo tirano, es justo que hagamos causa común contra el común enemigo.

—Y qué pensais hacer? me preguntó lleno de terror.—Qué pienso hacer? y me lo preguntàis? Mis compañeros y yo revolveremos todo el imperio celeste á fin de dar con ese malvado, y no descansaremos mientras no le veamos colgado de la horca.

—Por caridad, chitón! dijo él echando en derredor una mirada, temeroso de que álguien nos oyera. No permita el cielo que se trasluzca vuestro desig-

nio: lo pasaríais muy mal! El tiene por todas partes espías, y bastará media palabra que imprudentemente se os escape de los labios, para atraeros la venganza de aquellos asesinos.—Fuera miedo, le dije; y pensemos solo en recobrar lo nuestro (digo nuestro, porque yo considero como míos los intereses de Patricio), y si no tuviéremos la suerte de recuperarlo, al menos tendremos la satisfacción de haber librado á la humanidad de un mónstruo.—Pero qué queréis hacer? replicó él.—Por ahora, respondí, tan sólo encontrar la madriguera donde se oculta la fiera, en lo cual vos me podéis servir de mucho.—Ah! exclamó él, moviendo la cabeza y sonriendo tristemente, queréis que yo después de haber perdido la hacienda, arriesgue también la vida? Gracias al cielo aun no me pesa la piel encima.—Pero ahora, repuse yo, no se trata de corsear y presentar batalla al pirata. Yo sólo os pido que vengáis conmigo junto al Cónsul inglés y el Mandarín de esta ciudad.—Jamás! respondió; que al salir del palacio, ya no estaría segura mi vida, pues al instante se sabría á qué había ido allá, y de qué se había tratado.

Viéndole yo lleno de pavor, creí no deber insistir en mi demanda; y despidiéndome de él, corrí presuroso al consulado inglés para informar al Cónsul de cuanto había oido al mercader; y el Cónsul sin detenerse fué á casa del Mandarín y rogóle que le hiciese llamar á palacio. Una hora después el pobre mercader presentóse pálido como la cera y temblando como una hoja al Mandarín, y vióse precisado á declarar lo que á mi me había dicho en secreto. Yo lo sentí por él; pero no había otra manera de ayudar á la justicia. De cuanto él reveló, hizó el

Gobernador que su secretario extendiese una minuciosa relación que envió al instante al Virrey de Cantón, y despidió al mercader, el cual salió de la sala de audiencia cabizbajo, como perro zurriagado; y al pasar cerca de mí dirigióme una mirada llena de terror, que parecía decirme: en qué laberinto me has metido!—Yo le respondí con un gesto que equivalía á decirle: no temas, que aquí estamos nosotros para protegerte; pero mucho dudo que con esto se haya animado aquel corazón de gallina. El Cónsul y yo dimos las gracias al Mandarín, y despidiéndonos fuimos á vernos con el Capitán del Chine-mail, el cual, merced á los buenos oficios del Cónsul, me dió licencia para venir á informaros de todo lo sucedido. Ahora, señores, á vosotros toca batir el hierro mientras está caliente, y aguijonear al Cónsul inglés de Cantón para que haga que el Virrey envíe sus órdenes á los Mandarines de Hainan y de las costas occidentales de la China, y á la vez una ó dos cañoneras á aquellas aguas para dar caza al pirata.

—Bravo! Viva Perrier! exclamaron todos cuando éste puso fin á su narración.

—Tú eres, díjole Zeno, el destinado á desatar el nudo de este complicado drama.

—Oh admirable Providencia! exclamó Elisa. Habíamos venido á Cantón, como viajeros, sólo con el fin de verla, aguardando entre tanto á que el Gobernador de Hong-Kong tratase este asunto con el Virrey; y he aquí que se nos presenta ocasión de ayudar á su Excelencia, sabiendo, como sabemos ahora, que Maroto piratea en el mar de la China, campo en otro tiempo, de sus *gloriosas* proezas.

—Es indudable, dijo Zeno, que prestaremos un servicio al Virrey enterándole de esta última circuns-

tancia que no pudo saber él por la carta del Gobernador de Hong-Kong. Pero conviene ante todo que nos presentemos al Cónsul inglés, que tiene el deber de proteger á los súbditos ingleses, cual es nuestro Patricio. El nos alcanzará más fácilmente una audiencia y nos dispensará el apoyo de su protección. Vayamos, pues, sin demora al consulado, y de allí al palacio del Virrey.

—Si estuviéramos en Europa, dijo Elisa, iría yo también; pero como estamos en la China, es justo que nos conformemos con las costumbres chinas y evitemos á los Mandarines el escándalo de ver á una mujer en una sala de audiencia y en medio de la córte. Id, pues, vos, Zeno, acompañado de Perrier; y si os place llevad también á Astolfo con vosotros.

—Oh qué mamá tan buena! exclamó Astolfo saltando de alegría; y temeroso de que su madre cambiase de pensar, se caló apresuradamente el sombrero y se puso en marcha con sus compañeros.

—Y nosotros, dijo Blanca á su madre, no hemos de ver el palacio del Virrey?

—Veremos en cambio, respondió Elisa, alguna cosa mejor; que el señor Silva tendrá la galantería de servirnos de *ciceróne*. Así diciendo, levantáronse, y saliendo del hotel dirigiéronse á la pagoda de Ho-nan.

LXXIV

MONUMENTOS SAGRADOS Y PROFANOS

Pagodas torres y arcos triunfales son monumentos que se encuentran á cada paso en la China. y no sólo en las ciudades pero también en las aldeas y aun en los montes más altos. Parecerá fabuloso á quien no lo haya visto. el número de arcos de triunfo allí llamados *pay-leu* erigidos en honor de viudas que no quisieron contraer segundas nupcias, de doncellas ilustres. de hijos que se inmortalizaron con algún acto heróico de piedad filial, de ciudadanos que se sacrificaron por la patria. y finalmente de insignes filósofos. letrados. emperadores y magistrados ilustres por su virtud y saber y por relevantes servicios prestados al imperio. Cuéntanse hasta 1559. de los cuales 200 descuellan considerablemente sobre los demás por la grandeza de su mole, por la copia de los adornos y la maestría de la ejecución; y estos son también los más antiguos, pues los modernos revelan demasiado la decadencia de la arquitectura y escultura.

Por delante de uno de éstos pasó nuestra comitiva; y Elisa se detuvo unos momentos á contemplarlo.

Llegaron después junto á una torre que señorea la ciudad elevándose á prodigiosa altura, es de figura octogonal, y está dividida en siete cuerpos que van disminuyendo en armónica proporción, hasta terminar en altísima asta coronada de círculos de hierro, del último de los cuales penden á manera de festones ocho largas cadenas fijas en los ángulos del piso inmediato. Mientras Elisa examinaba la soberbia torre, el señor Silva, queriendo redoblar su admiración, la dijo:—Esta torre no es más que una sombra de la famosa de Nankín?

—Muchas veces, añadió Elisa, oí hablar de ella como de una de las maravillas del mundo. ¿En qué se diferencia de esta la de Nankín:

—En la altura, pues tiene nueve pisos; mide más de 200 pies de alto; en la anchura, pues mide 40 pies de diámetro en su base; y principalmente en el precio de la materia y en el trabajo. Es una torre incrustada por fuera de finísima porcelana y adornada con figuras de bajo relieve; y por dentro cubierta de mármol de tal suerte bruñido, que en él reverbera la luz como si fuera un espejo. Después de la de Nankín campea entre las demás torres la de Tong-clan-fu, la cual en lugar de la bola dorada que sirve de remate á la torre de Nankín, tiene un coloso de metal dorado, que representa tal vez al héroe á quien fué consagrada la torre. Porque es de advertir que también las torres son en su mayor parte monumentos erigidos para perpetuar la memoria de los grandes hombres ó de señaladas empresas; pero no se han de confundir

con las astronómicas, asaz frecuentes en la China, y menos todavía con las atalayas militares ni con ciertas torres sepulcrales ó supersticiosas, que son ordinariamente macizas como una pirámide, y de estilo más bién tártaro que chino, porque traen su origen de una superstición de los Lamas cuyo culto fué abrazado por los tártaros conquistadores.

—Y cuántas serán poco más ó menos, preguntó Elisa, esas torres.

—Tantas son que apenas hay ciudad entre las 1581 que cuenta la China, que no tenga su torre, y las hay también en algunas aldeas y hasta en los campos.

—Es verdaderamente el pueblo chino, exclamó Elisa, un pueblo que sabe honrar la virtud, el saber y el mérito de los grandes hombres!

—En su honor, prosiguió el señor Silva, se acostumbra también á levantar edificios cuadrados, abiertos al público, y divididos en varias salas adornadas de tablas en las cuales está escrito con caracteres de oro el nombre del personaje á quien está dedicado el monumento, juntamente con los títulos de gloria que adquirió. Semejantes edificios son tan numerosos, que se cuentan hasta 709, además de los 688 mausoleos cuya arquitectura elogian los mismos europeos. Muchas de las mencionadas salas están adornadas de pinturas y estátuas generalmente de estuco ó madera dorada; y aquí mismo quiero mostraros algunas que os parecerán un verdadero panteón chino: tantas son las estátuas que las adornan. Y así diciendo, condujo á nuestros viajeros á la sala de los *Quinientos héroes*. Es un espacioso edificio dividido en muchas salas que comunican entre sí, y están adornadas con 500 estatuas, gigan-

tescas unas, otras de estatura natural, y todas de madera sobre dorada, que reluce como oro macizo. Elisa se quedó sorprendida al ver tres ó cuatro estatuas de traje y facciones europeas, con luenga y poblada barba, traje talar ajustado al cuerpo con un cinturón del que pendía un rosario, y largo manto sobre las espaldas.—Así, dijo al señor Silva, vestían entre nosotros los jesuitas!

—Y misioneros jesuitas son los que véis representados por estas estátuas.

¿Pero cómo se hallan en compañía de héreos chinos?

—Porque prestaron grandes servicios al imperio, unos como embajadores, otros como hombres de ciencia; por lo cual quisieron los emperadores que los más beneméritos de ellos tuvieran aquí lugar y fuesen honrados al lado de los más célebres personajes del imperio. Por la misma causa erigióse aquí en Cantón, en virtud de una orden imperial, un soberbio mausoleo al P. Provana, jesuita piamontés, el cual enviado por el emperador como embajador suyo á Europa, murió en el viaje, al regresar á la China y fué sepultado en esta ciudad.

—No marcharemos de Cantón sin visitar su tumba, dijo Elisa.

—Tumba, dijo el señor Silva, honrada en otro tiempo por el mismo Virrey, el cual antes de la guerra anglo-franco-china iba todos los años con solemne pompa á quemar perfumes y postrarse delante de ella, como sólo hubiera hecho delante de las tumbas de los príncipes del imperio.

—Y pensar, exclamó Elisa, que todo esto se hacía en la China, país tan hostil á los europeos!

Tanto es el poder de la virtud y del mérito aun en el alma de los paganos!

Pasaron después á la pagoda compuesta de tres templos, cada uno de los cuales está lleno de estátuas, gigantescas unas, otras enanas; éstas en pié, aquéllas sentadas ó yacentes; y las más de monstruosa obesidad y hórrido aspecto. En el medio campean tres estátuas colosales puestas en cuclillas, y de una perfecta semejanza entre sí, las cuales representan la *trimurti* indiana, ó la trinidad budhista. Detrás de éstas álzase la diosa popular Kuang-in, imágen de la misericordia; y á sus lados están puestos en orden otros dioses menores, como los del Egipto, Grecia y Roma. Allí se hallan también los dioses de la paz, de la guerra, del placer, de la templanza, de la inmortalidad, etc., á los cuales forman cortejo los genios tutelares de la ciudad y del imperio, y los varones ilustres, filósofos, emperadores y bonzos venerados como santos. No falta tampoco la imágen del demonio, que es el verdadero dueño del lugar, y está representado con cuernos en la cabeza, espantosas uñas en las manos y pies de cabra, símbolos que le cuadran á maravilla, porque es el espíritu de la soberbia, de la avaricia y de la lujuria. Delante del Dios Fó ó Budha, que está en el medio, arden lámparas, y sobre un altar perfumadas candelas y varas de madera olorosa.

Elisa al poner el pié en aquel templo diabólico, sintió que se helaba su sangre; y los niños al ver aquellos ídolos monstruosos, de horrible aspecto, vientre abultado y aire amenazador, santiguáronse, y Blanca exclamó:—Jesús mío, que horror! Qué feo es el demonio!

El señor Silva riéndose del espanto de los niños,

les dijo:—Qué os parece de una religión que á estos mónstruos tributa los honores de la divinadad?

—Pronto, dijo Elisa, salgamos pronto de aquí, pues paréceme hallarme en la antecàmara del infierno. Pobrecitos paganos! Daría mi sangre por vuestra conversión!

Elisa estaba tan conmovida, que en ella el horror había cedido el lugar á la compasión; y después de haber dado de prisa una vuelta por los tres templos y echado una rápida mirada á las estátuas, salióse con los niños, y lanzado un gran suspiro, exclamó:—Cuán agradecidos debemos estar á Jesucristo que nos sacó de las tinieblas de la ignorancia y del abismo de la corrupción pagana á la luz de la verdad y de la vida! Sin El seríamos nosotros ahora lo que fueron nuestros antepasados y lo que son al presente los chinos, ciegos y supersticiosos idólatras.

Así diciendo, sentóse sobre un asiento de piedra que había en el atrio próximo al templo del medio, y rogó al señor Silva que le hiciera un esbozo de las varias religiones que reinaban en la china.

LXXV

LA RELIGIÓN DE LA CHINA

La China, hace más de cuatro mil años, ha reconocido siempre y adorado á un Ser Supremo, á quien dió el nombre de *Scian-ti*, soberano espíritu ó monarca supremo, y el de Tien que significa cielo; mas no sólo el cielo material, sino también el soberano espíritu que allí reina (1). La religión, pues, de los chinos era la que se deriva de la lumbre natural de la razón; pero como á este conocimiento de Dios unían también el de algunas verdades primitivas y reveladas, como la creación, la existencia de los ángeles buenos y precitos, los premios y castigos futuros, la corrupción de la naturaleza humana y la fé en un divino Libertador

(1) Que *Tien* tiene este segundo significado se evidencia 1.° por los libros sagrados de los chinos principalmente por el Ciu King, en el que se atribuye á *Tien* la creación, la omnipotencia, la providencia, la justicia, la omnisciencia, en suma, los atributos de la Divinidad; 2.° por la declaración del emperador Kiang-ti firmada por los letrados; 3.° por la autoridad de los misioneros más versados en la lengua china, como el P. Mateo Ricci y algunos compañeros suyos; 4.° por la común opinión de los sinólogos é historiadores modernos.

ó Mesías, á quien ellos guardaban, su religión más bien que natural, debe decirse revelada y trasmitida por los nietos de Noé, que con razón pasan por los fundadores del celeste imperio. Durante el largo período de mil años, defendióse la China contra la idolatría que había invadido los pueblos circunvecinos, y no se contaminó á pesar de aquéllos con obscenos ritos, sacrificios humanos, sortilegios y otras supersticiones. Lo cual debe agradecer al Tribunal de Ritos, tan antiguo como el imperio, el cual establecido con el fin de mantener inalterable la religión de los antepasados, veló por la pureza de sus dogmas y ritos tradicionales. En aquellos tiempos sólo los Emperadores, como jefes de la gran familia china, ofrecían á ejemplo de los antiguos patriarcas sacrificios al Dios del cielo, creador de todo cuanto existe; y para aplacar la justicia divina prescribíanse ayunos, y hacíanse pública confesión de las culpas (1). Muchos de ellos hiciéronse también ilustres por el esplendor de aquellas virtudes, por los sabios de Grecia y Roma más encomiadas que practicadas. Bajo su imperio adorábase á un solo Dios y solamente se tributaba un culto relativo á los espíritus buenos á El su-

(1) Los ayunos eran penitencias nacionales que se hacian en las cuatro estaciones del año, y tres días antes de los sacrificios solemnes, además de aquellos que en las públicas calamidades eran ordenados por el emperador. Todo el tiempo que duraba la penitencia impuesta, los mandarines á ejemplo del Soberano, vivían separados de sus mujeres pasaban el día y la noche en los tribunales y abstenían de carnes y licores inebriativos. El mismo Monarca vivía aquellos días solitario, y observaba la continencia y el ayuno. Qué bellos ejemplos no son éstos! Y qué elocuente censura de la molicie de tantos cristianos!

bordinados. Por temor de que el pueblo viniese á caer en la idolatría, no consentían que la Divinidad estuviera representada en los templos por imágenes; y por esto no se veían sino altares para las ofrendas y sacrificios, y encima unas tablillas en que con caracteres de oro hallábanse escritos el nombre y los títulos de Dios, y los de los buenos espíritus ó genios tutelares del imperio, á los cuales se quiso agregar despues el nombre y elogio de los varones ilustres por el pueblo venerados como santos.

He aquí cuál era la religión primitiva de la China cuando en el siglo V antes de la era cristiana vino á deformarla una secta, que reconoce por su fundador á quien no soñó jamás en fundarla. Este es *Laotse* que significa viejo-niño, pues sus secuaces fingen que al nacer tenía ya canas y 80 años de edad, tiempo que, según ellos, transcurrió desde la concepción hasta el nacimiento.

—Pobre madre de Lao! exclamó Elisa riendo, á qué prolongado tormento fué condenada!

—Después de haber tardado tanto en nacer, continuó el señor Silva, vió la luz aquel *milagroso* ser el año 604 antes de J. C. cerca de la aldea de *Li* en la provincia de *Hu-nan*. Vivió algún tiempo retirado y entregado á la contemplación; fué después nombrado cronista de uno de los reinos en que estaba entonces dividida la China; luego rigió un pequeño mandarinato, y por último, acuciado por el deseo de saber, viajó por el occidente, no se sabe hasta dónde y á su regreso á la patria, escribió su Tao-te-King, libro de la razón y de la virtud. El fué mal conocido, porque sus secuaces desfiguraron con místicas narraciones su doctrina.

Pero la moderna crítica, examinando mejor la historia y los escritos de Lao-tse, el filósofo más antiguo de la China, evidenció que no se le debe imputar cuanto de extraño, ridículo é impío le atribuyen sus secuaces. El no pretendió jamás fundar una religión, ni una escuela filosófica, ni se tuvo por más que un hombre. Fueron sus discípulos quienes de él quisieron hacer una divinidad; y ocultando su muerte, propalaron que subió al cielo cabalgando en un buey.

—Ah! exclamó Blanca prorrumpiendo en una sonora carcajada, por qué no darle una cabalgadura de mejor portante? están las estrellas tan lejos!

—Calla, dijo la madre; no interrumpas —Y el señor Silva prosiguió diciendo:—La base de su filosofía es el *Tao*, ó la razón primordial y ordenadora de todas las cosas, el *logos* de Platón; y el fundamento de su teología está contenido en estas memorables palabras: *La razón produjo uno, uno produjo dos, dos produjo tres, y tres produjo todas las cosas.* En estas palabras fácil es descubrir, digan lo que quieran en contrario algunos historiadores modernos, un vestigio de la fe tradicional en un Dios Uno y Trino, que se conserva aún en la ciencia china, ó una creencia sacada de las tradiciones de los pueblos entre los cuales peregrinó el filosofo. Su sistema filosófico es panteista, tal vez más en la expresión que en el concepto; y presenta muchos puntos de semejanza, ya con la filosofía de Pitágoras, ya con la de Platón. Respecto á su moral, es muy diverso el juicio que forman los críticos, pues hay quien la encuentra semejante á la de Epicúro, y quién, con más fundamento, la compara con la de Zenón y los estóicos. Lao-tse

inculca el desprecio de las riquezas y de los honores, y la mortificación de aquellas pasiones que turban la tranquilidad del alma; él enseña que el hombre debe esforzarse por llegar al último grado de incorporeidad y conservarse lo más imperturbable que pueda. Esta doctrina fué de un modo extraño alterada por los que se dijeron sus dicípulos; y de aquí nació la secta de los llamados Doctores de la razón, mereciendo más bien llamarse cabalistas, adivinos, magos y espiritistas, pues todas estas artes ejercitan por una sórdida ganancia. Dan á entender al vulgo ignorante que poseen el secreto de confeccionar la bebida de la inmortalidad, la cual, dicen ellos, tiene la virtud de hacer rejuvenecer á los ancianos, y de esto se dan como prueba á sí mismos que viven Dios sabe cuantos siglos há.

—Y el pueblo lo cree? preguntó Blanca.

—Qué cosa no cree el pueblo, niña mía, cuando hay un hábil charlatán que lo sabe embaucar? Y los doctores de la razón son maestros en este arte; y despachan á buen precio al vulgo la bebida de la inmortalidad. Ejercen también la profesión de pronosticar la suerte reservada á cada uno y jamás dejan de predecirla venturosa á quien con generosidad se lo sabe pagar. Alardean asimismo de un poder ilimitado sobre los demonios, de los cuales son instrumentos para consolidar su imperio sobre este obcecado pueblo; y tan arraigada está en el vulgo la creencia en este su sobrehumano poder, que á cada instante los llama para bendecir las casas, ó mantener lejos á los malos espíritus y las desgracias, ó para ahuyentarlos, si tal vez fijaron en alguna casa su morada. Para esto representan la escena más cómica que se vió jamás en el mundo.

—Oh! contádnosla, dijeron Blanca y Patricio.

—Prepáranse para la grande empresa con un ayuno tan «riguroso», que nunca comen mejor que entonces, pues los devotos que necesitan sus servicios, deben durante aquellos días servirles esplén dida comida, á fin de que adquieran la fuerza necesaria para luchar contra el infierno y romper al diablo los cuernos. Hechos estos preparativos, van en traje de ceremonia á la casa que los aguarda, armados quién de una maza, quién de una espada, y dánse á correr por ella produciendo con sus gritos un estrépito infernal; y al mismo tiempo descargan furiosos golpes sobre el aire, hiriendo á los espíritus invisibles ora con la punta, ora con el corte, y también golpeándolos con mazadas de ciego. Y como se cree que los espíritus desbaratados y puestos en fuga se ocultan en los rincones y lugares escondidos de la casa, allí los persiguen; y no cesan hasta que les advierte el cansancio que han obtenido ya la victoria. Entonces bien pagados se van adonde los lleva el diablo. A menudo sucede también que á fuerza de encantaciones evocan á los espíritns infernales; y entonces vénse aparecer fantasmas volando por el aire, sombras ó imágenes de personas que ya murieron, y óyense voces misteriosas, ó se ve una pluma movida por invisible mano trazar sobre el papel misteriosos caracteres en respuesta á las preguntas que se hacen al espíritu.

—Pero estos, interrumpió Elisa, son los fenómenos del espiritismo moderno....

—Espiritismo moderno?.... Es tan antiguo en la China como la secta de Lao-tse, que como, os dije, data del siglo V antes de la era cristiana.

—No tiene, pues, el espiritismo ni el mérito de

la novedad; y sus fenómenos, que tan en boga están entre nosotros, no son después de todo más que una imitación del espiritismo chino. Conviene que sea esto sabido de todos en Europa.

—Dónde residen, y cómo visten, preguntó Blanca, esos nigromantes y encantadores?

—Hállanse por todas partes, pues esta peste ha invadido todo el imperio, propagando por todos los paises la práctica de la cábala, la adivinación, el sortilegio y la mágia. No viven, como los bonzos, en conventos, ni visten fuera de sus solemnidades el traje de la secta, que es una amplia túnica de anchas mangas; pero distínguense de los legos en llevar el cabello recogido y dejarse crecer las uñas, que guarnecen con una especie de dedales de plata.

—Oh qué graciosas uñazas! exclamó Blanca riendo.

—A esta secta, prosiguió el señor Silva, denominada Tao-Kiao, sucedió en breve la de los letrados, y muchos siglos después la del dios Fó, ó de Budha.

—Habladnos de ésta, dijo Elisa; y reservad para cuando esté presente mi hijo, el tratar de Confucio y de la secta de los letrados, ya que es ésta la religión oficial del Imperio, y Confucio el verdadero legislador de la China.

—Haré lo que sea de vuestro agrado, respondió el señor Silva. El Budhismo, ó la Religión del dios Fó, de quien véis aquí templos, altares y sacerdotes, es extranjera; fué introducida el año 65 de nuestra era bajo el reinado de Min-ti (1), y es

(1) Este Emperador de la dinastia de Han movido por aquellas palabras de Confucio, *del occidente vendrá el Santo*, envió embajadores á buscarle en las Indias, ó aprender al me-

hoy la religión del pueblo. El Budhismo es una mixtura de fábulas índicas y verdades cristianas, sacadas las primeras del Brahmanismo, y las segundas del Evangelio, que allí predicaron los apóstoles Bartolomé y Tomás y los discípulos de éstos. Y en verdad: ¿quién no advierte la introducción del elemento cristiano en la historia, dogmas y ritos de Budha? Atribuye la leyenda índica á Sa-kia-muni, el último Budha que apareció sobre la tierra, dos naturalezas, una mortal, otra eterna; y refiere como el Dios del cielo, deseoso de salvar á los hombres, decretó hacerse hombre, y encarnó en el seno de una Virgen. El nació, dice la leyenda, el día 25 de la estrella de *cintang* (diciembre) de una Virgen bella, inmaculada, de regia estirpe, mientras el mundo entero gozaba de paz. Nació sin lesión de la virginidad de su madre, y un súbito resplandor y cantos dulcísimos de genios celestiales anunciaron el nacimiento del Reparador. Pasa luego á narrar la adoración de los Reyes, la presentación en el templo, la profecía de un anciano sacerdote, la disputa con los doctores, la penitencia hecha durante *seis años* en el desierto, la predicación, la elección de discípulos, las reglas de vida que dió, los remedios instituidos para los pecados, las persecuciones que sufrió de los enemigos de su doctrina, su suplicio y el duelo de la naturaleza por su muerte.

---

nos la ley que hubiera predicado. Los embajadores anunciaron haber encontrado la ley del *Santo* en la doctrina de Fó, y se volvieron trayendo 42 capitulos de los libros canónicos indianos y muchas imágenes de Fó ó Budha. Desde entonces llenóse la China de ídolos que representan la metamórfosis de este Dios, el cual, según las creencias de los indios, se transforma á cada paso ya en hombre, ya en animal.

¿Quién no ve que todo esto está tomado del Cristianismo, muy extendido por la India en los tiempos apostólicos? En lo demás el Budhismo es un sistema panteista, como el Brahmanismo de donde se deriva, y tiene por base la transformación del hombre en otros seres ó en Dios, y la de Dios en hombre ó en otros seres animados.

El Budhismo entre las muchas fábulas y extravagancias que contiene, deja entrever cierta vislumbre de la revelación primitiva acerca de la unidad y trinidad de Dios, la existencia de los ángeles buenos y malos, la creación del mundo, la caída del hombre, la venida de un Reparador, la necesidad de la espiación por medio del sacrificio, la remisión de los pecados, la vida venidera y la futura retribución de premios y de penas. Del mismo modo en la moral enseñada por el Budhismo encontramos las huellas de la primitiva enseñanza divina, que las pasiones humanas no fueron poderosas á borrar, porque tiene su fundamento en el dictámen práctico de la razón, ó en la ley escrita por Dios en todos los corazones.

—Perdonad, dijo Elisa, que os interrumpa. A juicio vuestro, el Budhismo tomó muchas cosas del Cristianismo. Pero cómo puede ser, si es muy anterior según oí muchas veces?

—Acerca de su origen, respondió el Sr. Silva, dispútase todavía; y no hay para que referir aquí las discordantes opiniones. Observaré tan solo que la última forma del Budhismo, de la que me propuse hablaros, no debe de ser muy antigua, pues los mismos budhistas colocan la muerte de Sakia-muni, que fué el autor, en el siglo séptimo de nuestra era, y otros en el noveno; y yo prefiero en esto la opinión

de los budhistas á la de nuestros críticos europeos. Por otra parte, ¿sabemos si bajo el nombre de Budha designase un personaje, y no una secta? ¿No es notorio que el nombre de Budha se atribuye á muchos personajes que descollaron en aquella secta? La misma diferencia que se observa entre la primera forma del Budhismo, cuando no era más que una innovación introducida en el Brahmanismo, y las siguientes formas, nos revela claramente que esta secta no tuvo jamás verdadera estabilidad de dogmas y de ritos. Qué maravilla, pues, que el variable Budhismo haya introducido en sus dogmas y en sus ritos algún elemento cristiano?

—Vuestra respuesta, dijo Elisa, disipó todas mis dudas. Ahora decidme: ¿es verdad que los budhistas tienen conocimiento de un Dios uno y trino?

—Parece que tienen alguna vislumbre; pues en sus pagodas suelen representar la divinidad por medio de tres estátuas enteramente semejantes, símbolo de la Trinidad budhista. Tienen también alguna idea de la encarnación de un Dios para la salvación del género humano, y de su Madre virgen, que ellos suponen nacida del virgíneo seno de una rosa, y píntanla saliendo de esta flor.

—Oh qué bella imágen de la inmaculada! exclamó Elisa.

—Llámanla también, prosiguió el Sr. Silva, Reina del cielo, y represéntanla con un niño en los brazos; pero no saben decir ni quién fué, ni cuándo y donde vivió. Preguntando yo á un budhista, que tenía algún conocimiento de nuestra religión, sólo me supo responder—*Ella es nuestra Santa María.*

Al oir esto Elisa, llenábase de admiración viendo que el Budhismo había hecho suyos tantos dog-

mas del Cristianismo, tantos oráculos de la Biblia y tantos hechos del Evangelio, y exclamó:—Quién hubiera jamás creido que el Budhismo en su última forma no es sino una imitación del Cristianismo?

—No es esto solo, añadió el Sr. Silva: él se apropió también gran parte de nuestros ritos, excepto el que es el constitutivo de la verdadera religión, cual es el sacrificio, del cual solo tienen una sombra. Por lo demás tiene sus sacerdotes y sus templos, conventos y monasterios, cenobitas y anacoretas, la salmodia en coro, un rezo parecido á nuestro rosario, las indulgencias aplicables á las almas del purgatorio y otros ritos que los Bonzos tomaron en todo ó en parte de nosotros, deformándolos con tantas supersticiones, fábulas é impiedades, que dá lástima verlos y oirlos.

—Y son honrados por el pueblo los bonzos? preguntó Elisa.

—Casi nada; pues generalmente hablando, ejercen su ministerio sacerdotal como un oficio cualquiera, y son de corrompidas costumbres. Y por esto es que el pueblo los desprecia, y los magistrados cuando tienen ocasión, les sientan muy bien la mano.

Durante esta plática entró una mujer en el próximo templo; y nuestros viajeros levantándose se acercaron á la puerta para ver qué hacía la devota china. A duras penas contuvieron la risa cuando la vieron postrarse delante de una estátua femenina que tenía dieciseis brazos, y en las manos misteriosas espadas, cuchillos, libros, flores y frutos.

—Qué divinidad es la representada por ese mónstruo? preguntó Elisa.

—Es la famosa *Pu-tsa*. respondió el Sr. Silva, la Isis de los chinos, ó la Naturaleza, madre de todos los dioses; cuya fuerza, poder, sabiduría y fecundidad

están significadas por los símbolos que estáis viendo.

—En esto la adoradora de la madre Naturaleza toma del altar dos pedazos de madera, póstrase de nuevo á los piés del ídolo, inclínase varias veces hasta tocar con la frente en el suelo, y murmura algunas oraciones; lanza después á lo alto los pedazos de madera, y con cierta ansiedad observa el modo de caer. Ah! esto no anuncia buena ventura Comienza de nuevo, renueva las inclinaciones y preces, y echa de nuevo las suertes. Tampoco esta vez le sonríe la fortuna; no importa; se requiere perseverancia, y ésta no falta á la devota idólatra, la cual repite el juego hasta que las piezas caen de la manera que ella quiere, porque la juzga de feliz augurio.

—Pobres idólatras! exclamó Elisa con un sentimiento de compasión; y movida por el hipo de saber qué había pedido la mujer á su ídolo, rogó al señor Silva que se lo preguntase. Hízolo así éste y obtuvo la siguiente respuesta.

—Pido buena fortuna y muchas *sapecas*.

—Los niños no contuvieron la risa, y Elisa escandalizada, exclamó:—Claro se ve que la religión de estos idólatras es el culto del interés, la religión del dinero!

—Paréceme, dijo el señor Silva; que también en vuestra Europa se pretende hoy sustituir la religión de Cristo, que es toda amor, por la del dios *Mammona*.

—Demasiado cierto es! respondió suspirando Elisa; y dando la vuelta, abandonaron todos aquel lugar, donde el demonio tiene su morada, y encamináronse á la ciudad.

LXXVI.

LA VISITA DE UN MANDARÍN.

De la isla donde se levanta la Pagoda, dirigíase á toda vela á la ciudad una lancha, sobre cuya popa iba de pié una niña vestida de blanco, cubierta la cabeza con un sombrero de finísima paja, de largas y gachas alas, y sueltos sus blondos cabellos. Llevaba en la mano un blanquísimo pañuelo que iba agitando, vuelta hacia el balcón del hotel donde había descubierto á su hermano.

—Allí vienen. Mirad á Blanca, que nos da la señal de su arribada.

Los dos que así hablaban, eran Astolfo y Zeno los cuales sentados entonces con Perrier al balcón, que miraba al rio, visto que hubieron la lancha de Elisa, levantáronse al momento y bajaron á recibirla. La alegría de los niños y de Astolfo al volverse á ver, fué tanta como si hubieran estado separados largo intérvalo de tiempo: tan entrañablemente se amaban aquellos corazones jóvenes.

—Y bién, dijo Elisa saltando á tierra, qué noticias nos traeis? Visitásteis al Virrey?

—Mamá, respondió Astolfo, su Excelencia con la mayor *galantería* nos puso á la puerta de la calle.

—No le hagáis caso, añadió Zeno; el Virrey nos manifestó por medio de su secretario que sentía no podernos recibir hoy, porque tiene que ir al templo de Confucio á rendir el acostumbrado tributo de público homenaje al gran doctor del Imperio del centro; pero que sin falta nos dará audiencia mañana, y nos hará saber la hora en que podremos ir á palacio. Nosotros dimos al secretario nuestro nombre y las señas de nuestro hospedaje y nos retiramos juntamente con el cónsul inglés, que nos dispensó el honor de acompañarnos.

—Cuánta paciencia se necesita con estos mandarines! exclamó malhumorado Perrier á quien cada día le parecía un año.

—Amigo mío, dijo Zeno, tened presente que nos hallamos en la China, donde se camina siempre con calzado de plomo.

—Os aseguro, añadió el Sr. Silva, que el Virrey ha estado muy deferente dilatando la audiencia un solo día, y que podéis daros por contento.

—Pronto, dijo Zeno; apresuremos el paso, que veo venir á un Mandarín con dirección al hotel. Tal vez es el mensajero del Virrey.

Era, en efecto, un Mandarín de la córte enviado á cumplimentar á los huéspedes europeos y anunciarles la hora en que los recibiría *el padre y la madre del pueblo*, que así llaman en la China á todo gobernador de ciudad ó de provincia. Encontráronse á la puerta del hotel, y el mandarín *Li*, tal era su nombre, después de haber bajado de su silla, saludó cortésmente conforme al ceremonial chino á nuestros viajeros, que correspondieron al saludo con una profunda inclinación, é invitáronle á entrar en la sala que estaba al nivel del jar-

dincito de la casa. El dueño del hotel hizo traer al momento el té, ceremonia indispensable en todas las visitas y preludio de toda conversación. El señor *Li*, entre sorbo y sorbo de té, hizo á nuestros viajeros un mundo de cumplidos en lengua portuguesa, que él hablaba con expedición, y los huéspedes habían aprendido medianamente durante su viaje. —Cómo está vuestra *preciosa* salud? Cuál es vuestro *ilustre* país? Fué próspero vuestro *larguísimo* viaje? Qué os parece de nuestra *pobre* ciudad? Habéis visto nuestros *pequeños* monumentos?—A todas esas preguntas respondieron ora el señor Silva, ora Zeno con la fraseología usada en la china, donde exige el ritual, ó mejor diremos la cortesía, que en la conversación se haga uso de palabras que denoten desprecio de las cosas propias y alta estima de las ajenas.

Después el Mandarín con solemne gravedad desenvolvió un pedazo de tela de seda y sacó un elegante librito fileteado de oro, en cuyas hojas hallábase escrito con grandes caracteres el nombre de los tres viajeros á quienes se concedía audiencia, juntamente con la invitación á palacio para las ocho de la mañana del día siguiente. Zeno en nombre de todos dió las más afectuosas gracias al noble mensajero, rogándole se dignase ser intérprete de su reconocimiento ante el digno Representante del hijo del cielo, cuya bondad, verdaderamente paternal y conocida en las más lejanas naciones del mundo, dignábase dirigir desde su excelso asiento una mirada á unos *pobres y obscuros* extranjeros.

Astolfo al oir este trozo de elocuencia oriental mordióse los labios á fin de no reirse; Elisa bajó los ojos, y sintió como vergüenza pareciéndole

que aquel lenguaje tenía sabor à lisonja. Pero todos saben que este es el estilo que se emplea con los grandes en Oriente, donde quien ocupa un alto puesto gusta de ser incensado á manos llenas. Después de estas cortesías oficiales, por una y otra parte cambiadas con tanta profusión, esperaban nuestros viajeros que el mandarín se retiraría; más no fué así, pues el amable letrado, acostumbrado, había ya tiempo, á tratar con extranjeros, holgábase de conversar largamente con ellos, ora por deseo de conocer sus costumbres y adquirir noticias de los paises de Europa, ora tal vez por razones políticas, es decir por averiguar qué clase de gente era aquella que venía á tratar de negocios con el Virrey. Cualquiera que fuese la causa de su detención, él hablaba largo sin dar señales de querer despedirse. Perrier entretanto ardía en deseos de hacer que la conversación recayese sobre el objeto de la visita al Virrey, pero Zeno le hizo seña que callase, no pareciéndole prudente hablar de esto con un subalterno antes de haberlo hecho con el mismo *Tután* (*Virrey*).

LXXVII.

LA FILOSOFÍA DE LÁO Y DE CONFUCIO Y SUS CONSECUENCIAS.

Queriendo aprovechar Elisa la presencia de un letrado chino para adquirir más exacto conocimiento de la religión y las ciencias de la china, vuelta á Zeno, díjole en italiano que enderezase á este asunto la plática; y éste, dirigiendo la palabra al Mandarín, significóle los deseos de la noble dama. El Mandarín, no bien oyó esto, haciendo una profunda inclinación, respondió con sonriente semblante:—Que él era un pobre ignorante sin aptitud para nada, pero que estaba pronto á complacer á tan magnífica señora, venida desde los postreros mares de Occidente á visitar el celeste imperio; así que podía desde luego hacerle cuantas preguntas quisiera.

Elisa entonces expresándose en portugués dijo: Visitando, ha poco, la pagoda de Ho-nan, el señor Silva, aquí presente, tuvo la amabilidad de hablarme de uno de los más célebres y antiguos filósofos de la China, de Lao-tse; y nos prometió además darnos alguna idea del más profundo filósofo del imperio, es decir, de Confucio.

Aquí el Mandarín dirigió una afectuosa mirada

al Sr. Silva, y le hizo una inclinación de cabeza, dándole así las gracias por el honor dispensado á la China.

Elisa prosiguió diciendo:—Yo quisiera conocer su sistema filosófico, principalmente en lo que se refiere á la idea de Dios.

El Mandarín acariciando con la mano su rara barba, comenzó así:—La filosofía del Doctor de la razón, Lao-tse, redúcese á la doctrina de la emanación de los seres de la inteligencia soberana y eterna, y de su retorno al seno de aquella. «Los seres de formas corpóreas, dice él en su Tao-te-King, ó libro de la razón y la virtud, fueron sacados de la materia primera caótica. Antes que existieran el cielo y la tierra, no había más que una soledad inmensa, un vacío inmensurable y sin formas perceptibles. Sólo existía el Ser infinito, inmenso, que vagaba por el espacio ilimitado sin experimentar alteración de ninguna clase. Puede considerarse aquel sér soberano como la madre del universo. Yo desconozco su nombre, pero lo distingo con el de Tao (1), razón suprema, universal. Precisado á darle un nombre, le defino el grande, el excelso, el inmenso, el infinito. El universo tiene su ley en la tierra, la tierra en el cielo, el cielo en Tao y Tao en sí mismo (2).»

---

(1) Nótese la analogía de la palabra Tao, con la griega Theos, la cual confirma el común origen de esta fe tradicional.

(2) El Tao-te-King de Lao-tse fué traducido por el Profundo sinólogo E tanislao Julién. Abel Remusat después de haberlo estudiado, hubo de decir en sus *Mélanges Asiatiques*: «En lugar del Patriarca de una secta de charlatanes, astrólogos y magos que buscan la bebida de la inmortalidad y los medios de elevarse al cielo atravesando la atmósfera, he descubierto en aquel libro al verdadero filósofo, al moralista juicioso, al diserto teólogo

—Pero cuál es, preguntó Zeno, la verdadera naturaleza de Tao en la opinión del filósofo?

—Tao, respondió el mandarín, tiene dos naturalezas, ó dos modos de ser, uno espiritual, otro material. De éste emanan las formas corpóreas; de aquél el hombre, el cual debe afanarse por volver á su principio incorpóreo, desatándose de las ligaduras de la carne, ahogando las pasiones y apetitos sensuales, absteniéndose de todos los placeres mundanales y dándose todo á la contemplación de la naturaleza espiritual y divina. De esta suerte hácese digno de la razón soberana, vuelve á ella y con ella se identifica, y llega así á restablecer la primitiva harmonía de las naturalezas espirituales, vueltas á la fuente de donde emanaron. Esta vida feliz y divina que ellas tenían perdida por su unión con el cuerpo, encuéntranla en el seno de la grande y universal inteligencia.» Tal es en compendio la filosofía de Lao-tse.

—Si tal es, dijo el Sr. Silva, es indudable que su filosofía es enteramente panteista no solo en la forma, si que también en el concepto.

—En verdad, añadió Zeno, si todos los seres emanan de Dios, participan todos de la naturaleza divi-

---

y metafísico sutil. Su estilo tiene la magestad del de Platón y, fuerza es confesarlo, algo también de su obscuridad. El expone conceptos muy semejantes, y casi en los mismos términos.

Lo mismo que los pitagóricos y platónicos admite como causa primera la razón suprema, ser inefable, increado, que es el arquetipo del universo y no tiene otro tipo que á sí mismo. Consuena con Pitágoras considerando las almas como emanaciones de la substancia etérea, con la que se unen después de la muerte; y como Platón, niega á los malvados la facultad de entrar en esta alma universal. Suspende la cadena de los seres del que llama él *Uno*, después *Dos*, y después *Tres* que hicieron todas las cosas.»

na, la cual siendo una, indivisible y simplicísima, no se puede dividir en partes; si, pues, se comunica á los seres, se comunica entera, en cuya hipótesis todo sería Dios.

—Vuestro *ilustre* ingenio, dijo el Mandarín, ha notado al instante el lado débil de esta doctrina.

—Además, observó Astolfo Acordándose con mucha oportunidad de la filosofía que había estudiado en el Colegio romano, atribuir á un ser simplicísimo dos naturalezas, una espiritual y otra material, suponer en un ser infinitamente perfecto una naturaleza corpórea que es imperfecta; ¿no son contradicciones manifiestas?

—Es verdad, contestó el Mandarín; vuestra *clarísima* inteligencia dió en el blanco.

Y vuelto á Elisa, la felicitó por tener un hijo en quien el ingenio y la instrucción eran superiores á los años. Al cual cumplido Elisa, inclinando ligeramente la cabeza, respondió:—Todo es don de Dios.

—En efecto, repuso el Mandarín, todo procede de Tién (cielo); pero mérito es de vuestra *excelentísima* señoría el haberle sabido educar.—Y anudando el hilo del discurso, continuó así:—Yo no sigo la doctrina de Lao-tse. Aquel su misticismo, aquel amor á la meditación y la soledad, aquella renuncia de los placeres, aquel aniquilamiento de las pasiones, cosas son que ni poco ni mucho me agradan.

Nuestros viajeros miráronse unos á otros á hurtadillas, como para decirse: Ahí le duele; lo demás poco ó nada le importa.

—Yo prosiguió el Mandarín, sigo á Confucio como le siguen después de su Majestad celeste, todos los letrados del imperio.

—De Confucio, dijo Zeno, quisiéramos oir ha-

blar, porque quien conoce á este filósofo, conoce la China, modelada por la doctrina de su maestro y legislador.

—Kong-fu-tse, á quien llamais Confucio, respondió el Mandarín con acento solemne, fué el oráculo de la sabiduría, el doctor universal, el reformador de nuestras costumbres y el fundador de nuestra religión (1).

(1) Nació este filósofo el año 551 antes de J. C. en la ciudad de Tseu. Era de regia estirpe, pues los historiadores le hacen descender del emperador Hoan-ti. Quedó huérfano de padre á la edad de siete años; pero gracias á los cuidados de su madre, señora prudentísima, y de un hábil preceptor hizo tales progresos en las letras y en la filosofía, que á la edad de 17 años fué nombrado Mandarín, y desempeñó la superintendencia de la venta de granos, en cuyo cargo se granjeó gran fama de probo y de prudente. A los 19 años se casó, y poco después fué elevado á la dignidad de inspector general de los campos con plenos poderes, y trabajó lo indecible no por enriquecerse á sí mismo, sino al Estado. Desterró la ociosidad, promovió el trabajo é hizo florecer la agricultura. A los 24 años de su edad perdió su madre, y entonces retiróse, como es allí costumbre, de los negocios públicos, consagrándose por completo durante los tres años que duró el luto, al estudio de la antigüedad, de la historia y de la filosofía comunicando sus conocimientos á cuantos acudían á él en busca de instrucción ó consejo. A los 28 años diose á viajar por los varios reinos en que estaba entonces dividida la China, movido por el deseo de aprender y trabajar en la reforma de las costumbres de los hombres, á lo cual llamaba él su misión. Entre tanto agrandábase su fama, y los mismos soberanos le querían por consejero. Regresado que hubo á la patria, abrió escuela y academia, y asociando á las funciones de maestro las de Mandarín, y después las de primer ministro del Estado, cargo que desempeñó por espacio de 9 años, mostró tanta habilidad en el gobierno como en el magisterio. Habiéndose retirado después á la vida privada, continuó hasta la muerte en su misión de enseñar á los nobles, al pueblo y á la juventud. Tuvo tres mil entre oyentes y discípulos, de los cuales 62 distinguiéronse por su virtud y saber, y 12 de estos

Presumo, interrumpió Zeno, que como fundador de una religión habrá puesto por base de su doctrina la idea de Dios?

—Oh! de eso se curó poco el filósofo, que Scian-ti (Dios) es un ser muy superior á nuestras ideas para que podamos comprenderlo.

—También el sol, repuso Zeno, está muy sobre nosotros, y sin embargo quién hay que no lo vea? La idea de Dios resplandece más que el sol, y su reflejo lo ve la inteligencia en todo lo creado, en sí misma, en el fondo de su ser y en su natural tendencia hacia un bien sin límites ó infinito, sin término ó eterno. Podía un filósofo, como Confucio desconocerle?

—Oh!; replicó con un gesto de horror el Mandarín, incrédulo Kong-fu-tse! Nada menos que eso. El reconocía y adoraba con toda la venerable antigüedad á un Ser soberano, inmenso, infinito, causa primera de todas las cosas, á quien vosotros llamáis Dios, y nosotros Scian-ti; y su conocimiento de Dios revélase claramente en sus escritos.

—Yo los leí añadió el Sr. Silva, pero os confieso que no pude descubrir claramente en ellos el concepto de un Dios personal y distinto de las criaturas. Tal vez no lo tenía él mismo; por lo menos no lo tenía bastante claro para poderlo explicar á sus discípulos. En vez de profundizar en el estudio de la idea de Dios, que es la base de todo conocimiento, apenas

---

acompañáronle en sus varias peregrinaciones. Escribió poco, y de aquello poco, después de la quema de libros ordenada por un Emperador, no quedan más que los King, ó libros canónicos. Murió á los 72 años de edad, llorado por todos y honrado después de su muerte como no lo fué jamás letrado ni filósofo en el mundo. Para los tiempos en que vivió, fué varón de gran saber, honesto y virtuoso.

se detiene, ni traspasa jamás con el pensamiento la angosta esfera de lo presente, lo creado y lo finito, ni dirige su mirada al inmenso horizonte que se abre más allá de la tumba. Por esto su filosofía carece de base; su moral, que, por lo demás, contiene bellísimas enseñanzas, está falta de toda sanción.

—Vos, replicó el Mandarín, razonáis conforme á los principios de vuestra *respetabilísima* religión, que yo conozco y aprecio, y según la cual todas esas cosas es necesario saber. Pero nosotros, los chinos, pensamos de asaz diferente modo, y reputamos inútil fatiga inquirir las cosas invisibles y futuras, mientras nos ocupan las presentes.

Al oir estas palabras que revelaban las tendencias materialistas de los letrados y del pueblo chino, Elisa no pudo impedir que de sus labios escapara un suspiro. Lo cual advirtiendo el Mandarín, interrumpió su razonamiento, y con aquella fina política, que tan familiar es á los letrados del celeste imperio, dióse á magnificar la religión cristiana, y añadió:—Nosotros respetamos la religión del Señor del cielo, así llaman en la China al cristianismo; ella da mejor á conocer á Scian-tí y sus perfecciones; y promete á sus secuaces una vida futura y una recompensa eterna, lo cual es poderoso estímulo para mover al hombre á obrar bien. No desconocemos tampoco que vuestra respetable religión contiene excelentes enseñanzas y preceptos de moral.

—Al oir esto Elisa, se atrevió á preguntarle:—por qué, pues, vosotros los letrados no la abrazáis?

—Ah, ah! exclamó riendo y moviendo la cabeza el regocijado Mandarín; para qué mudar de religión si son todas igualmente buenas?

—Cómo puede ser eso, replicó Elisa, si lo que una

afirma, la otra lo niega; si lo que una aconseja, lo prohibe la otra; si lo que en una es virtud, en la otra es vicio?

—Bah! respondió el Mandarín. Scían-ti no se cura de eso. «Los sabios, dice un Emperador de la dinastía de los Han, variaron las formas de la religión según los tiempos y paises.» Todas sirven igualmente para honrar á la divinidad. Nosotros tenemos há ya muchísimo tiempo, tres religiones en el imperio; pero las tres no son más que una sola cosa: San-kiáo i-kiáo. Y complaciéndose neciamente en este grosero error, levantóse para partir, renovando á los *ilustres* huéspedes la expresión de su alta estima, que esta vez quiso confirmar con una cortés invitación á su modesta quinta sita fuera de las murallas.

—Nuestros viajeros acompañáronle hasta la puerta del hotel; y después que hubo partido, volvieron á entrar en su sala donde hablaron largamente sobre lareligión de los letrados chinos, discípulos de Confucio.

He aquí, dijo Elisa, el fruto de la tan decantada doctrina de Confucio, el indiferentismo religioso.

Es el gran cáncer, añadió Zeno, que corroe el corazón de este imperio, cuya civilización toda material no mira á otra cosa que á los goces de la vida presente. Estos mandarines, generalmente hablando, poco ó nada se curan de Dios, del alma, del origen y fin del hombre. No piensan más que en lo presente; toman del tiempo cuanto reclaman las necesidades de la vida; de la ciencia cuanto demanda el cargo que desempeñan, y de la moral la parte política y la que sirve para adquirir intereses temporales; nada más!

Preguntando yo en una ocasión á un comercian-

te:—¿Crées que nuestra alma, llama del cielo y no de la tierra, extinguiráse bajo las cenizas del sepulcro?—Lejos de mí el pensarlo, me respondió; sé bien que el alma es inmortal.

—Por qué, pues, añadí yo, no piensas en asegurar una vida feliz en el otro mundo? Y él sonriendo dijo:—Ahora tengo que pensar en vivir en este. Sobre el otro ya pensaremos cuando estemos en él; ¡es la eternidad tan larga!.....

—Pobre gente! exclamó Elisa, mientras Astolfo y los niños se desternillaban de risa al oir tan insensata respuesta.

En esto se oyó un gran clamoreo acompañado de ruidosas carcajadas; nuestros viajeros, interrumpiendo su plática, asomáronse todos al balcón, y vieron una de aquellas escenas harto frecuentes en la China, la cual los confirmó en su opinión de que la religión de este pueblo no es más que pura apariencia. Una turba de chinos arrastraban por el lodo unos ídolos sacados de la vecina pagoda, y los pisaban y denostaban de mil modos.—Esos, preguntó Elisa, serán mahometanos que aborrecen la idolatría? Porque los cristianos no creo que se atrevan á desafiar así el furor del pueblo y de los mandarines.

—Esos, respondió el Sr. Silva, son idólatras como sus conciudadanos; y Dios sabe cuántas veces adoraron los ídolos que ahora pisotean.

—Y cómc han trocado tan de repente su amor en odio, la adoración en desprecio?

—Porque les pidieron no sé que gracia, y se vieron defraudados en sus esperanzas, y ahora en venganza los tratan del modo que estáis viendo.

—He aquí, dijo Elisa, una prueba del aprecio en que tienen la religión; ved por qué nuestra santa fe,

que es toda espíritu y tiene sus raices en el cielo y no en el fango de la tierra, tropieza con tantas dificultades para propagarse en este suelo. Y sin embargo los antiguos, según me contó el Sr. Silva, no profesaban ese indiferentismo religioso; ellos conocían y adoraban al verdadero Dios.

—Ciertamente, respondió Zeno; pero así como un río cuanto más se aleja de su origen, más cenagoso corre, así con el andar de los siglos la religión primitiva fué degenerando poco á poco, primero en politeismo, después en panteismo y finalmente en ateismo, teórico en unos y práctico en otros. Quien podía y debía hacer volver este río humano á su verdadero origen, esto es al verdadero conocimiento y culto de la divinidad, era Confucio; más él no se curó de hacerlo, y esto constituye su mayor falta. El ocupóse tan solo en la moral y en la política, como si estas dos columnas del edificio social no tuvieran por base necesaria é insustituible la religión.

—Pero qué moral es esa, preguntó Elisa, que no tiene por fundamento aquel principio de donde brota toda ley, emana toda autoridad, se deriva toda relación moral, todo derecho y deber?

—Confucio, dijo el Sr. Silva, solo habla de las leyes que rigen el cielo y la tierra, con las cuales debe el hombre conformar el tenor de la vida para que sea perfecta la harmonía del universo.

—Las leyes físicas, observó Zeno, nos manifiestan la voluntad del supremo legislador, pero no la sustituyen; y por esto no pueden ser para nosotros el principio y fundamento de la obligación. Si estamos obligados á conformar nuestras acciones morales con el orden físico que reina en todo lo creado, es porque así lo quiere y ordena su Autor. Pero si se prescinde

de El, se desvanece toda verdadera obligación, toda ley, y viene al suelo toda la moral de Confucio.

—La cual es, dijo Elisa, una planta atacada de los gusanos en su misma raiz. Sin embargo, siempre oí decir que, à despecho de su vicio original, la moral de Confucio es superior á la de los otros filósofos de la gentilidad (1).

—Por lo menos á muchos de ellos, respondió el señor Silva. Confucio, en efecto, filosofa bastante bien sobre ciertas virtudes, como el amor del prójimo, que llama él humanidad y los humanitarios europeos filantropía; pero cae en el error de aconsejar y hasta mandar en determinados casos la venganza. Trata magistralmente de los deberes domésticos y civiles; pero ensancha excesivamente la esfera de los derechos del padre sobre los hijos y del marido sobre la esposa; reconoce como buena la poligamia, y permite en siete casos el divorcio. Establece muy buenas reglas de conducta, por ejemplo: «No hagas á otro lo que no quieras te hagan á tí.—Sé severo contigo, é indulgente con los otros.—No digas mal de nadie, ni te importe que otros digan mal de tí.—Recibe con igual tranquilidad la alabanza y el desprecio.»

Pero la sanción de esta moral es de todo punto insuficiente; porque Confucio quiere la virtud por la virtud misma. Discurre largo sobre los deberes para con el prójimo; pero toca ligeramente, y de un modo harto obscuro, los que nos ligan con Dios. No excluye la retribución; pero no establece otra que la que es premio inadecuado de la virtud en esta vida, como

(1) Voltaire osaba preferirla al Evangelio: tan grande era el odio que á J. C. tenía!

la tranquilidad del alma y la estima de los hombres honrados.

Después de esto podrémos extrañarnos de ver á este imperio sumido en el letargo de una estúpida indiferencia religiosa? La China, si queremos hablar con propiedad, no tiene verdadera religión de Estado, que tal no puede llamarse la de Confucio, fundador de una academia, no de una religión. La China tolera todos los cultos á condición de que no sean peligrosos al Estado, conservando como una institución civil el culto que desde antiguo tributa á Scian-ti, á los genios del cielo y de la tierra y á las almas de los antepasados. Muy á menudo se ve á los mismos mandarines practicar indistintamente las ceremonias tomadas de otros cultos, pero sin cuidarse, y hasta burlándose de sus dogmas; pues á hacer esto no los nueve el convencimiento, sino la costumbre, el interés ó las conveniencias sociales.

—No se podrá, añadió Zeno, decir otro tanto de aquella especie de culto con el que honran á Confucio; pues procede del convencimiento de un mérito casi superior al humano; cuenta veinticuatro siglos de existencia, es uniforme, constante y tan universal, que no hay ciudad sin templos consagrados á Confucio, ni palacio de magistrado sin una sala dedicada á su memoria, ni academia que no tenga su estatua ó imagen, ni liceo que no tenga su nombre grabado con caracteres de oro en una tablita primorosamente adornada, y ante el cual deben postrarse maestros y escolares antes y después de las lecciones. Los honores que se le tributan, son múltiples: inclinaciones profundas, recitación de composiciones poéticas, flores, perfumes,

oblación de un ciervo, telas de seda y otros dones que después se queman, y finalmente raros privilegios concedidos á toda su posterioridad, la cual, si se exceptúa la familia del Emperador, es la única nobleza hereditaria del imperio.

—A qué mortal, exclamó Astolfo, fué dado jamás ejercer tamaña influencia sobre los de su nación y recibir tantos honores de un pueblo numerosísimo y por espacio de 24 siglos?

—Esos honores, observó Elisa, tributados á un mortal, ¿no son tal vez una verdadera antropolatría, como la de los griegos y romanos que divinizaban á los hombres y los adoraban?

—Así debe parecer, respondió el Sr. Silva, á quien no se pare á penetrar el significado y la intención. La verdad es que el pueblo y los letrados honran á Confucio como á un maestro, un legislador, un santo, mas no como á un Dios; ni le dan gracias, ni de él esperan nada (1); en suma, le tienen por un hombre de un mérito superior al de los otros hombres. Es, pues, el culto que le tributan, más bien civil que religioso, semejante en la apariencia, más no en la realidad al de los griegos y romanos.

—Si es así, pregunto Elisa, por qué le ofrecen un sacrificio?

—Sacrificio sería si inmolasen el ciervo y lo quemaran en testimonio de aquel supremo dominio sobre la vida y la muerte, que es propio de solo Dios; pero los chinos distan mucho de atribuir á Confucio este divino poder; y si les pregun-

(1) Hay no obstante entre los mismos letrados quienes le creen poderoso para obtenerles del cielo gracias temporales y con esta esperanza se encomiendan á él.

táis el por qué de este rito, os responderán que queman el ciervo y demàs ofrendas á fin de impedir que se empleen en otros usos. Sin embargo, como este rito tiene todas las apariencias de verdadero sacrificio, y por tal le tienen muchos, por lo que podría ser ocasión de error y escándalo, fué prohibido por la Santa Sede; y así terminó la famosa cuestión de los ritos chinos.

—Sea de esto lo que quiera, replicó Elisa, es lamentable ver á una nación tan solícita en honrar con una especie de culto á un hombre, mientras nada se cura de lo que mira al culto del verdadero Dios y á los más sagrados intereses del hombre.

Durante estos eruditos razonamientos había sucedido la noche al día; y la ciudad y el río aparecían iluminados por infinito número de faroles. Nuestra comitiva salió al balcón á contemplar aquella nocturna escena, que por la parte del río, donde, según se dijo ya, había millares de barcas dispuestas en largas líneas paralelas, transformaba la noche en día. Elisa y Zeno se convinieron en el modo y día del próximo viaje á Pekín, pero muy ensecreto, á fin de que Astolfo y los niños, que tenían ya noticia del viaje, mas no de la causa, no vinieran en conocimiento de ella ni de la poco edificante vida que su padre llevaba en la China.

LXXVI

LA MONARQUÍA CHINA Y EL HIJO DEL CIELO

Mientras nuestros viajeros contemplaban llenos de placer el hermoso espectáculo de la ribera iluminada por millares de luces que reflejando en las aguas redoblaban su esplendor, Astolfo concentraba todo su pensamiento en la visita que al día siguiente había de hacer al Virrey; y vuelto al señor Silva, con su acostumbrado donaire le dijo: Hasta ahora no nos habéis dicho una palabra acerca de lo que á un diplomático, como yo, invitado á una audiencia por el Virrey, más interesa saber.

—Y es?

—Cuanto pertenece al organismo de este gran cuerpo ó sea el imperio chino.

—Procuraré complaceros, ya que tanto gustáis de instruiros.

Si la perfección de un todo consiste en reducir la multitud de sus partes á la mayor unidad, no hay en el mundo constitución más perfecta que la China, puesto que por un lado el número de ha-

bitantes es mayor que en ningún otro pueblo, y por otro la unidad es aquí más acabada. En la China manifiéstase mejor que en parte alguna la primitiva constitución de la sociedad y el verdadero origen del poder real. Las cien familias que según la historia dieron origen á esta nación, que aún hoy se llama el pueblo de las cien familias, eran gobernadas por un solo jefe, es decir, por un Patriarca, pues probablementeeran arroyuelos de una misma fuente, ó ramas de una misma planta. Con el crecer de las familias la sociedad patriarcal transformóse naturalmente en política, y el patriarca tomó el nombre de Rey. Pero este nombre conservó siempre en la China su verdadero y primitivo significado, y es hoy tambien sinónimo de padre; por manera que tanto vale decir Emperador, como padre del pueblo.

—Qué justa y hermosa idea, exclamó Astolfo, tienen los chinos de la soberanía!

—La deben á haber conservado mejor que otros pueblos la tradición del verdadero origen y naturaleza del poder soberano. Después de la tercera dinastía sustituyeron al título de *Vang* (rey), el de *Ti*, emperador, al cual el fundador de la dinastía de los Tsin agregó el de Hoan, augusto; por lo cual *Hoan-ti* significa augusto emperador. Pero si varió el nombre, permaneció la idea; y el soberano es siempre á los ojos de los chinos el padre, y la nación su familia. Sobre este principio tiene su base toda la filosofía moral y política de Confucio y sus discípulos, quienes perpetuando la obra de su maestro, contribuyeron á mantener levantado sobre este solidísimo fundamento el imperio más antiguo y más poblado de la tierra, un imperio

que ha podido resistir dos veces á la conquista y pasar bajo extrañas dominaciones sin alterar su forma de gobierno, ni modificar poco ni mucho su organismo.

—Sea todo lo bueno y sólido que queráis, dijo Astolfo, el fundamento del poder supremo en la China, pero ¿quién no ve que una autoridad tan absoluta fácilmente puede degenerar en despotismo y tiranía?

Previsto y prevenido fué tal peligro con un sistema de gobierno que sirve por modo admirable para impedir los abusos del poder. La autoridad del soberano no es tan absoluta que no esté limitada por un código de leyes calcado en los cinco libros canónicos, mirados como doctrina del cielo, y á los cuales ningún chino osaría contravenir. Pero lo que principalísimamente sirve de freno al Monarca es por un lado el interés, y por otro el amor engendrado por la idea de la paternidad y que le hace mirar y amar á los sùbditos como á hijos. Por esto es que los casos de tiranía fueron en la China más raros que en otros reinos ó imperios de la gentilidad. El amor paternal no hace distinción entre los hijos; por esto el Emperador no la hace tampoco entre sus súbditos, los cuales aunque sean de obscuro nacimiento y de pobrísima condición, pueden al par que los otros elevarse á las primeras dignidades del Estado; mientras los hijos de padre ilustre, si en vez de cultivar los estudios, se abandonan al ocio, descienden á la condición plebeya y á menudo se ven precisados á ejercer los más bajos ministerios. En la China no hay dignidades ni empleos hereditarios; y la misma nobleza, si se exceptúa la de la familia imperial y la de los descendientes de

Confucio, no se transmite con la sangre, sino que se adquiere á poder de ingenio, de saber y de virtud.

—Y de buenas monedas de oro también, añadió Astolfo. Así al menos se practica en ciertos paises, que no quiero nombrar, donde los títulos de nobleza se sacan á subasta y danse al mejor postor.

—Es demasiado cierto, respondió el Sr. Silva: la corrupción de los empleados y la venta de los empleos es hoy un cáncer que va corroyendo este gran cuerpo del imperio celeste; pero esto es culpa de las personas, no de la institución, de la cual solamente me propongo hablaros.

—Tenéis razón; perdonadme el que os haya interrumpido.

—Volviendo á nuestro propósito, en la China, como dije, no hay otro mérito que el mérito personal. Cada uno debe ser, según suele decirse, hijo de sus obras y artífice de su fortuna. No hay tampoco heredero necesario de la corona; el Monarca puede, haciendo caso omiso del primogénito, trasferirla á otro hijo más digno, y también á uno de sus súbditos, cuando el bien público lo reclama: Esto hizo el monarca *Yao*, que á su propio hijo prefirió al sabio y virtuoso labrador *Ciun*; y éste á su vez dejó al morir la corona á otro labrador, llamado *Yu*, que con sus callosas manos rigió admirablemente el cetro y añadió brillo al trono y bienandanza al imperio.

—Oh benditos Cincinatos de la China, exclamó Astolfo, que dieron al mundo tan bello ejemplo de abnegación!

—Si el Emperador puede desheredar á su primogénito, puede también despojar de los títulos, dignidades y rentas á los otros príncipes de la sangre que con sus malas costumbres deslustraren el brillo de

su cuna; dejándoles á duras penas el cinturón rojo, distintivo de la familia imperial, y una modesta pensión. Puede conceder á su talante empleos y dignidades; pero es muy raro el uso de tal prerrogativa. Ordinariamente hace que recaiga la elección sobre los que fueron juzgados dignos por el supremo tribunal de los Mandarines. Los mismos príncipes de la sangre no pueden sin el beneplácito de éstos usar de títulos y privilegios propios de la familia imperial.

—Y cuáles son? Preguntó Astolfo.

—Además de la nobleza de príncipes, común á todos, son á menudo condecorados con otros títulos, que corresponden á los vuestros de Duque, Marqués, Conde, Vizconde y Barón, y de los cuales participan también aquellos Grandes del imperio que casan con hijas del Emperador, y aquellos personajes que más se distinguieron por sus servicios á la patria. Cada uno de éstos percibe de la Real Cámara una dotación correspondiente á su grado, un palacio y servidores y el privilegio de llevar el cinturón rojo. que le concilia el respeto del pueblo, pero no tiene participación en el gobierno ni autoridad alguna, á no ser que sea nombrado por el Emperador para desempeñar algún cargo público. El crecido número de estos príncipes hace que no pudiendo el Emperador pensionarlos á todos, muchos tengan que vivir con una economía rayana á la miseria. El viajero Magalhaes asevera haber conocido á un descendiente de la dinastía anterior, venido á tanta estrechez, que se ganaba el sustento ejerciendo el oficio de mozo de cuerda.

—Pobrecito! exclamó Astolfo con cierto sentimiento de compasión; pero á lo menos tuvo la rara suerte de poder salvar la piel. Ahora decidme: Su

Majestad celeste, que Dios guarde por espacio de *diez mil años!* tiene buena *lista civil*?

—En su mano está el tenerla como le venga en talante.

—Malo, muy malo!

—Pero advertid que, fuera del caso de necesidad extrema, no se atreve á *limpiar* con pesados tributos los bolsillos de sus hijos, como hacen vuestros liberalísimos y filantrópicos gobiernos de Europa.

—Si él no lo hace, lo harán los Mandarines..... Pero lo que yo deseo conocer es el sistema de impuestos que se usa en la China. Ante todo, cómo se pagan aquí los impuestos?

—Una pequeña parte págase en dinero y la mayor en productos del suelo, lo cual es muy útil á los pequeños propietarios.

—Sobre quién pesan los tributos?

—Sobre los terratenientes.

—Y el que solo posee casas?

—No paga.

—Y el que vive del trabajo, como el artesano?

—Tampoco paga.

—Oh qué bien! Y se tiene en Europa el valor de considerar el gobierno chino como la personificación del despotismo, mientras nuestros gobiernos á fuerza de tributos ni dejan pan que comer á los desdichados obreros y labradores! Cómo se regulan los impuestos?

—En razón de la extensión y fertilidad de las tierras.

—Y si un año es muy escasa la cosecha?

En tal caso las tierras azotadas por alguna calamidad son exentadas de pagar contribución. Pero hay más; el Emperador acostumbra cada año eximir de impuestos á una ó dos provincias.

—Viva el Emperador de la China! exclamó Astolfo. Oh si tuviera imitadores entre nosotros! Otra pregunta, señor Silva. Si los contribuyentes no pagan, el Gobierno les confisca los bienes, como se acostumbra entre nosotros?

—No permita el cielo que el padre del pueblo despoje de la propiedad á sus hijos!

—Sin embargo, será necesario que los hijos paguen.

—Verdad; y los Mandarines recaudadores de los tributos les persuaden al cumplimiento de este deber filial con exhortaciones, amenazas, y cuando esto no basta, con el persuasivo argumento de un buen número de golpes dados con fuertes varas de bambú; ó se les impone la carga de mantener á los ancianos pobres, que en cada ciudad son mantenidos á expensas del Gobierno.

—Estando, como está, tan poblada la China, entrarán cada año ríos de oro en el tesoro imperial?

—Os engañáis: la mayor suma que de las contribuciones se percibe, queda en cada provincia y sirve para mantener á los ancianos abandonados, á los inválidos, empleados y milicias, y también para la conservación y reparación de los edificios públicos, carreteras, puentes, etc., por manera que á Pekín no llega más que el sobrante. Si alguna provincia no puede á causa de una calamidad cubrir sus gastos, los suple el tesoro imperial. Y como es propio de un padre hacer suyas las desgracias de sus hijos, el Emperador enciérrase en su palacio, examina su conducta, abstiénese de placeres (por lo menos así se dice; y el decirlo es establecer el principio), y ayuna con el fin de aplacar la cólera del cielo. Manda después publicar una proclama en la que se echa á sí mismo, de un modo dubitativo, la causa de los ma-

les públicos, promete mejorar su vida y su administración, y emplea un lenguaje todo paternal, diciendo que él lleva en el corazón á los desgraciados, que llora día y noche su desgracia, que sus pensamientos todos y todos sus esfuerzos se encaminarán á socorrer su desgracia, y otras expresiones parecidas.

—Pluguiese á Dios, exclamó Astolfo, que nuestros gobiernos imitaran en esto al chino y aligerasen á las provincias azotadas por públicas calamidades el gravámen que pesa sobre ellas. Que cuanto á reconocer en dichas calamidades un castigo del cielo y echarse la culpa y hacer penitencia para aplacar la ira divina, cosas son que no les caben en la cabeza á nuestros honorables señores, y si un buen Jeremías se lo recordase, le mandarían á un manicomio.

—Y sin embargo, añadió el Sr. Silva, cuánta parte no tienen en los pecados del pueblo y en los castigos de Dios.

Pero dejémosles donde están y volvamos al hijo del Cielo. El, según las máximas chinas, debe, cual padre de familia, ocuparse en todo lo que pertenece al bien de la nación, de la cual es padre. «Para qué, dicen los chinos, le ha puesto el cielo sobre nosotros? No es tal vez para que haga con nosotros el oficio de padre y madre?»

El espectáculo de un rey que reina y no gobierna; que tiene las ventajas de la soberanía, mas no las cargas; la dignidad, más no la autoridad, es á sus ojos una cosa tan rara, tan extraña y tan ridícula, que les hace prorrumpir en estrepitosas risotadas.

Rían á su sabor, dijo Astolfo, que ya sentirán apagarse la risa en sus labios cuando el Padre de la nación se olvide de su paternidad.

—Es más difícil que se olvide un Emperador de

la China, que vuestros ministros, quienes seguros de tener que dejar pronto la poltrona, más atienden al bien propio que al público; más se curan de los intereses de su partido que de los de la nación. Qué vale hoy el mérito personal? ¿qué importa ser bueno y valeroso ciudadano? Lo que interesa para llegar al poder es ser un gran fracmasón.

—Demasiado cierto es; y de esto precisamente se lamenta el pueblo.

—Laméntese cuanto quiera, dicen los sectarios; pero que pague.

—Pero está ya cansado de pagar y de sufrir y amenaza....

—Oh, el remedio está pronto. Los ministros responsables dimiten.

—Y buenas noches, añadió Astolfo. Retíranse repletos y contentos como una Pascua, esperando siempre el momento de que les vuelva á caer la sopa sobre la boca. ¡Sangre de Baco! es ya hora de acabar con tal farsa.

—Antes la farsa comienza con el nuevo ministerio, puesto á guisa de emplasto sobre las llagas de la nación, porque, más ó menos, siempre consta de elementos sectarios. Y quién no conoce las mañas de esta gente? Ella vende, como un saltinbanquis, ampulosas palabras, y se embolsa flamantes monedas; halaga al pueblo *soberano*, y lindamente le aligera el bolsillo, lo despluma lo pela y lo desangra, que es una lástima; y cuando el pobrecito está hecho un esqueleto, se arrodilla delante de él, é irónicamente le saluda diciendo: *Ave Rex*.

—Y el necio pueblo lo cree! Oh témpora, oh mores!

—No así en la China, prosiguió el señor Silva. Aquí el Emperador hace suyo el bien del imperio.

—Cierto, si él tuviera siempre entrañas de padre; pero yo tengo mis dudas, caro señor Silva....

—Suponed que él no siempre tiene razón de padre, le obliga sin embargo á mostrarse tal su propio interés dinástico; que difícilmente podría transmitir á los suyos la corona, si faltase á la ley fundamental del imperio, que es la de la paternidad. Las leyes dan á los mandarines, que son numerosos y omnipotentes, el derecho de amonestarle en forma de súplica y con los términos más respetuosos. Si él desprecia sus advertencias, y se enoja contra los que se las hicieron, es hombre perdido en la estimación del pueblo, el cual en este caso no se cansa de ensalzar el patriotismo de quien no dudó anteponer al favor del príncipe el bien de la nación. La historia china está llena de tales ejemplos.

—Os agradecería me refiriérais alguno.

—Hubo, tres siglos há, un Emperador, llamado Vanlié, el cual proyectaba transferir la corona, en perjuicio del primogénito, á un hijo nacido de la segunda esposa de la cual estaba perdidamente enamorado. Tenido que hubieron noticia de semejante designio los Colegios de letrados, es indecible cuantos memoriales llenos de respetuosas pero enérgicas representaciones hicieron llegar á las manos del Emperador. Irritóse grandemente éste, é hizo descargar su ira sobre los autores de los memoriales, condenándolos á varias penas. Creéis que los otros se asustaron? No por cierto; apresuráronse á elevar al trono sus representaciones, por lo cual el Emperador, más irritado que antes, castigó á los segundos con más rigor que á los primeros. A los segundos imitaron otros; y el Emperador, ciego de cólera, desterró á unos, degradó á otros, y hubo al-

gunos á quienes hizo azotar públicamente. Entonces todos los Mandarines acudieron reunidos al palacio pidiendo al Emperador que obedeciese á las leyes, ó que aceptase su renuncia á todo empleo público. Esta firmeza les valio el triunfo; y lo que no había podido el amor á la justicia lo recabó el temor á una revolución.

—Bravo! bien por aquellos letrados! exclamó Astolfo en su entusiasmo.

—Los Mandarines forman también el tribunal de los Censores y tienen á gloria desafiar la ira de los Grandes y del mismo Soberano para no faltar á su deber. En tiempo del emperador Sei-hoangti, enemigo acérrimo de los letrados, escribió uno de estos un folleto en que pintaba su vida con los más negros colores. Túvolo el Emperador en las manos, y fué tan grande su furor, que juró tomar ruidosísima venganza. Mandó, pues, emisarios á las casas de los letrados para que les preguntasen si tenían acerca del Soberano la misma opinión que el autor del folleto. Cosa verdaderamente inaudita! Cuatrocientos sesenta letrados respondieron animosamente que sí; y todos fueron muertos con bárbaros suplicios.

—Oh heroismo, exclamó Astolfo, el de estos Catones chinos, tanto más admirables que el nuestro, cuanto que debían por amor á la verdad y á la justicia poner en riesgo su vida!

—Si tal vez, continuó el señor Silva, cuesta cara á los letrados, sobre todo á los Censores la libertad de manifestar las manchas del *sol del cielo* es decir, del Emperador, las más de las veces sirve á maravilla para hacerle más circunspecto en sus fallos y para traerle al recto camino. Al tribunal de

los Censores añádese el de los historiadores, quienes tienen el deber de escribir día por día cuanto de memorable sucede en el imperio. Estas actas en las cuales un mal Emperador ve, como en un espejo, los desaciertos de su gobierno, no son del dominio público hasta después de su muerte; pero si él estima en algo su reputación halla en ellasun freno que le impide extralimitarse en el ejercicio de se autoridad.

Proporcionado á la grandeza de su dignidad es el respeto, y aun diré la adoración de que es objeto. El pueblo le llama *hijo del cielo*, *Augusto emperador*, *sol del cielo* etc. Pero cuando él habla de sí mismo, no hace gala de estos títulos; sino que dice sencillamente *ngo*, yo. A los ojos de los chinos es una especie de divinidad: sus palabras son tenidas como oráculos; sus órdenes puntualmente ejecutadas; su persona, su trono, su corona, su nombre, y hasta su real manto, su cinturón y, en suma, cuanto le pertenece, todo es para sus súbditos objeto de veneración. Todo chino está obligado á postrarse varias veces ante estas insignias imperiales; que ver la cara del *sol del cielo* á muy pocos es dado. Quien tiene tanta ventura, no le habla sino arrodillado, siquiera esté unido á él por los vínculos de un próximo parentesco, ú ocupe elevadísimo puesto. Los que son admitidos á su presencia, tienen que sujetarse á un ceremonial largo y fastidioso, regulado por la imperiosa voz del maestro de ceremonias de la corte, el cual, á guisa de un general de armada ordena todos los movimientos. El ceremonial prescribe, entre otras cosas, que se atraviese la sala de audiencia con paso rápido y gentil hasta llegar al fondo donde se descubre el salón del trono. Lle-

gado allí el afortunado mortal, se detiene, quedando inmóvil y derecho como un huso. Después á una orden del maestro de ceremonias que grita:—rodillas y frente en tierra—póstrase, levántase, vuelve á postrarse, y así varias veces sin interrupción, aguardando la orden de avanzar y poder, por fin, arrodillarse á los piés de su Majestad celeste.

—Estos chinos, dijo el festivo Astolfo, deben de tener la espina dorsal más elástica que nosotros; de otra suerte deberían ser todos gibosos. Sus rodillas, creo yo, tendrán callo como las de camello.

—Tenéis razón, dijo riendo el señor Silva. Ellos suelen arrodillarse ante todas las autoridades, porque todas representan la autoridad del Emperador.

—Y ahora que los chinos han aprendido el camino de Europa, y van á visitarnos en nuestra propia casa, qué dirán de los europeos, que tantas veces se burlan de los magistrados y asesinan á los Reyes?

—Dicen que son un pueblo bárbaro, feroz, ingobernable.

—Gracias por el cumplido!

—La culpa de lo que en Europa sucede, es de los gobiernos, que abdicaron su autoridad abandonándola en manos de hombres que la arrojan al fango de las calles y las plazas para que sea pisada por la canalla. En la China por el contrario, se procura conservarla rodeada de su prístino esplendor y de la fuerza moral que tanto necesita,

—El Emperador, preguntó Astolfo, sale, alguna vez de su palacio? .

—Muy rara vez; y cuando sale, va encerrado en su palanquín y acompañado de numeroso y brillante cortejo. Si quiere solazarse, no necesita salir

de su palacio, pues este semeja una gran ciudad: tantas son las galerías, pórticos, jardines, bosques, estanques, pomares y risueños collados contenidos dentro de una cerca que se extiende muchas millas en derredor.

Cuando el Emperador enferma, los mandarines corren al palacio, no solo para enterarse, como entre vosotros se acostumbra, de la salud del augusto enfermo, sino también para pasar allí los días y las noches en testimonio de dolor, y para pedir al cielo la curación de Su Majestad.

Si el Soberano llega á morir, son indescriptibles las demostraciones de luto que se hacen en todo el imperio. Por todas partes se grita *¡Pung!* que quiere decir—ha caido la montaña; ó también *Ping-tien*—ha entrado un nuevo huésped en el cielo;—que tales son las bellas y poéticas expresiones con que se anuncia la muerte del monarca.

Me agrada sobre manera, dijo chanceándose Astolfo, aquel *Pung*, que tiene un sonido análogo al de nuestro *Pum!...* con que significamos el estruendo del cañón, el reventar de una mina y el estampido del trueno. Pero me guardaré de pronunciarlo, para no alarmar á los chinos haciéndoles creer que ha caido la montaña; *que Dios guarde diez mil años*. Pero decidme por favor, señor Silva, ¿no será posible adquirir una fotografía del hijo del cielo para ver que mono le ha hecho la naturaleza?

—¡Una fotografía del Emperador de la China respondió riendo el señor Silva! Os parece que se puede fotografiar á quien no se deja ver? Cuando el Emperador sale, cosa que rara vez sucede, á su paso las calles quedan desiertas, ciérranse las puertas, ventanas y tiendas, y ¡guay del que asoma la cabeza! Y si algún

viandante se encuentra con el cortejo imperial, debe volverle al momento la espalda, ó echarse en tierra boca abajo para no verse tentado á dirigir su mirada á las cortinas que velan el rostro del sol del cielo.

—Habéis visto como viste el Emperador?

—No tuve tanta ventura; pero sé que lleva encima una ámplia y rozagante vestidura de raso, adornada con dragoncillos bordados en oro, que tienen cinco uñas en cada pié. En la parte anterior campean dos grandes dragones con las colas unidas y en actitud de disputarse con los dientes y las uñas la posesión de una perla bellísima que semeja bajar del cielo. Sobre el pecho lleva bordada con seda y oro, una peregrina ave, llamada pájaro del sol, la cual dicen los chinos que aparece en las tierras del imperio con intérvalos de siglos.

Siéntase con gran majestad en un trono de oro, cuajado de piedras preciosas y tan elevado, que para hablar á Su Majestad es menester subir no sé cuantos escalones. Un embajador europeo, fuera por casualidad ó por malicia de los mandarines que hicieron colocar con cierto artificio la alfombra, tropezó y cayó: pues bien, pronto la Gaceta de Pekín publicaba en todo el imperio que el Embajador herido por la majestad del hijo del cielo, «habíase postrado hasta tocar el suelo con la frente», ceremonia con la que jamás quisieron conformarse los embajadores europeos.

LXXVIII.

ORGANISMO DEL IMPERIO CELESTE

—Acerca del Emperador, dijo Astolfo, me habéis hablado bastante, ahora os ruego, si no os es molesto, me déis una ligera noticia de las ruedas de esta gran máquina puesta en movimiento por la mano de un solo hombre.

—Estoy pronto á complaceros. En una monarquía absoluta, como ésta, la suma de los tres poderes, legislativo, administrativo y judicial, concéntranse toda en el Soberano; pero ayúdanle en el ejercicio de ellos dos consejos y seis supremos tribunales, ó ministerios, que residen en el palacio imperial, y cuya autoridad extiéndese á todas las provincias del imperio. En cuanto á los tribunales supremos el primero denomínase *Li pu*, que significa tribunal de magistrados porque tiene el deber de presentar al Emperador la nota de aquellos letrados que habiendo dado muestras de probidad y alcanzado á poder de ingenio y de saber el grado de licenciados ó doctores, hiciéronse dignos de ser promovidos á los gobiernos y magistraturas del imperio. Vela también sobre la conducta de los mismos, examina sus actos y sus buenas

ó malas cualidades, y da cuenta al Emperador, el cual en vista de estos informes, los eleva ó los degrada.

—Admirable institución! exclamó Astolfo. Por qué no se introduce en nuestra Europa? En nuestros gobiernos cada ministro que llega al poder lleva en pos de sí una ingente turba de ambiciosos que codician los cargos públicos, y las más de las veces no tienen otro mérito para desempeñarlos que el de pertenecer á la misma secta, ó fracción política del ministro ó de haberse arrastrado largo tiempo á sus piés y haberle prodigado el incienso de la adulación. Miserables!

—El señor Silva rióse de este juvenil desahogo de un corazón justamente indignado á la vista de tantas bajezas y continuó:—El *favoritismo* (permitidme esta palabra que es necesario introducir en el diccionario) va entrando también en el sistema chino y amenaza corromper la bella institución de que os hablo, pero es una excepción, mientras que en vuestros sistemas es la regla; así es que entre vosotros el mal es crónico é incurable. Los demás tribunales tienen poco más ó menos las mismas atribuciones que vuestros ministerios de Europa. Existen además el tribunal de los censores, del cual ya os hablé, el de los matemáticos y astrónomos, de los médicos, de los historiadores, de la policía, la academia literaria de los *Hanliu*, y otras instituciones que sería prolijo enumerar.

—Cuál es, preguntó Astolfo, la división de las provincias y de los territorios?

—El imperio comprende 18 provincias, y cada provincia varias regiones que abrazan ciudades de primero, segundo y tercer orden; las regiones subdivídense en distritos y cada ciudad tiene su mandarín

que la gobierna con el título de Prefecto, Subprefecto, Síndico, según la mayor ó menor importancia de la misma. Todo el que es nombrado para un gobierno, recibe, al salir á tomar posesión de él, una exacta carta topográfica de todos los lugares sujetos á su jurisdicción con todo cuanto le importa saber; y los mandarines mayores reciben un Atlas chino en el que se representan los lugares con sus distancias, el número y grandor de las ciudades, su población, las fortalezas, guarniciones, palacios reales, monumentos, tributos, minas, salinas, en suma, cuanto puede servir á cada uno de ellos para conocer y administrar bien la cosa pública dentro de los límites de su propia jurisdicción.

—Aunque poco se me alcanza de achaque de política, pues aun no entré en la vida pública, paréceme, no obstante, bien ordenado este mecanismo gubernativo.

—Y lo es, en efecto, tanto que si se observaran las leyes y los mandarines fuesen menos esclavos del interés, sería la China el país más feliz del mundo. Las leyes son en extremo rigurosas con los empleados públicos que oprimen al pueblo y con los magistrados que comercian con la justicia; pero su malicia es tan ingeniosa, que las más de las veces encuentran medios de eludir la ley y cometer impunemente toda suerte de vejaciones.

—Y cuando no pueden ocultar el delito?

—Entonces guay de ellos! no conservan mucho tiempo la cabeza sobre el cuello,

—Entre nosotros se tendería encima un velo para no causar escándalo; ó, cuando más, se le diría al oído al ministro concusionario: buscad un pretexto para retiraros con *honor*.

—Pero las leyes chinas, amigo mío, tienden no solo á castigar, sino también á prevenir, en cuanto to es posible, la corrupción y venalidad de los mandarines y su mal gobierno, imputándoles la culpa de las quejas del pueblo y de los tumultos y rebeliones populares; pues debiendo ser ellos para con el pueblo cariñosos y solícitos padres, se presume que si la paz es turbada, lo es por causa de ellos. Prohibe la ley que se confíe el gobierno de una provincia ó ciudad á un mandarín natural de ella. Prohibe también que se deje mucho tiempo á un gobernador en un mismo lugar, y no le permite casarse allí, ni adquirir casa ni tierras durante el tiempo de su gobierno. En esta parte llega la delicadeza hasta el punto de prohibir que dos hermanos ó parientes próximos ejerzan en un mismo lugar empléos públicos dependientes el uno del otro.

—Sapientísimas leyes; exclamó Astolfo, excelentes precauciones!

—No es esto solo. Cada tres años son residenciados todos los mandarines del imperio, debiendo cada mandarín superior dar cuenta de sus subalternos á los supremos tribunales, los cuales reunidas las notas de los mandarines de cada provincia, las envían al Virrey para que, convocado el Consejo provincial, dé acerca de ellas su parecer. De este modo se conoce en la capital el gobierno bueno ó malo de cada mandarín; y se le promueve, ó se le destituye ó castiga con otras penas, publicándose los nombres de los mandarines premiados ó castigados en la Gaceta de Pekín, ó Gaceta oficial que recorre todo el imperio (1).

(1) Es la más antígua Gaceta del mundo, y publica cuanto dice relación al gobierno, leyes, decretos, sentencias de tribuna-

—Oh si también entre nosotros, exclamó Astolfo, hicieran este buen servicio las Gacetas oficiales! Si entre nosotros hubiera la buena usanza de cardar cada tres años las *buenas lanas* que nos gobiernan, en cuántos nudos tropezaría el peine! Por lo menos debiérase residenciar á los ministros cuando dejan el cargo; de otra suerte todo se reduce á bajar del palco á la platea con la esperanza y casi certeza de volver pronto á la escena á burlarse nuevamente del respetable público.

—La legislación china avanza más: dispone también que de tiempo en tiempo sean visitadas las provincias por inspectores generales á fin de conocer mejor el estado de las cosas y la conducta de los empleados. Estos inspectores, elegidos entre los primeros y más acreditados mandarines, llegan las más de las veces de improviso, á menudo disfrazados, espían la conducta de los gobernadores y magistrados, introduciéndose en las salas de audiencia, presencian las discusiones, confúndense entre el pueblo y están siempre con el oído atento á lo que se dice en la ciudad sobre la administración pública, y de todo dan cuenta detallada al tribunal *Li-pu* y por su conducto al Emperador. Si la mala administración de un mandarín, ó la infidelidad de un magistrado cualquiera es tan notoria y escandalosa, que demanda pronta reparación, entonces el inspector sin esperar las órdenes de la corte hace uso de sus plenos poderes, y dándose á conocer, destituye al culpable, le degrada

---

les, estadísticas económicas, civiles y criminales, hechos notables promociones y degradaciones: elogios y censuras de los mandarines, etc. He aquí una muestra: (El mandarín A (y le nombra) convicto de infidelidad en los tributos es por orden soberana destituido de su empleo y despojado de su dignidad.

y hace poner en la cárcel. Facilita grandemente á los inspectores el desempeño de su cargo la ley que obliga á todo mandarín á dejar en los archivos públicos un documento escrito de su mano en que anota día por día todos los negocios que despacha.

—Hermosa, dijo Astolfo, magnífica institución la de los inspectores, que convendría introducir en nuestros paises! Ahora decidme: tienen los mandarines grande influencia sobre el pueblo?

—Inmensa. Un simple mandarín puede gobernar á un pueblo innumerable. Expide un decreto firmado de su mano y robustecido con su sello, y es sin demora obedecido: tan cierto es que la sola sombra de la autoridad imperial, derivada del concepto de paternidad, obra con fuerza irresistible sobre el pueblo chino! Pero por grande que sea la autoridad de un mandarín, no conserva largo tiempo su empleo, si el pueblo no le juzga magistrado diligente y honrado. La buena reputación le conquista no solo los elogios de la Gaceta oficial y de sus superiores, y por ende la promoción á más elevado grado, sino también las más honoríficas demostraciones populares que son un verdadero triunfo de la virtud y la justicia. Cuando terminado el tiempo de su gobierno, sale de la ciudad ó provincia que gobernaba, todos los pueblos sujetos á su jurisdicción levantan á su paso, cada dos ó tres leguas, una especie de altar cubierto con un mantel de seda sobre el cual hay velas de cera, perfumes, manjares, licores y fruta, y en una mesa próxima té y vino. Al llegar el mandarín póstranse todos y tocan el suelo con la frente; quién llora y se aflige; quién finge llorar, y algunos invítanle á bajar para recibir los testimonios de su reconocimiento. Pero lo más bello de ver es cuando los

magnates del pueblo adelantándose y haciendo una profunda inclinación, le descalzan y en nombre del pueblo le ofrecen, como muestra de gratitud, un calzado nuevo, conservando como preciosa reliquia el que antes había usado. Este es suspendido á las puertas de la ciudad, para memoria de su buen gobierno; por manera que cualquier forastero, por el número de estas condecoraciones de nuevo género, puede saber cuantos gobernadores dignos de la pública estimación y de reconocimiento tuvo cada Ciudad.

—Magnífica invención! exclamó Astolfo desperecido de risa, laudabilísima costumbre! Por qué entre nosotros en vez de condecoraciones pendientes del cuello ó del pecho, no se regala á los beneméritos un par de zapatos nuevos y lustrosos, suspendiendo los usados por ellos de las puertas de la ciudad? Qué bella y edificante condecoración no sería esta?

Las homércas risotadas de Astolfo atrajeron la atención de Elisa y de Zeno que estaban hablando del viaje á Pekín, y la de los dos niños que hasta entonces habían estado entretenidos con Perrier oyéndole hablar de tempestades, de tifones y de batallas.

—Por qué te ríes? preguntó Blanca á su hermano. Qué cuenta el Sr. Silva? Quiero oirlo también yo.

—Y yo, añadió Patricio: y ambos se acercaron al señor Silva.

—Si..... ahora que se acabó la comedia! repuso Astolfo.

—Por qué te ríes así? Preguntó Elisa.

—Ah mamá, si supieras como se reconoce y premia en la China el mérito de un mandarín gobernador.....

—Cómo?

—Le despojan de su calzado y luego le calzan uno nuevo que el público le regala.

Elisa sonrióse al oir tan nueva y extraña manera de honrar el mérito; y el Sr. Silva, que gozaba viendo alegres á sus compañeros, añadió: – El pueblo chino tiene además otro modo, no menos singular que éste, de manifestar su estima y sincera gratitud á un mandarín que se haya distinguido ó por su amor á la justicia, ó por su celo en procurar el bien público. Los letrados mandan confeccionar de cien y cien retales cuadrados de diferentes colores un traje de mandarín, y el día del cumpleaños del magistrado se lo llevan con gran pompa, precedidos de músicos y seguidos del pueblo. Llegado el cortejo á la sala del tribunal, los letrados ruegan al mandarín que se digne bajar. El accede á los ruegos del pueblo; más al ver, el altísimo honor que se le quiere dispensar, opone una ceremoniosa resistencia, protestando ser indigno de tamaña distinción. Sin embargo, para complacer al pueblo, finge ceder, á despecho de todas las repugnancias de su modestia, y permite que le despojen del vestido que lleva, y le pongan el que los letrados le regalan.

—Altísimo honor, exclamó riendo Astolfo, un vestido de arlequín! Es cosa verdaderamente bufa.

– Bufa en Europa, séria y gravísima en la China, donde la variedad de los retales y colores, según las ideas chinas, representa todas las naciones que usan trajes diversos, y significa además que el Mandarín es mirado como el padre del pueblo á quien gobierna. Y por esto es que á tal vestido se da el nombre de *Vansiuí*, que significa *traje de todas las naciones*. Es de advertir que el Mandarín lo pone solo en esta ocasión; pero consérvalo cuidadosamente en la familia, como prenda de singular distinción y honor; y el Virrey, á quien inmediatamente dáse noticia

de esto, lo pone á veces en conocimiento de los tribunales supremos.

—Así, añadió Elisa, lo que en Europa se tomaría á burla, en la China es un envidiable honor: tan diferentes son nuestras costumbres de las suyas! Pero señores míos, es ya tarde, los niños se caen de sueño; yo me retiro.

Levantáronse todos chanceándose y riéndose á costa de los zapatos y del traje de arlequín; y al darse las buenas noches, dijo Zeno á Astolfo y á Perrier:—Madrugad, que la audiencia, como sabéis, está señalada para las ocho de la mañana. El corazón, que á menudo es présago de lo futuro, me promete de esta audiencia muy buenas cosas. El corazón de Zeno, como luego veremos, no le engañaba.

LXXIX.

LA AUDIENCIA DADA POR EL VIRREY

El día siguiente, al sonar las ocho de la mañana, Zeno, Astolfo y Perrier acompañados del cónsul inglés, entraban en el palacio del Virrey de Cantón, donde fueron honoríficamente recibidos por el mandarín *Li*. Nuestra pequeña comitiva subió por una escalera de mármol á la sala de respeto, donde el Virrey recibió solamente á los magistrados y á los amigos. Por una ventana, que por casualidad estaba abierta, pudo nuestra comitiva lanzar una profana mirada al santuario de Su Excelencia, esto es, al último patio y jardines á los cuales daban las habitaciones del Virrey y su familia. Pero fué cosa de algunos instantes; pues el mandarín *Li*, notado que hubo aquella profanación, se apresuró á cerrar la ventana á vista de los ilustres huéspedes. Por lo cual Astolfo no pudo menos de reirse por lo bajo, y dijo á Zeno en italiano para no ser entendido:—Qué clausura!—Y Zeno añadió: Para hacer, si no alegre, siquiera menos triste la soledad de las damas chinas, no hay familia algo acomodada en la China que no tenga su quinta ó un jardincito, donde las mujeres puedan pasear á su sabor, cultivar las flores, y....

—Y dar caza á las mariposas, añadió chanceándose Astolfo.

En esto se oyó ruido de pasos, y apareció el Virrey rodeado de su noble corte. El mandarín *Li* se postró; nuestros viajeros se contentaron con ponerse en pié y hacer una profunda inclinación; que los europeos tienen la espina dorsal tan rígida que no les permite inclinarse hasta tocar el suelo ante un mandarín. El Virrey entró en la sala con aire de majestad, pero sin el aparato que despliega en las audiencias públicas. Era hombre de edad madura y estatura más que mediana, frente espaciosa, nariz pequeña pero no roma, barba rala y rígida, ojos vivos y expresivos y una mirada entre severa y benigna. Su Excelencia correspondió al saludo de nuestros viajeros con una ligera inclinación de cabeza, tomó asiento en medio de la sala é invitóles á sentarse en su presencia, distinción que es considerada como un singular favor. Vuelto después al Cónsul le preguntó:—Son estos los extranjeros que por mediación vuestra me pidieron audiencia, y de quienes me habla en su despacho el gobernador de Hong-Kong?

—Estos son, Excelentísimo Señor.

—Pero en el referido despacho hacíase también mención de una noble dama.....

—Sí; más ella respetando las costumbres chinas, juzgó que debía quedarse en casa.

Oh sí, respondió sonriendo el Virrey, ella obra cuerdamente y yo no puedo menos de alabarla. Dirigiéndose después á nuestros viajeros, les preguntó por medio del Cónsul, que servía de intérprete, por su *preciosa* salud y quiso saber su *honrada* profesión y la *ilustre* patria de cada uno. Entrando después en materia dijo:—Recibí antes de ayer un despacho del

gobernador de Hong-Kong en el que me da conocimiento de un pirata que después de haberse apoderado de la rica herencia de un huerfanito, súbdito inglés, y atentado varias veces contra la vida del protector del niño huérfano, sustrayéndose á las pesquisas de la policía inglesa, ha venido á refugiarse en nuestras tierras. Pero otro despacho recibido ayer tarde del mandarín Ning-po me mueve á creer que el pirata no desembarcó en nuestros puertos, sino que en unión de otros piratas recorre nuestros mares. Aquí se interrumpió é hizo seña á uno de los mandarines que estaban á su lado, que le diese un libro de notas del juez de lo criminal, que había llevado consigo, y tomándolo en las manos, recorrió algunas páginas; después teniendo delante de sí el libro abierto, añadió con una sonrisa que revelaba una gran satisfacción:—El pirata de que se trata, debe ser, si no me engaño, el mismo que há cinco años, capitaneó varios navíos y saqueó no pocas aldeas de nuestras provincias meridionales Las señas que encuentro en estos despachos, le cuadran á maravilla.

Quiso después oir de nuestros viajeros todas las noticias que tuvieran acerca de Maroto, y confrontàndolas con lo que veía escrito en el libro negro, se confirmó más y más en su opinión sobre la identidad de la persona.—Una sola diferencia, dijo él, noto aquí, y es la del nombre; más no es maravilla, que esta mala gente lo cambia más veces que el calzado. Según las relaciones de los mandarines de Hainan y de las costas meridionales, él es conocido por el nombre de Cao-ci; el de Maroto le fué dado, creo yo, por los portugueses de Malaca.

—Ambos le cuadran perfectamente, añadió Zeno sonriendo.

—Pero vos, repuso el Virrey, sabéis su verdadero nombre?

—Es para nosotros un misterio; pero sabemos por confesión de uno de sus satélites, caido en nuestro poder, precisamente en la provincia de Malaca, que él se llamaba Pérez y se hacía pasar por portugués. Nosotros, sin embargo, continuamos designándole con el nombre de Maroto, que á maravilla le conviene.

Yo encuéntrole aquí anotado con el nombre de Bala bás.—En efecto, el juez de lo criminal había escrito así, en lugar de Barrabás, porque los chinos no tienen la consonante rr y pronuncian las sílabas con separación. Nuestros viajeros á duras penas contuvieron la risa, y Zeno dijo: —Yo creo, Señor: que este nombre es también supositicio y que le fué aplicado por los cristianos, quienes llaman Barrabás á cualquier hombre malvado.

—Puede ser, respondió el Virrey; pero él no es cristiano; antes aborrece de muerte á los cristianos, tanto que cuando caen en su poder, goza atormentándolos y haciéndoles morir en medio de los más refinados martirios. Diz que es mestizo, pero no consta si es judío ó mahometano.

Nuestros viajeros miráronse con cierto aire de extrañeza, y Zeno exclamó: Su cara era ciertamente de judío; no me es difícil creer que corra por sus venas sangre de los que crucificaron á Jesucristo. Espero, sin embargo, de la justicia del Gobierno imperial que no dejará impune á un malvado que no una muerte sino mil muertes merece.

—Impune? Entregádmele, y veréis cuanto tiempo conserva la cabeza sobre su cuello.

—No es empresa para nosotros, dijo Zeno, el

darle caza y capturarle; pero bien puede hacerlo, si quiere, el Gobierno imperial.

El Virrey, moviendo la cabeza, respondió:—Es más difícil de lo que vos pensáis. Durante todo el tiempo de mi gobierno he trabajado lo indecible para limpiar los mares y las costas de esta mala semilla de piratas; pero retoña sin cesar como las malas yerbas, cuanto más son combatidos, tanto más audaces se muestran. No creáis que por esto me acobarde y retroceda asustado por lo árduo de la empresa; todo lo contrario; estoy resuelto á no dejar piedra por mover à fin de exterminar, si posible es, esta maldita raza que tantos daños causa, y siembra el terror por nuestros mares y costas. Pero para tal empresa necesito naves de fuego (así llamaba Su Excelencia á los vapores).

—Cuanto á esto, añadió el Cónsul si es del agrado de Vuecencia, yo me encargo de ajustar con una compañía inglesa la compra ó alquiler de vapores costaneros, los cuales, mejor que los pesados buques de guerra, podrían dar caza á los piratas, porque son ligeros, tienen poco fondo y pueden perseguir las chalupas de los piratas por entre los laberintos de escollos, donde se ocultan para caer de improviso sobre la presa.

—Agradó la proposición del Cónsul al Virrey, quien después de breves momentos de reflexión, le dijo—Por ahora me bastarían dos vapores costaneros provistos de artillería de largo alcance:

—Al oirle hablar de marinería militar, nuestros viajeros mirábanse maravillados, mientras el Cónsul prometía á Su Excelencia hacer cuanto deseaba. Entonces, el Virrey ordenó al mandarín Li que se encargara de la compra de los vapores, de

acuerdo con el superintendente del Tosoro y vuelto después á nuestros viajeros, añadió:—No pasará mucho tiempo sin que tengamos en nuestro poder á Bala-bás, ó Maroto; como vosotros decís, y á sus piratas.

Zeno entonces en nombre de todos le dió las debidas gracias á vueltas de cuatro incensaciones al Gobierno imperial y á la persona de Su Excelencia; quien al verse de este modo elogiado no cabía en sí de contento, y con una sonrisita que se dibujaba en los labios, comenzó á magnificar el cuidado enteramente paternal del Emperador para con sus hijos. Después para mejor hacer conocer á nuestros viajeros la importancia de la empresa que meditaba, y los beneficios que de ella se reportarían, bosquejó un terrorífico cuadro del arrojo y de las fuerzas de las *banderas negras* y de otras mesnadas de piratas, y es fuerza confesar que no recargó las tintas: tan numerosos, arriscados y prontos á todo son aquellos bergantes! Concluyó diciendo que él se veía precisado á enviar contra Ba-la-bás y sus piratas nada menos que una flota.

Nuevas gracias por parte de Zeno, y nuevas inclinaciones por parte de Astolfo y Perrier, que eran los personajes mudos de la escena, acogieron estas palabras de Su Excelencia.

Al darles permiso para retirarse, el Virrey acordándose del nombre de la viuda robada, que había encontrado escrito en el despacho del gobernador de Hong-Kong, preguntó á nuestros viajeros si tenían noticia del marido de ella, y cuando hubo oído que solo tenían aquellas vagas y escasas noticias que se pudieron recoger de la boca de un niño de diez años, añadió: - Pues bien, de las relaciones enviadas, tres años há, por un mandarín de la isla de Hai-nan, re-

sulta que entre las muchas víctimas hechas por los piratas encontrábase un rico comerciante europeo, por ellos preso y muerto por orden de Maroto, y acerca del cual hicieron después correr la voz que se había arrojado al mar en la travesía entre Siam y Malaca.

Dejo al lector el considerar lo sorprendidos y apenados que nuestros viajeros quedarían con esta nueva revelación. Zeno preguntó al Virrey si en aquella relación se indicaba el nombre del interfecto, el tiempo, el lugar, el modo, las circunstancias, en suma, del hecho; á lo cual respondió él que nada de todo esto se leía en la relación; y como Zeno hizo un movimiento que revelaba cierta extrañeza, tuvo buen cuidado de añadir: esto no debe atribuirse á negligencia del magistrado, sino á no haber podido tener en las manos á los reos, ni averiguar por otro medio las circunstancias del hecho, que había quedado envuelto en las sombras del misterio; pero que así y todo esperaba con el tiempo ponerlo en claro. Nuestros viajeros hubieron de contentarse con esta respuesta; y viendo que el Virrey se había levantado para retirarse, inclináronse profundamente y despidiéronse de él. Detrás de ellos fué el mandarín Li para decirles en nombre del Virrey que no se desalentaran, pues se haría pronto justicia; y les invitase á ver entretanto con sus propios ojos el rigor con que en la China son castigados los criminales, visitando aquella misma mañana el tribunal de lo criminal donde debían ser procesados algunos piratas. Nuestros viajeros por no disgustar al Virrey con una negativa antes de ir al hotel á dar conocimiento á Elisa del resultado de esta importante audiencia, dirigiéronse, aunque de mal grado, con el mandarín al Palacio de justicia.

LXXX.

LAS LEYES PENALES Y EL TRIBUNAL DEL CRIMEN

En el camino encontráronse con el Sr. Silva que iba en busca de ellos.

—Y mamá, preguntó Astolfo, quedó sola en casa?

—Acompañéla á la Iglesia de la Misión, que quiere visitar con sus hijos, allí se detendrá un buen rato á cumplir sus devociones. Jamás ví en estos países una extranjera tan piadosa como esta romana. Y vosotros qué noticias me dáis acerca de la audiencia?

—Caro Silva, respondió Zeno con énfasis, es indecible la satisfacción de mi alma por los nuevos descubrimientos que hicimos, y las alegres esperanzas que nos hizo concebir el Virrey.

Y á la vez que caminaban, empezó á referirle las particularidades de aquella interesante audiencia, deteniéndose de trecho en trecho, como suele hacer quien tiene cosas importantes que decir. No había terminado aún su narración, cuando oyeron un gran clamoreo, y vieron un gran movimiento de gente que á gran paso se alejaba del lugar de donde había partido el tumulto.

—Qué es esto? preguntó Astolfo al Mandarín *Li*.

—Es el juez del crímen que viene con su corte.

—Y tanto terror causa al pueblo?

—Ahora veréis el terrífico aparato.

En aquel instante comenzaron á ver una turba de alguaciles y esbirros, que precedían á la corte del juez, gente toda de la más horrible catadura que se puede imaginar, y que venía haciendo los más espantables visajes. La extraña forma de su vestido corría parejas con la de su feroz aspecto y acrecentaba el terror. Quien de ellos llevaba arrastrando gruesas cadenas de hierro; quien llevaba en la mano algún instrumento de tortura, y todos prorrumpían en voces tan descompuestas que ponían miedo en el corazón más animoso. Astolfo creyó hallarse con Dante en las moradas infernales, y exclamó:—Estos son hombres, ó furias del abismo?

A los pocos instantes quedó la calle desierta, y cerráronse las puertas y vantanas de las casas. Solo un sencillo ganapán detúvose unos minutos por la curiosidad de ver al terrible Juez, que era llevado en una silla colocada sobre las robustas espaldas de hombres. Harto cara pagó su pueril curiosidad; que los corchetes cayeron sobre él y vareáronle de lo lindo. Nuestros viajeros, gracias al Mandarín y al Cónsul que los acompañaban, pudieron sin riesgo contemplar al Minos chino que con su artificiosa terribilidad podía ponerse al lado del Juez infernal de Dante. El mandarín *Li* dijo á Astolfo:—Bien sé que los europeos se rien de este aterrador aparato; pero sirve á maravilla para herir la imaginación del pueblo é inspirarle un saludable terror que le sirva de freno para retraerle del crímen. Ahora quiero que veáis cómo se administra entre nosotros la justicia; y así diciendo incorpórose al cortejo del juez del crímen é introdujo á la pequeña comitiva en el palacio donde se tienen las audiencias públicas.

Acercóse después al juez murmurándole al oido dos palabras; y éste al momento invitó á los *ilustres* visitantes á sentarse cerca del tribunal para ser espectadores del procedimiento chino. El primer reo citado ante el tribunal fué un joven de unos veinte años, acusado de haber proferido en un arrebato de ira palabras injuriosas á su padre. Su acusador no era ya el padre ofendido, sino un vecino que había sido testigo de la ofensa. Leyóse el proceso hecho al reo por el tribunal de distrito y confirmado por el del mandarín Gobernador del lugar.

—Astolfo preguntó en voz baja al señor Silva: Es este un tribunal de apelación?

—Sí; pues es la Córte suprema de la provincia.

—Dónde están los abogados?

—En la China no se conoce ni el nombre de abogado. Cada uno se defiende por sí mismo; y os sé decir que los chinos conocen á maravilla el arte, unos por su natural talento, otros por la instrucción que reciben en la niñez, y de la cual forma parte el conocimiento de las leyes más comunes y que más importa saber. Terminada la lectura del auto de acusación, el juez dirigióse al reo, que estaba arrodillado en medio de la sala, y le preguntó si algo tenía que decir en su defensa. El reo con trémula voz y señales de arrepentimiento confesó su culpa; pues todos los chinos saben que el código penal mitiga notablemente su rigor con los reos arrepentidos y confesos. Después alegó en disculpa las circunstancias atenuantes, que admite también el código chino. Astolfo que ardía en deseos de saber que decía él en su descargo, preguntó al Sr. Silva, quien le respondió: —Dice que es la primera vez que falte al respeto á su padre; que profirió las palabras injuriosas en un arrebato de có-

lera sin saber lo que decía, y que arrepentido las retracta.

—Por qué, añadió Astolfo, no aduce en su disculpa la fuerza irresistible ó la locura, como entre nosotros se acostumbra?

—Porque los chinos no han renunciado todavía al sentido común, y reconocen la imputabilidad de los actos en cualquiera que no haya perdido el juicio.

—El Juez, oida la defensa del reo, admitió las circunstancias atenuantes; y tuvo en cuenta su confesión y arrepentimiento; por lo cual conmutó la pena de muerte por la de la *canga* por tres meses. Astolfo llenóse de estufacción al oir al señor Silva que aquella culpa sin las circunstancias atenuantes, hubiera costado al reo la vida.

Pronunciada la sentencia, dos esbirros adaptaron al cuello del reo dos grandes semicírculos de madera, y metieron sus manos en dos agujeros circulares hechos en la misma tabla, y encima pegaron la sentencia escrita por el secretario del Juez del crimen y sellada por éste. La *canga* era sobre manera pesada; por lo cual fácil es calcular los padecimientos del reo condenado á llevarla durante tres meses largos. El juez hizo después una severa amonestación al condenado y leyóle, para refrescarle la memoria, las penas establecidas para los hijos que no respetan á sus padres, y son las siguientes: Al hijo que desobedezca á su padre, madre ó abuelo, cien varazos; si les dice alguna villanía, sea estrangulado; si levanta la mano contra ellos, sea decapitado (1); si los hiere, sea despedazado.

(1) Es de notar que entre los chinos la decapitación es mi-

Astolfo, á quien el Sr. Silva traducía las palabras del juez no podía respirar de espanto. Cuando el reo fué sacado por los corchetes de la sala, Astolfo preguntó:—A dónde le llevan?

—A uno de los lugares más frecuentados, donde permanecerá todo el día á la vista de todos; la noche la pasará en la prisión. Pasado el tiempo de la condena, será conducido de nuevo á la presencia del juez, el cual después de una buena repasata, le hará dar veinte palos y luego le pondrá en libertad.

—Qué terrible es la legislación penal de la China! Convendrá traer aquí á tantos jóvenes europeos que no saben respetar à los ancianos para que á poder de golpes con varas de bambú aprendiesen la obediencia y el respeto que se les debe.

Tocóle después la vez á un padre de familia cuyo hijo había sido condenado el día anterior por hurto, y fué declarado culpable de la mala conducta del hijo por haber descuidado su educación: por lo cual hubo de sufrir cien golpes dados con varas de bambú. Fué luego presentado ante el juez, un mandarín gobernador de una ciudad de provincia, acusado de haber contraido matrimonio en el lugar de su jurisdicción, cosa que vedan las leyes. No obstante la elocuente defensa que de sí mismo hizo, como no pudo negar el hecho, fué por el juez anulado el matrimonio, y el mandarín culpable condenado á ochenta golpes de bambú. Pero el taimado al ser donducido por los corchetes al lugar donde recibir debía la paternal lección, les puso en la mano secretamente algunos *tea-*

---

rada como una pena más infamante que la estrangulación, porque en aquélla es separada del tronco la cabeza, que es la parte más noble del hombre. Así discurren los chinos.

les (1), á fin de que tratasen á su pobre humanidad con la consideración posible. Y ellos, más por cariño á las monedas, que por respeto á la dignidad del reo, más bien que golpearle, parecía que le acariciaban con el bambú. Astolfo no cesaba de maravillarse de ver tan humillado á un Mandarín; pero el señor Silva le hizo observar que la vareadura no es infamante en la China, porque se considera como una corrección paternal, tanto que á veces el Emperador la hace dar aún á los grandes Mandarines y cortesanos, y después los admite de nuevo y trata con bondad. Es de advertir que para castigar á un mandarín se precisa el consentimiento de Su Majestad.

—Cómo se castiga, preguntó Astolfo, el homicidio?

—Con la pena capital.

—Y el delito de rebelión y de lesa majestad?

—Es castigado con violenta y atrocísima muerte: se le van arrancando al reo pedazos de carne, comenzando por las partes menos vitales. Astolfo estremecióse al oir tal suerte de suplicio, y exclamó.

—Aquí se peca por exceso, entre nosotros por defecto de justicia. Cuál de los dos extremos es peor?

—El defecto de justicia, por que daña á los inocentes, mientras el exceso perjudica solo á los reos. Sin embargo los extremos son siempre viciosos, y deben evitarse.

Y los otros delitos menores cómo son castigados?

—Con la cárcel, palos, un hierro caliente aplicado á la frente ó á los brazos como se hace con los ladrones, la jaula de hierro y el destierro temporal ó perpétuo á la Tartaria.

—Oh si entre nosotros, exclamó Astolfo, se mar-

(1) El teal vale cinco francos.

case con hierro caliente á los ladrones, cuánta gente marcada, santo Dios! Decidme qué garantías tiene en la China un acusado?

—Si no es culpable, difícilmente se le condena, máxime si se trata de la pena capital, porque antes de ser citado uno, quien quiera que sea, ante el tribunal, el juez se informa no sólo acerca del acusado, pero también del acusador y de los testigos.

—Prudentísimas precauciones!

—Además, el proceso es revisado por cinco ó seis tribunales; y si la sentencia es de muerte, debe ser examinada y ratificada por el Emperador.

—Y si el Emperador, ó tribunal supremo reconoce la inocencia del acusado?

—Entonces todos los jueces que le condenaron, son castigados con gravísimas penas, sin excluir la capital.

—Y si pronunciaron una sentencia injusta, no por malicia, sino por error?

—Entonces su error le cuesta cien varazos.

—Pero el error puede ser á veces culpable...

—Ciertamente, puede serlo en un magistrado que tiene obligación de ser instruido y diligentísimo en la administración de justicia.

—Pobres de nuestros jurados, exclamó riendo Astolfo, si estuviera entre nosotros la misma ley en vigor!

—No obstante la severidad, prosiguió el Sr. Silva, con que las leyes chinas castigan los delitos, tienen en cuenta la edad del reo, las enfermedades, la buena conducta observada anteriormente, sus servicios á la patria, ó los de su padre, el arrepentimiento y la sincera confesión del delito, y, en suma, las circunstancias atenuantes, en cuyos casos

las leyes permiten la conmutación ó reducción de la pena. Si un culpable se echa en brazos de la justicia, y revela un delito que sin su confesión quedaría sepultado en impenetrable secreto, obtiene el perdón; solamente se le obliga á reparar los daños. Por último, el derecho de indulto es aquí más ámplio que en Europa, y el Emperador hace de él uso muchas veces.

Mientras el señor Silva daba á Astolfo estas ligeras noticias acerca del Código penal de la China, y Zeno y Perrier conversaban con el Cónsul y el mandarín *Li*, el juez había firmado una receta de cincuenta varazos para el síndico de un villorrio porque las tierras de su jurisdicción estaban mal cultivadas. Recibido que hubo el pobre del síndico cincuenta gentiles varazos, volvió á entrar todo humilde y arrepentido en el pretorio, y allí arrodillado dió gracias al juez por el paternal cuidado que tenía de su educación moral; que así lo exige la ley y la costumbre. El juez le hizo una breve exhortación y despidióle.

A seguida entraron en la sala los tres piratas á cuyo proceso deseaba el Virrey que asistiesen nuestros viajeros. Estaban los desdichados cargados de cadenas y rodeados de un gran número de alguaciles que bramaban y parecía querían hacerlos pedazos. Se les mandó arrodillarse ante el juez, el cual antes de dar comienzo al interrogatorio, les recordó, no las cinco virtudes y los cinco deberes inculcados por Confucio, pues no los consideraba capaces de obrar por sentimiento del deber, sino los palos sufridos los días anteriores en pena de no haber querido responder á sus preguntas; y concluyó exhortándoles á confesar; pero ellos callaron. El juez re-

dobla las amenazas; ellos permanecieron mudos. Entonces manda que de nuevo se les dé tormento. Los esbirros suspéndenlos atados de piés y manos de gruesas cuerdas que pendían del artesonado techo. El juez desde su elevado tribunal arroja una tablilla de bambú en que estaba gravado el número de varazos. Recógela el jefe de los corchetes, y con aterradora voz grita: *sesenta*. Al momento llovieron cadenciosamente y á intérvalos sobre aquellos infelices 59 golpes, pues siempre se dá uno de menos. Astolfo que sufría lo indecible presenciando tal espectáculo, levantóse para marchar; más Zeno le alentó á quedarse con la esperanza de oir de boca de los reos alguna revelación que les sirviera para el esclarecimiento del asunto que traían entre manos. El juez interrogaba de cuando en cuando á los reos y exhortábales á hablar; pero ellos sin responder una palabra, levantaban la cabeza, que tenían inclinada sobre el pecho, para lanzarle miradas de fuego, que revelaban sed de venganza y de sangre. Terminada la primera vareadura, y persistiendo en su silencio los piratas, el juez arrojó otra tablilla, y el jefe de los esbirros levantándola del suelo, leyó en alta voz: *ciento*. Con mayor furia que antes comenzó la tempestad. Nuestros viajeros palidecieron, Astolfo estaba bañado en frío sudor; pero los chinos espectadores de aquel suplicio parecían impasibles, y algunos al ver las contorsiones de aquellos desdichados sonreían bárbaramente. Por fin, uno de los reos, no pudiendo resistir más, prometió revelarlo todo, lo cual viendo sus compañeros hicieron igual promesa; y el juez alejando de allí á los esbirros, dió principio al interrogatorio, después de haber hecho curar las llagas de aquellos desventurados. Esto duró una lar-

ga hora, en cuyo tiempo, como uno de los reos hubiera declarado algo acerca de algunas piraterías cometidas cuatro años antes en el espacio de mar que se extiende entre Siam y Malaca, el mandarín *Li* levantóse, y pedido permiso de hablar, advirtió al juez que en el libro negro, del cual el Virrey tenía una copia, encontrábase registrada la relación de un mandarín de Hai-nan, en la cual hacíase mención del asesinato de un rico comerciante europeo; y que importaba mucho á Su Excelencia y á los ilustres viajeros saber el nombre del interfecto y las circunstancias que concurrieron en la perpetración del crímen. Oyendo esto el juez, interrogó á los piratas acerca de esto; más ellos protestaron no haber tenido parte en aquel asesinato hallándose entonces distante 300 leguas del lugar donde se hahía cometido.

—Pero vosotros al menos tenéis alguna noticia, replicó el juez. Decidme, pues, lo que sepáis, y cuidado con mentir. Y para dar mayor eficacia á su exhortación, ordenó que se apercibiesen los verdugos para otras tres especies de tortura, rara vez usadas, por ser harto crueles.

LXXXI.

OTRO MISTERIO DE INIQUIDAD REVELADO

Ante aquel formidable aparato los tres piratas llenáronse de espanto y empezaron á temblar; por lo cual fácilmente pudo el juez arrancarles la confesión de cuanto sabían respecto al asesinato de Ocahill.

Escusado es añadir que Zeno y el Sr. Silva se apercibieron á no perder ni una sola palabra. Los piratas revelaron haber oido hablar de este homicidio á uno de los piratas que estaban á las órdenes de Cao-ci: y preguntados quién era este Cao-ci, respondieron—Un europeo á quien los de su banda llamaban Balabás, y los portugueses de Malaca, que sufrieron mucho de él, daban el sobrenombre de Maroto.

Esta primera revelación ponía en claro la identidad de la persona. Como el mandarín *Li* hubiera hecho observar al juez que los piratas no declaraban el verdadero nombre del cabecilla, ni su origen, ni su patria, el juez dirigiéndoles una amenazadora mirada, intimóles con voz de trueno que confesasen la verdad; de otra suerte lo pasarían muy mal. Con voz trémula y suplicante protestaron no haberle nunca conocido por otro nombre, ni haber jamás dudado que fuera europeo. Preguntóles el juez el nombre y

las señas del pirata de quien habían recibido esta noticia; y quiso saber punto por punto cuanto le habían oido. Los reos comenzaron á referir ingenuamente las circunstancias del trágico drama del cual hicimos aquí una breve reseña.

Cao-ci, ó Maroto, ganoso de casarse con la mujer de Ocahill, ó mejor dicho, con su rica dote, había dado orden á uno de los suyos, cuyo nombre no supieron decir, que le siguiese, y cuando hubiera ocasión, le asesinase, pero de suerte que nadie lo supiera. Y así sucedió; pues el sicario, después de haberle seguido algún tiempo sin que se le presentara ocasión de ejecutar la orden recibida, sabiendo que Ocahill se embarcaba en una nave siamesa, que estaba para hacerse á la vela con rumbo á Malaca, tomó él también pasaje en este navío. No pasó mucho tiempo sin que se le ofreciese ocasión propicia de llevar á cabo su malvado designio. Una noche muy obscura, cuando todos estaban sepultados en el sueño, y Ocahill dormía solo en la toldilla por no poder sufrir el calor del camarote, el sicario clavábale un puñal en el corazón mientras que con la otra mano le arrojaba sobre la cara una manta para impedir que gritara, ó que se oyesen sus gritos. El marinero de guardia y el timonel eran los únicos que se encontraban entonces sobre cubierta; pero ambos habían recibido del asesino aquella misma noche una respetable suma de dinero, á fin de que callasen, con amenaza de una venganza terrible por parte de los piratas, si se llegaba á saber. Ocahill murió al instante; y el asesino apresuróse á descolgar al mar el cadáver por medio de una cuerda, á fin de que no se oyera el golpe sobre las aguas; y luego lavó cuidadosamente las manchas de sangre, ayudado del marinero de guardia.

Tres horas después, fueron juntos á despertar al Capitán, y anhelantes como quien se halla oprimido por el terror, le gritaron:—Capitán, haced amainar: un pasajero ha acabado de caerse ó de arrojarse á las aguas. El Capitán sale apresuradamente de su camarote, hace amainar y soltar las lanchas. Todos los pasajeros y marineros despiertan, suben á cubierta, y oido el funesto suceso, preguntan unos por otros; se cuentan:—falta Ocahill. Todos le lloran, pues él era de todos querido; todos se asoman á la baranda con la esperanza de verle salir á flor de agua, mientras las lanchas por espacio de tres cuartos de ora van, vuelven, giran en busca de él. Perdida toda esperanza de salvarle, el Capitán hace subir á bordo las lanchas, y dar de nuevo las velas al viento. Díjose después que Ocahill habíase arrojado al mar, y todos lo creyeron hasta que, dos años ha, no se sabe cómo, un mandarín de Hai-nan tuvo soplo de aquel crimen, sepultado hasta entonces en el más profundo secreto.

Maroto cuando supo que su orden había sido cumplimentada, remuneró con largueza al asesino; y desde aquel día no pensó sino en realizar el deseo que tenía de casarse con la viuda de Ocahill. Pero no pudo lograrlo porque ella vivía siempre retirada con su hijo. Por fin, cansado de aguardar una ocasión que no se le presentaba, cambiando de traje y profesión, desembarcó en Bangkoc, y durante casi dos años se dedicó á espiar los pasos de la viuda. Habiendo sabido que ella estaba á punto de embarcarse en un navío mercante que iba á salir con rumbo á Calcuta, donde el difunto marido había dejado varias sumas de dinero, avistóse con el Capitán, el cual ignorando quien era él, le admitió á bordo como pasajero. No habían transcurrido más que dos días des-

de la partida, cuando murió el contramaestre, víctima de una apoplejía fulminante. Maroto entonces para poder mejor realizar su designio, ofrecióse á reemplazarle durante el viaje sin exigir paga alguna; y cuando hubo exhibido sus patentes de piloto, el Capitán aceptó sin vacilar sus servicios. Cuando el bergante arribó á Malaca, algunos de los bandidos que estaban á sus órdenes, con quienes conferenció en secreto, viéronle maravillados transformado en oficial de un navío mercante; más ni adivinaron ni sospecharon siquiera la causa, la cual por otra parte ninguno de ellos osó preguntarle. Desde el día en que el navío Zarpó de Malaca, no se volvió á tener noticia de él.

Estas eran en resumen las revelaciones hechas por los tres piratas, las cuales al oir Zeno, el Sr. Silva y el Cónsul, que entendían medianamente el dialecto cantonense, suspendían la respiración, y á cada momento se les mudaba el color; mientras Astolfo y Perrier, que no entendían ni una palabra, preguntaban á los ojos y al semblante de sus compañeros; y no bien aquellos acabaron de hablar, hicieron que el Sr. Silva les refiriese lo que habían narrado.

Entre tanto el juez estaba todo ocupado en dictar á secretarios y escribanos la deposición de los tres piratas. Terminada la audiencia; envió los procesados á la cárcel, pero dió orden de que fuesen tratados benignamente en premio de haber confesado la verdad. Apresuróse después á envir al Virrey una copia de las declaraciones; y prometió á nuestros viajeros no omitir trabajo alguno á fin de adquirir noticias acerca de Maroto; pues el capturarle era negocio que tocaba al Virrey, de cuyo celo ninguno podía dudar.

Los nuestros diéronle las más afectuosas gracias que pudieron; y despidiéndose Zeno, Astolfo y Perrier volvieron al hotel; el mandarín *Li* dirigióse á palacio para informar de viva voz al Virrey del resultado de la audiencia; el Cónsul tornó á su casa, y el señor Silva á la Misión, donde Elisa y los niños, terminadas sus devociones y visitada la catedral que se estaba construyendo, y el colegio de las hermanas de San José, entretenían se con éstas y con los PP. Misioneros, oyéndoles hablar de las vicisitudes de la misión.

El señor Silva acercándose á Elisa díjole al oido que tenía grandes cosas que contar. Por lo cual ella, despidiéndose de las Hermanas y de los Padres, apresuróse á regresar al hotel. Llegado que hubieron, Zeno llevóla aparte para que ni Patricio ni Blanca se enterasen, y refirióle las revelaciones hechas por los piratas, mientras Astolfo y los demás entretenían á los niños con la descripción del Palacio del Virrey y de la audiencia en él celebrada. Elisa al oir el trágico fin del infeliz Ocahill, palideció, llenáronse de lágrimas sus ojos, y su corazón oprimióse de manera que estuvo en poco que no viniese al suelo desmayada.—Dios mío!—Exclamó levantando sus ojos al cielo, y cubrióse con las manos el rostro. Después enjugadas las lágrimas y dado algún desahogo á su corazón, añadió:—Por el amor de Dios, procuremos que nada de todo esto sepa el pobre Patricio ni tampoco Blanca, la cual difícilmente guardaría el secreto.

—He recomendado también yo esto mismo á Astolfo y á los demás. Ahora debemos dar gracias á la Providencia que ha rasgado el velo que cubría este gran misterio de iniquidad; y nos ha puesto en ca-

mino de llegar pronto á la realización de nuestros deseos. Y se puso á referir el proyecto del Virrey de armar dos cañoneras para dar caza á Maroto, en lo cual, añadió, será ayudado por el Gobierno ingles, cuyo apoyo prometió el Cónsul. Por manera que hay fundadas esperanzas de capturar al bergante y recobrar los papeles y sumas arrebatadas á la infeliz viuda y al huerfanito.

Quiéralo el cielo! añadió Elisa.

—El Cónsul ingles, prosiguió Zeno, dará pronto aviso al Gobernador de Hong-Kong y al de Singapur, y no perdonará medio para acelerar los preparativos de la expedición. Y voy al instante à enterar de todo á mis amigos de allá; porque si los prisioneros de Singapur hacen algunas revelaciones, como los de Cantón, no dudo que se descubrirá el escondrijo de Maroto; pues aquéllos deben de saber alguna cosa más que éstos. Y así diciendo, levantóse y se retiró á su habitación.

Otro tanto hizo Elisa necesitada de calmar su corazón, combatido por los diversos afectos de dolor, de piedad y de horrura.

LXXXII

UN CONGRESO DE AMIGOS.

Mientras Elisa sola en su gabinete daba suelta á los afectos de su corazón, los dos niños entretenidos hasta entonces por Astolfo y los otros, no viéndola presentarse, corrieron en busca de ella.—Qué hacéis? les dijo Astolfo. Mamá necesita descansar; dejadla en paz.

—Ella, repuso Blanca, mejor descansa con nosotros, que sola.

- Acaso está ocupada en escribir ú orar....

—Con ella escribiremos ó rezaremos nosotros. Y así diciendo, dirigióse con su hermanito al gabinete de su mamá; pero encontrólo cerrado con llave.

—Mamá, grita la niña; pero la mamá no responde. Da golpes en la puerta; Elisa no da señales de vida. Es que tenía necesidad de poner en calma su corazón antes de presentarse á sus hijos. Pero los niños quieren verla; que para ellos la mamá es más necesaria que el pan y el aire. Astolfo no cesaba de repetir:—Dejadla en paz;—pero todo en vano. Ellos golpean con manos y piés la puerta

repitiendo alternativamente con voz lastimera:—Mamá, abre, abre, mamá.... Por fin Elisa para librarse de un asalto, juzgó más conveniente rendirse, y abriendo la puerta, acogió entre sus brazos á los dos niños, quienes vengáronse de aquella momentánea ausencia con una lluvia de besos.

—Qué importunos sois! dijo Elisa sonriendo de amor.

—Hace casi una hora que no te veíamos, repuso Blanca recalcando la palabra *hora*, como si dijera un siglo. Mira si podíamos sufrir que tú estuvieses una hora entera sola, solita en el gabinete, expuesta á morirte de tedio sin nuestra compañía! Pero ... que veo, mamá querida? Tú tienes los ojos encendidos é inchados!.... Tú lloraste!

—Hija mía, es cosa nueva el llorar en este valle de lágrimas?

—Lo sé; pero hace una hora tú no llorabas, y ahora lloras. Qué te ha sucedido? Díselo á tu Blanca.... y con sus manecitas se puso á hacerle caricias en las mejillas. Mas Elisa que por nada del mundo hubiera revelado á los niños la causa de su llanto, desvió hábilmente la conversación diciendo:—Hijos míos: no perdáis tiempo; aliñaos, pues tenemos que salir en breve á visitar la quinta del mandarín *Li*, la cual diz que es un pequeño paraiso terrenal. Los niños al oir hablar de paraiso, olvidáronse de todo y se abandonaron á los transportes de la infantil alegría. Entretanto en la sala del hotel, Zeno, Perrier y el Sr. Silva, á los cuales habíase agregado Astolfo, reunidos en consejo discutían acerca de los medios más conducentes á llevar á feliz término la empresa concertada con el Virrey de cantón; y acordaron este plan de

guerra. Zeno á la vez que iba á Pekín, buscaría el favor y apoyo de los cónsules europeos para la proyectada empresa, y por medio de ellos procuraría impulsar al Gobierno imperial á dar pronta y eficaz ayuda al Virrey de Cantón. Perrier viajando de un puesto á otro, como lo exigía su nuevo empleo de Contramaestre del Chinemail, debía espiar los movimientos de los piratas y averiguar el campo de sus correrías y sus guaridas. Al señor Silva se le reservaba estar de atalaya en Macao, donde había no pocos piratas que afluían allí á causa de la emigración, como luego veremos. De activar la expedición y apurar al Virrey para que la llevase á cabo se encargaría el Cónsul inglés, que había tomado á pechos la emprensa. Señalado á cada uno su papel, según la necesidad lo demandaba, fijaron para el día siguiente la partida.

Entre tanto el Mandarín *Li* llegaba de regreso del palacio del Virrey á la puerta del hotel, y nuestros viajeros le salieron al encuentro recibiéndole con grande honor por lo cual él gozaba sobre manera. Refirióles la satisfacción que había experimentado el Virrey por las inesperadas é importantes revelaciones de los piratas, y aseguróles de nuevo que el *padre del pueblo* nada omitiría á fin de llevar á cabo la expedición convenida; que tuvieran, por tanto, buen ánimo y confianza en la justicia del Gobierno imperial, al que, al decir del mandarin, no había hombre en el mundo desde el extremo Oriente hasta lo más apartado del Occidente que no tributase justa alabanza. Nuestros viajeros guardáronse bien de poner en duda la verdad de estas aserciones; y Zeno haciéndose intérprete de los sen-

timientos de los otros, significóle que ellos descansaban tranquilos en la justicia y en el celo del Virrey, y que tendrían gran satisfacción en poder algún día publicar por medio de la prensa en Roma, primera ciudad del mundo, en Italia y en toda Europa el interés y tierna solicitud del Gobierno imperial por la defensa de la propiedad y de la vida de sus súbditos y de los extranjeros. Estas palabras de Zeno produjeron en el alma del mandarín un efecto mágico: sus ojos centellearon de alegría, y sus labios abriéronse á una sonrisa de inefable satisfacción. Dió las gracias á Zeno por la confianza que en el Gobierno imperial ponía, y otra vez le invitó á él y á toda la comitiva á honrar con su presencia su modesta quinta. A una señal suya salieron dos oficiales suyos, que volvieron á entrar pocos minutos después diciendo:—Las sillas están á la puerta.—Levantóse entonces el mandarín, y con él nuestros viajeros, y dirigiéronse todos á la quinta. Pero en el camino encontráronse con el palacio de los exámenes; y el mandarín mandó á los portadores de las sillas detenerse, y vuelto á nuestros viajeros preguntóles si habían visitado aquel edificio, que era uno de los principales monumentos de la ciudad; y oido que nó, apeóse y los invitó á seguirle.

LXXXIII.

EL PALACIO DE LOS EXÁMENES Y LA ARISTOCRACIA DE LAS LETRAS

El lugar destinado al certamen de los ingenios es un vastísimo edificio cuadrado, cuya arquitectura no se diferencia nada de las de los otros palacios públicos. Háliase rodeado de una muralla que de trecho en trecho tiene una torrecilla; y está dividido en varios cuerpos de fábrica destinados á la habitación de los examinadores. En el medio hay un inmenso patio rodeado todo de largas hileras de angostas celdas, dentro de cada una de las cuales no hay más que una silla y una mesita. Cuéntanse cerca de cuatro mil, esto es, cuantos son los bachilleres que acuden á la capital de cada provincia á someterse á un solemne examen por escrito, del cual depende su porvenir. El palacio en tiempo de exámenes está custodiado, como una fortaleza, por numerosos soldados, de los cuales unos hacen la guardia en las murallas, otros vigilan á los bachilleres encerrados en las celdas, cada uno de los cuales tiene á la puerta su centinela. El mandarín *Li* gozando con la maravilla que á nuestros viajeros causaba la vista de aquel gran-

dioso edificio, díjoles:—Cuanto veis os revela el alto aprecio que hacemos de las letras y de los letrados. En nuestro imperio no hay otra aristocracia que ésta, ni otro camino para llegar á los empleos públicos y á los honores, que el de los estudios. El Emperador no confía gobierno alguno á nadie, quien quiera que sea, si en repetidos y severos exámenes no ha dado brillantes muestras de su ingenio y su saber. Y como únicamente de tal examen depende la elección de los empleados, es indecible el cuidado que hay y las precauciones que se toman á fin de que los exámenes sean un medio seguro de reconocer y distinguir á los sobresalientes en ingenio y en saber de la turba de medianías.

—Y cuáles son, preguntó Astolfo, esas precauciones?

—Ante todo, respondió el mandarín, hay en cada provincia un Hio-tau, ó inspector general que debe vigilar los estudios y la conducta de los estudiantes; y en cada ciudad hay una comisión de letrados que residen en la Academia de Confucio, y está encargada de examinar anualmente uno á uno á los escolares. Los reprobados en el examen vuelven al extudio para repetir la prueba; los aprobados sufren un segundo y más riguroso examen en presencia del Gobernador y de los magistrados del lugar. En esta segunda prueba el número de los estudiantes que en el primer exámen llegaba á algunos miles, queda reducido á unos doscientos. Entra entonces el Inspector general á hacer las últimas pruebas, y de tal manera los apura, que los doscientos se quedan en veinte ó treinta, y son los que sobre todos consiguen la palma ó son graduados de maestros.

—Y los otros? preguntó Astolfo.

—Los desechados no por esto se desalientan y abandonan; antes vuelven al estudio con mayor empeño por ver si pueden salir airosos en un nuevo examen:

—Oh maravillosa paciencia la de los chinos! exclamó Astolfo. Entre nosotros sucede de bien diversa suerte. Los estudiantes poco *afortunados* en el examen, en vez de bajar humildemente la cabeza y tornar con mayor ardor al estudio, alzan la cresta y amenazan á los examinadores.

—Amenazan? añadió Zeno, debías decir que los insultan, y á veces los acometen con el puñal ó el rewólver.

—Es posible? exclamó horrorizado el mandarín *Li*.

—Es un hecho, y, para vergüenza nuestra, asaz frecuente.

—Pero cómo no pone remedio vuestro gobierno?

—Qué queréis que os diga? Nuestra mala estrella nos ha dado por ministros de instrucción pública, ciertos...

—Ah, si tuviéramos vuestros Hio-tau, repuso el festivo Astolfo.

—En tonces, dijo seriamente el mandarín, volvería seguramente á florecer la disciplina en vuestras escuelas, porque nuestro Hio-tau tendría cuidado de hacer inculcar á vuestros escolares la observancia de los *cinco deberes y la práctica de las cinco virtudes*; y cuando no bastaran los medios persuasivos, haría uso de los coactivos, haciendo curar á los indisciplinados y á los revoltosos con *cataplasmas* de bambú. Y acompañaba estas palabras

con el ademán del pedagogo que maneja el azote.

—Argumento apodíctico, replicó Astolfo, y sumamente persuasivo! Pero qué haríais vosotros los chinos al estudiante que osara levantar las manos contra su propio maestro?

—Le haríamos ahorcar, respondió con mucha flema el mandarín.

Nuestros viajeros miráronse unos á otros sonriendo, como si dijeran para sus adentros: Qué bien nos venía para ministro de instrucción pùblica un mandarín chino!

Entre tanto ellos guiados por su buen *cicerone*, habían recorrido el ámplio patio y entreteníanse en hablar entre sí mientras Astolfo, para mejor instruirse no se separaba del lado del mandarín; y contemplando aquellas celdas, díjole en broma:— He ahí las celdillas donde los letrados entran orugas y salen transformados en mariposas de deslumbrantes colores.

Exactísimo, respondió el mandarín, á quien agradó esta metáfora. Los que de aquí salen graduados, son contados entre los nobles, mantenidos por la real cámara, enriquecidos de privilegios, exentados en algunas cosas del fuero común, condecorados con honrosa divisa y en todas partes recibidos con la mas alta estimación. Pero ay de ellos si satisfechos con este triunfo no se curan de avanzar en la carrera de las letras!

—Y bien, preguntó Astolfo, qué les sucedería en este caso?

—Ah dijo moviendo la cabeza el mandarín, vos me lo preguntáis? El jefe de los esbirros les sacudiría lindamente la pereza con buenas varas de banbú.

—Sangre de baco! respondió Astolfo, aquí se administran varazos á pasto.

—Pues algo peor les podría sobrevenir. Ellos correrían riesgo de ser degradados; pero este exceso de humillación no es frecuente.

—Debo decir en obsequio á la verdad, añadió Astolfo, que si vuestra disciplina escolar tiene el defecto de ser muy rígida, en cambio es á propósito para enfrenar á la inquieta juventud estudiosa. Si entre nosotros se usase un poco de rigor, no se vería á los estudiantes de nuestros colegios y universidades lanzarse á los tumultos, engolfarse en la política, gastar tiempo y dinero, consumirse en el ocio, enervarse con los placeres y entregarse á los vicios, mientras sus familias sudan sangre á fin de proporcionarles lo necesario.

Huélgome, dijo el mandarín, de oiros hablar como un pequeño Confucio. Vos no sois de aquellos europeos que nada bueno saben encontrar fuera de Europa; y por eso me place instruiros en lo que á nuestras costumbres se refiere. Y ya que de los estudios hablamos, quiero sepáis que es entre nosotros ley y costumbre que conseguido que haya uno el primer grado académico, del cual os hablé, esfuércese por subir al segundo llamado Chingin (1), que no se confieren sino cada tres años y solamente en la capital de la provincia. Los examinadores son nombrados por el Emperador, y elegidos de una lista de cien letrados de los más distinguidos por su prudencia, probidad y saber, formada por el supremo tribunal de los estudios. Su partida de Pekin para las diversas provincias se dispone de manera que se encuentren todos en

(1) Parece corresponder al nuestro de maestro.

su destino algunos días antes del 8, 12 y 15 de la luna octava, que son en todo el imperio los días destinados para los exámenes. En este tiempo estáles prohibido hacer ó recibir visitas, á fin de no dar ocasión á sospechas de que revelaron á alguno el tema de los exámenes.

—Excelente precaución! exclamó Astolfo.

Llegado el día prefijado para el examen literario, es rodeado este lugar de guardias encargados de impedir toda comunicación con el exterior; y cada uno de los estudiantes que se presentan á disputarse el premio, es registrado escrupulosamente á fin de ver que ningún escrito lleva. Es después introducido en este patio donde entonces penden de grandes carteles las sentencias propuestas para tema de los exámenes; elige la que más le agrada, la transcribe y luego pasa á encerrarse en una de estas celdas, cuya puerta es sellada y cabe la cual se coloca un centinela.

—No se toman entre nosotros, dijo Astolfo, tantas precauciones para la elección de Papa, como aquí para elegir un maestro!

—El prisionero voluntario, prosiguió diciendo el mandarín, no puede hacerse traer de fuera la comida; pero le es suministrada á espensas del público. Antes que la noche tienda sobre la tierra su negro manto, debe el estudiante dar fin á su trabajo y ponerlo en manos de los Diputados, quienes hacen que sea copiado por los amanuenses sin poner en él nombre del autor; confrontan la copia con el original, la sellan y envíanla á los examinadores. Estos, desconocidos al autor, júzganla por lo que vale; y si la encuentran de mala ley, la desechan; si de buena, en-

vían la á los comisarios regios, á quienes toca la elección. Estos después de haber examinado y discutido detenidamente las disertaciones, eligen las mejores, y confrontadas las copias con los originales, leen á la puerta del palacio los nombres de los autores, y por medio de la imprenta los divulgan por todo el imperio. No es esto solo: el Virrey les dá un solemne convite y ofrece á cada uno de ellos una taza de plata, un quitasol de seda y una magnífica silla. Entre tanto la noticia de la victoria obtenida llega en alas de la fama á la ciudad ó aldea á que pertenece cada uno de los elegidos; tan fausta nueva llena de regocijo al país que celebra con fuegos artificiales, luminarias y otras públicas demostraciones de alegría el triunfo literario de su conterráneo. Cuando ésto llega, siquiera sea hijo de humildísimos padres, es recibido como en triunfo, y por todos obsequiado. No hay quien no tenga á honra el visitarle; y los más ricos ponen á su disposición la bolsa, se ofrecen á pagarle los gastos del viaje á Pekín, para que vaya á sufrir la última prueba.

—Esto se llama fomentar los estudios y estimular los estudios! exclamó Astolfo en su entusiasmo.

Y el mandarín continuó diciendo:—Sino le satisface el grado de *Chingin*, el cual basta para abrirle la entrada á los empleos públicos, sino que ambiciona el tercer grado, último de la jerarquía literaria, que es el de *Zinsú*, ó doctor, entonces toma el camino de la capital; y allí con la flor de los ingenios, reunidos de todas las provincias del Imperio, desciende á la palestra á reñir la postrera batalla literaria; y mil y mil veces dichoso él si sale vencedor! En efecto, los que sobresalen en

este examen, que es el más riguroso de todos, son pomposamente introducidos á caballo en el Palacio; reciben de manos del *Colao*, Presidente de los estudios, las insignias del doctorado; y desde este momento son contados entre los Grandes del imperio.

Y como este grado supremo abraza tres órdenes diferentes, uno más noble que otro, se celebra un nuevo concurso para determinar á cuál de los tres debe pertenecer cada uno. La victoria en esta última batalla del ingenio es el punto más alto de gloria y de grandeza á que nosotros podemos aspirar. Los nuevos Doctores, y sus familias, desde aquel día quedan unidos con vínculos de tan cordial amistad y fraternidad, que no lo estarían más siendo hijos de un mismo padre.

—Todo eso, dijo Astolfo es magnífico, es verdaderamente admirable, pero... y ahogó las palabras que asomaban á sus labios, para no disgustar al mandarín; pues ellas hubieran expresado la duda de que los grados no siempre fuesen conferidos al mérito, sino también al dinero Sin embargo, él admiraba esta magnífica institución china, que confiere la nobleza á los letrados para estimular á los súbditos á consagrarse al estudio, y multiplica las escuelas, los colegios y academias, á fin de que todos puedan aspirar á los grados de licenciado, de maestro y de doctor, de los cuales los dos últimos abren la entrada á todos los empleos civiles y todas las magistraturas del imperio. Y pensando en la antigüedad de esta institución, dijo al mandarín:

—Cuando entre vosotros reinaba como soberano el ingenio, dominaba entre nosotros la espada;

y aun hoy imperan en todas partes los asnos de oro; pues la aristocracia del dinero es tenida en mayor estima que la de las letras y las ciencias. Hubo un tiempo en que nuestros señores de la Edad Media hacían gala de no saber escribir su propio nombre.

—Oh que asnos! exclamó maravillado el mandarín. Pero he oido decir que después de aquellos siglos de ignorancia florecieron entre vosotros las artes, las letras y las ciencias; y son verdaderamente admirables vuestras invenciones y vuestros progresos en la mecánica y en las ciencias naturales.

—Cierto: pero considerad nuestra desventura! Mientras arde en nuestros pechos el amor al saber, corremos desalados á calmar nuestra sed en sus fuentes, á menudo las encontramos envenenadas con impías é inmorales doctrinas: así salen de las Universidades y Colegios jóvenes que nada creen, que lo niegan todo, y todo lo quieren transformar; instituciones, leyes y gobierno. De qué nos servirá haber inventado tan bellas cosas, ferrocarriles, buques de vapor, telégrafos, máquinas de todas clases, si estamos amenazados de la última ruina por una nueva generación de hombres que se han propuesto por fin la destrucción?

Si vuestros gobiernos, dijo con mucha gravedad el mandarín, quisieran seguir, especialmente en lo que á la educación de la juventud mira nuestro sistema, nada tendríais que temer y sí mucho que esperar.

Astolfo dejó que el buen mandarín se deleitase con esta opinión que lisonjeaba su amor propio nacional, y convino en que el método chino era excelente. Ofrece, en efecto apreciables ventajas;

hay más garantías de la ciencia y morigeración del maestro, no pudiendo nadie ser promovido á tal grado sin estos dos requisitos; los libros de texto nada contienen de inmoral; los progresos en los estudios son expléndidamente recompensados, y la negligencia severamente castigada; finalmente, la juventud estudiosa es refrenada de manera, que son inauditas, ó por lo menos rarísimas en la China las insubordinaciones contra los catedráticos y autoridades escolares.

Todo el tiempo que duró este largo é interesante diálogo entre el Mandarín y Astolfo, la comitiva se entretuvo contemplando minuciosamente el edificio; y satisfecho que hubo la curiosidad, salieron todos del palacio con dirección á la quinta.

LXXXIV.

LA CAMPIÑA DE CANTÓN Y EL CULTIVO CHINO.

La gran llanura en medio de la cual se yergue la vasta y populosa Cantón, no tiene palmo de tierra que no esté con el mayor esmero cultivado. El terreno fértil por naturaleza, ayudado por el arte produce inmensa riqueza de frutos. Los alrededores de la ciudad están llenos de casitas, quintas, pomares, huertas y jardines ricos en toda suerte de plantas y flores, entreverados de arrozales y plantaciones de té. Serpea por la vasta llanura el río llamado de las Perlas, que lleva á las campiñas el tributo de sus aguas, y del que parten en todas direcciones pequeños canales y límpidos arroyuelos.

No se limita el cultivo al valle, sino que atrevido conquistó también los montes, cuyas cimas fueron allanadas por la mano del hombre, y las faldas cortadas en forma de escalones de uno ó dos metros de altura, á guisa de vasto anfiteatro adornado de plantas de todas clases. Cada agricultor tiene solo un pequeño campo; mas á poder de arte é industria sabe sacar de él su sustento y el de su familia. El labrador chino cultiva aun en la cumbre de los montes hortalizas y arroz; y para tener provisión de agua, cons-

truye aljibes donde reune la lluvia ó también hace subir al agua de los canales y ríos con el auxilio de máquinas hidráulicas de sencillísimo mecanismo.

Nuestros viajeros al contemplar desde lo alto de las sillas en que eran llevados, aquella vastísima llanura, toda entregada al cultivo, experimentaron purísimo placer; y Elisa dijo á Zeno y al Sr. Silva cuyas sillas flanqueaban la suya.—Paréceme hallarme de nuevo en el jardín de Europa, en mí bellísima Italia.—En efecto, respondió Zeno: El cultivo de estos campos no cede ventaja al nuestro; y la agricultura de los chinos es superior á la de nuestros labradores en que saben sacar mejor partido del terreno que cultivan, y no hay terrón que no aprovechen. Mirad aquellos campos: ¡qué riqueza y qué lujo de vejetación! Reparad en aquellos arrozales; qué lozanos y limpios de toda yerba!

—Qué industria, preguntó Elisa, emplean los chinos para sofocar toda otra yerba?

—Cuando el arroz comienza á espigar, echan en el agua que inunda el terreno, cal viva; pues la experiencia les ha enseñado ser este un remedio eficacísimo para destruir las malas yerbas que roban á la tierra su fecundidad, y matar los insectos y suministrar al terreno un calor propio para aumentar la virtud fecundadora. El hecho es que no se encuentra en medio de aquellos arrozales ni una brizna de yerba; y el arroz que allí crece, es de una fortaleza y hermosura sin igual. Observad con qué paciencia disponen en largas líneas paralelas las plantas, y cómo las atan formando manojitos. á fin de que se presten fraternal apoyo contra la violencia del viento, y no se golpeen unas á otras. El agua que las inunda, es traida por medio de ruedas que ponen ellos en mo-

vimiento con el pié, mientras con la mano sostienen una sombrilla, con que se defienden de los ardientes rayos del sol. Gracias á la industria y actividad que viene en ayuda del suelo, donde es infecundo, son rarísimas en la China las tierras que no dan algún producto. Donde el terreno es fértil se hacen ordinariamente tres recolecciones al año.

—A este sistema de cultivo, añadió el Sr. Silva, y á la abundancia de abonos es debido el que la producción baste para el consumo, á pesar del exceso de la población china Y hay alguna provincia, como la del Se-tcinen, la cual es tan fértil y está tan bien cultivada, que en diez años no se consume la cosecha de uno solo.

Y cuáles son, preguntó Elisa, las principales producciones agrícolas de la China?

—En la region meridional, respondió el Sr. Silva, cultívase con frecuencia el arroz, que es el principal alimento de los habitantes.

Ese es, añadio Zeno, el arroz común, *oryza sativa*, que se cultiva también en Europa, y del cual posee la china algunas variedades, no cultivadas aún en nuestros paises, entre otras el arroz temprano de la China, *oryza sativa imperialis* que también se daría en Europa, puesto que en solo cuatro meses llega á su sazon. Débese este descubrimiento al célebre emperador Khang-hi, según él mismo refiere en sus Memorias. Estando paseándose este Emperador el día segundo de la sexta luna cerca de un arrozal, ocurrióle ver una planta que tenia ya las espigas llenas de granos y maduras, mientras las demás estaban aùn echando la espiga. Hizo coger las espigas maduras de aquella caña singular, y vió que los granos estaban completamente formados y en sazón. Tuvo la feliz idea de

guardarlos para la próxima sementera à fin de saber si conservaban su precocidad. Y así en efecto sucedió: pues sembrados á su tiempo, el fruto llegó à sazón en la sexta luna. Repitió varios años la experiencia, y obtuvo siempre el mismo resultado; alegre por este útil descubrimiento, lo publicó en todo el imperio y lo consignó en sus Memorias, añadiendo estas palabras dignas del corazón de un padre: Es gran satisfacción para mí haber proporcionado á mis pueblos este beneficio.

—He aquí, exclamó Elisa, un Emperador digno de reinar!

—Este descubrimiento, añadió Zeno, enriqueció con un nuevo producto la China septentrional, donde la otra especie de arroz no podría madurar á causa de los tempranos fríos, y aumentó la riqueza de la China meridional, que tuvo en lo sucesivo dos cosechas al año. Cuanto á los otros cereales y hortalizas, todo se cultiva en la China como en Europa. Ella tiene, excepto el almendro, todas las plantas fructíferas de Europa, algunas de las cuales, sin embargo, como el olivo y la vid, se cultivan poco; pues los chinos al aceite de oliva prefieren el que extraen de las semillas y huesos de muchas plantas; y al vino, cervezas espiritosas y licores embriagantes. Agregad á estas plantas, comunes á la Europa, las que son peculiares de la China, y luego sabréis decirme si hay en el mundo país más favorecido que éste por la naturaleza.

—Me habéis dicho, añadió Elisa, que los chinos cultivan como nosotros el grano; ¿hacen como nosotros el pan?

—En algunas provincias el pan se hace como en Europa; en otras cómese sin levadura y medio cocido, ora en forma de galletas, ora de delgados cilin-

dros, y también de panes redondos del tamaño de un puño, que hacen cocer al vapor de agua.

—Poseen los chinos, como nosotros, diversas calidades de grano?

—Antes conocen una especie que solo su espíritu indagador ha podido descubrir. Refiere el misionero Huc que un chino cristiano le preguntó un día si en Francia eran muy numerosas las variedades de aquella especie de grano que florece de noche. A esta nueva y extraña pregunta no supo qué responder; y entonces el buen neófito le dijo que hay una clase de grano que siempre é invariablemente florece de noche. Monsieur Huc confiesa que no tuvo humor para andar de noche haciendo la guardia á las espigas á fin de sorprenderlas *in fraganti* cuando les viniera en talante florecer. Y por eso deja á los agrónomos el decidir qué juicio debe formarse de esta sutil observación de los chinos.

Mientras nuestros viajeros iban entretenidos con estas pláticas, los portadores de las sillas entraron por una senda que corría por medio de una plantación de té, y conducía á la quinta. El mandarín Li, que marchaba á la cabeza de la pequeña caravana, vuelto á nuestros viajeros, les dijo:—He aquí nuestra riqueza; y señaló las plantas del té. Nuestros viajeros bajaron del palanquín para mejor contemplar el famoso arbusto que hace á Europa deudora á la China de más de doscientos millones de francos al año.

LXXXV

UN ARBUSTO QUE VALE MAS QUE CUALQUIERA MINA, Ó EL TE.

Para calcular el producto que del té saca el comercio de la China, conviene ante todo recordar que no hay chino que no haga uso diario del té, puesto que esta bebida es para él lo que el vino y aun el agua para nosotros, no acostumbrando él beber agua fría, sino caliente con infusión de té. Ahora, suponiendo que cada chino consume cada año una cantidad de té correspondiente al valor de solos veinte francos, calculando toda la población del imperio celeste en cuatrocientos millones de habitantes, se tendrá un valor de ocho mil millones de francos; si á esto se agregan al menos otros dos mil millones por el consumo que se hace del té chino en los demás paises del mundo, tendremos un producto de diez mil millones, cuya cifra aunque enorme, es seguramente menor que la verdadera. Con razón, pues, decimos que este arbusto le vale á la China más que cualquiera mina.

Todo el valor de esta planta está en las hojas, las cuales puestas en infusión en agua, nos suministran una bebida saludable y de gustoso sabor, de la que se hace uso en la China desde la más remota antigüedad. En Europa, sin embargo, no fué conocido el té, ni tenido en estimación hasta el promedio del siglo XVI gracias al viajero Linschot y á los portugueses. Los holandeses por interés de su tráfico exageraron sus apreciables cualidades hasta hacer de él un panácea universal; en lo que por la misma razón fueron imitados por los ingleses, quienes á fuerza de magnificarlo, consiguieron propagar su uso en Inglaterra y por toda Europa con inmensas ventajas de su comercio. Pero es ya tiempo de oir hablar á nuestros viajeros.

—Este arbusto preguntó á Zeno Elisa, es el del té verde, ó del negro!

—Vos suponéis que son dos especies diferentes de té, como lo juzgó también Linneo, cuando esta planta era poco conocida en Europa; pero realmente no son sino variedades de una misma especie.

—Entre nosotros es más estimado el té verde.

Lo sé; pero no os aconsejo que hagáis uso de él, porque con mucha frecuencia está adulterado. Los Chinos á menudo dan al té negro no sé que tintura que lo hace parecer verde, y como tal lo despachan á elevadísimos precios. No ha mucho, los médicos de Londres enterados de este fraude por los viajeros, analizaron la tintura, y encontraron materias venenosas; por lo cual soy de parecer que quien hiciera uso diario de este té, al cabo de dos ó tres años podría viajar cómodamente al otro mundo.

Lo habéis oido? dijo Elisa dirigiéndose á sus hijos. Hombre avisado medio salvado!

—Cuanto á mí, dijo el festivo Astolfo, puedes estar tranquila, mamá; que negro ó verde, como quiera que sea, el té no entra en mí boca. Es una bebida que sabe á botica. Será bueno para las damiselas que tienen el sistema nervioso excitado por la lectura de romances, por el teatro, los bailes y los defectos de una educación muelle y afeminada; pero para nosotros hombres, y para nosotros romanos (y se dió una gran palmada en el pecho) vale más un vaso de vino de nuestros castillos, que una cuba de este agua de malvas. Celebraron todos las palabras de Astolfo, y Elisa añadió: Ahora que no tienes vino de los castillos romanos, convendrá que te resignes á beber agua de malvas; y vuelta á Zeno, que era el diccionario viviente de todos cuando se trataba de historia natural, le preguntó: —Cuántas recolecciones de té se hacen?

—Tres al año. Una al despuntar de la primavera cuando las hojitas están tiernas y muy jugosas; este té es muy raro y cuesta mucho, por lo cual llámase té imperial, porque no hacen uso de él sino el Emperador y los grandes mandarines, ni sale de la China, por más que se despache entre nosotros una clase de té asaz inferior, que ha usurpado aquel nombre. La segunda se hace al principio del verano, y suministra un té muy apreciable y muy buscado, el cual recorre todo el mundo. La tercera, á fines del otoño; y el té de esta cosecha es el más ordinario de todos; véndese á bajo precio y es la bebida del pueblo. Por aquí entenderéis la razón de los diversos nombres que se dan al té, y que sirven para designar no las diversas especies, sino las variedades del mismo, las cuales se dividen en dos clases, té verde y té negro, variedades que dependen ó de su distinto origen, ó

más bien de las diversas manipulaciones que sufren sus hojas.

Mientras Zeno daba estas noticias á Elisa, el señor Silva, sonreía de gozo al ver en un italiano tan profundo estudio de la flora china, y díjole:

—Vos que gustáis tanto á lo que veo, de las ciencias naturales, deberíais á vuestro regreso esforzaros en aclimatar esta planta en Italia.

—Muchos ensayos se hicieron ya, respodió Zeno; pero todos resultaron inútiles. Una planta que desde Cantón hasta Pekín se cultiva en el campo, en Europa en las mismas latitudes no se conserva sino en los jardines botánicos merced á los grandísimos cuidados de los jardineros. Pero si el té no gusta de Europa, otras plantas chinas, que en la quinta encontraremos, prosperan entre nosotros.

LXXXVI.

UN ALEGRE RECIBIMIENTO Y LAS DAMAS CHINAS.

Insensiblemente habían recorrido á pié nuestros viajeros la senda que guiaba á la quinta; y llegado que hubieron á una planicie, viéronse recibidos por una multitud de chinos con una música de castañuelas, flautas clarinetes y tambores. Había sido feliz idea del mandarín el preparar á sus huèspedes este estrepitoso recibimiento. Apenas pisaron el umbral del campestre palacio, vieron venir á recibirlos la familia del mandarín, ó sea la principal esposa con una hija de doce años y un niño que contaba apenas siete.

Era esta la vez primera que se encontraban ante una dama china y una familia señoril, y experimentaban secreta complacencia al ver que para recibirlos había salido de su acostumbrado retiro, mejor diremos de su clausura. El mandarín presentó su familia á Elisa diciendo con la frase acostumbrada del ceremonial chino: «Esta es mi *pobre, inculta é inhábil* familia.» Zeno y el señor Silva sonrieron algo, como quienes conocían la costumbre de los mandarines de tener muchas mujeres ó concubinas; pero Elisa en su buena fe creía

tener delante de sí toda la familia del mandarín, y al ceremonioso cumplido de éste respondió que ella celebraba conocer á tan ilustre y noble familia La consorte del mandarín tenía facciones más bien europeas que chinas, y su hija lineamientos más delicados aún; pero madre é hija tenían, como todas las damas chinas, la mala costumbre de dar al rostro el lustre de una blanca porcelana, teñida de color de rosa ó de carmín. La mandarina estaba soberbiamente vestida y cargada de collares y pulseras, perlas, diamantes y rubíes; pues las grandes señoras chinas superan mucho á las europeas en la pompa y riqueza de sus adornos. La hija llevaba poco menos lujo que su madre. Qué contraste no formaba el lujo de la dama china y de su hija con el sencillo y modesto vestir de Elisa y de Blanca! Las señoras saludáronse cortésmente á su estilo, esto es, Elisa y Blanca inclinando la cabeza y alargando la mano derecha, aquélla á la mandarina, y ésta á la hija; y las dos nobles chinas haciendo una profunda inclinación y llevando ambas manos al pecho. Astolfo entretanto sin atender al singular adorno de las señoras chinas, fijaba por mera curiosidad su mirada en los pies de ellas, que parecían los de una moña, y sobre los cuales, sosteniéndose á duras penas, caminaban haciendo equilibrios, como quien anda sobre una cuerda. Pero el Sr. Silva le dijo al oido que moderase su curiosidad, pues no había cosa que tanto excitase los celos de los maridos, como el ver que alguien fijaba las miradas en los diminutos pies de sus mujeres, en la pequeñez de los cuales hacen los chinos consistir principalmente la belleza de la mujer. Astolfo aprovechó la observación; pero no pudo menos de

reirse en su corazón, pareciéndole, y lo es realmente, asaz extravagante la idea que los chinos se forman de la belleza. Después del cortés recibimiento, nuestros viajeros antes de visitar la quinta, fueron introducidos en una elegante sala, donde hallaron preparado un delicado refresco, sin que faltara el té imperial.

LXXXVII.

LA QUINTA DEL MANDARÍN.

Una de las artes en que más sobresale la industria china, es la de disponer un terreno, reuniendo en pequeño espacio, como el pintor en un lienzo, cuanto el ojo puede abarcar en un vastísimo horizonte. Allí se ve un simulacro de montes, collados, valles, ríos y mar; y todo distribuido y dispuesto con tan bello arte y armonía, que la multiplicidad de los objetos no engendra confusión, y el ojo descansa encima, como sobre paisajes pintados, ó escenas campestres de teatro. La pasión de los chinos ricos por la belleza de la naturaleza produjo en todas las épocas maravillas en el embellecimiento de las quintas y jardines; y la historia nos refiere las fabulosas sumas que los emperadores y los grandes mandarines emplean en la compra de una rara planta ó de una flor de su predilección. Hoy mismo no hay chino rico que no tenga dentro del recinto de los muros que rodean su casa, un jardín que hace cultivar con el mayor esmero. No es maravilla, pues, que este arte haya siempre florecido en la China, y creado inapreciables bellezas, que los mismos europeos no se desdeñaron de imitar.

Pero demos antes una rápida ojeada al palacio de campo del mandarín, y tendremos una muestra de lo que son las casas de los grandes señores en la China. El palacio está dividido en tres cuerpos de fábrica separados por tres patios, cada uno de los cuales tiene en derredor un pórtico apoyado en columnitas de madera barnizada, con el plinto de piedra. Graciosas plantas trepadoras serpeando por los fustes de las columnas, cúbrenlas de verdor y de flores, y saliendo de ellas sus flexibles ramos, forman, entretegiéndose verdísimos festones, que coronan los frontones y los arcos. En el centro del primer patio campea una estátua de mármol que representa al emperador Yu, á quien consideran los chinos como al que más eficazmente promovió la agricultura; y en el centro de los otros dos lucen espléndidos vasos de flores dispuestos en forma de escalones.

Si maravilla causó á Elisa el lujo verdaderamente regio del palacio, causole no menos extrañeza verlo sin habitantes, pues solo estaba allí la mandarina con sus dos hijos. Pero Zeno, á quien ella en voz baja y en Italiano, para no ser comprendida, preguntó la causa, disipó toda su extrañeza diciendo que el mandarín Li, conocedor de las costumbres europeas, había hecho alejar durante aquel día á las otras mujeres, dejando allí la principal para hacer los honores del recibimiento. Y así era en efecto; por que él las había enviado á su palacio de la ciudad para no ofender con la presencia de tantas mujeres la vista de una familia cristiana, sabiendo perfectamente el avisado mandarín cuan ajena es de nuestras costumbres y en cuanto horror es tenida la poligamia entre nosotros. Si él hubiera sabido que hay también entre cristianos quiénes son bígamos, trí-

gamos y polígamos, no ocultos sino manifiestos, no vergonzantes, sino descocados, y que gozan de estimación en la sociedad y pretenden escalar los primeros puestos; si él hubiera tenido noticia de la importancia política que tienen hoy entre nosotros estos hombres mujeriegos ensalzados hasta el cielo por una secta que lleva escrito en los más recónditos pliegues de su bandera, no ya solo *libertad absoluta del pensamiento, sino emancipación total de la carne*; si él, digo, hubiera sabido todo esto, oh cómo hubiera mostrado con orgullo á los huéspedes su serrallo, sino se lo impedían los celos, vicio común á todos los poseedores de esta humana mercancía. Pero como afortunadamente desconocía estas nuevas costumbres que comienzan á reinar en Europa, tuvo la atención de sustraer á la vista de los visitantes cristianos sus concubinas, cosa que no hubieran hecho ciertos sátrapas europeos que tienen la desvergüenza de vivir públicamente en infame concubinato, y para alejar de sí la deshonra de una vida disoluta, procuran con todas sus fuerzas sumergir de nuevo la sociedad en el cieno del paganismo. Pretenden justificar el vicio, lo sustraen al rigor de las leyes, esfuérzanse en hacerlo amable; lo presentan desnudo en la escena, lo embellecen con las artes, lo engalanan con las flores de la poesía, lo colman de alabanzas y lo adoran como los antíguos paganos, cuya religión era el culto de la carne y la apoteosis del vicio. No es por tanto de extrañar que semejante raza de animales persigan la religión de Cristo enemiga de la carne, aborrezcan el celibato sacerdotal, declaren guerra á la santidad del matrimonio cristiano, cierren las casas de las vírgenes consagradas á Dios, abran y multipliquen los lupanares, suspiren por el matrimo-

nio civil, proclamen la ley del divorcio y preparen la sociedad á ver un día sin horror sancionada la poligamia y el público concubinato; que á esto tienden principalmente sus asaltos contra el cristianismo. Pero aquel Cristo que libró á la Iglesia de las uñas de aquellas grandes y formidables bestias que se llamaban Nerones y Calígulas con todo el séquito de monstruos coronados, sabrá conservarla inmune de estos gusanos salidos de una civilización corrompida.

Pero volvamos á nuestros viajeros. Después de haber visitado estos el palacio, más digno de ser visto por su novedad que por su grandeza, bajaron á la granja, la cual no es ciertamente grande, pero en corto espacio contiene mucho camino que andar: tantas son las vueltas y revueltas, tales los laberintos de paseos que en todas direcciones se cruzan. A los lados de los paseos hay árboles podados con maravilloso arte, y de trecho en trecho grandes jarrones de porcelana de variadas figuras y colores, dentro de los cuales viven plantas rarísimas cuyas flexibles ramas forman caprichosas figuras. Es aquello un prodigio más bien de paciencia que de arte. El paseo del medio, que recorre de un extremo á otro la granja, está sombreado por doble hilera de plantas que entretegiéndose de mil modos, forman una bóveda verde y fresca bajo la cual puede pasearee en pleno medio día sin que penetre ni un rayo de sol, y va subiendo con suave pendiente por una colina artificial coronada de eminencias que le dan el aspecto de una montaña con sus ondulaciones y sus faldas pobladas de bosques. En la cima de la colina yérguese recta, esbelta y como suspendida en el aire una torrecilla, imitación en miniatura de la famosa torre de porcelana; y de la cumbre de otra eminencia brota un

chorro de agua que cae en una extensa pesquera donde juguetean peces de doradas y argentinas escamas, y tan domesticados que vienen á coger de las manos la comida. Más allá deslízase con dulce murmurio un arroyuelo que describe tortuosos giros. Por la parte del norte hay un lago, extenso vivero de peces alimentados con abundoso pasto de yerbas que á su voracidad arroja el guardia cada día. En el centro campea una isleta sobre la cual descuella un templete chino primorosamente decorado. Y para que esta pequeña imágen del mar sea lo más semejante posible al verdadero, mécense sobre las tranquilas aguas dos elegantes barquillas que sirven á la familia del mandarín para pasar á la isleta, pescar y bogar á su placer por el anchuroso lago. La parte de mediodía y oriente ostenta lozanos bosques llenos de plantas y árboles, ricos en toda variedad de flores y de frutas. Hacia el occidente es de admirar un jardín dividido en varios cuadros, donde rien con gracia y muestran con orgullo la pompa de sus variados colores los más apreciados ornamentos de la flora china. En el centro brota una cristalina fuente cuya agua después de elevarse á grande altura, cae, imitando la lluvia, en un amplio pilón de mármol, de figura de concha, en torno del cual crecen hermosos árboles bajo cuyas copas hay asientos de porcelana donde puede gozarse del fresco de la tarde. Y para que sea más acabada la imitación de la naturaleza, extiéndese por las entrañas de la colina una larga gruta á cuya entrada hay grandes peñascos sobre los cuales quiébrase, hierve y produce agradable sonido el agua de una fuente, que cae formando bellísimas cascadas. Tal es el aspecto que presenta la quinta del mandarín Lí.

LXXXVIII.

LA FLORA CHINA.

A su sabor contemplaron nuestros viajeros la quinta; Zeno, apasionado amante de la naturaleza, dando alguna tregua á los tristes pensamientos que poco antes habían angustiado su ánimo, halló allí la calma y divertimiento; pero Elisa más sensible á las desgracias ajenas, no encontraba consuelo, como quien llevaba fija en el corazón, á manera de aguda espina, la memoria de la infeliz Ocahill. Sin embargo, procuraba disimular su pena á los ojos de los niños, para mejor ocultar la causa que la producía.

Zeno que iba delante con Astolfo, deteníase de trecho en trecho para mostrar á su discípulo las maravillas de Flora, tejiendo como tenía por costumbre, la ilustre genealogía y la misma parentela de las plantas y flores más preciadas. Plantas conocidísimas de nuestros viajeros eran las camelias; pero ellos que sólo las habían visto en nuestros jardines, donde ordinariamente no son más que pequeños arbustos, llenábanse de admiración al verlas aquí tan corpulentas que tenían quince y más metros de altura.

—No te maraville, dijo Zeno á Astolfo, lo que estás viendo. También entre nosotros en el jardín

real de Caserta cerca de Nápoles creció una camelia, plantada allí el año 1760, hasta alcanzar la altitud de quince metros. Cuánto más no crecerá en su país nativo y en un clima cálido como éste?

—Es originaria de la China? preguntó Blanca.

—Si, es planta de la China y del Japón.

—Y por qué se llama Camelia?

—Porque así la denominó Linneo por gratitud al P. Camelli, ó Kamel, jesuita, que fué quien primero la llevó á Europa el año 1739.

—Ah! .. ah!.... exclamó el jovial Astolfo. Ahora comprendo porqué se tiene tanto cuidado de ocultar el origen de este nombre Es el nombre de un jesuita, y tanto basta.. . y así diciendo, reía á todo reir.

—En efecto, añadio Zeno riendo también, los autores del Diccionario enciclopédico impreso en Turín el año 1863 se guardan bien de decir que él era jesuita, y en lugar de Camelli ó Kamel, que tal era su verdadero nombre escribieron Kame, nombre que no se sabe á quién pertenece. Por el contrario, nuestro Diccionario, impreso en 1842 en Venecia, cita el nombre del P. Camelli, y reconoce con Linneo y otros naturalistas el verdadero origen del nombre dado á la más bella de las flores.

—Sea replicó chanceándose Astolfo; pero siempre será para cierta gente una imperdonable falta de Linneo el haber bautizado esta flor con el nombre del jesuita Camelli ó Kamel, cuando podía darle, por ejemplo, el de Kadosch, que es, según oí, el trigésimo grado de la jerarquía masónica, y así llamarla kadoschia en vez de Camelia.

—Déjate de bromas, dijo Elisa. Y dirigiéndose á Zeno, le greguntó:—A qué género de plantas pertenece la camelia?

—A la clase *monadelfia* y al orden *poliandria* de Linneo. Cuéntanse hasta el presente unas setecientas variedades, debidas las más al cultivo y al arte de los jardineros mientras las especies hasta hoy conocidas no pasan de siete, entre las cuales tiene el primer lugar la del Japón, tipo de las galanas variedades que embellecen los jardines de Europa. Si la suavidad de su olor corriese parejas con la variedad y hermosura de sus flores, podría disputar la primacía á la reina de las flores, es decir á la rosa. El gracioso aspecto de la planta, su rico y siempre verde flollaje y la morbidez de sus hojas hacen de ella el más hermoso ornamento de nuestras estufas y nuestros jardines.

—Bien se ve, dijo sonriendo Elisa, que la camelia es la flor de vuestra predilección.

—Oh no, respondió Zeno. En las flores no amo solamente la belleza, sino también la fragancia; y por esto á la camelia prefiero siempre la rosa.

—Pero la camelia, añadió Blanca, es siempre la flor que prefiere nuestro sexo.

—Por una razón muy clara, se apresuró á decir Astolfo. Una flor que es bella, mas no despide olor, simboliza mejor que ninguna otra la vanidad; he aquí porque no puede dejar de agradar á tu sexo.

—Calla, impertinente, replicó Elisa. La vanidad no es defecto de solo el sexo débil sino también del fuerte; á cuántos petimetres verás con la flor de la camelia en el ojal de la levita!

—Oh si pudiera yo, exclamó Blanca, recordar los muchos nombres que oí dar á estas flores!... pero tan sólo uno recuerdo, y es la camelia llamada *la bella romana*. Riéronse todos de la ingenuidad de la niña; y el rostro de Elisa tomó el color de la camelia

roja. Entre tanto el mandarín había hecho cortar de las plantas las más vistosas camelias, y formó un hermoso manojito que regaló á Elisa, quien lo aceptó dándole las gracias con una palabra china que varias veces había oido: *cincin*, gracias, gracias.

El mandarín, como todos los chinos, tenía especial predilección por la peonía Mu-tan, espléndida flor de la China, originaria de las montañas del Hu-nan, y traida á Europa á principios de este siglo. Y con una sonrisita de complacencia que ondeaba en sus labios, vuelto á nuestros viajeros, y mostrándoles la peonía mu-tan, les dijo:—He aquí la reina de las flores, he aquí las *cien onzas de oro*, que tales son los pomposos nombres que le dieron los chinos para denotar la belleza y lo muchísimo que costaba cuando era más rara. Aun hoy el Emperador se hace traer cada año del Hu-nan nueve plantas de esta flor para reemplazar á las que en el clima de Pekín van degenerando. En el jardín que visitaban nuestros viajeros, la peonía Mu-tan, tenía el primado sobre todas las flores. Lucían también su manto de color de sangre las rosas vulgarmente llamadas de Bengala, aunque originarias de la China, y las perfumadas rosas de Banks, precioso dón de Flora que nosotros debemos también á la China, y que, há poco, se cultivan entre nosotros con el nombre vulgar de rosas del té, de las cuales unas son blancas y las otras están teñidas de un rojo poco vivo. Cerca de las rosas ostentaban sus dulces y variadas tintas los girofles chinos, que hoy adornan nuestros jardines, el narciso de la China, la gentil hortensia que de los jardines del celeste imperio fué trasplantada á los nuestros, la magnolia purpurina, aquella originaria de la China y ésta común también al ja-

pón. No menos rica que la terrestre era la flora acuática, la cual en los países cálidos es siempre exuberante y bella.

Más que las flores acuáticas y terrestres atrajeron las miradas y despertaron la docta curiosidad de nuestros viajeros las plantas propias de la China, entre las cuales ocupa el primer lugar la *emphoria li-ci*, planta que crece cinco ó seis metros y tiene las ramas horizontales, las flores pequeñas y en panoja, y los frutos en corimbo, poco mayores que una nuez, encerrados en una cáscara tuberosa, dentro de la cual hay una pulpa delicadísima, de un sabor parecido al de la uva de moscatel, pero más aromática y sacarina. Otras muchas plantas había allí que sería prolijo el enumerar; y de todas el buen Zeno enseñaba á su discípulo las buenas cualidades y los usos que tienen en la economía doméstica y en la medicina, cuando vino à interrumpir su docta disertación el siguiente suceso. Habíase detenido con Astolfo delante de un hermoso árbol de Ciampaca, de flores suavemente olorosas, y recordaban juntos la triste aventura que al pié de un árbol como aquél había tenido lugar en Ceilán, cuando llegó el Sr. Silva, á quien Zeno la refirió brevemente en portugués; y el jardinero que le acompañaba, y entendía esta lengua por haber vivido mucho tiempo en Macao, le interrumpió diciendo: — Bien diversa escena y harto más luctuosa que la que vos referísteis, presenció este árbol el año pasado.

—Cuál fué? preguntaron á una voz y con una ansiedad grande nuestros viajeros.

El jardinero dirigió en derredor una mirada para asegurarse de que nadie de casa le oia; después les hizo prometer el secreto, y á media voz, pero con

aire frío é impasible dijo:—Aquí por celos y disgustos de familia suicidóse una de las mujeres del mandarín, colgándose de este árbol con un cordón de seda.

—Infeliz! exclamaron á una voz nuestros viajeros compadecidos; y Zeno dijo al jardinero:—Y tú que eres el guarda de este lugar, cómo no impediste tan trágica muerte?

—Cómo impedirla, si había llegado su hora? respondió el fatalista chino. Por lo demás, una mujer más ó una mujer menos qué ventaja ni qué daño trae al mundo? Mi amo es rico y puede casarse con cuantas mujeres quiera.

Al oir este indigno lenguaje sintieron nuestros viajeros ira en el corazón y hervir la sangre en las venas; y Astolfo lanzó al jardinero una mirada de fuego; más Zeno le hizo seña que se contuviera y disimulase; y aparentando cierta indiferencia, le dijo:—Contadnos cómo sucedió el trágico fin de aquella desventurada. Cuando el jardinero se disponía á narrar la dolorosa historia, el mandarín que se había adelantado con Elisa, los niños y Perrier, viendo que no llegaba el resto de la comitiva, volvió sobre sus pasos. Al verle de lejos el jardinero, enmudeció, y nuestros viajeros avandonáronse á tristes y angustiosos pensamientos, maldiciendo en su corazón de la poligamia, que hace de la mujer ó una innoble esclava ó una víctima infelíz.

LXXXIX.

LA FAUNA CHINA

Con la belleza y variedad de la flora china corre parejas la de su fauna; pues extendiéndose la China hasta la Zona tórrida, posee además de la fauna propia de las regiones templadas la de las tropicales. Los animales que en la estación del invierno emigran para buscar en un clima más benigno la temperatura y el pasto que más les convienen, en la China pueden llamarse estacionarios; pues sin traspasar los confines, encuentran allí en abundancia todo lo necesario á la vida; por manera que esta región está más pob'ada que ninguna otra de animales domésticos y salvajes. Una obra de gruesos volúmenes debería componer el naturalista que quisiera describir la zoología del celeste imperio. A tanto no llegan nuestras fuerzas; y la índole misma de esta narración no nos consiente más que desflorarla, indicando tan sólo lo que en ella hay de más singular y maravilloso. En lo cual imitaremos al pintor que habiendo de presentar en un lienzo un grupo de figuras, coloca algunas bastante iluminadas en medio del cuadro, y pone las otras en

segundo término indicándolas con ligeros toques de pincel.

Entre los animales silvestres merece el puesto de honor el almizclero, célebre por el oloroso perfume que nos regala, don precioso para nosotros y funesto para él, porque es causa de la implacable guerra que le mueve la codicia del hombre. Es el almizclero del tamaño de una cabra, tiene la agilidad de la gacela, las agraciadas formas del antílope, pero es áspero y velloso el manto que cubre sus elegantes y bien contorneados miembros. Tiene la cabeza oblonga, los ojos grandes, negros y llenos de expresión, la frente inerme, pero la boca armada de largos y corvos caninos que le sirven de defensa y de instrumento para arrancar las raíces y cortar las ramas de los arbustos de las cuales se alimenta. El macho lleva bajo el vientre encerrada en una gruesa glándula una olorosa substancia, la cual, cuando está fresca se parece, á un ungüento, y cuando seca, se condensa en una especie de resina de color rojo obscuro, que después se torna negra, y es de un sabor amargo y acre. El almizcle chino es mejor que el de otros países, y por ésto es el más buscado por la medicina como remedio, y por la voluptuosidad como perfume.

Los almizcleros, tímidos por naturaleza, y más todavía por la despiadada caza que la humana codicia les dá, apenas se atreven á salir de sus guaridas durante el día; y aguardan para salir á buscarse el alimento, las protectoras sombras de la noche. Viven en las cumbres de los montes y escóndense en los lugares más abruptos é inaccesibles, donde con una ligereza igual á la de los rebezos lánzanse de un peñasco á otro. En el invierno viven

parcamente comiendo alguna que otra yerba que encuentran en las peladas rocas; pero en la bella estación se regalan con los tiernos y jugosos vástagos de los arbustos, principalmente del *rhododendrum dauricum* de Linneo.

En vano intentóse domesticarlos; ellos no soportan el yugo de la esclavitud, y si cogidos en un lazo son hechos prisioneros, consúmelos la tristeza, y mueren pronto. Sin embargo, el mandarín á fuerza de industria y cuidado había conseguido conservar viva durante dos años una hermosa pareja, adquirida por una crecida suma, pero que en la prisión había perdido la fecundidad. Deseoso de mostrarla á nuestros viajeros, los invitó á seguirle á donde la tenía encerrada en una extensa y elevadísima cerca; pero los dos tímidos animalitos no bien percibieron por el olfato la proximidad del hombre, su capital enemigo, corrieron á ocultarse entre unas rocas que imitaban la de las cumbres donde habían nacido. Zeno para compensar de algún modo á sus compañeros de este disgusto, echó mano á su erudición zoológica, y comenzó á discurrir sobre las costumbres y cualidades de estos animales; luego pasó á indicar los muchos modos que tiene el comercio de adulterar el almizcle, y los varios métodos que hay para descubrir las falsificaciones.

No lejos de los almizcleros saltaban dentro de otras dos cercas los ciervos de la India, y los Kranchil originarios de Sumatra; aquéllos los más elegantes de la familia de los ciervos; éstos los más vistosos entre las cabras de almizcle. Zeno empezó á hablar de los antílopes propios de la China, de las gacelas, de las martas cibelinas que suministran preciosas pieles al comercio nacional y extanjero, de

una raza de cabras de las cuales saca la industria china una morbidísima lana.....

Aunque el mandarín oía con gusto la docta disertación de Zeno, vióse precisado á interrumpirle, porque apuraba el tiempo, y él deseaba mostrar á nuestros viajeros un espacioso parque provisto de cuanto tiene de más hermoso la alada familia del celeste imperio. Allí pudo nuestra comitiva contemplar á su sabor en toda su real majestad al rey de las aves chinas, al faisán dorado. La elegancia de sus formas, la gracia de su andar, la agilidad de sus movimientos, y sobre todo los deslumbradores colores que adornan su incomparable plumaje, todo concurre á hacer de él una de las más hermosas criaturas que salieron de las manos del Artífice divino. Sobre la cabeza tiene un capote de plumas doradas que ondean al viento, ó caen con gracia sobre una espléndida gorguera que protege y adorna su cuello. Cubre su dorso un brillante manto de plumas doradas y rojas, el cual termina en una larguísima cola cuyas plumas están matizadas de los más varios colores. Al verle pasear, cree uno ver á un monarca en toda la majestad de su real continente.

Dentro del parque revoloteaban los mirlor azules, rojos y verdes, especies todas propias de la China; los papagayos que embellecen los bosques de la China tropical, los papamoscas del paraiso y otros mil y mil. Largo tiempo permanecieron contemplándolos nuestros viajeros, prorrumpiendo ya uno ya otro en exclamaciones de maravilla, mientras Elisa en su corazon bendecía al Creador que tan magnífico y bello se muestra en todas sus obras. No era la belleza el único encanto que recreaba el ánimo

de nuestros viajeros; contribuían á redoblar su placer las inimitables melodías de numerosos cantores del aire, entre los cuales descollaba la calandria de la China. Su voz se acomoda á todos los tonos con morbidez y gallardía sin rival, ora recorriendo un prolongado gorgeo, ora subiendo á notas más argentinas, ora modulando un canto variado y armonioso. Y lo que es más admirable, este pájaro, verdadero rey de los cantores, además de sus propias armonías introduce en su canto estrofas propias de otras aves, imitando á perfección los límpidos trinos del canario, el suave gorgear del ruiseñor, el canto de la golondrina, el grito del mochuelo, el graznido del cuervo y otros sonidos agudos, graves, estridentes, aprendidos de otros cantores, y que se complace en repetir y variar á su talante.

La calandria es el eco de todas las aves; y si se la educa, no hay músico que la iguale en la perfección del canto.

Aunque bastante común en la China, es, sin embargo, tan estimada y buscada por los chinos, que alcanza subidísimos precios.

Nuestra comitiva no sabía separarse de aquel parque donde á la vez recreaba la vista y el oido; pero el mandarín la invitó á pasar á un salón que era un pequeño museo de los tres reinos de la naturaleza. Para europeos acostumbrados á contemplar los grandiosos museos de nuestras principales ciudades, sólo había allí de nuevo una completa y maravillosa colección de insectos y mariposas propias del celeste imperio, las cuales superan en belleza cuanto se puede imaginar en éste género, en términos que sus espléndidos despojos son objeto de tráfico con Europa. Distinguíanse entre todas,

las mariposas de la montaña Lo feu cian, notables por la variedad y lo vistoso de sus deslumbradores colores. la magnitud de su cuerpo y la anchura y pompa de sus alas, en lo que sacan gran ventaja á las nuestras.

En medio de la maravilla que á nuestros viajeros causaba la vista de aquellas pequeñas pero bellas criaturas, sobre cuyas alas reunió el Criador todos los tesoros de la luz, asomó á sus labios una sonrisa cuando fijaron sus miradas en una curiosísima raza de mariposas de aletas verdes, puntuadas de carmín, las cuales en lugar de la sutil y casi invisible probóscide, tienen el labio superior prolongado formando una gruesa trompa que semeja una corneta, cuyo sonido imita al volar, y de donde les vino el nombre vulgar de mariposas de trompeta.

La docta curiosidad de nuestros viajeros estaba satisfecha con lo que allí habían visto y admirado; pero en algunos quedaba por satisfacer un deseo más vivo y más punzante que cualquiera otro, es decir, el de saber las circunstancias del trágico suceso del cual aquel lugar de delicias había sido infausto teatro, como poco há indicamos. Por lo que Astolfo aproximándose à Zeno, le dijo al oido que buscase modo de hablar á solas con el jardinero sin que lo advirtiera el amo; mas Zeno respondióle que por entonces no era posible; Astolfo se aquietó. Entretanto el mandarín hizo pasar á los visitantes á otra sala donde había reunido muchísimos ejemplares de los más apreciados minerales de la China.

BIBLIOTECA REGIONAL UNIVERSITARIA

LXXXIX.

LAS RIQUEZAS MINERALES DE LA CHINA.

No es menos abundante esta afortunada tierra en tesoros minerales, que en producciones vegetales y animales. Ella encierra en sus entrañas minas de oro y de plata, de mercurio, de zinc, estaño, plomo, hierro y otras riquezas, como calamita, carbón fósil, petróleo, sal, tierras de color, y mármoles de todas clases, pórfido, serpentina, mármol blanco, negro, cuarzo, cristal de roca, ágata, etc. etc. Encierra también un tesoro de piedras preciosas: lapizlázuli, cornalina, rubíes, amatistas y esmeraldas. En suma, parece que la naturaleza quiso reunir allí cuantas riquezas minerales esparció por otras partes. De toda esta riqueza había en la sala ejemplares, cada uno de los que tenía escrito su nombre chino y el de la provincia y lugar de su procedencia.

Lo que más fijó la atención de nuestros viajeros fueron las llamadas piedras sonoras, de las que hacen los chinos ciertos instrumentos músicos, tanto más apreciados, cuanto más antíguos son. Lèese en un comentario del Ciu-King, uno de los libros canónicos de la China, redactados por Confucio, que

los antíguos habiendo reparado en el sonido que producían ciertas piedras heridas por las corrientes de las aguas, imaginaron hacer de ellas instrumentos de música, que llamaron King. Las piedras sonoras conocidas en la China, diferéncianse notablemente entre sí por la dulzura, la intensidad y la duración del sonido; la que las supera á todas es la denominada *ju*, conocida ya desde el año 1122 antes de J. C.

La colección de piedras sonoras y de los instrumentos con ellas formados regocijó grandemente á los niños, que no cesaban de ensayar ora unos, ora otros, como más les agradaba; mientras los otros visitantes acercándose á Zeno, pusiéronse á conversar sobre los productos minerales más útiles á la China, tomando mucha parte en la conversación el mandarín, muy amante de estos estudios.

—Si nuestra Italia, empezó diciendo Zeno, poseyera, no digo las minas de oro, plata, mercurio y otros metales en que abunda la China, sino alguna mina de carbón fósil, qué riqueza no sería la nuestra? Hasta aquí no encontramos en nuestros montes más que leña, de la que al presente hacemos uso, mientras desde tiempos remotísimos la China se sirve del cárbon fósil, según se halla en la naturaleza.

—Ciertamente, añadió el señor Silva, nuestro portugués el P. Semedo, jesuita, lo dice; y advierte que las minas de las que se saca la piedra inflamable, son inagotables, y que los Chinos de Pekín la saben preparar tan bien que el fuego no se apaga jamás.

—Y nuestro Marco Polo, continuó Zeno, refiere haber visto él en Catay, esto es, en la China sep-

tentrional, quemar por todas partes piedras negras, las cuales no eran sino carbón fósil: y recuerdo haber leido en Bartoli y en las Memorias de los misioneros jesuitas que desde tiempos antíguos es muy comùn en la China el uso de una piedra bituminosa; la cual, decían ellos, arde muy bien y produce un calor más intenso y duradero que el carbón.

—No es eso sólo, dijo el mandarín con una sonrisa de complacencia. Otro producto con que se envanece la industria europea, y cuyo descubrimiento se apropia, es el petróleo. Pues bien, este combustible tan precioso está en uso, há ya muchísimo tiempo, entre nosotros, y encuéntrase en casi todas las provincias principalmente en la de Kuan-su.

—Cierto, dijo Zeno, vuestros son estos decubrimientos; y para mostraros que somos justos apreciadores de vuestra industria nacional, reconocemos gustosos que vosotros tenéis también el mérito de haber sido los primeros en conocer el gas inflamable y sacar de él algún partido.

—Con que os son conocidos, exclamó maravillado el mandarín, nuestros pozos de fuego?

—Quién puede desconocer, respondió Zeno, esas fuentes de gas que entre otras riquezas posee vuestra patria?

—Miles de años há, dijo el mandarín, que se conocen y aprovechan, como consta por nuestras historias y las poesías de nuestro célebre Tu fu (1).

—También hacen mención de ellos replicó Zeno, Trigant, Pauthier y otros que escribieron sobre las cosas chinas, y más recientemente el misionero M.

---

(1) Floreció este poeta en el siglo octavo de nuestra era, y es llamado por Remusat el Byrón de la China.

Imbert, quien el año 1829 escribía haber visto un gran número de estos pozos á las faldas de las montañas que se desprenden de la gran cadena del Tibet. Refiere este misionero que aproximando á la boca de uno de estos pozos una candela encendida, sale con temible estruendo una columna de fuego de ocho á diez metros de alta, cosa que sucede á menudo ya por imprudencia, ya por ciego frenesí de los mineros que quieren suicidarse.

—Esto sucedió, añadió Perrier, pocos años há según oí referir á un piloto chino.

—Demasiado, añadió el mandarín; sin embargo, aquellas bocas de fuego sirven á maravilla á nuestras necesidades. Un tubo de bambú aplicado á una de esas bocas conduce el gas para alumbrar las oficinas que se instalaron en aquellos contornos; para caldear los hornos, y para otros usos mecánicos y domésticos.

—Lo confirma, en efecto, dijo el señor Silva, el historiador antes citado, el P. Semedo, el cual há más de dos siglos, escribía «que así como nosotros tenemos en Europa pozos de agua, tienen los chinos pozos de fuego para todos los usos domésticos.»

No cabía en sí de contento el mandarín viendo á unos extranjeros tan enterados en las cosas de la China, y tan imparciales en sus juicios; lo cual fué causa de que creciera el afecto que ya les profesaba, y que había de contribuir al buen éxito del negocio que tanto les preocupaba. Por temor de perderlo, no se atrevió Zeno á satisfacer el deseo de Astolfo. Pero éste que ardía en deseos de saber las circunstancias del trágico suceso indicado por el jardinero, á menudo le hacía señas con la vista y con el codo para inducirle á lo que tan ardiente-

mente anhelaba. La experiencia y los años hacían á Zeno cauto y prudente, por lo cual fingió no comprenderle; y cuando pudo hablarle una palabra al oido, díjole lisamente:—No me desbarates mi plan. ¿Quieres que me exponga á infundir sospechas en el mandarín, y á perder su amistad, tan útil para nosotros? Ay! si él llegase á saber ó siquiera á sospechar que habíamos querido inquirir un secreto de su familia y conocer un misterio que por nada del mundo él quería que se supiera!

Astolfo no supo que oponer á ésto, y enmudeció. Elisa que hasta entonces había estado entretenida con los niños que andaban saltando en torno de las piedras sonoras, viendo que se inclinaba el sol hacia el ocaso, aproximándose con aristocrática majestad al mandarín, le dió en nombre de todos las más afectuosas gracias, y se dispuso á partir.

Lo cual viendo el mandarín, apresuróse á llamar á su familia, que se había retirado á sus habitaciones, para que viniese á cumplimentar á los huéspedes y despedirse. Presentóse al instante, y renovó las acostumbradas inclinaciones y cortesías prescriptas por el ritual chino, sin faltar un ápice; nuestros viajeros á quienes causaba fastidio la novedad y exageración de aquellos cumplimientos, correspondieron lo mejor que les fué posible y dirigiéronse á la puerta principal del palacio. Aquí los aguardaba la misma música que los había recibido al entrar, la cual al instante dió fuego á las castañuelas y aire á las flautas, clarines y trompetas, mientras nuestros viajeros subidos á las sillas, hacían descubriéndose, el último saludo al cortés mandarín y á su familia, que medio escondida detrás de la puerta, como manda el ceremonial chino, aparecía

de nuevo para dar á los huéspedes el último adios. No se habían alejado éstos cincuenta pasos, cuando el mandarín despachó detrás de ellos un mensajero para darles las gracias por el honor que le había dispensado con su presencia; lo cual está igualmente prescripto por el ritual, y se acostumbra hacer con todos los visitantes de cualquier clase que sean.

XC.

LA PARTIDA

Teñían de púrpura y oro la región occidental los últimos rayos del sol, cuando nuestra comitiva volvió á entrar en la ciudad; y no bien subió al hotel, supo que dentro de dos horas zarparía un vapor inglés con rumbo á Tien-sin, tocando antes en el purto de Hong-Kong.

La ocasión no podía ser más propicia para Zeno que tenía pensado, como en otro lugar dijimos, ir á Pekín en busca del marido de Elisa con el piadoso intento de volverle al seno de su familia. Por lo cual llamando á Elisa aparte, tuvieron una secreta conferencia, terminada la cual, encerróse Elisa en su gabinete, y á toda prisa escribió una carta en la que hacía á su marido una breve relación de cuanto el buen Zeno había hecho y sufrido por amor á su familia, recomendándole á la vez que le recibiese como á uno de los suyos, pues así lo exigía la gratitud debida á tan grande bienhechor. Mientras Elisa escribía esta carta, hallábase Zeno asediado por los dos niños, quienes viendo que se disponía á partir, mostrábanse inconsolables, y llorando amargamente, lamentábanse de que los abandonase para ir tan le-

jos, cuanto está Pekín de Cantón. Astolfo que conocía el secreto de aquel viaje, aunque sentía también la amargura de esta temporal separación, consolábase con el pensamiento de un pronto retorno, y con la dulce esperanza de verle pronto volver en compañía de su padre. Con esta misma esperanza se esforzaba en calmar el dolor de Blanca y Patricio, diciéndoles:—Pues qué no queréis que marche Zeno al encuentro de papá, para conducirle sano y salvo á nuestros brazos?

—Oh si, respondió Blanca moviendo á un lado y á otro la cabeza, papá necesita que le sirva él de guía! No sabe acaso el camino? Si él hubiera querido abrazarnos, no se hubiera alejado de Hong-Kong; no hubiera marchado á Pekín! Esta inesperada respuesta desconcertó á Astolfo, el cual no sabiendo qué replicar, hizo á Zeno una seña, como para consultarle lo que debía decir; y Zeno vino en su ayuda, y dijo á Blanca:—Al oirte hablar así, cualquiera creería que dudas del amor de tu padre! Y quieres tú, Blanca, hacer tal injuria al corazón de un padre? La niña respondió:. Por qué, pues, huye de nosotros?

—Cómo! qué dices! Te puede pasar por las mientes una sospecha tan atroz? No te dijimos mil veces que él se ve, contra su voluntad, precisado por sus urgentes negocios, como decía él mismo, á alejarse? No te dijimos que presto volará al seno de su familia?

—Ah si, los negocios, los negocios!... replicó la incrédula niña moviendo á un lado y á otro su rubia cabecita, y sonriendo amargamente. Acaso no está la familia sobre todos los intereses del mundo?

—Pero el interés mismo de la familia, niña mía,

exige á menudo que el padre se aleje para orillar aquellos negocios de los que depende el sostenimiento y el buen estado de la misma. Y si esto hubiera sucedido á tu padre, qué tendrías que replicar?

Mientras Zeno pronunciaba de mala gana estas palabras, con que sin mentir disimulaba cuidadosamente la verdad para evitar el disgusto de una odiosa revelación, su corazón hablaba de bien distinta manera, y decía: Pobre inocente niña, qué bién aciertas! Cómo la mirada de tu alma purísima traspasó el velo con que inútilmente procuramos ocultarte un hecho que habría sido un cuchillo para tu corazón! Y ahora qué decirte para tu consuelo? Ahora que tu alma lo entrevé y tu corazón lo presiente?

Mientras Zeno se abandonaba á estos pensamientos, y conmovido hasta derramar lágrimas volvía á otro lado su rostro, Elisa, terminada la carta, entraba en el saloncito y se la mostraba á Zeno. La hora de la partida se avecinaba; y el señor Silva que había estado ayudando á Zeno á disponer su equipaje, cuando hubo terminado su faena, le dió un cordialísimo abrazo, augurándole un feliz viaje; lo mismo hizo Perrier con gran ternura de afecto. Elisa estrechóle varias veces la mano, diciéndole:—Yo no sé, Zeno, cómo daros las gracias y cómo testificaros mi reconocimiento. Sólo Dios puede recompensaros dignamente todo el bien que nos hicísteis; yo le rogaré por vos cada día.... si, cada día; y no pudo decir más: gruesas lágrimas comenzáron á rodar por sus mejillas. Astolfo le abrazó y le besó tiernamente, no sin derramar también algunas lágrimas. Pero la escena más conmovedora fué el adios de los niños pues acostumbrados á mirar á Zeno como un segundo padre, no podían resignarse á verle ahora par-

tir, y á tan lejanos países. temerosos de no volver á verle y abrazarle. Era un tierno espectáculo oir ora á Blanca, ora á Patricio decir entre llantos y sollozos:—No queremos que marche Zeno: Zeno debe quedar con nosotros. Y entretanto teníanle fuertemente asido, Blanca de un brazo y Patricio del otro. Zeno creyó consolarlos diciendo que unos pocos días le bastaban para ir á Pekín y estar de regreso en compañía de su papá! Vana esperanza! Los niños mostrábanse inconsolables. Pero el tiempo apremiaba; Zeno estrechó contra su pecho varias veces á los niños, les dió un beso en la frente, y enjugándose las lágrimas que asomaban á sus ojos, dirigióse con toda la comitiva hacia el puerto. Aquí, vuelto al señor Silva encomendóle de nuevo la familia romana y el negocio de Patricio; y diciendo á todos adios, subió al vapor. Los niños mirábanle tristes y llorosos, mientras él esforzándose en reirse saludábalos con la mano desde la popa de la nave. El vapor zarpó del puerto, y Elisa y sus hijos siguiendo á Zeno con los ojos, agitaban los blancos pañuelos para saludarle también; pero presto desapareció el navío entre aquel laberinto de naves que cubrían el Pe-Kian; y ella y los suyos regresaron tristes al hotel.

XCI.

DE CANTÓN Á MACAO.

El día siguiente era el fijado para la marcha de toda la comitiva; y el señor Silva que había empezado á hacer dignamente las veces de Zeno, se apresuró á despedirse del Cónsul inglés, recomendándole con calor excitase al mandarín *Lí* y al tesorero de la provincia á llevar á cabo cuanto antes lo convenido con el Virrey; y obtuvo buenas promesas, que no fueron desmentidas por los hechos. Escribió después al mismo Mandarín dándole gracias por sus atenciones, y rogándole á la vez que apresurase los aprestos de la expedición de la cual le había encargado Su Excelencia.

Llegada la hora de la partida, condujo á Elisa y á los hijos de ésta al lugar del embarque y juntos salieron á bordo del vapor *La Fléche* que diariamente iba de Cantón á Macao. Perrier que los había acompañado al puerto, vióse también esta vez obligado á separarse para regresar á Hong-Kong, donde le aguardaba el capitán del Chinemail Sus compañeros de viaje, especialmente Patricio, experimentaron dolor por ello; pero acostumbrados á verle

ausentarse cada poco tiempo, y después aparecer de improviso, consoláronse con la esperanza de un pronto retorno.

El trayecto entre Cantón y Macao es muy corto, y lo hace delicioso y alegre la vista de las isletas y riberas de Cantón, que va costeando el vapor.

La ciudad de Macao, á la que los portugueses cristianamente llamaron *Nombre de Dios*, es la más antigua colonia europea de la China, fundada por aquellos arriscados mareantes, más de tres siglos há, sobre un cabo, que sale de una isla denominada Hiang sciang, ó más comunmente Macao (1), á la cual se une por una angosta lengua de tierra, y avanza dentro del mar como unos cuatro kilómetros. Parte de la ciudad está en llano; parte extiéndese por varias colinas sobre las que se levantan ciudadelas y fortines, y también templos dedicados á la Virgen, que fueron y son su más seguro baluarte.

Por la banda del septentrión vése una planicie de algunas leguas rodeada de una cadena de montes que con sus onduladas cimas graciosamente se proyectan sobre el fondo azul del cielo, y forman como el marco del cuadro. Allí el terreno empieza á subir con dulce pendiente, y está todo cultivado, verdegueando toda suerte de plantas; pero después se eleva formando montes casi verticales llenos de rocas resquebrajadas por el incesante golpear de las aguas, y cavernas, madrigueras de tigres y serpientes. Estas fieras saliendo de sus escondrijos,

(1) De aquí trae origen el nombre de aquel espacio de tierra próximo á la puerta Pia en Roma, que pertenecía á los Jesuitas al cual por haber sido comprado con dinero expedido desde Macao, se le puso este nombre, con el que aun hoy se le conoce.

penetran á veces en lugares habitados con el fin de hacer presa; y hay memoria en Macao de un tigre muerto en una calle pública de la ciudad, á la que por esto se dió el nombre de *matatigre*.

Por el lado de oriente y mediodía la pequeña península, y con ella la ciudad, encórvase á guisa de anfiteatro sobre el mar, donde con sus elegantes edificios de estilo europeo se mira como en un espejo, teniendo en frente dos isletas, que son como sus centinelas avanzadas. En esto aseméjase á la ciudad de Nápoles, la cual parece surgir del seno de las olas, y elévase con suave pendiente por colinas sembradas de casas, palacios, villas y jardines, arqueándose después dulcemente sobre las aguas de su golfo, donde, como Narciso, se contempla y de su misma belleza se enamora. Y para que nada falte á la semejanza, tiene también Nàpoles delante de sí dos isletas, puestas allí por la naturaleza para su defensa; y detrás un monte, donde en lugar de los rugidos de las fieras óyense los subterráneos mugidos del amenazador volcán; y en vez, de borbollones de agua salen con ímpetu torrentes de fuego.

Entre la ciudad de Macao y sus islas duermen tranquilas las aguas de la rada, á donde vienen á anclar las naves de gran calado, las cuales por necesitar mucha agua, no pueden dar fondo en el angosto canal, ó en el puerto de la ciudad, formado por la desembocadura del río. El Gobierno imperial concedió esta faja de tierra, á trueque de un tributo anual (1), á los portugueses con el doble fin de re-

(1) Hácia el promedio de este siglo, habiéndose rebelado contra los portugueses los chinos de Macao, y asesinado traidora-

compensarles el auxilio prestado contra los piratas, y de librarse de las correrías de estos bandidos.

A tal punto había llegado su audacia, que, una vez, no dudaron sitiar con una flota la misma metrópoli de la provincia, esto es, Kuang cien, ó Cantón. Los portugueses después de haber ahuyentado á una banda de aquellos malandrines, que allí se ocultaban como en seguro lugar, para salir á ejercer sus piraterías por el mar y tierras colindantes, levantaron fortificaciones poderosas á defenderlos de las sorpresas y asaltos de los enemigos. Vióse claro que habían provisto bastante á la seguridad de su naciente colonia, cuando ésta fué asediada por la flota holandesa, poderosa en hombres y en naves; pues los macaenses desde sus fortificadas rocas disparando con su gruesa artillería sobre las naves enemigas, echaron una á pique, y dejaron tan maltrechas otras, que á duras penas podían sostenerse sobre las aguas. No menos valerosas mostráronse poco después cuando el enemigo desembarcando durante la noche una parte de su gente, puso cerco á la ciudad; pues al reir del alba acometieron con tal impetuosidad, que los holandeses, no sosteniendo el combate, despavoridos y desordenados refugiáronse en las naves; más no pudieron hacerlo tan prontamente, que no cayesen muchos en manos de los macaenses, por quienes hechos prisioneros de guerra, fueron después empleados en los trabajos de fortificación, y constreñidos á levantar con sus propias manos el lienzo de muralla que habían desmantelado con sus cañones desde las naves.

---

mente al Gobernador de la colonia, señor Amaral, cesóse de pagar el tributo al Gobierno imperial, cuya complicidad en la rebelión y en el asesinato parecía manifiesta.

Así defendida la colonía y preparada contra todo ataque posible, así por el lado del mar, como por el de tierra, pudo, en el descanso de una larga paz darse toda al comercio, y prosperar á la sombra de la bandera portuguesa, la cual en aquellos tiempos era para el oriente lo que fué para el occidente el lábaro de Constantino, esto es, el símbolo de la victoriosa religión de Cristo cuyas sagradas Llagas lleva bordadas en sus plieges. En torno de ella se agruparon cuantos de Europa iban á la China, estimulados ó por la sed de las almas, como los misioneros, ó por la del oro, como los mercaderes, por manera que Macao llegó á ser el centro de todas las misiones del extremo Oriente, la grande escala de todo el comercio chino con Europa, y el único puerto seguro donde podía esperar á que soplasen los vientos para navegar al Japón, á Filipinas, al Tonkin, á Cambog, á Siam y á Malaca. Por esto puede calcular el lector cuán florecientes estuvieron allí en aquellos dichosos tiempos la religión, la iudustria, el comercio y la riqueza pública. Pero desde el día en que los cañones ingleses y franceses derribaron las puertas del celeste imperio, cerradas durante mucho tiempo á los europeos, y franquearon tantas puertas al comercio, cuantos fueron los puertos abiertos por el tratado de Pekín, comenzó á decaer en Macao el tráfico, y con él su prosperidad y su riqueza. Cuando después se levantó, merced á los ingleses, la ciudad de Hong-Kong, próxima á Macao y con un soberbio puerto, allá se trasladó al momento el gran comercio europeo y chino dejando á la ya floreciente colonia portuguesa en un estado de abatimiento del que no fué bastante á sacarla toda la actividad

de sus industriosos ciudadanos; antes muchísimos de éstos viéronse forzados por la necesidad de las cosas á emigrar á Hong Kong, ó á otros puertos para continuar allí su tráfico, ó proveer de otro modo á la propia subsistencia, llevando consigo aquella aptitud para el manejo de los negocios y el conocimiento de la lengua y las costumbres, que los hace útiles y apreciables á todos los mercados extranjeros. Una sola supremacía quedábale á Macao, y era la religiosa por la cual estaba ufana, como que gloriábase con razón de haber tenido por fundadores á los valerosos portugueses que acompañaron en todas sus gloriosas expediciones al grande Apóstol del Oriente. En verdad, desde aquel tiempo en adelante había sido el centro de donde partieron los rayos de la fe á iluminar el extremo oriente, y el refugio de todos los apóstoles que recorrieron el Japón, la China y los paises circunvecinos para dilatar el reino de Jesucristo. Pero, ¡oh instabilidad de las cosas humanas! también esta corona de gloria le fué arrancada de la frente, y no ya por extranjeros, sino por el mismo Gobierno portugués con una ley de ostracismo contra todas las órdenes religiosas, de cuyas filas salían los predicadores del Evangelio. De esta suerte Macao, habiendo perdido, no por culpa suya, la gloria más envidiable, está sentada, cual reina despojada de su corona, sobre sus rocas, suspirando por el tiempo pasado, pero conservando vivo bajo la ceniza, el sagrado fuego de la fe de sus abuelos, la cual no fué bastante á destruir el soplo infernal de la revolución. Elocuente prueba de esto son los templos restaurados, el esplendor del culto, el hambre de la divina palabra, el respeto á las iglesias y á los ministros del altar, el pedir contínuamente el regreso de las comunidades religiosas; y tan-

tos sacrificios como aquel generoso pueblo se impone para sostener la educación cristiana y literaria de la juventud, la misión china y otras obras de piedad y caridad cristiana.

Tal era el estado de Macao cuando allí arribó la familia romana, la cual alojóse en una elegante casita situada en la *Praia grande*, que es la más bella y espaciosa calle de la ciudad, adornada por el lado del mar de una larga hilera de árboles, y por el lado opuesto de bellos y cómodos edificios, detrás de los cuales yérguense dos pequeñas colinas, dominada la una por un baluarte que mira al jardín público, y la otra por una capilla dedicada á la piadosa estrella del mar, á María, de quien los macaenses son tiernamente devotos.

Elisa al poner el pié en aquella tierra cristiana, sintióse toda confortada; observó, que se serenaba su espíritu. Sus hijos que eran su fiel espejo, y reflejaban los pensamientos y los afectos, sonreían también de contentos; y el señor Silva gozaba viendo á todos satisfechos. En el nuevo hospedaje, preparado por la diligencia de un hijo de éste, Elisa encontróse con una carta escrita por Zeno á su llegada á Hong-Kong, y era del tenor siguiente:

«*Apreciabilísima Señora*: A mi regreso á Hong-Kong me aguardaba una carta de nuestro amigo de Singapoore, M. White, en la cual me dice que por allí se habla de la actividad y audacia que despliegan los piratas de la bandera negra, cosa que hace suponer entre ellos la presencia de Maroto. Cuanto á sus sicarios detenidos en las cárceles de Singapoore, nada de nuevo. Su proceso marcha con lentitud, pues el Gobierno espera poder arrancarles con los rigores de una larga prisión alguna revelación importante.

»He aprovechado el corto tiempo que la detención del vapor me concedía, para visitar de nuevo á S. E. el Gobernador de Hong-Kong, quien me dijo haber tenido noticia el día anterior por el Cónsul de Cantón de nuestra visita al Virrey, y de cuanto en ella se había tratado y convenido; y que nosotros podíamos descansar tranquilos sobre su palabra, pues él, como nos lo había prometido, no daría paz á la mano hasta conducir á feliz resultado nuestra empresa. Gracias sean dadas á Dios: este negocio me parece bien dirigido. Ahora réstame solo enderezar todos mis pensamientos á realizar el otro designio nuestro. Vos sabéis que más difícil es conquistar un corazón tiranizado por una pasión, que debelar á un enemigo extranjero: ayudadme, pues, con vuestras oraciones, que con el auxilio divino también esta empresa será llevada á feliz término, pues el corazón de los hombres está en las manos de Dios, y El lo mueve cómo y á donde más le agrada.

»Incluyo en ésta un billete de visita para la señora doña María P. M. (1), con quien deseo contraigáis estrecha amistad; pues es señora en quien las excelentes prendas del entendimiento corren parejas con las del corazón, por manera que será para vos, como otra vez os dije, el ángel del consejo y de la confortación.

»Un abrazo y un beso en mi nombre á vuestros hijos, y un afectuoso saludo al señor Silva.

»Son las once de la noche; el vapor levanta las áncoras; yo parto para Tien tsin.

Rogad por mí Adios —*Zeno*.

---

(1) Solo ponemos las iniciales porque esta matrona vive todavía.

Esta carta alentó el corazón y confirmó las esperanzas de Elisa, que llena de confianza en Dios no abrigaba la más ligera duda sobre el feliz resultado de la misión de Zeno, y lo mismo sobre lo que decía relación á su hijo adoptivo, Patricio, de quien se había encargado de un modo especial el señor Silva, varón de rara actividad, prudencia y bondad de alma, siempre pronto á hacer bien á todos.

Durante algunas horas de aquel día, y hasta entrada la noche, estuvo Elisa recibiendo las visitas y cumplidos de muchos parientes y amigos del señor Silva, que dejaron en su alma un grato recuerdo de la delicada cortesanía de los macaenses.

Astolfo hallábase contentísimo por encontrar allí amigos que le hacían menos dolorosa la ausencia de la patria.

XCII.

TRADICIONES CRISTIANAS.

El día siguiente á la llegada, Elisa con sus hijos devolvió la visita á las personas que habían ido á cumplimentarla, y visitó también, acompañada del señor Silva, que le servía de guía, los templos cristianos de Macao. Entre éstos descollaban la nueva Catedral, construida poco había á expensas de los macaenses; la iglesia y el colegio de San José, que es el más notable edificio de la ciudad, obra de los antiguos misioneros de la Compañía de Jesús (1), y el antiguo templo de San Pablo, del cual no quedan en pié sino cuatro lienzos de los muros medio derruidos, conservándose intacta sola la fachada de la iglesia, basada

(1) Había allí también entonces algunos PP. Jesuitas no reconocidos por el Gobierno, y sin embargo, enviados allá por el mismo á instancias de los macaenses para abrir allí escuelas y Seminario. Estos Padres fueron brutalmente expulsados, despues de 10 años de fatigas, á petición de la francmasonería portuguesa, que arrancó al Gobierno un decreto de ostracismo, que lleva la fecha del 20 de Septiembre de 1870. Por manera que el día en que los italianos entraban por el Macao de Roma en la Ciudad Eterna, debían los Jesuitas salir desterrados de Macao de la China, que dió nombre al de Roma. Curiosa y extraña coincidencia!

sobre una roca, hecha toda de piedras de sillería, alta, majestuosa, atrevida, adornada de columnas y de figuras simbólicas en relieve, solitario monumento del arte cristiano en la China, que desafió durante casi dos siglos los rayos y los tifones. Lo restante de la iglesia, con el anexo colegio de San Pablo, no era más que un montón de escombros y piedras calcinadas, fúnebre resto del incendio que había devorado, seis lustros antes, aquel grandioso edificio.

Delante de aquellas tristes ruinas detúvose silenciosa y meditabunda Elisa considerando los destrozos causados aun en el extremo oriente por el furor de la impiedad sectaria, que desde fines del pasado siglo hasta nuestros días extendió su mano de fuego y su martillo demoledor sobre los más notables monumentos cristianos; Astolfo contemplaba también y callaba! absorto en semejantes pensamientos, cuando el señor Silva interrumpió su silencio, diciendo:—Aquí estuvo el más grandioso templo de Macao y el más famoso colegio de mi patria, uno y otro obra de los jesuitas, establecidos en esta ciudad desde el año 1565, los cuales los levantaron con las manos de los japoneses confesores de la fe, desterrados en odio á Cristo de su patria, y refugiados en esta antigua roca del cristianismo. Esto nos hacía doblemente apreciables dichos dos monumentos, cuando por desventura nuestra un soldado puso inadvertidamente (1) fuego á

(1) Así al menos se dijo, y queremos creer que así fué. Sin embargo, nos refirieron allí personas fidedignas que mientras se propagaba el incendio, el Gobernador de la colonia, se asomó á la ventana, y viendo las llamas exclamó:—«Así no volverán más los jesuitas.» Engañóse completamente; pues mal su

un pajar del colegio, transformado en garita; y estalló aquel terrible incendio que redujo á cenizas nuestra más hermosa gloria. Era la primera hora de la noche, cuando nosotros vimos levantarse de esta roca oleadas de llamas y globos de fuego, y oímos los rugidos del voraz elemento. Todos corrimos al lugar del desastre, y trabajamos por dominar el incendio; pero todos nuestros esfuerzos fueron vanos, pues las llamas alimentadas con tanto combustible allí hacinado, extendíanse por doquiera con indomable ímpetu y furor. Por lo cual consternados, taciturnos, tristes y cruzados de brazos nos pusimos á contemplar tanta destrucción y ruina. En esto la campana de la torre dejó oir su última hora, las ocho de la noche, y al sonar la última campanada, cayó á plomo juntamente con la torre sobre aquel abismo de fuego. Prorrumpió entonces el pueblo en un grito de dolor que sobrepujó al ruido del incendio. Nos acordamos que teníamos dentro de aquel templo, invadido ya por el fuego, á nuestro Señor J. C. en el Sacramento y los venerados cuerpos de los tres mártires japoneses de la Compañía de Jesús; y nos atravesaba el corazón dejar que fuesen presa de las llamas tan venerandos objetos. Nos miramos unos á otros como para tomar del vecino aliento y consejo; y en menos que lo digo, algunos, más animosos que los otros, lanzáronse en medio de aquel volcán, en donde pudieron con afortunado ardimiento sacar á salvo la Sagrada Eucaristía y los cuerpos de los Mártires, ó diré mejor, algunos huesos cal-

---

grado, volvieron estos religiosos poco antes que él hubiera salido de este mundo.

cinados, triste resto arrancado al incendio. Algunas de estas sagradas reliquias fueron puestas al lado de otras que se conservan en la catedral; otras quedaron, cual preciosa conquista, en poder de quien con riesgo suyo las había librado del fuego, y las tenía en mayor estima que todas las cosas del mundo. Aquéllas fueron con el tiempo olvidadas, y éstas desconocidas del pueblo; por lo cual costó no pequeñas fatigas la investigación que hicieron há poco los P.P. Jesuitas; y grande fué nuestra alegría cuando se llegó á descubrir las primeras y á recobrar las segundas. Celebróse con fiestas religiosas y academia poética tan fausto acontecimiento; y se acordó enviar una de estas preciosas reliquias, encerrada en una caja de plata, y ésta metida en un cofrecito de sándalo, á S. S. Pío IX, el cual acababa de confirmar y extender á toda la Iglesia el culto de los tres primeros mártires japoneses.

Cuando hubo acabado de hablar el señor Silva, Elisa que le había escuchado con grande atención, exclamó:

—Bien se vé que no ha venido á menos entre los macaenses la fe y la piedad de vuestros padres; por lo cual dejo á vuestra consideración cuanto debe gozar el corazón de una romana! Y así diciendo, apartóse de aquel desolado lugar, á la vez que dirigía una mirada á las abrasadas paredes del templo. Astolfo viendo blanquear en el centro del área bajo el verde césped algunas lápidas de mármol, preguntó:

—Qué sepulcros son estos?

—Aquí yacen los mortales despojos del primer Obispo del Japón, del Patriarca de Etiopia y de mi-

sioneros jesuitas, y junto á ellos los de nuestros abuelos, sepultados en este lugar antes de construirse el nuevo cementerio.

—Cuántos recuerdos, dijo Elisa, y todos carísimos para el corazón de un cristiano, viven aún entre estas ruinas!

—Y cuántos, añadió el Sr. Silva, palpitan con vida más duradera en el corazón de este pueblo y en sus tradiciones! Oh! si pudiéramos tener aquí los restos mortales de todos los macaenses que padecieron ó murieron por la fé en el Japón, no tendríamos tal vez que envidiaros á vosotros, los romanos, aquel tesoro de sagrados cuerpos que poseeis.

—Cómo? preguntó Elisa gratamente sorprendida, tenéis confesores y mártires entre vuestros conciudadanos?

—Sin duda; es tradición entre nosotros que fueron naturales ú oriundos de Macao muchos de aquellos mercaderes cristianos que con manifiesto peligro de su vida llevaban en sus naves á los misioneros desterrados por causa de la fe, ú ofrecían á los allí perseguidos de muerte, generosa hospitalidad; lo cual hubo de costar á unos larga prisión, y á otros refinados tormentos y cruelísima muerte. ¿Acaso no era de Macao aquella compañía de 50 héroes, entre mercaderes y marineros, que prefirieron á la apostasía la muerte?

—Oh! contadnos, dijo al instante Elisa, ese bello triunfo de la fe.

—Sí, sí, contádnoslo, repitieron á coro Astolfo y los niños.

Es tradición entre nosotros que una nave nuestra mercante montada, como os dije, por 50 hombres, entre marineros y mercaderes, habiendo arribado al

Japón cuando la persecución más arreciaba, fué detenida por uno de aquellos régulos que ganosos de adular al Emperador, emulaban y excedían su ferocidad en maltratar y dar muerte á los misioneros y á los cristianos. Entonces el bárbaro, viendo tan buena presa, detuvo á viva fuerza la nave, é hizo decir al Capitàn que si él y los suyos querían traficar libremente en su puerto, deberían pisotear la cruz; si no lo hacían así, con las mercancías perderían también la vida. El capitán, hombre de arraigada fe y de ánimo dispuesto á afrontarlo todo por ella, dirigiéndose á los suyos, les dijo:

—Compañeros, hemos venido al Japón en busca de los tesoros caducos de la tierra; y he aquí que Nuestro Señor Jesucristo nos ofrece los inmortales del cielo. El cambio, á fe mía, no puede ser para nosotros más ventajoso. Qué decis? Os agrada el partido? Estáis prontos, como yo lo estoy, á morir por la fé?

—Sí, sí, respondieron todos á una voz, estamos prontos. Antes morir que traicionar nuestra fe.

Entonces el capitán, vuelto al mensajero, le dijo:

—Llevad á vuestro Señor esta respuesta: la cual no bien fué referida al Régulo, éste montando en cólera, condenó á todos á muerte. Nuestros magnánimos conciudadanos, verdaderos campeones de la fe, sin experimentar la más leve vacilación, invocando el Santísimo nombre de Jesús, presentaron con ánimo invicto el cuello á las cimitarras, alegres por sellar con su sangre la fe que habían mamado con la leche.

—Oh mercaderes verdaderamente sabios, exclamó Elisa, que supieron cambiar las riquezas terrenales y caducas por los bienes imperecederos del cielo, y

esta vida miserable que pasa con la velocidad del relámpago, por una eternamente dichosa!

—Mamá, dijo Astolfo, querríais que tuviera yo también la misma suerte?

—No eres digno, hijo mío; por lo demás, la primera en alegrarse y dar gracias á Dios, sería tu madre.

—Dame, pues, tu palabra de honor de que, si algun día me decapitan por la fé, tú no llorarás.

—No por cierto; no lloraré de dolor, sino de gozo, respondió sonriendo Elisa; y haré cantar un *Te Deum* en la iglesia de San Pedro en Roma. Estás contento?

—Muy bien.

—Y nosotros preguntaron Blanca y Patricio.

—Qué Queréis vosotros? repuso Astolfo.

—Ser también nosotros mártires de Jesús dijo Blanca, y volar á gozar de él en el paraiso.

—Pluguiese al cielo! añadió con gran complacencia Elisa; pero conviene antes ejercitarse, como hace el guerrero para la batalla, en domeñar las propias pasiones, tener á raya los sentidos y dominar el corazón. Haces tú todo esto?

—Y Astolfo? lo hace él? replicó Blanca con maliciosa sonrisita.

—Qué se te da á tí de mis hechos? dijo Astolfo.

—Tú, Blanca, debes mirar por tí, añadió la madre, y hacer cuanto te digo.

—Y si lo hiciera añadió la niña, me concederá el Señor la gracia de ser mártir?

—Ciertamente; pero ten en cuenta que hay muchas suertes de martirios, cada uno de los cuales conduce igualmente á Dios: hay el martirio interior, ó del corazón, cual fué el de la Santísima Virgen;

el martirio de la penitencia, el de la virginidad, llamado por San Ambrosio martirio sin sangre, y el de la caridad para con Dios y el prójimo. Uno de éstos no te faltará ciertamente, si tú lo deseas; que Dios suele probar á sus escogidos en el crisól de la adversidad y bajo el martillo de las tribulaciones, á fin de que su virtud se purifique como el oro, y su alma, como el hierro caldeado y batido, se temple y reciba de sus manos forma y solidez.

El señor Silva experimentaba inefable contentamiento al oir estas maternales cristianas lecciones de Elisa; y parecíale ver revivir en ella á las Paulas, Lucinas, Fabiolas y otras ilustres matronas de la antigua Roma, cuya virtud varonil y verdaderamente romana no desconocía, versado como estaba en la historia, y dijo en su corazón:

—Me parece un año cada minuto que tardo en llevarla junto á aquella que es el retrato de su alma. Oh cómo se entenderán y unirán estos dos corazones!

—Después dirigiéndose á Elisa, dijo:

—Si os place, os llevaré á casa de doña María, á quien deseáis conocer y saludar.

—Tendré en ello mucho gusto. Vamos.

Durante el camino pidió al señor Silva noticias acerca de ella; y con indecible gozo supo que doña María se ocupaba todo en obras del apostolado, cuales eran: la conversión de las mujeres paganas y protestantes, la Obra de la Santa Infancia, la fundación de un colegio de educación para las niñas de Macao bajo la dirección de las hermanas de San Pablo de Chartres, y el establecimiento de muchas prácticas de piedad conducentes todas á reavivar la fe y mejorar la vida y las costumbres de los cristianos.

Llegado que hubieron á la verja de un jardín que

se halla delante del elegante palacio donde ella mora, dijo el señor Silva á Elisa:

—Mientras vos visitáis la perla de nuestra ciudad, yo me avistaré con su marido, el cual habiendo sido muchos años Procurador de los chinos, puede mejor que nadie ayudarnos á recoger de los emigrantes, muchos de los cuales gimieron en poder de los piratas, alguna noticia importante que nos ponga en la pista de Maroto. Yo conozco á fondo al señor Lorenzo M. (así se llamaba el marido de doña María); él es hombre de una cortesanía y bondad de corazón sin igual, y no nos negará sus buenos oficios.

Al decir esto subían la escalera que conduce á la sala de recibir; y el señor Silva hizo anunciar á la señora la visita de una familia romana.

XCIII

LA UNIÓN DE LOS CORAZONES

El verse, entenderse y amarse es para ciertas personas una misma cosa. Si el labio calla, hablan las miradas, habla el semblante; y el mismo corazón se hace entender, lo diré así, con un lenguaje interno, misterioso, semejante al de los puros espíritus, que comunican entre sí sin el auxilio del verbo externo. Esto sucede entre corazones de un mismo temple, y que parecen por su semejanza modelados por el mismo tipo, y fundidos en el mismo crisol. Y como la semejanza es fuente de amor, apenas se encuentran y se entienden, al instante atráense y únense en estrechísima amistad, hasta el punto de no ser más que un solo corazón, una sola alma. Esto sucedió al encontrarse Elisa en presencia de doña María. No bien ésta se presentó, y sus miradas y las de Elisa se encontraron; entendiéronse; y con aquella expansión de corazón, que solo es propia de las antiguas amistades, saludáronse, no con artificiosos cumplimientos, como entre mundanos suele hacerse, sino con sencillas expresiones de afecto. Elisa presentó á doña María sus hijos; y ésta dirigió á cada uno afectuosísi-

mas palabras, y haciéndoles sentarse á su lado, mostró deseos de saber las aventuras de aquél largo y arriesgado viaje; y á la narración que Elisa y Astolfo hacían, añadía ella reflexiones y exclamaciones propias de un alma que arde en el amor de Dios, y tan semejantes en todo á las que hacía Elisa en el curso de los acontecimientos, que Astolfo estaba lleno de admiración; y los niños que no entendían el misterio de los corazones, mirábanse uno al otro, y sonreíanse. Un solo punto de su narración permanecía envuelto en la nube del misterio; pues tanto Elisa como Astolfo percatáronse de indicar el alejamiento del marido y del padre. Más doña María tenía tan agudos y penetrantes los ojos del entendimiento, que al momento lo adivinó, si bien no dió muestras de haberlo comprendido; y alargó la conversación hasta el regreso de sus hijos, que habían ido á la escuela. Entonces aproximándolos á sí, los presentó á Elisa y á los hijos de ésta; y unos y otros hiciéronse mutuamente caricias, como suele suceder entre niños, en los cuales todo es sencillez, expansión y bondad sin artificio. Pero como doña María y Elisa querían estar solas, para mejor manifestarse mutuamente su corazón, los enviaron á jugar al jardín. Luego que se alejaron, doña María dirigiéndose con dulce sonrisa á Elisa, le dijo:

—Ahora que no hay testigos, podéis hablar conmigo como con una hermana vuestra; que tal quiero ser para vos desde este día. Elisa sonrió de contento al oir estas palabras, é hizo una ligera inclinación; doña María continuó diciendo:

—Cuanto há poco me contásteis de la familia Ocahill, cuyo único vástago la Providencia os confió, ha despertado en mi pecho profunda compasión.

Pero os confieso que no es menor la que me causa vuestra familia por lo que me dijísteis, y por lo que no osásteis en presencia de otros revelarme, pero que yo he perfectamente comprendido.

– Más vale, respondió Elisa: la prudencia, la caridad y la vergüenza me obligaban á callar.

—Hicísteis muy bien, añadió doña María; pero depositar el peso del dolor en el corazón de una persona amiga, es, como sabéis, aligerarlo en la mitad. Yo comprendo vuestra situación y la causa de vuestro sufrir. Vos sois como la paloma abandonada que va por tierras y mares en busca de su esposo, con esta diferencia, empero; aquélla busca á quien no huye, vos á quien os abandona. Y así diciendo, dirigióle una mirada llena de ternura y compasión, por Elisa correspondida con un bajar de ojos que parecía decir: Demasiado cierto es: vos me lo léeis todo en el corazón.

—Yo comprendo además, prosiguió diciendo doña María, que lo que os mueve á seguir sus huellas por tierra y por mar, no es pasión, no es tampoco el solo amor conyugal; es un motivo más noble, es un afecto más sublime, es el sentimiento del deber y el santo temor de Dios.

—Justamente, añadió Elisa con voz conmovida, eso y no otra cosa he tenido siempre á la vista; sábelo Dios que ve los corazones.

—Pues bien, á Dios toca hacer lo demás.

—En El solo, dijo Elisa, he puesto toda mi confianza. El solo puede hacer el gran milagro, cual es mudar el corazón en los hombres.

—Y lo hará, no lo dudéis, repuso doña María con aquella firme entonación que revela un profundo convencimiento.

—Pero El, añadió Elisa, quiere que á sus gracias

precedan nuestras súplicas, y que á su acción vaya unida la nuestra; por esto os ruego que me ayudéis con vuestras oraciones, con vuestros consejos, y, si también podéis, con vuestro auxilio.

—Mis oraciones, cara Elisa, respondió con sincera humildad doña María, valen bien poco; mis consejos todavía menos, y mi ayuda en este negocio es nula. Sin embargo, haré lo imposible, si así me es lícito hablar, á fin de ayudaros. Escuchadme: ¿Sabéis donde al presente reside vuestro marido?

—Sí, en Pekín. Así me lo dejó escrito.

—Tenéis allí alguna persona conocida?

—Sólo á Zeno, que fué allá con el intento de persuadir á mi marido que vuelva á unirse á su familia.

—Excelente medianero elegísteis: yo aprendí á conocerle y apreciarle cuando en uno de sus viajes pasó por Macao. También yo tengo allí quien puede, y por su ministerio está siempre dispuesto á ayudarme: es un misionero francés conocido mío, á quien si os place, escribiré recomendando eficacísimamente vuestro negocio.

—Os quedaré por ello muy obligada; y ahora os doy las gracias por tanta bondad.

—Gracias por tan poca cosa? No vale la pena. Plegue á Dios que pueda prestaros algún servicio más importante, como de todo corazón lo deseo. Y al decir esto puso sus manos sobre las de Elisa, y mutuamente se las estrecharon con grande efusión de afecto. En esto se oyeron gritos que daban en el jardín los hijos de doña María.

—Pronto, pronto, corre Mamá.

Al oir estas voces, las dos señoras se asustaron temiendo alguna desgracia; y levantándose, bajaron presurosas al jardín.

XCIV.

LA SUERTE DE LOS NIÑOS CHINOS

Acaba de llegar una mujer china trayendo en sus brazos un niño mortecino: lo cual viendo los hijos de doña María, prorrumpieron en gritos llamando á su madre para que corriese á bautizarle.

Es de advertir que doña María era la más ardiente promovedora de la angelical Obra de la santa Infancia, instituida, como todos saben, para la salvación de los niños chinos; y acostumbraba enviar en todas direcciones mujeres cristianas en busca de niños bárbaramente abandonados por sus padres en el camino, ó en el campo; ó daba un escudo por cada niño de éstos que le traían. De estos desdichados había ella misma regenerado en las aguas del santo bautismo algunos centenares ó tal vez miles. Pues hallándose la mayor parte de tales niños en los postreros instantes de su vida cuando son traidos, sucede á menudo que la piadosa señora no tiene tiempo para enviarlos al párroco á que los bautice, y entonces ella misma hace con los moribundos este piadoso oficio, por ella tantas veces repetido, que con razón se le puede dar el título de *Bautizadora*. La niña traida por la mujer, china, tenía en el pié de-

recho una extensa herida, que aún manaba sangre. Su cuerpecito era un esqueleto viviente; su rostro estaba cubierto de mortal palidez; su mirada era lánguida; sus lábios estaban lívidos, y la cabecita caida sobre el seno de la mujer que la traía.

Los hijos de doña María y de Elisa hacían corro en torno de ella, mirándola con un sentimiento de profunda piedad revelado en sus semblantes.

No hay tiempo que perder, dijo doña María; la niña está espirando. Y habiendo hecho traer un vaso de agua bendita, la derramó sobre la frente de la moribunda, pronunciando en alta voz las palabras sacramentales, á las que respondieron todos *Amén*: y la niña conservada prodigiosamente por Dios en la vida hasta entonces, abandonó la tierra, y nuevo angelito al cielo voló.

—Ay! murió! dijo Elisa profundamente conmovida. Blanca prorrumpió en llanto, y lloró también Patricio, á quien la propia desventura hacía sensibles las ajenas.

—No lloréis, díjoles doña María, que la muerte de los angelitos es digna de envidia, no de lágrimas. Preguntó después á la mujer china dónde había encontrado la niña; y ésta respondió que en un estercolero fuera de la ciudad, en el momento en que un cerdo después de haberle dado una dentellada en un pié, y abierto la herida que se veía, le daba vueltas con el hocico para despedazarla. Doña María se horrorizó; y dirigiéndose á Elisa, le tradujo las palabras de la china.

—Qué horror! exclamó Elisa completamente pálida: sus hijos no acostumbrados á oir tamañas atrocidades, palidecieron también.

Doña María gratificó á la china, y tomando en

sus brazos el cadáver, subió, seguida de los otros, á sus habitaciones, donde hizo que sus criadas lo lavasen, vistieran de blanco, cubrieran de rosas, y después lo llevasen al párroco de la próxima iglesia de San Antonio para los honores de la sepultura.

—Quién hubiera jamás pensado, dijo doña María, que aquella pobre niña abandonada por sus padres en vida, y no llorada en la muerte, había de tener el honor de las lágrimas de niños extranjeros, venidos del Occidente, y que ni la conocían, ni sabían siquiera su nombre?

—Y vos, doña María, sabéis por la China el nombre de la niña? preguntó Blanca en su infantil sencillez.

—Cómo podía saberlo yo, si ella misma lo ignoraba. Pero la niña no murió anónima; pues yo al bautizarla, le puse dos nombres que tú conoces muy bien.

—Cuáles preguntó Blanca con viva curiosidad.

—No los oiste?

—Yo entonces estaba como fuera de mí á causa de la tristeza, y no puse atención.

—Pues bien, le puse tu nombre y el de tu madre, á fin de que tengáis en el cielo un angelito más que por vosotras ruegue.

—Oh! gracias por tanta bondad! añadió Elisa. Ahora decidme, doña María; el abandono de los niños y el infanticidio son frecuentes en la China, como he leido y oí contar?

—Más que en ningún otro país del mundo. El bárbaro egoismo de los paganos, la pobreza de las clases menesterosas, el interés del cual esta gente es esclava, la frialdad é insensibilidad de carácter,

la superstición, la poligamia, la corrupción de costumbres; todo contribuye á ahogar en sus corazones los más sagrados afectos de la naturaleza. Aquí mismo en Macao, donde á medida que disminuye la población europea, recrece la China, son frecuentísimos los casos de exposición de niños y de infanticidios, en términos que cada año asciende á algunos centenares el número de los expósitos que se rescatan, de los cuales, empero, apenas sí sobrevive un quinto á los padecimientos de las enfermedades y del cruel abandono. No hay casi entre nosotros una familia cristiana que no tenga alguno en su casa, ó que no concurra con el óbolo de su caridad al sostenimiento de aquéllos que nosotros damos para que los lacten, á las mujeres del barrio de San Lázaro, en su mayor parte cristianas.

—Tanta caridad, dijo Elisa, honra grandemente á los macaenses, y es un bello triunfo de nuestra santa fe.

—Un triunfo, añadió doña María al que debe la conversión de no pocos gentiles, los cuales, si no se rinden á los razonamientos, no saben, sin embargo, resistir á los dulces atractivos de la caridad, que habla el lenguaje persuasivo del corazón, lenguaje entendido por todas las naciones.

Presentes á este diálogo estaban también los hijos de Elisa y los de doña María. Astolfo anheloso de conocer las causas de unos hechos tan contrarios á la naturaleza, y sin embargo tan frecuentes, como son la exposición y venta de los niños y el infanticidio, preguntó á doña María: Quiénes son en mayor número abandonados, vendidos ó muertos? Los niños ó las niñas?

—Las niñas, como quienes son tenidas en me-

nor estima por estos paganos, que todo lo pesan en la balanza del interés. Y como [redacted] la mujer, sobre todo en la China, no puede acrecer tanto como el hombre los intereses de la familia, á ella toca pagar la pena de haber nacido hembra y no varón.

—Triste de mi! exclamó Blanca; si hubiera nacido entre los paganos de la China, qué hubiera sido de mi?

—Si no naciste, añadió Astolfo, has venido; ¡pobre de tí, pues, si á algún malandrín chino le viene en talante cogerte y llevarte esclava para venderte sabe Dios dónde!

—Sí.... añadió al instante el pequeño Patricio, moviendo la cabeza, ¿crées tú que dejaría yo robar á mi hermanita? Yo la defendería aun derramando la última gota de mi sangre. Y así diciendo, pónese en pié, vibra su diestra y aprieta el puño, como quien se apercibe á la lucha. El bravear del pequeño caballero excitó la hilaridad en todos; y harto lo necesitaban después de las tristes impresiones que acababan de recibir.

Elisa anudando el hilo del interrumpido razonamiento, preguntó á doña María.

—Hay también varones que tengan la triste suerte de las hembras?

—Sí, cuando son enfermizos; pues á menudo sucede que los padres temen verlos morir en casa, cuyo temor es causado por la supersticiosa creencia de que los niños que mueren en casa, llevan la desventura á la familia. Por esto, cuando los ven desahuciados por los médicos. ó tan acometidos por la enfermedad, que dan poca esperanza de vida, apresúranse á sacarlos de casa, y bárbaramente los exponen en la vía pública, ó los arrojan á un mu-

ladar donde se tornan cadáveres antes de morir, ó son despedazados por los animales. Y hay también quienes con sus propias manos abren la fosa, y los entierran antes que exhalen el último aliento (1).

—Oh bárbaros! exclamó Elisa llena de indignación.

—Oh despiadados! repitieron todos los demás.

—Otras veces, prosiguió doña María, la ciega y bárbara superstición los lleva á encruelecerse contra su propia sangre, aun cuando los hijos son sanos y rebustos. Pocas semanas há un cristiano me trajo una niña, que rebosaba de salud, y para china era bellísima. Me causó asombro el ver abandonada á tan gentil criaturita, y dije al que me la traía:

—Cómo pudieron los padres exponer á una niña tan hermosa?

—Exponerla? repuso él; esto es nada para lo que su padre quería hacer.

—Pues? repliqué yo.

—El padre engañado por un bonzo, que le prometió la curación de su mujer enferma si sacrificaba á no sé que ídolo la cosa que más estimase, disponíase, ciegamente crédulo, á sacrificarle esta única hija que tenía. Yo que soy su vecino, me enteré del criminal proyecto, y corrí al instante á su casa con el fin de disuadirle de tan atroz delito;

---

(1) Si de este último hecho no fuimos nosotros mismos testigos, lo fué un amigo nuestro, Mons. Volontieri, entonces misionero, y ahora Prefecto apostólico del Ho-nan, el cual, según oimos contar, sorprendió á un pagano en el acto de sepultar á una niña suya gravemente enferma, y se la arrancó de las manos.

y tanto dije y tanto hice, que por fin, conseguí hacerle creer que podíase hacer el sacrificio sin inmolar á la niña; que bastaba para esto que se privase de ella, y me la cediese á mí. El pagano quedó persuadido; me la dió, y yo os la traigo para que la bauticéis.

—Yo la envié á un Padre misionero del Colegio de San José, para que le administrara el sacramento del bautismo (1).

—Parecen cosas increibles, dijo Elisa, y sin embargo son verdaderas!

—Pobres paganos, exclamó Astolfo, víctimas infelices de tan ciegas y brutales supersticiones! Vos, doña María, nos habéis dicho que entre los paganos no es raro vender los hijos....

—Ciertamente; y en el interior de la China padres hay tan crueles y á la vez, sin vergüenza, que escriben en la frente de sus hijos: *Se vende.*

—Buscan los desnaturalizados un comprador de su sangre, y cuando le han encontrado, pactan friamente con él, como si se tratase de una bestia, cierran el contrato, y recibido el precio de la infame venta, se marchan sin derramar una lágrima, dejando á sus hijos en poder de un desconocido que los considerará como esclavos, y hará sabe Dios qué! Hay también padres tan bárbaros, que venden sus hijos á los traficantes de carne humana (2). Los más de ellos, sin embargo, no los venden, sino

---

(1) Cumple advertir al lector que referimos un hecho del que nosotros mismos fuimos testigos.

(2) Con este nombre designamos á aquellos que los compran para venderlos en América, como siervos de la gleba; ó para que sirvan allí, ó en la misma China, á brutales é infames pasiones.

que los matan; ó porque no tienen con qué sustentarlos, ó porque los ven enfermizos y entecos, ó, según os dije ya, por una ciega y bárbara superstición.

—Y cuál es, preguntó Astolfo, el género más común de muerte que dan á aquellos inocentes estos tigres en forma humana?

—Métenlos en vasijas de tierra, que llenan de arena, y arrójanlos al mar ó al rio. Tal vez sucede también que algún bárbaro padre da muerte á una niña suya sólo para obtener augurio de futura prole masculina. Para lo cual basta que la sangre de la víctima salte á lo alto y murmure sobre los bordes de la herida. Otras veces no sólo el padre sino también la madre abandonan á un niño suyo donde saben que pronto será despedazado por los puercos ó los perros. Un misionero refiere haber visto à los padres de una niña por ellos dejada en el campo, contemplar frios é impasibles aquel atroz destrozo, considerando como feliz augurio el verla despedazada y con avidez devorada por los perros (1).

—Ah! basta, basta, doña María; exclamó Elisa, á quien estas atrocidades sin ejemplo causaron un horror indescriptible.

—Astolfo habíase puesto pálido; Blanca y Patricio no pondían respirar.

—Veo, dijo doña María, que os he contristado con la relación de estas horribles escenas, que se ven entre los hombres y no entre las fieras, pues éstas saben amar con ternura á sus hijos. Pero quién ignora que el hombre abandonado á sus pasiones tór-

---

(1) Estos últimos hechos se leen en los anales de la Santa Infancia.

nase peor que cualquiera fiera? He querido insistir sobre este punto, porque sé que en vuestros países se duda de la verdad de hechos que, cierto, parecen increibles: tan inhumanos, atroces, y propios de fieras son!

—En verdad, dijo Elisa; si yo no hubiera venido á la China, por lo menos hubiera dudado. Mas ahora cómo resistir á la evidencia?

—Lo creeréis! Hubo un viajero francés tan sin vergüenza, que á su regreso á Europa osó acusar de mentirosos á los misioneros, los cuales refieren cosas vistas por ellos y tocadas con la mano: y mojando su pluma en hiel, se desató en improperios contra la Obra de la Santa Infancia, designándola con el infame título de impostura clerical, inventada por baja y vil especulación.

—De qué no es capaz el odio sectario? añadió Elisa. La calumnia fué siempre el arma favorita de los enemigos de la Iglesia y de las intenciones católicas. Pero al petulante y mentiroso escritor podremos ahora nosotros echar en cara su desvergonzada mentira.

—Ese, sino me equivoco, añadió doña María, debió de ser uno de aquellos europeos que solamente atraviesan algunos lugares de la China; y es probable que en esta rápida excursión no les ocurra ver las escenas de sangre que os refería yo. Pudo también ser uno de aquellos viajeros que solamente visitan algun puerto chino abierto al tráfico, andando sólo entre el estrépito de la banca y el torbellino de los negocios, en medio de los que se oye mal el ahogado grito de la desventura. Estos señores al regresar á Europa, hablan, escriben y sentencian con gran seguridad sobre las costumbres chinas,

osando negar cuanto afirman los misioneros, que residen allí hace tiempo, y siempre se hallan entre las miserias y dolores de las clases más pobres, donde hechos de esta naturaleza son asaz frecuentes.

—Perdonadme, doña María, dijo Astolfo; me parecéis sobrado benigna en vuestros juicios. Más que á ignorancia, yo atribuiría las calumnias del *famoso* escritor á pura malicia. Él es sinduda algún clerófobo que goza cuando puede disparar una flecha al clero, después de haber envenenado la punta, para que resulte incurable la llaga, con el tósigo de la calumnia.

—Creo que tenéis razón; y celebro que en tan verdes años hayáis aprendido á conocer bien el mundo. A despecho de la guerra que, por ignorancia ó malicia, se hace hoy á la Obra de la Santa Infancia, ella, como todas las obras de Dios, robustécese con la lucha, crece, se dilata y adquiere las proporciones de un gigante. Aquí mismo hubo, no há mucho tiempo, un gobernador que, habiéndosele metido en la cabeza que esta Obra inducía á los paganos á exponer ó á vender sus hijos, la prohibió mediante un decreto de funesta remembranza, sin reflexionar que tal medida multiplicaría los infanticidios; y envió guardias á los caminos para impedir que los cristianos recogiesen á los expósitos. Pero los mismos guardias compadecidos á la vista de aquellos niños abandonados, los levantaban ocultamente del camino y los llevaban á sus mismas esposas para que los criasen. Entretanto los sacerdotes, las hermanas, y los cristianos de Macao en general, perseveraban en la piadosa obra sin dejarse intimidar por las amenazas de quien abusaba de su poder. Y para protestar solemnemente con-

tra un decreto, tan injusto como bárbaro, clero y pueblo celebraron con gran solemnidad en la Catedrad la fiesta de Santa Infancia, á la que añadieron gracia y esplendor muchos niños chinos salvados por la mencionada Obra, que asistieron hermosamente vestidos en brazos de sus nodrizas (1). Lo cual por otra parte no impidió que algunas mujeres chinas intimidadas por la prohibición del Gobernador, dejasen perecer sin socorro á muchos niños: una de éstas hubo de confesarme que ella después de aquel draconiano decreto no se atrevió á recoger veintisiete niños abandonados, cuantos en diversos tiempos había hallado en los campos ó caminos. Qué terrible responsabilidad no pesa sobre el autor de aquel bárbaro decreto!

—Pues bien, añadió Elisa, yo os agradeceré mucho que me asociéis á mi y à mis hijos á una obra tan sublime y tan santa.

—Sí, doña María, dijo Blanca: enviadnos pronto un niño chino, que yo cuidaré de él como si fuese un hermanito mío.

—Bien, respondió con una sonrisa de complacencia doña María; el primer niño que me traigan para tí será. Estás contenta?

—Oh cuán obligada os quedo! dijo Blanca.

—Y yo? añadió Patricito, yo también quiero un niño chino.

—Lo tendrás también. Dirigiéndose después á Elisa, le dijo sonriendo: Vuestros hijos, á lo que veo, os van á llenar la casa de niños chinos.

—No pueden hacer cosa mejor, respondió Elisa.

---

(1) De todo esto fué el alma doña María, por más que ella lo pase cuidadosamente en silencio.

—Cuanto á mí, añadió Astolfo, daré todos los días al despuntar del alba una vuelta por los caminos por si encuentro alguno á quien recoger y bautizar.

—Buen preludio! dijo con viva complacencia doña María: primero bautizador, después catequista, luego... quién sabe?... y no terminó; pero su corazón le dijo lo restante.

En esto entraron en la sala el Sr. Silva y el Sr. Lorenzo M. que hasta entonces habían estado conversando sobre las aventuras de nuestros viajeros, que ignoraba éste, y concertado el modo de llegar al descubrimiento del gran pirata, ó de Maroto. Doña María levantóse y presentó al señor Lorenzo, que era su marido, á Elisa y los hijos de ésta... El finísimo señor hízoles un mundo de cumplidos, y entrando á hablar con ellos acerca del viaje y los peligros corridos, les dejó entrever que podría él también coadyuvar al buen éxito de la proyectada empresa. Sin prometer lo que tal vez no estaba en su mano cumplir, significó á Elisa su buena voluntad y los medios que tenía merced á sus relaciones con los chinos, de descubrir la nueva madriguera del pirata. Alegráronse todos al oir esto; y Elisa expresóle con delicadas frases su reconocimiento. El Sr. Lorenzo, después de haber conversado un rato con sus huéspedes, se levantó é invitóles á bajar con él al huerto llamado de Camoens, situado al pié de su palacio, y que es de su pertenencia.

XCV

LA GRUTA DEL HOMERO PORTUGUÉS

El gran poeta de la Hesperia, Luis Camoens, nombre glorioso y simpático para todos los cultivadores de la poesía, mientras desterrado, desconocido y pobre vivía en Macao bajo la humilde divisa del soldado, concibió la grandiosa idea de sus *Lusiadas*, que le habían de adquirir un nombre inmortal. Aquel genio sublime, en lucha siempre con la indiferencia y contrariedades de los hombres y con los rigores de la fortuna, que jamás le miró con benignos ojos, supo entre las lágrimas del destierro, las apreturas de la pobreza y las ocupaciones de Marte, tan opuestas á las de Minerva, crear un poema, que si es inferior á la *Divina Comedia*, á la *Jerusalén tibertada*, al *Orlando furioso* y al *Paraiso perdido*, está, sin embargo, lleno de incomparables bellezas (1). Por lo cual después de Dante, Tasso, Ariosto y Milton él merece, á juicio nuestro, el quinto lugar entre los poetas épicos

(1) Entre ellas merecen el primer lugar el tierno episodio de Inés de Castro, que arranca lágrimas á los ojos, y la viva y terrible pintura de Adamastor, en la cual el poeta, no describe sinó que pinta con pinceladas de mano maestra el espantable mónstruo.

de la escuela de Homero y de Virgilio. El lugar donde él escribió sus *Lusiadas*, es una roca solitaria, sita en la parte septentrional de la ciudad de Macao, dentro de la cual hay una gruta, que aún hoy lleva su nombre, porque aquí recogía él las alas de su genio para desplegarlas, como el águila desde la roca, y remontar más el vuelo. Esta solitaria roca, ilustrada por el esplendor de una llama poética, igual á la que no vió aún otra la Iberia, fué por el Sr. Lorenzo M. hombre de ardiente patriotismo é idólatra de lo bello, transformada en un lugar de delicias. El lugar es visitado á causa de la fama del poeta por cuantos viajeros arriban á Macao, entre los cuales cuéntanse no pocos príncipes de sangre real y otros ilustres personajes, que dajaron allí para recuerdo sus nombres. Las umbrosas sendas, los verdes prados tapizados de menudo césped y los bosques de selectas plantas que embellecen la poética gruta; todo es obra más del arte que de la naturaleza. Pues siendo el terreno peñascoso, fué preciso deshacer las rocas, llevar tierra vegetal, en suma, formar allí un terreno acomodado al cultivo. Lo cual fué obra de mucho dinero, de tiempo y de fatiga, empezada por el señor Lorenzo en sus juveniles años, y conducida á tal término, que hoy la roca está enteramente oculta bajo la exhuberancia de una vegetación siempre verde.

Dos sendas sombreadas por plantas, partiendo de la villa, conducen con graciosos serpenteos al pié de la roca, cercando con sus verdes espiras aquí un bosquecillo, allí un pomar y más allá un jardincito rico en plantas raras, yerbas olorosas y flores. Una de las sendas subiendo por la roca conduce á un mirador donde se aspiran las auras puras y frescas que vienen del mar y del río, y por multitud de escalones abier-

tos en peña viva, va subiendo á lo más alto de un peñasco sobre el que levántase una torrecilla desde la cual descúbrese en todas direcciones inmensidad de espacio. La otra senda termina en la gruta de Camoens, dentro de la cual vese colocado sobre una columnita el busto del poeta con una inscripción, que recuerda á la posteridad que allí compuso su poema el cantor de los *Lusiadas*.

Cuando nuestros viajaros visitaron aquella gruta, la vieron adornoda por fuera con coronas que habían colocado, pocos días antes, muchos macaenses y los Padres y alumnos del Colegio de San José, quienes con poética academia y escogidas melodías celebraron la memoria del poeta. Elisa detúvose silenciosa delante de la gruta, y recordando que el Príncipe de los poetas ibéricos y cantor de las glorias patrias pasó su vida en el destierro y la terminó ignorado y pobre en un hospital de Lisboa, sintió vivísima compasión, y exhalando un suspiro, exclamó:—El mérito por lo general ó es despreciado, ó no recibe más que honores póstumos! El pobre Camoens vivió sin que nadie hiciera caso de él; murió abandonado, y fué olvidado después de su muerte. Así paga el mundo!

—Há poco, añadió el Sr. Lorenzo, los portugueses, avergonzados de tan largo é ingrato olvido, decretáronle los honores de un monumento.

—Más vale tarde que nunca, repuso Elisa. Pero vos, señor Lorenzo, tendréis siempre la gloria de haberlos precedido en este testimonio de patrio reconocimiento.

Así conversando, subieron al mirador y á la torre bajo la cual extiéndese por largo espacio el barrio chino, poblado tal vez por mas de cincuenta mil habitantes, mientras el resto de la población entre portu-

gueses, indios, mestizos armenios y europeos asciende apenas á unas cinco ó seis mil personas. Grata sorpresa causó á nuestros viajeros la vista de aquel hormiguero de chinos, y el murmullo que se percibía, todo lo cual contrastaba grandemente con la soledad y silencio que reinaba en el cuartel europeo.

De allí bajaron á recorrer en todas direcciones el bosque y los jardines, deteniéndose de cuando en cuando á contemplar ora un *ficus religiosa*, que á guisa de gigante levantábase sobre un desnudo peñasco, cubriéndolo con sus raices, que cruzándose formaban una graciosa labor reticular; ora un grupo de bambús, que elevaban á grande altura sus copas, y tenían grabados en sus troncos los nombres de muchos visitantes de la gruta. No faltaban tampoco plantas fructíferas que hicieron recordar á Astolfo las que había visto en la India y en la villa del Mandarín de Cantón. Pasando después él por delante de un hermoso *Artocarpus jaca* (árbol del pan), se volvió al señor Lorenzo, diciendo:—Este árbol me trae á la memoria la aventura de un inglés, compañero nuestro de viaje. Paseando nosotros en Sumatra á la sombra de un *Artocarpus*, una de sus colosales frutas, desprendiéndose y rodando por el tronco, vino á caer sobre la cabeza del inglés, cuyo sombrero le bajó hasta las narices; y no fué poca ventura para él volver á casa con la cabeza sana.

—Otro caso bastante más extraño, añadió el señor Lorenzo, sucedió aquí mismo con ocasión de este árbol. El levántase, como veis, sobre el muro, al pié del cual hay un turgurio chino. Pues bien, un día mientras la familia que allí mora, estaba ocupada en sus faenas domésticas, óyese de repente un ruido, hiéndese por el medio el pavimento de la habitación

donde trabajaba, y aparece con admiración y risa de todos un vástago que brotaba de la raiz de este árbol: tanta es la fuerza de su vegetación.

—Es una graciosa anécdota, dijo Astolfo, que bien merece un lugar en mis notas y apuntes de viaje (1).

Entretanto Elisa, doña María y el Sr. Silva hablaban de la proyectada expedición contra Maroto, y de los medios más conducentes á descubrir la guarida de los piratas y caer sobre ellos antes que advertidos del peligro que les amenazaba, huyesen á otra parte. Pero en esto precisamente consistía la mayor dificultad de la empresa; y doña María, conocedora de las costumbres chinas, no se hacía ilusiones, temiendo con razón, ó que los piratas por medio de tantos espías como tenían llegasen á saber lo que se proyectaba, ó que el Gobierno chino no tomase demasiado á pecho la expedición, ni se apresurase á reunir los elementos necesarios. Los mismos temores abrigaba el señor Silva, por más que no los dejara entrever en sus conversaciones para no desalentar á Elisa, que parecía creer en el buen éxito de la empresa; y doña María por la misma razón guardábase de decir cosa alguna que pudiera producir en ella desaliento; y tanto más cuanto que habiendo reconocido en Elisa una fe viva en Dios, inclinábase á esperar contra toda esperanza, y decíase á sí misma:—La fe hará milagros.—Visitado que hubieron nuestros viajeros aquel delicioso lugar, lleno de tan caros recuerdos, despidiéronse del señor Lorenzo y de su digna consorte con frases que revelaban grandísimo afecto, prometiéndoles volver á menudo á gozar de su amable compañía.

---

(1) Esto nos ha sido contado por el mismo propietario del huerto de Camoens.

XCVI.

FIESTA NOCTURNA, FUEGOS, MÚSICA, COMEDIA Y DANZA CHINA

Una de las artes más antiguas en la China es la pirotecnia, en la que há muy poco que los chinos fueron aventajados por los europeos. Inventaron la pólvora un siglo antes de nuestra era vulgar, pero no se sirvieron de ella para exterminio, sino para recreo de la humanidad; y sólo en tiempos no distantes de los nuestros aprendieron á servirse de ella en los campos de batalla. Los fuegos artificiales son, pues, tan antiguos en la China como la invención de la pólvora, y causaron admiración á los extranjeros que los vieron cuando aún entre nosotros era desconocida la pólvora. Hoy la pirotecnía china no se diferencia gran cosa de la nuestra; por lo que parecióles á nuestros viajeros, cuando vieron los fuegos de artificio, estar presenciando los del Castillo de Santángelo en Roma. También en Macao había fuentes de fuego, fuegos de bengala, ruedas que inflamándose subían á grande altura, y caían después lentamente derramando en todas direcciones arroyos de luz y chispas; bombas que estallando en el aire, dejaban caer lluvias de estrellas de varios colores, y otros mil y mil

caprichos. Terminado el espectáculo, nuestros viajeros dieron la vuelta, y se entraron de nuevo por el barrio chino, profusamente iluminado; avanzando lentamente por entre las oleadas de gente que había de las ciudades y aldeas próximas y llenaban todas las calles. Al pasar por delante de una casa, sobre cuyo umbral veíase un flujo y reflujo de gente que salía y entraba, Elisa vuelta al señor Silva preguntóle:—Qué casa es esta que á tanta gente atrae?

—Es casa de juego, y de un juego que es la ruina de innumerables familias: llámase *fantan*.

—Es tal vez el que entre nosotros tiene el nombre de Macao?

—Exactamente, pues algunos europeos vinieron aquí á aprenderlo, y después lo enseñaron á sus compatriotas.

—Apreciables señores! exclamó indignado Astolfo. Son estas las útiles noticias que reunen en sus viajes, y regalan después á su patria?

—Demasiado que así es, dijo el señor Silva; pero no es de extrañar, pues tal es la corrupción de la naturaleza humana, que más pronto se aprende y propaga el mal que el bien.

—Es una gran desgracia, para nosotros, añadió Elisa, que este maldito *fantan* haya penetrado en nuestra Italia; pero me complazco en esperar que no echará raices.

—Lo deseo de todo corazón; porque este juego fatal es un fuego del infierno, que devora en una noche los más ricos patrimonios. Cuántas familias, ricas en otro tiempo, yacen hoy por esta causa sumidas en la miseria!

Ocupados iban en estas reflexiones cuando pasaron por delante de un teatro chino, donde á la sazón

se representaba un drama nacional. Elisa importunada por las súplicas de sus hijos, ansiosos de ver la Comedia china, resolvióse á darles gusto: entró y con ellos tomó asiento en un palco situado en frente del escenario.

El argumento del drama era la fidelidad de un esclavo y una esclava que servían á un gran Mandarín, que, había álgunos años, hallábase ausente y vivía en la corte. Las dos esposas que había dejado en casa, cansadas de aguardarle, se marcharon á correr aventuras, dejando en el abandono á un niño, á quien el esclavo y la esclava tomaron á su cargo alimentar y educar como si fuera su hijo. Atai, ó sea el esclavo, hacía sandalias de paja, Auana, la esclava, cosía; y de esta suerte ambos se procuraban el sustento para sí y para el hijo de su señor, al cual se ve en la escena ocupado en leer y en trazar sobre el papel los primeros caracteres. Atai en medio de su trabajo canta con melancólica voz la historia del cruel abandono; y tanto se conmueve que se llenan los ojos de lágrimas, que él limpía con el revés de su rústica mano. Scieuye, el niño, erece en años y amor al estudio, alimentado y socorrido por los dos esclavos, que desde la mañana hasta la noche se afanan y trabajan. El gran Mandarín, abandonada la corte, emprende el regreso á la patria; y en el camino encuéntrase con dos mujeres, que estenuadas y pobremente vestidas estaban lavando ropa blanca en un río: eran las dos fugitivas; pero él no las conoce y pasa de largo. Llegado que hubo á su casa, encontró en ella solamente al hijo en compañía del esclavo y la esclava, por quienes sabe la fuga de las esposas y el extremo de miseria á que se ven reducidas. A fuer de agradecido cásase con la esclava, y eleva al fiel esclavo á la dignidad de Man-

darín. El hijo después termina con grande aprovechamiento sus estudios en la metrópoli de la provincia, y vuelve á la patria con el grado de bachiller, que es el colmo de la felicidad para un chino.

Esta breve exposición del argumento hizo el señor Silva á Elisa y á sus hijos, que no entendían palabra de cuanto los actores recitaban. No dejó de agradar á Astolfo la elección del argumento, el desarrollo y el desenlace del nudo, pero Elisa echó de menos la unidad de acción, que constituye el principal mérito del drama.

—La acción teatral entre los chinos, observó el señor Silva, no se sujeta á las mismas reglas que entre vosotros. De ordinario no representa una sola acción, sino toda la vida del protagonista, ó al menos el período principal de ella, distribuido, como veis, en actos y escenas, entreverado de canto á modo de los coros griegos; pues los chinos sienten necesidad de asociar la lírica al drama y la tragedia.

—Y es rico en obras, preguntó Astolfo, el teatro chino?

– Os diré solamente que la Compañía británica de las Indias reunió en su biblioteca más de dos mil; y probablemente su colección no es completa; pues muchas andan diseminadas por el Imperio en manos de pequeños empresarios, que las tienen en grande estima, porque son la única fuente de sus ganancias.

—Tal número de obras teatrales, observó Elisa, prueba que hay en este pueblo una verdadera pasión por este género de espectáculos.

—Es cierto, tan aficionado, que no sabe celebrar una fiesta privada ó pública, sagrada ó profana, sin un espectáculo teatral.

—La China según eso, dijo Astolfo, estará llena de teatros?

—Os engañáis de todo en todo. Aquí hay teatros abiertos casi todas las horas del día y parte de la noche, gracias á la tolerancia del Gobierno portugués; pero fuera de aquí en toda la extensión del Imperio celeste no hay teatros propiamente dichos.

—Dónde, pues, se da el espectáculo?

—En teatros improvisados en las plazas públicas, si es pública la fiesta; si es particular, en las casas donde hay una sala destinada á este fin, ó en defecto de ésta, se transforma en teatro con una sencilla decoración una sala cualquiera. También asisten al espectáculo las mujeres, pero, defendidas de toda mirada profana lo ven todo, sin ser ellas vistas, colocadas detrás de una celosía.

—Tengo deseos, dijo astolfo, de leer alguna obra teatral de la China. No hay alguna traducida al francés ó al inglés?

—Bien pocas, que yo sepa. La primera que llegó á conocimiento de los europeos, llevada por el P. Duhaldo y traducida por el P. Premare, misioneros jesuitas, tiene por título *El huérfano chino*. Algunas otras compuestas durante la dinastía mongólica, fueron traducidas por M. Bazin, entre las cuales la más graciosa se titula *Las intrigas de una camarera*; y de muchas tenemos un extracto en los *Contes chinois* de Abel Remusat.

—Según veo, dijo Astolfo, el teatro en la China ofrece abundosa cosecha de laureles á los letrados y poetas.

—Perdonad: también os equivocáis en esto. Los letrados chinos no gustan, generalmente hablando, de semejantes obras literarias, porque les produ-

cen poca mies de gloria. El teatro en la China goza de pequeña estimación; y no embargante la pasión del pueblo por él, es más bien tolerado que permitido por el gobierno. La profesión de comediante es aquí considerada como entre vosotros el arte del juglar.

—Todo lo contrario sucede entre nosotros, dijo Elisa; el que hoy anhela conquistarse fama de literato, de ordinario hace sus primeros ensayos con una produción dramática; y si el público acógela con favor, el negocio está concluido. Pero cuántas veces sucede que la obra falta del brillo que le da la escena, y puesta á los ojos de los lectores, resulta ser una monstruosidad literaria!

—Acaece á la obra, observó Astolfo, lo que á menudo sucede á quien la representa. Una mujer fea como un demonio, ataviada, cubierta de flores, vestida de reina, y vista sólo de lejos en medio del deslumbrador aparato escénico, no parece ciertamente el monstruo que ella es; pero miradla de cerca, y despojada de todo adorno, y haréis la señal de la cruz. Elisa y el señor Silva rienron esta graciosa y exacta comparación de Astolfo.

Entretanto la representación acercábase á su término; y Blanca y Patricio tenían sus ojos fijos en el escenario sin atender al diálogo que acabamos de referir; y de cuando en cuando dejaban oir una risa mal reprimida. Bien tenían de que reirse; tan extraño para ellos era el aparato escénico chino!

En efecto, los trajes de los actores eran sumamente caprichosos, aunque no les faltaba majestad y gracia, y eran tal vez los de la época del suceso que representaban. Las barbas eran postizas, algunos ademanes bastante expresivos, y los diálogos á

menudo eran acompañados de la música que, cuando descansaban los actores, producía un ruido endiablado; y en cada nueva escena el personaje que entraba en el escenario, tenía cuidado de anunciar al público la parte que á él le tocaba representar; y el lugar de la acción.

Blanca vuelta al señor Silva, preguntóle:—Dónde están el decantado retiro y la tan elogiada modestia de las mujeres chinas si aquí las vemos presentarse en la excena, y con tanta desenvoltura?

—No son mujeres, niña mía, le respondió el señor Silva; son jovencitos imberbes vestidos de mujer.

—Es verdad? repuso maravillada la niña. Quién jamás lo hubiera adivinado?

—Las mujeres, prosiguió el señor Silva, no se presentan nunca en la escena; pero sus papeles los desempeñan á maravilla, como veis, niños y jovencitos.

—¿Hay, preguntó Elisa, entre las obras del teatro chino producciones tan inmorales como muchas de las que se representan entre nosotros, y que son ultraje hecho à la moralidad pública y al pudor?

—No puedo aseguraros que no las haya, lo que sí puedo deciros con certeza es, que el teatro chino en general es lo que debe ser el teatro, una escuela de virtud, no de vicio. Si hay comediantes, y habrá sin duda no pocos, que en la escena ejecutan actos obscenos y pronuncian palabras indecorosas, esto debe atribuirse á sus corrompidas costumbres, más bien que á la inmoralidad de la comedia ó del drama. Los literatos chinos por más licenciosos que sean, ó se los quieran suponer, no

lo son en el escribir, merced al culto que rinden á las conveniencias sociales y al decoro, al que no pueden faltar sin incurrir en el rigor de las leyes, y contraer una indeleble mancha de infamia.

—Y pensar, dijo suspirando Elisa, que hoy entre nosotros los más lúbricos y descocados dramaturgos son los más calurosamente aplaudidos! A tal abyección, á tal miseria moral hemos llegado! Qué mucho, pues, que la ira de Dios lance hoy rayos sobre los teatros, de los cuales más de treinta en poco mas de dos años fueron presa de las llamas?

Aquí Elisa fué interrumpida por la orquesta, que en aquel momento ejecutaba una melodía, para oidos chinos dulcísima, y para europeos menos desagradable de lo que podía esperar nuestra comitiva. Por lo cual terminada que fué, Astolfo maravillado dijo: --No es verdad que los músicos chinos no valgan lo que nuestros flautistas de la montaña. He aquí un aria que no me desagrada.

—Pero es monótona, replicó Blanca, como el canto del grillo.

—No puede ser de otra manera, añadió Elisa, que entendía bastante de música; pues los chinos á lo que parece, no saben variar los tonos, no conocen los semitenos, ni juegan con el contrapunto. Dónde están nuestros *accelerando* y *ritardando*, las fugas, los transportes y demás artificios del arte musical?

—Es una música primitiva, añadió Astolfo.

—Yo la llamaría màs bien, dijo el señor Silva, la música de la decadencia del arte; pues, si hemos de dar fe á las historias, á las tradiciones y al testimonio de los filósofos y poetas de la antigüedad, parece que hubo un tiempo en que floreció nota-

blemente, y alcanzó tal perfección, que por todos era tenida en mayor aprecio que las demás artes liberales. Las historias dicen que la música antigua era capaz de atraer á la tierra á los espíritus celestiales, de evocar las sombras, civilizar á los hombres y mejorar sus costumbres, inspirándoles amor á la virtud y á lo bello; y nos la representan como un arte de un poder, de un atractivo, de una influencia irresistible sobre los corazones, hasta el punto de ser mirada como un medio indispensable para la pública tranquilidad y el buen gobierno. De Confucio se lee que habiendo oido algunas melodías compuestas por el célebre Kuei de orden del emperador Ciun, de tal suerte le encantaron, que durante tres meses no pudo pensar en otra cosa. Y en sus obras muéstrase apasionado amante de este arte, recomiéndalo á los gobernantes, y llega á decir que una república sin música es un «desconcierto de hombres tan discordantes en las costumbres como en las voces» (1).

—Siendo así, ¿cómo es que yace en tal decadencia? preguntó Astolfo.

—Es porque el emperador Cin, aquél que hizo levantar la célebre muralla, queriendo transformar á los chinos en un pueblo de soldados, mandó quemar todos los libros de música, que eran muchísimos y

(1) Algunos siglos antes de Mercurio, Anfión, Lino y Orfeo florecía en la China el arte musical, cuyo sistema expuso el P. Amiot. La historia china nos dejó el recuerdo de sus célebres Lyng-Iun, Kuei y Piu mu Kia, los cuales, al decir de los historiadores, sabían sacar de sus Kin una suavidad de harmonías capaces de dulcificar las costumbres de los bárbaros, y de amansar las fieras. Y es bien singular esta semejanza de la historia y tradición chinas con las de los egipcios y griegos, quienes dicen lo mismo de Mercurio, Anfión y Orfeo.

tenidos en altísima estima. Los chinos lloran aún hoy la irreparable pérdida de donde data el decaimiento de este arte, y confiesan que la música de hoy es solo un cadáver de la antigua: como que hoy es cultivada solamente por la ínfima clase del pueblo.

—Lo cual no empece, repuso Astolfo, que haga sus delicias.

—Es porque están habituados á ella y no tienen otra mejor. No creáis que cuando oyeron nuestros instrumentos no mostraron maravilla y deseo de conocer nuestro arte musical. Refiere la historia un hecho que demuestra la estima en que lo tuvo uno de sus más sabios emperadores, el célebre Kang-ki. Este el año 1679 invitó á un concierto á los misioneros jesuitas, entre los cuales estaba el P. Pereira, gran conocedor de este arte. Pues bien, mientras sonaba la música, este Padre iba copiando en el papel toda el aria; y después la repitió desde el principio hasta el fin sin faltarle una nota, con gran maravilla de todos, especialmente de los músicos que la habían aprendido con no pequeña fatiga. El Emperador informado del secreto, alabó mucho nuestra gama musical y nuestro método, que facilita el aprendizaje y suple la falta de memoria; y al momento fundó una academia de música, cuya presidencia dió á su tercer hijo, príncipe de extraordinario ingenio. Esta academia reuniendo con sumo cuidado cuanto sobre este arte se había escrito después de la infausta época del incendio de los libros, compuso cuatro volúmenes con el título de *Verdadera doctrina de Lihi*; y añadió un quinto que contiene los elementos de la música europea compuestos por el P. Pereira. No desconocen, pues, los chinos nuestras notas y claves musicales, habiéndolas aprendido de los misioneros; pero bien

pocos entre ellos, así lo creo yo, se dedican á estudiarlas.

—Y los instrumentos, preguntó Astolfo, tienen alguna semejanza con los nuestros.

—Como vosotros, los tienen de cuerda, de aire y de percusión; pero son de diversa figura, y muchos de diferente materia. Además de los instrumentos de metal y de madera, los hay también de tierra cocida, de piedra sonora, de bambú, de seda torcida y de pieles tensas. Pero quiero que vosotros mismos los veáis; y así diciendo, levantóse, é invitó á nuestra comitiva á bajar del palco al lugar de la orquesta. Elisa no quiso exponerse á las miradas de todo aquel pueblo; pero permitió á Astolfo seguir al Sr. Silva, el cual aproximándose al Maestro de música, le murmuró dos palabras al oido; y aquel levantóse, y con la mayor amabilidad le mostró uno por uno todos los instrumentos. El primero era precisamente el más extraño de todos: un tigre de metal, que sonaba mediante la percusión en los dientes con una vara. Otro instrumento era el Pien-king, esto es, un instrumento hecho de dieciseis piedras sonoras, que formaban la escala de la antigua música china. Los instrumentos de cuerda no tenían hilos metálicos, sino de seda cruda y retorcida, puestos en tensión por medio de clavijas sobre una tabla convexa. Había también instrumentos que se diferenciaban muy poco de nuestras arpas, guitarras y violines, los cuales se tocan hiriendo las cuerdas con los dedos, ó con el arco.

Astolfo, tomando en la mano uno de estos instrumentos, le arrancó una dulcísima harmonía de sonidos que causaron admiración á los músicos y á todos los espectadores, los cuales hubieran, sin duda, prorrumpido en general palmoteo, á no haberlos conte-

nido el temor de faltar á las exigencias de la gravedad china. Elisa, cuya cara se puso encendida como una grana, se abrasaba de vergüenza viendo á su hijo delante de tanta gente tocar la guitarra china, cosa que le parecía inconveniencia notable; y desde su palco lanzábale miradas fulmíneas, y hacíale señas que cesase. Astolfo entendió; dejó el instrumento y apresuróse á volver con el Sr. Silva junto á su madre que le recibió ceñuda y le reprendió amargamente, protestando no volver á llevarlo al teatro. El Sr. Silva procuró hacer comprender á Elisa que la acción de Astolfo lejos de ser una inconveniencia á los ojos de aquel pueblo, que era todo chino, era interpretada por él como una muestra de la estima que hacía de su música; pero con sus palabras nc pudo borrar la desagradadable impresión que había ella recibido. Por lo cual se levantó para retirarse; más en aquel momento comenzaba la danza que Blanca y Patricio anhelaban presenciar.

—Vámonos, dijo Elisa; para nosotros terminó ya el espectáculo.

—Mamá, replicó Blanca, déjanos ver la danza china que será, me figuro yo, asaz curiosa.

—Será como todas las otras; vámonos.

—Tú estás enojada con Astolfo, y no con nosotros. Por qué hemos de pagar nosotros la pena de su falta?

—Esto no es para tí un castigo, es una prueba; calla y obedece. Aquí se interpuso el señor Silva, y rogó á Elisa que le complaciera dando este gusto á los niños.—A tal intercesor nada se puede negar, contestó Elisa. Y de nuevo se sentó con gran contentamiento de los niños.

Comenzó el espectáculo de las danzas con un an-

tiquísimo baile, jamás caido en desuso, y que era una historia completa de la conquista de la China, hecha por Vu-vang, el cual merced á los sabios consejos de dos ministros chinos gobernó después el imperio con suma moderación y prudencia. Los danzadores vestidos de guerreros presentábanse en la escena formados en varias filas, avanzando á paso lento. Después deshechas repentinamente las filas, entrelazábanse unos con otros; y ora se juntaban, ora se separaban, blandiendo sin cesar las armas, y dando golpes al aire. Terminada la fingida batalla, vencedores y vencidos fraternizaron entre sí; y apareció el Emperador acompañado de los dos ministros que hicieron la felicidad del imperio.

Al baile de Marte siguió el de la paz, en el que la pública alegría expresábase con gestos, actitudes y movimientos vivos, graciosos y festivos. Este género de danzas históricas, instructivas, de solos hombres, agradó á Elisa, que las juzgó preferibles á ciertos bailes europeos perjudiciales à la salud y también á las buenas costumbres.

Dióse fin al espectáculo con juegos de destreza, fuerza y equilibrio, en los cuales son habilísimos los acróbatas chinos.

Blanca y Patricio gozaban lo indecible presenciando aquellos juegos; pero Astolfo entristecido por la reprimenda de su madre, hallábase intranquilo; y sin atender al espectáculo, le decía de cuando en cuando:

—Depón tu enojo, mamá mía. Perdóname mi niñada: en mi edad no se piensa siempre lo que se hace. La madre no respondía.

—Dime, me perdonas? proseguía Astolfo apretándole cariñosamente la mano; y la madre permanecía

silenciosa. Ella quería ser muy rogada antes de conceder su perdón á los hijos cuando incurrían en alguna falta, con el fin de que por una parte conocieran mejor su yerro, y por otra les sirviese de freno para lo sucesivo la tardanza del perdón. Entretanto terminó el espectáculo y Elisa con sus hijos retiróse á su casa de *Praya grande,* donde después de haber exhortado maternalmente á Astolfo á dejarse de niñerías y conducirse como un hombre serio y formal le concedió el perdón.

Habían dado ya las diez de la noche, cuando el Sr. Silva después de haber acompañado á casa á nuestra comitiva, se despidió de ella, y dirigióse al *club,* ó lugar de reunión de los mercaderes chinos y macaenses, donde esperaba encontrar algunos agentes de la emigración, gente más ó menos enterada en los secretos de los piratas. Pero por más que aguzó el ingenio á fin de arrancarles algún secreto que pudiera ser útil à la causa de la humanidad y de la justicia, no pudo conseguir nada. Hay, sin enbargo, un antiguo adagio que dice: *El diablo sabe hacer ollas, mas no coberteras;* y nosotros veremos en breve de qué modo providencial llegó el Sr. Silva á saber aun más de lo que necesitaba.

XCVII.

EL MATRIMONIO CHINO Y LA ESCLAVITUD DE LA MUJER

Las fiestas de que hemos hablado, duraron unos quince días, por manera que Elisa estaba ya mareada. A recrear con la variedad el ánimo de nuestros viajeros vino el señor Silva, invitándolos á una fiesta de familia en casa de un amigo suyo. Era una fiesta nupcial á la china, de la que nuestros romanos ninguna idea tenían: mas no ignoraban que es cosa digna de verse al menos por una vez. A la hora convenida el señor Silva los presentó en casa de su amigo, quien los recibió con exquisita cortesanía, é introdujo en una vasta sala tapizada y alfombrada. Luego les pidió permiso para atender á los preparativos de la fiesta, y retiróse á sus habitaciones.

—Decidnos entretanto algo, rogó Astolfo al señor Silva, acerca del matrimonio chino; que también en esto, creo yo, serán las costumbres de este pueblo la antítesis de las nuestras?

—No os equivocáis. En la China conciértase un matrimonio sin consultar siquiera la voluntad de los que lo han de contraer. Los padres de los futuros esposos, ó sus mas próximos parientes tratan entre ellos solos del contrato matrimonial de viva voz, sin necesi-

dad de promesas escritas, de testigos ni de escrituras solemnes; que tales cauciones no pueden exigirse en la China sin inferir grave ofensa á la otra parte contratante: tanto se precian los chinos de lealtad y de no faltar jamás á la palabra empeñada.

—Por lo menos no se cerrará el contrato sin que los unos muestren y vean los otros á la prometida joven?

—Os parece? Eso sería en la China un escándalo inaudito. Ni el esposo ni su padre verán á la prometida, hasta que entre ya esposa en casa del marido.

—Por manera que no sabrán qué piececito tiene, cuando en lo diminuto del pié, y no en las gracias del rostro, se hace aquí consistir la belleza femenil?

—Para venir en conocimiento de tan importante secreto, ellos alargan algunas monedas á ciertas mujerzuelas, agentes de matrimonios, las cuales consultando á sus intereses, es raro que no ensalcen hasta los astros la incomparable belleza de la esposa, sobre todo la de su pié de niña, con el fin de que el matrimonio se lleve á cabo, y ellas saquen alguna ganancia. Esto da lugar, como podéis suponer, á crueles desengaños y á divorcios frecuentes.

—No puede ser de otra manera, dijo Elisa, cuando se contrae el matrimonio con una venda en los ojos, sin que los esposos se hayan visto ni hablado jamás. Pero continuad vuestra narración.

—La segunda ceremonia exigida por el ritual es pedir por escrito el nombre de la esposa y el mes y el día de su nacimiento (1).

---

(1) Exige la costumbre que cuando se pide al padre de la prometida el nombre de su hija, éste responda del siguiente modo: «He recibido con respeto la prenda de la bondad que te-

—Eso si que es chistoso, dijo Astolfo. Es posible que el suegro lo ignore?

—Debe al menos fingir ignorarlo.

—Y para qué es semejante farsa?

—Para dar á entender que al matrimonio no precedió relación alguna amorosa entre los prometidos, pues esto es un punto capitalísimo para una nación, más que ninguna celosa de las apariencias de honestidad. Y aquí es justo confesar que el amor del decoro es para los chinos un freno las más de las veces bastante á prevenir aquellos escándalos que tan á menudo profanan en otras partes la santidad y turban la paz y felicidad de los matrimonios. La madre de la prometida, no poniendo jamás el pié fuera de casa, constantemente la vigila; pero más que la vigilancia materna sirve de escudo á su honestidad aquel natural pudor que generalmente reina entre las mujeres chinas de noble condición, las cuales de ordinario se casan sin haber siquiera visto á su marido. Vos sabéis ya qué retiradas viven aquí las mujeres, las cuales si son de estado noble, no salen jamás, ó solo rara vez, y siempre bien guardadas, por no decir selladas, dentro de su palanquín, de suerte que ni pueden ser vistas ni ver. Y como si esto no bastase, no tie-

---

néis para conmigo. La elección que os dignáis hacer de mi hija para esposa de vuestro hijo me revela que vos apreciáis, sin mérito alguno nuestro, á mi *pobre* familia. Mi hija es *fea*, *rústica* y *sin talento*; yo no he sabido educarla bien. Sin embargo tengo el honor de obedeceros en esta ocasión; y vos hallaréis escrito en un pliego separado el nombre de mi hija el día de su nacimiento y el nombre de su madre.» Sigue después una multitud de cumplidos, de los cuales los chinos no son avaros jamás.

nen en sus mismas habitaciones por donde mirar á la calle, y viven solas, retiradas en lo más apartado de la casa, donde, excepto los hijos, y éstos de corta edad, ninguno se atrevería á entrar. Si el mismo padre, enojado con su hijo casado corre detrás de él para pegarle, lo cual no es raro que suceda, y éste se refugia en las habitaciones nupciales, allí está al abrigo de los enojos paternos.

—La honestidad de las mujeres chinas, dijo Elisa, forzada ó libre que sea, será siempre para quien se casa en la China la mejor garantía que él puede desear. Pero me desagrada completamente ese contrato nupcial estipulado por los padres ó parientes de los prometidos sin consultar la voluntad de éstos. ¿Y sucede alguna vez que los prometan siendo aún éstos niños?

Y aún antes que hayan nacido. Dos amigos se prometen con la solemnidad del juramento unir en matrimonio á sus futuros hijos, si son de diverso sexo; en confirmación de la promesa divide cada uno en dos partes la tunicela que cubre su vestido, y reteniendo para sí una parte, cede al amigo, como arra, la otra.

—Ah, ah, exclamó riendo Astolfo, ser esposo antes de haber nacido! Estas cosas sólo en la China se ven!

—Cuál es, preguntó Elisa, la edad prescripta por el ritual para el matrimonio?

—No la determina el ritual, sino la costumbre, la cual no es uniforme en todo el imperio. Generalmente se exige que no haya diferencia notable entre la edad de los esposos. Por lo que se refiere al tiempo de las bodas, el fijarlo depende de las favorables respuestas de los augures, ó de las ob-

servaciones que se hacen sobre los calendarios para la elección de un día de buen agüero.

—Y la dote, dijo Astolfo, no dependerá, creo yo, del calendario?

—La esposa china no lleva al marido otra dote que á sí misma; de esta suerte no empobrece á la familia de donde sale ni lleva á la en que entra, nada porque pueda enorgullecerse, ni que echar en cara al marido. Al esposo toca dotar á su prometida, enviándole á título de presentes poco antes de la boda una suma de dinero, que entre la clase baja se pacta, y entre los nobles se da á proporción de las riquezas. Al dinero acompañan otros regalos de telas de seda collares de perlas y otras galas mujeriles; los cuales presentes si son por ella y sus padres aceptados, se tiene por ratificado el contrato matrimonial; por manera que no es ya dado á ninguna de las dos partes rescindirlo sin el consentimiento de la otra.

—Y el que no tiene con qué dotar á la esposa, preguntó Blanca, puede casarse?

—Los pobres en la China, niña mía, con reunir cuatro ó cinco escudos, se compran una mujer: á tan vil precio se adquiere esta mercancía! Y hay lugares donde se permite volver á venderla, si hay quien la compre.

—Pobres mujeres chinas! exclamó la niña.

—El que es tan pobre, prosiguió el señor Silva, que ni á tan vil precio puede comprarla, véndese por esclavo, y á precio de su libertad obtiene la compañía de una mujer, quedando ambos en poder del amo. Pero antes que llegar á tal extremo, muchos van á cualquiera asilo á pedir una joven; y este favor no se niega jamás á los que son industriosos y

honrados. Los pobres ordinariamente no tienen más de una mujer; los ricos cuantas quieren. Sin embargo, una sola, esto es, la primera, tiene el título y los derechos de mujer; las otras no son sino concubinas, ó como dicen los chinos, *pequeñas mujeres*. La poligamia, funesta plaga de las sociedades paganas, no era en algún tiempo á todos permitida, sino solamente á los Mandarines, y á los hombres de cuarenta años que no tenían hijos. A cualquiera otro que osase tener más de una mujer, condenaba la ley á recibir cien golpes con varas de bambú. Pero esta ley no es más que un fósil; y ahora todo chino puede sin temor comprar y tener cuantas mujeres quiera, libres ó esclavas, como mejor le plazca.

—Habéis dicho, añadió Elisa, que una sola es la mujer legítima.

—Sí, pues todas las otras son más bien esclavas que esposas. Las desgraciadas tienen de la maternidad las cargas y las penas, más no los goces y los honores. Ellas generalmente no engendran hijos sino para provecho de la verdadera esposa; y no es raro el caso de que una de éstas, comprada para tener sucesión, después de haber dado á luz un hijo, es despedida ó vendida, sin que pueda llevar consigo á su hijo y con él gozar de la alegría de la maternidad. Solo la primera mujer tiene el título y los derechos de madre, y es como tal reconocida y respetada aun por los hijos de las otras, mientras las desdichadas que los trajeron al mundo, ni son por ellos respetadas en vida, ni lloradas en muerte.

—Bárbara, atroz costumbre! exclamó indignada Elisa. Oh! cuán agradecidos debemos estar á la bondad divina que nos hizo nacer en el seno de la civilización cristiana!

—Según eso, dijo Astolfo, la condición de esas *pequeñas mujeres* no se diferencia de la de las esclavas?

—Nada; ellas son miradas como propiedad del marido, que puede venderlas, cambiarlas ó repudiarlas, como mejor le venga en talante. La ley le veda solamente arrojar de casa sin motivo legítimo á la primera mujer; en cuanto á las otras la ley es muda, precisamente porque no las reconoce por mujeres. Este silencio á menudo infunde atrevimiento en el marido para cometer desafueros; y si las repudia, las tristes no tienen otro derecho que el derecho de llorar y volverse á la casa paterna.

—El silencio de la ley acerca de las *pequeñas mujeres*, observó Elisa, nos revela claramente que la poligamia no es institución legal en la China; sino que penetró allí, como en otros pueblos paganos, con la corrupción de costumbres y con la idolatría. Y como el pueblo chino es uno de los más antiguos del mundo, y que mejor que ningún otro conservó las leyes y las tradiciones de la más remota antigüedad, podemos sacar de aquí un nuevo argumento para afirmar que en los albores del mundo no se conoció la poligamia, según afirmó la misma Verdad encarnada en su evangelio; por manera que en la nueva ley, Jesucristo no hizo más que restituir el matrimonio á su verdadero origen, é institución primitiva, elevándolo además á la dignidad de sacramento, que simboliza la unión indisoluble de Cristo con su inmaculada esposa, la Iglesia. Elisa pronunció estas palabras con aquel espíritu y calor que infundía en su alma la elevada y justa idea de la santidad del matrimonio cristiano á la que había sacrificado el amor á la patria, la tranquilidad doméstica y las comodidades de su casa, por la cual había recorrido

tierras y mares, y arrostrado tantos peligros siguiendo las huellas de su esposo. Vuelta despues al señor Silva preguntóle:—Sanciona alguna vez la ley china el divorcio con la primera y legítima mujer?

—Sí; la ley favorece al marido hasta el punto de permitirle repudiar á su esposa, si es demasiado habladora.

—Guay de tantas mujeres europeas, dijo el festivo Astolfo, si entre nosotros rigiera semejante ley!

—Yo quisiera, añadió Elisa, que nuestros legisladores de Europa antes de sancionar, como pretenden los modernos libertinos, el divorcio, viniesen aquí á ver el envilecimiento y la degradación en que ha caido nuestro sexo, y con él la mitad del género humano.

—Pero creéis que sacarían provecho de la lección? añadió el señor Silva. ¿No cayeron casi todos los gobiernos europeos en manos de hombres que no se proponen otro fin que descristianizar al mundo? Pues bien, el que quiere la causa, quiere también el efecto; y uno de los efectos del resucitado paganismo será infaliblemente la esclavitud de la mujer, entregada sin defensa á los caprichos y á las pasiones del hombre.

—Demasiado cierto es! añadió Elisa. Y pensar que no pocas mujeres livianas apoyan tan nefando atentado! Insensatas! No saben que nosotras las mujeres seremos las primeras en experimentar el daño y la afrenta? Se ha dado en la flor de decir:—Queremos la emancipación de la mujer:—Palabras son estas que lleva el viento: donde no reina Jesucristo y con él la religión del amor, el sexo débil es siempre esclavo del más fuerte.

Mientras así hablaba Elisa, un velo de tristeza

cubrió la serenidad de su semblante. Veníale á la memoria la carta de su marido con aquellas frases en que se leía el cambio de ideas y principios que habían producido en él las relaciones con la sociedad china y el ejemplo de la licencia pagana. A distraerla de tan melancólicos pensamientos vino la fiesta nupcial, á la que dióse comienzo con tal aparato de ceremonias, que por su novedad maravillan siempre á los europeos que por primera vez asisten á ellas. Estaba bien lejos de preveer la extraña suerte de aquel himeneo, cuya antorcha apenas encendida, había de apagarse dejando sumidas á dos familias en el dolor y en el llanto.

XCVIII.

LA FIESTA NUPCIAL, EL DESENGAÑO Y EL REPUDIO.

Mientras nuestra comitiva se entretenía en la sala de recibimiento conversando sobre el matrimonio chino; la familia del esposo íbase reuniendo en el santuario doméstico, ó sea en la sala de los antepasados. Cuando se hubo allí reunido, y estuvo todo dispuesto para la ceremonia, el padre del esposo vino junto á los huéspedes y cortésmente los invitó á entrar allí. El aparato de la sala de los antepasados consiste en un modesto altar, sobre el que arden candelas aromáticas y perfumes, colocados delante de unas tablillas sobre las que están escritos con caracteres de oro los nombres de los antepasados, y á veces también un breve elogio de sus virtudes y empresas. El esposo aún no se hallaba allí, mas no tardó en presentarse en traje de boda y radiante de alegría. El maestro de ceremonias invitó entonces al padre del mismo á aproximarse al altar, y ocupar su puesto, que era la primera silla. El hijo al momento se puso delante, cayó arrodillado á sus piés, y en esta suplicante actitud recibió de sus manos una taza con vino. Púsose luego en pié, derramó algunas gotas sobre el suelo, postróse cuatro veces delante de su padre, y acercando á sus labios la taza, libó el licor en ella contenido. Después de esta ceremonia arro-

dillóse de nuevo á los piés de su padre, y escuchó sus consejos y sus mandatos. «Id, díjole éste, á recibir á vuestra esposa, y conducíos en todo con prudencia y discreción.» Recibida esta orden, el esposo se levantó, hizo cuatro genuflexiones, y se fué á recibir á su esposa, la cual durante este tiempo había practicado las mismas ceremonias con su padre (1).

Toda la comitiva dirigióse detrás de él al encuentro de la reina de la fiesta, cuyo cortejo envía con toda la pompa que se usa en las bodas chinas. Abríanlo cuatro hombres bizarramente vestidos, dos de los cuales llevaban sendos faroles enormes colocados en la extremidad de una pértiga, y los otros dos grandes blandones encendidos, aunque se hallaban en pleno mediodía. Venían á continuación los flautistas, trompeteros y tamborileros, y detrás los parientes de la esposa, quienes á pié, quienes en silla ó á caballo. Seguían formando larga fila los numerosos domésticos y esclavos vestidos con la librea de las dos familias, y otros chinos alquilados que llevaban los regalos hechos á la esposa. Por último, venía en una silla, cerrada con llave y llevada por ocho hombres, la esposa, precedida y seguida de los conocidos y amigos con faroles y blandones encendidos. A los lados de la silla marchaban á caballo dos próximos parientes de la esposa, y cerraban el cortejo otros esclavos, provistos también de hachas y faroles y seguidos de la ordinaria turba de curiosos. Llegado que hubo el cortejo á casa del esposo, ordenáronse todos en dos

(1) El ceremonial de la esposa contiene una particularidad más, y consiste en que la madre le pone en la cabeza una guirnalda, de la que pende el velo nupcial que le cubre el rostro, diciéndole: «Valor hija mía, y vive siempre sumisa á la voluntad de tu esposo.»

filas por entre las que pasó la silla, la cual introducida que fué en el atrio, un esclavo entregó con gran solemnidad la llave al esposo. Fácil es imaginar qué fuertes latidos daría entonces su corazón! con trémula mano tomó la llave, abre impaciente la portezuela de la silla, lanza dentro una mirada, levanta una punta del velo que cubre la cara de la esposa; y ¡oh cruel desengaño! la esposa no era como se la habían pintado. Lleno de indignación cerró despechoso la portezuela, exclamando con voz apagada por la ira: Llevadla al lugar de donde la habéis traido.—Y volviendo bruscamente las espaldas, retiróse á su habitación á desahogar su rabia y su dolor. El padre monta en cólera contra su hijo, y le persigue; la madre avergonzada se esconde, los parientes del esposo palidecen, los de la esposa sienten su cara abrasada por la ira, y todos los espectadores quedan atónitos, mudos y como petrificados por la novedad é indignidad del caso. Ninguno se atreve á hablar, porque nadie encuentra palabras con que expresar lo que en su corazón siente; y en medio de aquel sepulcral silencio óyense solamente los sollozos de la infortunada esposa, tan brutalmente despreciada y repudiada.

Nuestros visitantes no pudieron resistir aquel espectáculo; y aprovechando el desorden que sucedió á la consternación, uno á uno fueron desfilando, comprendiendo que su presencia en aquel lugar sólo serviría para recrecer la humillación y vergüenza de los que los habían invitado á tan infaustas bodas. Cuando se vieron fuera de aquella casa y lejos del tumulto, Elisa lanzó un suspiro y dijo:—He aquí cómo terminan estos matrimonios contraídos á la china!

—Sin embargo, dijo el señor Silva, es justo confesar que tan brusca disolución del matrimonio no es frecuente, como habréis podido inferir de la desagradable impresión que en todos ha producido.

—Sea, pero no será raro que quien se casa con una venda sobre los ojos, como sucede á los jóvenes chinos, quede poco satisfecho de la esposa que le eligieron sus padres ú otros parientes. Y por esto muchos casados vivirán sin amarse, y buscarán pretexto para el divorcio.

—Sucede, sí, con harta frecuencia, especialmente entre aquellos que por la escasez de recursos no pueden tener más de una mujer.

—Y en el caso presente, preguntó Astolfo, la dote de la esposa queda para ella, ó vuelve al marido que se la dió?

—Pertenece á la esposa; pero es insignificante compensación del desaire que ha sufrido.

—Si yo pudiera darle un consejo, añadió Astolfo, la exhortaría á que se hiciese cristiana, y luego monja.

—Excelente consejo! dijo Elisa; pero ya que tú no puedes hacerlo, esperamos que lo hará doña María.

—No es cosa difícil, dijo el señor Silva, persuadir á las mujeres Chinas la virginidad: y hay gran número de monasterios budhistas de mujeres que la profesan, ó por motivos religiosos, ó sencillamente por sustraerse á la tiranía del hombre. En efecto, es bien triste, como veis, la condición de la mujer en la China. Aún es muy niña, y se la sujeta à la cruel tortura de las compresas, las cuales, dejándole sólo el pulgar del pié en su natural postura, le encorvan los otros dedos bajo la planta del mismo, apretándoselos

fuertemente entre sí, de manera que la infeliz parece tener amputados los piés, y experimenta dolores, y lanza quejidos, y forcejea por desembarazarse de aquellas trabas. Vanos esfuerzos! No lo consiente su madre, la cual sabe muy bien que su hija no encontrará marido, si no tiene un piececito microscópico.

—Bárbara usanza! exclamó Elisa. Pero de qué no es capaz también entre nosotros la tiranía de la moda? Cuántas víctimas no causa la maldita moda de los corsés?

—Y aquellas, dijo el señor Silva, que van al teatro y á festines escotadas, cuántas enfermedades no se buscan, que las arrastran en la flor de sus años á la tumba! Yo conocí á una joven, que después de haber estado bailando toda la noche por el deseo de complacer á cuantos querían bailar con ella, por la mañana se dejó caer fatigada y sin fuerzas sobre un diván para no levantarse más.

—Infeliz, exclamó Elisa. Yo conocí también una joven que siendo Blanca y colorada como una rosa, para dar á su rostro un color sentimental, es decir un color pálido, cual lo exigía la moda, bebía cada mañana un vaso de agua saturada de cal.

—Ah! exclamó riendo Astolfo, esa quería blanquear las paredes del Estómago. Es una blanqueadura de nuevo género!

—Y que le costó la vida; pues aquella cal le formó una masa en el estómago, y en menos de una semana, la mató.

—Pobre víctima de la vanidad! exclamó Blanca conmovida.

—Pero volvamos, dijo Elisa, al punto de partida, esto es, á la cruel moda que estropea á las mujeres

chinas; y vos, señor Silva, perdonadnos el haberos interrumpido.

—Cuando la niña, prosiguió éste, se vé libre de las trabas, y quiere dar los primeros pasos, encuéntrase durante largo intérvalo de tiempo impotente para andar sin algún sostén; y si con el andar de los años y merced al ejercicio consigue no necesitar de que la sostengan, ó que le baste el apoyo de su sombrilla, aun así no anda sino vacilante y apoyada solamente sobre los carcañales.

—De dónde, preguntó Astolfo, se derivó tan bárbara usanza?

—Dícese que de la emperatriz Tachia, que fué por su belleza la Venus de los chinos. Era esposa del emperador Cieu, que reinó el año 1153 antes de la era cristiana. El deseo de tener en casa una Tachia, ó que en algo se le pareciera, de tal suerte se apoderó de las damas chinas, que no pudiendo modelar los rostros de sus hijas por el tipo de la hermosa Emperatriz, se afanaron por empequeñecerles los piés, á fin de que siquiera en esto se semejasen á aquella, que los tenía pequeños, muy pequeños. Esta moda se hizo universal, y lo que es peor, sobrevivió á la muerte de todas las modas, las cuales por extravagantes que sean y nocivas á la salud ó á la moral, tienen por lo menos la ventaja de su corta duración. Esta sola (quién lo creyera?) pudo atravesar los siglos, y desde la más remota antigüedad llegar hasta nosotros; pues hija de la vanidad mujeril, fué favorecida por los celos de los hombres, y así conservada en vigor.

—Pero qué interés, preguntó Blanca, pueden tener ellos en estropear así á las pobres mujeres?

—Qué interés? Y no ves que haciéndoles penoso

el andar, las obligan á permanecer constantemente en casa, donde las tienen en una especie de prisión, tanto menos sensible cuanto mayor es la dificultad con que andan?

—Tan celosos, pues, son los chinos replicó Blanca, y tan poco se fían de nosotras las mujeres?

—Tanto! y por esto es que jamás verás á una mujer noble andar de aquí para allá, ni sentarse á la mesa en compañía de hombres, ni conversar con ellos. Cierto día invitamos á todos los comerciantes chinos, amigos nuestros, á un banquete; asistieron pero solos y sin sus esposas é hijas: maravillados de esto algunos europeos de la comitiva, que eran poco conocedores de las costumbres chinas, preguntaron la causa. Sabes la respuesta que recibieron? Vosotros los europeos os fiais demasiado de la mujer. Ella no está segura sino en casa; cuando sale del encierro, hace como el puerco, que se revuelca en el fango.—Ved en qué concepto tienen al bello sexo.

—Bárbaros! exclamó indignada Blanca.

—Hija mía, dijo su madre, son paganos y basta!

—Ya que la mujer china, dijo Astolfo, está condenada á vivir como la tortuga, que jamás abandona su casa, debiera por lo menos estar rodeada de la consideración y respeto de que goza entre nosotros; pero, según nos digísteis, excepto la primera mujer, las otras solo viven una vida de esclavas, ocupadas en los más fatigosos y bajos menesteres de la casa.

—La misma esposa legítima vive allí en una condición tan inferior á la del marido, que no le es permitido sentarse á la mesa con él y con los hijos varones.

—Basta, dijo Astolfo, yo daré siempre gracias á Dios porque mi mamá no nació en la China. Y di-

rigió á su madre una tierna mirada, apretándole afectuosamente la mano y llevándola á su pecho. Después vuelto al señor Silva, continuó preguntándole:—Si las bodas que vimos poco ha, no se hubieran tan brutalmente interrumpido con afrenta de la desventurada esposa, cómo hubieran concluido según las prescripciones del ceremonial chino?

—He aquí lo que se acostumbra. El esposo, abierta la portezuela de la silla, y tomando de la mano á su esposa, que sale con el velo tendido, introdúcela en el santuario doméstico, donde juntos adoran haciendo cuatro postraciones, al Tien-ciu, ó al señor del cielo. Luego la esposa se inclina profundamente ante los padres de su marido: después de lo cual es introducida en la sala del banquete, donde por fin quita el velo y saluda á su esposo, que con la ansiedad que cualquiera puede suponer, aguardaba este momento para conocerla de vista. Después, antes de sentarse, arrodíllase ella cuatro veces delante de su marido, y éste dos delante de ella: y ejecutada esta ceremonia, siéntanse uno en frente de otro; pero antes de gustar comida ó bebida, hacen una libación de vino, y reservan parte de las viandas para ofrecerlas á los manes. A seguida, probadas apenas algunas viandas, el esposo se levanta é invita á beber á la esposa. Ésta hace la misma invitación al esposo, y probado que han el licor, echan el resto en una sola copa á la cual uno después de otro acercan los labios y beben: con esta ceremonia termina el rito nupcial. La esposa es entregada á las mujeres invitadas á la boda, quienes pasan con ella el resto del día en banquetes y danzas, mientras el esposo en habitaciones separadas hace otro tanto con sus convidados, entre los cuales ocupan el primer lugar

los padres y los más próximos parientes de su esposa.

Al llegar aquí, interrumpieron su narración los llantos y gritos que salían de una casa china, causados por la muerte del jefe de la familia. El señor Silva con aquella libertad que le daba la amistad de aquella familia sumida en el dolor, invitó á nuestra comitiva á ver una de aquellas ceremonias y costumbres que acaso mejor que ninguna otra dan á conocer la índole y las creencias del pueblo chino, cual es la pompa de un funeral. No bien asomó á la puerta de la casa, que estaba abierta, fué al instante conducido adentro en unión de sus compañeros con muy corteses palabras. Elisa bajo la impresión de aquella luctuosa escena que había entristecido su alma, de buena gana se hubiera retirado á su casa á meditar sobre su suerte, que tenía no poca semejanza con la de la infeliz esposa repudiada; mas por no parecer descortés con el señor Silva que tanto se afanaba por hacerle agradadable con la variedad la estancia en Macao, y darle á conocer las costumbres chinas, se decidió á presenciar también este espectáculo, que por su novedad merece verdaderamente ser visto.

XCIX.

LOS FUNERALES CHINOS.

Las ceremonias fúnebres no son simples usanzas, sino leyes inviolables en la China, donde ninguno recibe jamàs tantos honores, como cuando menos los puede agradecer.

Un bellísimo ataud en que dormir honoríficamente el sueño de la muerte, es el más apreciado mueble que un chino tiene en su casa. El mismo se lo busca, no fiándose de sus hijos y herederos: tan celoso es de estos honores; y no repara en gastos á trueque de tenerlo de madera incorruptible (1), ó por lo menos, si á tanto no llega su fortuna, de madera sólida, dura y de medio pié de espesor, y lo bastante ancho para que quepa casi dos veces el cadáver, barnizado por fuera, con bellos relieves y guarniciones de oro. El lo coloca en el lugar más distinguido de la casa, ó lo guarda con singular cuidado en su mismo dormitorio, y lo contempla con amor, y lo muestra con orgullo á cuantos van á visitarle: y si enferma, no está tranquilo mientras no se lo colocan á la vista, ó es llevado delante de él, si tal vez es transpor-

(1) Hay chinos que gastan en la adquisición de un ataud diez y quince mil francos.

tado de un lugar á otro (1). Objeto especialísimo de sus desvelos es también la elección de un lugar de feliz augurio para la sepultura; y debe hallarse fuera de la ciudad; que enterrar un muerto dentro de pob'ado es de siniestro agüero. Los lugares preferidos para el reposo de los difuntos son los terrenos secos, los bosques de pinos, y especialmente las faldas de los montes que miran al mediodía. Fúndase esto en la supersticiosa creencia de que bajo los terrenos más elevados tienen sus cuevas mónstruos y dragones, los cuales son considerados como seres reales y de feliz augurio. No para en esto la solicitud de un chino por asegurarse los honores fúnebres después de su muerte. El destina la más espaciosa y hermosa sala de su casa al culto de los antepasados, donde espera recibir algún día de sus descendientes el mismo homenaje que tributa él á sus abuelos; y esto lo considera como el colmo de la felicidad y de la gloria á que puede aspirar, tanto que solo por esto se decide muchas veces á casarse, ó adoptar en caso de esterilidad hijos ajenos. El único adorno de esta sala es una especie de altar sobre el cual se ven los retratos de los antepasados, ó sus nombres escritos con caracteres de oro sobre artísticas tablillas con la fecha de la muerte, las dignidades y empleos que desempeñaron; y delante arden candelas aromáticas colocadas en elegantes candelabros, y exquisitísimos perfumes. Dentro de la sala

(1) A un europeo que enfermó en casa de un chino, su generoso albergador de nada se curó tanto como de mostrarle el hermoso ataud que le había preparado; lo cual, á juicio suyo, era la más segura prueba de amistad que darle podía. Pueblo verdaderamente singular!

y en el otoño, todos los descendientes de la familia, cuyo número asciende á veces á siete mil personas, desapareciendo en esta junta toda distinción de clases y reservándose la presidencia al más anciano, siquiera sea el más pobre de todos. El único privilegio de que en esta ocasión gozan los ricos es obsequiar á sus espensas con un banquete á la asamblea; mejor dicho, el convite no es ofrecido á la reunión de los parientes, sino á los manes de los antepasados, á quienes religiosamente se ofrecen todas las viandas antes de llevarlas á la mesa, con el fin de que gusten la invisible substancia, según la creencia del vulgo, ó se consuelen con el humo del honor que del fúnebre banquete les resulta. No es esto solo: deben cada año los chinos visitar las tumbas de sus mayores, cosa que de ordinario hacen en el mes de Abril, y renovar las demostraciones de dolor que hicieron á su muerte: postraciones, llantos, canciones lúgubres, llamaradas hechas con papel dorado ó plateado, humo de materias aromáticas, y finalmente oblaciones de vino, té y viandas con las cuales en honor de los muertos regálanse los vivos banqueteando al pié de la tumba, ó no lejos de ella.

No menos extrañas y supersticiosas que éstas son las ceremonias que practican en la última enfermedad, en la muerte y en el funeral de un pariente, sobre todo si es el jefe de la familia. Cuando le ven en el último trance, dánse á correr á guisa de locos por aquí y acullá en pos del alma del moribundo, y llámanla á voz en grito, y llorando, ó fingiendo llorar, ruéganla que torne al abandonado cuerpo. En esta caza del alma lo más ridículo de la escena es

que de cuando en cuando ya el uno ya el otro abre los brazos y grita:

—Aquí está el alma, aquí, cogedla.—Y todos acuden y extienden los brazos en actitud de asir á la fugitiva, y prorrumpen en mayores gritos, lamentos y plegarias. Entretanto uno de los parientes que permaneció á la cabecera del moribundo, le coloca entre los labios una moneda de plata para pagar, creo yo, al portero del infierno, ó el pasaje al piloto de la laguna Estigia; pues parece que el Aqueronte de los chinos no los pasa en la barca gratuitamente como el de Dante. Espirado que ha, el primogénito de los hijos rasga con cierto ímpetu de dolor todo el pabellón y déjalo caer sobre el lecho del difunto; después, suelto el nudo de su larga trenza, déjala caer en señal de luto sobre su espalda, y envía á todos los parientes y amigos la dolorosa noticia de la muerte de su padre en un librito azul, subscribiendo, no con su propio nombre. sino con un apelativo despectivo, como *el indócil, el inobediente, el protervo, el ingrato*. Hace después enlutar la sala más ámplia de la casa, cubriendo las paredes con tela de cáñamo, no negra, sino blanca; que tal es el color de luto usado entre los chinos. Luego el cadáver, sin ser embalsamado, pues no hay tal costumbre en la China, es enfajado con dos ó más piezas de finísimo lienzo, quedando fuera sólo los brazos, más no la cabeza. A seguida lo visten con el traje más honorífico, y acomodado á la corriente estación; le ponen encima las insignias de su clase y de su dignidad, si alguna tuvo, y finalmente lo meten en el ataud, lleno de hiervas holorosas, el cual clavan fuertemente y cuyas junturas estucan á fin de impedir que salga mal olor. Cúbrenlo después de flores ó estrellitas de oro, y colócanlo en la

sala, poniendo encima su retrato, ó el nombre del difunto, y á un lado un altar adornado de flores, pebeteros y hachas ardiendo.

El cadáver permanece aquí expuesto de tres á siete días, durante el cual tiempo un tarjetón colocado en la puerta anuncia á los pasajeros que la casa está de luto, é invita á los amigos á rendir al difunto los fúnebres honores. Recíbelos con muestras de profundo dolor el hijo, saliendo á su encuentro con paso vacilante como quien está próximo á desmayarse de dolor, vestido de un saco de cáñamo, cubierta la cabeza con un birrete de la misma tela, atada á la cintura una larga cuerda y llevando calzado de paja. No es esto solo: la primera noche pásala tirado junto al féretro; durante largo tiempo duerme sobre un jergón lleno de paja; vive retirado en sus habitaciones, no asiste á espectáculos, destierra toda gala de su persona, todo pasatiempo y juego de su casa, todo regalo de su mesa y frecuentemente también las carnes; no se sienta sino en una pequeña y rústica silla, y practica otras penitencias en las que no afloja sino después de pasados algunos meses ó por lo menos unas cuantas semanas. Y si es uno de los que creen en la metempsícosis y hay muchísimos en la China, —se percatará de dar muerte á un animal cualquiera por temor de cometer un parricidio. Cuanto á las demostraciones de luto y á las fúnebres ceremonias que, según los ritos, suelen hacer los parientes y amigos del difunto, consisten en postrarse cuatro veces ante el féretro, en tocar con la frente el suelo y en quemar perfumes y papel dorado y plateado. El fundamento de este último rito es como indicamos ya, la supersticiosa creencia de que aquel fingido metal cambiándose en el mundo de allá en ver-

dadera plata ú oro, servirá al alma del difunto para los gastos del viaje y para ganarse el favor de los centinelas que guardan las puertas de la infernal prisión, á fin de que pueda salir á su talante en busca de algún cuerpo donde meterse y renacer hombre, pero bajo más benigna y propicia estrella.

—Estas noticias iba dando á sus compañeros el señor Silva, mientras los parientes, amigos, y conocidos del difunto tributábanle con toda gravedad y lentitud uno después de otro los fúnebres honores que decimos, acompañándolos de verdaderas ó fingidas muestras de inconsolable dolor. Entretanto el hijo, que lloraba de veras, permanecía enteramente solo, sentado bajo un pabellón abierto, y eran como el eco de su dolor las mujeres, que ocultas detrás de una cortina daban altísimos lastimeros ayes. Terminadas estas ceremonias, cuantos habían acudido á las fúnebres honras, eran introducidos por un pariente del difunto, encargado de hacer los honores del recibimiento, en otra sala, donde se les servía té, licores y dulces, lo cual viendo Elisa, exclamó:—Qué nuevo género de luto es este que termina con un banquete? Tan pronto se pasa en este país del llanto á la alegría?

—Ciertamente, dijo Astolfo; parece que sus lágrimas salen de los ojos y no del corazón.

—Serán, añadió el señor Silva, de los que no sienten de corazón la desgracia que se lamenta; y por eso no dejan de confortarse con un sorbo de buen licor, ó endulzorar su dolor con algunos dulces.

—Costumbre asaz razonable, dijo chanceándose Astolfo; pues quien tanta agua deja caer de sus ojos, justo es que beba un poco de vino.

—No es ésta ocasión de chanzas, díjole su madre;

y vuelta al Sr. Silva, preguntóle:—Cuándo acaeció la muerte que lloran ahora?

—Há ya tres meses; y no os maraville esto; pues á veces consérvase sobre la tierra el cadáver mucho más tiempo, y hasta tres años, esto es, cuanto dura el luto por la muerte de los padres. En este intérvalo de tiempo no pasa día sin que el hijo encienda delante del cadáver blandones, queme perfumes, y le ofrezca té y viandas, sea porque juzgue que la esencia de estas cosas volando al otro mundo pueda servirle de alimento, sea para demostrarle con estas oblaciones que él conserva viva en el alma su memoria.

—Y si hace tanto tiempo que murió, preguntó Astolfo, para qué tal fúnebre aparato?

—Porque hoy es el día del sepelio, elegido por los augures, los cuales, á decir de ellos, han encontrado el día más venturoso.

En efecto, después de las ceremonias de que hemos hablado, comenzó á desfilar á la vista de nuestros viajeros el fúnebre cortejo. Marchaban delante los músicos; seguían ordenados en larga fila una multitud de hombres, llevando, quienes las estátuas de hombres ilustres, ó de notables bestias, como elefantes y tigres, quienes banderas, mesitas sobre las que ardían perfumes, y pirámides de flores, frutas y pastas. Iban detrás los bonzos salmeando con lenta y monótona voz; después los parientes y amigos del difunto, y finalmente el féretro llevado por veinte hombres bajo un templete de forma de cúpula; de seda color violeta. Detrás del féretro iba el primogénito, vestido con un saco de cáñamo, profundamente encorvado, cayéndose, apoyado en un bastón y dando dolorosos ayes; cerca de él marchaban los demás hijos, vestidos también de luto, tristes, lacrimosos y

en actitud del que se vá á caer. Cerraban el fúnebre cortejo, las hijas, las esposas y las esclavas llevadas en sillas bien cerradas, quienes, si no se dejaban ver, dejaban oir los gritos y dolorosos ayes que lanzaban.

Durante el largo camino recorrido por el cortejo, algunos parientes y esclavos quemaban de cuando en cuando fuegos artificiales. y esparcían fragmentos de papel dorado y plateado.

Astolfo, viendo esto, preguntó al señor Silva la causa; y éste le respondió:—El vulgo cree que el ruido de las detonaciones y el olor de la pólvora llenan de pavor á los genios maléficos ó á los espíritus infernales, los cuales, emprendiendo la fuga, dejan en paz el alma del difunto, que acompaña invisiblemente sus despojos mortales al sepulcro. Y como es fama que aquellos expíritus padecen una insaciable sed de oro, se les arroja pedacitos de papel dorado y plateado, el cual juzgándolo verdadera plata y oro, dejan de perseguir y molestar al alma del difunto para coger aquel remedo del precioso metal.

—Vese claro, dijo Astolfo, que todo esto no es sino un lazo tendido á su infantil sencillez. Y es fuerza decir que los diablos en la China son menos astutos que los chinos, los cuales también saben burlarse de ellos.

Llegado el cortejo al lugar de la sepultura, renováronse los llantos y ayes; el ataud fué colocado en el monumento, y junto á él se puso té, arroz, y frutas, quemándose sobre la tumba una litera, después un vestido, un sombrero, calzado y otros objetos, pero todos de papel, á fin de que tuviera en el otro mundo el alma del difunto con que alimentar-

se y vestirse. Como el alma, siendo sutilísima, mal podría llevar encima un vestido pesado, por eso, creo yo, los compasivos chinos procuran enviarle un traje ligero, cual es el de papel. Los letrados ríense de estas creencias del ignaro vulgo; más no por eso dejan de practicar tales ceremonias: tanta es la fuerza de la costumbre (1).

La fúnebre ceremonia terminó, según costumbre, con un banquete, remate obligado de todas las solemnidades chinas, alegres ó tristes que sean, religiosas ó civiles, públicas ó privadas (2). Nuestra comitiva indignóse al ver esto, y Elisa exclamó:—Estos chinos ni llorar saben sin comer! Y así diciendo, dió la vuelta y con ella los demás.—Sin embargo, dijo el señor Silva, no puede negarse que el luto se observa aquí con más rigor que en ninguna otra parte. Si á los convidados á las exequias se les trata así por cortesía, los que verdaderamente están de luto, como los parientes próximos del difunto, deben, todo el tiempo que dura el luto, renunciar á convites y espectáculos, vestir modestamente, abstenerse de licores embriagantes, y otras cosas. Los hijos durante tres años no desempeñan ningun cargo público, y el primer año visten de grosera tela, el segundo de una que no lo es tanto, el tercero de seda, pero blanca en señal de luto, amén de aquellas demostracciones de duelo que mencioné poco há. ¡Ay del que deja el luto antes del tiempo fijado por la ley, que es de tres años por los

(1) Estas ceremonias fueron con razón condenadas por la S' Sede; y por eso los chinos cristianos guárdanse de practicarlas.

(2) Es una costumbre que de la China pasó á Italia, donde todo empieza y todo acaba con un banquete, cuyo costo pagan los pobres contribuyentes

padres y por el marido, y de un año por la esposa y por los hermanos! Ya puede prepararse á recibir sesenta sonoros varazos que le recuerden las prescripciones del ceremonial.

—Y si un chino, preguntó Astolfo, muere fuera de la patria?

—Entonces los hijos tienen el deber de transportarle, so pena de quedar perpetuamente infamados, y de ser después de la muerte borrados de la lista de los descendientes: su nombre no será jamás escrito en la sala de los antepasados. Por esto el chino que emigra de la patria, casi siempre vuelve acá ó vivo ó muerto; y antes de salir, en el contrato de emigración hace poner esta cláusula: «que el agente se obligue, transcurrido el tiempo del contrato, á volverle á la patria ó hacer que su cadáver sea trasladado allá, por sus parientes. Y por esto es que frecuentemente vemos las naves y vapores tornar cargados de ataudes. La costumbre de sepultar en tumbas separadas unas de otras hace que ocupen mayor espacio los muertos que los vivos, por manera que la China semeja una vasta necrópolis, ó un inmenso cementerio.

Así conversando había llegado nuestra comitiva á un collado que se levantaba no lejos del lugar adonde había seguido al fúnebre cortejo fuera de la ciudad; y aquí se detuvo á respirar, cansada no del camino, sino por el sofocante calor del día, tan calmoso, que no se percibía el más leve soplo del viento.

—En este collado, dijo el señor Silva, se atrincheraron los chinos, después del asesinato del gobernador Amaral, cuando se sublevaron contra nosotros; pero fueron perseguidos por un puñado de

soldados portugueses, capitaneados por el valeroso teniente Mesquita de Macao (1). Pero entonces se vió que no falta á los chinos valor y arrojo. Pues uno de ellos, sin desalentarse por la rota de los suyos, lejos de darse con sus compañeros á la fuga, se plantó á la entrada de aquel pequeño reducto que en la cima del collado estáis viendo, y allí á pié firme, cual nuevo Horacio, recibió á los enemigos, defendiéndose desesperadamente con su espada hasta que oprimido por el número cubierto de heridas cayó en tierra y cubrió con su cadáver el lugar que había ocupado peleando (2).

Mientras así él hablaba, oyóse un cañonazo disparado desde un próximo baluarte.

—Qué señal es ésta? preguntó Elisa.

—La que se da cuando se avecina el tifón.

—Misericordia! exclamó Astolfo. En el pais de las ceremonias preséntase de improviso ese señor?

—Es decir que nos hallamos amenazados por un terrible huracán? preguntó Blanca, no sin algún miedo.

—Y tanto! Estos tres días de calma que hemos tenido, eran los mensajeros de la tempestad. Corramos á casa.

La comitva levantóse sin demora y apresuradamente, volvióse á la ciudad, donde todo era confusión, como si estuviera llegando una enemiga hueste. Cerrábanse las puertas y ventanas de las casas; las naves surtas en el puerto redoblaban las

(1) Este defensor de Macao tuvo, pocos años há, un fin trágico.

(2) Este hecho nos ha sido referido por los mismos portugueses de Macao.

áncoras; las góndolas retirábanse á la playa; los que se hallaban fuera de casa, corrían á encerrarse en ella, y echaban los cerrojos como si se tratara de defenderla de un asalto de enemigos. Corrieron también nuestros viajeros á fortificar sus habitaciones de la *Praya grande*, reforzando puertas y ventanas con palancas de madera y barras de hierro, poniéndolo todo en disposición de recibir bravamente al tifón, y hacer resistencia á su terrible acometida.

A los gritos, al tumulto, al torbellino de gente que desalada corría en todas direcciones, y apercibíase para la defensa, siguió bien pronto el silencio de la ansiedad y de la expectación: las calles quedaron desiertas, las plazas solitarias, el puerto abandonado; Macao entera se recogió en sí misma y encerróse en sus casas, como en otras tantas fortalezas.

C.

EL TIFÓN.

Desde Mayo hasta Septiembre es caldeado el vasto continente del Asia, situado en el trópico de Cáncer, por un sol que lanza sus rayor verticalmente; entonces la atmósfera, enrarecida por la irradiación del calórico terrestre y de la gran masa de vapores en ella suspendidos, deja un vacío que viene pronto á llenar la menos cálida y más densa de las regiones templadas. Lo cual da origen á las rápidas corrientes aéreas que restablecen el roto equilibrio de la atmósfera, estando siempre su masa y velocidad en proporción de la mayor ó menor rarefacción del aire. Pero antes de restablecerse el equilibrio, tiene lugar en el océano atmostérico un flujo y reflujo, análogo al del mar, ó más bien á la oscilación de un péndulo.

Por esto á las corrientes que vienen del septentrión y del levante, corresponden las del mediodía y occidente; por manera que el tifón en el espacio de 24 horas describe toda la rosa de los vientos.

Faltaban aún tres horas de día, cuando el sol comenzó á palidecer, y la azulada bóveda celeste fué cubierta por una densa niebla, que casi impedía distinguir bien los objetos. Desencadenóse des-

pués por la banda del NE. el proceloso tifón, y llegó batiendo tierras y mares con tal furia, que parecía querer arrancar de cuajo las montañas y sepultarlas en el mar. A su paso sufrían violentas sacudidas los edificios, y los poco sólidos no resistiendo la violencia, banboleábanse, y algunos venían al suelo con estrepitosa ruina. Techumbres, ventanas, puertas, tablas; todo volaba arrastrado por el huracán; y los árboles, ó eran arrancados, ó á duras penas se mantenían en pié con sus copas destruidas y sus brazos tronchados, cubriendo el suelo de ramas y de hojas. Cuantas plantas crecían en las huertas y jardines, yacían todas en tierra tronchadas. Pero todavía era más terrible el estrago que causaba el tifón en el mar y en el puerto, lleno de barcas de todas formas y tamaños. Las aguas de la rada, ordinariamente tan tranquilas, subían ahora hasta los montes; las olas batían el muelle con rabia y en él abrían anchurosa brecha, ó salvándolo, arrastraban las naves pequeñas y las dejaban en tierra á un kilómetro de la playa: tanta era la violencia del viento y del mar!

El río obligado á retroceder por el oleaje que le salía al encuentro, aumentando su caudal, salía de su cauce, y confundidas sus aguas con las marinas derramábase por las calles de la ciudad. El puerto y la playa semejaban un campo de batalla: los buques grandes y los pequeños chocaban unos con otros; y cual se daba á la banda, cual se deshacía, y alguno también desaparecía sorbido por las olas. Aquí y allí veíase flotar mástiles, antenas, tablas y cadáveres; y en medio de tantos horrores oíanse los desgarradores gritos de los que pedían socorro, ó lamentaban la muerte de los suyos. Por desgracia no

permitía el tifón socorrer á aquellos infelices. Dos soldados portugueses, que estaban de guardia en el puerto, corrieron con generoso ardimiento en auxilio de algunos chinos que luchaban con las olas, pero allí perdieron ellos también la vida, generosas víctimas de su caridad. El huracán duró casi tres días, pero sólo 24 horas se mantuvo en todo su furor, dejando en pos de sí largo rastro de naufragios y de ruinas. En la playa de Macao arrojó el mar no menos de 900 cadáveres; y en toda la provincia de Cantón se hizo subir el número hasta 18.000. Y esto no debe parecer exagerado al que recuerde que gran parte de la población china vive, como en otro lugar dijimos, sobre las aguas.

Aun no había pasado del todo la tempestad, cuando Elisa abriendo una ventana que daba al mar, vió flotar cerca un cadáver y siguiendo los impulsos de su corazón, bajó al instante con Astolfo á la playa para traerle á la orilla y darle sepultura. Mas para esto hubo menester de saltar á unos peñascos, de que aquella playa está llena, no sin riesgo de caer en el mar. Llegado que hubo al punto donde flotaba, asió de él con ayuda de Astolfo, y lo trajo hacia sí. Horror! tenía el cadáver desfigurada la cara por los mordiscos de los peces, la nariz y los labios medio devorados, y todo el cuerpo hinchado y casi en putrefacción. Elisa dirigiéndose á un grupo de chinos que atónitos la mirabans, hízole seña que viniesen en su ayuda, pero ninguno se movió.

—Estos chinos, dijo Astolfo, tienen horror á los muertos; pero esta vez he de obligarlos yo á realizar un acto heróico de abnegación.—Y dando á su semblante un aspecto severo y amenazador, gritó

en portugués, lengua que entendian ellos:—Yo os acusaré ante el juez, y os echare á todos á galeras, gente insensible y sin corazón.—Esta bravata de Astolfo, que era más para excitar la risa, que para causar terror, intimidó de tal suerte á los chinos, que no obstante la invencible repugnancia que les inspiraba el contacto de un muerto, se resolvieron á prestar auxilio á Elisa y Astolfo; quienes se apresuraron á dar sepultura al náufrago cerca de la playa (1).—Mira el poder de mis palabras! decia Astolfo, chanceándose, á su madre, mientras ambos estaban ocupados en su piadosa obra; y entretanto dirigía torvas miradas á los chinos, en cuyo rostro se descubría la violencia que tenían que hacerse y á escondidas se reía.

—Has podido, díjole con satisfacción Elisa, convertir á los chinos en sepultureros; no es poco. Demóstenes y Tulio con su elocuencia no hubieran conseguido tanto.

Enterrado que hubieron aquel cadáver, Elisa en lengua portuguesa dió las gracias á los chinos, diciéndoles que Dios les premiaría aquella obra de misericordia. Luego con su hijo entró en su casa, dejando á los chinos como estupefactos por lo que habían visto y hecho ellos mismos, mal de su grado, movidos por las amenazas de aquel *diablillo* de europeo, y por el ejemplo de su madre, que á sus ojos debía de ser una *diabla* de primera fuerza.

Con el tifón que acabamos de describir, terminó la estación de los calores, y dió comienzo la que es más propicia á los que navegan por los mares de

(1) Describimos una escena de la que nosotros hemos sido testigos.

la India y de la China. y dura desde Octubre hasta Abril.

El Sr. Silva fué varias veces á Cantón para ver en qué estado se hallaban los aprestos de la expedición contra los piratas, y no tuvo porque alabar la solicitud del gobierno chino; pues aún no había contratado los dos vapores costaneros destinados á la empresa: pero en cambio tuvo la satisfacción de adquirir importantes noticias acerca de Maroto y los piratas de la enseña negra, de los cuales hablaremos pronto. Elisa tenía también porque alegrarse y á la vez dolerse de la misión de Zeno. Confirmábanla en sus esperanzas dos cartas que de él había recibido, una fechada el día mismo de su arribo á Pekín y recibida la otra quince días había; las cuales cartas eran para ella como el iris después de la tempestad. Había contestado á Zeno manifestándole la más viva gratitud, y al mismo tiempo escrito á su marido una afectuosísima carta. Pero desde aquel día habían transcurrido dos meses, y Zeno no escribía; por esta causa ella había empezado á temer ó que él se hubiera puesto enfermo ó que sus tentativas de conciliación hubiéranse frustrado. Esto la tenía en tanta congoja, que para consolarse multiplicaba sus visitas á doña María, que había llegado á ser su íntima confidente y consejera; y jamás iba junto á ella que no volviese algo consolada. Pero su mayor consuelo buscábalo en el amorosísimo Corazón de Jesús, por el cual conocía ser atraída con una fuerza de amor que la elevaba sobre sí misma y sobre todas las cosas humanas, y en donde, como paloma en su nido. encontraba su paz y su reposo.

Entretanto del Colegio de San José partía una invitación á todos los cristianos para una peregrinación al antiguo sepulcro de San Francisco Javier en *San-*

chón, isla distante ochenta millas de Macao. Pareció-le á Elisa esta invitación una llamada del cielo, por lo que al instante se hizo inscribir juntamente con sus hijos en el número de los peregrinos; y no contenta con esto, trabajó con otras piadosas señoras en acelerar los preparativos del proyectado viaje, diciéndole su corazón que debía esperar de Dios señaladas gracias por intercesión del santo; y su corazón tampoco esta vez la engañó.

CI.

LA PEREGRINACIÓN Á SANCHÓN

Aunque el viaje desde Macao á Sanchón no dura más de ocho horas, las varias compañías de vapores de Hong-Kong y de Cantón negábanse á dar uno para el transporte de los peregrinos á una isla infestada por los piratas, y separada por un mar frecuentemente alborotado por espantosas borrascas. Sin embargo, después de muchas gestiones, una Compañía inglesa concedió uno, pero por un solo día, y á condición de asegurarlo, y de que se le entregasen como prenda 700 dollars, además del pasaje. que debía ser á razón de cinco dollars ó 25 francos por cada peregrino. La Compañía inglesa había mirado bien por sus intereses; pero la piedad de los macaenses y su devoción al grande Apóstol del Oriente no se asustó por esto, ni desistió de la empresa por lo crecido de los gastos. En pocos días reunióse, mediante una suscripción pública, la suma pedida, y empezáronse los preparativos. Los P.P. de San José hicieron esculpir sobre una lápida de mármol una inscripción latina para colocarla en Sanchón, como perenne monumento de aquella primera peregrinación; y cuando trataron de pagar á los grabadores chinos, que eran todos paganos, éstos habiendo sabido á quien era dedicada la lápida, no aceptaron paga alguna: tal es el

concepto en que aun los gentiles de aquella región tienen al grande Apóstol del Oriente! Prepararon también los Padres misioneros del referido Colegio todo lo necesario para improvisar una capilla y celebrar en ella los divinos oficios; y cuando todo estuvo dispuesto para la partida, reunieron en la iglesia á los peregrinos de Macao, los cuales unidos después á los que venían de Hong-Kong y de Canton, sumaban 350, y con ellos embarcáronse llenos de confianza en el auxilio divino y en la protección del santo (1). Parecía que la misma naturaleza asociábase á la alegría de los peregrinos: un cielo riente y azul, un mar enteramente en calma, una suave y refrigerante brisa, todo, en suma, los alentaba, todo hacía que no temieran por entonces los furores de aquel proceloso mar. Mas no era este el único riesgo que había que temer. Llegado que hubo el vapor después de ocho horas de felicísimo viaje á la vista de Sanchón, aparecieron ancladas delante de la isla dos naves de los piratas. Los peregrinos, sin asustarse, echaron mano á las armas y dispusiéronse en orden de batalla, mientras las señoras que iban á bordo, corrían á encerrarse en el salón de popa.

El vapor estaba desprovisto de artillería; sin embargo, uno de los peregrinos, que hablaba expeditamente el dialecto de Cantón, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones á los marineros, que preparasen los cañones de popa y proa; y éstos com-

(1) Muchos que deseaban tomar parte en esta peregrinación, no osaron afrontar los peligros conque había que luchar, y los retrajo también el pensar que se marchaba á lo desconocido, habiéndose perdido la tradición del preciso lugar donde estaba el antiguo sepulcro del Santo Apóstol

prendiendo el ardid, empezaron á maniobrar como si realmente hubiera cañones á bordo. Esto engañó á los piratas, que á causa de la incierta luz del día, pues estaba obscureciendo, no advirtieron la estratagema; y visto aquel bélico aparato, creyeron que aquél era un vapor de guerra, con el que mal podían entrar en batalla dos naves, aunque estuviesen, como en efecto estaban provistas de artillería. Y por esto en vez de romper el fuego, echando al mar un bote, enviaron algunos de los suyos á parlamentar.

La naturaleza no produjo jamás hombres de tan horrible catadura: eran negros y de aspecto feroz. Astolfo que asomaba á la baranda de la nave los vió de cerca, experimentó algún horror y dijo al señor Silva que estaba al lado:—No he visto gente de más feroz aspecto! Guárdenos Dios de caer en manos de estos caníbales!—Mientras ellos, añadió el señor Silva, engañados por las apariencias, juzguen que nuestro vapor es un barco de guerra, no hay mucho que temer. Es verdad que, no há mucho, llevaron su ardimiento hasta asaltar un buque de guerra, armado de gruesos cañones, y lo apresaron; pero entonces las naves de los corsarios eran cerca de cincuenta, mientras ahora son solamente dos. En esto los parlamentarios habíanse puesto al habla; y entonces comenzó entre ellos y los nuestros el siguiente diálogo:

—Quiénes sois? preguntaron aquéllos.

—Europeos, respondieron algunas voces.

—A qué venís?

—A dar caza á los piratas; y todos los peregrinos gritaron á una voz:—Mueran los piratas!—Al oir este grito los parlamentarios, arrugaron la frente y lanzaron á los nuestros centelleantes miradas, que parecían decir:—Oh si pudiéramos teneros en nuestras

manos! os haríamos pedazos y serviríais de alimento à los peces!—Pero persuadidos, como estaban, de habérselas con un navío de guerra, tornaron al lugar de donde habían venido, sin decir palabra, acompañados de los silbidos de la improvisada soldadesca. Poco después, las dos naves, levadas las anclas, desplegaron todas las velas, y entrando en un angosto brazo de mar, desaparecieron detrás de los escollos.

—Gracias á Dios! exclamó el Sr. Silva.

—Y bendito sea también el santo Apóstol de las Indias! añadió una voz dulce y argentina. Era la de Elisa, que había oído aquella exclamación mientras salía con las demás señoras del saloncito de popa.

—Oh mamá, dijo Astolfo chanceándose, dónde está tu antiguo valor? donde la fortaleza romana, pues corriste á ocultarte en vez de empuñar las armas?

—Nosotras, respondió ella sonriendo, contribuimos más á la común salvación escondiéndonos, que vosotros blandiendo las armas.—Y decía la verdad; pues si los piratas hubieran visto á bordo á las seseñoras, no hubieran caído en el error de tomar á los pasajeros por soldados, y á un vapor desprovisto de cañones por un navío de guerra. La estratagema empleada por los peregrinos había sido verdaderamente una inspiración del cielo. Ellos, sin embargo, aunque habían huido los piratas, no dejaron de hacer la guardia por turno durante la noche, temiendo siempre alguna sorpresa.

Nuestros viajeros después de haber dormido un breve sueño, salieron al aire libre, y estuvieron largo rato contemplando á los trémulos destellos de los astros aquella isla, donde ya estaban con el corazón antes de poner en ella el pié.

Apenas comenzó á alborear, muchos de los pe-

regrinos bajaron á los cuatro botes que tenía el vapor, y bogaron con todas sus fuerzas hacia diferentes puntos de la isla, para adquirir noticias acerca del lugar donde estaba el antiguo sepulcro del Apóstol del Oriente, no habiendo a bordo ninguno que lo supiera. Afortunadamente los primeros que saltaron en tierra, encontráronse con un anciano chino, el cual les preguntó:

—Quiénes sois?

—Somos europeos.

—A qué venis?

—A venerar el antiguo sepulcro de un scen-yen-ti (varón santo) de nuestra nación.

—Vedlo allí sobre aquella roca. Venid conmigo, que yo soy el guardián de aquel lugar.

Oh providencia de Dios! El vapor, como guiado por invisible mano, y sin que el piloto lo advirtiese, había anclado bajo la roca sobre la que el santo Apóstol había entregado su alma á Dios; y sus mortales despojos á la tierra, conservados aquí prodigiosamente bajo una capa de cal, por espacio de seis meses, incorruptos, mórbidos y frescos.

Los peregrinos ebrios de alegría por tal noticia, echaron á correr por la playa gritando: Viva San Francisco Javier! y su grito llegando hasta el vapor, fuè varias veces repetido con igual entusiasmo por cien y cien lenguas: Viva San Francisco Javier! No pudiendo el vapor arribar á la playa, por causa del poco fondo, los peregrinos pidieron los botes, y en ellos pasaron á tierra. Mi pluma no es capaz de pintar la alegría que centelleaba en todos los semblantes pareciéndole á cada uno haber descubierto una nueva tierra de promisión. Bajado que hubieron, tomaron

como por asalto la pendiente de la roca, siguiendo al viejo guardián, abriéndose paso por entre los arbustos y la densa yerba; pues no había, como hay hoy, un camino que cómodamente condujese á la cima. Astolfo que era ágil como un gamo, daba la mano ya á su madre, ya á su hermanita, ayudándolas á superar los pasos difíciles; y como no reparaba mucho donde ponía los piés, varias veces se cayó, pero sin sufrir daño de consideración, gracias á la elasticidad de sus miembros. El Sr. Silva, á quien pesaban un poco los años que llevaba encima, marchaba detrás lentamente; los demás peregrinos marchaban al paso que sus fuerzas les permitían. Llegados á lo alto de la roca, dirigieron en torno sus miradas, buscando en vano algún vestigio del antiguo sepulcro del Santo. La consternación fué general, mirándose mudos y descorazonados unos á otros, como para pedirse mútuamente consejo.

Espoleados después por el deseo y la esperanza de descubrirlo, diéronse todos con grande ardor á desbrozar aquel terreno selvático, cuando Astolfo, que á nadie cedía en ardor, tropezó y cayó.—Qué piedra es esta? exclamó después que se hubo levantado. Mirad, mirad aquí una piedra trabajada á cincel! Sería ésta la lápida del sepulcro?—Corrieron todos allá, mientras él, Elisa y los niños afanábanse por limpiar la piedra de la tierra que la cubría. Entonces se descubrió lo que era, esto es, la lápida sepulcral que cerraba la boca de la sepultura donde había sido puesto el cuerpo del Apóstol, y donde, como más adelante veremos, fué encontrado prodigiosamente incorrupto, y con la carne aún fresca, mórbida, jugosa y colorada, tanto que habiéndole un indiscreto devoto arrancado un pedacito, destiló con grande estupor de los

presentes sangre líquida. La lápida tenía grabado un epitafio portugués, que traducido á nuestro idioma, dice así: «Aquí fué sepultado el grande Apóstol de Oriente, San Francisco Javier Los Padres de la Compañía de Jesús erigiéronle este monumento el año 1639.»

De este modo los misioneros jesuitas que habían promovido esta primera peregrinación, reanudaron la tradición de sus hermanos, interrumpida hacía ya más de dos siglos.

Indescriptible fué el júbilo de todos los peregrinos por este descubrimiento. Al momento empezóse á levantar sobre aquella tumba una capilla, improvisada con una tela de lona, bajo la cual erigiéronse tres altares para celebrar el divino sacrificio. Además de las misas rezadas que fueron, si bien me acuerdo, unas diez, cantaron una misa solemne los alumnos del Colegio de San José, dirigidos por el Sr. Luis Antinori, maestro de canto y piano en el mencionado Colegio, quien había llegado poco había de Roma. Acaso era aquella la primera vez que se oian en aquellos yermos lugares las harmonías de la música sagrada é italiana. Las argentinas voces de los niños jamás parecieron tan dulces á los oídos de los peregrinos, como en torno de aquella veneranda tumba. Sobre aquella roca había celebrado el Santo por última vez el santo Sacrificio, después del cual, abrasado por la fiebre que ya había tiempo le venía consumiendo lentamente, vióse precisado á refugiarse en su pobre y mal defendida cabaña. Esta circunstancia notada por uno de los misioneros contribuyó no poco á encender la devoción de los peregrinos. Terminados los divinos oficios, un Padre jesuita subido á una piedra que le servía de púlpito, dijo: «Hermanos, la tierra que pi-

samos, es sagrada. Doblemos las rodillas y besemos este suelo santificado con la muerte del grande Apóstol de Oriente. Salve, tierra feliz, que recibiste los últimos suspiros de Aquél para quien fué reducido campo todo el oriente! Afortunados terrones, que guardásteis en vuestro seno el precioso tesoro que enriqueció las Indias, y sobre el cual el tiempo, que con mordaz diente todo lo roe y reduce á polvo, no se atrevió á extender su férreo imperio! Isla venturosa, que fuiste el último campo de sus apostólicas fatigas y el último teatro de sus glorias, afortunada Sanchón, yo te saludo.» Así dijo, y los peregrinos besando aquella tierra, derramaban tiernas lágrimas de devoción y alegría.

Después el orador sagrado continuó diciendo: «Oh cuántos recuerdos, y todos gratos á nuestro corazón, evoca là vista de estos lugares! Aquí paréceme que todo se anima en torno de nosotros, y que todo nos habla de aquel varón extraordinario que aquí cayó abrumado por el peso de tantas palmas y laureles recogidos en la conquista espiritual del Oriente. De Javier nos habla esta isla sobre la cual él alzó el lábaro de la redención humana, que poco después había de ser plantado por sus compañeros en el corazón del Imperio celeste. De Javier nos hablan estas playas bañadas por sus apostólicos sudores en la conquista de tantas almas de mercaderes de todas las naciones, que arribando acá con el fin de traficar, hallaban aquí lo que no habían venido á buscar, las riquezas de la gracia y los tesoros del cielo. A Javier nos recuerda esta roca, sobre la que diariamente ofrecía él la víctima divina, y que tantas veces repitió el sonido de sus piadosos lamentos y suspiros cuando desde esta punta extendiendo sus miradas por las azules olas

del mar, buscaba las vedadas playas de la China; y allá enviaba en alas de su caridad sus ardentísimos votos. *Javier* repiten estas piedras, sobre las que daba más bien tormento que reposo á sus fatigados miembros; *Javier* grita esta fosa que guardó intactos bajo la cal por espacio de seis meses sus mortales despojos. *Javier*, en fin, repite esta lápida sepulcral que, há más de dos siglos, levantaron para perpétua memoria sus hermanos de religión y cooperadores en el apostolado. Todo nos habla de él á los ojos y al corazón: cómo, pues, podría permanecer muda mi lengua?» Después habló el orador de las glorias del apostolado de San Francisco Javier, delineando á grandes rasgos la gigantesca figura del Apóstol, que había plantado á costa de inmensas fatigas, sufrimientos y peligros de toda suerte la triunfante bandera de la cruz hasta en las últimas playas del Oriente, donde el sol tiene su cuna. La grandeza de sus empresas, la extensión de sus conquistas, la gloria de sus carismas, el esplendor de su santidad, la fama de sus prodigios, la inmortalidad de su nombre, la incorrupción de su cuerpo, la veneración de los pueblos fueron los colores con que iluminó el orador su cuadro, y al que dió la última mano con la descripción de su muerte, aquí mismo acaecida el día 2 de Diciembre de 1552.

Como los más de los peregrinos eran macaenses, al hablar del don de profecía, tan familiar al santo Apóstol, les recordó un hecho del que aun hoy se conserva viva la memoria en Macao, donde sucedió, y es uno de los más extraordinarios de cuantos se leen en su vida. Traficaba en Sanchón un tal Pedro Veglio, hombre caritativo y grande amigo de Javier. Un día presentóse el Santo á pedirle una crecida limosna con el fin de dotar á una pobre doncella cuya

honestidad peligraba, y encontróle jugando á los naipes con los amigos á bordo de su nave.

—Padre, venís en malhora, díjole sonriendo Pedro, que era de genio jovial.—Todo tiempo es bueno, respondió el Santo, para hacer el bien; y éste en que tenéis dinero á mano, es el mejor.—He comprendido, añadió aquél, metiendo la mano en el bolsillo; será preciso hacer el bien á medida de vuestro deseo á fin de que nos dejéis en paz. He aquí la llave de mi escritorio: coged la suma que queráis.

—El santo Apóstol cogió 300 *cruzados*, esto es, como unos 600 francos, y devolvióle la llave. Concluido el juego, bajó Pedro á su camarote, contó por mera curiosidad el dinero, y vió que no le faltaba ni un real. Por lo que maravillado, salió en busca de Javier, y habiéndole encontrado, reconvínole dulcemente por no haber querido hacer uso de su oferta. —Creed, respondió aquél, que tomé de vuestro escritorio nada menos que 300 *cruzados*.—Pues yo os digo, Padre mío, repuso Pedro, que tengo toda la suma de antes, sin que falte un real: Dios os perdone, mi buen Padre Francisco. Cuando os entregué la llave, mi intención era que repartiésemos al medio los 30.000 *taesis* que allí había.—Dijo esto con tanta sinceridad, que el Santo admirado de su generosidad, dirigióle una tierna mirada; y con aquella vehemencia de espíritu que le era propia en tales ocasiones, le dijo:—Pedro, vuestra oferta ha sido aceptada por aquel Dios que vé las intenciones más ocultas. Jamás os faltará lo necesario para una vida cómoda. que Dios os concederá larga; y no llegaréis al término de ella sin recibir antes aviso del cielo.—Pero como Javier no le declaró el modo como lo sabría, él un dia atrevióse á preguntárselo; y Javier le res-

pondió:—Cuando el vino os amargue, preparaos para morir.

—Pedro estableciόse en Macao, donde vivió mucho tiempo, siempre sano, robusto y rico en bienes de fortuna. Un día en que se hallaba en un banquete con sus amigos, al primer sorbo de vino hizo un gesto de desagrado: encontrólo amargo como la hiel. Alargó el mismo vino á los amigos, preguntando á cada uno qué le parecía? Y respondieron todos que excelente. Hizo que le trajesen otros vinos; pero todos le amargaban. Acordóse entonces de la profecía del Santo, y no pudiendo dudar de su próximo cumplimiento, refirió cuanto el Santo le había predicho; y sin más despidióse de todos, retiróse á su casa, distribuyó sus bienes á los pobres, recibió los últimos Sacramentos, y tendiéndose en el féretro, quiso ser así transportado á la iglesia, adonde al momento acudió una ingente multitud á presenciar el nuevo espectáculo de un hombre vivo y sano que recibe los honores y sufragios de los difuntos. Allí hizo celebrar una misa solemne de *requiem;* terminada la cual, cuando sus criados se aproximaron al féretro para ayudarle á levantarse, ven que realmente habíase dormido en la paz del Señor. La memoria de tan singular suceso, del que toda Macao fué testigo, vive y vivirá perennemente en el corazón de aquellos ciudadanos.

Mientras el predicador cantaba las glorias de Javier, y parte de los oyentes por devoción al Santo, escuchábanle arrodillados, los paganos de la isla acuciados por la curiosidad dirigíanse hacia la roca, y rodeaban mudos y respetuosos la tumba y á los peregrinos. Terminado el panegírico, hiciéronles los peregrinos varias preguntas acerca de aquel lugar de

tantos y tan queridos recuerdos, y ellos respondieron que lo tenían en gran veneración, pues la experiencia les había enseñado que la tierra de aquella roca era un excelente remedio para ciertas enfermedades. De lo que se desprende que los mismos paganos experimentaban más de tres siglos había la prodigiosa virtud del santo Apóstol, que de esta suerte los atraía dulcemente desde el cielo á abrazar la fe de Cristo.

De la veneración en que los gentiles tenían á San Francisco Javier, había una clarísima prueba entre los mismos peregrinos, no pocos de los cuales, aunque paganos, habíanse unido á los católicos para venerar la tumba. Entre éstos contábanse algunos chinos, japoneses, indios y persas de la religión de Zoroastro, quienes preguntados por un misionero jesuita, cómo, no siendo ellos cristianos, habían tomado parte en aquella peregrinación, respondieron: —Como los cristianos, tenemos en alta estima y profunda veneración á aquel grande hombre, á Francisco Javier.—Y bien lo demostraron con aquel profundo recogimiento y respeto con que asistieron á los divinos oficios y honraron el sepulcro del Santo. Lo mismo debe decirse de no pocos protestantes, los cuales en esta peregrinación asociáronse á los católicos, atraidos también por el alto concepto en que tenían al Apóstol de las Indias y del Japón. Tan grande es el poder de la santidad aun sobre el ánimo de aquellos que viven en las tinieblas del paganismo y de la herejía.

Acercábase la hora en que era preciso dar el último adiós á Sanchón. Los peregrinos postráronse de nuevo en torno de la Sagrada tumba; y en esta actitud los retrató, juntamente con la lápida sepulcral, un fotógrafo que en el mismo vapor había ido de Hong-

Kong. Después de esto colocaron los misioneros la lápida de mármol que habían llevado consigo, en la cual se había esculpido una inscripción latina destinada á trasmitir á los venideros la memoria de aquella primera peregrinación. Dióse en seguida la orden de partir; y todos los peregrinos cogiendo para recuerdo tierra de la fosa, ó un ramo de los arbustos que junto á ella crecían, bajaron de la roca, y embarcándose dos horas antes de la puesta del sol en los botes, pasaron al vapor. El viaje no fué menos feliz al regreso, que lo había sido á la ida: viento apacible, mar tranquila, cielo azul y tachonado de estrellas, y á bordo la alegría pintada en todos los semblantes, pero una alegría plácida y suave, completamente diversa de la inquieta y estrepitosa del mundo, aquella alegría, en suma, que solo es producida por la satisfacción de un noble deseo y por la realización de una santa esperanza.

Durante el viaje hablóse largamente de las maravillas que el santo Apóstol obraba todavía desde el cielo, no solo en Sanchón, sino también en Goa, donde, según refirieron algunos venidos de allá, acompañaron al descubrimiento de su incorrupto y sagrado cuerpo dos hechos que solo á milagro pueden atribuirse. Fué uno la súbita curación de la hija de un oficial, que teniendo un pié en malísimo estado, al tocar la urna del santo, sintióse instantáneamente sana; y el otro fué la curación de un ciego que al contacto de la misma urna, recobró repentinamente la vista (1).

(1) Estos dos hechos nos fueron referidos en Macao por el juez de la colonia, que tuvo parte en el proceso que se formó en Goa, donde á la sazón se hallaba, y por algunos oficiales portugueses, los cuales aunque poco inclinados á admitir los hechos

Habían dado ya las once de la noche cuando el vapor llegó á la vista de Macao. Los peregrinos saludaron la ciudad lanzando al aire cohetes; pues era esta la señal convenida para anunciar el feliz resultado de aquella peregrinación. A pesar de lo avanzado de la noche, los macaenses iluminaron al instante en señal de regocijo sus casas, y corrieron á la playa para abrazar á sus parientes y amigos. Indecible fué la alegría con que recibieron á los peregrinos. Los abrazos y besos fueron como de gente que vuelve á ver después de los peligros de una batalla, ó de una larga y arriesgada navegación á sus amigos: tan grande había sido la angustia y el temor en que los había tenido el saber que aquel viaje, aunque breve, no carecía de riesgos; y ébrios de alegría, repetían también ellos con sentimientos de tierna devoción y de reconocido afecto el grito de los peregrinos: «Viva San Francisco Javier.»

Fácilmente comprenderá el lector lo que gozaría Elisa, para quien aquella peregrinación había sido una fuente de celestiales consuelos y delicias. Cuántas lágrimas no había derramado sobre la tumba del grande Apóstol! Cuántas oraciones no le había dirigido! Y ahora volvía con el corazón tranquilo y lleno de esperanza; y no sabía hablar de otra cosa que de cuanto había visto y oido en Sanchón, y de las horas paradisiacas que allí había pasado. Sus hijos andaban también alborozados; y ora el uno, ora el otro recordaban los varios episodios de aquella jornada; y durante muchos días este fué el tema de sus conversaciones: tan viva era y dulce la impre-

---

sobrenaturales, no podían menos de tener por verdaderos los obrados por San Francisco Javier, por haber sido ellos mismos testigos.

sión que había dejado en su ánimo el viaje! Astolfo sentía encenderse en su corazón un ardentísimo deseo de seguir las huellas del santo Apóstol, y revolvía en su mente altos pensamientos y designios; pero sin revelarlos á nadie, excepto á su director espiritual, como quien desconfiaba de sí, y no distinguía bien los secretos movimientos y el misterioso trabajo de la gracia. El señor Silva tenía también de que alegrarse. no solo por el feliz resultado de la peregrinación, sino porque habiendo hablado durante el viaje con un Padre del Colegio de San José sobre las vicisitudes de nuestros viajeros, sobre Maroto y sus piratas, vino á saber que aquel Padre había recibido cartas de los misioneros del Tonkín, en que le hablaban de una trata de esclavos que los piratas hacían en aquellos pasajes, y vendían en Macao y en otros puertos. Por esto estaba sobre aviso por ver si se le deparaba ocasión de descubrir las infelices víctimas de los piratas, y arrancarlas de las uñas de aquellos traficantes de carne humana. Cuando esto se consiguiera, tendría el señor Silva un medio fácil de averiguar cuanto deseaba saber acerca de Maroto, antes que se llevase á cabo la proyectada expedición. Por lo cual él á menudo decía á Elisa: - La peregrinación á Sanchón nos valdrá más que cuanto hemos tratado con el gobierno inglés y el Chino. Que no se equivocaba lo demostrará el curso de los acontecimientos.

CII.

LENGUA CHINA.

Después de la peregrinación á Sanchón, el designio que hacía algún tiempo meditaba Astolfo de alistarse en la milicia de Cristo y consagrarse todo á la grande empresa del apostolado, comenzó á tomar cuerpo. El dirigió todos sus pensamientos á aprender la lengua y la literatura china con el fin de seguirla cultivando después todo el tiempo que debiera dedicar al estudio de las ciencias eclesiásticas en algún Seminario de Europa ó de la China. Descubrió este su designio á la madre, que se alegró más de lo que puede encarecerse, tanto que ella misma quiso hablar al señor Silva, pero sin revelarle el motivo de esta resolución de Astolfo. El buen macaense tomó á su cargo hacerle instruir por medio de un hijo suyo, joven de 25 años de edad, y profesor de lengua mandarina en el Colegio de San José; y entretanto dióle una noticia general de la lengua y de la literatura del celeste imperio, diciéndole: —La lengua china es para un extranjero la mayor novedad que aquí hay, porque no tiene ninguna semejanza con las lenguas vivas ó muertas. Ella no posee alfabeto que pueda servir para la unión de las letras y formación de las sílabas y palabras; pero tiene caracteres ó figuras, cada una de las cuales es significativa de una cosa.

Y lo que es singularísimo, los caracteres son incomparablemente más en número que las voces; pues aquéllos llegan á 80.000, mientras éstas no pasan de 484. y son otros tantos monosílabos indeclinables, terminados todos en vocal ó en la consonante *n*, ó *ng*.

—Cómo, pues se arreglan los chinos, preguntó Astolfo, para expresar con tan pocas palalabras sus conceptos?.

—Mediante las diversas inflexiones de la voz, los tonos altos y bajos, los espíritus suaves y ásperos, las aspiraciones y los acentos.

—Pero eso debe ser causa de infinitas equivocaciones?

—Ciertamente, lo es para quien no está bastante versado en la lengua china. Por ejemplo, la palabra *Cin* significa *amo ó señor, cerdo, cocina y columna*, según las varias inflexiones de la voz y los diversos acentos.

—Guay del esclavo, repuso Astolfo, que equivoque un acento! El correrá riesgo de confundir á su señor con un cerdo.

—Podrá confundirlos un extranjero, más no un indígena.

—Hay sílabas que tienen diez y once significaciones distintas entre sí merced á la diversidad de los acentos y tonos de voz; y las mismas combinadas con otra sílaba denotan una infinidad de cosas diversas, como *Mu*, leño y árbol, *Mu-lan* puerta de madera, *Mu-nu* naranjo pequeño, y así otras. Las inflexiones de la voz, que sirven para distinguir los diversos significados de un mismo monosílabo, son tan delicadas, que á menudo resultan imperceptibles para los oidos de los extranjeros. . . .

—Tienen los nombres chinos declinación y casos,

—y los verbos modos, tiempos y números, como en nuestras lenguas?

—Nada de eso. El nombre es inclinable; el verbo es también una voz invariable, con ciertos sufijos mediante las cuales se transforma en el modo, tiempo y número que se quiere.

—Cosa comodísima, dijo Astolfo, que me hubiera evitado un *dies iræ* de reprimendas y castigos de mi maestro, si en vez de griego y latín hubiera yo estudiado la lengua china. Pero esa bendita escritura me causa espanto! Y qué os parece? Una lengua escrita que tiene tantos signos cuantas son las ideas, y que puede llamarse una verdadera ideografía, no es capaz de poner miedo á cualquiera europeo que desee aprenderla? Cómo fijar en la memoria las variadísimas figuras y tantas significaciones de sus caracteres, ó mejor diré, jeroglíficos?

—A poder de estudio y paciencia, querido mío. Yo conozco misioneros que en el conocimiento de la lengua china, hablada y escrita, dejan atrás á muchos letrados de la China. Sin embargo, cuando dieron comienzo al estudio, eran bastante más viejos que tú.

—Habrá siquiera signos radicales que faciliten la inteligencia?

—Los hay, pero pocos; ni son de grande ayuda, porque en la formación de los caracteres generalmente no se ha procedido con orden lógico, y con cierta y determinada regla.

—Y cuántos caracteres necesito saber para escribir correctamente?

- Por lo menos unos diez mil.

—Caramba! Pues son pocos!

—Los mismos letrados chinos no saben ordina-

riamente más de veinte mil; y son muy contados los que llegan á aprender cuarenta mil.

—Habrá diccionarios para ayudar la memoria?

—Sin duda. Hay el clásico diccionario Hay-pyan, dividido en 119 volúmenes, que comprende los 80.000 caracteres; y otro menor que contiene unos 10.000 y es el que anda en manos de todos.

—Estuvo siempre en uso en la China este modo de escribir?

—Según lo que dicen los historiadores, la escritura primitiva era la imagen del objeto; y de esta existe aun hoy algún vestigio en los caracteres chinos, acostumbrándose, por ejemplo, significar el sol con un disco. Después introdújose el uso de figuras enigmáticas y de símbolos, como entre los egipcios, para expresar las ideas abstractas y universales. Finalmente, dilatándose cada día el campo de los conocimientos, y progresando este pueblo en civilización, á los símbolos remplazaron los caracteres, cuya invención se atribuye á Fo-hi, uno de aquellos personajes que pertenecen á los tiempos prehistóricos.

—Qué estilo usan de ordinario los chinos?

—Un estilo alegórico, conciso, sentencioso, abundante en imágenes y expresiones vivas y animadas, como ésta: «Aún no se ha secado la tinta con que se escribió el edicto imperial en favor de la religión cristiana, y vos os disponéis á destruirla?

—Cómo escriben los chinos?

—No horizontalmente, como nosotros, sino verticalmente; no de izquierda á derecha, sino de derecha á izquierda; no con pluma sino con pincel.

—Gustan como nosotros los chinos de las bellas letras, y como nosotros cultivan la oratoria y la poética?

—Quiero que juzgues por tí mismo; y así diciendo, llamó á un *Atai*, y mandóle traer de la casa de su hijo algunos libros para dar á Astolfo una idea de la literatura china.

CIII.

LITERATURA, ELOCUENCIA, HISTORIA Y POESÍA.

Entre los libros chinos que el señor Silva hizo traer, había algunos que formaban parte de una rica colección de elocuentes discursos y tratados, y unos pocos que daban juiciosos preceptos acerca de la oratoria. El se puso á leer algunos trozos que agradaron mucho á Astolfo, y de los que damos un ligerísimo extracto. Un escritor chino señalando los caracteres de la verdadera elocuencia, dice: «Llena de grandeza y majestad, y rival de los King, nuestros libros sagrados, la verdadera elocuencia llega en alas del genio hasta la sublimidad de ellos, y sin plagiarlos los iguala. Viveza y colorido de las imágenes, dulzura de los sentimientos, delicadeza de términos, formas sencillas y siempre naturales, de todo saca ella partido para embellecerse, y conquistar todos los votos para la verdad. Rica en su curso y rápida esta elocuencia expone sus razones, multiplica las autoridades, acumula las pruebas, prodiga los sentimientos con una especie de lujo que subyuga el corazón: esta es la elocuencia consagrada al culto de la religión, y también la de los hombres de Estado. Seria, grave, decente, natural, modesta, no corre detrás de la vana pompa del arte, ella hace uso de razones luminosas y argumentos convincentes. Las reflexiones de los sabios,

las leyes del Estado, el enlace de los acontecimientos, la belleza de la moral, las relaciones del hombre con el ser supremo, el heroismo de la virtud; he aquí los poderosos medios que hábilmente emplea, y mediante los cuales calma y encadena las pasiones, disipa los perjuicios que ofuscan la razón, sacude la indolencia, decide á los tímidos, arrebata los votos, dicta las resoluciones; y á manera de caudaloso y rápido torrente, supera y arrolla los obstáculos.

—Así él; y tanto basta, dijo el señor Silva, para demostrar que los chinos tienen ideas claras y sanas acerca de la elocuencia, cuyo principal carácter en sus escritores clásicos es el decir mucho en poco, y lo que más la avalora, es un espíritu de análisis que allí se manifiesta en toda su fuerza, sin perjudicar á la elevación de los pensamientos ni á lo patético de los sentimientos. Su elocuencia es producto de la naturaleza más que del arte, el cual redúcese á muy pocos preceptos; pero es un producto perfeccionado con el estudio de los escritores clásicos, cuya elocuencia es lacónica, sentenciosa, toda nervio y vida; y frecuentemente causa en el alma màs fuerte impresión que las figuras de la retórica artificial.

—Aman los chinos la literatura amena, las novelas y romances á que tan aficionados son nuestros europeos?

—Sí, más no hasta el punto de que su corazón se pervierta y se extravíe su razón. Sus romances cuanto á la contextura y al colorido, no se diferencian mucho de los vuestros. Pero en el orden moral qué diferencia! Los romances chinos son morales; ó por lo menos no ultrajan el pudor, y pueden leerse sin que uno sienta en las mejillas el calor de la vergüenza. ¿Puede decirse lo mismo de tantos romances como

allá en Europa principalmente en Francia, pululan, como venenosos hongos, de una espantable corrupción?

—Razón tenéis. Qué vergüenza para nosotros! Para curar á Europa de esta peste, más mortífera que el cólera asiático, convendría hacinar en las plazas públicas aquellos libros y pegarles fuego. Después, para desinfectar á los autores, á fin de que no contagiasen á otros la enfermedad, convendría someterlos á una fumigación á lo chino, es decir á unos cincuenta palos.

—Ah.... ah, respondió riendo el señor Silva, el remedio es heróico, y á fe el único eficaz. Pero en los tiempos que corren, un romancero de calleja y de taberna puede revolcarse á su placer, á guisa de puerco, en el fango, y sacudirse, y arrojar por su inmunda boca toda suerte de suciedad sin que el pudor le enfrene, ni el temor de la infamia ó de la pena le contenga.

—Dejemos, dijo Astolfo, dejemos á los puercos revolcarse en el fango, y volvamos á nuestro asunto. La literatura china es rica en obras didácticas, científicas é históricas?

—Una nacion que desde la más remota antigüedad cultivó las letras no podía menos que poseer un rico tesoro en todos los ramos de literatura. Pero desgraciadamente en el famoso incendio de libros, ordenado por el emperador Cin, no quedó de la antígua sabiduría sino lo poquísimo que algunos letrados conservaron en el archivo de su memoria, y dieron á luz después de la muerte del Emperador. Sin embargo, lo impreso después de aquella infausta época hasta nuestros días es bastante para suministrar á las bibliotecas del imperio algunos

centenares de miles de volúmenes, que tratan de bellas letras, de historia, poesía, moral, política, matemáticas, astronomía, botánica, medicina, etc. Pero donde los chinos descuellan, es en la historia. No hay nación en el mundo que con más diligencia haya escrito y con mayor esmero conservado los anales de su imperio. Dejando á un lado los tiempos fabulosos y también los semihistóricos, que no merecen mucha fe, aun á juicio de los mismos letrados chinos, la historia de aquel imperio se remonta lo menos á 22 siglos antes de la era vulgar.

Desde la más remota antigüedad, como sabes, fué fundado en Pekín el Colegio de los historiadores, cada uno de cuyos miembros nota secretamente en un cuaderno las acciones y discursos del Emperador, y cuanto memorable sucede en su reinado, añadiendo sus propias reflexiones. Por ejemplo: tal día Su Majestad no supo dominarse á sí mismo, sino que se encolerizó con el mandarín N. N. Otro día solo escuchó la voz de su resentimiento, y ordenó un castigo injusto. En tal solemnidad dió una gallarda muestra de su paternal afecto para con el pueblo: y así á este tenor con increible minuciosidad y fidelidad. Llenado el cuaderno, arrójalo por un buzón dentro de una caja bien cerrada y sellada, que nadie, sopena de la vida, puede abrir, mientras vive el Monarca ú ocupa el trono alguno de su familia. Cuando la corona pasa á otra casa, reúnense todas las Memorias que en este secreto archivo estuvieron depositadas durante muchos años y tal vez algunos siglos; y después de examinadas, discutidas y confrontadas unas con otras, escríbese la historia de la caida dinastía (1).

(1) Un Emperador de la dinastía de los Tang preguntó al Presidente del Tribunal de los historiadores si le era permitido

Esta historia general comprende más de 100 volúmenes, y sigue el orden cronológico, contándose los años no á partir de una época fija, como es nuestra era vulgar, sino de soberano en soberano. Además de la historia general del imperio, los Gobernadores de las ciudades y provincias tienen á su cargo escribir los anales de sus distritos, en los cuales léense importantísimas observaciones acerca de la naturaleza de los terrenos, producciones propias del país, comercio, índole y costumbres de los habitantes, y personajes que más se distinguieron por su probidad, prudencia y nobles empresas. Esto forma un tesoro histórico que las demás naciones pueden con razón envidiar á la China. Pero los letrados de este imperio no fueron menos diligentes en registrar las obras de la nateraleza, que lo fueron en notar las acciones de los hombres. La biblioteca imperial, que ya en los tiempos de Leang contaba 300,700 volúmenes, abunda en obras de este género, entre las cuales bástame indicar una historia natural contenida en 260 volúmenes, y llena de minuciosas observaciones sobre los tres reinos de la naturaleza, principalmente sobre la virtud medicinal de las plantas, muchísimas de las cuales crecen también en Europa. Lo que también causaría maravilla en

---

leer lo que acerca de él se había escrito; y el Presidente le dijo que de ningún modo, dándole por razon que no solo se notaban las acciones buenas, sino tambén las malas de los príncipes.—Y qué? añadió el Emperador, si yo me hiciera culpable de alguna acción mala, ¿sarías consignarla en la historia?—Sire, respondió aquel, yo lo sentiría, pero no faltaría á mi deber.—Y si el Presidente, añadió otro miembro del Colegio, faltase á su deber, sus colegas trasmitirían á la posteridad la prevaricación —La pregunta que me hizo V. M., replicó el Presidente y nuestra respuesta serán sin falta consignadas en la historia.

Europa, es la série histórica de fenómenos; eclípses, cometas, bólidos, terremotos, sequías, grandes lluvias, fríos intensos, calores excesivos, enfermedades epidémicas, grandes inundaciones, etc. que se hallan consignados en los grandes anales del imperio durante el largo espacio de veinte siglos. Y bástete esto acerca de la elocuencia y de la historia china. Ahora si gustas de tener una idea de su poesía, estoy pronto á complacerte.

Pero ante todo es menester decir algo sobre la antigüedad y la índole de la poesía china. Antes que en Europa florecieran los Píndaros y los Horacios, tenían ya los chinos sus odas, sátiras y elegías. La mayor parte de sus libros antíguos son otras tantas obras poéticas, entre las que ocupan el primer lugar las de Kiju-i-uens, Si-tsaupe y Tu-te-mivei, que son los poetas clásicos de la China. La poesía china es rimada y libre, como la vuestra; comprende muchas maneras de composición, algunas de las cuales están sujetas á leyes màs severas, que las prescriptas á vuestro versificar. Por ejemplo: hay un género de poesía en que las primeras palabras de todos los versos de una estanza deben corresponder, en cuanto al sentido, á la primera del primer verso; y hay otro de poesía suelta, que consiste en la antítesis de los pensamientos, por manera que si el primer verso expresa la tempestad, el segundo debe significar la calma, y así sucesivamente; lo cual exige no pequeño esfuerzo de ingenio. El chino á la vez que poetiza, muéstrase filósofo; por esto su poesía suele ser más rica en sentencias que en imágenes. Sin embargo, no le faltan la llama del genio, el fuego de la fantasía y el vigor del sentimiento; pues algunas veces le vemos batir las alas del ingenio y emular los

vuelos pindáricos, ó buscando los secretos caminos del corazón, poner en movimiento las fibras más delicadas. Pero quiero que tu mismo seas el juez; y así diciendo, tomó en la mano una colección de poesías y tradujo por vía de muestra las dos primeras con que topó, que eran las siguientes:

«*El antiguo ministro.* Veis aquella hoja que flota sobre la superficie del agua, va adonde la arrastra el viento, sube con las olas y con las olas baja, y errante siempre, boga por aquí y por allá mientras no es sumergida? Ella es la imagen de mi vida. Qué conseguiría yo con soñar en nuevos proyectos? Pues el *Tien* me quiere pobre, inútilmente correría yo en pos de las riquezas que él aleja de mí. El *Tien* es mi rey, es mi padre. Como quiere, dirige El mis destinos; yo reconozco su bondad en los bienes que mi desgracia me deparó. Si El aflige mi ancianidad con nuevos infortunios, valor y paciencia le pido tan solo. El universo está en su mano: de un soplo derriba los tronos. El hambre, la peste, la guerra corren á las órdenes de su justicia vengadora; teme la tierra, rebrama el mar, á sus pasos retumba el trueno, y la horrible muerte, que delante de El camina, convierte las ciudades en desiertos.... Yo perdí mi empleo y mis riquezas, pero recobré mi libertad. La multitud que me rodeaba, huyó; pero mi esposa y mis hijos vinieron conmigo. Una choza hecha de cañas es nuestra vivienda; y más felices que en nuestro antíguo palacio, podemos vernos contínuamente, amarnos, decírnoslo el uno al otro, y gozar de todos nuestros sentimientos. Ayme! Acaso en los grandes empleos queda tiempo de ser esposo y padre? Oh *Tien*, yo te bendigo; Tú alejaste de mí las ilusiones y las penas, y me diste cordura y

reposo. Sentado sobre la playa, contemplo yo el borrascoso mar por donde tantos años navegué: sus olas agitadas todavía, y los restos de las naves náufragas que lo cubren, dícenme de qué parte sopló el viento que tan horrible tempestad levantó y fué causa de tantos naufragios.»

Describe á continuación los males que afligían el imperio, y concluye así: «Ríos de sangre y lágrimas lavaron nuestros delitos. El *Tien* nos concedió la paz: ojalá la inocencia y la virtud puedan hacerla durable! Oh vosotros, mis caros hijos, consuelo de mis dolores y refugio de mi ancianidad, aprended á temer á Aquél que en los soberanos solo contempla los vicios y las virtudes. En breve se abrirá la tumba para vuestro padre; haced que vuestras virtudes le obtengan la única gloria que él desea....»

Lamentos de una esposa. «Oh qué triste es la condición de una esposa. Su suerte está en las manos de su esposo. Apenas unida á él con lazos indisolubles, es menester que le siga, como una esclava á su dueño. Entra en la familia de él, y tiene que renunciar á la propia. Recibe de su madre el postrer adiós sin entenderlo, y nadie la llora. Sus mismos hermanos, sus hermanas no exhalan ni un suspiro.... Ella parte, coronada la frente de piedras preciosas y de flores, cargadas de perlas las orejas, relucientes con el oro los vestidos. Adornada está la silla de la casa nupcial con banderolas de seda, guirnaldas y emblemas. Quién no hubiera dicho que yo entraba en el templo de la felicidad? Oh cuán cruelmente me engañaron las pérfidas apariencias! Un suegro enfermo y una suegra impertinente me hicieron comprender que yo había venido á servirlos. Ellos tenían una hija, la cual pasaba el día entero

sentada, componiéndose y adornándose mientras las más bajas ocupaciones de la casa me arrancaban copioso sudor. Era necesario que yo me levantase antes que la aurora para proveer á todo. Había ya la noche tendido sobre la tierra su negro manto, y para mí no había llegado aún el tiempo del descanso. Si á lo menos hubiera tenido yo álguien á quien confiar mis penas! Mis lágrimas bañaban mi lecho; y para no afligir á mi esposo, yo las derramaba en silencio. Oh qué amargas me las hizo derramar cuando cansado de sus libros y de mí quiso probar fortuna!» Aquí detiénese á describir los desaires de la fortuna y el abandono de su esposo. Después prosigue: yo fuí el único sostén de sus enfermos padres; y cuanto más trabajaba para sustentarlos, más ellos me atormentaban con sus quejas y reproches. Llegué á ser madre, esto fué un nuevo peso añadido al férreo yugo que me oprimía. Mis hijos recrecían mi pena; estaban ateridos de frío, y yo no tenía con qué cubrirlos; pedíanme pan; arrojábanse á mis pechos, y en ellos no encontraban leche. Oh hijos míos! qué poco me costó cortar mis largas trenzas para atender á vuestras necesidades! A mí misma me hubiera vendido, si las leyes lo permitieran. Cada estación era para mí cruel invierno, y las noches no me traían sino temores y vigilias. Pero vuestras infantiles caricias, tiernos hijos míos, enjugaban mi llanto: Un beso vuestro furtivo disipaba las densas nubes de tristeza que cubrían mi rostro, y una dulce sonrisa escapábase de mis labios. Vosotros me amábais; y cuando vuestra inocente boca me lo decia, yo me tenía por feliz.» A seguida recuerda lo mucho que trabajaba para alimentar á los ancianos padres de su esposo, y exclama: «oh padre mío! oh madre mía!

en sus padres os respeto á vosotros. Pueda la esposa de mi hermano redear vuestra ancianidad de aquellos cuidados que yo á ellos les prodigo. Por qué su hijo no los ama como yo? Ah! ciertamente nuevos amores borraron de su corazón á sus padres y á la esposa de sus juveniles años. Mi esposo en medio de los placeres olvida mis dolores, y su perjura boca dá á otra los nombres que á mí me debe. Sus padres afligidos por su silencio, no cesan de exhalar suspiros. Ingrato! Mis cuidados les conservaron la vida, y su perverso corazón los asesina! Es este el fruto de tu luminoso saber? Falso saber, que ahoga los sentimientos, empequeñece el corazón y es causa de vicios, que por otra parte enseña á detestar! Tu mal corazón obscurecerá los rayos con que te circunda. El ultraje que haces á la naturaleza, empañará el brillo de los más distinguidos honores. La principal gloria del hombre consiste en practicar las virtudes que el *Tien* exige; y la piedad filial es su germen. Cuántos juramentos, ¡oh cielo! acompañaron la pérfida despedida de mi desleal esposo! Cuántas hipócritas lágrimas y mentirosos suspiros engañaron mi credulidad imprudente! Yo conozco tu corazón, cara esposa, me dijo, estrechándome entre sus brazos; durante el tiempo de mi ausencia mis padres encontrarán en tí mi respeto y mis cuidados, acrecidos por el amor que me tienes. Mis pensamientos hacia tí volarán; cada día que yo pase separado de tí, será para mí un año. - Qué años, oh cielo! Una sola vez en el espacio de cuatro años me escribió. Mi amor no admite excusas de tan prolongado silencio. Pero si la ternura de su esposa no tiene para él ni dulzuras ni atractivos, piense á lo menos que su hijo pronuncia ya el dulce nombre de pa-

dre, y que le aguarda para compartir con él los transportes de su ternura. Qué delicia no sería para él recibir las inocentes caricias de su hijo, oir á la hija balbucear su nombre, y sentir en las mejillas sus abrasadores besos? Los emperadores descienden del trono para gustar estos deliciosos placeres; los homenajes de los príncipes y de los pueblos, las aclamaciones por las victorias, la pompa de los triunfos, jamás produjeron en su corazón un gozo tan puro y tan intenso como las cariñosas sonrisas de un niño, que deben ellos á un himeneo, principio de su felicidad. Oh esposo mío, escúchame! Los gemidos de tus enfermos padres son oidos por el *Tien;* teme que algún día te castigue por medio de tus hijos. Pero qué horrible pensamiento! Con qué puedo temer que mis hijos se asemejen á mi esposo? No soy yo por ventura culpable de ser ingeniosa en atormentarme á mí misma? Tal vez yo soy injusta con él! Qué gozo, si el cielo se apiada de mis lágrimas! Qué alegría al volverle á ver! Ah! vuelva! vuelva!.... Si él vuelve, qué necesidad tengo yo de riquezas y de honores? Pero es ya tiempo de dar tregua á mis eternos gemidos: es ya muy entrada la noche, y yo estoy aún en vela para correr á la cabecera de sus padres al menor lamento que oiga..... Nada oigo; los dos viejos están dormidos; voy á acostarme para levantarme mañana la primera.»

Mientras el Sr. Silva leía esta patética poesía, oyóse en la habitación contigua, que estaba abierta, un comprimido sollozo y el crujir de vestidos. Era Elisa que apresuradamente se alejaba con los ojos arrasados de lágrimas. Ella, aunque toda ocupada en coser vestidos para los niños chinos de la Santa Infancia, había prestado atención á la lectura de esta elegía;

y viendo en la pintura que de sí hacía aquella abandonada esposa, la imagen de sí misma, y en los lastimeros lamentos de aquélla el grito de su propio dolor, no había podido contener las lágrimas; y ahora corría á ocultarlas en otra parte. Astolfo y el señor Silva comprendiéronlo todo, y miráronse uno al otro, como para decirse:

—Qué hemos hecho? Por qué entre tantas poesías que podíamos leer, elegimos precisamente aquella que había de exacerbar la herida del corazón de Elisa?

En esto se oyó á la puerta un gran ruido, y á continuación las voces de los dos niños, que estaban jugando en el patio, los cuales comenzaron á gritar locos de alegría:—Zeno, Zeno!

CIV.

LA ALEGRÍA DE UN MOMENTO Y LAS PENAS DE UNA MADRE

Aquel nombre, cual chispa eléctrica, produjo una sacudida en Astolfo, que al instante se puso en pié y precipitadamente bajó á la puerta de la casa para abrazar á su amigo, seguido de cerca por el señor Silva y por Elisa. Zeno subía las escaleras llevando al cuello á Patricio y de la mano á Blanca, que habían sido los primeros en recibirle, y no cesaban de colmarle de caricias y de besos.

—Viva Zeno! gritó Astolfo fuera de sí de alegría y dióle un apretadísimo abrazo.

—Bienvenido mi carísimo Zeno, exclamó el señor Silva, abrazándole también afectuosamente.

—Qué buen ángel, díjole Elisa estrechándole la mano, os trae tan de improviso?

—De improviso? replicó Zeno maravillado. No os anuncie desde Pekín mi regreso?

—Ninguna carta vuestra llegó á nuestras manos, há ya más de dos meses.

—Lo habéis oido? dijo Astolfo. Pasaron dos largos, eternos meses sin tener noticias ni de vos ni de Papá!

—Qué desgracia! añadió Zeno. Este extravio de

cartas es en la China más frecuente que en Italia, que es cuanto se puede decir!

—Qué hace Papá? preguntó Blanca. Cuándo vendrá á abrazarnos?

—Es buena su salud? preguntó Astolfo.

—Vendrá pronto, como tiene prometido? añadió Patricio.

No era fácil defenderse de esta descarga de preguntas hecha á quemarropa. Y Zeno limitóse á responder solamente á Astolfo, diciendo:—Vuestro papá está muy bueno y afectuosamente os saluda y abraza.

Pero por qué no ha venido con vos? replicó Blanca con impaciencia.

—Porque hállase ahogado en un mar de negocios.

—Las excusas de siempre! dijo entre dientes la niña.

Elisa y Astolfo por este modo de hablar de Zeno comprendieron perfectamente que su misión habíase frustrado. Por lo cual, pasados los primeros momentos de espansión y de alegría, cayeron en la más profunda tristeza.

Zeno llamando aparte á Elisa, mientras Astolfo por orden de su madre entreteníase con los niños y el señor Silva en la sala de recibir, dióle brevemente cuenta de su misión, diciendo:—Las primeras cartas que de mí recibísteis, os anunciaban las bellas esperanzas que yo había concebido; pero desgraciadamente con el tiempo se desvanecieron; y esto os decía claramente en las últimas dos cartas que os escribí, y que se extraviaron.

—Contádmelo todo, yo os lo ruego; no me ocultéis nada, dijo Elisa.

—Os lo diré todo sin ambages. Vuestro marido se ha enamorado de una joven americana, que de tal

suerte le tiene cogido entre sus redes, que no encuentra modo de escaparse de ellas. El mismo siente el peso de su cadena; yo le ví muchas veces todo avergonzado, y suspirar y llorar cuando yo le recordaba la infamia con que él manchaba su nombre y el de la familia, y deshonraba su fe y la santidad del matrimonio cristiano. Pero después.... al ver de nuevo el objeto de sus amores, todo lo olvidaba, y no sufría que yo le hablase de romper aquellos lazos y sacudir el vergonzoso yugo de aquella infame pasión.

—Pero quién es esa indigna mujer que de tal suerte ha sabido prenderle en sus redes?

—Ignoro el nombre; más sé que es una aventurera venida, quien dice de Boston, quien de Filadelfia, y quien de Nueva-York.

—Vive con él?

—No; pero le sigue á todas partes, y á costa de él se da una vida regalada.

—De manera que mi marido habrá consumido su patrimonio, y gastado sus ganancias en satisfacer los caprichos de aquella infame!

—Eso oí á quien está bastante enterado en los negocios de vuestro marido.

—Y tiene deudas?

—Entre sus conocidos y amigos dícese que contrajo grandes deudas con la casa *Dent* y Compañía.

—Pobre familia mía! exclamó suspirando Elisa. Pero estamos en las manos de Dios: El proveerá. Entretanto hagamos por nuestra parte todo lo posible para volver al extraviado á Dios y á su familia; lo demás no me preocupa mucho, pronta, como estoy, á cualquier sacrificio. Ahora decidme, Zeno, qué medio habéis excogitado para llevar á feliz término nuestra empresa?

—Uno del que me prometo la realización de nuestros deseos.

—Cuál es?

—Escuchadme: yo observé que vuestro marido, no obstante sus nuevos amores, no ha perdido el afecto á su familia. Habla muy bien de vos, hace justicia á vuestra virtud, reconoce sus faltas, y gozaría teniendo consigo á su esposa y á sus hijos.

—Pero á condición de que yo cerrase los ojos á sus desórdenes, y dejase que él.... ah! me avergüenzo de decir lo restante.

—Bien comprendo que con tal condición no deberíais uniros á él. Pero yo he pensado à solas en un medio eficaz para ir separando poco á poco el corazón de vuestro marido del objeto de su pasión, haciéndole sentir de nuevo las dulzuras de la familia.

—Y cómo?

—Enviándole á Pekín á vuestro hijo de quien le conté muchas y muy buenas cosas.

—Quién? Astolfo? Qué decís?

—Por qué no? El solo sería capaz de ganarle para sí y para la familia.

—Cómo queréis que yo exponga á mi hijo al peligro de ser pervertido por el mal ejemplo de su padre?

—No hay, creedme, tal peligro. El es sólidamente virtuoso, temeroso de Dios, de maduro juicio, de recto pensar, lleno de afecto para vos, cuya infeliz suerte deplora, y ajeno á todo cuanto puede inflamar las juveniles pasiones. En segundo lugar, el mismo padre guardaríase de admitirla en casa por temor de ofender al hijo, y porque, según os dije, no se despojó, como tantos otros, de todo pudor. Y si Astolfo hubiese de ser testigo de algún escándalo, creéis vos que lo toleraría y no haría más bien todo lo posi-

ble para evitarlo, él que tanto horror tiene al vicio, él que ama tiernamente á Dios y á la familia?

—Esas son buenas razones, replicó Elisa; pero no es prudente fiar demasiado de la virtud de los jóvenes.

—Decidme, Elisa, tenéis confianza en mis canas? Pues bien, yo os prometo y juro no abandonar un instante á vuestro hijo, y alejar de él cuanto pueda empañar el candor de su inocencia. Y si llegase á descubrir en Astolfo el más insignificante indicio de algún cambio de su modo de pensar ú obrar á causa del mal ejemplo paterno, correrá de mi cargo devolvérosle al momento; y estoy seguro de que su mismo padre se opondría.

—Os agradezco mucho vuestra buena voluntad y vuestra oferta; pero os confieso que no sufre mi corazón alejar de mí al hijo, aunque sea por breve tiempo. Sin embargo, no me opongo á vuestro designio, que tal vez es el único que al presente ofrece alguna probabilidad de buen éxito; sólo os pido tiempo para pensarlo maduramente, y consultarlo con Dios en la oración.

—Es muy justo; El es el gran padre de las luces, y os aconsejará lo mejor.

Terminado este secreto coloquio, retiróse Elisa á su habitación; Zeno volviendo junto á la alegre comitiva de sus pequeños amigos, entretúvose largo rato con ellos, refiriéndoles las aventuras de su viaje á Pekín, y pidiendo al Sr. Silva noticias sobre los aprestos de la proyectada expedición contra Maroto. Pero nosotros dejémosles hablar, y entremos un momento en el corazón de aquella desolada esposa y madre, la cual en la soledad de su habitación, postrada ante una imagen de la Virgen de los Dolores

y de Jesús crucificado, suplica á su Dios, y lucha con sus afectos: «Oh amor mío traicionado! Oh esperanzas frustradas! De qué me sirvió abandonar la patria, la casa, los parientes, y venir al fin del mundo, si aquí debía encontrarme abandonada y sola con mis hijos? De qué me valió afrontar los riesgos de tan larga y peligrosa navegación para unirme á mi esposo, si él huye de mí para correr á los brazos de una extranjera? Infiel, cruel! Así recompensas mi fidelidad?—Oh esposa querida, me decía él, abrazándome al partir, si yo me alejo, contigo queda mi corazón. A tí se dirigirán mis pensamientos, y de todos los puertos adonde arribe, recibirás noticias mías.—Ah! él me engañaba, me hacía traición! Y yo no sospechaba el engaño.... Pobre Elisa, qué mal conociste su corazón! Ni bastó á iluminarte su largo silencio, ni la glacial indiferencia de sus raras cartas! Era preciso que le siguieses hasta las últimas playas del oriente para adquirir una cruel certeza que te lacera el corazón. Si yo fuera sola, al momento hubiera tomado mi partido: correría á encerrarme entre las sepultadas vivas, donde de Elisa se perdiera toda memoria. Pero tengo hijos, vivo para ellos, y estoy obligada à permanecer en medio del mundo. Oh mundo infiel y traidor, ojalá nunca te hubiera conocido! Cuán envidiable es la suerte de aquellas vírgenes que desde el abril de sus años, refúgianse, cual inocentes palomas, en aquella arca de salvación y de paz, que es el claustro, y no quieren otro esposo que á Cristo! Pero tamaña felicidad no es para mí. Pudiera yo á lo menos conquistar para Dios y la familia el corazón de mi esposo. Más cómo, si huye de mí? Si no quiere ver á sus hijos, que se mueren por abrazarle? Pobres hijos míos!

El primer nombre que de mí aprendísteis á pronunciar, después del de Jesús y de María, fué el nombre de vuestro padre; las primeras líneas que aprendísteis á escribir sobre el papel, á él fueron dirigidas; para él fueron las primeras palpitaciones de vuestro corazón! y él os abandona! El desprecia vuestro afecto, olvida tantos peligros como por él arrostrásteis y los trabajos que sufrísteis, y ni se digna veros y abrazaros! Desnaturalizado! He aquí el fruto de las modernas teorías: no tener ni Dios, ni patria, ni familia! No merecería el pérfido que yo también le abandonase? Pero si yo le abandono, qué será de su alma? No he recorrido tantas tierras y surcado inmensos mares con el fin de salvarla? Y ahora dejaré á la mitad la empresa? No lo permita Dios. La salvación de un alma por la que Jesucristo derramó toda su sangre, bien merece toda suerte de sacrificios. Cuánto más un alma que con tan estrechos vínculos me está unida? Animo, pues; ensáyense todos los medios de volverla á Dios y á la familia. Más; ay de mí! yo no veo al presente otro que el que me propone el buen Zeno! Convendrá, pues, que yo me separe de mi hijo? Ah! este pensamiento me destroza el corazón.

Aquí Elisa prorrumpió en amarguísimo llanto, apretando con mano convulsa, ora la imagen de Cristo, ora la de la Virgen, que tiernamente besaba, dirigiéndole ardentísimas súplicas, hasta que, dada salida á aquel primer tumulto de afectos, volvió la calma á su espíritu, y renació en su corazón la esperanza. Levantóse de orar con el propósito de hacer este nuevo sacrificio, que era el más doloroso de todos, para no omitir medio alguno de volver al buen sendero al extraviado: y llamando á Astolfo, le re-

veló su pensamiento, y le hizo maternales advertencias sobre como debía conducirse con su padre. Astolfo escuchó sus consejos con respetuoso silencio, asegurándole después que estaría siempre en guardia para no dejarse arrastrar por el mal ejemplo de su padre, y que nada dejaría por intentar á fin de moverle á dejar aquél modo de vivir. La importancia de la misión que se le confiaba, el deseo de ver á su padre, y la esperanza de restituirle á Dios y á la familia, más bien que el juvenil placer de recorrer nuevos paises y visitar la capital del grande imperio, templaron en Astolfo la pena causada por el pensamiento de tener que separarse por algún tiempo de su madre, de su hermanita y de su hermanito adoptivo. Por lo cual entre alegre y triste salió de la habitación de su madre para disponer, lo más secretamente posible, los preparativos del viaje.

CV.

DE MACAO Á SCIANG-HAI.

Grande sobre todo encarecimiento fué la alegría de Zeno al saber la resolución adoptada por Elisa: tan convencido estaba él de la eficacia del medio que le había propuesto. Quien estaba inconsolable, era Blanca, que al advertir los preparativos que hacía su hermano para la partida, rompió en deshecho llanto, y con ella Patricio, tanto que no bastaban á consolarlos todas las caricias de la madre y las promesas de Astolfo, de estar pronto de regreso trayendo consigo al padre. La hora de la amarga separación había sonado; el vapor White-cloud, que debía salir para Hong-kong, había levado el ancla. Astolfo arrojóse á los brazos de su madre, que le estrechó contra su seno, le besó en la frente y le bendijo, diciendo:—Te abandono en manos de tu celestial madre María. Ella te proteja, y tu buen ángel te acompañe. Adios, hijo mío.... No pudo decir más porque le faltó el aliento, y sus ojos arrasáronse de lágrimas.

—No llores, madre mía, díjole Astolfo; pronto nos volveremos á ver; pero á la vez, que esto decía, mezclaba sus lágrimas con las lágrimas de su madre. Blanca abrazàndose á él, le besó repetidas veces sin poder proferir palabra á causa de los sollozos y lágrimas. Patricio llorando también amargamente, le

abrazó, y el señor Silva estrechóle la mano augurándole un feliz viaje y un prontísimo regreso. Zeno al recibir los últimos apretones de mano, á duras penas podía contener las lágrimas, por lo que apresuróse á subir con Astolfo á bordo del vapor. Mientras éste se halló á vista de Macao, Elisa, los niños y el señor Silva acompañaron con sus miradas y saludaron de cerca y de lejos á los dos viajeros; al ocultarse el vapor, Elisa dió un profundo suspiro, diciendo: —Qué golpe para el corazón de una madre! Hágase la voluntad de Dios! Y volvióse con los niños, que todavía se deshacían en llanto, á su casa de la *Praia grande*, acompañada del Sr. Silva, que por todos los medios procuraba consolar á la madre y á los hijos.

Nosotros dejándolos en su retiro de Macao, seguiremos á nuestros dos viajeros hasta su arribo á la capital de la China.

Tres horas después de la partida llegaron á Hong-Kong, y se trasladaron á un gran vapor de la Compañía americana del Pacífico, que estaba para salir con rumbo á Sciang-hai (1). Salió éste del puerto á la puesta del sol; y al entrar en alta mar, era tan densa la niebla, que chocó contra una barca de pescadores, la cual, por imprudencia del patrón, dirigíase al puerto sin luz y á toda vela. A consecuencia del choque volcó la barca, quedando fuera del agua la quilla. El ruido de las ruedas del vapor y el que hacían en el comedor los pasajeros y oficiales que en aquel momento comían y bebían alegremente, fueron causa de que ninguno de ellos advirtiese aquel desastre (2). Pero por fortuna de los náufra-

(1) Escribimos este nombre según lo pronuncian los chinos.

(2) Nos parecería imposible tal descuido á bordo de un vapor de largo curso, si no hubiéramos sido testigos nosotros mismos.

gos, hallábanse sentados sobre cubierta dos pasajeros, preocupados por tristes pensamientos que no les permitían tomar parte en la común alegría: eran Astolfo y Zeno. Estos al sentir el choque, levantáronse al momento y corrieron á asomarse á la baranda del navío. Cuál no fué su dolor cuando vieron volcada la barca, y á un náufrago asido de la quilla, sobre la que proyectaba en aquel instante su rojiza luz uno de los fanales del vapor! Tenía el desdichado los cabellos rígidos, los ojos fuera de las órbitas, el rostro pálido, una mano sobre la quilla y la otra extendida hacia nuestros viajeros en actitud de implorar socorro, dando un prolongado y lastimero alarido que partía el corazón. Astolfo y Zeno comenzaron á gritar con toda su fuerza:—Socorro! alto, alto!;—y corrieron en busca del capitán, quien, enterado del funesto suceso, mandó detener la nave y echar un bote á las aguas. Apenas cesó el ruido de las ruedas y la algazara de los pasajeros, oyéronse distintamente los desesperados gritos de los náufragos, que asidos de la barca, flotaban juntamente con ella. El bote dirigióse hacia el lugar de donde partían los gritos, y recogió cuatro náufragos, no pereciendo sino dos chinos, que desaparecieron en el momento mismo del choque fatal. Sirvió de no pequeño consuelo á Zeno y Astolfo el haber cooperado á la salvación de los cuatro sobrevivientes, á favor de los cuales abrieron una subscripción que los indemnizó en parte de la pérdida de su barca. En el resto del viaje no hubo que deplorar ningún contratiempo; y nuestros viajeros pudieron entrar al tercer día de navegación en la embocadura del río Azul, sobre el que se levanta Sciang-hai, que es hoy el emporio del comercio entre la China, América y Europa.

Desde el día en que fué abierto este puerto á los extranjeros, los traficantes de todas las naciones afluyeron allí en gran número, y obtuvieron del gobierno imperial varios espacios de terreno, á lo largo de las dos orillas del río, llamados por ellos *Concesiones*.

La ciudad de Sciang-hai, que cuenta hoy 300.000 habitantes, está dividida en varios cuarteles, en el más interior de los cuales viven solamente los chinos, y en los otros más próximos al mar residen los extranjeros, especialmente ingleses, americanos y franceses, quienes están sujetos al consul de la respectiva nación. Nuestros dos viajeros desembarcado que hubieron, visitaron la Catedral católica de Jang-Kinpan, erigida por los Misioneros jesuitas en el cuartel francés, donde admiraron un órgano de bambú, hecho por un religioso de dicha Compañía, el tercero que salía de sus manos. De allí pasaron á ver la Catedral china de Tang-ka-du, que semeja una antígua pagoda transformada en Iglesia; y de allí dirigiéronse al Colegio y Seminario de Zi-ka-wei, donde fueron recibidos por los alumnos con música. No les causó pequeña maravilla oir por primera vez un concierto de jóvenes chinos, que tocaban á maravilla nuestros instrumentos; por lo cual felicitaron á los jóvenes y al Misionero que tan bien los había instruido en el arte musical europeo. Hicieron á nuestros viajeros aquellos buenos alumnos un gran número de preguntas en latín; pues esta lengua, gracias á la instrucción recibida en aquel Seminario, les era ya familiar. Zeno probó á responder; más por falta de ejercicio, el pobrecito con muchísima dificultad iba recordando el latín que había estudiado, hacía ya cuarenta años. Pero su joven

compañero, que acababa de salir de la Universidad Gregoriana, y conocía á fondo el idioma de sus antepasados, satisfizo por él con maravillosa prontitud á todas las preguntas, dándoles de Roma, del Vaticano y del Papa las noticias que tanto deseaban saber.

Todos prorrumpieron en admiraciones cuando él dijo: «*Hisce oculis egomet vidi summum Pontificem, magna stipatum purpuratorum Patrum corona, eumque alloquutus sum* etc.» Grande estupor causó esto á aquellos buenos chinos, los cuales no creían accesible á todos tan excelsa dignidad; y con la maravilla se aumentó en ellos la estimación y el respeto para con nuestros viajeros, que habían tenido la envidiable suerte de hablar con el Vicario de Jesucristo. Del Seminario pasaron Zeno y Astolfo á visitar el asilo de huérfanos, donde son educados á espensas de la misión cerca de trescientos niños, que allí aprenden las artes mecánicas y liberales. Permanecieron en aquel lugar unas dos horas viendo con placer á aquellos artesanillos ocupados todos en sus labores, quien en el arte tipográfico, el diseño ó la escultura, y quien en diversos oficios de sastre, zapatero, carpintero, ebanista y otros. Admiraron mucho la perfección y lo acabado de algunos delicadísimos trabajos, cuales eran entre otros algunos harmonios que parecían salidos de las mejores fábricas de Europa, y las obras de escultura que adornaban la pequeña, pero elegante iglesia de Zi-ka-wei. De aquí nuestros dos viajeros, guiados por el P. Massa (único que quedaba de los cinco hermanos (1), que la noble

(1) Pocos años há, subió también éste al cielo á recibir la corona de sus sudores y de la sangre derramada por amor á Je-

familia del Barón Massa de Nápoles dió á la Compañía y á la misión china) fueron conducidos á visitar los antíguos sepulcros del célebre Pablo y de su familia, primera conquista hecha para la fe por el P. Ricci. Es aquel Pablo que había sido el primer Colao, ó gran canciller del imperio, no menos ilustre por sus virtudes y servicios prestados á la Iglesia, que lo había sido por sus dignidades y empleo. Sus descendientes, que viven cerca de aquellas tumbas, han venido á tanta miseria, que no tienen otros recursos que los suministrados por la caridad de los misioneros y el trabajo de sus manos. No lejos de allí, indicó á nuestros viajeros el P. Massa el lugar donde pocos años antes habían acampado diez mil chinos entre cristianos y gentiles, mísero resto de muchas ciudades y aldeas que habían caido en poder de los feroces Taiping, quienes durante mucho tiempo asolaron la provincia del Kiang-su, llevándolo todo á sangre y fuego. Toda aquella turba de fugitivos, allí acampada, fué por los misioneros distribuida en centurias, á cada una de las cuales repartieron diariamente por espacio de muchos meses el arroz, merced á las limosnas hechas por la caridad pública y por la misión, que en aquellas tristes circunstancias agotó todos sus recursos.

De allí llevólos el P. Massa al lugar donde su hermano Luis había sido bárbaramente asesinado por los rebeldes. Llegado que hubieron allá, empezó él á referir las circunstancias de aquel trágico suceso: pero oigámoslas de sus mismos labios.

—Aquí, dijo él, antes de la invasión de los Tai-

---

sucristo, pues fué también él herido en la invasión de los rebeldes Taiping.

ping, habitaban cerca de 300 niños chinos, casi todos abandonados por sus padres y recogidos por la caridad cristiana. Era director de este hospicio mi hermano Luis, quien al acercarse aquella salvaje horda, que á su paso sembraba por doquiera desolación y ruinas, no viendo otro medio de salvar á su pequeña grey, dijo á los más grandecitos: «Huid pronto, hijos míos, salvaos en la ciudad de Sciang-hai.» Y ellos respondieron:—No nos salvaremos sin vos.—Pero ¿cómo el buen pastor había de abandonar la parte más numerosa de sus huerfanitos, los cuales á causa de su tierna edad no podían emprender la fuga? Quedóse pues, guardando á estos inocentes, mientras los otros por su orden encaminároнse á Sciang-hai, protegidos por las sombras de la noche. Entretanto el P. Luis llamando junto á sí á uno de aquellos pequeñuelos, que por sus amables atractivos le pareció más apto que los demás para excitar la compasión, le industrió en lo que debía decir y hacer á la llegada de los Tai-ping. El niño, en efecto, apenas vió á los rebeldes asomar á la puerta del asilo, corrió á echarse á los piés del jefe de la banda diciéndole con las manos juntas y acento suplicante:—Habed piedad de nosotros, míseros huerfanitos: somos pequeños, no podemos haceros mal; somos pobres, no tenemos que daros,—y lloraba, lloraba el inocente. Pero aquellas lágrimas, que hubieran ablandando una piedra; no fueron poderosas á enternecer el corazón de aquellos tigres, sedientos solo de sangre; antes bien, me estremezco al decirlo, el jefe, desenvainando la cimitarra, cortó al suplicante niño la cabeza, que rodó á los piés del infame asesino.

—Maldición! exclamó Astolfo, que no pudo con-

tener la ira que hervía en su pecho. A menudo perdonan las fieras á los niños.... y aquél?.... Yo no sé cómo llamarle.....

—Llámale, añadió Zeno, *demonio encarnado.*

—Escuchad, prosiguió el P. Massa. Así como los tigres, cuando han gustado la sangre, se enfurecen, así aquellas fieras enbraveciéronse contra la tímida grey de aquellos inocentes corderitos, hiriendo y degollando á cuantos caían en sus manos. Para impedir, si era posible, ó retardar á lo menos la horrible matanza, se había puesto delante mi hermano, que se proponía calmar ó detener aquel más que bestial furor para dar tiempo á que sus hijitos se dispersasen y huyeran; pero su caridad hubo de costarle la vida, pues aquellos demonios volvieron contra él su rabia infernal, y le mutilaron horriblemente cortándole las narices, el labio superior, las orejas y las falanges de los dedos, y así mutilado y chorreando sangre le hicieron repetidas heridas con la punta de las lanzas y espadas, hasta que viéndole caer falto enteramente de fuerzas en aquel pozo que allí veis, atravesáronle de una lanzada el corazón. Aquí al buen Padre se le ahogó la voz, y asomó una lágrima á sus ojos. Zeno y Astolfo se conmovieron también. El P. Massa recobrando la serenidad, les dijo: - Perdonadme este primer movimiento de la naturaleza. La muerte de mi hermano no es digna de llanto, sino de envidia.

—Ciertamente; fué la muerte de un mártir, dijo Astolfo.

—Mártir de la fe y á la vez de la caridad, añadió Zeno. Cuántos sacrificios, Dios mío, permanecen ocultos á los ojos del mundo, que ó los ignora, ó los olvida, ó no los aprecia! Yo jamás había oido hablar

en la misma italia, de la que es una gloria el P. Luis, ni de él, ni de su misión y martirio.

—Decidme, Padre, preguntóle Astolfo, qué fué de de los pobres huerfanitos?

—Muchos, como os indiqué, confundieron su sangre con la de su padre y pastor, y otros consiguieron salvarse. Pero de los mismos que habían huido la noche anterior, veintisiete perecieron al vadear un río.

—Y vos nada tuvísteis que sufrir?

—En el pueblo de mi misión caí yo también en poder de los rebeldes, uno de los cuales me abrió en el cuello una profunda herida; pero mientras él levantaba de nuevo el puñal para repetir el golpe, y cortarme la cabeza, uno de sus compañeros sujetóle el brazo: gracias á esto pude salvar la vida.

—Y vuestros hermanos?

—Dos de ellos habían ya sucumbido al peso de las fatigas sufridas en la misión; el tercero, Ranier, murió en esta ocasión, no de heridas, sino de pesar y de miseria. Pues vueltos al lugar donde moraban los fugitivos escapados de la general matanza, él viéndolos famélicos y desnudos, dióles cuanto tenía para alimentarlos y vestirlos. Un día en que no le quedaba más que una escudilla de arroz para interrumpir su largo ayuno, viendo á la puerta de su habitación algunos pobrecitos estenuados con el hambre, y que le pedían algo que comer, se compadeció y dióles aquel poco de arroz que le quedaba: después cayó en tal desfallecimiento, que al poco tiempo murió de hambre y de dolor.

—Otra víctima de la caridad, exclamó Astolfo.

—Y son éstos, repuso Zeno, los odiados religiosos, los enemigos de la patria, los destructores de la humanidad, como allá en Europa los llaman! Mientras

ellos renunciando á cuanto tienen de más caro en el mundo, vienen aquí á derramar su sangre, á morir al filo de la espada, de hambre ó de fatiga por la gloria de Cristo y el bien de la humanidad, sus enemigos y perseguidores qué hacen? Nosotros lo sabemos por experiencia. Alardean de filantropía, y degüellan al pueblo para chuparle la sangre; predican fraternidad, y, como perros, despedázanse unos á otros; prometen libertad, y después la quieren para sí solos; gritan igualdad, y no piensan sino en suplantarse los unos á los otros, y en hacer del pueblo estribo para encumbrarse más y más. Tienen siempre en la boca el nombre de la patria, y su patriotismo no es más que un enmascarado egoismo. Todo lo hacen servir á sus intereses y á sus pasiones, devorados, como se hallan, por una insaciable sed de riquezas, de placeres, de poder y de mando. ¿No es este por ventura el retrato fiel de nuestros Taiping, verdaderos enemigos de Dios, de la humanidad y de la patria?

—A maravilla los habéis pintado, dijo Astolfo, y yo quiero conservar vuestro boceto en mis notas de viaje.

Nuestros viajeros así hablando y siguiendo à su guía, habían bajado á la orilla del Chiang, donde una barca los pasó á la otra orilla. Aquí el P. Massa mostró á nuestros viajeros lo que había sabido hacer la caridad cristiana en favor de las niñas chinas abandonadas; y eran varios asilos donde éstas, según la edad, eran amaestradas en toda suerte de labores de su sexo, algunas de las cuales, como ornamentos de iglesia, podían muy bien sufrir el parangón con las que se hacen en Roma y otras ciudades de Italia. Recorrieron después las inmensas llanuras que á guisa de una verde alfombra extiéndense sobre las

orillas del río, sembradas de ciudades y aldeas, muchas de las cuales eran entonces informe montón de escombros y ruinas.

—Qué desolación! exclamó Astolfo al contemplar tanta ruina.

—He aquí, añadió Zeno, lo que pudo el furor de los sectarios chinos, semejantes en todo á los nihilistas y comuneros de Europa!

—Gracias al cielo, dijo el P. Massa, esta salvaje horda, que tanto estrago causó en esta hermosa provincia, fué desbaratada por los ingleses y franceses, quienes uniendo sus fuerzas diéronles en estos campos una sangrienta batalla, que duró más de dos horas, y en la que los Taiping combatieron con un valor digno de mejor causa. El promovedor y el alma de la empresa fué nuestro buen superior, el P. Le-Maitre que há pocos meses pasó á mejor vida, y á quien, como á los otros misioneros, el gobierno imperial y estos pueblos muéstranse reconocidos por tamaño beneficio.

Dejaron por fin la barca nuestros viajeros, y en un carro de vela (así llamado porque á guisa de nave despliega al viento una gran vela) llegaron al pié de una colina sobre cuya cima erguíase una casucha que servía de reposo á los misioneros rendidos por la fatiga, ó enfermos, y que en esta ocasión dió albergue á nuestros dos viajeros, los cuales no se saciaban de contemplar desde aquella cima la grande extensión de tierra que á sus ojos se desplegaba, toda cultivada y surcada por canales navegables, recorridos incesantemente por barcas, de las cuales veíanse solas las velas.

—Si Ovidio, dijo Astolfo, hubiera contemplado la escena que tenemos delante, no hubiera escrito:

«Antes verás bogar las naves por los campos, que etc.

—Es ciertamente, añadió Zeno, un bellísimo, y para nosotros nuevo espectáculo!

Entretanto llegaba el sol á su ocaso, y nuestros viajeros invitados por el Misionero á entrar en el comedor, hallaron allí una modesta cena, que, gracias al buen apetito despertado por el paseo y el puro aire de la campiña, encontraron sabrosísima, condimentándola además con eruditos y sabios razonamientos. La conversación recayó sobre la gran metrópoli de la provincia del Chiang-su, donde á la sazón estaban, ó sea sobre la ciudad de Nankín.

—Siento mucho, dijo Astolfo, que no podamos continuar nuestro viaje por el río Azul hasta la antígua capital del imperio.

Nankín, añadió Zeno, solo es una sombra de lo que fué.

—Ciertamente que sí, dijo el Misionero. Ella fué primeramente asolada por los tártaros, más tarde bombardeada por los ingleses, el año 1842; finalmente fué casi reducida á ruinas por los feroces Taiping.

En este y otros discursos habíase pasado una buena parte de la noche; por lo cual el misionero condujo á nuestros viajeros á los dormitorios que les había hecho preparar. Astolfo antes de acostarse, anotó cuanto había visto y oido en aquella expedición, y escribió á su madre, la cual es de suponer que con maternal ansiedad aguardaba noticias de su hijo. Este terminaba la carta diciendo: «Querida mamá, no encuentro palabras con que manifestarte la alegría que mi corazón sintió al ver los progresos de la fe en estas regiones, alegría por otra parte apesarada por el espectáculo de tantas ruinas sembra-

das á su paso por los Taiping. Ah! por qué en vez de ser ocioso espectador de las fatigas y trabajos que aquí sufren los misioneros, no soy yo su cooperador en la grande obra del Apostolado? Ardo en deseos de tener también yo parte en sus fatigas y en su martirio. Oh heróico Luis Massa, que caiste en el campo del honor, glorioso mártir de la fe y de la caridad para con tus queridos niños; ¿por qué no estaba yo á tu lado cuando derramabas tu sangre por tan noble causa? La muerte, digo mal, el triunfo de aquel mártir, de sus hermanos y de los demás misioneros que aquí y en otras partes sucumben bajo el peso de inmensas fatigas, de inauditas privaciones y á menudo también de persecuciones atroces, tiene para mi un encanto irresistible que me fascina y arrastra. Mil años me parece cada día que pasa sin alistarme en su bandera! Es este mi ardentísimo deseo, y también el tuyo. Pues bien, llegará el día, así lo espero, en que el señor satisfará este vehemente deseo que El mismo ha hecho nacer en mi corazón.

Mañana partiremos para Tient-sin, desde donde, si me llega el tiempo, te escribiré otra vez. Zeno está bueno, te saluda y promete visitarte con sus cartas desde Pekín. Yo, gracias á Dios, gozo de perfecta salud y conservaría mi ordinario buen humor, si no estuviera lejos de ti. Ah! cuánto me cuesta tu ausencia!

Un abrazo en mi nombre á Blanca y á Patricio, y un afectuoso saludo al señor Silva, á doña María y á todos los amigos de esa.

—Te beso la mano, te abrazo y te ruego que me encomiendes á Dios y me bendigas.

Tu afectuosísimo hijo

Astolfo.

CVI.

EL CRISTIANISMO EN LA CHINA.

Al amanecer del día siguiente, emprendieron nuestros viajeros en compañía del misionero el regreso á Sciang-hay; y durante el camino hablaron de la predicación del Evangelio en el celeste imperio. Dió á esto ocasión el relato que el P. Massa les hizo de las penalidades sufridas por los misioneros franciscanos, dominicos, jesuitas y de otras congregaciones de sacerdotes italianos y franceses en la conversión de los chinos.

—A qué época, preguntóle Astolfo, se remonta la introducción de nuestra santa fe en la China?

—Sobre este punto, respondió el P. Massa, hay divergencia de opiniones: unos hácenla subir hasta el apóstol Santo Tomás, otros se detienen en el siglo séptimo de la era cristiana. Aducen los primeros en prueba de su opinión un antíguo breviario de la iglesia de Malabar fundada por el santo Apóstol, en el que se dice que los chinos fueron por Santo Tomás convertidos á la fe cristiana; y un cánon del Patriarca Teodosio, que se lee en las constituciones sinodales de la referida iglesia, por el que los metropolitanos de reinos muy distantes, entre los cuales se nombra en primer lugar la China, son dispensados

de venir, como antes solían, á prestar personalmente homenaje al Patriarca del Malabar, que tenía el título de Primado de la India y de la China. Los segundos, no haciéndoles fuerza estos dos documentos, que á mi me parecen de gran valor, hacen subir la introducción del cristianismo en este imperio solamente al siglo séptimo de la era cristiana. De esto no es posible dudar después del descubrimiento de la famosa lápida de Sig-nan-fu, la cual fué hallada el año 1625 en los contornos de esta ciudad, al echarse los cimientos de una casa. Es una piedra de mármol de más de tres metros de largo por dos escasos de ancho, que tiene una cruz esculpida y debajo una inscripción china, epílogo de la doctrina cristiana, y una reseña histórica de la introducción del cristianismo, predicado por un sacerdote, llamado *Olopen*, el año 636. Hácese mención en ella del favor con que la ley cristiana fué acogida y favorecida por el Emperador y sus sucesores, que mandaron construir muchas iglesias; dáse también en ella noticia de las luchas que hubo de sostener la nueva doctrina contra los bonzos y los letrados. El período de tiempo á que esta reseña histórica se refiere, abraza un espacio de 146 años. Además de los caracteres chinos léense también algunas letras siriacas, las cuales expresan los nombres de los sacerdotes siriacos que allí predicaron el Evangelio, los cuales eran nestorianos, como *Olopen*, de quien se hace mención en la lápida.

—Perdonadme, dijo Zeno, si os interrumpo. Recuerdo haber leido qe Voltaire llama *fraude piadoso* á este descubrimiento. Pero no me extraña, pues para el cínico de Ferney era fraude cuanto á la religión se refería.

—A Voltaire, añadió el Misionero, el prurito de la sátira impedía el raciocinio de la lógica y el examen de la crítica. Diga él lo que quiera, la autenticidad del monumento no puede ser puesta en duda por quien tenga algo de sentido común. Fué descubierto por los paganos y no por los cristianos, á la vista de los mandarines, por lo general hostiles á la fe; reconocido como auténtico por los letrados; comentado en la misma capital del imperio; notificado por la autoridad local al gobierno que lo hizo colocar en una pagoda para que allí estuviera bien custodiado, y donde todavía se vé, y finalmente el estilo de la inscripción, es, al decir de los chinos, clásico, y los caracteres son cuales en aquella época se usaban. Además, un mármol de aquel tamaño ¿es tal vez como una medalla que se pueda arrojar donde se quiera? Una inscripción de aquella naturaleza ¿es tal que pueda huir las investigaciones y la crítica sagaz de los letrados chinos? Y cuando no mereciesen crédito tantos misioneros, que dan testimonio de aquel descubrimiento, ¿no debían bastar todos estos caracteres de verdad que presenta el monumento, para que el escéptico Voltaire se evitara el ridículo de aquella burda calumnia?

Pero, Padre, dijo Zeno, no hay por que os toméis la molestia de convencerle de mentiroso. ¿No es por ventura suyo aquel famoso dicho *calumniare, calumniare, semper aliquid remanet?*

—Justamente, añadió el Misionero, y por eso dejémosle donde está, volvamos á nosotros. Otros restos del cristianismo fueron de tiempo en tiempo desenterrados, como cruces de mármol y de bronce, y algunas imágenes sagradas, entre las cuales merece especial mención una que representa á la gran Madre

de Dios con angelitos al pié en actitud de adorarla.

—Está fuera de duda, dijo Zeno, que Jesucristo era conocido y adorado por muchos desde los tiempos apostólicos, ó por lo menos desde el año 636. Pero por qué no hacen mención expresa los historiadores chinos, tan diligentes por otra parte en notar las cosas del imperio?

Tal vez por una razón de Estado, al que los chinos suelen subordinarlo todo. Pudo suceder también que no considerasen ellos el cristianismo como una religión distinta de las otras, y tal que debiera reclamar la pública atención.

—Pero cómo, preguntó Astolfo, pereció la semilla evangélica al nacer, sin que de ella quedase vestigio?

—Porque se arrojó en terreno poco dispuesto para recibirla; no se cultivó bastante, y fué ahogada por la persecución.

—Cuándo comenzó en la China la misión católica?

—En tiempos de Inocencio IV, que en 1246 envió como embajador á los tártaros mongoles, que se habían apoderado de la China, á Fray Juan del Pian-Carpino, uno de los primeros compañeros de San Francisco, con cartas para el Khan, en las cuales el Sumo Pontífice le exhortaba á bautizarse con su nación, y le reprendía por las devastaciones llevadas á cabo por el ejército indisciplinado de los tártaros mongoles. Respondióle el Khan: «Según el tenor de vuestra carta, nosotros debemos hacernos cristianos; pero no comprendemos el motivo. Cuanto á la guerra, yo la hago porque los hombres no obedecen los mandatos de Dios»; y con esta respuesta despachó el embajador. Nicolás IV envió misioneros á la China, y nombró á Fray Juan de Monte Corvino, Obispo de Pekín. Por aquel tiempo llegó acá Marco Polo,

—Gloria de mi patria! añadió Zeno con una sonrisa de complacencia.

—El viajero veneciano, continuó el Misionero, en los veinte años que vivió en este imperio, donde llegó á ser gobernador de una provincia, no hace mención sino de algunas iglesias de nestorianos. Sabemos, empero, que había en la misma capital dos iglesias católicas fundadas por el Obispo Juan quien celebraba en ellas con tanta pompa los divinos misterios, que varias veces asistió el mismo Emperador. Partieron también el siglo XIV para la Tartaria y la China otros muchos religiosos de la ínclita familia de San Francisco durante los pontificados de Juan XXII y Benedícto XII, entre los que distinguiéronse San Oderico del Frinli que en los tres años que moró en Pekín, convirtió á algunos personajes de la Corte, y Fray Juan de Florencia, que recorrió muchas provincias predicando el nombre de Cristo. Pero estos albores de la fe que en los siglos XIII y XIV parecían anunciar á la China el día de la salvación, debían ¡ay! eclipsarse bien pronto. La dinastía mongólica fué destronada por la de los Min en 1367, siendo su caida la señal de la del cristianismo en toda la extensión del imperio. Cuando los portugueses descubrieron el camino por mar; cuando el gran Apóstol de Oriente, San Francisco Javier, después de haber conquistado para la fe tantos reinos en la India y en el Japón, se disponía á pasar á la China, y muriendo á la entrada de aquel imperio, abrió desde el cielo las puertas á sus hermanos y á otros religiosos, entonces brilló de nuevo sobre esta tierra el hermoso astro de la fe, el cual, esperamos, no se ocultará jamás. Los primeros en penetrar aquí, ó por lo menos en establecerse, fueron los PP. Ru-

ggieri y Ricci, ambos italianos, el segundo de los cuales es considerado como el fundador de la Misión, porque él fué quien estableciéndose en el corazón del imperio, donde por sus talentos y virtudes alcanzó grandísima reputación entre la Corte, los letrados y el pueblo, pudo obtener para sí y los demàs misioneros residencia estable en la China, y libertad para ejercer su apostólico ministerio. Desde aquel tiempo, esto es, desde fines del siglo XVI vinieron numerosos operarios á cultivar esta viña del Señor, fecundándola con sus sudores y frecuentemente con su sangre. En nuestros días trabajan con perseverante anhelo misioneros franciscanos, dominicos, lazaristas, jesuitas y sacerdotes de las misiones extranjeras de Milán y de París.

—He leido en la historia, dijo Astolfo, que Ricci y sus compañeros jesuitas presentáronse á los chinos en traje de letrados.

—Era este, dijo Zeno, el único medio de introducir y consolidar la religión cristiana, conciliándole la estima de los letrados chinos, que tienen en sus manos el gobierno público y la suerte del imperio.

Fué sabia resolución, añadió con calor el misionero, comprobada después por el hecho de numerosas conversiones conseguidas por Ricci y sus compañeros y sucesores en el apostolado, aun dentro del palacio imperial.

La estimación y las simpatías que ellos supieron captarse en la Corte y entre el Cuerpo de los letrados chinos, llegaron á tal punto, que á despecho de la antipatía que á los extranjeros profesan los chinos, fueron algunos elevados á la alta dignidad de grandes mandarines, nombrados miembros del tri-

bunal de matemáticas, y encargados de la reforma del calendario y de importantes trabajos en favor del Estado, los cuales coronados con felicísimo éxito, valieron á la misión la protección de los emperadores, el favor de los grandes del imperio y la conversión de no pocos de éstos á la fe. En los dos siglos que duró este período de prosperidad y de gloria para el cristianismo, es indecible el número y la importancia de trabajos científicos, literarios y artísticos llevados á cabo por los misioneros: controversias religiosas, tratados teológicos, disertaciones filosóficas, catecismos, libros de matemáticas, astronomía, física, geografía y otras ciencias, cartas geográficas y uranográficas, esferas armilares é instrumentos de física, mecánica y astronomía, construidos los más en el mismo palacio imperial, para no decir nada de las obras de diseño y pintura en las cuales se ocupaban, por quererlo así el Emperador, los hermanos coadjutores de nuestra Congregación.

—Y es verdad, preguntó Astolfo, que los misioneros fundieron también cañones, y enseñaron el arte á los chinos?

—Lo es; pero fueron obligados á ello por el Emperador, quien, habiéndosele metido en la cabeza que ellos todo lo sabían y lo podían todo, no admitió excusa, y exigió que se pusiesen á este trabajo, tan ingrato como nuevo y extraño á su profesión.

—Y cómo salieron?

—Muy bien; tanto que los cañones fueron la salvación del imperio.

—Bravo! exclamó Astolfo: yo en su lugar y con sus conocimientos hubiera hecho otro tanto.

—Pero mayor maravilla os causará, continuó el Misionero, saber que un siglo antes que en Europa

se pensara en aplicar el vapor como fuerza motriz, y en construir ferro-carriles, los jesuitas de Pekín tuvieron la feliz idea é hicieron el primer ensayo á presencia del Emperador.

—Jamás oí tal cosa, dijo Zeno.

—Pues vos, que sois veneciano, deberíais tener noticia de un célebre *Compendio de la historia general de los viajes*, escrito en francés por M. de la Harpe, académico parisiense, y traducido é impreso en Venecia el año 1782.

—Sí, recuerdo haber leido, mejor diré desflorado algunos de los muchos volúmenes en que está dividida la obra; pero en lo que leí no encontré esta noticia.

—Pues bién, leed el tomo 15 (1) de dicha historia y allí encontraréis la primera idea y como el embrión del descubrimiento de que se ufana la civilización europea.

—Quién fué, preguntó Astolfo, el autor de tan ingeniosa idea?

—La Harpe no lo dice; pero del contexto parece deducirse que fué el P. Grimaldi, jesuita italiano, de quien el autor de la relación había descrito anteriormente las ingeniosas máquinas de óptica, catóptrica, mecánica etc. por él construidas para instrucción y solaz del emperador. Parece que también él construyó algunas máquinas neumáticas, hidrostáticas, y una esfera que representaba, en virtud de un mecanismo movido por el agua, todos los movimientos planetarios. Otros jesuitas, siguiendo las tradiciones de Ricci, se consagraron de un modo especial á los estudios astronómicos, tenidos en grande estima por

(1) Compendio de la Historia general de viajes por M. la Harpe, tomo 15, página 37 y 38, edición de Venecia del 1782.

los chinos, é hicieron construir en la misma Pkín bajo su dirección instrumentos astronómicos, algunos de los cuales consérvanse todavía, y atestíguan sus progresos en esta ciencia.

—Pero para qué, preguntó Astolfo, tantos trabajos científicos y literarios?

—Porque gracias á ellos los misioneros eran tolerados y aun protegidos por el Gobierno chino, como lo demuestra la historia de esta misión; y porque solo por este medio podía ser conquistada para la fe una nación en la que las letras lo son todo, lo demás nada. En efecto, mientras se hizo uso de aquel medio, la religión cristiana gozó de honor; muchos mandarines, no pocos dignatarios de la Corte y hasta algunos príncipes de sangre real, pidieron y recibieron el bautismo; el mismo emperador mostróse dispuesto á abrazar la fe: lo cual si hubiera tenido efecto, no podría estar lejos la conversión de todo el imperio, mientras ahora estamos ¡ay! distantes, muy distantes.

—Bien se ve, dijo Zeno, que no ha llegado aún el tiempo prefijado por Dios para la conversión de la China.

—Ni sabemos cuando llegará; pues no obstante lo mucho que trabajan, y no sin fruto, los laboriosos obreros, hijos de Francisco, de Domingo, de Vicente, de Ignacio, y otros en gran número, el cristianismo apenas cuenta aquí medio millón de discípulos. Y qué es esto para una población de trescientos cincuenta ó cuatro cientos millones de infieles?

—Siempre oí decir, añadió Zeno, que la China es para los operarios del Evangelio una tierra difícil de cultivar, y que después de sembrada produce generalmente escasísimo fruto.

—Y cuál creéis vos; preguntó Astolfo, que es la causa de tanta estérilidad?

—No es una sola, respondió Zeno; son muchas y varias. No es verdad, P. Massa?

—Y tanto que lo es. En primer lugar nosotros tenemos á los ojos de los chinos un pecado original que difícilmente nos perdonan ellos, y es el no ser chinos. Aquí el nombre de extranjero equivale al de bárbaro, enemigo y diablo, con el gracioso aditamento que nos aplicaron después de la célebre guerra, llamándonos *diablos rojos*. Este odio á los extranjeros es fomentado en el pueblo por los mandarines obedeciendo á una razón de Estado, pues temen una nueva invasión de *diablos europeos;* y no es posible convencerlos que nuestra misión está sobre toda baja mira de ambición y de intereses, y que es solo misión de paz y de amor. La segunda y tal vez la más poderosa causa de los pocos adelantos que hace el Evangelio, es el desmesurado orgullo de los letrados, los cuales aborrecen la humildad de la cruz y desprecian una religión que adora al Crucificado.

—Además de que, añadió Zeno, es bien conocida de todos la soberbia de una nación que idólatra de sí misma, desprecia soberanamente á las otras; soberbia en que la mantuvo hasta ahora su aislamiento y la afectada ignorancia de nuestras cosas.

—Agregad á estas causas, dijo el Misionero, la indiferencia religiosa, ó el materialismo práctico de este pueblo atento todo á sus ganancias temporales, para cuya adquisición es más hábil que ningún pueblo del mundo. Su religión no es otra cosa que un conjunto de vanas ceremonias, que el Gobierno sostiene por política y el pueblo por costumbre. Aquellos mismos que se hacen de la religión un deber,

no la miran de ordinario sino como un medio de obtener del cielo, ó de los espíritus (buenos ó malos que sean, no importa) ventajas materiales.

—Yo haría aquí una observación, dijo Zeno.

—Decidla.—No conozco pueblo de índole más apática, ni más muelle y enervado que el chino. Pues bien, ¿cómo queréis que una religión toda espíritu y corazón, cual es la nuestra, que se inspira en el ideal de la perfección, y tiende al heroismo del sacrificio de uno mismo, halle acceso en almas incapaces de elevados sentimientos y esclavos de la baja codicia de intereses; la cual mata en germen todas las nobles aspiraciones del corazón?

—Aunque tal vez seáis demasiado severo en vuestros juicios, no distáis de la verdad. Yo soy de opinión que el mayor obstáculo no es tanto la apatía del carácter, como la relajación de costumbres.

—Tenéis razón, añadió Zeno. Los vicios más infandos parecen el gusto dominante de este pueblo sensual que en ellos se sumerge hasta los ojos.

—Corramos un velo, dijo el Misionero, sobre esta asquerosa llaga de la sociedad china. La misma poligamia ¿no es un grande y casi insuperable obstáculo á la conversión de los ricos, cada uno de los cuales tiene un harén de mujeres en casa? Y qué diré de la embriaguez? Antes embriagábanse con licores, pero solo en determinadas ocasiones, ahora con humo de opio, y casi á diario. Y esta embriaguez, es tanto más fatal, cuanto más común es. Se calcula en un tercio de la población masculina el número de fumadores de opio, droga infernal que embrutece al hombre, le enerva y vuelve estúpido. Calculad por esto los obstáculos que encontraremos en el camino de nuestra apostólica carrera!

—Sin embargo, añadió Astolfo, á despecho del diablo se va siempre ganando terreno.

—Ciertamente, pero palmo á palmo. Debemos rogar á Dios que envíe nuevos operarios á esta su viña, porque el número de los que aquí trabajan, es muy escaso en proporción de los que se necesitan; y aunque fuera dos ó tres veces mayor, qué sería para un imperio tan vasto como la China?

Al pronunciar el misionero estas últimas palabras, brilló en el rostro de Astolfo una chispa de aquel fuego que cada día inflamaba más y más su corazón; por lo que se apresuró á preguntarle:—Un joven que quisiera dedicarse á la misión china, donde podría hacer sus estudios?

—Si ese joven, respondió con viva complacencia el Misionero, es un italiano, podría hacerlos en el Colegio chino de Nápoles, ó en el de la Propaganda en Roma, ó en el Seminario de San Cárlos en Milán, si no prefería inscribirse en alguna de las órdenes religiosas que aquí y en otras partes ejercen su apostolado, y después de haber aprendido allí juntamente con la práctica de la virtud las ciencias eclesiásticas y la lengua china, por lo menos la hablada, que no es sobre manera difícil, debería hacer un segundo noviciado aquí en la China para acostumbrarse á la manera de vivir y al estilo del ceremonial chino.

—Ah! aquellas benditas ceremonias, añadió Astolfo, qué trabajo no deben de costar al pobre alumno?

—Pero es fuerza aprenderlas so pena de ser considerado por los chinos como un rústico y bárbaro, indigno, en suma, de vivir en el celeste imperio.

—Vos, Padre, que estáis ya transformado en un perfecto chino, á fin de haceros todo para todos, decidme algo del ceremonial que se usa en la China.

CVII.

EL CEREMONIAL CHINO.

Lo que habéis hasta aquí observado, respondió el Misionero, os habrá dado á conocer que os encontráis en medio de un pueblo en el que ideas, sentimientos, costumbres, todo es fijo, invariable, tradicional, y diré también *ritual*, porque aquí todo está regulado conforme á los ritos escritos ó tradicionales.

Cuenta el chino entre las cinco virtudes sociales la *cortesía* en todo lo que mira al vivir en sociedad; y es indecible cuán delicado y escrupuloso es en este punto. Preferiría tener manchada su alma con un enorme pecado á faltar á una regla de su ceremonial. Es cortés no solo con las personas de alta posición, sino también con las de humilde nacimiento, y aun con los extranjeros, que por otra parte tiene por bárbaros y enemigos. Con todos usa formas tan honoríficas como no se emplean en Europa hablando con soberanos. El zapatero, el arriero, el vendedor de pescado, y así de los demás, no se llaman con estos nombres, sino con algún apelativo de gran respeto. Si un padre habla de su familia, usa términos los más despectivos.

—Como hacía el mandarín Li, interrumpió Astolfo.

—Mas si habla de la familia de otro, cólmala de alabanzas y títulos de gran respeto. Aun cuando se ha de mentar una enfermedad ú otro infortunio acaecido á la persona con quien se habla, ó á quien se escribe, reclama la galantería china que se haga con formas de decir respetuosas.

—Figúraseme, añadió Astolfo, que deberá decirse: vuestro *ilustre* cólico, vuestra *honorable* fístula, vuestra *noble* disentería.....

—Bien se echa de ver, dijo sonriendo el Misionero, que sois romano. Pero no andáis lejos de la verdad, pues el chino suele ennoblecer las cosas agenas, por viles que sean, y menospreciar las propias.

—Qué hipócrita humildad, exclamó Astolfo. Y qué dicen estos coletudos de nuestro modo de saludar?

—Vuestra costumbre de descubriros ante las personas á quienes queréis saludar, es á sus ojos la cosa más grosera y villana; pues ellos lejos de descubrirse la cabeza, se la cubren ante personas de respeto. Por esto los misioneros en la China celebran siempre los divinos misterios cubierta la cabeza con un gran birrete de figura de torre cuadrada. Nada quiero decir de aquel vuestro alargar la mano al amigo, estrechar la suya, abrazarle y besarle, modales todos aborrecidos de los chinos que los juzgan groseros, inciviles y solo tolerables en gentes poco menos que salvajes.

—Es indudable, dijo Astolfo; para vivir á lo chino, convendría volver á nacer en la China: tan opuestas son en todo sus costumbres á las nuestras.

—Su saludo, prosiguió diciendo el Misionero, consiste, como tantas veces habréis visto, en levantar hasta la frente los brazos, con las manos sobrepuestas y cubiertas con las anchas mangas de su vestido.

Las visitas aquí son muy frecuentes, y en ciertas épocas mandadas por el ceremonial. Todo chino, sino es un pordiosero, tiene de reserva un traje para hacer ó recibir visitas; y ninguno visita á otro, si no es pariente próximo ó amigo de muchísima confianza, sin enviarle antes un billete de visita.

—El que no quiere ser molestado con visitas, no tiene que hacer otra cosa sino colgar de la puerta de la casa una tablilla con esta inscripción: «El señor está retirado en la sala de estudio ó de recreo.»

—Eso me agrada, dijo Astolfo, y es preferible al nuestro «El señor no está en casa, está indispuesto.»

—Si se acepta la visita, continuó el misionero, entonces comienza una verdadera batalla de cumplidos, esforzándose ambos por cederse uno al otro el lugar más honorífico.

—Será el de la mano izquierda, dijo Astolfo; puesto que en Europa es el de la derecha.

—Habéis acertado. En la China meridional la mano distinguida es la izquierda, mientras en la septentrional es la derecha. Terminada sobre este punto la lucha, comienza otra acerca de las sillas, apresurándose el dueño de la casa á ofrecerla á su huésped, y éste á aquél, ó si están ya preparadas, haciendo ademán de limpiarlas para más respeto con la extremidad de su manga. Esto que en Europa sería un acto grosero, es en la China la flor de la gentileza. Si los visitantes son varios, empieza una tercera batalla sobre la distribución de puestos, pretendiendo cada uno dar al otro el de preferencia, á no ser que la consideración á la edad ó al empleo venga á resolver la cuestión. Sentados, por fin, repáranse de tanta fatiga con sendas tazas de té, y si la visita es larga, vuelve á la mesa varias veces la

tetera. Al despedirse el visitante, renuévanse los cumplidos: el señor acompáñale hasta la puerta de la casa, é invítale á subir en su presencia á la silla ó al caballo, el visitante rehusa tamaña distinción; el señor insiste; aquél mantiénese firme en su propósito, y éste, cediendo en algo, simula retirarse y colócase detrás de la puerta. El visitante que de *buena fe* finge creer que aquél se retiró, monta á caballo, ó sube á la silla. Inmediatamente sale de la emboscada el señor, y renueva las zalemas, y le da el buen viaje, á lo que responde el visitante con una cortés inclinación y un afectuoso *cin cin:*

—Oh qué comedia! exclamó Astolfo.

—No basta: recorridos por el visitante unos cincuenta pasos, envía un criado à saludar y dar las gracias al señor á quien acaba de visitar; éste hace otro tanto con el visitante.

—Eso mismo hizo con nosotros, dijo Zeno, el mandarín Li.

—Lo recuerdo bien, añadió Astolfo. Y qué nos decís en cuanto á convites?

—Cuanto á convites, que son muy frecuentes, exige la urbanidad que se envíe algunos días antes la invitación, y se repita tres veces por escrito, de otra suerte se tendría por no hecha. Las ceremonias que hay que observar, son tantas, que cualquiera de vosotros preferiría estar todo un día en ayunas á asistir á un banquete chino. Cuando uno se encuentra en la calle con un conocido ó amigo, le pregunta: «Has comido el arroz?» Y aquél, aunque se sienta morir de hambre, debe responder que *sí.*

—Y si él escuchando más los ladridos del hambre que las reglas de la galantería china, respondiera con un gentil *no?*

—Pasaría por incivil.

—Pero el amigo qué haría?

—Le invitaría á comer el arroz; frase de que usan para expresar modestamente la comida del medio día. Pero si el invitado no quiere incurrir en la nota de villano, debe no aceptar la invitación.

—Y si cometiera la descortesía de aceptarla?

—Entonces el amigo, haciendo de la necesidad virtud, le llevará consigo á casa á comer, pero reservàndose el derecho de hacerle después digerir la comida con una buena rociada por este imperdonable olvido del ceremonial. A este propósito recuerdo haber leido en el *Empire Chinois* de M. Huc, que un chino de su comitiva invitó un día á un pariente suyo á comer, y con tan vivas instancias que éste, engañado por aquellas apariencias, tuvo la debilidad de aceptar. Entra, pues, en casa de su pariente, que al instante le ofreció la pipa; siéntase, fuma, chancéase, aguarda con impaciencia la comida: pero pasa una una hora, pasan dos, y ningún preparativo se ve. Entretanto el buen pariente no dejaba de dar en alta voz sus órdenes para que se sirviera la mesa; sus órdenes no eran cumplidas. El huésped aguarda otra hora más entreteniéndose con su pipa; pero viendo que su pariente quiere alimentarle solamente con humo y con chistes levántase para marchar. Entonces el *caritativo* pariente, revistiéndose de toda su gravedad:

—Dónde, le dice, has aprendido tú la buena crianza? He tenido yo la cortesía de invitarte, y tu no has tenido la de reusar la invitación.

Al oir esto, Astolfo y Zeno prorrumpieron en una sonora carcajada; y Astolfo exclamó:—Oh costumbres chinas! Ahora decidme por favor, P. Massa

si nosotros, extranjeros, fuéramos invitados á un banquete chino, qué tratamiento nos tocaría?

—El más delicado del mundo; pues los chinos, no obtante el desprecio que hacen de las otras naciones, précianse, sin embargo, de tratar á los extranjeros con exquisita cortesía, dándoles la preferencia sobre todos los convidados. Aun los más ancianos, no embargante el respecto que aquí se tiene á las canas, no se sientan sino después de los extranjeros.

—Y los otros convidados? preguntó Astolfo.

—Siéntanse por orden de edad; y si hay duda entre dos, no es indecoroso preguntar á cada uno, á fin de evitar el gran yerro que sería preferir el más joven al de más edad.

—El preguntar la edad no agradará mucho á las señoras!

—Ellas, como tal vez habréis oido, jamás se sientan á la mesa con los hombres; por lo demás, sabiendo en cuanto honor son aquí tenidas las canas, no se desdeñarían, creo yo, de confesar la verdad.

—Tengo mis dudas, respondió Zeno sonriendo. Pero como la China es el antípoda moral de Europa, puede muy bien ser que aquí las señoras envejezcan, cosa que no sucede en Europa, donde, al decir de ellas, siempre son jóvenes.

—Queréis decirnos algo acerca del ceremonial que se usa con los Mandarines?

—Es en verdad materia larga y enojosa. Básteos saber que todo mandarín tiene derecho á cierto número de inclinaciones y genuflexiones, que varía según su dignidad y su grado. Nadie les habla sino arrodillado. Quien se encuentra con ellos en la ca-

lle, si va á caballo, se apea; si en silla, baja de ella; si á pié, se detiene un poco y toma una actitud humilde y respetuosa.

—Y si no lo hace, dijo Astolfo, pobres de sus espaldas! Lo hemos visto en Cantón. Que lástima me dió aquel *Atai* que fué maltratado por los esbirros!

—Tú lo deplorabas, dijo Zeno, mientras él se reía, como si en lugar de varazos hubiera recibido besos y confites: de tan buen humor estaba después de aquella granizada! Es á fe, bien extraño, el estoicismo de esta gente!

—También esto, dijo el Misionero, es efecto del cuidado que tienen los chinos de conservar en todas las situaciones la gravedad y el decoro. Vos los veréis soportar friamente las injurias sin mostrar enojo, y sin venir á las manos con el ofensor. Raro es que un chino, por grave que sea la afrenta recibida, se irrite en presencia de otros; rarísimo también que en el hervor de la ira deje escapar de sus labios palabras ultrajantes ó indecentes; antes bien, si el ofensor es persona de alta posición, no dejará de honrarle con aquellos títulos y demostraciones de respeto que pide el ceremonial, mientras en su interior se consume de rabia, aguardando con feroz ansiedad el día de la venganza. Difícilmente también veréis á los chinos reñir en la calle, y mucho menos apelar á las armas para vengar una ofensa; esto se tiene en la China por un acto bárbaro y salvaje.

—Oh! qué dirían de nosotros los chinos, exclamó Astolfo, si fuesen á nuestros paises, donde ordinariamente no hay riña que no termine con una cuchillada; y en donde con la mayor facilidad se acude á las armas para vengar una ligera afrenta, y tal

vez más imaginaria que real? En esto somos muy inferiores á la civilización china.

—Si ellos fueran cristianos, observó Zeno, perfeccionando la gracia cuanto de bueno hay en su índole y en sus costumbres, y corrigiendo cuanto hay de vicioso, serían indudablemente la nación más noble y morigerada del mundo.

—Conviene, sin embargo, advertir, repuso el Misionero, que apesar de estas apariencias de moderación, sugeridas por el amor al decoro, son vengativos como los europeos, y aun conservan más tiempo en su corazón el odio y el deseo de venganza. El chino esfuérzase por ocultar la pasión, sea de odio, sea de amor; y lo consigue á maravilla, siéndole la cosa más familiar el arte de fingir.

—Estamos, dijo Astolfo, en medio de un pueblo de comediantes, que constantemente viven sobre la escena.

—De aquí viene, añadió el Misionero, el ser tantas veces burlados los europeos por la astucia china en sus relaciones diplomáticas y comerciales. En cuanto á estas últimas no tienen toda la culpa los chinos, que al principio procedían en el comercio con los europeos con mucha lealtad y buena fé, si no por amor á la justicia, siquiera por interés. No exigían seguridades por escrito; contentábanse con una promesa verbal, siendo entre ellos tan indecoroso faltar á la palabra dada, que por esto solo arruinaríase infaliblemente un comerciante. Más cuando se vieron á menudo engañados por los europeos, hasta perder por la mala fe de estos millones de escudos, como sucedió á algunos comerciantes de Cantón, entonces no solo gritaron ¡alerta! y se pusieron en guardia, sino que comenzaron también ellos á

usar de la astucia y el engaño, en cuyo arte el chino no se deja vencer por nadie del mundo.

Entretenidos alegremente con esta conversación, habían llegado nuestros viajeros á Sciang-hai, donde, después de haber dado las más afectuosas gracias al P. Massa, y haberse despedido de los PP. Zottoli (1), Sica y Basiuau, que los habían colmado de atenciones en su visita á las varias residencias, volvieron á embarcarse en el vapor americano que había de llevarlos á Tient-sin. Astolfo aprovechando la hora de tiempo que aún le quedaba, antes que el vapor zarpase del puerto, escribió á su madre una segunda carta, dándole aquellas noticias que había recogido del Misionero acerca de la introducción y progresos del cristianismo en la China, juzgando con razón que á una romana, y á una Elisa, no se podía anunciar cosa más agradable que ésta: y terminaba expresando la firme esperanza de que el resto del viaje sería tan feliz, como lo había sido hasta entonces. Pero al animoso joven no le pasó entonces por las mientes aquel proverbio «la esperanza es un sueño en la vigilia» y este otro «el buen tiempo dura poco» Oh si él hubiera entonces antevisto las duras pruebas á que estaba por el cielo destinado! Pero es providencia de Dios envolver en la nube del misterio nuestro porvenir, para no hacernos con la previsión de los males más infelices de lo que somos!

---

(1) Este Padre es el más célebre sinólogo de la Misión, autor de muchas obras chinas, y tenido en grande estima por los letrados del celeste imperio.

CVIII.

TIEN-TSIN Y LA MATANZA DE LOS EUROPEOS.

Pagado el tributo de filial afecto á su madre, Astolfo concentró todos sus pensamientos en su padre, pareciéndole un siglo cada día que tardaba en abrazarle; tanta era la esperanza que abrigaba de conquistar su corazón para Dios y la familia. No es marvilla, pues, que los dos días que duró la navegación, le pareciesen interminables y eternos, retardándole el cumplimiento de sus deseos y la realización de sus esperanzas. Cuando el vapor arribó á Tien-tsin (1), que dista de la Capital un corto espacio, es indecible la alegría de que rebosó su corazón. El y Zeno fueron los primeros en saltar á á tierra; y no encontrando en la ribera del río ninguna nave que los llevase sin detención á Pekín, dirigiéronse á la ciudad en busca de algún vehículo; más no habían aún andado unos cien pasos, cuando se encontraron con una multitud de fieras sedientas de sangre humana . Los primeros chinos con quie-

(1) Está situada sobre el Pecho entre la desembocadura del río y Pekín; cuenta 400,000 habitantes, y es grande emporio de comercio. En ella se estipuló entre la China y los franceses é ingleses el tratado que abrió nuevos puertos á los europeos, y autorizó el libre ejercicio de la religión cristiana.

nes tropezaron, apenas los vieron, enfureciéronse y empezaron á gritar.—Aquí hay dos *diablos rojos*, mueran, mueran!—Zeno al oir aquel grito y ver aquellos rostros negros y amenazadores, comprendió el peligro que les amenazaba, y al instante cruzó por su mente la idea de una matanza de europeos intentada; ó tal vez ya perpetrada por aquel pueblo feroz, por primera vez en su vida tembló; púsose pálido, erizáronsele los cabellos, no tanto por el riesgo de su propia vida que mil veces había expuesto, como por la de su joven amigo, que el amor de una madre le había confiado cual sagrado depósito. Qué hacer y qué partido tomar en tan inesperado y terrible trance? Volver á la nave? era tarde ya; pues el Capitán habiendo tenido soplo del tumulto popular, á toda prisa había dejado el puerto. Esconderse? era imposible en medio de todo un pueblo levantado contra los europeos. Avanzar? era ir en busca de la muerte. Detúvose Zeno algunos instantes fluctuando entre estos pensamientos, sin saber qué partido tomar. Pero viéndose precisado á tomar uno, pues el peligro crecía por momentos y engrosábase la turba de los chinos atraidos por los gritos de ¡mueran, mueran!, coje de un brazo á Astolfo, el cual pálido más de rabia que de miedo había sacado el revólver y apercibíase á la defensa, y —No dispares, le grita, ven conmigo, huyamos.

Y ambos echaron á correr hasta salir á la campiña, seguidos por una turba que corriendo detrás de ellos, gritaba.—Mueran, mueran!—Astolfo, que tenía alas en los piés, moderaba la carrera para no dejar atrás á su compañero; y esto fué causa de que pronto fueran alcanzados por unos ocho ó diez chinos, los cuales, afortunadamente para nuestros via-

jeros, como no tenían armas de fuego, no se atrevieron á echarles mano. Habíanse alejado ya los fugitivos unos tres kilómetros de Tien-tsin. cuando se derramó por la ciudad la noticia de la fuga de los dos *diablos* europeos sustraídos á la matanza hecha poco había en los otros. A esta noticia se alborotó el pueblo; y numerosas turbas diéronse á registrar la campiña con el fin de hacer salir del escondrijo á los odiados europeos, mientras un numeroso grupo de jóvenes, los iban buscando á guisa de sabuesos por el camino que conduce á Pekín. Astolfo viéndolos desde lejos, exclamó:—Estamos perdidos!—Zeno echó una mirada en derredor buscando algún refugio, y vió allá cerca una cabalgadura que parecía estarle aguardando. Va, la coge por la brida, y dice á Astolfo:—Monta, huye, sálvate: Dios te acompañe.

—No, respondió éste, jamás. O ambos salvos, ó muertos ambos.

Zeno ruega, suplica; pero en vano. Entretanto la horda de aquellos caníbales, habiendo divisado á los fugitivos, corrían desalados hacia ellos. No había, pues, un minuto que perder. Zeno monta, hace subir á Astolfo, le coloca delante y mete espuelas al caballo. El generoso bruto después del primer galope marcha á paso lento; y tres jóvenes chinos que los seguían más de cerca, abalánzanse á la cabeza del caballo, cogen la brida y le detienen, gritando á los dos viajeros:—Abajo, *diablos!*—Astolfo y Zeno les responden con tiros de rewólver; y el generoso animal, queriendo él también hacer alguna valentía, levanta sus patas y sacude al más próximo un par de coces, derribándole medio muerto. Después alegre por su hazaña, ó para hablar con verdad, espantado

por la detonación de las armas de fuego, emprendió una velocísima carrera que fué la salvación de nuestros viajeros; pues pronto los ocultó á las miradas de aquella horda feroz, la cual cesó de perseguirlos. Y aunque de allí á poco cansado y jadeante disminuyó el paso, nuestros viajeros no viéndose ya perseguidos, empezaron á respirar, y bendijeron la providencia de Dios y la protección de la Santísima Virgen, que los habían escapado de las uñas de aquellos asesinos. Dos horas después llegaron á un villorrio que se levantaba sobre una orilla del canal imperial, y parecía tranquilo. Dejando allí la cabalgadura á un tabernero, que los recibió benigno, y á quien indicaron el lugar donde la habían cogido, para que fuese devuelta á su amo, corrieron á embarcarse en la primera nave mercante que encontraron, y que en aquel momento soltaba las amarras. El patrón negábase al principio á darles pasaje en su barca, pero vistas las ocho flamantes esterlinas que le ofrecía Zeno, los recibió con los brazos abiertos, diciendo:—A este precio daría yo pasaje no solo á dos *diablos* de Europa, sino á todos los diablos del infierno. Estando á bordo refirieron al piloto como se habían salvado; y por éste y otros que iban en la misma nave y habían sido testigos de la horrenda carnicería, supieron cuanto había sucedido antes de su llegada á Tien-tsin, y la causa de la brutal acogida que les hicieron, y del peligro que corrieron de ser también ellos despedazados por el furor popular.

He aquí las particularidades de aquella luctuosa tragedia. Corrían hacía algún tiempo falsos y calumniosos rumores de que las Hermanas de la Caridad recogían á los niños chinos abandonados; para darles muerte, y que después les sacaban los ojos y

los sumergían en no sé qué líquidos espirituosos. El pueblo, siempre fácil en dejarse engañar, dando crédito á estos absurdos rumores, había concebido un odio mortal contra aquellas buenas madres de la infancia abandonada, y verdaderos ángeles consoladores de la desventura. Soplando en el fuego los mandarines y excitando un día y otro día el odio contra los extranjeros, estalló por fin la mal disimulada indignación de aquella plebe crédula y feroz, no contenida por el Gobierno, que fué cómplice, ó por lo menos frío espectador de la venganza popular. Al avecinarse la tempestad que amenazaba descargar sobre la casa de la Santa Infancia y sobre las Hermanas, y de la que veíanse ya las señales precursoras, hubo quien aconsejó á las Hermanas huir. Pero fuese que no conocieran bastante el peligro que corrían; fuese que les pareciera indecoroso huir ante él, dejando en poder de los gentiles á sus queridos niños; fuese, en fin, por un secreto presentimiento y deseo del martirio, cuya gloriosa palma es siempre el suspiro de la hermana y del misionero, el hecho fué que permanecieron firmes en sus puestos desafiando con intrépido corazón y frente serena la tormentosa nube que se iba condensando sobre sus cabezas. Amenazas, insultos, injurias, reuniones de gente sospechosa fueron durante algunos días el sordo ruido de la tempestad, que por fin estalló con increible furor. Una turba de gente armada, que por instantes crecía, recorrió en amenazador ademán la ciudad y dirigióse después hacia la casa de la Santa Infancia, dando alaridos salvajes y gritos de muerte. Los pocos europeos que se encontraban en la ciudad, tomando las armas corrieron á defender á las hermanas, é hicieron prodigios de valor. Pero qué podían

aquellos ocho ó diez generosos defensores en contra de todo un pueblo conjurado en daño de las pobres hermanas? Cayeron vencidos por el número, heróicamente pródigos de su sangre, defendiendo la inocencia oprimida y la humanidad ultrajada. El cónsul francés Fontanier, que se hallaba entre éstos, espiró cubierto de heridas entre los pliegues de su bandera, que jamás fué ilustrada con más heróico valor ni con sangre más noblemente derramada.

Loor á los valientes!... Derribado el único muro de defensa, que era el pecho de aquellos valerosos, la salvaje horda no encontró nada que la detuviese: invadió el asilo, arrojóse sobre las hermanas, arrancólas del altar, donde cual inocentes palomas habíanse refugiado; y después de inauditos ultrajes, á unas sacó los ojos, mutiló á otras horriblemente, y algunas hubo á quienes abrió el pecho y arrancó el corazón, que, palpitante aún, devoraron aquellos caníbales después de hacerlo pedazos (1). A seguida pegaron fuego á la casa después de haberla saqueado; y en aquel incendio perecieron abrazados á los cuerpos de las víctimas más de cuarenta niños de la Santa Infancia. No fué este el último acto de aquella horrible tragedia: otra desgarradora escena había de poner remate al sangriento drama. Había entre los europeos una pareja de jóvenes esposos que unidos el día anterior en matrimonio en una iglesia de Pekín, donde el esposo estaba de agregado á la embajada rusa, habían llegado á Tien-tsin, algunas horas antes de estallar el tumulto, con el fin de embarcarse para Europa. Cuando éstos vieron sitiada la casa

(1) Fueron, si mal no recordamos, dieciseis las hermanas tan cruelmente martirizadas.

de las hermanas, corrieron con los otros europeos á defenderla, y la esposa, joven de solos 17 años, dió pruebas de un valor superior á su edad y á su sexo. Más cuando vió á aquellos pocos europeos caer acribillados de heridas, y á su adorado esposo espirar al lado de ellos, salió de allí volando, y refugiándose en una casa próxima, donde fué acogida por unas mujeres compadecidas de su desventura, vistióse de china y emprendió la fuga por los campos. Pero vendida por su rostro, que nada tenía de chino, y por su blonda cabellera, fué descubierta, traida á la ciudad y abandonada al furor de la chusma que la hizo pedazos. Así terminó aquella matanza que señala una de las más sangrientas páginas de la historia moderna, y que en otros tiempos hubiera atraido sobre la China la venganza de toda Europa. Zeno y Astolfo al oir aquellas escenas, que solo hemos indicado, sintieron tal horror y tal compasión, que casi no podían respirar. Abatidos, pálidos y mudos, como la estátua del dolor, miraban á aquellos chinos que con glacial indiferencia les referían minuciosamente todas las escenas de aquel sangriento drama. Finalmente, Astolfo, separándose de ellos, pues ya no podía sufrir más, retiróse á un ángulo de la nave, y allí solo y con el rostro oculto entre las manos, prorrumpió en llanto, quejándose tiernamente á Dios de que no le hubiera concedido también á él la gracia de poder derramar su sangre en defensa de su templo, de su casa, de las heróicas hermanas y de los inocentes pequeñuelos; y levantando su lacrimoso rostro al acercársele Zeno que iba á sentarse á su lado. —Ah, exclamó, si hubiéramos llegado algunas horas antes!

—Entonces, dijo Zeno, hubiéramos cumplido

también nosotros nuestro deber. Más Dios dispuso que llegásemos cuando todo había concluido. Y si hubiéramos llegado algunas horas antes, qué otra cosa hubiéramos hecho sino aumentar inútilmente el número de las víctimas? Conformémonos, pues, con la voluntad divina, y demos gracias á la Providencia que casi prodigiosamente nos ha escapado de segura y cruel muerte, merced á las oraciones de aquella santa mujer, que es tu madre!

—Oh mi madre.... mi madre ora con aquella fe viva que todo lo alcanza de Dios. Yo temo que la noticia de la matanza le llegue antes que nuestras cartas, y entonces, ¡pobre madre mía! qué angustias, qué pena no experimentará por mí!

¡Hay un medio de evitárselas; se le envía un telegrama.

—Cómo se lo enviaremos, si aun no está terminada la línea que ha de unir á Pekín con Hong-Kong?

—Ánimo, que hay abierta otra línea; y es la que une la capital de la China con Rusia y el resto de Europa por la vía de tierra. Nuestro telegrama, pues, antes de llegar á su destino, dará una vuelta por todo el hemisferio superior; sin embargo, llegará antes que nuestra carta y la terrible noticia del degüello. Es verdad que tiene alas la fama y vuela con la ligereza del viento; pero el telegrama está rodeado de fuego, y, como el rayo, devora los espacios.

—Esta noticia me consuela. Plegue á Dios que nuestro telegrama no tenga que sufrir detención en su camino! Al decir esto Astolfo, llegaba la barca al grandioso arco triunfal, todo de piedra y de bella arquitectura, que hay al principio de un camino de varios kilómetros de largo, al fin del que levántanse los altos muros y baluartes de Pekín. Nuestros viajeros,

dejando la barca, alquilaron un carruaje y dirigiéronse á la Capital.

CIX.

NUEVOS SUSTOS Y TEMORES.

—A la fonda de la *Serenidad perpétua*, gritó Zeno al cochero, no bien entró el coche por las calles de Pekín. Después de largos rodeos detúvose el carruaje á la puerta de la fonda. Quien entonces hubiera puesto la mano sobre el corazón de Astolfo, hubiera visto con qué fuerza palpitaba, y cómo aceleraba sus latidos. No era extraño: había llegado á la fonda donde se hospedaba su padre.

—Está en casa el señor Pablo de los Fabios? preguntó Zeno al bajar del carruaje á un camarero que se aproximó à cumplimentarle por su pronto regreso.

—Señor, respondió éste, cuatro días ha que marchó.

—Marchó? para dónde?

—Para Tien-tsin. En poco estuvo que no viniese desmayado al suelo Astolfo al oir semejante noticia.

—Cielo! qué oigo? exclamó Zeno. Sabes si fué allá con motivo de sus negocios, ó con intención de estar allí algún tiempo?

—No os lo sabré decir; pero sé que dijo al fondista que estaría pronto de regreso.

—Dónde está el fondista? El camarero fué á buscarle y éste no tardó en presentarse á saludar á Zeno. que algún tiempo antes habíase hospedado allí mismo. Preguntado respecto á Pablo, nada nuevo pudo añadir á lo que le había dicho el camarero; pero al ver la ansiedad de los dos extranjeros, se decidió á preguntarles la causa; y cuando la hubo sabido, mostró pena, y les prometió enviar al instante á Tientsin persona de su confianza para que adquiriese noticias ciertas acerca del señor Pablo; y así lo hizo en efecto. Pero Astolfo y Zeno querían salir cuanto antes de tan cruel incertidumbre; y por esto, sin aguardar la vuelta del mensajero, subieron de nuevo al coche y se hicieron llevar á los consulados de Francia é Inglaterra, donde oyeron que no había llegado aún la noticia de la horrorosa matanza. Cuando los cónsules francés é inglés supieron la matanza de los europeos, y que antes había tenido noticia de ella el Gobierno chino, el cual se guardaba bien de hacerla pública, montaron en cólera, y corrieron al palacio imperial, mientras Astolfo y Zeno, frustradas sus esperanzas, se volvieron á la fonda llenos de profunda tristeza. Astolfo apenas entró, dejóse caer sobre una silla, como quien se ha desmayado. El esfuerzo hecho hasta entonces por contener el ímpetu de su dolor no había servido sino para exacerbarlo. Para él era indudable que su padre había sido también bárbaramente asesinado. Su ardiente fantasía se lo representaba, herido, espirando, muerto en un lago de sangre. Y trayéndole á la memoria los horrores de aquella espantosa carnicería, se lo pintaba con el pecho abierto, el corazón arrancado, hecho pedazos y devorado por aquellos caníbales.

—Pobre padre mío! exclamaba entre sollozos y

lágrimas; tal vez tú espirabas cuando yo huía de las manos de tus asesinos! Ah! por qué no llegué yo una hora antes? Acaso hubiera podido defenderte, ó por lo menos morir á tu lado! Ahora ni me es dado adquirir noticia de tí, ni encontrar tu cadáver para darle honrosa sepultura! Zeno, aunque triste y lacrimoso también, esforzábase sin embargo por calmar el dolor de Astolfo, haciéndole columbrar algún rayo de esperanza.—Crées tú, decíale, que tu padre habiendo llegado á Tien-tsin algunos días antes de la catástrofe, no tuvo noticia de la trama urdida contra los europeos, y no pensó en su seguridad? Apuesto ciento contra uno á que tu padre huyó al instante, y ahora encuéntrase Dios sabe cuántas leguas lejos del teatro de la matanza!

Pero él decía esto con el fin de mitigar el dolor de Astolfo.

—Pluguiese á Dios! respondió éste; pero temo mucho! Mientras ambos fluctuaban entre la espera y el temor, llegó un intérprete del consulado inglés con un billete del mismo cónsul, en el cual decía que acababa de presentársele un enviado de Tien-tsin con una relación detallada de lo sucedido, y los nombres de las víctimas, entre los cuales no había ninguno italiano, á excepción del de una ó dos hermanas de la caridad.

—Respiro, exclamó Astolfo, que al oir esto, pareció volver de la muerte á la vida.

—Te lo había dicho yo, añadió Zeno con viva complacencia.

—Pero aún no podemos estar tranquilos acerca de su suerte.

—Pues bien, para alejar de tu ánimo todo temor, voy á buscar otras noticias. Y levantóse para salir.

—Esperad, dijo Astolfo dándose una palmada en la frente: qué desmemoriados estamos! Y el telegrama para mamá!

—Es verdad: con esta turbación de ánimo se nos había olvidado. Ahora voy á telegrafiar; después iré á caza de noticias. Tú entretanto aguárdame aquí, y escribe á tu madre.

Sin perder un momento hizo traer una caballería, montó, metió espuelas al caballo y partió como un relámpago. Astolfo luego que se vió solo, retiróse á otra habitación, y arrodillado dió gracias á Dios y á la Virgen por la liberación de su padre; y hecho esto, escribió á su madre la siguiente carta: «Hemos llegado esta mañana sanos y salvos á Pekín. Papá está ausente, pero regresará en breve, y entonces te contaré el recibimiento que me hiciere, y cuanto deseas saber. Confiemos en Dios y dejémosle á El el cuidado de lo porvenir. A nuestra llegada á Tien-tsin, hallamos el pueblo levantado contra los europeos. Pero al escribir esto, me tiembla la pluma en la mano. Perdóname, no tengo valor para describirte una escena de sangre, cuyo recuerdo me destroza el corazón. Bástete por ahora saber que nosotros dos solos nos salvamos por milagro: en otra carta te referiré cómo; que ahora no puedo hacerlo por la turbación de mi ánimo y el cansancio del viaje. No tengas pena por nosotros, pues aquí estamos seguros y no hay peligro que se repitan las escenas de Tien-tsin. Te escribo estas pocas líneas, mientras Zeno te expide un telegrama, que recibirás antes que ésta. Mañana con el ánimo más sereno te escribiré con mayor extensión. Entretanto te abrazo con el espíritu y pido tu maternal bendición. Mil besos en mi nombre á mis hermanitos, y mil cosas de mi parte al Sr. Silva y

demás amigos de Macao. Da por nosotros gracias á la bondad divina y á la Santísima Virgen, que por tan maravilloso modo nos protege, y tú continúa ayudándonos con tus oraciones. Recibe un saludo de Zeno y el que te envía acompañado de un apretado beso tu afectuosísimo hijo

Astolfo.

Astolfo no hizo mención del viaje de su padre á Tien-tsin, para no aumentar la angustia de su madre; y sin más, cerró la carta y la envió á su destino. Al mismo tiempo llegaba Zeno, que todo alegre entró con un papel en la mano, gritando:—Astolfo, Astolfo, ven, toma, lee. Conoces esta firma?

Astolfo, que había corrido á su encuentro, cogió con trémula mano el papel; allí al pié de la carta leyó el nombre de su padre, y al principio la data, de la que inferíase haber sido escrita por Pablo á bordo del vapor francés de la Mensajería imperial un día antes de los sangrientos sucesos de Tien-tsin, y pocos momentos antes de zarpar el mencionado vapor, y dirigir su proa hacia Ning-po. Era una carta que dirigía Pablo á un tal Núñez, español y socio suyo en Pekín, acerca de ciertos negocios, y en la cual prometía regresar dentro de tres semanas. A la vez que Astolfo leía aquella carta, serenábase su semblante, volvían á florecer las rosas de su rostro, y sus ojos brillaban con inefable contento. Qué cambio de escena en tan breve lapso de tiempo! Cuando hubo terminado la lectura, levantó sus miradas al cielo, y bendijo á Dios, diciendo: - Oh cuán bueno es el Señor! He aquí que en menos de una hora nos ha vuelto de la muerte á la vida! Pero cómo y de quién recibísteis esta carta?

BIBLIOTECA DIPUTACIÓN LEÓN

—Del mismo á quien se dirige, del señor Núñez, con quien, disponiéndolo así la divina Providencia, me encontré en la misma oficina del telégrafo. Apenas fuí visto por él, me reconoció, pues varias veces me había visto en compañía de tu padre, y corrió á saludarme. Le referí el peligro que hemos corrido en Tien-tsin, y cómo estábamos en brasas por no saber que habría sido de Pablo.

—Cuanto á él, me dijo con firme entonación de voz, estad tranquilo. En el momento del tumulto debía de encontrarse por lo menos á 200 millas de Tien-tsin.

—Por dónde lo sabéis? le pregunté.

—Por este papel, me respondió mostrándome la carta; id, pues, con ella á consolar á su hijo, á quien yo tendré después el gusto de visitar. Y yo tomando la carta, me vine volando á traértela.

—Cuán agradecido os estoy, oh mi buen Zeno, verdadero ángel del consuelo! Y ahora qué haremos durante su ausencia?

—Es necesario aguardarle. Tres semanas no son tres años; además tú tendrás gusto en visitar entretanto la capital y sus monumentos.

—Ah! si esta carta, llovida del cielo, no hubiera sido para nosotros como el iris después de la tormenta, yo sin ver á Pekín, me hubiera vuelto, aun con riesgo de la vida, á Tien-tsin á recoger alguna noticia acerca de mi padre.

Más ya que él está en salvo, y nosotros dentro de poco le veremos, pensemos ahora en aprovechar el tiempo, visitando cuanto hay aquí más digno de ser visto; y así diciendo, salieron de la fonda.

Nuestros viajeros durante los primeros días de su estancia en Pekín visitaron los principales mo-

numentos; después, aprovechando el miedo que á los ministros del Emperador causaron las amenazas de los cónsules europeos por los sucesos de Tien-tsin, obtuvieron, merced á la mediación del cónsul inglés, no solo el libre acceso al palacio imperial, sino también una audiencia del Colao, presidente del tribunal supremo de negocios interiores, el cual queriendo en esta ocasión mostrarse condescendiente con los europeos, accedió á sus pretensiones, de las cuales una referíase á la expedición contra Maroto, y la otra á la seguridad de Pablo, quien esperábase que regresaría á la capital por la vía de Tien-tsin. El Colao satisfizo los deseos de nuestros viajeros expidiendo órdenes apremiantes al Virrey de Cantón para la expedición proyectada, y al Gobernador de Tien-tsin para que velase por la seguridad de Pablo.

Del feliz resultado de esta audiencia dieron al momento noticia Astolfo y Zeno á Elisa y al señor Silva, con el fin de infundirles nuevo aliento con las nuevas esperanzas.

CX.

UNA PARTIDA REPENTINA Y LAS TRIBULACIONES DE UNA MADRE.

Mientras nuestros dos viajeros aguardaban en Pekín el regreso de Pablo, tuvieron tiempo de ver los jardines imperiales y todos los más insignes monumentos, lo cual fué para Astolfo de más utilidad que placer, hallándose tan preocupado por el pensamiento de su padre, que ningún gozo sentía con la vista de aquellas para él nuevas y curiosas escenas que á cada paso se ofrecían á sus ojos. Entretanto había pasado ya el tiempo del prometido regreso, y Pablo no acababa de llegar; por lo que Astolfo y Zeno comenzaban á inquietarse. Cuando estaban ya llenos de congojosa ansiedad, llegó al consulado inglés un despacho de Ning-po en el cual se participaba que el italiano Pablo se había embarcado, hacía ya dos semanas, con rumbo á Hong-Kong, no habiendo querido volver á Tien-tsin con riesgo de su vida; pero se susurraba que el buque en que él navegaba, se había perdido en la mar, sin saberse con certeza dónde, ni por qué causa. Esta noticia produjo el efecto de un rayo en Astolfo y Zeno, que hondamente apenados dejaron á toda prisa la capital y encaminánronse á Hong-Kong, recogiendo en todos los

puertos noticias de lo sucedido, á fin de saber si debían llorar la muerte de Pablo, ó buscarle aún vivo.

Pero es tiempo ya de volver junto á Elisa á quien dejamos llorando por la partida de su hijo, y á quien hallaremos siempre bajo el peso de su cruz, pero siempre también resignada, fuerte, é igual á sí misma en todas las vicisitudes. Ella ignoraba la suerte de su marido; pero noche y día pensaba en su hijo, y causábale indecible pena la consideración de los peligros á que andaba expuesto, y casi se reprochaba el haberle mandado partir. Vinieron á consolarla las primeras cartas de Astolfo, escritas, como vimos desde Sciang-hai, y tales, que daban bien á conocer cuanto en él se iba robusteciendo el propósito de consagrar su vida á Jesucristo en la misión china. Mientras ella se consolaba con esta dulce esperanza, he aquí que llega la aterradora noticia de la matanza de los europeos en Tien-tsin. El telegrama expedido por Zeno habíase quedado á medio camino, por estar interrumpidas las comunicaciones, cosa frecuente en el invierno; y la carta de Astolfo no había llegado á sus manos; no es mucho, pues, que sintiera mortales angustias. Cuando después supo por la voz pública que el vapor en que navegaban ellos, había llegado al puerto el mismo día de la matanza, entonces la duda se convirtió casi en certeza, y en tal abatimiento cayó, que tuvo nesesidad de despertar en su alma todo el vigor de su cristiana virtud para no sucumbir á este nuevo é inesperado golpe. Su imaginación excitada por el amor maternal representábale al hijo y al fiel tutor de éste acometidos por las feroces turbas, maltratados, heridos muertos y arrastrados por las calles de la ciudad; y parecíale ver sus cabezas cortadas, clavadas en las puntas de las

lanzas y llevadas, cual sangriento trofeo, por las calles entre los alaridos salvajes y la alegría feroz de una horda ebria de sangre. Pobre corazón de madre! Cuán cruel é ingeniosamente se atormenta el amor! En estos terribles pensamientos pasáronse varios días, que fueron para Elisa y sus hijos días de verdadero infierno. Entretanto celebráronse en Macao solemnes exequias por las víctimas de Tien-tsin; y ella vestida de luto asistió con sus hijos, excitando en todo el pueblo grandísima compasión: tan persuadidos estaban todos de que Astolfo y Zeno figuraban en el número de las víctimas. Para calmar el general dolor, un Padre del Colegio de San José, subido al púlpito, apostrofó á los macaenses, diciendo:—Enjugad vuestras lágrimas; que la muerte de los mártires no es digna de llanto, sino de envidia; y continuó por este estilo.

Si aquellas palabras no bastaron á enjugar las lágrimas, por lo menos las endulzaron. Las de Elisa corrían más en calma y en silencio, que las de Blanca y Patricio, al pié de aquel Cristo que con sus lágrimas, con su sangre, y con su cruel martirio de alma y cuerpo consoló nuestros dolores y sanó las llagas de nuestro corazón. Y áquel Dios que abate y levanta, que aflige y consuela, se acordó de esta madre desolada, y dispuso que la carta escrita por Astolfo después de su arribo á Pekín, no anduviera extraviada, como tantas otras, sino llegase sin retraso alguno á su destino. Ya el corazón de Elisa le presagiaba este favor del cielo; pues orando ella de noche ante una imágen de la Virgen de los Dolores, sintió que renacía de repente la esperanza en su corazón. Una voz interior le decía:—Qué temes? Por qué desconfias? Se ha olvidado tal vez de tí la amorosa Pro-

videncia de Dios? Acaso no vela por tu hijo aquella madre divina á quien lo confiaste? Ánimo, pues, y ten esperanza.

En efecto, la esperanza, que en ella procedía de una vivísima fe, esclareció con sus dulces serenos rayos las tinieblas del dolor. Durante largas horas prosiguió en su oración, hasta que rendida por el cansancio, concedió un breve sueño á sus ojos fatigados por la vigilia y por el llanto. Soñó en Tien-tsin, soñó en la matanza, soñó en su hijo.... más no herido, espirando, muerto; antes le vió, como envuelto en misteriosa nube, huir volando con Zeno de la rabia del embravecido pueblo; y parecióle oir su voz que le decía:—Cesa de llorar, mamá; no temas. Dios está con nosotros, y María con su manto nos protege.—Es verdad, es verdad, exclamó ella despertando de repente; y consolada con este sueño, que no le pareció ilusión de su fantasía, sino misterioso aviso del cielo, levantóse de orar, pues alboreaba ya, y comenzó á preparar el viaje, resuelta á volar á Tien-tsin en busca de su hijo, dejando á Blanca y á Patricio á los amorosos cuidados de doña María, que tomaba parte en todas sus penas, y para todos tenía un corazón de madre.

Cuando empezaba á ocuparse en los preparativos del viaje, sintió un fuerte golpe en la puerta y oyó la voz del criado que presuroso gritaba:—Señora, señora, una carta de Pekín!

El corazón dióle un salto en el pecho. Corre, abre, coge con mano convulsa la carta, echa una mirada al sobre y dá un grito de alegría, exclamando:—Es de Astolfo; y ábrela, la lee, la vuelve á leer, la besa y baña con las gruesas lágrimas de gozo que corren por sus mejillas. Pero la idea del peligro corrido por

su hijo y por Zeno, hiriendo vivamente su imaginación, ahoga en ella aquel primer ímpetu de alegría, y la hace caer en graves y melancólicas reflexiones. —Estará mi hijo, se preguntaba, seguro en Pekín? Podrá pasar por Tien-tsin, y volver sano y salvo á mis brazos? Y mi marido dónde se halla? Esa ausencia me dá mucho en que pensar! Pero qué es lo que hago? Por qué me atormento á mí misma con nuevas angustias y temores, mientras debería dar entrada á las más alegres esperanzas, y gracias á Dios y á la Santísima Virgen por la milagrosa liberación de Astolfo y de Zeno?

Y así diciendo, púsose de nuevo en oración, dando gracias á la bondad divina y á la madre de las misericordias. Entretanto los dos niños habían despertado, y venían á besarle la mano y darle los buenos días. Ella estrechándolos con el mayor afecto contra su pecho, comunicóles la fausta nueva y les leyó la carta de Astolfo, que les hizo saltar de alegría. Recibió también del hijo otras dos cartas, que si la confirmaban en lo que se refería á la suerte de éste, la mantenían en una penosa incertidumbre acerca de su marido, de quien Astolfo no sabía darle noticias ciertas. Pero ella tenía fe, oraba, esperaba y empleábase con su buena amiga doña María en obras de caridad cristiana, las cuales son la verdadera llave de oro que abre todos los tesoros de las misericordias divinas.

CXI.

LOS PIRATAS DE LA ENSEÑA NEGRA Y LA TRATA DE BLANCOS.

Por entonces habían llegado á Hong-Kong noticias claras y precisas acerca de la nave en la que habíase embarcado para Ning-po el marido de Elisa. Sabíase ya que no había sido tragada por el mar, sino que había caido en poder de los piratas que infestaban las costas meridionales de la China y del Tonkín; y por uno de aquellos sucesos que parecen casuales, y no lo son, el jefe de aquella banda, Maroto, tenía en sus manos la vida de Pablo y las riquezas de Patricio. El señor Silva fué al instante avisado por muchos amigos que tenía en Hong-Kong, donde Pablo era bastante conocido; mas nada dijo á Elisa, para no traspasar con nueva espada aquel corazón que sangraba por tantas heridas. Pero empleó toda su actividad en recoger cuantas noticias pudo acerca del famoso pirata y de los lugares, teatro de sus hazañas; y tres veces en menos de un mes fué á Cantón para dar prisa al mandarín *Li* á fin de que ultimase los aprestos de la expedición. Las noticias reunidas por el buen macaense eran tales y tantas, que en menos de dos semanas podíase con seguridad dar

alcance y exterminar á Maroto y á sus piratas. Quienes se las habían proporcionado eran los misioneros del Colegio de San José, los cuales consagrados á la nobilísima tarea de dar libertad á las víctimas de la piratería, ó á los esclavos blancos, habían conseguido descubrir los misterios de iniquidad que se ocultaban bajo el velo de la emigración china, y de la cual era precisamente Maroto el principal autor.

Y aquí no es de pasar en silencio el origen y modo de este descubrimiento, que derramará mucha luz sobre los hechos que vamos á referir.

Había zarpado de Macao con bandera italiana una nave velera del Perú que llevaba 750 emigrantes chinos, entre los cuales hallábanse 50 niñas y jovencitas de 12 á 15 años de edad. El *Napoleón Canavaro* iba capitaneado por el *genovés* T. M. (1).

Pocos días después de la salida, los emigrantes habiendo sabido que el Perú no era un país vecino, como se les había hecho creer, sino, por el contrario, tan distante, que se necesitaban dos ó tres meses para llegar á él, prorrumpieron en altísimos gritos; y su indignación llegó á tal punto, que soplando en el fuego los piratas, los cuales á menudo se mezclababan con los emigrantes para enseñorearse de las naves, comenzaron todos á tumultuarse. Pero no pudiendo apoderarse de la nave, por estar encerrados bajo cubierta, movidos por la desesperación pegáronle fuego. Corrió la chusma á extinguir el incendio, introduciendo por la reja de la escotilla los tubos de las bombas; más aquellos, ciegos de rabia, cortaron los tubos é hirieron en las manos á va-

(1) Por motivos fáciles de comprender ponemos solo las iniciales.

rios marineros. Viendo esto el capitán, y conociendo su intento, dió orden de abatir los árboles, los cuales cayendo con todo su velamen cerraron todas las aberturas cortando la respiración. Entonces oyóse un lastimero alarido, después.... reinó el silencio, pero el silencio de la muerte; pues los emigrantes murieron asfixiados antes de ser devorados por las llamas: salváronse por entonces 50 que se hallaban en aquel momento sobre cubierta, adonde subían por turno á refrescarse. El capitán y los marineros, echando al agua los botes, metiéronse en ellos, y dirigieron las proas hacia Macao, mientras el *Napoleón Canavaro* envuelto por las llamas semejaba un infierno en medio del mar, y los 50 emigrantes que no habían perecido, buscaban la salvación nadando: de éstos solo cinco consiguieron salvarse en el puerto de Hong-Kong.

La catástrofe del *Napoleón Canavaro* dió lugar á vehementes sospechas respecto á la cualidad de los emigrantes y al modo de la emigración; la tragedia de la nave *María Teresa*, peruana también, con bandera italiana, hizo abrir los ojos á cuantos no tenían interés en engañar al público, ó á sí mismos. Esta nave capitaneada por el genovés B. domiciliado en Lima, había salido de Macao con 350 emigrantes, y dirigíase al Perú, cuando éstos, instigados, á lo que parece, por algunos piratas, se amotinaron, y cayeron de improviso sobre la guardia, la cual cogida desprevenida, después de una corta resistencia que costó á algunos marineros y á muchos de los asaltadores la vida, se rindió á discreción. Los rebeldes victoriosos apoderados de la nave, proclamaron su jefe, con el título de *Rey*, al autor de la sedición, el cual tomando el gobierno del flotante reino, ordenó al ca-

pitán dar la vuelta y dirigir la proa hacia la China. Entretanto él vistióse con telas de seda que encontró en las cajas del capitán; eligió entre los más arriscados de los suyos quienes habían de formar su corte y guardia de corps; señaló á cada uno su oficio, dictó leyes á sus nuevos súbditos y estableció una forma de gobierno regular, procediendo en todo con tal destreza que llegó á dominar aquella turba feroz de manera, que todos temblaban ante él, y le obedecían mejor que lo hubieran hecho al emperador de la China. Pero como era de carácter suspicaz y cruel, ordenó la muerte del hermano del capitán, que había mostrado mucho valor en la defensa. No contento con ésto, condenó también á muerte á cincuenta de sus nuevos súbditos, acusados de tramar una conjuración contra su *real* persona. Sin embargo, el capitán y su joven esposa, el médico de á bordo y los marineros que le eran necesarios para el gobierno de la nave fueron perdonados por el tirano. El reinado de esta nueva Majestad neptúnica duró poco más de un mes, es decir hasta el arribo de la nave á una medio desierta playa de la China meridional, donde el *Rey* con todos sus vasallos, después de haber saqueado la nave, la abandonó para proseguir sus piraterías en tierra. El capitán entonces desplegó todas las velas al viento y volvióse al lugar de donde había partido, á Macao, donde poco después de su arribo, murió su esposa; y él apenado por tantas pérdidas, abandonó la China y volvió á Italia. Los dos trágicos sucesos, referidos por nosotros (1), hicieron

(1) Los referimos del mismo modo que los hemos oido contar á los capitanes de la *María Teresa* y del *Napoleón Canavaro*, y á otros testigos.

despertar á las autoridades chinas; y el Virrey de Cantón, que había ya recibido apremiantes órdenes de Pekín, no perdió tiempo alguno; ordenó que dentro de quince días la flotilla, compuesta de dos vapores y seis navíos veleros de guerra, zarpase del puerto para dar caza á los piratas, navegando cerca de las playas de la provincia de Cantón y las del Tonkín. A dar calor á la empresa contribuyó muchísimo el descubrimiento hecho por los PP. de San José, y que ya hemos referido.

Ellos al oir la catástrofe de las dos naves peruvianas, y otras de las que no hablamos, en gracia de la brevedad, sospechando que en esta emigración ocultábanse fraudes y violencias, consagráronse con todas sus fuerzas á esclarecer esto; y llegaron á descubrir que gran número de estos emigrantes eran infelices esclavos arrancados por fuerza ó fraudelentamente á las familias y á la patria; entre los cuales ingeríanse también algunos piratas con el intento de incitarlos á la rebelión para enseñorearse de la nave en que iban. Lo cual érales harto fácil, porque muchos de los emigrantes, conocidos con el nombre genérico de *coolis*, iban contra su voluntad.

Pero quiénes eran estos emigrantes forzados, y cómo eran arrastrados á Macao? Este es precisamente el misterio de iniquidad que los misioneros consiguieron descubrir y cuyo descubrimiento fué como el hilo de Ariadna que guió á nuestros viajeros para encontrar á Maroto y sus piratas. Nos detendremos algo en este punto, porque narramos hechos reales y no imaginarios, hechos que servirán para probar que bajo el manto de la emigración puede hacerse una verdadera trata de esclavos, engañando al público, y burlando las leyes, que justísimamente casti-

gan con severas penas el atroz é infame tráfico de carne humana.

Había ya muchos años que una turba de agentes derramábanse por la provincia de Cantón con el fin de reclutar colonos para la Habana, California y el Perú; y enviábanlos á Macao, principal depósito de los emigrantes. Pero como el número de éstos era muy inferior á la demanda de los traficantes americanos, los agentes entendiéronse secretamente con los piratas, quienes tomaron à su cargo proveerlos de cuanta mercancía humana quisieran. En efecto, éstos en las costas meridionales de la China y del Tonkín hicieron tan espantosa caza de hombres, que en el solo puerto de Macao llegó cada año á 30,000 el número de emigrantes, entre libres, seducidos y forzados.

En los apuntes que hemos hecho en los mismos lugares de las piraterías perpetradas el año 1866 y primeros meses del año siguiente, encontramos una larga serie de infelices, hombres, mujeres, niños de toda edad, de toda clase y condición, hechos esclavos en los puertos y tierras de Dai, Bra-lo, Nan-don, Nifu, etc. Estos infelices vendidos por los piratas, eran hacinados á guisa de carneros, y no se les permitía subir á sobrecubierta á respirar y á refrescarse, sino por turno y bajo la inspección de centinelas armados. Si lamentaban su tristísima suerte, se les imponía silencio con varas de bambú; si intentaban huir á nado eran cargados de hierro. Cuando llegaban á Macao, se les desembarcaba durante la noche, y eran encerrados en barracas, donde con bárbaros tratamientos y amenazas de muerte se les arrancaba la promesa y el juramento de no descubrir el secreto de su captura. Si intimidados lo pro-

metían, eran presentados como emigrantes libres al Procurador de los chinos, y después embarcados para Cuba ó el Perú. Los annamitas se intimidaban más fácilmente que los otros. Faltos aquellos desventurados de todo medio de subsistencia, en país extraño, sin conocidos, sin protección, y sin medios de hacerse entender, porque el único intérprete que había, sobornado por el oro, les hacía traición, ¿qué otro medio les quedaba de escapar del poder de los piratas, si no la emigración? Si alguno rehusaba firmar el contrato, era vuelto á la barraca, y tan cruelmente tratado, que más de uno hubo de sucumbir. Las más de las veces los traficantes de carne humana recurrían á otro medio no menos bárbaro é infame, que consistía en vestir á algunos de sus satélites de manera que pudiesen ocupar el lugar de los renitentes, sin que fuese advertida esta sustitución. En efecto, sucedía que éstos confundidos con la turba de los emigrantes se presentaban al Procurador con el nombre, y á veces con el vestido de los que no querían emigrar, y por ellos firmaban el contrato, estipulado el cual, embarcábanse; y después, venida la noche, bajaban á tierra y hacían subir á viva fuerza á aquellos desventurados. En daño de los annamitas empleábase otra infernal astucia, que servía para dar apariencia legal á una emigración que no autorizaba el Rey de Annan. Consistía en transformar á los annamitas en chinos, afeitándoles la parte superior de la cabeza, vistiéndolos á la china, y cambiando el nombre de su patria por el de una tierra de la provincia de Cantón confinante con el Tonkín.

Esta farsa solo podía engañar al que quería ser engañado; puesto que además de la diferencia del

rostro y de la singular costumbre que los annamitas tienen de ennegrecer los dientes, cosa que no hacen los chinos, ¿cómo podía suponerse que fueran chinos unos hombres que hablaban la lengua annamita, y habían menester de intérprete para ser entendidos? La tramoya, pues, estaba manifiesta, y la complicidad de la autoridad no podía ser un misterio. Pero para mejor confundir la impostura, vino de Hong-Kong, llamado por los Padres de San José, un cristiano annamita, intérprete del Rey Tu-duc. Llegó éste á la sala de audiencia en el momento en que sus conterráneos eran allí conducidos en pelotones; y habiendo oido al intérprete del Procurador traducir infielmente las palabras de los annamitas, levantóse y dijo:—Señor Procurador, el intérprete os engaña.

La apiñada multitud comenzó á hablar por lo bajo; y el Magistrado vuelto al interpelante, le preguntó:—Quién sois vos?

—Pablo Nugen, intérprete del Gobierno annamita.

Al oir esto, pintóse la alegría en el semblante de los annamitas que saludaron en Pablo Nugen á un libertador.

—Por qué acusáis á mi intérprete? preguntó airado el Procurador.

—Porque no traduce las respuestas de éstos sino que las inventa en interés de los agentes de la emigración.

—Mirad bien lo que decís, replicó el magistrado.

—Digo la pura verdad. Vos les preguntásteis cómo habían venido á Macao? Ellos respondieron que cayeron en manos de los piratas, y fueron por éstos vendidos á los agentes, que á la fuerza los trajeron acá; y el intérprete falseó la respuesta, diciéndoos que

habían venido á Macao para no morirse de hambre. Vos les preguntásteis si habían sufrido violencia? Ellos respondieron que se les hizo sufrir toda suerte de malos tratamientos para obligarlos á emigrar; y el intéprete infiel os dijo que no tenían de que quejarse. Oyóse entonces en la sala un murmullo de indignación y de horror: era la condenación del delito proclamada por el incorruptible tribunal de la conciencia pública. El intérprete venal viéndose descubierto, se aturdió de manera, que nada supo decir en su disculpa. Al instante fué puesto en la cárcel; y los annamitas, allí presentes, dejados en libertad, fueron recogidos por los Padres de San José, que los hospedaron en su Colegio.

Eran solo unos veinte, pero sirvieron para descubrir á otros muchos que estaban aún recluidos y cuidadosamente guardados en muchas barracas de la ciudad. Gracias á sus indicaciones, uno de los mencionados Padres fué á una barraca al despuntar del alba, hora la más conveniente para un descubrimiento; pues los guardias que custodiaban aquella especie de prisión, gente toda dada á la bebida y á los vicios, no tenían aún digerida la borrachera, y estaban sepultados en el sueño. El dirígese á la puerta mal guardada por un centinela que dormía; entra en un patio, asómase á una estancia grande, y ve caer á sus piés siete infelices annamitas en actitud de implorar socorro. Uno de ellos descubriendo el pecho, mostróle una medalla de la Virgen, é hizo la señal de la cruz, para significarle que era cristiano. Después se pusieron á referirle cómo habían sido llevados allá, explicándose, no con palabras, pues el misionero no entendía su idioma, sino con gestos, y pintando con un carbón en la pared dos naves, de las cuales una

viniendo al abordaje, apoderábase de la otra. Lo restante dábanlo á entender poniendo una mano sobre otra, como quien fué cargado de cadenas y hecho prisionero. El misionero lo comprendió todo,—y no pudo contener las lágrimas; después con gestos les hizo concebir esperanzas de que serían en breve puestos en libertad. Y así fué; porque él corrió al tribunal, dió parte al juez de cuanto había descubierto; y obtenida la libertad de aquellos desdichados, los recogió con los otros en el Colegio de San José. Estos hicieron nuevas revelaciones que condujeron al descubrimiento de otros once, después de veinte, y otros hasta el número de 93, que fueron también hospedados en el Colegio, y mantenidos á espensas de los Padres y de la caridad pública.

Aunque fueron muchos los esclavos puestos en libertad, Dios sabe cuantos quedaban aún en poder de los infames traficantes de carne humana: pero fué imposible descubrirlos, porque prohibió el acceso á las barracas y á las naves el mismo gobierno de la Colonia, á quien molestaba este descubrimiento, que derramaba una siniestra luz sobre su administración, y comprometía la principal renta en Macao.

El proceso después del castigo de algunos agentes chinos que no eran de los más culpables, se suspendió. El Procurador de negocios chinos quedó libre con solo poner la dimisión; el Juez para no verse precisado á condenar á altos empleados, amigos suyos, pidió y obtuvo el traslado; el Procurador regio fué también trasladado; y del mismo miramiento se usó con otros empleados públicos, cuya corrupción ó complicidad aparecía manifiesta. Y cuando, pasados algunos años, se continuó el proceso, vióse que habían sido arrancados de los autos algunos folios,

de los más comprometedores, por una mano desconocida. Cuántas iniquidades no cometían aquellos que sin embargo tenían constantemente en los labios el nombre de libertad, civilización, filantropía y que alardeaban de pertenecer, como ellos mismos confesaban, á una sociedad filantrópica por excelencia, cual era, al decir de ellos, la francmasonería (1)

Pero es ya tiempo de referir las importantes revelaciones de los annamitas hechos esclavos, y que fueron, según veremos, de utilidad suma para la proyectada expedición contra Maroto y sus piratas. Por los annamitas se supo cuáles y cuántas eran las naves de estos ladrones, y cómo estaban armadas; cuáles los lugares de sus piraterías; dónde tenían la principal madriguera, y finalmente que obedecían à un

(1) A ella pertenecían los más de los europeos, que allí traficaban en carne humana, según nosotros mismos lo oimos de su boca y de la voz pública. Y para que mejor se entienda de qué naturaleza era su decantada filantropía, creemos conveniente referir aquí cuanto nosotros mismos oimos á un capitán, el cual (dicho sea en honor de nuestra nación) no era italiano. Este osó contar en presencia nuestra y de otras personas que él antes de transportar colonos chinos, había llevado á América esclavos africanos; lo que una vez hubo de costarle la vida, porque se vió perseguido por un crucero inglés.—Y qué hicísteis entonces? le preguntamos nosotros; y él friamente respondió:—Me deshice de mi carga.—Esta respuesta nos horrorizó; más él sin turbarse nada, prosiguió diciendo:—Hice venir al puente á los esclavos, atarles á cada uno una bala al pié y luego arrojarlos al mar. Después hice lavar el barco y quitar cuanto podía darle aspecto de barco *negrero;* por manera que cuando el crucero inglés llegó al abordaje, no encontró ni rastro de la carga que llevábamos.—Y vos, cruel, pudísteis hacer esto? añadimos nosotros con voz trémula por el horror y la indignación.—Queríais, pues, replicó, que yo me dejase colgar por los ingleses de la entena de la nave?

Parecerá esto increible á nuestros lectores, pero Dios nos es testigo de que decimos la pura verdad.

jefe que, por las señas dadas por algunos annamitas, parecía ser el mismo Maroto en persona. Con estas preciosas revelaciones corrió desalado el señor Silva á Canton á informar de todo al mandarín Li, y por su conducto al Virrey; y supo con gran contentamiento suyo que los dos vapores y las naves de guerra estaban listas para partir. Sin perder momento voló de allí á Hong-Kong para verse con el Gobernador de aquella colonia, el cual había prometido su ayuda á nuestros viajeros. Llegó allí precisamente cuando arribaban á aquel puerto Astolfo y Zeno de regreso de Pekín. Es indecible el afectuoso recibimiento que mútuamente se hicieron, y que hubiera sido también alegre á no estar apesarados nuestros viajeros por las tristes noticias que habían venido recogiendo en los varios puertos en que habían hecho escala. Presentáronse todos juntos al Gobernador de la colonia, y le enteraron de todo; él al oír por la relación del señor Silva las fuerzas y la audacia de las bandas de la enséña negra, ordenó que no uno, sino tres vapores costaneros, bien armados, se uniesen á la flotilla china que debía salir de Cantón.

Al salir del palacio del Gobernador nuestros viajeros, encontráronse con Perrier, que hallándose hacía ya algunos días en Hong-Kong, y habiendo tenido noticia de su arribo, venía en su busca, resuelto á no separarse más de sus antíguos compañeros de ventura. Grande fué el consuelo que unos y otros experimentaron por este feliz encuentro; y tenido entre sí consejo, resolvieron no moverse de aquel puerto, donde se esperaba de una hora á otra la flotilla. Por lo cual en lugar de volver á Macao, Astolfo escribió á su madre dándole parte de su arribo y de

la resolución adoptada. Elisa no bien recibió la carta, voló con los dos niños á Hong-Kong.

Cuál no sería su gozo al volver á abrazar á su hijo después de tantos sustos! Pero como aquí abajo toda alegría dura poco, vióse pronto entristecida por la infausta noticia que Zeno y Astolfo tuvieron que darle de haber sido apresada por los piratas la nave en que navegaba Pablo. Otra señora, que, como ella, hubiera sido abandonada por su marido, no hubiera sentido, al oir esta noticia, el dolor que sintió Elisa, la cual á costa de tantos sacrificios había seguido hasta el fin del mundo al infiel marido con el exclusivo fin de volverle al camino de la salvación. Pero cuando más distante se creía de la realización de sus nobilísimos deseos; más cerca estaba, por un favor del cielo, como luego veremos.

CXII.

LA CAZA DADA Á LOS PIRATAS.

Mientras se aguardaba en Hong-Kong el arribo de la flotilla china, vióse asediada Elisa por los acreedores de Pablo, quienes desesperanzados de ser satisfechos por éste, pretendían cobrar de su esposa antes que de la China partiese. Es indecible cuántas molestias le causaron y cuanto trabajo le dieron en las tristes circunstancias en que se hallaba, teniendo el bolsillo casi vacío, el ánimo turbado y herido el corazón por tantas desventuras. Sin embargo, deseosa de pagar en parte los débitos de su marido, vendió cuantas joyas y diamantes tenía, que no eran muchos, siendo ella enemiga de vanidades mujeriles y del lujo. Por lo demás empeñó su palabra de no dejar la China sin solventar antes todas las deudas contraidas por su marido: con lo que diéronse por contentos los acreedores. Entretanto quiso Dios que abordase la flotilla china, á la cual se unió la de la colonia inglesa. Elisa estaba resuelta á embarcarse en seguimiento de su marido; más no quería llevar á sus hijos, para no exponerlos á los riesgos de una expedición armada; antes había rogado al señor Silva le dispensara el favor de volverlos á Macao, y confiarlos á los maternales cuidados de

doña María. Pero tantas fueron las súplicas y lágrimas de éstos, que por nada del mundo querían separarse de su madre; tantas seguridades le dieron los capitanes de los vapores ingleses, á juicio de los cuales poco ó nada había que temer, que, por fin, resolvióse á llevar consigo á sus hijos. Después de haberles hecho acercarse al tribunal de la penitencia y á la mesa eucarística, y haberlos puesto bajo la salvaguardia de la gran madre de Dios, embarcóse con ellos en la capitana inglesa, en la cual entraron también Zeno y Perrier; mas no el señor Silva, á quien sus años y los cuidados domésticos obligaban, mal de su grado, á regresar á Macao.

Zarpó de Hong-Kong la flotilla anglo-china entre los aplausos y felices augurios de los amigos que habían acudido al puerto; y entrado que hubo en alta mar, se dividió en dos, según se había convenido antes de la partida entre el comandante de la escuadrilla inglesa y el mandarín militar, almirante de la china. La inglesa debía dirigirse por el estrecho que separa la isla de Hai-nan del continente, al golfo de Tonquín; la otra debía dar una vuelta en torno de la isla, visitando las costas infestadas por los piratas, para salir por el lado opuesto al mismo golfo, y unirse á la escuadrilla inglesa.

Después de esto recorrerían juntas las llamadas *islas de los piratas* y las costas del Tonquín, que eran, según las revelaciones de los esclavos annamitas, el principal teatro de las piráticas hazañas de Maroto. El plan de ataque estaba hábilmente combinado; y todos esperaban ver esta vez, al *mirlo* caer en la red. Pero éste, que superaba en astucia al mismo Satanás, habiendo tenido ya soplo, no solo se había preparado

contra toda sorpresa, sino que se disponía á desbaratar los designios de sus enemigos.

La escuadrilla china tocado que hubo en el primer puerto de la isla de Hai-nan, encontró allí muchas mujeres del Tonquín, robadas por los piratas y allí vendidas como esclavas, cuyo número decíase ascender en toda la isla á unas dos mil. El almirante chino comunicó á los mandarines de la isla la orden del Virrey de enviar aquella turba infeliz á su tierra nativa, y la orden fué sin detención ejecutada. Fué esto un hermoso y magnífico preludio de aquella expedición, cuyo primer fruto era la redención de todo un pueblo de mujeres, bárbaramente arrancadas al amor de sus familias y á la patria. La escuadrilla inglesa no estuvo tampoco ociosa; pues habiendo llegado á la altura de la pequeña isla de Sanchón, descubrió un bergantín, que parecía centinela avanzada de la escuadra de los piratas. Una cañonera inglesa le dió largo tiempo caza; y aunque varias veces se le escapó la presa por entre los escollos que cercan á Sanchón, después de media hora de perseguimiento la alcanzó, y desarboló con una descarga de artillería. Los piratas no pudiendo ya servirse de ella, echáronse á nado; pero antes que llegasen á tiera, fueron algunos de ellos hechos prisioneros de guerra por los marineros y soldados que habían bajado á las lanchas de la cañonera. Confesaron los prisioneros pertenecer á la enseña negra; y preguntados sobre la captura de una nave que venía de Ning-po, dijeron que los europeos capturados en ella, no habían sido muertos, sino conservados vivos con la esperanza de alcanzar un crecido rescate; pero que no sabían donde estaban custodiados. Esta noticia comunicada inmediatamente al comandante de la es-

cuadrilla, y por éste á nuestros viajeros y á los tripulantes, es indecible cuánta alegría causó á todos, principalmente á Elisa y á sus hijos, quienes recordando la peregrinación á Sanchón, empezaron á creer firmemente que San Francisco Javier guiaba y protegía desde el cielo aquella su arriesgada empresa. Por esto recreció en ellos la esperanza de un feliz resultado; y Elisa fijando sus miradas en aquella venturosa isla, dió afectuosas gracias al santo Apóstol, é imploró de nuevo su poderoso patrocinio.

Los prisioneros limitáronse á esta sola revelación, que nada perjudicaba á sus compañeros; pero sobre todo lo demás guardaron obstinado silencio.

Después del apresamiento del bergantín, la escuadrilla prosiguió su viaje; y habiendo llegado cerca del estrecho de Hai-nan; descubrió dos fustas exploradoras, que huían delante de ella en línea recta, viento en popa y á toda vela. Una cañonera sepárase de las otras, y aumentando el fuego á la máquina, se pone á perseguirlas, pero en vano; pues aquellas ligerísimas embarcaciones huyeron pronto por entre los escollos del estrecho, ocultándose á las miradas de los ingleses que las perseguían. Este segundo encuentro indujo á error al comandante, haciéndole creer que la escuadra de Maroto no debía de estar distante. Por lo cual uniéndose á la cañonera cazadora, entró con toda suerte de precaucions en el estrecho, é hizo todos los preparativos para el ataque. Pero durante la travesía no descubrió vela alguna enemiga. Visitó todas las ensenadas, bahías y radas de aquel angosto brazo de mar; envió á tierra algunos marineros que averiguasen donde se hallaba Maroto; pero todo lo que pudo inquirir, fué que aquellas playas habían sido infestadas por sus correrías, cuatro

meses había. Lo cual confirmó al comandante en la opinión de que la escuadra de la enseña negra, ó por lo menos el grueso de ella, estaba anclada entre las *islas de los piratas* y las costas del Tonquín. Era en verdad este el teatro de sus piráticas proezas; pero el bergante habiendo tenido noticia de la expedición armada que se dirigía contra él, y sabido tambien el plan de guerra combinado entre los comandantes de la flotilla anglo-china, se había retirado de allí, no con el fin de huir, que tenía él harta confianza en sus fuerzas, sino con el de atacar separadamente al enemigo, antes que se uniesen las dos escuadras en las aguas del Tonquín.

Entretanto los tres vapores ingleses habiendo salido del estrecho, aguardaban anclados el arribo de la flotilla china; pero ésta no llegó en el día prefijado. No causó esto maravilla al comandante inglés, que atribuía la tardanza á uno de los muchos impensados accidentes que á menudo ocurren en el mar. Pero cuando hubieron transcurrido algunos días sin que se viera en toda la extensión del golfo nave alguna con la oriflama imperial, comenzó á inquietarse grandemente, y á temer algún desastre.

Dejando, pues; una cañonera vigilando la embocadura del estrecho para tener las espaldas protegidas, y no ser cogido entre dos fuegos, avanzó con las otras dos hacia la parte occidental de la isla, de donde debía venir la flotilla china, navegando, empero, á vela y no á vapor para no alejarse demasidao de la cañonera que había dejado de centinela á la entrada del canal. Pasaron otros dos días, y ni á lo lejos descubríase navío alguno de guerra, ni las columnas de humo de los dos vapores chinos, que formaban la vanguardia de la escuadrilla. El coman-

dante inglés no sabía si avanzar, ó retroceder al lugar convenido, que era la embocadura del estrecho. Hallándose así perplejo, y cuando el sol tocaba ya á su ocaso, desde lo alto de la gavia descubrió el centinela dos vapores, chinos, y al instante dió aviso al comandante, que exclamó:—Por fin los valientes imperiales han encontrado camino para llegar hasta nosotros:—Pero detrás de los dos vapores descubrió de allí á poco el centinela una multitud de naves, que traían todas las velas desplegadas al viento. El comandante se quedó estupefacto al oir esto; y no sabía qué pensar.

—Serán embarcaciones apresadas por los dos vapores, ó serán, por el contrario, naves enemigas que los persiguen?

Inmediatamente reunió consejo de guerra, al cual invitó también á Zeno, cuya pericia en las cosas del mar érale bien conocida. Diferentes fueron los pareceres de los oficiales de á bordo, inclinándose unos á la primera hipótesis, y otros á la segunda. Zeno levantándose, dijo:—Señores, si aquella multitud de navíos diese caza á los vapores, haría disparos con la artilleria, siendo tan corta la distancia que hay entre unos y otros. Es, pues, llano que vienen todos bajo la misma bandera. Pero no sabemos si son amigos ó enemigos; porque la escasa luz del día que está espirando, no nos permite distinguir la bandera. Quién nos asegura que el gran pirata no se apoderó por la fuerza ó la traición de la escuadrilla china? Es lo cierto que todas esas embarcaciones no pueden pertenecer á los imperiales, que solo tenían seis navíos de vela; á no ser que éstos con alguna victoria hayan apresado las naves enemigas. Pero en este caso ¿cómo dejarían á su libertad la presa, sin que los vapores

la custodiasen navegando á los flancos, ó por retaguardia? En tanta incertidumbre todas las precauciones serán pocas.—Aprobaron todos el razonamiento de Zeno; pero habiéndose aproximado entretanto los dos vapores, algunos marineros colocados sobre la gavia pudieron distinguir el color de los gallardetes, de la oriflama y después de la bandera izada en la popa, y gritaron alegres:—Bandera imperial! y su grito fué saludado con un estrepitoso ¡hurra! Zeno, sin embargo, desconfiaba, y no le faltaba razón; pues no bien los dos vapores con bandera imperial llegaron á tiro, rompieron un fuego mortífero contra las dos cañoneras inglesas, mientras las naves que los seguían de cerca, formando doble ala, avanzaban á toda vela con el fin de encerrar á las desventuradas cañoneras dentro de un círculo de hierro y de fuego.

—Traición, traición!—gritaron á una voz los europeos, creyendo que los imperiales se habían unido á los piratas; y llenos de furor corren á las baterías, disparan la artillería de grueso calibre contra los dos vapores, y las balas atraviésanlos de banda á banda. Pero el comandante temiendo verse envuelto por las superiores fuerzas del enemigo, sobre todo en aquel lugar abierto y de noche, y no queriendo privarse del auxilio de la cañonera que había quedado vigilando el estrecho, ordenó la retirada. Y las dos cañoneras á toda fuerza de vapor y con las velas desplegadas al viento dieron la vuelta, seguidas á bastante distancia por el enemigo. Tres horas antes de amanecer llegaron adonde las aguardaba la otra cañonera; y aproximándose cuanto pudieron á la playa, para no ser cercadas por las naves enemigas, preparáronse para sostener el ataque que aguardaban al despuntar del día.

Entretanto el comandante queriendo salir de la incertidumbre sobre la cualidad de los enemigos, y saber si tenía que combatir solamente á los piratas, apoderados tal vez de los dos vapores, ó también á los imperiales unidos á aquellos, recurrió por consejo de Zeno á la siguiente estratagema.

Teniendo consigo dos criados chinos, que había ya tiempo le servían á maravilla, prometióles á cada uno, veinte esterlinas y promoverlos á superior empleo, si conseguían entrar en uno de los vapores enemigos y averiguar qué clase de gente iba en ellos; si piratas de la enseña negra, ó imperiales. La empresa como se ve, era dificilísima y harto arriesgada; más Zeno, el hombre de los expedientes, había ya sugerido al comandante el modo de conducirla á feliz resultado. Bajando, pues, los dos exploradores á tierra embarcáronse en una canoa china; y remando sin cesar cerca de la playa, protegidos por las sombras de la noche, consiguieron ponerse á la espalda de los dos vapores. Entonces volvieron la proa hacia el más próximo, y enarbolaron un lienzo para ser vistos por los marineros y soldados de guardia. Cuando hubieron llegado á un lugar desde el que podían ser oidos, gritaron en el dialecto de la isla, que ellos, aunque cantoneses, conocían muy bien:

—Amigos, amigos, necesitamos hablar con el capitán á quien queremos comunicar cosas que mucho le importan.

—Quién sois? quién os envía? de dónde venís—

A todas estas preguntas respondieron con maravillosa prontitud, ensartando no sé cuantos embustes, de los que tienen siempre los chinos una buena provisión para todas las necesidades.

—Esperad, les respondió un guardia, que corrió

á dar aviso al capitán. Este permitió que los dos isleños, tales los juzgaba él, subieran á bordo. Los dos exploradores apenas pusieron el pié en el vapor, conocieron que se hallaban en medio de los piratas y no de los imperiales. Fueron llevados ante el capitán, hombre de rostro moreno y horrible, ojos inyectados de sangre, y mirada centelleante. A la primera vista sintieron un estremecimiento, y sus piernas vacilaron; pero disimulando el terror que de ellos se había apoderado, pusiéronse en guardia y aguzaron el ingenio á fin de que sus respuestas no los vendiesen. Preguntados, pues, respondieron con aparente ingenuidad:—Que ellos eran isleños del próximo villorrio, y venían con el fin de ayudarle en la empresa de combatir y dar caza á los aborrecidos europeos, revelándole lo que le sería útil saber antes de presentarles batalla. Y empezaron á contarle acerca de las fuerzas inglesas varias cosas, verdaderas unas, y otras falsas; pero con tan sutil astucia, que lo poco verdadero podía manifestarse sin daño de los europeos, y servía para dar color de verdad á lo mucho falso que mezclaron. Con esta finísima malicia engañaron á maravilla al capitán, quien creyendo tener delante de sí un par de bravos amigos, les dijo:

—Fué un buen pensamiento el vuestro de venir á traerme estas noticias. Volved á vuestro pueblo y levantad los ánimos de los habitantes, diciéndoles que no teman á los diablos europeos. Nosotros, pocas horas ha, los hemos puesto en fuga; cuando amanezca, caeremos sobre ellos con todas nuestras fuerzas. Guay de ellos si hacen frente á los invencibles de la *enseña negra!* Les cabrá la suerte de los imperiales, antes de ayer deshechos por nosotros con estrago tanto, que el mar en una grande extensión quedó cu-

bierto de cadáveres.—Al decir esto dibujóse en sus labios una sonrisa de feroz complacencia. Después continuó:—Si esto hicimos con los soldados del emperador, qué no haremos con estos diablos europeos? Os juro por el gran dragón y por todos los espíritus infernales que no dejaremos vivo ni á uno.—Y al decir esto, acarició la empuñadura de su espada, braveando cual otro D. Quijote de la mancha. Los dos bellacos, que no tenían limpia la conciencia, sintieron escalofríos; y parecíales un siglo cada minuto que tardaban en retirarse de allí, como por fin lo hicieron, despidiéndose de él con un mundo de cumplidos y reverencias. Salido que hubieron del camarote del capitán, entablaron conversación con algunos piratas con quienes se encontraron, ensalzando su valor y su victoria, con la mira de sonsacarles algo que les esclareciese más cómo habían desbaratado á los imperiales, y se habían apoderado de los dos vapores. No salió frustrado su intento, porque los piratas engañados con estas alabanzas, y sin concebir sospecha alguna, franqueáronse con ellos, contándoles cómo por sorpresa y atacándolos de noche habían tomado á los imperiales los dos vapores, habiéndose introducido en ellos algunos de sus compañeros, los cuales con este fin habíanse alistado en Cantón, unos como soldados voluntarios, otros como marineros. Lo demás fácil era adivinarlo. Capturados los vapores, con ellos habían echado á pique ó apresado las naves de vela, reduciendo así á la nada la flotilla imperial. Supieron también que el capitán á quien habían sido presentados, no era el almirante de los invencibles de la enseña negra, el cual se hallaba en el otro vapor, sino su lugarteniente. Con esto parecióles tener bastantes noticias; por lo cual

bajaron á la canoa, y á fuerza de remo llegaron, sin ser vistos, á la capitana de la escuadrilla inglesa.

Subidos á bordo de ésta, refirieron al comandante cuanto habían visto y oido. Su relación ponía en claro la causa del ataque, la cualidad de los enemigos y el aumento de sus fuerzas; y hacía ver que faltando el apoyo de los imperiales, derrotados ya, los europeos, solo podían fiar en sus propias fuerzas y en el auxilio del cielo. No dejaron de implorarlo nuestros viajeros, mientras los demás ocupábanse afanosos en los preparativos de defensa. Elisa viendo que peligraban no solo todos sus planes y esperanzas, sino la misma vida de sus hijos y la suya, dirigía á Dios ardientes oraciones acompañadas de abundantes lágrimas, diciéndole, como Santa Clara cuando vió su monasterio amenazado por las hordas de los sarracenos: *Ne tradas, Domine, bestiis animas confitentes tibi, et custodi quas precioso sanguine redemisti.*

Entretanto iban desapareciendo las estrellas, y el alba, precursora del gran día que había de poner término á tan extrañas vicisitudes, blanqueaba todo el oriente. Oíase ya á lo lejos el resonante ruido del *tam-tam*, con que los chinos saludan al naciente día, y podíase distinguir con los gemelos á los pilotos, que de pié en la proa sacrificaban á los genios del mar y de la guerra, quemando y arrojando á las aguas hojas de papel bendecidas por los bonzos, á fin de hacer propicios á los espíritus que dirigen las olas y las batallas y abrir las puertas del empíreo al que muriera combatiendo en aquella jornada. Después de esta ridícula ceremonia, á una señal convenida, toda la escuadra de la enseña negra desancoró, desplegó las velas, y bordeando, pues el viento era contrario, acercóse más á las cañoneras, en

frente de las cuales se ordenó, colocando á los flancos los dos vapores conquistados á los imperiales. Las cañoneras entretanto conservaban vivo el fuego de las máquinas; las baterías estaban dispuestas, y toda la gente de armas colocada en su puesto aguardaba las órdenes del comandante. Este, sin embargo, viendo que los enemigos eran muy superiores en número, y que entre galeazas, fustas y bergantines, sin contar los dos vapores, tenía más de treinta naves de guerra, temiendo ser envuelto, en vez de avanzar y acometer animosamente, dió orden de volver atrás y aproximarse lo más posible á la playa. Inmoderada fué la alegría de los piratas, que atribuyeron esta retirada, como la de la noche precedente, á cobardía y temor; por lo cual con más denuedo que prudencia se acercaron tanto á las cañoneras, que podían éstas hacer fuego sin perder un tiro. Sin embargo, á los enemigos quedaba siempre la ventaja del número; y si era inferior su pericia en el arte de la guerra, no lo era el valor, siendo ellos gente perdida, que desprecia la muerte, acostumbrada á toda suerte de fatigas y peligros, envalentonada por sus felices empresas, y puesta en la alternativa de vencer ó morir; pues sabe perfectamente que el día en que caiga en manos de la justicia, perderá infaliblemente la vida bajo la cimitarra del verdugo, ó en la horca.

CXIII.

LA BATALLA

Los primeros en romper el fuego fueron los piratas, más sus tiros mál dirigidos poco daño causaron á los europeos; por el contrario los cañones de éstos vomitando á un tiempo nutridísimo fuego, hendieron dos galeazas enemigas, que comenzaron á hacer agua y sumergirse, desarbolaron tres fustas, y con disparos de balas y metralla enrarecieron también en las otras naves las filas de defensores. Lo cual viendo el almirante de la escuadra de la enseña negra, simuló hàbilmente una retirada con el fin de separar las cañoneras y apartarlas de la playa. El comandante inglés comprendió la estratagema; y mientras por orden suya avanzaban las dos cañoneras que le defendían los flancos, él quedóse detrás con la suya para protegerlas, é impedir que fuesen cercadas por el enemigo. Pero el excesivo ardimiento de sus capitanes frustró su plan, é hizo vanas sus precauciones. Las dos cañoneras, redoblado el fuego de las máquinas y desplegadas todas las velas al viento que les daba por la popa, dieron pronto alcance á la escuadra enemiga, y empezaron á cañonerla. Las naves de los piratas, á una señal dada, viraron, y tomaron la ofensiva respondiendo con un nutridísimo

fuego. Una verdadera granizada de balas salía de una y otra parte; pero más daño sufrían los enemigos, que los nuestros.

Después de este primer ataque los europeos con denuedo sin igual avanzaron tanto, que llegaron á estar á tiro de fusil. Pero caro hubieron de pagar su ardimiento; pues viéronse pronto en medio de un círculo de fuego, que cada vez estrechaban más las naves enemigas, intentando venir al abordaje. Los nuestros, conocido el peligro, redoblaron sus esfuerzos para obligarlas á permanecer alejadas; y mientras la fusilería disparaba con admirable acierto sobre la masa de los piratas, la artillería con una tempestad de hierro y fuego hendía seis ó siete en menos de media hora. Era de ver entonces entre los resplandores y truenos de las baterías volar por los aires árboles de trinquete y de mesana; abrirse algunas naves é irse á pique, recibir otras tanta agua, que solo conservaban un palmo sobre las olas: y en medio de tanto estrago caer muertos ó heridos unos sobre otros ó en el mar, cuyas aguas enrojecían con su sangre. Los que no estaban heridos de mucha gravedad, echábanse á nado buscando la salvación en las naves que aún estaban intactas; pero muchos heridos en la cabeza por las balas de los nuestros, perdían la vida en medio de las olas. La detonación de la artillería, el estruendo de los fusiles, el crujir de las naves que se abrían, la grita de la chusma y los soldados, los ayes de los heridos y moribundos, el tumulto, la confusión y el destrozo, todo allí presentaba una viva imagen del infierno. Pero á pesar del daño causado por las cañoneras en las naves y en los enemigos, no pensaron éstos en rendirse ni en darse á la fuga; antes bien, apretaron más el cerco causando no poco daño á

nuestras cañoneras con el fuego de sus baterías, aunque mal dirigido. Graves averías recibieron las dos cañoneras; pero lo más grave era que se iban enrareciendo las filas de los soldados y marineros, hallándose no pocos heridos, y habiendo muerto otros. Crecía, pues, por momentos el peligro de las cañoneras, las cuales necesitaban pronto socorro para salir del círculo de fuego dentro del que se encontraban; pero no les podía venir sino de la capitana, que, como hemos dicho, había quedado atrás. Cuando ésta se apresuraba á correr en su ayuda, los dos vapores de los piratas, que estaban entonces á la cola de la escuadra, y por esto habían padecido menos daño, se le pusieron delante para cortarle el camino. El comandante inglés intentó esquivar el encuentro á fin de poder llegar junto á las dos cañoneras antes de venir á batalla; pero después, ó porque no le fuera esto posible, ó porque le pareciese indecoroso no aceptar el desafío, se aprestó al combate, fiado en la pericia y en el valor de su gente. No esperó á ser atacado, sino que con grandísima violencia embistió al vapor más próximo, el cual con una hábil maniobra evitó la ruda acometida. El otro vapor enemigo vino por el lado opuesto metiendo así á la capitana entre dos fuegos cruzados; esto, si era fácil de prever, era dificilísimo de evitar. No se acobardó sin embargo, el comandante inglés; y sus soldados y marineros acostumbrados á mirar á los chinos como gente poco guerrera, tampoco se desalentaron lo más mínimo; antes corriendo con maravilloso denuedo á los cañones de babor y estribor, respondieron al fuego de los dos vapores, sin dejar empero de proseguir su rumbo para salir de aquella estrechura. Mas ¡oh dolor! una bala enemiga dando de lleno en

una rueda de la capitana, la deshizo; por lo cual ella, como pájaro á quien el cazador rompió un ala, no pudo proseguir, sino que tuvo que sostener el fuego cruzado de los dos vapores. Los piratas entonces vinieron al abordaje; pero varias veces fueron rechazados. Zeno y Astolfo, que no eran ociosos espectadores, enviaron á más de un pirata á beber las saladas aguas del golfo: Elisa, que no quería separarse del hijo, dejando los dos niños en el camarote al cuidado de una camarera de á bordo con orden de que no se moviesen de allí; subió al puente; y mientras los hombres combatían, ella oraba, y tenía los ojos fijos en su hijo, mirando más por él, que por sí misma. Las balas que pasaban por encima de su cabeza, no la asustaban; pero estremecíase cuando alguna pasaba cerca de su hijo. En lo más recio del combate cayó cerca de ella un soldado gravemente herido; entonces ella siguiendo los impulsos de su caridad cristiana, apartóse algún tanto de su hijo para socorrer al caido. Apenas le había prestado los primeros cuidados y vendado la herida, cayó un segundo, y después un tercero; por lo cual ella levantando los ojos al cielo, gritó:

—Virgen Santísima, habed cuidado de mi hijo, y yo cuidaré de estos infelices. Y así diciendo, se dió á hacer con ellos el piadoso oficio de la hermana de la caridad en los campos de batalla. Entretanto el enemigo, aunque diezmado, era muy superior en número; por lo que los defensores de la capitana refugiáronse en el castillo de popa, donde hicieron frente y se defendieron con desesperado valor.

Astolfo no estaba entre éstos, pues habiendo visto á su madre ocupada en prestar sus amorosos cuidados á un pobre herido, había corrido á su lado para

defenderla: los dos, por esto, fueron los primeros en ser rodeados por el enemigo. Y fué piadosa disposición de la Providencia divina, y fruto del amor materno y filial el que ambos salvasen la vida pues habiéndose puesto Astolfo delante de su madre para protegerla de los tiros de los enemigos, ésta cogiéndole de un brazo, le trajo hacia sí, y se puso delante de él sirviéndole de escudo. Esta competencia de amor parece que conmovió el corazón de los piratas, los cuales en vez de darles muerte, contentáronse con hacerlos prisioneros. Entretanto en el castillo de popa combatíase con el valor de la desesperación; pero la resistencia duró poco, pues los mismos piratas temiendo que de un momento á otro cayesen encima de ellos las dos cañoneras que combatían con las galeazas y las fustas, ofrecieron á los europeos la paz, prometiéndoles conservar la vida. Estos en tal trance aceptáronla, y deponiendo las armas se rindieron; pero los piratas, infieles, como siempre, á su palabra, los aherrojaron á todos, sin exceptuar al capitán, con el fin de hacerlos esclavos, ó darles bárbara muerte.

CXIV.

LOS PRISIONEROS
Y LA CRISTIANA CONSTANCIA DE DOS MUJERES.

Cuando Blanca y Patricio, subidos al puente, vieron atados á su madre y á su hermano, lanzaron un grito desgarrador, y prorrumpieron en amarguísimo llanto. Causó esto tanta lástima á los compañeros de prisión, que lamentaban más la desventurada suerte de aquella buena y compasiva señora y la de sus inocentes hijos, que no la suya propia. Elisa lloraba en silencio, y procuraba con palabras alentar á los niños. Astolfo bramaba y lloraba á la vez, viendo reducidos á la esclavitud á su madre, á su hermana y á Patricio.

Y Zeno, y Perrier?....—En medio de aquella turbación habían desaparecido de repente; no se sabía si habían sido muertos, ó si habían caido, ó sido arrojados al mar. En vano Astolfo, Elisa y los niños buscábanlos con sus miradas: no se hallaban entre los prisioneros.

Los piratas en la embriaguez de su triunfo abandonábanse á locos transportes de alegría; poco después á una señal de un capitán calmóse el tumulto, cesó la algazara, y todos se pusieron en fila desde la popa á la proa. Entonces los prisioneros pasaron por entre dos filas de hombres armados al vapor del Al-

mirante de la enseña negra, que había dirigido el combate sin arriesgar su persona. Cuando Elisa y sus hijos llevados con los otros prisioneros á la presencia del Almirante, vieron el rostro del gran pirata, sintieron en todo su cuerpo un grande estremecimiento. Era él, era el más malvado de los hombres, era Maroto, que tenía ahora en su mano la vida de nuestros viajeros. Astolfo, al verle, dijo á su madre en voz baja:—Estamos perdidos!—Será lo que Dios quiera! replicó Elisa.—Y levantando sus ojos al cielo, murmuró aquellas palabras, que son el consuelo de todo cristiano digno de este nombre: *Fiat voluntas tua*. Maroto que había divisado entre la turba de los prisioneros á Elisa y á los hijos de ésta, experimentaba un vivísimo placer, y decía á los que formaban su corte:—Helos, por fin, en mi poder. Ahora ni todos los diablos del infierno serán capaces de arrancármelos de las manos;—y gloriábase de haber sabido coger en el lazo tan codiciada presa. Nuestros prisioneros al ver la alegría de aquel hombre merecedor de mil muertes, abrasábanse de vergüenza é indignación, y bajaban los ojos, no pudiendo sufrir su presencia. El, que se gozaba en su confusión, hizo que se aproximasen, para mejor saborear su bárbaro placer; y cuando se encontró cara á cara con Elisa, le dijo en lengua portuguesa, que él conocía bien por haber vivido mucho tiempo en la península de Malaca:- Me conocéis?—Elisa dirigióle una severa mirada, y no respondió—Sí, prosiguió él, vos me conocéis; y al recordar lo mucho que contra mi habéis maquinado, deberíais temer mi venganza; pero yo no hago la guerra á las mujeres. Vos y vuestra hija seréis mis esclavas..... y acompañó estas palabras de una sonrisa que revelaba bien su bestial intento.

Elisa púsose pálida; después la vergüenza coloreó su rostro; y rompiendo el silencio, respondióle con noble indignación y firme acento:

—Antes muerta que esclava.

—Ah! ah! añadió Maroto sonriendo. Os pesa la piel? Eh! olvidad vuestra romana fiereza, que de nada os aprovecha; estáis en mis manos.

—Yo, respondió Elisa con energía, estoy en las manos de Dios. El velará por mi y por mi honor. Entonces el malvado dirigióse á Blanca diciéndole:—Vuestra madre tiene el mal gusto de que yo le dé billete para el otro mundo; pero vos no seréis tan tonta; no es verdad?

—Yo, respondió Blanca con una firmeza que á todos causó estupor, quiero morir con mi madre antes que ser vuestra esclava.

Al oir esta respuesta que no esperaba ciertamente de una niña, turbóse Maroto; y lleno de ira, estuvo por ordenar la muerte de las dos; pero por fin mandó que se las tuviera en prisión; cuanto á los otros (sin exceptuar á Astolfo ni á Patricio) dispuso que á todos se les cortase la cabeza, pues quería con ellas levantar un trofeo en la misma isla de Hai-nan. El comandante y demás prisioneros, horrorizados, protestaron contra la traición; quejáronse de que se violasen las condiciones de la rendición, las leyes de la guerra, el derecho de gentes, la humanidad y la justicia. Palabras eran estas arrojadas al viento. Maroto no escuchaba otra voz que la de su salvaje furor y de su venganza; y sus satélites se aprestaban ya á la horrenda carnicería, cuando se oyó de lo alto de la gavia este grito:—A toda fuerza de vapor vienen sobre nosotros las dos cañoneras.

CXV.

EL MIEDO DE LOS ÚLTIMOS MOMENTOS Y EL SOCORRO.

Maroto que no temía ya el ataque de las dos cañoneras, que poco antes había visto cercadas por toda su escuadra y bombardeadas por su numerosa y gruesa artillería, palideció al oir aquel grito; y haciendo suspender la ejecución de la sentencia pronunciada contra los prisioneros, se apercibió para rechazar este nuevo é inesperado asalto.

Pero cómo llegaban tan pronto las dos cañoneras? Quién les había anunciado la pérdida de la capitana? Aquí es necesario volver algo atrás, y recordar la misteriosa desaparición de Zeno y de Perrier en el momento de la rendición, cuando los piratas no pensaban sino en el botín. Zeno aprovechando un momento favorable, se había echado á nado; y viendo una lancha de los piratas abandonada, pues los que la montaban habían subido á la capitana para tener parte en la presa, se metió en ella acompañado de Perrier y cuatro marineros, que remando con toda su fuerza, la llevaron en breve junto á las dos cañoneras. Algunos piratas vieron la lancha cuando estaba bastante lejana; pero como llevaba en la popa su bandera, juzgaron que era un correo des-

pachado por el Almirante para llevar á la escuadra el anuncio de la victoria. No echaron de ver que habían sido engañados por la astucia de los fugitivos, hasta que cayeron sobre ellos las dos cañoneras.

Maroto mandó encerrar á los prisioneros, atados como estaban, bajo cubierta con centinelas de vista; y dió á toda su gente orden de aprestarse para la batalla.—Valerosos soldados de la enseña negra, gritaba él yendo y viniendo de popa á proa, ha llegado el momento de coronar vuestras gloriosas empresas con una decisiva victoria que inmortalice vuestro nombre. Este despreciable resto de diablos rojos, diezmados ya por nuestras galeazas, que osa provocarnos, no viene, no, al rescate de sus compañeros; viene á su propia ruina. Es una nueva presa que por sí misma viene á meterse en las uñas de la enseña negra, deseosa, según veo, de encontrar la suerte de aquéllos á quienes hemos ya desplumado. Bien venidas sean, pues, las dos cañoneras que la fortuna nos envía para que dueños de ellas podamos con cinco barcos de vapor enseñorearnos del mar! Vengan en buenhora esos diablos rojos á experimentar, como sus compañeros y los imperiales por nosotros destrozados, el poder de nuestras armas! Sus!, compañeros, valòr; recordad las pasadas victorias, el rico votín y la gloria que conquistásteis, y no queráis perder ahora el fruto de tantos sudores y de sangre tanta. Combatid con denuedo, herid, matad, y no os curéis de hacer prisioneros, porque ya tenemos demasiados. Yo no quiero más que las cabezas de los enemigos para llevarlas en triunfo, el resto sirva de pasto á los tiburones.

No bien puso fin Maroto á su arenga, gritaron todos los piratas:—Viva el almirante de la enseña

negra! Mueran los diablos de Europa!—Este grito llenó de pavor á los tristes prisioneros, que de un momento á otro aguardaban la muerte; y pálidos como quien ve brillar la espada del verdugo, mirábanse unos à otros sin articular palabra. Muchos lloraban en silencio, pensando en sus familias, y los despiadados guardias reíanse de sus lágrimas, y bárbaramente se burlaban. Otros oraban silenciosamente, encomendando su alma á Dios. Y Elisa? Oh admirable virtud de la mujer cristiana, á quien su fe comunica un valor y una fortaleza superior á su sexo y á la misma condición de la humana naturaleza! Ella no solo prefería la muerte al deshonor, sino que animaba á blanca á permanecer firme en su propósito, trayéndole á la memoria el ejemplo de una Inés, de una Cecilia, de una Prisca, de una Martina y de tantas otras gloriosas vírgenes romanas, las cuales unieron al lirio de la castidad la rosa del martirio, y le decía:—Hija mía, más quiero verte degollada, que en poder de aquel móstruo de crueldad y lascivia, el cual te quiere viva para hacer de tí una víctima de sus infames pasiones. Y Blanca temblando más por el riesgo de su inocencia, que por el de la vida, reclinó su blonda cabeza sobre el seno de su madre, repitiendo entre lágrimas y sollozos:—Sí, sí, muerta mil veces antes que esclava.

Un ánimo tan varonil é invicto en edad tan tierna y en cuerpo tan delicado, maravillaba á los prisioneros, en los cuales la maravilla redoblaba la compasión que les inspiraba la suerte de aquella niña, bella, inocente y pura como un ángel. Elisa vuelta después á Astolfo, le dijo:—Hijo mío, has venido á la China con el fin de volver á abrazar á tu padre terreno; pues bién, à que vayas á sus brazos te invita

tu padre celestial. Ten valor: breve será el padecer, eterno el gozar. Acuérdate de los mártires de Tientsin: tu mismo envidiaste su muerte; pues ahora nos ofrece Dios á tí y á mí semejante corona, porque la muerte recibida de mano de estos enemigos de Dios y de la humanidad, y ofrecida al Señor, tendrá el mérito y la gloria del martirio.

—Yo no temo la muerte, respondió Astolfo; pero quisiera ser solo á morir. El pensamiento de tenerte á tí, á Blanca y á Patricio por compañeros en el suplicio me atormenta, me despedaza el corazón. Y así diciendo, rompió á llorar.

—Hijo mío, añadió Elisa, este es también mi cruel martirio, martirio que no tiene igual en la tierra; porque tú sabes que una madre vive más en sus hijos, que en sí misma: pero si Dios quiere de mí este sacrificio, hágase su santísima voluntad! Dirigiéndose después al pequeño Patricio, le dijo:—Querido huerfanito, tú perdiste aquí abajo tus padres; pero ellos viven en el cielo: desde arriba te llaman y allí te esperan juntamente con nosotros. Valor! dentro de pocos momentos los volverás á abrazar.

Patricio miróla con los ojos llenos de lágrimas, y en su seno escondió la cabeza, y se lo bañó con su llanto. Elisa besó varias veces en la frente á sus hijos, los bendijo, y levantando sus miradas al cielo, exclamó:—Oh Dios misericordioso, habed de nosotros piedad! Yo os encomiendo á mis hijos y mi alma. Dicho esto, prosiguió en silencio y en el secreto de su corazón diciendo al Señor:—Si nos pedís, oh Señor, el sacrificio de la vida, prontos estamos á ofrecéroslo. Ella es vuestra: Vos nos la dísteis; tomadla, si así os agrada. Una sola cosa os pido: fuerza, valor y constancia en la terrible prueba.

Así oraba Elisa; y Astolfo decía con el corazón á Dios:—Señor, si queréis una víctima, yo me ofrezco; pero perdonad, os lo ruego por vuestras sacratísimas llagas y por vuestra sangre santísima, perdonad á mi madre, á mi hermana y á mi hermanito, á quienes amo más que á mi mismo.

Blanca y Patricio oraban también ofreciéndose cada uno á Dios en víctima por los otros; y su férvida plegaria subía, subía, cual nube de aromático incienso, al trono del Omnipotente.

Aquel grupo lastimoso, aquellos postreros consejos de una madre que estaba para ser degollada juntamente con sus hijos, la vista de aquellos dulces y hermosos semblantes, velados por una tristeza resignada y tranquila, y más que nada el espectáculo de tan gran virtud y de tanto amor movieron á lástima á los compañeros de su desventura, los cuales se deshacían todos en llanto; y algunos aseguraron que hubieran dado mil veces la vida por salvar la de una familia tan virtuosa y apreciable.

En uno de aquellos momentos en que el dolor por su misma intensidad se hace mudo, porque, encerrado todo en el corazón, no encuentra por donde salir, comenzó á reinar en aquella prisión un sepulcral silencio, interrumpido solamente por un ¡ay! prolongado y lastimero que parecía salir del piso inferior, como del fondo de una tumba.

CXVI.

UN COMPAÑERO DE PRISIÓN DESCONOCIDO Y EL RESCATE.

Todos oyeron aquel lamento; pero como se hallaban en la morada del llanto y del dolor, no repararon en él. Elisa, sin embargo, á quien su propia desventura no hacía olvidar las ajenas, dijo á Astolfo: Has oido tu aquella voz?

—Sí; presumo que será algún marinero ó soldado de la enseña negra herido en el pasado combate.

—Pudiera ser también, añadió Elisa, algún prisionero.

—O tal vez, repuso Astolfo, algún soldado del emperador, hecho poco ha prisionero de guerra por Maroto.

—Y si fuese uno de los europeos capturados en la nave de Ning-po?

—Ah! es imposible que Maroto traiga en sus navíos de guerra prisioneros que le estorben. Dios sabe donde los habrá desembarcado.

—De todos modos conviene que nos aseguremos, replicó Elisa. Cómo podremos nosotros estar tranquilos, sabiendo que Pablo está entre aquellos prisioneros?

—Y á quién nos dirigiremos, añadió Astolfo, pa-

ra adquirir noticias, si ninguno de estos guardias entiende nuestro idioma, ni nosotros el suyo?

—No habrá un intérprete aquí entre nuestros compañeros de infortunio? Mientras Elisa, esto diciendo, dirigíase á los otros prisioneros para preguntarles, oyóse una horrible explosión. Era una bomba lanzada por las cañoneras, llegadas ya á tiro, la cual reventando sobre el puente, hirió gravemente á muchos piratas. El vapor respondió con una descarga de artillería; pero sus disparos no produjeron efecto alguno.

Entretanto los guardias que custodiaban á los prisioneros, recibieron orden de encerrarlos en el salón, dejando á la puerta dos centinelas, y de subir al puente á tomar parte también ellos en el combate, cuyo furor crecía por instantes. Una segunda bomba había causado gran destrozo en el castillo de proa quitando la vida á varios piratas; mientras dos balas entrando por las troneras, habían desmontado dos piezas de las de mayor calibre.

Maroto no sabía explicarse por qué las cañoneras dirigían los tiros á solo su vapor; era que ignoraba la fuga de Zeno y Perrier, quienes recibidos con los cuatro marineros de que hicimos mención, á bordo de aquellas, habían señalado á los capitanes la nave que montaba el almirante de la enseña negra. El gran pirata para tener un escudo que le protegiese de las balas enemigas, mandó que el segundo vapor y la capitana, apresada poco había virasen y fueran á colocarse delante. La orden fué al punto ejecutada, y los ladrones que tripulaban la capitana inglesa, teniendo á mano cañones iguales á los del enemigo, hubieran podido causar mucho daño á las cañoneras: pero fuera por impericia, fuera porque las bebi-

das hubieran trastornado algún tanto su cerebro, rarísima vez daban en el blanco. Entretanto las bombas de las cañoneras pasando por encima de la capitana y del vapor, caían, como antes, sobre el navío almirante, causando horrorosos estragos. Lo cual viendo Maroto, ordenó que la capitana y el vapor, doblando los fuegos á la máquina, cayesen sobre el enemigo para venir al abordaje, mientras él á la vez se movió con su navío almirante para acortar el espacio que le separaba de las cañoneras. Entonces comenzó por ambas partes un fuego infernal, primero de artillería, después también de fusilería, pero con esta diferencia; los europeos casi no perdían un tiro; los piratas erraban la mayor parte. Sin embargo, éstos, ciegos de rabia y ganosos de combatir con arma blanca, en cuyo manejo tienen más destreza que en el de las armas de fuego, aproximaron tanto las tres naves, que el segundo vapor repetidas veces herido por las balas de los nuestros, se incendió; y comunicándose el fuego al depósito de la pólvora, saltó por los aires hecho mil pedazos. La otra nave, que era la capitana tomada á los ingleses, cayó en poder de los europeos, quienes abordándola entraron en ella con la espada desnuda, é hicieron en los piratas espantosa matanza. La nave de Maroto, que venía en socorro, fué detenida por el vivísimo fuego de la segunda cañonera que se le puso delante; por manera que Maroto viendo perdidos los dos vapores, en que había él puesto su confianza, decayó de ánimo, y no pensó sino en salvarse huyendo. Pero era ya tarde; que las dos cañoneras volaron detrás de su navío, aunque sin disparar la artillería contra los flancos, por temor de echarla á pique con muerte de tantos prisioneros como en él iban. Por esto limitáronse

á hacer fuego de fusilería sobre los piratas, causándoles muchas bajas con sus certeros disparos.

—Yo haré bien pronto, dijo entonces Maroto, que esos diablos suspendan el fuego.—Y sin más, hizo subir al puente á los prisioneros y los colocó en fila delante de sus soldados para que les sirviesen de parapeto. La bárbara estratagema fué al instante advertida por Zeno, el cual con sus gemelos seguía todos los movimientos de la nave enemiga, y dió aviso al capitán, que al momento hizo suspender el fuego de su cañonera, y después también el de la otra. Maroto había obtenido su intento, y esperaba poder conducir salvo su navío á cualquier puerto próximo, y salvarse internándose con los suyos en el país que conocía palmo á palmo. Pero no le avino como él lo pensaba; porque las dos cañoneras no le dieron tiempo para llevar á cabo su designio, sino que á la hora le alcanzaron en alta mar é intimaron la rendición. El que no solía dar cuartel á los enemigos, no lo esperaba tampoco para sí ni para su gente, por cuya razón no quiso rendirse ni entrar en conciertos, pero tampoco se atrevió á degollar á los prisioneros, como algunos de los suyos le aconsejaban, para no irritar á los europeos, en cuyas manos temía ya caer. Por esto, haciendo encerrar de nuevo bajo cubierta á los prisioneros, respondió á la intimación de los europeos con una descarga general, que por la proximidad causó no poco daño á las dos cañoneras. Pero éstas sin aguardar una nueva descarga, se acercaron más, y viniendo al abordaje, cayeron los europeos sobre los piratas haciendo en éstos gran destrozo, pero perdiendo muchos marineros y soldados, que en aquel combate murieron ó salieron heridos.

Entretanto los prisioneros, invitados por Elisa á socorrer con la oración á sus hermanos, ya que no podían hacerlo con las armas, respondieron á su llamamiento; y no embargante la diversidad de creencias y de cultos que profesaban, uniéronse á ella en una misma plegaria. Era en verdad espectáculo conmovedor verlos, como subyugados por el ejemplo y las palabras de la dama romana, doblar también ellos la rodilla y repetir la oración de aquélla. – Dios Omnipotente, humillad á vuestros enemigos, y socorred á los que creen y esperan en vos. Jesús, Salvador del mundo, salvad á aquellos que con vuestra sangre redimísteis. Virgen Madre de Dios, auxilio de los cristianos, rogad por nosotros.

Mientras así oraban los prisioneros, sus despiadados verdugos, destrozados por los nuestros, cubrían con sus cadáveres la tolda y enrojecían con su impura sangre toda la cubierta del navío y el mar en derredor.

Los pocos que escaparon de la matanza, arrojáronse al mar, con la mira de salvarse abordando á una playa, distante como unas quince millas. Entre los fugitivos distinguió Zeno á Maroto, y corrió á decírselo al capitán, quien inmediatamente envió en su persecución una lancha que le alcanzó y trajo á la nave, mientras otras lanchas daban caza á los demás fugitivos y los hacían prisioneros.

CXVII.

LA LIBERACIÓN DE LOS PRISIONEROS EUROPEOS Y UNA PRECIOSA CONQUISTA.

Terminada con tan brillante victoria la batalla, Zeno y Perrier bajaron al lugar donde estaban encerrados sus compañeros, y hallando cerrada la puerta del salón, convertido en cárcel, derribáronla con golpes de hacha. Un grito de alegría acogió á los libertadores. Las primeras miradas de Zeno cayeron sobre Elisa, que arrodillada oraba todavía, y sobre sus hijos; y viéndolos en aquella actitud, y con las manos atadas á guisa de malhechores ó de esclavos, no pudo contener las lágrimas, y llorando corrió á romper sus ataduras, mientras Perrier y algunos marineros hacían lo mismo con los otros cautivos. Todos lloraban de ternura y de alegría, y abrazaban á sus libertadores, ensalzando su valor.

En esto vióse bajar rodando á un pirata, gravemente herido, que vino á caer casi á los pies de Elisa; y esta siempre piadosa, caritativa con todos, levantóle la cabeza, que por muchas heridas derramaba sangre, se la vendó, y prestó al desgraciado todos aquellos cuidados que á la sazón eran posibles, practicando el precepto de Jesucristo: «Haced bien á quien os hace mal.»

El pirata que no esperaba tal tratamiento, se quedó maravillado, y mirándola con cierto estupor, le dijo en su lenguaje:—¿Sois vos criatura mortal, ó algún espíritu benéfico bajado del cielo?—Uno de los prisioneros, que entendía el idioma del herido, tradujo á Elisa estas palabras: y ella vuelta al intérprete, respondió:

—Decidle que nuestra religión nos manda perdonar y amar á los enemigos, y hacerles bien. Al oir un precepto tan sublime, y para él tan nuevo, exclamó el herido suspirando:

—Ah! jamás hubiera yo creido que vuestra religión fuese tan buena! Y repetía lleno de admiración aquellas palabras: perdonar á los enemigos, hacerles bien....

Elisa animada por estas buenas disposiciones, que revelaban la saludable impresión hecha en el ánimo de aquel infeliz por el divino precepto de Jesucristo, mientras le curaba las heridas, íbale explicando por medio del intérprete el misterio de un Dios muerto en una cruz por nuestra salvación, el cual está siempre pronto á recibir entre los brazos de su infinita misericordia al pecador que cree y espera en él, y arrepentido implora su perdón.

Oh misterios de la gracia de Dios! El pirata, como el buen ladrón en la cruz, fué tocado en el corazón, y vuelto á aquel Dios que á todos perdona, manifestó deseos de ser cristiano. Elisa y Astolfo, que por medio del intérprete le sugerían santos pensamientos y afectos, hubieran querido antes de bautizarle, instruirle convenientemente, pero el mal se agravaba, decaían sus fuerzas, su voz se apagaba, sus labios estaban cárdenos, los ojos inmóviles, y una mortal palidez cubría su rostro.

—Pronto, dijo á Astolfo Elisa, corre á buscar agua. Corrió Astolfo, y volvió al punto con un vaso de agua, que derramó èl sobre la cabeza del moribundo, pronunciando las palabras sacramentales. El herido exhaló un suspiro y entregó su alma á Dios.

—Dichoso él, exclamó Elisa, que ha tenido la envidiable suerte de morir cristiano! Qué insigne triunfo de la gracia de Dios! Qué preciosa conquista no fué ésta!

Súpose después que él había sido el único pirata que había defendido ante Maroto á los prisioneros, aconsejándole que no les diera muerte ni los maltratase. Este acto de humanidad había movido en favor suyo el corazón de Dios, que por esto le concedió, como al buen ladrón, el don inapreciable de la fe.

CXVIII.

LA HERENCIA Y EL ENCUENTRO.

Si Elisa y sus hijos, olvidados de todo, solo atendían á conquistar un alma para Dios, la Providencia pensaba en ellos, y decretaba que aquel día fuera el último de sus durísimas pruebas, y no se ocultase el sol bajo el horizonte sin que vieran realizados sus deseos y esperanzas.

En efecto, Zeno y Perrier, registrando entretanto el camarote del almirante de la enseña negra, hecho ya prisionero, encontraron con gran contentamiento la maleta hurtada á la viuda O'cahill, madre de Patricio, que Perrier reconoció al punto. Llevároнla con aire de triunfo á Elisa, la cual haciéndola abrir en presencia de los comandantes y oficiales de las cañoneras, halló dentro entre cartas de crédito, de cambio y dinero un valor de cincuenta mil esterlinas. Con la recuperación de esta herencia estaba asegurado el porvenir de Patricio; lo cual causó á Elisa no pequeña alegría. Pero otra incomparablemente mayor le reservaba para dentro de poco el cielo.

En medio de la confusión y tumulto de afectos que describimos poco ha, habíasele olvidado aquel ¡ay! prolongado y lastimero que había interrumpido el silencio de su prisión. Ahora volvíale á la memo-

ria, y se lo recordó á Zeno y á Perrier, quienes le respondieron, como Astolfo, que no podía ser el que así se lamentaba, otro que uno de los imperiales capturados por Maroto, ó uno de los piratas heridos en el pasado combate; que los prisioneros de la nave de Ning-po, entre los cuales se hallaba Pablo, debían buscarse en tierra y no en el mar, y que no se tardaría en saber donde habían sido desembarcados. No se aquietó Elisa con esta respuesta; por lo que presentáronse al comandante exponiéndole sus dudas, y suplicándole que interrogase acerca de esto á Maroto y á los otros piratas hechos prisioneros. Al momento ordenó que le fuesen presentados y por medio de un intérprete se puso á preguntarles acerca del lugar en que habían encerrado á los europeos hechos esclavos en la nave de Ning-po; pero no pudo arrancarles respuesta alguna. Separó á Maroto de los otros prisioneros á fin de que la presencia del jefe no les impidiera confesar la verdad: inútil precaución; no desplegaron los labios. Usó de promesas y amenazas: todo en vano, pues ellos estaban ligados con juramento de inviolable secreto, al que ninguno osaba faltar, porque sabía que le iba en ello la vida. Cansado el comandante de la inutilidad de sus esfuerzos, recurrió á aquel último expediente del que los europeos sólo hacen uso en casos extremos: hizo varear ásperamente á Maroto y á sus piratas, esperando arrancarles así lo que deseaba saber. Este deseo era muy razonable; porque sin la confesión de los reos no hubiera podido dar libertad á los cautivos de la nave de Ning-po, lo cual era el principal objeto de aquella empresa. Pero tampoco este último expediente produjo efecto; por cuyo motivo el comandante altamente indignado, no vien-

do por entonces medio de llevar á feliz término este negoció, dió orden de partir, y dirigió la proa hacia Hong-Kong. A par de muerte lo sintieron nuestros viajeros; y Elisa vuelta á Zeno, le dijo:—Ya que por ahora no nos es dado libertar á los prisioneros de la nave de Ning-po, entre quienes por desgracia encuéntrase mi marido, busquemos al menos al desventurado á quien oimos prorrumpir en tan dolorosos lamentos. El está ciertamente en la nave, y no lejos del salón donde nos tuvieron encerrados. Zeno y los demás empezaron á registrarlo todo sin encontrar cosa que indicase una prisión, ni rastro alguno de prisionero ni herido.

—Quién sabe, dijo Elisa á Zeno, si aquel infeliz fué trasladado á otra parte? Conviene, pues, extender nuestras exploraciones á todo el navío. Y así diciendo dirigióse al castillo de proa, seguida de Blanca, de Astolfo y Zeno registrándolo todo, é invitando á los oficiales, soldados y marinos á hacer lo mismo. El pequeño Patricio, que había quedado detrás con Perrier en la crujía, debajo del salón de popa, tuvo la feliz idea de levantar un tapiz que pendía de una pared y tenía pintadas figuras simbólicas y caracteres chinos.—Qué? díjole Zeno sonriendo, quieres tú dar caza á alguna araña?

—Ah, exclamó el niño, una rendija! Y aplicando un ojo, vió á uno tendido en el suelo.

—Ven, Perrier, ven á ver gritó el niño. Y Perrier corrió allá, miró y exclamó:—He allí el prisionero;—y derribando la puerta de la prisión, que estaba cerrada con llave, encontróse delante de un desconocido que yacía sumergido en un profundo letargo. Era de noble aspecto y facciones elegantes; pero estaba pálido, macilento y extenuado por los duros padeci-

mientos. Merced á la corriente de aire que penetró en su prisión, volvió en sí, respiró, abrió los ojos y fijólos en Patricio y Perrier, no creyendo lo que veía, y dudando si soñaba.—Quiénes sois? preguntó por fin con voz débil.—Somos europeos, respondió Perrier, y venimos á libertaros.

—Dios os bendiga, dijo él, Hoy mismo tenían resuelto decapitarme los piratas, quienes en castigo de haber yo intentado la fuga, me separaron de mis compañeros de prisión, y encerraron en este lugar. Mas gracias al cielo, vosotros me libráis de la esclavitud y de la muerte.—Y así diciendo, estrechó afectuosamente la mano á Perrier y acarició á Patricio. Perrier dirigiéndose á éste, le dijo:—Corre á anunciar á los otros que hemos encontrado al prisionero. Patricio subió apresuradamente al puente gritando:—Venid, venid á ver al prisionero.—Dejo á la consideración del lector la alegría de todos por esta fausta nueva, tanto más agradable, cuanto menos esperada. Astolfo, corrió delante de todos, y cerca de él Blanca; pero ni él ni ella le conocieron, y sin embargo, experimentaron aquella compasión que á todo corazón noble inspira la vista de un desgraciado. El prisionero fijaba atentamente sus miradas en el rostro de Astolfo, como si buscara en él semejanzas conocidas, y le preguntó:—Y vos caro jovencito, quién sois?—Pero antes que Astolfo respondiese, llegaron Zeno y Elisa.—Cielo! qué veo? exclamó Zenò asomándose el primero á la puerta de la prisión. Elisa dirigió una mirada, y reconociendo á su marido, dió un grito.—Ah Pablo, Pablo! así te vuelvo á ver? En ese estado vuelves á mí?—Y no dijo más; que la violencia de los afectos le impedía la respiración; anublósele la vista; púsose pálida; es-

tremecióse; estuvo en poco que no viniese al suelo sin sentido.

—Gran Dios! exclamó estupefacto el prisionero: Elisa? mis hijos? mi amigo? Oh mujer incomparable, cómo he podido yo dejarte? Oh mis queridos hijos, cómo he podido abandonaros? Ah fidelísimo amigo, ojalá hubiera yo seguido tus consejos! Y rompió á llorar, exclamando entre sollozos:—Perdón, oh Dios mío! perdón, amada esposa! perdonadme, hijos queridos! perdóname tu también, amigo fiel! Elisa le abrazó, diciendo;—Dios te perdone como te perdono yo.—Y sobre la pálida frente de su marido estampó un afectuoso beso, que fué como el sello de la paz y del perdón.

Astolfo y Blanca, que al principio habíanse quedado como atónitos, no bien reconocieron en el prisionero á su propio padre, corrieron á sus brazos, le abrazaron, colmáronle de besos, pero sin poder articular palabra. De los presentes á esta escena no hubo uno que no derramase alguna lágrima.

Patricio quiso también él abrazar al que desdeaquel momento iba á ser su padre, como Elisa era su madre; y Pablo estrechóle afectuosamente contra su pecho.

Perrier y Zeno llorando de ternura, estrecharon la mano del amigo, felicitándose de verle por fin reunido á su familia; y él dando á todos las gracias, dijo:—Ruego á Dios se digne concederme tanto tiempo de vida, que pueda yo borrar mis culpas pasadas, y mostrarle á El y á vosotros todos mi profundo reconocimiento.

Zeno entonces vuelto á Elisa, le dijo:—El cielo ha escuchado vuestros votos; todos vuestros deseos están satisfechos: así premia Dios la fidelidad conyugal!

—Gracias, gracias al Señor! respondió con sentimiento de viva gratitud Elisa, limpiando las lágrimas que corrían de sus ojos. Bendito sea aquel Dios que no abandona jamás al que pone en El su confianza!

CONCLUSIÓN

Un mes después de este felicísimo encuentro fueron sacados del cautiverio los otros europeos, hechos esclavos en la nave de Ning-po, mientras Maroto y los suyos sufrían en Hong-Kon la pena debida á sus crímenes.

Pablo, después de haber pagado á sus acreedores, merced á la parte que le tocó de los despojos de Maroto, y de haber ido con su familia á Macao á dar las gracias á doña María y al señor Silva por tantos beneficios, emprendió en unión de Elisa y de sus hijos el camino de la patria, para no separarse jamás de una familia que, contra lo que él merecía, le había dado tan elocuentes pruebas de fidelidad y amor.

Diez años después celebrábase en una iglesia de Roma el matrimonio de Blanca con Patricio. Arrodillado junto á los esposos estaba un caballero de unos cincuenta años, encanecido antes de tiempo, y que conservaba en el rostro las huellas de antíguos sufrimientos; y á su lado una venerable matrona cuyo noble y majestuoso semblante estaba radiante de alegría pura y celestial. Eran Pablo y Elisa, á quienes acompañaban numerosos parientes y amigos, y entre éstos los compañeros de sus aventuras, Zeno y Perrier: el primero de éstos, á despecho de su avanzada edad, había venido desde Venecia para asistir á la boda, y el segundo desde Génova, donde, gracias á la generosa protección que le había dispen-

sado la gratitud de Patricio y de Elisa, capitaneaba una nave mercante.

Y Astolfo? Qué había sido de aquel simpático joven, todo espíritu y todo vida? Enamorado, según oimos, de la vida apostólica y disgustado del mundo, al regresar á la patria había consagrado á Dios la flor de su juventud y su inocencia; y ahora unía él mismo, pues era ya sacerdote, en matrimonio á su amada hermana con Patricio, y bendecía una unión que, fundada en el santo temor de Dios, prometía ser, cual ninguna otra, feliz. Después de ésto, siguiendo los impulsos de su apostólico celo, partía de nuevo para la China, no como simple viajero, sino como misionero, ganoso de dilatar allí el reino de Jesucristo.

FIN.

ÍNDICE

Páginas.

I.—El Mar de las perlas.. 3
II.—Las perlas y las conchas.. 8
III.—El paraiso de oriente. 12
IV.—El nepente destilatorio. El árbol de la manteca. La planta serpenticida.. 16
V.—El árbol de la sangre y la serpiente al pié de la planta del Paraiso. 20
VI.—Las aves de brillante plumaje 27
VII.—El cocodrilo del Asia y su lucha con el hombre. 31
VIII.—El elefante de Ceilán. 40
IX.—El Rey de la flora ceilánica, ó la canela. 45
X.—Una exposición universal de tipos y costumbres. 49
XI.—Entre el tigre y el elefante. 55
XII.—Una visita al bazar y una excursión por la Ciudad. . . 58
XIV.—El Océano intertropical, la luz y el color del mar. . . 67
XV.—Los temores de una madre. 70
XVI.—La tempestad. 73
XVII.—El hijo de la náufraga. 77
XVIII.—Un funeral á bordo. 82
XIX.—La adopción. 84
XX.—Fauna marina.—Las salpas fosforecentes y los pólipos. . 88
XXI.—La salida del Sol contemplada desde el Océano.—El pez volante y una flotilla de medusas. 99
XXII.—Sumatra. 106
XXIII.—Breves noticias acerca de los malasios. 113
XXIV.—Un encuentro inesperado. 119
XXV.—Extraña ceremonia y bárbaras costumbres. 124
XXVI.—La ciudad de Acín, y una visita al Sultán. 129
XXVII.—El alcanfor, el estoraque y la flor gigante. 136

Páginas.

XXVIII.—Las mangíferas y el árbol de pan. 139
XXIX.—El rey del aire y el rey de los bosques. 143
XXX.—Un encuentro con los Siamagns y los orangutanes. . . 150
XXXI.—El Rinoceronte de Sumatra y el cazador cazado. . . 155
XXXII.—Una lucha con la serpiente pitón, y acto heróico de un niño.. 158
XXXIII.—El calao, la graza y los nidos que se comen. . . . 163
XXXIV.—Los batas antropófagos. 167
XXXV.—Querer es poder. 174
XXXVI.—Fuga feliz. 179
XXXVII.—La partida y una narración lastimosa. 181
XXXVIII.—Una discusión á bordo.. 187
XXXIX.—El himno de la tarde. 194
XL.—La isla del príncipe de Gales vista á vuelo de pájaro. . . 197
XLI.—Los pelícanos.. 199
XLII.—La pagoda campestre. 201
XLIII.—Un contratiempo. 205
XLIV.—Una nueva revelación. 210
XLV.—La isla de Singapur y la península de Malaca. 215
XLVI.—Vanas esperanzas. 218
XLVII.—Un engaño y un atentado. 221
XLVIII.—Una gira y la tortuga gigante. 227
XLIX.—La flora de Malaca. 231
L.—La fauna de Malaca y una nueva clase de ladrones. 235
LI.—Una navegación por entre las huertas y jardines. 244
LII.—Un corazón intrépido y un disparo afortunado.. 247
LIII.—Un encuentro con los elefantes. 255
Una noche en los bosques entre tigres y ladrones. 259
LIV.—Un nuevo asalto. 270
LV.—Relaciones de un prisionero 273
LVI. 278
LVII.—La partida y los recuerdos, ... 281
LVIII.—El mar de la China, los gigantes y los enanos del mundo marino.. 285
LIX.—La China. 294
LX.—Arribo á Hong-kong y un amargo desengaño. 305
LXI.—La fidelidad mal correspondida. 310
LXII.—Costumbres chinas. 316
LXIII.—Las naves chinas: Gigantescas obras hidraulicas. . . . 327

Páginas.

LXIV.—El telégrafo submarino y el estupor de los chinos. . . . 332
LXV.—Invenciones chinas. 336
LXVI.—Una aventura que parece una fábula, y no lo es. . . . 341
LXVII. 345
LXVIII.—Cantón y el comercio chino. 351
LXIX.—Puede más el corazón que la sangre. 356
LXX.—Artes chinas.. 361
LXXI.—Más sobre las artes chinas. 367
LXXII.—El primero de los agricultores es el Emperador. . . . 374
LXXIII.—Un mensajero inesperado. 382
LXXIV.—Monumentos sagrados y profanos. 388
LXXV.—La religión de la China. 394
LXXVI.—La visita de un mandarín. 406
LXXVII.—La filisofía de Lao y de Confucio y sus consecuencias. . 410
LXXVI.—La monarquía china y el hijo del Cielo. 424
LXXVIII.—Organismo del imperio celeste. 439
LXXIX.—La audiencia dada por el Virrey. 448
LXXX.—Las leyes penales y el tribunal del crimen. 455
LXXXI.—Otro misterio de iniquidad revelado. 465
LXXXII.—Un congreso de amigos.. 471
LXXXIII.—El palacio de los exámenes y la aristocracia de las letras 475
LXXXIV.=La campiña de Cantón y el cultivo chino.. . . . 485
LXXXV.=Un arbusto que vale más que cualquiera mina, ó el te. 490
LXXXVI.—Un alegre recibimiento y las damas chinas. . . . 494
LXXXVII.=La quinta del Mandaría. 497
LXXXVIII.=La flora china. 502
LXXXIX.—La fauna china. 508
LXXXIX.=Las riquezas minerales de la China. 514
XC.=La partida. 520
XCI.=De Cantón á Macao. 524
XCII.=Tradiciones cristianas. 533
XCIII.=La unión de los corazones. 542
XCIV.=La suerte de los niños chinos. 546
XCV.=La gruta del homero portugués. 558
XCVI.=Fiesta nocturna, fuegos, música, comedia y danza china. 563
XCVII.=El matrimonio chino y la esclavitud de la mujer. . . 577
XCVIII.=La fiesta nupcial, el desengaño y el repudio. 586
XCIX.=Los funerales chinos. 595
C.=El Tifón. 607

Páginas.

CI.=La peregrinación á Sanchón. 613
CII.=Lengua china. 628
CIII.=Literatura, elocuencia, historia y poesía. 633
CIV.=La alegría de un momento y las penas de una madre. . . 645
CV.=De Macao á Sciang-hai. 653
CVI.=El cristianismo en la China. 666
CVII.=El ceremonial Chino. 678
CVIII.=Tien-tsin y la matanza de los europeos. 687
CIX.=Nuevos sustos y temores. 695
CX.=Una partida repentina y las tribulaciones de una madre. . 702
CXI.=Los piratas de la enseña negra y la trata de blancos. . . 707
CXII =La caza dada á los piratas. 720
CXIII.=La batalla. 732
CXIV.=Los prisioneros y la cristiana constancia de dos mujeres. 737
CXV =El miedo de los últimos momentos y el socorro. . . . 740
CXVI.=Un compañero de prisión desconocido y el rescate. . . 745
CXVII.—La liberación de los prisioneros europeos y una preciosa conquista. 750
CXVIII.=La herencia y el encuentro. 753
Conclusión. 759

Imp. lib., y Enc. de P. López=ASTORGA.



FLORA FAUNA
Y AVENTURAS

2886